



1158

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

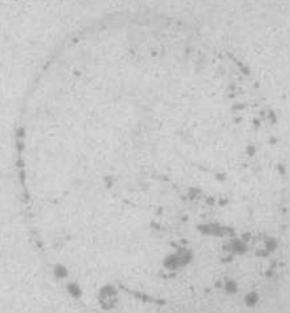
CHICAGO, ILLINOIS

1950

PHYSICS DEPARTMENT

CHICAGO, ILLINOIS

1950





NOVISIMA  
BIBLIOTECA DE PREDICADORES.

COLECCION DE DISCURSOS

DOGMÁTICOS, APOLOGÉTICOS, MORALES, DOCTRINALES, PANEGÍRICOS, ETC.,

CLASIFICADOS POR SERIES,  
ACOMODADOS A TODAS LAS DOMINICAS, MISTERIOS Y FESTIVIDADES  
QUE ANUALMENTE CELEBRA LA IGLESIA CATÓLICA,  
A LAS PARTICULARES DE LA IGLESIA DE ESPAÑA,  
Y A OTROS ASUNTOS DE ACTUALIDAD RELIGIOSO-SOCIAL.

OBRA ORIGINAL DEL PRESBITERO

**D. JUAN TRONCOSO,**

Lector que fué de Filosofía, y destinado á leer sagrada Teología en su Colegio de San Carlos de las Cuatro Fuentes de la ciudad de Roma, predicador de varias diócesis, y autor de la **Biblioteca completa de Oratoria Sagrada** y de las **Glorias y triunfos de la Iglesia de España**, publicadas hace algunos años con general aceptacion del clero español.

---

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

---

---

**TOMO VII.**

---



MADRID:  
IMPRENTA DE H. RENESES, calle de Valverde, n. 24.

4856.

NOVISIMA  
BIBLIOTECA DE PREDICADORES.

COLECCION DE DISCURSOS

DOGMATICOS, APOLOGETICOS, MORALES, DOCTRINALES, PARRICIOS, ETC.

CLASIFICADOS POR SERIES.

ACOMODADOS A TODAS LAS COMUNIDADES, MISTERIOS Y FESTIVIDADES

QUE ANualmente CELEBRA LA IGLESIA CATHOLICA.

A LAS VARIAS CLASES DE LA IGLESIA EN ESPAÑA.

Y A OTROS ASUNTOS DE ACTUALIDAD RELIGIOSO-SOCIAL.

OBRA ORIGINAL DEL PREDICADOR

D. JUAN THOMASO.

Factor que las de la mente, y también a las sagradas Escrituras en su lenguaje de San Juan.  
de las cosas que se le ocurren de la mente, predicador de varias ciudades, y autor de la  
Biblioteca completa de Oratoria Sagrada y de las Escuelas y  
trinitaria de la Iglesia de España, publicada para algunas veces con gran  
reputación del dicho autor.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



TOMO VII.

MADRID:

IMPRESA DE H. FRANCIS, calle de Valverde, n. 24.

1886

# DISCURSO I

PARA EL DIA DE LA INMACULADA CONCEPCION DE

## TERCERA SÉRIE.

### Misterios y Festividades del Señor y de la Santísima Virgen.

#### TOMO II.

En el primer día de la anunciación para el nacimiento. La espina más bella ha disipado los nubidos del error, que agitando el viento de la mala conciencia cubren de la omnipotencia, intervienen para que las cosas y dispuestas el seron una procrea de el diadema. Como la palabra, el amor de Padre ha promulgado desde el Cielo. Infinito de la verdad que es digno de él, que la Santísima Virgen María desde el primer instante de la concepción, por voluntad gratuita y perfecta de Dios, se ha librado de la servidumbre del linaje humano; por el amor de Dios de toda mancha de pecado original. Pero como el mundo desde la caida del Varón, ha resaca de ella los siglos del arbo, ha

TERCERA SERIE

---

Misterios y Festividades del Señor y de la  
Santísima Virgen

TOMO II

## DISCURSO I

### PARA EL DIA DE LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA SANTISIMA.

SENTIMIENTO UNIVERSAL Y UNIFORME DE TODOS LOS SIGLOS RESPECTO  
DE LA CONCEPCION INMACULADA DE MARIA. SANCION IRREVOCABLE DE  
ESTA CREENCIA EN VIRTUD DE LA DEFINICION DOGMÁTICA QUE HA  
RECAIDO SOBRE ELLA, É INFLUENCIA QUE ESTÁ LLAMADA A  
EJERCER EN EL PORVENIR DE TODOS LOS PUEBLOS  
CATÓLICOS.

*Beatam me dicent omnes generationes, quia fecit mihi magna qui potens est.*

Todas las generaciones me aclamarán bienaventurada, porque el Todopoderoso ha obrado en mí grandes maravillas.

LUC. I. 48, 49.

UN gran dia ha amanecido para el catolicismo. La aurora mas bella ha disipado los nublados del error, que apiñándose en torno de la mas perfecta creacion de la omnipotencia, intentaban oscurecer sus glorias y disputarla el floron mas precioso de su diadema. Roma ha hablado, el sucesor de Pedro ha pronunciado desde la cátedra infalible de la verdad que «es dogma de fé, que la bienaventurada «Virgen María desde el primer instante de su Concepcion, por «singular privilegio y gracia de Dios, por los méritos de Jesucristo «salvador del linage humano, fué preservada y exenta de toda «mancha de pecado original.» Este grito arrancando desde la cumbre del Vaticano, ha resonado en todos los ámbitos del orbe; ha

traspasado el espacio; ha salvado los mares; los pueblos todos lo han acogido con indefinible entusiasmo, como el complemento de sus mas ardientes deseos; y donde quiera óyese repetir con las mas positivas demostraciones de júbilo: «*María fué concebida sin pecado original.*»

Cierto que este sentimiento venia formando una piadosa creencia que ha resistido á la accion de mas de diez y ocho siglos; cierto que siempre y en todas partes ha existido un convencimiento íntimo de ese singular privilegio de la madre de Dios, y que la voz de una tradicion constante y no interrumpida, siquiera haya padecido un momentáneo eclipse, lo ha transmitido de generacion en generacion hasta nuestros dias. No es nueva, pues, en todo el rigor de la espresion, esa fé del catolicismo que á través de las edades viene creyendo á María exenta de la mancha original, y pura é inmaculada desde el instante primordial de su Concepcion. A despecho de todos los esfuerzos humanos hechos para apagar esa luz brillante que resplandeció en el mundo desde los primeros dias de su existencia en la misma cuna de la creacion; á pesar de las sutilezas del ingenio, y de las prolongadas luchas de la inteligencia que por algun tiempo tuvieron suspensa la atencion del orbe hácia esa gran cuestion de la inmunidad de la Santísima Virgen, nunca se dejó de tributarla ese homenaje, ni un solo dia se vieron marchitos los laureles que ceñian su frente victoriosa de Luzbel; y por entre las nubes que en el horizonte intelectual levantaban las humanas disputas, la mujer vencedora de la serpiente antigua elevábase majestuosamente sobre un trono magnífico que le erigia la piedad en los corazones profundamente católicos; y cuando en momentos de violenta conmocion, se creia caída de su augusto sòlio á esa reina del Empireo, veíasela aparecer como la contempló un dia el apóstol de Pathmos, toda radiante de celestial pureza, rodeada del sol, hollando con sus pies la luna, coronadas sus sienes de refulgentes estrellas, ensalzada, bendecida y adorada. De este modo se verificaba el ilustre vaticinio pronunciado por ella en las cumbres de la Judea: «*Las generaciones todas me aclamarán bienaventurada, porque el Todopoderoso ha obrado en mí grandes*

maravillas:» *Beatam me dicent omnes generationes, quia fecit mihi magna qui potens est.*

Faltaba empero que una decision dogmática viniese á sancionar esa creencia aceptada universalmente, y vulgarizada, si así cabe espresarse, en todos los pueblos católicos. Los anhelantes deseos de la humanidad, ecos fieles de los suspiros de los siglos primitivos, no podian estar satisfechos, en tanto que una voz autorizada, la voz de la Iglesia docente, no pronunciase por el órgano infalible del supremo pastor de los pastores un fallo definitivo que, declarando dogma de fé el misterio de la Inmaculada Concepcion de Maria, pusiese término á todas las opiniones, diese el golpe de gracia á todos los sofismas, acallase todas las disputas, ahuyentase todas las dudas, y reuniese en un solo haz todas las inteligencias y todos los corazones. Este momento llegó felizmente para nosotros. El dia 8 de diciembre de 1854 será célebre en todos los siglos y pasará en eterna memoria á las edades venideras, porque en él se alzó el monumento mas glorioso para la siempre Virgen Maria, sancionándose solemnemente la creencia de su preservacion de toda mancha original, y pasando á ser un punto del dogma católico contra el que jamás prevalecerán las puertas del averno.

Con razon, pues, podemos esclamar con San Agustin: Roma ha decidido; concluyéronse todas las disputas, desaparecieron todas las dificultades, y queda terminada y fallada la causa porque venian abogando unánimemente todos los siglos, todas las iglesias, y los hombres todos de fé y de profundas convicciones. *Causa finita est.* De hoy mas uno solo será el sentimiento, idéntica la voz, unánime el grito: «Maria fué concebida sin mancha; Maria no fué comprendida en el funesto decreto lanzado contra la raza del hombre rebelde; á Maria no alcanzó jamás la maldicion fulminada en el Paraiso; contra Maria no existió la ley en que fué envuelta la Eva pecadora; delante de Maria se dividieron las inmundas aguas de la culpa hereditaria, y pasó á pié enjuto sin que tocasen en lo mas leve á su victoriosa planta: al aparecer Maria, rasgáronse las nieblas del pecado y la aurora brillante de la gracia no fué oscurecida ni un solo instante.... ¡Y hay del temerario que osare tocar á esa arca de la

nueva alianza! ;Desgraciado el que con ojos profanos se atreviere á mirar á ese augusto santuario de la divinidad! ;Triste del que sin arrojar antes el calzado de sus piés intentáre acercarse á esa zarza incombustible! ;Mil veces desventurado el que fuere bastante osado para empañar con el venenoso hábito de unos lábios incrédulos esa rosa de Jericó, esa fragante azucena de los valles! ;Maldito para siempre el que despues de la sancion solemne pronunciada por el que es el vigia de Israel, el doctor universal del mundo, el depositario de la revelacion divina, y la columna y fundamento de la verdad, todavia abrigase en su alma la idea funesta cuanto degradante é injuriosa para la madre de Dios, de que ni por el mas leve momento fuese envuelta en ley comun que nos marca con el sello del infierno desde el seno de la que nos dió á luz!

No pienso ocuparme hoy, C. O., ni de la oportunidad de esa declaracion dogmática que ha venido á colmar nuestras dilatadas esperanzas, ni del asentimiento que á ella se debe por emanar de una definicion tan divina en su origen, como legal é irreprochable en sus formas. Solamente me ceñiré á manifestar en el presente discurso, que esta definicion del dogma de la Concepcion inmaculada de Maria, no es otra cosa que la realizacion de un sentimiento universal que desde la cuna del cristianismo venia formando una parte importantísima de nuestras creencias, y las consecuencias que naturalmente debe producir en los futuros destinos de la Iglesia.

Para mayor claridad dividiré mi pensamiento en dos reflexiones:

1.<sup>a</sup> «Sentimiento universal y uniforme de todos los siglos respecto á la Concepcion inmaculada de Maria.»

2.<sup>a</sup> «Sancion irrevocable de esta creencia en virtud de la definicion dogmática que ha recaido sobre ella, é influencia que está llamada á ejercer en el porvenir de todos los pueblos católicos.»

A vos, oh Virgen mas pura que la luz, mas brillante que el astro de la mañana, mas candorosa que la temprana flor que abre su cáliz á los dorados rayos del sol, mas escelsa que los ángeles, mas santa que todas las criaturas, á vos recurro en este momento para que de vuestro divino Hijo me alcanceis las luces necesarias para ensalzar dignamente vuestras preeminencias y singulares glorias.

Aceptad piadosa la ofrenda de nuestros corazones, escuchad nuestras plegarias, y dejaos mover por el cordial afecto con que todos os saludamos llena de gracia.

AVE MARÍA.

### PRIMERA REFLEXION.

Si la espectacion del Mesías fué el objeto en que durante cuarenta siglos se conce traron los votos y suspiros de toda la humanidad, puede decirse sin temor de incurrir en una exageracion punible, que el misterio de la inmunidad primordial de María asociada á la grande obra de la reparacion del universo, vino siendo á la vez el tema incesante de todas las profecias, de todos los simbolos, de todas las figuras del antiguo testamento. Desde el Paraiso en que se pronunció la promesa de la mujer destinada á quebrantar la cabeza y á domar el orgullo de la serpiente seductora sosteniendo con ella una lucha sin término, hasta la última página que cerró el gran libro de los humanos destinos, todo venia hablando de María, todo anunciaba su exencion del tributo comun de los descendientes de la Eva rebelde, todo la pintaba como la criatura privilegiada en quien no debia tener parte el anatema que comprendió á todos los hijos del hombre pecador, todo en fin se armonizaba para esceptuarla de la mancha hereditaria, como contraria, repugnante é incompatible con la augusta cualidad de corredentora y madre del Dios reparador del linage humano. No entra en mi plan reproducir aqui los innumerables pasages de la Escritura que patentizan esta verdad. Harto claros y terminantes debian ser para crear un sentimiento tan unánime y universal como desde los primeros tiempos del naciente cristianismo vemos desarrollarse donde quiera en favor de ese privilegio único y esclusivo de la Hija predilecta del Altísimo, sentimiento que, lejos de padecer menoscabo con el trancurso de los siglos, robusteciase mas y mas en proporcion que la idea católica iba adquiriendo mayores triunfos y propagándose en el mundo.

Fundados en esos mismos principios de la revelacion primitiva, complacianse los escritores contemporáneos de la Virgen en ensalzar su inocencia y santidad original valiéndose de los símiles mas elocuentes y espresivos. Quienes la asemejaban á la antigua arca de Noé triunfante y victoriosa de las aguas del pecado; quienes admiraban en ella la inespugnable torre de David defendida con el escudo de la divina omnipotencia para que no fuese herida por las envenenadas saetas de Lucifer; llamábanla unos huerto cerrado en el cual no pudo vomitar su tósigo mortifero la serpiente infernal: denominábanla otros paloma pura, Jerusalem santa, trono de Dios, tabernáculo del Altísimo, santuario que edificó para sí el Todopoderoso; y todos á la vez la prodigaban los dictados de hermosa, perfecta, agraciada, paraiso ameno, tierra virgen, azucena cándida, flor inmaculada, aurora sin celajes, vaso de honor, luz indeficiente y otras mil denominaciones no menos tiernas, que demostraban la conviccion íntima de una creencia que traia su origen de la divina revelacion. Y á no haber sido así, ¿cómo concebirse ni menos explicarse una unanimidad tan sorprendente en todos los Padres y Doctores de la Iglesia, en todos los grandes genios que han honrado la literatura cristiana? ¿Pudiérase imaginar acaso que esa concordancia de pareceres, esa armonia de creencias, esa identidad de fé en el misterio de la preservacion de María de la mancha original, fuese un acontecimiento fortuito, ó efecto de un error comun, ó resultado de una combinacion premeditada para introducir en el mundo una novedad fraguada por el fanatismo? Esto ni aun siquiera en hipótesis puede admitirse, á no convenir desde luego que, abandonada la verdad al capricho del hombre desde los primeros tiempos del Evangelio, continuó á través de las edades siendo el juguete de inteligencias estraviadas, que harto influyentes y poderosas hubieran debido ser por cierto para perpetuar en el universo á despecho de los progresos de la cultura y de la civilizacion, un error tan trascendental, haciendo adorar lo que no fuese digno de adoracion, y respetar como inmaculado y santo lo que fuese manchado ó impuro.

Pero apartemos nuestros ojos de esa suposicion tan injuriosa á la augusta madre del Verbo como repugnante al buen sentido; y com-

placémonos en admirar aunque de paso esa conformidad de sentimientos que, eslabonándose de siglo en siglo, forman una larga cadena de piedras preciosas que esmaltan la diadema consagrada á ceñir las sienes de la siempre immaculada Virgen María. Todavía existía en la tierra esa privilegiada criatura, cuando uno de los Apóstoles de su divino Hijo decía delante del procónsul de Acaya: «Que á la manera que el primer Adán fué formada de la tierra, antes que sobre ella recayese la maldicion del Omnipotente, asi el Adán segundo Jesucristo lo habia sido de otra tierra virgen y sin mancha nunca comprendida en la antigua maldicion (1).» En vida de la misma Señora edificaba Santiago el mayor á las márgenes del Ebro un templo en honor de la Concepcion sin mancha de María, modelo sobre el cual se alzaron despues otros en Sevilla, Tarragona y Toledo, como aseguran las antiguas crónicas (2). ¿Y quién que haya estudiado los monumentos de la tradicion primitiva, ignora que en tiempo de Santiago el menor se celebraba en la Iglesia de Jerusalem la fiesta de la Concepcion Inmaculada (3), bien asi como en las de Egipto, Siria y Alejandria se solemnizaba á impulso del celo del Evangelista San Marcos (4)?

Estó acontecía, señores, en la primera edad del cristianismo, cuando todavía estaban recientes las huellas de la redencion, cuando aun respiraba y moraba entre los humanos esa Eva reparadora, creacion augusta del poder y del amor de un Dios. Desde entonces ni un solo siglo ha dejado de llevar una piedra al eterno monumento levantado á las glorias de María, ni un solo genio ha dejado de ofrecer su respectiva flor á la corona de inocencia y de original candor que hermosea la frente de esa Virgen. De alli arranca ese torrente magestuoso de alabanzas que, dividiéndose como los cuatro rios del Paraiso en distintas direcciones, y estendiéndose por toda la haz de la tierra, vienen á confluír en ese inmenso Occéano de maravillas y prodigios, fertilizando esa mistica ciudad de Dios, y santificando el ta-

(1) Ap. Abdias Babilon.

(2) Marco Max. ap. S. Isid. de viris illust.

(3) San Proc. in liturg.

(4) Vers. Syriac. Evang. S. Luc. C. XI.

bernáculo del Altísimo (1). Los doctores ensalzan su Concepcion sin mancha, los Apóstoles la predicán, los Concilios la aprueban, los Pontífices la sancionan, los pueblos la abrazan gozosos, los legisladores la consignan en sus Códigos, los monarcas la protejen bajo su cetro tutelar, y las iglesias todas de Oriente y de Occidente la honran y veneran con toda la magestad y pompa del culto católico. ¡Oh! ¡Cuán brillante es esa série de testimonios que á la inmunidad de María viene tributando cuanto hay de mas sábio, virtuoso y respetable en el catolicismo! ¡A quién no entusiasma oír el lenguaje de los Orígenes, Hipólitos, Gregorios de Neocesárea, Ciprianos y otros genios del siglo III, quienes al hablar de María, la llaman ya «madre santa del santo é immaculado;» ya «nueva Eva y madre de la vida;» ora «purísima madre de la santidad;» ora «divina aurora que jamás conoció las tinieblas de la noche;» ó bien en suma dicen que esa Virgen solo tuvo de comun con los demas mortales la naturaleza, pero de ningun modo la culpa! ¡Quién no se estasia al recordar que en el siglo IV San Epifanio la denominaba «oveja immaculada, madre del cordero sin tacha (2);» San Ambrosio, vaso celestial y templo del pudor, preservada por la gracia divina del mas leve reato de culpa; tronco recto y terso en quien jamás se halló ni el nudo de la culpa original, ni la corteza del pecado actual (3); San Gerónimo, leve nubecilla que ni un solo momento estuvo en las tinieblas (4)! ¡A quién no convence la uniformidad con que en el siglo V, proclama el Crisóstomo á María «Inmaculada y bendita entre todas las criaturas,» legando en su liturgia un oficio de la Concepcion (5); su discipulo y sucesor Prócuro: «Mujer celestial formada de una masa purísima;» San Cirilo de Alejandría «exenta del pecado original (6);» San Máximo de Turin: «Arca de Dios, tabernáculo celestial, templo de la

(1) Psalm. XLV.

(2) S. Epiph. de Laud. Virg.

(3) S. Ambros. expos. in Ps. CXVIII.

(4) Comment. in Psalm. LXXVII.

(5) Vid. cit. liturg.

(6) De Cand. Stæ Genitr. Or. 6.

gloria y digna habitacion de Cristo por la gracia de su origen (1);» San Efren de Siria: «Inmaculada, incorrupta y de todos modos santa (2);» San Juan Crisólogo: «Salva en todo desde su primer instante;» y por último San Agustin: «La sola á quien ni siquiera mencionarse debe cuando se trata del pecado de origen (3)!» ¡Quién por último no se maravilla al oír el eco universal de todos los siglos sucesivos, que prolongándose hasta nuestros dias celebra en todas partes las esclencias de esa Virgen sin par, única que por un privilegio esclusivo fué preservada de la mancha hereditaria! Dijérase que el misterio de la Concepcion Inmaculada de María era aquella grande obra de Dios que tanto hacia suspirar á Abacuc, cuando incesantemente urgia é importunaba al cielo para que la engrandeciese y manifestase al mundo en toda su magnificencia en la plenitud del tiempo (4). Tal era el entusiasmo con que en los siglos VI, VII y VIII los Fulgencios, Isidoros, Gregorios, Fortunatos, Ildelfonsos y otros contribuian á estender esta creencia agotando los rasgos de su elocuencia para pintar la belleza original de esa creacion sublime de la Omnipotencia, ya prodigándola los dictados mas lisonjeros, ya consignando terminantemente en sus escritos su esclusion omnimoda de toda culpa, ora instituyendo festividades en honor de su preservacion prodigiosa, ora refutando con valentia á los que pretendian sujetarla á las leyes comunes de la naturaleza en cuanto á la transmision del pecado de origen. ¿Y quién ha olvidado el lenguaje fervoroso del devotismo á la par que sábio, Abad de Celles, cuando dirigiéndose á María exclamaba: «Toda eres hermosa en tu Concepcion, puesto que fuiste criada para ser el templo de Dios. La mancha del pecado original jamás amancilló tu alma?» ¿Quién ignora la piedad con que los Carlomagno de Francia y Germanos de Ungria, promovian en el siglo IX con celo verdaderamente admirable el culto de la Virgen Inmaculada en todas las iglesias de sus respectivos reinos? ¿Quién no repite todavia con gozo aquellas palabras

(1) Hom. V. ant. Nat. Dom.

(2) Orat. de S. Genitr.

(3) Contr. Pelag.

(4) Abac. III. 4.

de San Pedro Damiano, uno de los hombres mas profundos del siglo X: «La carne de la Virgen, si bien tomada de Adan, nunca empero contrajo la mancha de aquel hombre pecador? ¿En qué corazon no vibran todavía dulcemente las elocuentes espresiones del gran doctor del siglo XI San Anselmo: «Convino que en la Virgen Maria brillase una pureza tal, que nada pudiese competir con ella fuera del mismo Dios (1)?»

Omito en gracia de la brevedad los monumentos tradicionales de los siglos XII y XIII, época en que si bien esa creencia pareció anublarse algun tanto merced á las disputas escolásticas promovidas por hombres eminentes en saber y santidad, no por eso dejó de ejercer una influencia beneficosa: puesto que en Normandía era objeto de un culto especial, llegando el entusiasmo hácia la Virgen Inmaculada hasta el punto de celebrarse sus glorias en los cánticos populares, prestando admirables temas al renacimiento de la poesía (2); en Francia no obstante la oposicion de San Bernardo que reprendia á los canónigos de Leon por celebrar sin prévia consulta de la silla apostólica la festividad de la Concepcion, la piedad triunfaba de todos los obstáculos, y la creencia de ese misterio continuaba propagándose cada dia con mayor entusiasmo; y en España, pais privilegiado de la Madre de Dios, en medio de la dominacion sarracena, ni un solo dia se eclipsó el astro brillante de esa piedad que hácia la Virgen sin mancilla profesaban como innata los aguerridos hijos de la Iberia. Así es que, si el Señor permitió que durante ese período nebuloso que nos recuerda la historia, todo pareciese enmudecer respecto de la preservacion original de Maria; si las lumbreras mas resplandecientes de la Iglesia católica, como los Aquinos, Buenaventuras, Albertos, Alejandro de Alés, Egidios, Ricardos y otros, parecieron inclinarse á la opinion contraria, siguiendo lo que entonces dió en llamarse sentencia de San Bernardo; si á consecuencia del torcido sesgo que se dió á la cuestion, se alteró la creencia tradicional, truncáronse las autoridades de los Santos Padres de los siglos anteriores,

(1) Orat. 2. de Nat. Mariæ.

(2) Taillipied, Antigüedades y singularidades de la ciudad de Ruan.

agriáronse las disputas, se llevó la controversia al terreno resbaladizo de las pasiones, y preponderando la doctrina de la universidad mas sábia conocida entonces en el mundo, llegó á juzgarse errónea la piadosa opinion de la Concepcion Inmaculada, hasta el punto de no poderse hablar de ella sin hacerse sospechoso en la fé el que la sostenia; si, por último, quedó como muerta y relegada al olvido una creencia que en su magestuosa marcha venia atravesando sin la menor contradiccion un periodo de doce siglos, no fué porque durmiese el custodio de Israel, ni porque Dios se hubiese olvidado del honor de su Santísima Madre: sino porque entraba en las altísimas miras de su Providencia que, depurada esa opinion en el crisol del raciocinio, y descartados los errores que una mala inteligencia del verdadero estado de la cuestion introdujera en ella, la inmunidad primordial de María apareciese tanto mas resplandeciente y hermosa cuanto mas espesas fueran las nubes que la habian ocultado. El día del triunfo amanece en el horizonte. Oxford, con todos sus sábios, escucha con asombro la voz victoriosa del célebre Juan Duns, denominado el Sutil Doctor; Paris, y su renombrada universidad, oyen los convincentes argumentos de ese génio prodigioso; Roma, en la persona de sus delegados, queda convencida ante los irresistibles argumentos del humilde hijo de San Francisco; todo el mundo sabio rinde un justo homenaje á la prevision, claridad y destreza con que desmenuza todas las dificultades, presenta las pruebas y esclarece los puntos mas difíciles. Y ¡portento inaudito! Universal es el convencimiento, idéntica la opinion, uniforme la consecuencia, una sola la voz que donde quiera se oye: «¡Loor eterno á María Inmaculada!» Cual rápido meteoro, este grito se propaga instantáneamente en todo el orbe católico, y vibra dulcemente en todos los corazones. Las universidades aceptan unánimes la doctrina de la Concepcion Inmaculada de la Santísima Virgen, y acuerdan no conferir sus grados académicos sin el prévio juramento de defenderla; las órdenes monásticas rivalizan en fervor en celebrar sus festividades; los monarcas se hacen un deber de promover la devocion á este misterio en sus estados; los Pontífices la confirman en sus decretos apostólicos, y se muestran pródigos en conceder gracias en favor de

los fieles que la veneran; y aquí las plumas mas elocuentes se emplean en ensalzar ese insigne privilegio de la Madre del Verbo: allí la poesia se entusiasma al cantar la pureza de la bella azucena de los campos; ora los nobles adoptan el titulo de caballeros de la Inmaculada Concepcion y se engalanan con sus enseñas: ora los príncipes y sus ejércitos se empeñan con solemnes juramentos á sostener hasta morir ese misterio; llegando á hacerse tan popular en todas partes, que donde quiera, desde el anciano hasta el niño, desde el potentado hasta el pordiosero, desde el opulento propietario hasta el mas ínfimo menestral, todos al entrar en una casa, al pasar por un templo, al comenzar sus labores ordinarias, al encender una luz, saludan reverentes á María concebida sin pecado original.

Ved, pues, demostrado el primer punto de mi proposicion; á saber, que este sentimiento tan universal, que desde la cuna misma del cristianismo venia formando una parte importantísima de nuestras creencias, era una preparacion, ó, si se quiere, la expresion del deseo con que todo el mundo católico anhelaba la definicion dogmática del misterio. Réstame ahora manifestar la sancion irrevocable que esta definicion ha venido á dar á una creencia tan uniforme, y su influencia en los futuros destinos de todos los pueblos católicos.

## SEGUNDA REFLEXION.

— Cuando se observa una opinion tan constante é invariable acerca del misterio de la Inmaculada Concepcion en el transcurso de mas de mil y doscientos años; cuando despues de un momentáneo eclipse se ve aparecer de nuevo mas brillante que nunca esa creencia intuitiva de todos los paises, en que parecen tomar parte los mismos comentadores del Coran, adhiriéndose á su manera á la doctrina de los doctores católicos; cuando se escucha la voz autorizada de los concilios de Nicea, Constantinopla, Basilea, Letran, Toledo y Trento en favor de la inmunidad de María; cuando se oye hablar de la manera mas concluyente en este punto á treinta y tres Soberanos

Pontífices desde Sixto IV, que mandó rezar el oficio de la Concepcion, hasta Gregorio XV, que prohibió disputar contra esta piadosa creencia, no solo en público sino en conversaciones privadas; cuando se advierte el homenaje que á la limpieza original de la Virgen tributan á competencia las célebres escuelas de Maguncia, Colonia, Valencia, Alcalá, Coimbra Salamanca, Nápoles, Paris y otras, hasta el punto de declarar esta última por el órgano de sus doctores mas autorizados, « que miraba como punto de fé esa creencia tradicional de todos los siglos; » cuando se ve, por último, adunarse para el mismo objeto la voz de todas las notabilidades del orbe literario, de todos los pueblos, aun los mas distantes, de todas las edades, condiciones y sexos, aclamando á la bella Madre de Jesucristo pura, limpia y sin mancha de pecado original; ¿quién pudiera dudar que esta era la expresion universal, el pensamiento palpitante, el incesante anhelo, el voto uniforme con que el catolicismo venia pidiendo á Dios que engrandeciese su obra, que consumase el prodigio que tenia suspensa la atencion de la humanidad, que declarase positivamente punto de fé lo que ya en el corazon de los fieles hallábase negativamente definido como tal? *Domine, opus tuum! In medio an-  
norum vivifica illud.*

Tales eran las disposiciones de todos los buenos creyentes, tales los deseos de mas de diez y ocho siglos, tal el grito de todas las naciones adheridas á la Silla de San Pedro, cuando en 2 de febrero de 1849 nuestro inmortal Pontífice Pio IX, que felizmente gobierna la nave de la Iglesia, espidió en Gaeta la célebre Encíclica, en que dirigiéndose á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y demas Prelados del orbe católico, les consulta sobre su opinion y la de sus iglesias respecto al misterio de la Concepcion Inmaculada de María y á la oportunidad de una declaracion dogmática. Desde entonces los deseos se acrecientan, las gestiones se multiplican, el fervor se enardece, la piedad adquiere proporciones colosales, las respuestas del episcopado llevan un sello de conformidad que las caracteriza de inspiradas. En proporcion que se dilata la ejecucion del grandioso pensamiento concebido por Pio IX, parece aumentarse la impaciencia de verlo realizado; ya no se oye por do quiera hablar de otro asunto;

la definición dogmática de la pureza original de María absorbe la atención universal; hácia ella se dirigen todas las plegarias; á ella se encaminan todos los votos, ella es la idea culminante de todos los hijos de la Iglesia; y todos á la vez, tomando una parte activa en ese acontecimiento feliz, no cesan de clamar unidos: Señor, consumad vuestra obra. *Domine, opus tuum! In medio annorum vivifica illud.*

Respirad, fieles; el día de vuestro mayor gozo no está muy distante; acércase el momento que va á poner término á vuestras dilatadas esperanzas; ya todo está dispuesto, y desde los mas remotos confines del mundo corren á la ciudad eterna los venerables pastores del rebaño católico para unirse al Pastor Supremo, y dar cima á ese gran suceso que tan dichosamente debe influir en el porvenir de las edades venideras. Ya están en Roma los Prelados convocados por el Sumo Pontífice para presenciar y autorizar el acto mas solemne que jamás se viera. Hedlos arrodillados delante del Sucesor de Pedro, suplicándole que satisfaga los fervorosos suspiros de la humanidad creyente, declarando dogma de fé el misterio de la Concepcion Inmaculada. Hedlos representando allí los deseos vehementes de todo el mundo católico, y reclamando á nombre de una tradicion constante y nunca desmentida la sancion de esa verdad consoladora. Hedlos rogando al sucesor de Cristo que coloque por fin sobre las sienes de María la brillante diadema que viene tejiéndola la piedad cristiana á través de tantos siglos.

Así se verifica en efecto el día 8 de diciembre de 1854. Reservada estaba tamaña gloria á nuestro inmortal Pontífice Pio IX; él es el escogido por la Providencia para satisfacer las aspiraciones del mundo católico, coronando á la Reina de los ángeles con esa preciosa aureola que la fé y el amor la tenian preparada tanto tiempo hacia. Bajo las bóvedas del Vaticano, delante de la reunion mas augusta que se vió desde la asamblea Tridentina; hallándose presentes cuatrocientos Prelados, entre Cardenales, Patriarcas, Arzobispos, Obispos, Protonotarios apostólicos, Camareros secretos y de honor; concurriendo al acto mas de tres mil eclesiásticos, y al pie de treinta mil fieles, la voz del sucesor de los Apóstoles declara: «ser dogma

de fé la preservacion en gracia de la siempre Virgen María desde el primer instante de su Concepcion,» en los términos arriba espresados. De este modo quedó sancionado irrevocablemente ese sentimiento universal que desde la cuna del catolicismo venia espresándose tan elocuentemente y formando una parte esencial de sus creencias.

Imaginad ahora, M. A. O., la influencia que esta declaracion dogmática debe ejercer en el porvenir de los pueblos católicos. ¡Oh! Yo me complazco en contemplar las beneficiosas consecuencias de este suceso. En el entusiasmo con que todos los fieles han acogido la fausta nueva de un dogma tan consolador prevéo el afianzamiento de los principios del catolicismo y el robustecimiento de las antiguas creencias, por desgracia tan decaídas en algunos países; veo despertarse en muchos corazones indiferentes el sentimiento de la fé, tornar muchas inteligencias estraviadas al seno de la unidad, abjurar no pocos génios obcecados sus añejas preocupaciones contra la silla apostólica, y crearse nuevas y mas justas ideas con respecto á la indefectibilidad de la Iglesia. Los que la creian muerta, verán que todavía está llena de robustez y lozanía; los que la juzgaban impotente para resistir las embestidas del error, reconocerán que es siempre aquella firmísima piedra contra la cual se estrellan todos los esfuerzos del infierno; los que la consideraban subordinada á las caprichosas eventualidades del tiempo y á las continuas versatilidades de una política humana, se desengañarán de que, inmóvil siempre é incontrastable á pesar de los tempestuosos vientos de las pasiones, continúa y continuará siendo la columna y firmamento de la verdad; los que la suponian inerte y sin accion bastante poderosa para contrastar la influencia de las nuevas doctrinas, y arrastrada á remolque por la llamada civilizacion de los siglos modernos, se convencerán de que, á pesar de los esfuerzos de una ciencia enemiga, ella sigue su marcha majestuosa por entre los obstáculos que la suscitan incesantemente sus émulos, anatematizando la mentira, fomentando los intereses de la religion, precaviendo los errores, creando elementos de positiva civilizacion, y marchando al frente de todo pensamiento útil y beneficioso en el orden religioso-social; en suma, los que en su frenético delirio osaron celebrar los funerales de esa hija del cielo,

verán á su despecho que, no solamente ha sobrevivido á la ruina de cuantos aspiraban á sepultarla, sino que tan fuerte como antes, tan poderosa como desde su institucion, y mas robustecida si cabe con las rudas pruebas por que ha pasado, juzga como soberana, dispone como árbitra, define como juez infalible los puntos dogmáticos, y como depositaria de las promesas de su augusto fundador, impone deberes, formula leyes y establece creencias, que á nadie es dado contraestár sin hacerse reo de la animadversion divina, sin incurrir en la nota de hereje y miembro podrido del cuerpo místico de Jesucristo, del que es cabeza visible el sucesor de Pedro.

¿Cómo, pues, no ha de contribuir poderosamente este suceso á dar un nuevo vigor á esa Esposa inmaculada del Cordero? ¿Cómo no la han de respetar los que en su ciego furor se atrevieron á denominarla Babilonia prostituida? ¿Cómo no han de modificarse las ideas de un siglo que mas bien preocupado por falsas teorías que descreído por conviccion, se dejó arrastrar por la corriente al abismo de la incredulidad y del indiferentismo en materias religiosas? ¿Cómo no ha de acrecerse considerablemente la piedad de los que fieles á las promesas del cielo esperaron con constancia y suspiraron con entusiasmo por ver el triunfo de esta verdad consoladora? ¡Ah! Los siglos seguirán su rápido curso, muchos reinos desaparecerán del mapa, dejarán de existir no pocas dinastías, nuevas generaciones reemplazarán á las existentes, y por entre todos esos cambios y á través de todas esas transformaciones, el dogma de la Concepcion inmaculada de María sobrenadará por decirlo así en el gran diluvio del tiempo y pasará á la eternidad como un monumento imperecedero de gloria para esa Virgen sin tacha, y como un visible testimonio de la estabilidad perpétua, é indefectible unidad de esa Jerusalem santa, madre de los predestinados y maestra de la verdadera fé. Si, pues, grato nos es sobremuera la declaracion de ese dogma por lo que respecta al honor que de ella resulta á nuestra Santísima y amantísima madre María, no debe serlo menos por la beneficiosa influencia que está destinado á ejercer este suceso en los destinos del mundo católico.

Por lo que á mí hace, Virgen purísima, que tan ardientemente

deseé este fausto día, nada me resta que apetecer, puesto que todas mis aspiraciones las he visto colmadas, todos mis votos satisfechos, todos mis suspiros realizados. No estrañéis que como el viejo Simeon esclame hoy entusiasmado: «Bien podeis Señor diponer ya de vuestro siervo puesto que mis ojos han visto la salud de Dios que preparaste ante la luz de todos los pueblos, como una luz brillante que habia de iluminar á las naciones todas, y derramar la gloria y el regocijo en el seno del nuevo Israel.» Mi vida toda consistia en veros, oh cándida azucena, declarada solemnemente por la iglesia, pura y sin mancha de pecado original. Mi existencia se hallaba vinculada á la definicion de ese dogma que siempre tuve por inconcuso, que constantemente confesé, que en todas ocasiones formó mi mayor delicia, que ni un instante cesó de vibrar dulcemente en mi pecho causándome indefinible éxtasis. Vos sabeis el anhelo con que conté los días, desde aquel en que el inmortal Pio IX hizo conocer al mundo católico su pensamiento de elevar á la categoría de dogma de fé lo que hasta entónces venia siendo una piadosa si bien universal creencia. Vos sabeis lo que mi alma experimentó el día en que se verificó tan importante acontecimiento. Conseguido ya lo que formaba el grande objeto de mis ánsias, nada me queda por hacer sino congratularme con vos, celebrar lleno de efusion el privilegio de vuestra Concepcion purísima, y proclamar á grandes voces el triunfo definitivo que habeis obtenido sobre la serpiente antigua. ¡Gloria á vos, pues, Virgen inmaculada desde vuestro primer instante! Confúndase para siempre el infierno; tiemble Luzbel; estremézcanse los abismos; huya el error que intentó amancillar vuestra original pureza; canten los ángeles himnos inmortales á su emperatriz soberana; regocijese el cielo, aplauda la tierra. ¡Y plegue á vuestra piedad, madre dulcísima, que el cántico de loor y alabanza que hoy entonamos en este templo augusto, le continuemos eternamente bajo las bóvedas de la celestial Sion de la gloria!

## DISCURSO II

### PARA EL DIA DE LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA SANTÍSIMA.

NINGUNA OTRA NACION POSEE TÍTULOS TAN ESPECIALES COMO ESPAÑA PARA CONGRATULARSE POR LA DECLARACION DOGMÁTICA DE LA CONCEPCION INMACULADA DE MARIA SANTÍSIMA, PUESTO QUE NINGUNA PUEDE DISPUTARLA LA GLORIA DE HABER SIDO LA PRIMERA EN CELEBRAR ESTE MISTERIO, Y LA MAS CELOSA EN PROMOVER SU CANÓNICA DECISION.

*Non fecit taliter omni nationi, et judicia sua non manifestavit eis.*

En ninguna otra nacion ha obrado el Señor cosas tan grandes, ni las descubrió sus inescrutables secretos.

PSALM. CLXVII. 20.

El justo alborozo que la declaracion dogmática del misterio de la Concepcion inmaculada de la Santísima Virgen María ha producido en todos los corazones católicos, me inspira en este dia sentimientos del mas acendrado patriotismo. En ese suceso, que debe formar época en los anales del siglo XIX, vé España el cumplimiento de sus mas ardientes votos, y la consumacion de unas aspiraciones que en todos los hijos de esta noble nacion vienen siendo hereditarias. Siempre y donde quiera la creencia de la inmunidad original de la Madre del Verbo fué la que constituyó el distintivo de su fé, el testimonio mas auténtico de su tierna devocion, y el sello indeleble de su nunca desmentido catolicismo. Jamás cupo en las ideas de un pueblo colocado desde su cuna bajo los auspicios de la augusta Virgen de Virgenes, sospechar siquiera que la Eva reparadora pudiese ser com-

prendida ni un solo instante en la maldicion de la Eva rebelde; que la madre de la gracia fuese ni por el mas leve momento esclava de la culpa; que la Ester amada del celestial Asuero incurriese en el funesto decreto de muerte fulminado contra una raza desheredada y delincuente; que la bella esposa del Espíritu Santo no fuese exenta del tizne universal del pecado que manchó á Adan y sus hijos. Los monumentos tradicionales de nuestra pátria nos muestran por el contrario, cuán antigua, cuán constante, cuán invariable é íntima viene siendo entre nosotros la conviccion de que el terrible anatema que resonó en el paraiso en los primeros dias de la creacion no pudo, no debió alcanzar á la destinada desde la eternidad á ser la hija predilecta del Altísimo, la madre perfectísima del Dios tres veces santo, el tálamo inmaculado del Espíritu divino, el bello encanto del rey de las eternidades; y por lo tanto, que por mas universal que fuese la ley de la incursion en la lepra hereditaria, convino que existiese un privilegio esclusivo, una escepcion única en favor de Maria; y siendo estó conveniente y justo, no oponiéndose á la Omnipotencia de Dios, y exigiéndolo así tanto el honor de éste como la gloria de su futura madre, indudablemente la preservó por un decreto especial de su misericordia y de su amor de contraer la mancha original desde el primer instante de su Concepcion.

Asi venia creyéndose en esta tierra clásica del catolicismo desde los tiempos mas remotos. Consignada esta piadosa opinion en sus tradiciones nacionales, sancionada en sus liturgias, autorizada en su legislacion, entrañada en sus códigos, é incrustada digámoslo asi en sus mas bellos recuerdos históricos, fácil es comprender cuán grande interés tendria España en ver elevada á la altura del dogma esa creencia tan popular y característica de sus hijos, y el gozo que estos debieron experimentar al ver llegar el dia tan deseado de la decision canónica del dulce misterio de la Concepcion inmaculada de María, que en su ferviente entusiasmos venian venerando y honrando como el lema de su nacionalidad.

Ved por qué no he dudado encabezar mi discurso con aquellas palabras del profeta rey: «Con ninguna otra nacion ha obrado tan grandes cosas el Señor, y á ninguna de ellas ha descubierto tan ma-

ravillosamente sus inescrutables secretos:» *Non fecit taliter omni nationi, et judicia sua non manifestavit eis.* No se crea por esto que un entusiasmo exagerado por las glorias religiosas de mi pais, me arrastra á adoptar opiniones dudosas ni á consignar hechos que no esten depurados en el crisol de la mas severa critica. No pretendo disputar laureles inmerecidos, no aspiro á revindicar un honor que no se deba á España de justicia. Cúmpleme empero como hijo de esta nacion eminentemente católica, manifestar «que ninguna otra posee títulos tan especiales como la nuestra para congratularse por la declaracion dogmática de la Concepcion inmaculada de Maria, puesto que ninguna hay que pueda disputarla la gloria de haber sido la primera en celebrar este misterio, y la mas celosa en promover su creencia y en contribuir á su canónica decision.»

¡Con qué placer acometo hoy esta empresa! ¡Con cuánta satisfaccion de mi alma levanto en este dia mi débil voz para preconizar á la faz de todos los pueblos una virtud que forma el floron quizás mas precioso de la brillante corona de dos mundos! De vos, azucena fragante, rosa odorifera de Jericó, Virgen siempre pura y sin mancha, y dulcísima Madre mia, espero las luces que necesito para llenar dignamente la mision que se me ha confiado. Aceptad el homenaje que á nombre del pueblo español os ofrece el menor de sus hijos. Séaos grata la diadema que aspiro á colocar sobre vuestras augustas sienes, y no os mostreis indiferente al cordial afecto con que todos os saludamos llena de gracia:

AVE MARIA.

### PRIMERA REFLEXION.

De muy antiguo se viene disputando á España la primacia acerca del culto de la inmaculada Virgen Maria. Pueblos envidiosos de nuestras glorias religiosas han apurado todos los recursos imaginables para oscurecer el brillo que aquellas hacen reflejar sobre nuestro pais, del mismo modo que no han perdonado medio alguno por arrancarnos si

podieran hasta el último de nuestros recuerdos históricos y de nuestras bellezas literarias. Pero si han sido bastante afortunados para empañar á fuerza de torpes manejos el lustre de nuestra antigua nacionalidad, sus esfuerzos han sido impotentes para arrebatararnos la honra de haber sido los primeros en celebrar ese augusto misterio que acaba de ser elevado á dogma de nuestra fé católica.

Para demostrarlo no necesito recurrir á hechos controvertibles ó dudosos. Bien pudiera en este caso citar el aserto de Marco Máximo que asegura haber sido dedicado á la Concepcion inmaculada de María el suntuoso templo del Pilar de Zaragoza, edificado en honra de esta Señora por el Apóstol Santiago cuando todavía estaba humeante la sangre de la víctima del Calvario (1); pudiera hacer mencion de las antiquísimas iglesias de Sevilla, Tarragona y Toledo, consagradas, segun algunos autores mas piadosos que críticos, á celebrar y honrar ese mismo misterio; apelaria á la fórmula del juramento que usa el Capítulo de la santa iglesia de Avila, de cuyo contesto se desprende que heredó de su primer Prelado San Segundo el culto de la inmunidad original de la Santísima Virgen (2); reproduciria por fin algunos pasages del oficio gótico que reformó San Isidoro Arzobispo de Sevilla, en donde se consigna ser de institucion apostólica en España la sobredicha festividad, puesto que tiene por fundadores á los siete varones enviados por San Pedro á evangelizar este pais.

Peró por graves y fidedignos que sean estos testimonios, ninguna necesidad tiene España de ellos para demostrar su primacia en el culto y devocion del misterio que hoy nos ocupa. Nada nos afectan los alegatos de Jorge Obispo de Nicomedia en que pretende remontar á los tiempos del Emperador Heraclio la festividad de la Concepcion de la Madre de Dios en algunas iglesias de Oriente (3). En nada desvirtuan nuestras glorias las ficciones del griego Comneno que

(1) V. S. Isidor. de Viris illustribus.

(2) Dice así el juramento: «Quoniam gloriosissimam Virginem Mariam, Dei augustissimam, sine originalis peccati labe conceptam esse, Patres nostri annuntiaverunt nobis, nimirum Sanctissimus Secundus Apostolorum discipulus, etc.

(3) Ap. Theod. Bals. in observ. ad. Nomocanon Photii, tit. 7. C. 1.

contaba en su tiempo entre los dias festivos el de la Concepcion de la Virgen (1), ni la decantada antigüedad que se la atribuye entre los Armenios por un Obispo de aquel rito residente en el siglo XIII en el monasterio de San Albano de Inglaterra (2). Bueno que de muy antiguo se tributase un culto especial á la Concepcion de la inmaculada Virgen María; es decir, como observa un eruditísimo Pontífice (3) que se celebrase la santificacion de esta Señora en el seno materno, del mismo modo que la del Bautista en el de su madre Santa Isabel; pues esto y nada mas es lo que se venia haciendo en las iglesias de Oriente y de Occidente; pero, que María hubiese sido preservada de contraer la mancha original hereditaria de todos los descendientes de Adán, que fuese concebida en gracia desde el instante primero de su ser, eso ningun pueblo, ninguna Iglesia lo celebró antes que España. Y cuenta que para asegurarlo así no nos apoyamos en testimonios domésticos, si así cabe espresarse, no recurrimos á nuestras propias tradiciones, ni apelamos á los monumentos de nuestra historia. Ahí está el eruditísimo crítico Martene, cuya autoridad nadie podrá recusar como apasionada, puesto que ni fué español; ni el menor interés podia tener en nuestras glorias, y sin embargo consigna terminantemente que en el siglo VII ya se tributaba en nuestro pais un culto especialísimo á la inmaculada Concepcion de María Santísima (4).

Después de esto, gloriase en buenhora Inglaterra de haber solemnizado la primera esta festividad en el siglo XI por disposicion de San Anselmo, y cite en corroboracion de su aserto el decreto del Concilio de Lóndres celebrado el año 1328; haga valer la Francia sus derechos á la preferencia en este punto, por haber merecido las reconvencciones del santo abad de Claraval en el siglo XII porque sin prévia consulta de la silla apostólica venia celebrando públicamente este misterio; reclame la Normandía un privilegio de primacía designando á su santo abad Elsin como el fundador de la precita-

(1) V. Bened. XIV. l. 2. de fest.

(2) Ib.

(3) Ib. c. 15. num. 23.

(4) De antiq. eccles. rit. t. 3. l. 4.

da festividad. ¿Qué importa? Mucho antes de esta época, cuando todavía no existían los célebres personajes que dejamos mencionados, cuando aun no se habían oído las alabanzas de este misterio bajo las bóvedas de la basílica Liberiana, cuando la sangre de nuestra reina Clotilde humeante aun y fresca daba testimonio de su fé, cuando el glorioso mártir Hermenegildo no había sellado con la suya su acendrado catolicismo, ya en esta tierra clásica de la Madre del Verbo sus hijos predilectos celebrábanla públicamente exenta de la ley del pecado, preservada de la mancha hereditaria de Adán, y toda pura y limpia de original reato en el instante primordial de su Concepcion.

Si alguno dudare de esta verdad, fácil le es comprobarla recurriendo á los monumentos antiquísimos de la iglesia de Toledo, donde se halla consignada esta gloria de nuestro país con los testimonios mas irrecusables. Allí en sus archivos se conserva el acta del juramento que en 1653 hizo de defender este misterio, por la que consta contaba en aquella época cerca de mil años la festividad de la Concepcion inmaculada (1). Allí en el breviario gótico ilustrado por San Leandro á fines del siglo VI y adicionado por San Isidoro á principios del VII, se lee que el Dios Omnipotente preservó á su Madre del contagio de toda corrupcion (2) y se la acomodan las palabras de los cánticos: «Toda eres hermosa amiga mia, y en ti no existe la menor tacha (3).» ¿Y quién no sabe las piadosas gestiones hechas ante el Concilio IV Toledano por el rey Sisenando al efecto de celebrar esta festividad? ¿Quién ignora el fervoroso celo con que Chindesvinto muerto en el año 651 ordenó se llevase á efecto todo lo dispuesto por el santo Arzobispo de Sevilla? ¿Quién ha olvidado que Ervigio

(1) Cum ergo veritas hæc (dice el juramento hablando de la Concepcion inmaculada de la Santísima Virgen) tam alte mentibus cordibusque nostris reposita remaneret, mille que totis circiter annis publicis annuis festivitibus noster hic sensus et affectus publicatus fuerit.

(2) Quique Matrem servavit a corruptelæ contagio, etc. etc. Offic. de Annunt. Vir. in bened. pop. Nótese que el rito gótico segun el docto Pagi empezó antes del siglo V.

(3) In fest. Assumpt. B. V. Mariæ ad Laud.

dictó una ley prohibiendo á los judíos todo trabajo servil en el día aniversario de la Concepcion de la Purísima Virgen María? ¿Quién no ha leído la donacion hecha por el rey Wamba al abad de la iglesia de San Salvador de Libia del pueblo y templo de este nombre, con la precisa cláusula de celebrar anualmente esta fiesta, hecho que le mereció del Concilio XI de Toledo el renombre glorioso de defensor y reparador de tan augusto misterio?

Son tantos y de tanta valía los títulos que España puede alegar á la preferencia sobre todas las demas naciones con respecto á la antigüedad del culto de la Concepcion inmaculada, que pudieran llenar volúmenes enteros, si necesario fuese entrar en una detenida polémica acerca de este punto. Pero ni es este el caso de hacerlo por no permitirlo la índole de mi discurso, ni tampoco es menester tomarse un trabajo que sobre enojoso seria de todo punto inútil. Harto conocidos son los escritos del autor de la «*España primogénita del misterio de la Purísima Concepcion de María* (1)» y del de la *Milicia de la inmaculada Concepcion* (2).» Son demasiado curiosos é importantes los datos reunidos por la Real Junta de la Concepcion, para que yo pudiese aspirar á decir nada nuevo é interesante sobre este asunto. Consúltenlos los que lo necesiten; estúdienlos los que aun puedan abrigar la menor duda; registrenlos los que todavía hallen argumentos que oponer á nuestras glorias, y la mas concienzuda y luminosa crítica desvanecerá victoriosamente todas sus dificultades. Por lo demás, ahí están las bellas páginas de San Ildefonso, honor de nuestra patria y lustre de nuestra literatura religiosa, cuya erudicion ha suministrado á los apologistas de la inmunidad primordial de María las mas brillantes y robustas pruebas. ¿Qué otra cosa han hecho sino repetir lo que escribió aquella gran lumbrera de la iglesia española en su libro de la perpétua virginidad de la Madre de Dios, cuantos despues de él han defendido el misterio de su Concepcion inmaculada? El mismo Juan Duns Escoto, denominado el Sútil Doctor, cuando en los públicos certámenes sostenidos en las universi-

(1) D. Antonio Lupian Zapata.

(2) Fr. Pedro Alba y Astorga, de la Orden de S. Francisco. Año 1663.

dades de Paris y Colonia recogió tantos laureles é hizo triunfar esta creencia, colocando sobre las sienes de María la corona inmortal de que intentáran despojarla las escuelas mas acreditadas del orbe literario: ¿qué hizo sino reproducir con la lucidez que le era característica, y presentar con un carácter de novedad propio de su eminente ingenio, los solidísimos argumentos del apasionado capellan de la Virgen el inmortal Arzobispo de Toledo?

¡Oh! No sin un convencimiento íntimo, y de ninguna manera inspirado por un exagerado celo, exclamé al principio de mi discurso, y vuelvo á repetir, que en ninguna otra nacion del mundo ha obrado el Señor tamañas maravillas, á ninguna ha honrado con tan inmarcesibles glorias: *Non fecit taliter omni nationi*. Cedan, pues, ante tí los pueblos todos, oh amada patria mia: reconozcan tu preferencia en haber sido la primera en tributar culto público al dulcísimo misterio de la Inmaculada Concepcion de la gloriosa siempre Virgen María. Y si imposible es privarte de esta prerogativa, para tí tan preciosa, no es menos la honra que te cabe en haber sido la mas celosa en estender esta creencia y promover su decision canónica. Hé aquí lo que me resta manifestar en mi

## SEGUNDA REFLEXION.

Y La devocion al misterio de la Concepcion Inmaculada venia siendo como instintiva en todos los corazones españoles. Las hondas raices que en este suelo privilegiado echára tan piadosa creencia, no pudieron secarlas ni los vendabales de las revoluciones, ni el ardor de las sangrientas luchas que hubo de sostener con cien pueblos rivales. Por entre la conflagracion y el polvo de los campos de batalla, á través de una guerra tenaz de ocho siglos empeñada contra la dura dominacion del islamismo, en la que todo en España sufrió el cambio mas sorprendente, y las leyes, las costumbres, los hábitos de nacionalidad desaparecieron á impulso de la accion devastadora del tiempo, solo el culto de María en su Concepcion sin mancha pudo

resistir á tantos elementos de ruina, y lejos de amenguarse en los heroicos descendientes de Pelayo, parecia tomar mayor incremento en proporeion que aumentaban los conflictos en esta tierra clásica de la Madre de Dios. Con la sangre de los godos pasó á sus sucesores la piedad que siempre profesaron á ese misterio. Los Fernandos de Castilla y los Martines de Aragon, dignos herederos de la fé de los Recesvintos, Wambas y Ervigios desplegaron el mayor celo por estender y promover una creencia, que al fin vino á ser nacional en la aguerrida Iberia. ¿Quién hay que no haya oido hablar de la tierna devocion de la reina María, esposa de Alfonso IV, hácia la Concepcion Purisima de la Virgen? ¿A quién se le oculta lo que por fomentarla en sus reinos trabajó su augusto nieto D. Juan I de Aragon, y el fervor con que se espresa en su famoso privilegio en favor de la inmunidad primordial de la Madre de Dios? ¡Con qué elocuencia tan varonil se estiende en las alabanzas de este misterio! ¡Con qué nervio rebate las objeciones de los que admiten la opinion contraria! ¡Cómo se estasia ensalzando los privilegios que en razon de su divina maternidad competian á María! ¡Con cuánto gozo declara hereditaria en la casa de Aragon desde tiempo inmemorial la festividad de su Concepcion sin mancha, ordenando su celebracion anual en todas las ciudades y villas de sus dominios! ¡Con qué celo prohíbe enseñar ó predicar lo contrario á esta creencia, dictando al efecto cuantas providencias adoptaron posteriormente los Sumos Pontífices Pio V, Paulo V, Gregorio XV, Alejandro VII, y castigando con la pena de estrañamiento á los infractores de esta soberana disposicion! (1) Y

(1) Considerando la suma importancia de este documento, que es un nuevo floron para la corona de España, y convencido de que su lectura ha de agradar á todos cuantos se interesen en las glorias religiosas de nuestra patria, no he podido resistir al deseo de insertarle íntegro á pesar de su estension. Dice así :

«Nos D. Juan, por la gracia de Dios, Rey de Aragon y de Valencia, etc.—¿Por qué se asombran algunos de que la bienaventurada María Madre de Dios haya sido concebida sin pecado original, al paso que no ponen en duda que S. Juan Bautista fué santificado en el vientre de su madre por el mismo Dios, que procediendo de lo alto del cielo y del trono de la Santísima Trinidad, se ha encarnado en las benditas entrañas de una

aquí, señores, cúmprenos consignar un hecho que es altamente honroso para nuestra católica nacion. Todo el mundo sabe cuánto se anhelaba en la Iglesia la aprobacion del oficio y misa de la Concepcion Purísima de la Santísima Virgen y las gestiones que al efecto mediaron. Nuestros monarcas habian tomado la iniciativa en este negocio, y no cesaban de reclamar de los Soberanos Pontífices la realizacion de sus piadosos deseos. Por fin, el 27 de febrero de 1476, el Papa Sixto IV, accediendo á los ardientes votos de la Iglesia universal, estendió á

Virgen? ¿Qué gracias podria el Señor negar á la mujer que le dió á luz por el prodigio sublime de su fecunda maternidad? Amando como ama á su madre, debieron acompañar los mas gloriosos privilegios su concepcion, su nacimiento y los demas actos de su santa vida.

»Por qué disputar sobre la concepcion sin mancha de una Virgen tan privilegiada, y respecto de la cual la fé católica nos obliga á creer tantas grandezas y maravillas que no podemos admirar suficientemente? ¿No es motivo harto mayor de admiracion para todos los cristianos el que una criatura haya engendrado á su criador, y que haya sido madre permaneciendo Virgen? ¿Cómo pues alcanzará el entendimiento humano á elogiar debidamente á la Virgen predestinada por el Omnipotente para poseer sin la menor corrupcion las ventajas de la maternidad divina con la aureola de la mas pura virginidad, y para ser elevada sobre todos los profetas, santos y coros de ángeles como reina de ellos? ¿Cómo podia pues faltar pureza ni gracia de ninguna especie á tan escelente virgen en el primer momento de su concepcion? ¿Cómo se podria imputar la mancha del pecado original á la que oyó de un ángel enviado por el Señor *Dios te salve, Maria, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres?* Callen pues los que con tanta indiscrecion se pronuncian: y los que solo pueden proponer vanos y frívolos argumentos contra la inmaculada y privilegiada concepcion de la Santísima Virgen, avergüéncense de propalarlos, porque era muy conveniente que se la dotase de una pureza tal, que no pudiese imaginarse otra semejante despues de la de Dios. Convenia tambien en verdad que la que tuvo por hijo al Criador y padre de todas las cosas, haya sido y sea siempre purísima, muy hermosa y perfecta, como que desde el principio y antes de todos los siglos, por un decreto eterno de Dios, fué escogida entre las criaturas para llevar en su seno al que no cabe en el mundo entero y en la gran inmensidad de los cielos.»

»Nos que entre todos los reyes católicos hemos recibido de esta misericordiosa Madre tantas mercedes y gracias sin mérito de nuestra parte, creemos firmemente que la concepcion de la bienaventurada Virgen, en la

toda ella el privilegio de rezar y celebrar misa de este misterio. A pesar de que nada nuevo añadía esta concesion para España, puesto que ochenta años antes venia ya solemnizando con toda pompa la Concepcion en gracia de María, es indecible el gozo con que nuestros católicos reyes Fernando é Isabel recibieron tan fausta nueva; increíble el ardor con que se apresuraron á pedir á Su Santidad un ejemplar del oficio y de la misa, que, como un precioso depósito, cual se ha dignado hacerse hombre el Hijo de Dios, ha sido de todo punto santa é inmaculada.»

«Por lo mismo honramos con puro corazon el misterio de la inmaculada y dichosa concepcion de la Santísima Virgen Madre de Dios; y Nos y los de nuestra Real Casa celebramos su aniversario solemnemente cual lo han verificado tambien nuestros muy ilustres predecesores de gloriosa recordacion. Asi que mandamos que la fiesta de la inmaculada Concepcion se celebre cada año perpétuamente con grande solemnidad y respeto en los reinos á Nos sometidos por todos los fieles católicos, religiosos, seglares, eclesiásticos ú otras cualesquiera personas de toda clase y condicion; y que en adelante no sea permitido, antes bien lo prohibimos en general á los predicadores y á los que dan lecciones públicas sobre el testo evangélico, que espresen, vociferen ó sostengan de cualquiera suerte cosa alguna que pueda en lo mas leve perjudicar ú ofender á la pureza y santidad de la bienaventurada concepcion. Prevenimos á los dichos predicadores y demas personas que sobre este punto disientan, guarden en el particular un silencio inviolable, puesto que la fé católica de modo alguno nos obliga á defender y profesar la opinion contraria; y á los que en su interior se adhieran á la nuestra, que en toda ocasion la publiquen, señalando con el mayor celo su devocion, y celebrando con las alabanzas del Altísimo la gloria y el honor de su Santa Madré, Reina del cielo, puerta del Paraiso, guardadora de nuestras almas, seguro puerto de salvacion, y áncora de esperanza para los pecadores que en ella confian. Tambien por el tenor de las presentes, establecemos de un modo terminante y para siempre, que si ocurriere á lo sucesivo que algun predicador ú otro súbdito nuestro de cualquier estado ó condicion infrinja este mandato, sea desterrado de su convento ó domicilio particular sin necesidad de nueva orden al efecto, y que mientras persista en la citada opinion contraria, salga de los reinos á Nos sometidos, pues le consideramos nuestro enemigo.... Dado en Valencia á 2 de febrero, dia en que celebramos la fiesta de la Purificacion de la Santísima Virgen, año 1394 del Señor y octavo de nuestro reinado.»

se ha conservado por largo tiempo en la biblioteca del Escorial, é indefinible el entusiasmo con que los conquistadores de Granada, para perpetuar este acontecimiento, dotaron una fiesta anual lo mas solemne que ser pudiese, en honor de la Concepcion Inmaculada, en la santa iglesia primada de Toledo.

Desde aquella época memorable la devocion á este misterio no reconoce limites, y de dia en dia viene fomentándose en España de una manera extraordinaria. Aquí vereis al pueblo y clero de Molina gestionando cerca del Sumo Pontifice Leon X para obtener la gracia de solemnizar la fiesta de la Concepcion con maitines y misa á media noche como en la de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo; privilegio que les es otorgado en 1518 por el referido Papa en su Constitucion *Pia Christi fidelium*. Allí admirareis el piadoso quanto sabio Cardenal Arzobispo de Toledo D. Pedro Gonzalez de Mendoza, levantando á sus espensas de nueva planta la suntuosa capilla de la Concepcion, única quizás que en aquella época existia consagrada á la Virgen Inmaculada; mas allá observareis fundarse con la autoridad de Inocencio VIII por la esclarecida doña Beatriz de Silva un monasterio de virgenes, cuyo principal instituto es honrar ese misterio augusto. Nada empero era todo esto para satisfacer la tradicional piedad de los españoles y su nunca desmentido celo por sostener una creencia que para ellos estaba ya como definida de fe. No bien llega á susurrarse que ciertas plumas envenenadas intentan empañar la pureza original de María, cuando nuestro inmortal Felipe III crea una real junta encargada de defenderla y promoverla, cuyas atribuciones se estendieron en los reinados de sus sucesores á examinar cuantos libros se escribiesen sobre el misterio de la Concepcion, impidiendo la impresion de los que sostuviesen doctrinas á él contrarias. Felipe IV inaugura su advenimiento al trono prestando solemne juramento de defender la inmunidad original de la Virgen con todos los diputados de su reino, reunidos en Cortes generales el año 1621, y ordena que le presten asimismo cuantos en lo sucesivo reciban grados académicos, ó quieran incorporarlos en las universidades de Salamanca, Alcalá y Valladolid (1), ley que despues se hizo esten-

(1) Real orden de 24 de enero de 1664.

siva por el piadoso Carlos III á todas las universidades de sus vastos dominios (1).

¡Y cuánto no gestionaron los españoles cerca de la Santa Sede por obtener la decision canónica de este misterio! Jamás podrán olvidarse las fervientes súplicas que hicieron á Paulo V por medio de nuestro embajador extraordinario en Roma enviado espresamente al efecto en el reinado de Felipe III. Imposible es no recordar con entusiasmo las humildes instancias reproducidas ante el trono de Alejandro VIII. por el Ilustrísimo Señor Obispo de Plasencia, D. Luis Crespi y Borja, en su calidad de suplicante enviado por orden de Felipe IV, ¡Y cómo no entusiasmarse con el grato recuerdo del elogio que la córte pontificia hizo de la piedad de los españoles, al verlos trabajar con tanto anhelo por obtener la definicion dogmática de la Concepcion immaculada, declarando que cada uno de ellos era una columna viva que proclamaba este misterio mas elocuentemente que aquella otra mandada elevar en la Plaza Mayor de Viena por el rey Fernando III de Austria en testimonio de su tierna piedad!

Ante tan auténticos testimonios: ¿quién osaria disputarnos la gloria de haber sido los mas celosos en promover el gran suceso que hoy llena de júbilo á todo el Catolicismo? Si todavía hay quien insista en querer arrebatarnos ese florón que á nadie cederemos, registre nuestra historia, compulse nuestros monumentos tradicionales, estudie nuestra legislacion, examine los trabajos de nuestra real junta, y todo lo hallará empapado digámoslo así en la creencia de ese misterio, en esa tierna devocion que, como oportunamente decia al Sumo Pontífice Clemente XIII nuestro embajador en Roma D. Manuel de Roda, al pedirle la confirmacion del patronato de María Santísima en su Concepcion immaculada para estos reinos y sus dominios, «es, y ha sido siempre perpétua é innata en cuantos llevan el nombre español.» Cuando yo recuerdo aquel dia feliz en que María Santísima fué proclamada especial y universal patrona de España y sus posesiones de Ultramar en el misterio de su Purísima Concepcion, insertándose este acuerdo entre las leyes fundamen-

(1) Real orden de 40 de agosto de 1779.

tales de la monarquía (1); cuando traigo á la memoria las gestiones que para obtener este privilegio hizo nuestro inmortal Carlos III escribiendo de su puño y letra al Sumo Pontífice y suplicándole con el mayor encarecimiento su concesion, como que ella debía colmar los votos mas ardientes de todos sus reinos espresados por sus procuradores; cuando veo á ese mismo monarca solicitar y obtener de la Sede apostólica la gracia de añadir en las letanías de la Santísima Virgen el título de «*Mater immaculata* (2)» bien así como la estension á todos sus dominios del nuevo oficio de la Concepcion adoptado por la Orden Seráfica (3), no solamente al dia de la festividad, sí que tambien á todos los sábados del año no impedidos con fiesta doble ó semidoble excepto los de Adviento, Cuaresma, témporas ó vigiliias (4); cuando por último le veo instituir la real y distinguida Orden de la Concepcion, ordenando que todos los Caballeros lleven pendiente su efigie, juren defender éste misterio, y confiesen y comulguen en la vispera ó dia de la festividad (5); nada, nada tengo que apetecer ni desear mas para convencerme y convencer á todos cuantos de buena fé y sin pasiones estudian los antecedentes de nuestra innata devocion al misterio que hoy nos ocupa, de que así como nadie hay que pueda disputarnos el honor de haber sido los primeros en celebrarle con un culto especial, nadie hay tampoco que sin chocar con la razon y con la historia pueda negar que hemos sido los mas ardientes en defenderle y promover su decision dogmática.

Y digan lo que quieran los pueblos envidiosos y rivales de nuestras glorias. Apuren hasta donde puedan el veneno de la maledicencia, ó los recursos del sofisma. No por eso lograrán arrebatarnos los verdes laureles de nuestra diadema. España entre todas las naciones del mundo podrá siempre y doquiera levantar su noble frente, y decir á los que osaren empañar el lustre de su piedad heredi-

(1) Ley 16, tit. 1, L. 1 de la Novis. recop.

(2) Clemente XIII. Breve de 14 de Marzo de 1767.

(3) Id. Breve de 16 de Enero de 1761.

(4) Id. 14 de Marzo de 1767.

(5) Real Cédula de 19 de Setiembre de 1774.

taria y sincera hácia la inmunidad primordial de María: «Ahí teneis mi historia: leedla; nada mas necesito para reclamar la preferencia en este punto. Fijad una época mas antigua, citad una fecha anterior á la en que en este suelo clásico de la Madre de Dios comenzó á darse culto á su original pureza; probad que alguna otra nacion haya trabajado y gestionado con tanta constancia por obtener una decision canónica, y cuyos reyes y vasallos se hayan mostrado campeones tan valientes de ese privilegio augusto de la madre del Verbo; ó sino, enmudeced y daros por satisfechos con la parte que os quepa, y que nunca os disputaremos, en este fausto acontecimiento que ha venido á colmar las esperanzas del orbe católico.»

Por lo que á nosotros hace, hijos de la siempre piadosa España, regocijémonos, pues hemos visto llegar el dia grande y tan ardentemente deseado en que el inmortal Pio IX ha declarado dogma de fé el misterio de la Concepcion Inmaculada de la siempre Virgen María. Siquiera nuestra piedad así viniese creyéndolo desde época inmemorial, la sancion canónica que acaba de recaer sobre esta antiquisima creencia, confirma de una manera harto satisfactoria la conviccion que heredamos con la sangre de los godos, con la que nos amamantamos en nuestra infancia, y que siempre se ha mantenido viva, inalterable y proverbial entre nosotros hasta el punto de constituir nuestra salutacion nacional. Dia muy especial nuestro es ese en que la silla apostólica, rompiendo el silencio de tantos siglos, ha proclamado á la faz de todo el mundo, representado en la ciudad eterna por un número casi incalculable de Cardenales, Patriarcas, Arzobispos, Obispos, Prelados y fieles de todos los paises, «que la Bien-aventurada Virgen María, desde el primer instante de su Concepcion, «por singular privilegio y gracia de Dios, por los méritos de Jesucristo, Salvador del linage humano, fué preservada y exenta de toda mancha de pecado original.» Celebrémosle, pues, como el mas solemne y fausto de nuestra vida, eternizando su memoria en las generaciones venideras. ¡Oh! Si los huesos descarnados de nuestros antepasados se reanimasen en este momento como allá en las llanuras de Senaar al soplo vivificador de Ezequiel; si las frias cenizas de nuestros piadosos monarcas, que tanto contribuyeron á promover

este suceso, fuesen capaces de tornar á la vida; ¡qué gozo no inundaria sus almas al ver realizado lo que tanto anhelaron, lo que fué el incesante objeto de sus suspiros, lo que apetecieron como su mayor gloria, y por lo que no hubieran dudado renunciar á la mas preciosa perla de su diadema! Pero ¡quizás desde el fondo de sus sepulcros hayan sentido tan feliz acontecimiento! ¡Tal vez haya interrumpido su eterno sueño la nueva de la declaracion dogmática de la original pureza de María! ¡Acaso en la region de los inmortales hayan entonado un himno de triunfo á la Virgen vencedora de la serpiente antigua!

Tambien nosotros, ¡oh creacion sublime de la omnipotencia divina! os felicitamos por la nueva victoria que acabais de reportar de vuestros enemigos. Que de hoy mas las lenguas maldicientes que intentasen empañar el brillo de vuestra original inmunidad, sean confundidas y anonadadas en el abismo con Dathan y Abiron, con Ananias y Safira, y con los ángeles apóstatas que quisieron escalar el trono del Altísimo. Que los operarios de iniquidad que se atrevieren á estampar doctrinas contrarias á este dogma, lleven consigo la maldicion del cielo, y prófugos y errantes como Cain no encuentren en la tierra un suelo hospitalario. Que no haya en el universo una sola voz que no celebre y confiese vuestra exencion de toda culpa desde el primitivo instante de vuestro ser. Aceptad, Reina nuestra, estos fervientes votos de la nacion mas católica, al par que celosa de vuestras glorias; y ¡ojalá que en cambio merezcamos un dia ser con vos eternamente felices en la region de la inmortalidad!

---

---

# DISCURSO I

PARA EL DÍA DE LA NATIVIDAD DE MARIA SANTÍSIMA.

---

EL NACIMIENTO TEMPORAL DE MARIA, COMO COMPLEMENTO DE LOS ETERNOS DECRETOS QUE LA DESTINARON Á SER ASOCIADA Á LA GRANDE OBRA DE LA REPARACION, REALIZÓ TODOS LOS DESIGNIOS DE DIOS SOBRE EL HOMBRE, Y TODAS LAS ESPERANZAS DE LA HUMANIDAD EN DIOS.

---

*Ego ex ore altissimi prodivi primogenita ante omnem creaturam: ego feci in caelis ut oriretur lumen indeficiens, et sicut nebula texi omnem terram.*

Yo nací de la boca del Altísimo, engendrada antes que existiese ninguna criatura: yo hice nacer en los cielos una luz indeficiente, y como una niebla cubrí toda la tierra.

ECCI. XXIV. 5, 6.

¿QUIÉN es ese ser venturoso, cuyo advenimiento absorbe, por decirlo así, todas las ideas del mundo, las esperanzas de todos los siglos y los votos de toda la humanidad? ¿Quién es esa criatura privilegiada, cuya existencia se enlaza con la eternidad misma, aun- que nacida en tiempo como las demas hijas de Adán? ¿Qué fenómeno tan extraordinario es ese que reasume los pensamientos del cielo y de la tierra, á quien Dios hace donacion de todos los carismas de su amor y de todas las riquezas de su munificencia, á quien el orbe saluda entusiasmado como el complemento de sus prolongados suspiros, y en quien las generaciones todas miran vinculados sus destinos y su porvenir?

¡Ah! Mundo desgraciado, tú venias pronunciando á través de mas de cuatro mil años un célebre vaticinio, que en el momento de tu

mas profunda ruina vino á despertar en tí la mas sublime esperanza. El labio mismo del que te hirió con su vengador alfanje cuando un padre insensato te condenó á ser víctima de una rebelion sacrilega, te prometió hacer surgir de tu raza una mujer heroica, cuya planta invencible debía aplastar la cabeza de la serpiente seductora. Tú venias suspirando por la aurora de un dia sereno y bonancible, en que debía dejarse ver el eterno sol de justicia ahuyentando las tinieblas de la larga noche á través de la cual luchando impotente con tu degradacion y tu miseria, caminabas hácia un abismo sin fondo. Tú venias buscando por entre un inmenso océano de desventuras en que vagabas perdido, una estrella luminosa que debía dirigir tu rumbo hácia el puerto de la salvacion, un norte fijo que te mostrase la playa apetecida, un faro brillante que te anunciase el término de tu peligroso viaje. Pues bien: hé aquí cumplidos tus deseos, satisfechas tus aspiraciones, realizados tus votos. Surgió en el horizonte ese astro salvador, alzóse para dicha de la humanidad ese brillante faro, despuntó esa aurora mensajera del dia mas claro y sereno que vieron los siglos, nació en fin la mujer por escelencia, la mujer grande, la mujer tipo, la destinada á hacer brotar en la tierra el consuelo, la alegría, la paz, la dicha que tras largos siglos venia deseando una raza desheredada y maldecida. María, la criatura mas bella de cuantas nacieron desde Adan, la nueva Eva, madre de los predestinados, la prevista en la mente del Altísimo para ser madre del Verbo humanado, la depositaria de todos los tesoros de la naturaleza y de la gracia, la amada de Dios, la paloma inocente, la esposa del Espiritu Divino, la delicia del Criador, la azucena entre espinas, la rosa de Jericó, la oliva especiosa de los campos, la raiz de Jessé... lo diré todo en una sola palabra: el nuevo y gran prodigio vaticinado por Isaias, la virgen privilegiada de Israel, futura madre del Redentor del mundo. Tal es la que en la plenitud de los tiempos nació para ser el lazo de reconciliacion entre el cielo y la tierra, el nudo que iba á estrechar al hombre con Dios, lo visible con lo invisible, la misericordia con la justicia, el tiempo con la eternidad.

¡Salud, oh fenómeno sin segundo de la divina omnipotencia! ¡Sa-

lud, oh creacion indefinible del amor infinito de un Dios! ¡Salud, oh portento extraordinario de la sabiduría increada! Con razon digiste en el tipo de la sabiduría (1), que el Señor te poseyó en el principio de sus caminos, y que cuando todo yacia en el caos, y ni los abismos existian, ni habian brotado los manantiales de las aguas, ni los montes ostentaban sus altas cimas, ni la mole de los cielos descansaba sobre sus ejes, ni los torrentes bañaban los valles, ya eras tú la designada á curar las hondas llagas de una estirpe herida por el rayo celestial, á resucitar las esperanzas de unas generaciones perdidas en la eterna noche de la culpa, á romper las cadenas de la mas humillante esclavitud, á dar á los hombres un Salvador que, rehabilitándoles en sus antiguos derechos, les franqueara las puertas de la inmortalidad. ¡Dignidad augusta! ¡Privilegio inconcebible! ¡Prerogativa que forma la mayor gloria que jamás pudo imaginarse en una criatura! Hé aquí el carácter bajo el cual considera hoy la Iglesia la presente festividad, cuando con el mas tierno entusiasmo prorumpen en este sublime cántico: «Tu nacimiento, ¡oh Virgen Madre de Dios! es el anuncio del gozo mas completo para todo el universo, puesto que tú eres la aurora de quien debe nacer el Sol de Justicia Jesucristo, el cual, rompiendo el fatal decreto de maldicion que pesaba sobre la humanidad, la ha colmado de bendiciones, y aberrojando á la muerte, nos ha dado la eterna vida (2).

No adoptaré yo otra idea en el presente discurso. Por eso desde luego le encabezé con aquellas palabras del libro del Eclesiástico que tan perfectamente cuadran al nacimiento de la augusta Virgen de Nazareth, y que puestas en sus labios reasumen toda la economía de su predestinacion: *Ego ex ore Altissimi prodivi primogenita ante omnem creaturam. Ego in caelis feci ut oriretur lumen indeficiens, et sicut nebula texi omnem terram.* María predestinada en la eternidad para dar al mundo un Reparador divino, nace en tiempo enriquecida de todos los dones convenientes á su augusta mision de corredentora en quien se hallan vinculados los destinos de la huma-

(1) Proverb. VIII.

(2) Eccles. in off. huj. fest.

nidad. O de otro modo: «el nacimiento temporal de Maria es el complemento de los eternos decretos que la destinaron á ser asociada á la grande obra de la Reparacion, y por consiguiente realiza todos los designios de Dios sobre el hombre, y todas las esperanzas del hombre en Dios.» Ved ya propuesto mi pensamiento que procuraré desenvolver brevemente en una sola y sencilla reflexion.

AVE MARIA.

### REFLEXION UNICA.

¿Cuáles fueron siempre los designios de Dios sobre el hombre? Selándole en la creacion con el tipo mismo de su imágen, propúsose hacerle eternamente feliz y venturoso. No con otro objeto le inspiró su soplo divino, trazó en su alma los rasgos de su semejanza, y le infundió su espíritu en que tantas y tan bellas analogías se registran con el supremo Criador. El hombre empero renunció desacordado á esa dicha por aspirar á una divinizacion quimérica; parecióle poco ser semejante al que de la nada le extrajera, y quiso ser igual á él. ¡Insensato! El robusto brazo del Omnipotente cayó sobre su cabeza, le hirió de muerte, hizole rodar de la mayor altura posible á la mas profunda miseria; quedó ciego, pobre, impotente, en rebelion incesante consigo mismo, enemigo de Dios, maldecido de la tierra, esclavo en el propio suelo en que estaba llamado á reinar como soberano, sin patria en un mundo que debiera haberle proporcionado todo linage de goces y delicias, dependiente de unas criaturas que le hubieran sido tributarias, y lo que es peor, sin norte, sin guía, sin luz á través de un horizonte nublado, en que relumbraba sin cesar el rayo de la ira divina, y zumbaba el trueno de la eterna venganza que le recordaba su iniquidad y el castigo á que se hiciera acreedor.

Tal era el género humano á consecuencia del pecado de origen: su situacion no podia ser mas triste, ni mas funesta y precaria su existencia. Sin embargo, á pesar de tanta degradacion y miseria,

conservaba una prediccion sublime, y llevaba á través de sus emigraciones una esperanza consoladora. La mujer destinada á quebrantar la cabeza del dragon infernal era en todas partes el grandioso objeto de todos los pensamientos de la humanidad. Su imagen venia reproduciéndose en todos los tipos alegóricos, su mision venia espresándose en todas las grandes figuras del antiguo testamento. Las Déboras y Jaeles vencedoras de los enemigos del pueblo de Dios no hacian mas que representar en lontananza á la insigne libertadora del mundo, á la futura madre del Redentor, instrumento augusto de la grande obra que el eterno meditaba realizar en la plenitud de los tiempos en bien de toda la raza proscripta. Las Abigailes, Esteres, Judites y demás ilustres heroínas que Jehová suscitó en los antiguos dias, y que tanta prez dieron á sus respectivos siglos, las unas interponiéndose como mediadoras entre unos reyes irritados y unos súbditos rebeldes, las otras haciendo valer su influencia para revocar decretos de muerte y esterminio, éstas tomando por su cuenta la defensa de ciudades amagadas de una gran catástrofe, aquellas quebrantando con un valor intrépido las cadenas preparadas para sus compatriotas, y clavando en las murallas de su recinto las cabezas de sus orgullosos tiranos, todas ellas no eran mas que ligeros bosquejos de aquella Virgen pura, de aquella mujer sin segunda, que asociada desde la eternidad á los pensamientos de Dios respecto del mundo, debia consumir con su nacimiento los decretos á que estaba ligada la paz, la concordia, la libertad, el triunfo de la humanidad sobre el infierno, y realizar todas las esperanzas que venia alimentando desde el dia mismo en que la fué anunciada tan fausta nueva.

Así corrian los tiempos, se sucedian los siglos y las generaciones, legándose unas á otras la gran promesa pronunciada en el Paraiso. Los patriarcas en sus movibles tiendas conservaban cuidadosos esa tradicion que inoculaban en las almas de sus hijos para que ellos á su vez la trasmitiesen á los suyos como una herencia preciosa. Los profetas en sus sublimes poesias inspirábanse con la idea de la Virgen madre de Israel, llamada á derramar el bálsamo suave del consuelo sobre unas almas heridas, y á hacer lucir sobre un nuevo horizonte

el astro de la redencion. Los parvulitos al despuntar el dia saludaban á lo lejos á aquella aurora celestial que debia traer el sol divino por quien suspiraban. Los ancianos al descender al polvo del sepulcro formaban ardientes votos y dirigian una mirada de esperanza hácia la futura estrella de Jacob présaga de su eterna ventura. Hasta en las profundas oscuridades del limbo resonaban las plegarias de los justos, que no cesaban de pedir al cielo apresurase el advenimiento de la mujer á quien se hallaban ligados los destinos de una østirpe infeliz. María, pues, es el gran pensamiento del mundo á través de cuatro mil años: su nacimiento es la luz brillante que esperan los hombres por espacio de una larga noche de cuarenta siglos; todas las ideas, todos los suspiros, todas las lágrimas de la descendencia de Adán se dirigen á la Virgen de Nazareth; porque de ella debe brotar como de la misteriosa vara de Jessé, aquel vástago precioso llamado á restaurar las ruinas de Israel y de Judá. Jamás criatura alguna fué objeto de tan general entusiasmo; ninguna fuera de ella, reunió como en un solo haz todas las alegorias, todos los tipos, todas las promesas, todos los vaticinios, todos los deseos, y todas las aspiraciones del universo. Y no es de estrañar que el advenimiento de esa criatura singular y única fuese tan deseado, puesto que debia ser respecto de la humanidad desgraciada, lo que la aurora de un dia despejado para el infeliz perdido en la espesura de un bosque en una noche lóbrega y tempestuosa; lo que la estrella polar para el antiguo navegante que cruzaba desconocidos golfos en dias borrascosos y nublados; lo que el rocío matutinal para las plantas agostadas por un cierzo abrasador; lo que la lluvia benéfica para una tierra árida y sedienta en los eternos ardores del trópico; lo que para el náufrago sin esperanza la vista de una playa hospitalaria; lo que para el cautivo agoviado bajo el peso de las cadenas el decreto de su libertad; lo que para el condenado á una muerte próxima y cierta la nueva del indulto; lo que para el desterrado de su pátria, la amnistia que le devuelve al seno de su familia. No era otra la idea que encerraba el nacimiento de María, ni menor la dicha que para el mundo envolvía su realizacion. Desterrados del cielo, cautivos en la tierra, condenados á vivir en la des-

gracia y á morir sin porvenir, náufragos en el tempestuoso océano de unas pasiones indomables, vacilantes y sin rumbo á través del embravecido mar de tantos infortunios como amargaban su existencia, perdidos en la borrascosa noche de la culpa, y amedrentados á cada instante por la maldicion divina que donde quiera les seguia, ¿á quién habian de dirigir sus votos, en quién debian fijar sus miradas, por quién suspirarian los descendientes del hombre culpable sino por aquella que venia reasumiendo todas las ideas misericordiosas de Dios desde la eternidad, y á quien eligiera para llevar á cabo sus decretos de paz respecto del mundo, naciendo de ella en tiempo, haciéndose hombre en sus purísimas y virginales entrañas, y tomando de su substancia aquella carne y aquella sangre con que debia verificar el gran portento de la reparacion universal del linaje humano? Este nacimiento venturoso de la Virgen prometida, que los mismos poetas paganos celebraron en sus cánticos populares, que los pueblos idólatras conservaron en medio de sus absurdas teogonias, y que Dios quiso que permaneciese inalterable á través de las tinieblas en que quedaron envueltas las tradiciones mesiánicas, ese nacimiento, repito debia ser á no dudarlo, y todos abundaban en esta persuasion feliz, el complemento de los decretos eternos que habian fijado el dia de una redencion universal, el sello de los prodigios que el cielo venia anunciando á la tierra, el término de sus misericordias y la consumacion de sus piedades.

Y en efecto, cumplido el plazo, aparece en la tierra esa Virgen celestial, nace María sin pompa ni magnificencia exterior; porque pobre y modesta debia ser la cuna de la futura madre de un Dios pobre y humilde; y como dice un elegante y sabio escritor, «La misteriosa flor, la rosa que mas tarde vió S. Juan adornada por los rayos del Sol, habia de desplegarse al viento abrasador de la adversidad en un tronco pobre y despojado.» A pesar de ser oriunda de una larga sucesion de reyes, nada en derredor de la cuna de esa criatura fenomenal anuncia sus grandiosos destinos. Ni el nardo, ni la mirra, ni el aloe que perfumaban el lecho de los príncipes hebreos envueltos en mantillas de púrpura, encuéntranse en el natalicio de la reina de los ángeles. Toda su grandeza es interior; toda

su magnificencia se oculta en su corazón, toda su gloria hállase en los dones que enriquecen su espíritu y en las virtudes que embellecen su tierna alma. Hija de una promesa celestial, producto de lágrimas, suspiros y oraciones, ella comienza por llevar al seno de Joaquín y Ana, sus venturosos padres, la alegría y el regocijo de que por tantos años les privára una prolongada esterilidad. Y este júbilo que la ilustre madre de María manifiesta en un sublime cántico celebrando los portentos de la omnipotente diestra, y anunciando tan feliz nueva á los hijos de Rubén y á las tribus de Israel, propágase instantáneamente por todos los ángulos del mundo conocido; puesto que donde quiera un presentimiento universal avigorado por las predicciones de los *videntes* demuestra que ha surgido la aurora del día de la redención, que ha nacido ya el astro precursor del Sol eterno que viene á iluminar al orbe, que está en medio de Israel la Virgen predestinada á lavar en la sangre de Cristo la culpa del primer hombre. Y de aquí, ¡qué transformación tan súbita se opera en todos los sentimientos! ¡qué cambio tan feliz experimentan todas las ideas! ¡qué modificación tan sorprendente reciben todos los instintos de la humanidad! Todo es alegría y entusiasmo: doquiera no se oye sino el alborozo que produce la esperanza de una próxima rehabilitación. El esclavo vé ya despedazarse sus cadenas, el náfrago vislumbra la vecina orilla, el desterrado saluda la patria, el desgraciado siente latir dulcemente su pecho y secarse sus lágrimas, todos en fin miran ya terminados los días del infortunio; porque María es el verdadero Iris que simboliza las paces de Dios con el hombre; la paloma que anuncia á los restos de un mundo réprobo la cesación de la cólera divina y el nuevo pacto de alianza ajustado entre el cielo y la tierra; el verde ramo de oliva que proclama el triunfo de la misericordia sobre la justicia, y la reconciliación de unos hijos rebeldes con el padre que les desheredó y les maldijo.

Pero estas grandezas del nacimiento de María solo podemos comprenderlas bien los que llamados á participar de las luces de esa aurora celestial hemos visto y experimentado ya sus felices consecuencias. ¿No es este suceso inefable el que ha realizado todos los designios de Dios sobre el hombre, y las esperanzas todas del hombre en

Dios? ¿No es en María y por María por quien se nos ha dado el Verbo eterno, por quien hemos sido iluminados con la fé, instruidos en las verdades necesarias para salvarnos, enriquecidos con los tesoros de una redencion de precio infinito, libertados de la mas ignominiosa servidumbre, y adoptados por hijos de Dios cuando solo éramos enemigos suyos y objetos de reprobacion y de ira? ¿Quién sino María fué aquel vaso selecto y puro en que encarnó el Unigénito del Padre para obrar la mayor de las maravillas, el mas estupendo de los prodigios, el milagro mas incomprendible de la piedad y del amor? ¡Oh! Ved con cuánta razon puede decir María que ella hizo nacer en la tierra una luz indeficiente, y que la cubrió como una niebla benéfica para estender sobre ella su poderosa proteccion. Ella, cuya sola idea bastó á embotar en el Paraiso la ira de Dios, y á proporcionar á la humanidad las esperanzas que la sostuvieron durante tantos siglos; ella que solo vislumbrada por entre símbolos y figuras misteriosas, fué bastante á dominar la desgracia y á hacer frente á los infortunios que pesaban sobre unas generaciones maldecidas; ella que cuando todavía no era conocida mas que en promesas y tipos oscuros era saludada como la aurora de salvacion de un mundo miserable y sin apoyo; ahora que nacida para dicha nuestra consumó en su persona cuanto de ella bosquejában las antiguas heroínas del pueblo de Israel, y ha humillado la pujanza de la serpiente homicida, y ha vencido al príncipe de las tinieblas, y ha derrotado las huestes del averno, y ha uncido á su triunfante carroza al autor de todos nuestros males, obligando á Satanás á rendir su ominoso cetro á sus plantas vencedoras sin que pueda resistir la mirada de sus ojos celestiales; ahora que mejor que Jael ha clavado en la frente del orgulloso Sisara el hierro de una maldicion irresistible, mas valerosa que Judith ha decapitado al gefe de las cohortes infernales, mas poderosa que Ester ha anulado el decreto de esterminio arrancado contra la humanidad por el orgulloso Aman, mas sabia que Abigail ha sabido calmar la cólera celestial del verdadero David y hacer caer de sus manos la espada de su venganza, ¿cómo no celebraríamos el natalicio de María como el acontecimiento mas brillante que presenció el universo, puesto que de él proceden, con él se ligan, á él se refieren

y en él se reasumen todos los demas que constituyen la suma, el complemento de nuestra ventura presente y de nuestros futuros destinos?

¡Oh! Ahora comprendo M. A. O., y vosotros debeis comprender conmigo cuán justo era el entusiasmo de San Agustin, cuando en vista del misterio que hoy celebramos, exclamaba extático y absorto: «Yo te saludo, oh día feliz y venturoso, tan deseado del  
» universo, tú vienes á satisfacer las necesidades de la humanidad, á  
» llenar todos sus deseos y á colmar todas sus esperanzas. Hed aquí la  
» flor peregrina de los campos, de cuyo cáliz purísimo brotará un día  
» la cándida azucena de los valles, cuyo parto borraré enteramente la  
» culpa, y á quien no comprendió ni comprenderá jamás la funesta  
» maldicion pronunciada contra la Eva primitiva. No, María, ni un  
» solo instante experimentarás sus tristes efectos: Aquella lloró,  
» pero tú te alegraste; aquella concibió con lágrimas, tú concebiste  
» llena del mas puro regocijo; aquella parió un hombre pecador, tú  
» diste á luz á un inocente; aquella madre del linage humano intro-  
» dujo en el mundo la pena y el castigo, tú madre del reparador di-  
» vino trajiste la clemencia y la salvacion; ella fué la autora del pe-  
» cado, tú fuiste la autora del mérito; ella nos hirió, tú nos sanaste,  
» su inobediencia nos perdió, tu obediencia nos rehabilitó; todo lo  
» trastornó su infidelidad, mas todo lo restauró tu sublime fidelidad (1).»

¿Y quién duda que habiendo el Señor elegido á María desde *ab eterno* para ser el lazo de reconciliacion entre la humanidad y la divinidad, y verificar por su medio los designios de su bondad y misericordia, debió enriquecerla desde la aurora de su ser con todo género de gracias, de dones y de virtudes correspondientes á tan sublime mision? Para mí, señores, esto no es un problema hipotético, sino una realidad; y lejos de admitir la menor duda, abrigo el íntimo convencimiento de que así como ninguna otra criatura mereció tan alta prerogativa de ser asociada á la grande obra de la reparacion mediante su divina maternidad, ninguna tampoco se vió embellecida como ella en su nacimiento de todas las magnificencias que eumplian á la alta dignidad á que era llamada. Nada, pues, me

(1) S. Aug. Serm. 48 de Sanctis, 2 de Annunt.

asombra en el lenguaje de la tradicion católica, cuando veo celebrando el natalicio de María con espresiones y rasgos que pudieran creerse hipérboles piadosas, ó exageraciones inspiradas por un fanatismo entusiasta. Que un San Gerónimo la contemple como la madre de la eterna luz; que San Epifanio la salute vida del mundo; que el Crisóstomo la apellide un milagro, superior al cielo y á la tierra en grandeza, á los patriarcas y profetas en virtud, á los apóstoles y mártires en heroismo, á los ángeles y serafines en pureza y santidad; que San Gregorio considere su escelencia infinitamente mayor que la de todos los justos; que San Sofronio diga que al nacer recibió ya en su alma toda la plenitud y perfeccion de la gracia; que el Damasceno la proclame predestinada por el Padre, escogida por el Hijo, y santificada por el Espíritu Santo; todo esto y cuanto los demás Padres de la Iglesia han dicho en elogio de María, no es mas que una consecuencia lógica y necesaria de la elevada dignidad de Madre del Verbo para que nacia escogida entre todas las hijas de Adán. Colocada en este grado, considerada con relacion á la parte importantísima que debia caberla en la redencion del género humano, no hay elogio que no la cuadre, ni grandeza que no la convenga, ni virtud que no debiese embellecerla desde su primordial instante, ni don celestial que no debiese adornar su virginal diadema. Era María lo mas prodigioso que viera el mundo, la futura madre de un Hombre-Dios: y por lo tanto, dice el citado Padre, debia aparecer desde luego tal cual convenia que fuese la destinada á ser templo vivo y digna morada de la divinidad. Ni á tal madre convenia otro hijo sino Jesucristo, escribe San Bernardo, ni á tal hijo podia convenir otra madre sino María, en quien desde el primer instante de su ser se reunieron, en sentir del sabio Gerson, las virtudes de todos los santos como reina que debia ser de todos ellos, no de otro modo que en el primero de los arcángeles se hallan reasumidas las perfecciones de los demás espíritus que forman aquella brillante cohorte.

Creo haber demostrado suficientemente la tesis que me propuse desenvolver en este discurso. En vista de lo dicho, nadie podrá dudar ya racionalmente de que predestinada María desde la eter-

nidad para dar al mundo un Reparador divino, nació en el tiempo enriquecida con todos los dones convenientes á su augusta mision de corredentora de la humanidad: y por lo tanto su nacimiento fué la suma, el complemento, la realizacion de los altísimos designios de Dios sobre el hombre y de las esperanzas del hombre en Dios. Nada, pues, nos resta sino aprovecharnos de los frutos de tan fausto acontecimiento, y buscar en María y por María á ese divino Sol de Justicia, á esa luz increada que para dicha nuestra brotó de su virginal seno en la plenitud de los tiempos: *Ego feci in cælis ut orientetur lumen indeficiens*. Si alejados de la pátria celestial lloramos cautivos en esta tierra de destierro; si errantes y sin norte en el borrascoso mar de las pasiones hemos perdido el rumbo y zozobramos entre los escollos del vicio; si ciegos por el error tropezamos en el camino del bien y nos estraviamos con frecuencia en los precipicios de la culpa, María que aparece en el horizonte como un nuevo astro, como la aurora brillante de la gracia, disipará las nieblas que ofuscan nuestra inteligencia, triunfará de los obstáculos que la virtud hallare en nuestro corazon, nos restituirá la esperanza perdida, nos devolverá la fortaleza y el valor, nos inspirará el deseo eficaz de nuestra salvacion, y nos ayudará á conseguirla con su intercesion poderosísima. Ella que al dejarse ver en este suelo hizo estremecer los abismos, puso en alarma los poderes infernales, obró la mas completa transformacion en las ideas de la humanidad, y andando el tiempo conmovió los cimientos de la idolatría, despedazó los pedestales de mármol de las falsas divinidades, y persiguió al error hasta en sus últimos atrincheramientos, y arrolló la heregía, y confundió la incredulidad, y triunfó del orgulloso racionalismo, realizando así en toda su estension la antigua promesa pronunciada en el Paraiso: *Ipsa conteret caput tuum*; ella continuará siendo nuestro apoyo, nuestro auxilio, nuestro recurso, nuestra esperanza, nuestra providencia en el tiempo. Y si como ella nació hoy para el mundo, procuramos renacer nosotros á la gracia, conservándola fieles y siguiendo constantes sus inspiraciones, no dudemos participar un dia de su misma gloria y ser felices con ella por toda la eternidad.

## DISCURSO II

### PARA EL DIA DE LA NATIVIDAD DE MARIA SANTÍSIMA.

MARIA EN SU NACIMIENTO SE OSTENTA ENRIQUECIDA CON UN TESORO DE MAGNIFICENCIAS QUE CAUSA LA ADMIRACION DEL CIELO, Y CON UN PODER DE MEDIACION QUE COLMA LAS ESPERANZAS DE LA TIERRA.

*Creavit Dominus novum super terram: ¡Fœmina circumdabit virum!*

El Señor ha criado una nueva maravilla en la tierra: ¡Una mujer Virgen, que ha de encerrar en su seno al Hombre-Dios!

JEREM. XXXI. 22.

**R**REALIZÓSE, en fin, lo que venia formando la prolongada espectacion de todo el mundo. Apareció á través de los siglos aquella criatura fenomenal que las generaciones venian saludando unas en pós de otras, como el único término de las desventuras que pesaban sobre la infortunada descendencia del hombre prevaricador. La mujer vencedora de la serpiente antigua, prometida desde el génesis de la creacion para reanudar las relaciones entre la divinidad y la humanidad rehabilitando á esta en sus perdidos derechos, surgió ya como la bella aurora del sol de justicia, ahuyentando con sus resplandores las espesas tinieblas que cubrian el horizonte. En una palabra, María, la futura madre del Salvador del mundo, la segunda Eva llamada á restaurar las ruinas ocasionadas por la primera, formada bajo un órden de decretos especiales dados en su favor, déjase ver como la obra maestra de la omnipotencia, de la sabiduría y del amor del supremo artífice, y como tal objeto dignísimo de sus mas

puras complacencias. En vano el infierno intentára hacer estensivos sus derechos sobre esa criatura sin par. Prevenida por las dulces bendiciones de la gracia y enriquecida con unos privilegios que á ninguna otra se concedieron, porque la primera mirada del Criador sobre ella fué una mirada de amorosa benevolencia, nace toda pura, toda hermosa, toda agraciada y sin la menor tacha, libre de las cadenas que desde el seno de sus madres aprisionan á los demás hijos de Adán, exenta del tizne que á los demás mortales les marca con el sello indeleble de su triste esclavitud; tal en suma cual convenia fuese la que venia á regenerar á la estirpe desheredada, la que estaba llamada á tomar una parte tan activa en el gran misterio de la reparacion, la que desde su primer instante se hallaba investida del alto carácter de corredentora del universo.

Hed ahí el prodigio indefinible, la maravilla única, el milagro sin segundo de la naturaleza y de la gracia, previsto á través de las edades por el hijo de Helcias profeta de Anatoth, y que entusiasmado celebraba, diciendo: «El Señor ha criado una cosa nueva, un sorprendente fenómeno sobre la tierra: ¡Una mujer virgen que ha de encerrar en su seno á un varon,» el varon justo por escelencia, el profeta deseado de todos los siglos, el hombre Dios! *Creavit Dominus novum super terram: Fœmina circumdabit virum.* Y de hecho, bajo este concepto nada es posible imaginar mas santo, mas perfecto, ni mas digno de la admiracion del cristianismo. La mision sublime vinculada á María, la eleva desde su primer instante á la altura mas incomprendible de gracia y de merecimientos: y asi como no es dado concebir dignidad semejante á la de madre de un Dios, tampoco lo es el suponer en ninguna otra dones tan preciosos, privilegios tan extraordinarios, prerrogativas tan especiales, tesoros de caridad, de pureza y de amor tan inefables. Todo es pequeño, todo insignificante, todo nada al lado de esa prodigiosa creacion del Todopoderoso. Cuanto de ella pueda decir la lengua mas elocuente, cuanto la mas apasionada y tierna poesia pueda inventar para encomiar sus grandezas, cuanto el genio y la elocuencia sean capaces de crear en alabanza de esa bella Virgen, será pálido y descolorido; porque nunca alcanzará á espresar dignamente las riquezas de su

maternidad divina. Por eso sin duda el historiador sagrado, al trazar el arbol genealógico de María, despues de haber nombrado á sus ilustres ascendientes, prescinde en cierto modo de la gloria que sobre ella pudiera resultar de tantos insignes capitanes del pueblo escogido, de tantos monarcas opulentos, de tantos profetas y patriarcas venerables como enaltecieron su cuna, y se limita á consignar como el único título verdaderamente grande y honroso para ella, que fué la madre de Jesus, denominado Cristo: *De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus* (1).

Tampoco yo buscaré otro, M. A. O, ni fundaré la esencial y positiva grandeza de esa escelsa niña cuyo natalicio hoy celebramos, sino en esa prerrogativa única que envuelve el principio fontal de todas sus magnificencias. Decir que María nació en el mundo para dar á luz al divino Salvador del linage humano, es epilogar en una sola frase cuantas glorias pueden caber en una hija de Adan; es decir que esa aurora celestial se presentó ya desde su cuna embellecida con todas las dotes convenientes á una mision tan sublime, y por consiguiente «la mas enriquecida de Dios con un tesoro de magnificencias que causa la admiracion del mismo cielo, con un poder de mediacion que llena todas las esperanzas de la tierra.» Tal es el punto de vista bajo el cual me propongo considerar el nacimiento de la Santísima Virgen. Saludémosla ante todo implorando sus favores, etc.

#### AVE MARÍA.

#### REFLEXION UNICA.

Es un principio inconcuso de la Teologia católica, que el Señor comunica á cada cual las gracias necesarias en proporcion á la dignidad á que las destina (2). Sentado este precedente, preciso es

(1) Matth. I. 16.

(2) Unicumque datur gratia secundum id ad quod eligitur. D. Thom. 3, p. q. 27, art. 5, ad 1.

convenir en que siendo la dignidad de Madre del Verbo la mayor y la mas sublime que puede concebirse en una pura criatura, y naciendo Maria predestinada á esta prerrogativa sin segunda, debió presentarse desde su cuna adornada de una santidad proporcionada á tan alta mision. No me detendré á demostrar ese privilegio único y esclusivo de su concepcion immaculada, consecuencia casi necesaria de su futura maternidad. La razon misma de acuerdo con la verdad revelada nos manifiesta que Dios se debía á sí propio el alto honor de tener por madre, no solamente una mujer Virgen, si que tambien una Virgen sin tacha que ni por un leve instante hubiese estado sometida á la accion de la culpa original. Pero aun prescindiendo de esta escepcion honrosa que coloca á Maria en una altura de grandeza sin semejante, ¿qué de carismas, qué de dones celestiales, cuántas virtudes, cuántas magnificencias debió atesorar desde su nacimiento aquella alma destinada á ser el santuario en donde iban á realizarse los mas sublimes designios de la Omnipotencia, de la sabiduria y de la bondad de Dios!

¡Fenómeno extraordinario! esclama á este propósito el P. San Ambrosio. El Altísimo concibe en su mente divina el pensamiento mas prodigioso y de mas inmensas consecuencias; propónese reformar el mundo y dar á la humanidad un libertador que despedace las cadenas que la oprimen y un Salvador que la rehabilite para entrar en posesion de la herencia perdida. Al efecto, hácese necesario que el increado nazca temporalmente del seno de una mujer, que el hijo del Eterno tenga por madre á una Virgen de la tribu de Judá, que el sol indeficiente de justicia que habita en el seno de Dios una luz inaccesible, se encierre en el claustro de una criatura mortal, para consumir en él el prodigio de sus abatimientos y humillaciones, que gloria tanta han de reflejar sobre el universo. Pues bien, este misterio se verificará un dia: y la casta doncella de Nazareth es la llamada á ser el instrumento de ese nuevo é inaudito portento. ¿Puedese concebir dignidad mas sublime? ¿Puede comprenderse mision mas escelente? Imposible: y por lo tanto en este solo hecho hállase reasumido todo el elogio de María; de él arranca toda esa larga cadena de privilegios y virtudes con que nace enriquecida; de ahí deriva

esa fuente inagotable de magnificencias que la embellecen; de ahí brotan todas esas preciosidades que esmaltan su diadema con una variedad sorprendente, haciéndola el dulce embeleso de los ángeles de quien es la reina prometida, y la admiración de los cielos cuyo imperio la está reservado: *Astitit regina a dextris tuis in vestitu deaurato circumdata varietate* (1). Y no solo los espíritus angélicos se regocijan al despuntar en el horizonte ese nuevo astro precursor de la redención esperada por tantos siglos, no solo las moradas eternas se sienten inundadas de júbilo al ver aparecer á la que ha de llenar las ruinas causadas por Luzbel y sus ministros apóstatas, sino que á los primeros pasos de esa bella hija del Príncipe eternal, el abismo presiente su próxima derrota, y mira desconcertadas sus fraudulentas esperanzas.

¡Qué idea tan grandiosa nos ofrece el natalicio de esa Virgen bajo el punto de vista de su futura maternidad! En este concepto mirase repentinamente elevada á una altura á donde si bien una admiración entusiasta puede conducir al hombre, nunca empero su espíritu será capaz de tocar, porque escede prodigiosamente á su limitada inteligencia: y allí donde no es dado llegar con el pensamiento, mucho mas imposible lo será con la espresion. En virtud de esa prerrogativa la gloria de María se encuentra en cierta manera nivelada con la de Jesucristo mismo; puesto que así como éste fué destinado desde la eternidad para redimir al linage humano, del mismo modo fué designada María en los eternos decretos para inaugurar la grande obra de la redención dando á luz al reparador del mundo. Así que, aun no habia nacido la Virgen de Isaias, y asociada ya á los designios de Dios sobre la humanidad era el primer resorte que funcionaba en el admirable sistema de la reparación, como que mediante su cooperacion debian cumplirse los oráculos divinos y brotar en la tierra el deseado de los collados eternos. Todavía no existia, y ya á la vez que su futuro hijo, figuraba en el plan del Omnipotente como el móvil de los mas importantes sucesos, y como el principio y el término de cuanto iba á verificarse en el porvenir. Ni siquiera habia el menor

(1) *Psalm. XLIV. 10.*

vislumbre de su nacimiento temporal, y sin embargo ya la anunciaban los profetas, los justos la designaban, representábanla las alegorías del testamento primitivo, y en su familia circulaba una sangre régia, y hacinábanse los cetros y las coronas con el fin de prepararla un origen digno de ella, y á su hijo una madre no menos digna de él. En suma cuando su existencia solo estaba decretada en los insoffiables abismos de la ciencia de Dios, ya su pensamiento y su idea dominaban en los mas célebres acontecimientos del pueblo predilecto. Por ella triunfaba David, reinaba Salomon, profetizaba el hijo de Amos: y las virtudes de los patriarcas, y la sabiduria de los reyes, y las empresas de los conquistadores, y las victorias de los héroes no eran mas que como la aurora de la hija de Sion que presagiaba el resplandor de sus virtudes y sus futuras magnificencias.

Ahora comprendo bien lo que antes no me era dado concebir y lo que en cierto modo venia siendo un escándalo para mi débil razon. Ahora concibo toda la sublimidad de ese silencio que observan los historiadores sagrados respecto al nacimiento de María, omitiendo sus circunstancias y limitándose á decir que fué la madre de Jesus. Es que el Señor dirigiendo la pluma de los Evangelistas quiso que se mostrasen como asombrados ante ese prodigio fenomenal de la gracia. ¿Y qué otra cosa pudieran decir que en breves palabras encerrase tantas grandezas? ¡Oh! Si el mayor elogio que la Escritura decretó al mas insigne de los conquistadores fué decir que la tierra habia quedado muda en su presencia, sola y exclusivamente de María ha podido decirse que ante ella enmudeció el mismo Dios. Pero en cambio, ¡cuán elocuente y entusiasta no se muestra en su elogio el lenguaje de la tradicion! Los siglos todos vienen rivalizando en celo y en amor hácia María; ni un solo genio cristiano hay que no haya corrido á depositar ante su trono flores vistosisimas para embellecer su diadema. Poco es, dicen los unos, que se trate de reunir en esa privilegiada criatura la fé de Abrahám, la obediencia de Isaac, la mansedumbre de Jacob, la piedad de David, la ciencia de Salomon, la caridad de Eliseo, el celo de Elias; desaparezca ante ella la prudente Abigail, la esforzada Judith, la intrépida Jael, la valiente Débora, la laboriosa Ruth, la dulce y simpática Esther... Todo es

descolorido en comparacion de María, quien absorvió y agotó en cierta manera toda la plenitud de la gracia, todos los tesoros de virtud, y los carismas todos del amor del Espíritu divino (1).» Poco es, dicen los otros, que se la apellide un prodigio; puesto que en elevacion escede al cielo, en inmensidad sobrepuja á la tierra, en merecimientos ni los ángeles ni las dominaciones, ni los tronos ni los serafines pueden competir con la que es á la vez madre de Dios y siempre Virgen (2). Es en sentir de San Gerónimo la madre de la eterna luz, y en frase de San Epifanio la vida del mundo: por cuanto destinada á hacer surgir en el horizonte al que debia iluminar las tinieblas que cubrian la tierra, fué constituida desde su nacimiento origen fontal de la gracia y acueducto de la verdadera felicidad. Por eso descuella en santidad sobre todos los justos y bienaventurados, al modo que las altas montañas se elevan erguidas sobre los humildes valles (3). ¿Y cómo no habia de hallarse llena de gracia y enriquecida de toda suerte de celestiales dones, la que nacía para ser la escala del Paraiso; la abogada del hombre, la inventora de la salvacion (4) por quien los culpables debian ser reconciliados con Dios, la tierra anudar sus relaciones con el cielo, y las generaciones todas ser restauradas en sus primitivos derechos (5)? Enmudezca la humana elocuencia ante las magnificencias de esa tierna niña predestinada por el Padre, escogida por el Hijo, santificada por el divino Espíritu, como madre, hija y esposa de todo un Dios, esclama el Damasceno (6). Bajo este concepto, imposible es, dice el Angélico, concebir cosa mas eminente que María, siquiera el poder de la gracia divina sea ilimitado en su potencia absoluta (7).

Tal es M. A. O., el lenguaje universal de la tradicion. Idénticos sentimientos, iguales ideas, los mismos elogios encontrareis en todas

(1) S. Basil. in Cat. D. Th. in I. Luc.

(2) S. Joan. Chrys. de Virg.

(3) S. Greg. L. I. in I Reg.

(4) S. Laur. Just. de Annunt. Virg.

(5) S. Bern. Epeit. 174. ad Cap. Lugd.

(6) De Dormit. Deip.

(7) L. 3, p. q. 7, á 12. ad 2.

partes en tratándose de María. Es este un tema fecundísimo sobre el que se observa una uniformidad sorprendente en su misma maravillosa variedad. De ese principio deduce la ciencia el ilimitado poder de mediación que cupo á la futura madre de Dios desde su advenimiento al mundo, puesto que era llamada á contribuir tan eficazmente á la regeneración moral del universo. Y ved cuán justamente la saluda la iglesia en este día como la aurora mensajera del mas puro júbilo y de la felicidad universal de todos los mortales, como que de ella debía nacer á su vez la flor mas peregrina de los valles, el Mesías suspirado, el reparador prometido, el Hombre-Dios llamado á desterrar para siempre de la tierra la servidumbre moral en que yacia la descendencia de Adán pecador, y á franquearla las puertas del cielo. Por eso entusiasmada al verla despuntar sobre el horizonte la acoge con gritos de indefinible alegría como á la vencedora del infierno, á la reparadora de todos nuestros males, á la que venia á cicatrizar las hondas heridas del humano corazón.

¡Ah! Y con qué fidelidad no ha correspondido María á las esperanzas del mundo! ¡Cuánto no ha escedido sus deseos y aspiraciones! No me empeñaré en demostrar cuánto pueda hacer la Madre del Verbo en favor de los mortales, pues harto acreditado lo tiene por lo que viene haciendo á través de las edades. No soy yo quien debo elogiar el valimiento de esa escelsa criatura: díganlo por mí los diez y ocho siglos que van trascurridos desde que apareció en el mundo; cuéntenlo los centenares de generaciones que vienen sucediéndose desde que se dejó ver esa estrella bonancible para dicha de los que vogaban en el tempestuoso Océano del error y de las pasiones; refiéranlo los pueblos sometidos á su acción tutelar desde que amaneció cual crepúsculo del mas bello día, ahuyentando las tinieblas que envolvían en eterna noche á la desventurada humanidad. Pero nada de esto es necesario: nadie hay que pueda ignorar lo que debe al nacimiento de María, puesto que ninguno ha dejado de participar de las benignas influencias del sol esplendoroso que ella nos trajo. Cuando por primera vez la vió el orbe asomar por el oriente, tendiendo hácia ella sus manos la apellidó mujer celestial, criatura deífica, Eva reparadora cuyo parto debía colmar los deseos

de toda la raza proscripta, borrando el anatema que sobre ella se fulminó en el Paraiso, y destruyendo el muro de separacion que la rebelion de la Eva culpable levantára entre el hombre y Dios. Desde entonces los hechos han demostrado que la confianza del mundo no se apoyaba en mentidas promesas sino en verdades reales y positivas. Y ved por qué la opinion unánime y la voz general de todos los siglos colocándola en el primer trono del cielo despues de su Santísimo Hijo, viene dividiendo entre ambos los altares y el culto de la religion católica.

Dejad, pues, que los mas ardientes genios del cristianismo satisfagan su piedad, estasiándose en las alabanzas de esa Virgen. Cier- to que á su devocion ilimitada y á su inagotable amor todo parece poco al hablar de un prodigio tan incomprensible de grandeza y de poder. Que el Damasceno la llame oficina y laboratorio de todos los bienes del Supremo Hacedor (1); que San Anselmo la salute restauradora de la creacion (2); que el Doctor Seráfico la denomine abismo de gracias y mar insondable donde afluyen todos los rios de la divina misericordia (3); que San Epifanio la proclame tesoro inmenso de salvacion (4); ¿deberá estrañarnos este lenguaje y el que unánimemente vienen usando los Padres de la Iglesia, cuando todo el universo ha reconocido con San Bernardo que cuanto hay de virtud, de gracia, de esperanza, de misericordia y de felicidad para el hombre, le viene como por su vehículo natural de María?

Esta persuasion constante es la que ha generalizado el culto de la Santísima Virgen y héchole popular en todo el universo. Por eso su natalicio se celebra en la iglesia católica como el aniversario de la mayor de las venturas á que pudo aspirar el linage desheredado, como el complemento de todos los deseos y la realizacion de las prolongadas esperanzas de la triste humanidad. Por eso y con mucha razon solemniza con tanto aparato el advenimiento de la que venia á enjugar todas las lágrimas del triste mortal, á calmar todos los pe-

(1) De Dormit. Vir. C. 8.

(2) De excel. Virg. C. 9.

(3) Orat. I de Nat. Virg.

(4) De Laud. Deip. in Spec. Virg. C. 5.

sares, á remediar todas las miserias, á cicatrizar todas las llagas con el bálsamo de la misericordia y á secar para siempre la fuente envenenada de todos los infortunios que tan intolerable hacian la existencia humana en un suelo maldecido por la cólera celestial.

Plegue á vos, oh Virgen purísima, aurora bella, luna radiante, que esa maldicion que naciendo fugásteis, no vuelva á pesar sobre nuestras cabezas, ni tornemos á vernos envueltos en el anatema que victoriosa rasgásteis triunfando de la antigua serpiente. ¡Oh! Triunfad tambien de los errores que altivos osan levantar su cabeza en el seno del catolicismo, bien asi como en épocas antiguas lo hicisteis, y no permitais que el brillo de la fé se vea jamás eclipsado entre nosotros. Húndanse en el abismo cuantos intentaren alzar altares profanos contra los que la verdadera piedad os ha consagrado: y no haya en el mundo pueblo, nacion ni idioma que no celebre vuestras inmarcesibles glorias. La España, que desde su cuna os erigió un templo magnifico en cada uno de los pechos de sus hijos, y que donde quiera se ha mostrado entusiasta de vuestro culto, aspira y con justicia á ocupar un lugar preferente en vuestra proteccion. Velad sobre ella para que se conserve intacto el fuego de sus creencias, y se fomente de dia en dia el tierno amor, y la devocion sincera que viene profesándoos á través de las edades, devocion y ternura que siempre fueron su escudo y su defensa en los mayores peligros. De esta suerte lograremos, oh amantisima madre y reina nuestra, llegar al término de nuestra carrera, y recibir de vuestras manos la preciosa aureola de la inmortalidad.

# DISCURSO I

## PARA EL DIA DEL DULCE NOMBRE DE MARIA.

EL NOMBRE DE MARIA ES EL MAS TIERNO Y SIMPÁTICO, PUESTO QUE  
 INSPIRA A LA HUMANIDAD LA MAS DULCE CONFIANZA; AL PAR QUE EL MAS  
 PODEROSO Y BENÉFICO, POR CUANTO REPRESENTA LA INFLUENCIA QUE  
 ESA AUGUSTA SEÑORA VIENE EJERCIENDO EN LOS DESTINOS DEL MUNDO.

*Et nomen Virginis Maria.*

El nombre de esta Virgen es Maria.

Luc. 1. 53.

*Secundum nomen tuum, sic et laus tua in fines terræ.*

Segun lo dulce de tu nombre, así se multiplican tus alabanzas en toda la tierra.

PSALM. XLVII.

LA celebridad de ciertos nombres que los anales de la historia antigua han transmitido de generacion en generacion y de siglo en siglo, no representa en su último análisis mas que el orgullo divinizado despues de la tumba, ó la fastuosa arrogancia de los mortales, aspirando á ocultar su pequeñez bajo las prestadas esterioridades de un brillo deslumbrador, que fácilmente desaparece cuando se estudian los hechos á la luz de la fé y de la razon ilustrada del cristianismo. Pocos son los que en mayor ó menor escala no abriguen la pretension de inmortalizar su memoria, legando á las futuras edades algun hecho digno de ser recordado con entusiasmo. Con este fin trabaja el literato dia y noche prolongando sus estudios y sus vigili-  
 as; con igual objeto se desvela el hombre de estado multiplicando

sistemas y combinaciones de gobierno; con idéntico propósito menosprecia el guerrero los peligros y hace prodigios de valor en los campos de Marte. Y hasta el modesto artista, encerrado en su taller, sueña un invento que pueda conquistarle prez y renombre después que la muerte haya borrado la última huella de su existencia. Sin embargo, en medio de esa aspiración incansable del hombre á sobrevivir á su propia disolución, ¡cuán pocos son los que consiguen una justa celebridad! ¡Cuán escasos los que logran transmitir un nombre puro y digno y una reputación sin tacha! ¡Cuán contados los que al lado de sus virtudes hacen brillar algún hecho beneficioso para la humanidad! Frecuentemente los vicios vienen á empañar el falso yislumbre de unas acciones heroicas, ó el horror de la sangre mancha los laureles del vencedor, ó las lágrimas de las víctimas convierten en objeto de maldición y anatema lo que hubiera sido un título glorioso de triunfo y de inmortalidad.

Apartemos nuestra vista de unos nombres que solo despiertan ideas de pesar ó de aflicción, para fijarla en un nombre que hace mas de diez y ocho siglos viene produciendo en todo el orbe sentimientos de admiración, ideas de grandeza, afectos sublimes, tiernas reminiscencias, dulces esperanzas, consuelos indefinibles; nombre augusto por lo que significa, inefable por lo que representa, sin segundo por los hechos que á él están ligados, incomparable por la influencia beneficiosa que viene ejerciendo en los humanos destinos, y de una celebridad tan justa, tan merecida, tan universal, que ha pasado á todos los climas, ha atravesado todas las revoluciones, ha invadido todos los imperios, ha salvado todas las edades, y creciendo siempre en simpatía y en atractivo, ha conquistado los corazones todos, se ha hecho dueño de todas las almas sensibles, vibra fuertemente en todos los pechos cristianos, y ha conquistado una popularidad inmensa en todos los países, y resuena en todos los idiomas conocidos, y ha inspirado las sublimes concepciones de la poesía, y ha dado vigor y realce al génio, y ha prestado encantos y armonías inimitables á la música, y... Pero yo me pierdo en un laberinto sin salida, empujado por el entusiasmo religioso que hace surgir en mi alma ese nombre santísimo sin haberle pronunciado todavía. ¡MARIA!

Hed ahí el nombre mas dulce y bello que han repetido labios humanos. ¡MARIA! Tal es el nombre que en el cristianismo, despues del de Jesus, reúne mas magnificencias, envuelve grandezas mas positivas, mayores glorias, y realiza beneficios de mas valia. ¡MARIA! Nombre de inmensurable dignidad, nombre de escelencia sobre humana, nombre de proteccion casi infinita, amable sobre cuanto puede conquistar el amor, suave mas que la miel mas pura, y tan fecundo en sus efectos, que obra lo que significa, realiza lo que recuerda, y constantemente está verificando lo que simboliza. ¡MARIA! que quiere decir *Señora del mundo*, ó *Estrella de los mares*, pues ambas acepciones tiene en las lenguas siriaca y hebrea; ved en ese nombre encantador que no sin una admirable providencia fué impuesto á la futura Madre del Salvador del mundo á los ocho dias de nacer, el objeto de mayor regocijo para el cielo, el simbolo de la mas dulce confianza en la tierra, el eco mas aterrador para el infierno, la expresion de mayor entusiasmo para los ángeles, y el sonido mas grato para los oidos del hombre: porque el nombre de María todo lo embellece, todo lo suaviza, todo lo dulcifica; ahuyenta el pesar, calma el dolor, enjuga el llanto, modifica la adversidad, disminuye el terror, disipa la tempestad, domina el peligro, y donde quiera es un bálsamo que cicatriza todas las heridas del corazon humano, un escudo impenetrable á todos los tiros del cruel enemigo de nuestra dicha, una muralla inaccesible á las huestes del averno, un baluarte ante el cual huyen avergonzados el error, la impiedad, el vicio, las pasiones y todos los elementos de destruccion con que para hacernos guerra cuenta el ángel apóstata, herido por el rayo vencedor de esa heroína ilustre, y postrado por su robusto brazo desde el instante primero de su purísimo ser.

Tales son las grandezas de ese nombre augusto. En vano intentaría yo reasumirlas en un breve discurso. Procuraré, pues, simplificarlas, limitándome á presentaros el dulce nombre de María bajo las dos mencionadas acepciones que envuelve, á saber, de *Estrella* y de *Señora*. «Bajo el primer concepto, no puede imaginarse un nombre mas tierno y simpático, puesto que es la expresion de la mas dulce confianza y del mas puro consuelo para la humanidad en el

borrascoso mar de este mundo. Bajo el segundo es imposible hallar un nombre mas benéfico y poderoso, puesto que representa la protección que como reina del universo viene prestando María á todos los hombres y todos los pueblos influyendo en sus gloriosos destinos.» Invoquémosle, pues, llenos de entusiasmo, antes de entrar á desenvolver la idea propuesta, seguros de alcanzar las luces celestiales que necesito para el buen desempeño de mi misión, etc.

#### AVE MARÍA.

### PRIMERA REFLEXION.

— En todos los momentos de la vida presente necesita el hombre de un norte que le dirija, de una estrella que le muestre el rumbo que ha de seguir para llegar á su término. Engolfado en el embravecido océano de un mundo sembrado por do quiera de escollos y abundante en incommensurables abismos, amenazado siempre de las furiosas oleadas de las pasiones, y viendo abrirse á cada paso delante de sí precipicios sin fondo, mal pudiera atravesar el vasto espacio que le separa de la patria celestial á donde camina, y en vano se lisonjearía de llegar á ganar la playa de la feliz eternidad, á no tener un astro que le designe el derrotero, y un piloto, á la vez diestro y benéfico, que dirija la frágil navicilla de su alma á través de riesgos tan frecuentes y de tan formidables borrascas. Hed ahí justamente, dice San Bernardo, lo que el Señor nos dió dándonos á María. Ella es la estrella hermosísima y brillante que alumbra el vasto y tempestuoso mar de este siglo. Su nombre, invocado en todos los trances azarosos, es el norte que aparece en el firmamento para consolar al triste mortal é infundirle la mas dulce confianza. Y ora soplen con violencia los impetuosos huracanes de la tentación, ora se levanten las encrespadas oleadas de la adversidad, ya el cielo, encapotado con los negros nubarrones de la cólera celeste, amenace lanzar sus rayos y desencadenar sus furias en nuestro daño, ya nos amague el trueno precursor de la tormenta escitada por nuestras

culpas, siempre y donde quiera que el nombre de MARIA sea el eco de nuestros corazones y la expresion de nuestra ternura y confianza, indudablemente renacerá la calma y volverá la serenidad: porque á él se hallan subordinados todos los elementos, él encadena todos los poderes, y basta pronunciarle para ver huir en precipitada derrota á todos los enemigos de nuestra dicha. No hay conflicto, no hay perplejidad, no hay riesgo ni desgracia alguna que se resista á la invocacion del nombre de MARIA. No es, como observa un sabio escritor, una estrella pasiva como la del Norte, que se limite á mostrar al hombre la marcha que debe seguir en el proceloso océano de la vida presente; es sí un astro cuya influencia se despliega activa y maravillosamente dentro y alrededor del que en él tiene fijas sus miradas, inspirándole seguridad en las dudas, valor en los momentos peligrosos, constancia en las situaciones dificiles, luz en los negocios oscuros, y heroismo bastante para dominar la accion de cualquiera acontecimiento funesto.

Ni puede concebirse otra cosa considerando los dulces recuerdos que despierta, y las grandiosas ideas que hace surgir en el alma ese nombre augusto. Nombrar á MARIA, es decir en una palabra cuanto despues de Dios existe de mas grande y digno de veneracion y de amor, la Madre Purísima de Jesucristo Salvador de la humanidad, y como tal salvadora tambien ella de un linage desheredado, corredentora de una estirpe réproba, reconciliadora de un mundo maldecido, libertadora del hombre esclavo, y lazo misterioso de alianza de todas las generaciones. Invocar á MARIA, es nombrar á la que es el amor del cielo, la gloria de la tierra, el embeleso de los ángeles, el apoyo de los humanos, el encanto del universo, el porvenir de todos los pueblos, la esperanza de todos los siglos, porque en ella deposita el Altísimo el tesoro de todas las virtudes, en ella constituyó el fondo de todas las perfecciones, á ella vinculó el caudal inagotable de todas las gracias, y quiso que fuese el conducto por donde se comunica el poder, la bondad y el amor de Dios á todos los hombres. Pronunciar el nombre de MARIA, es epilogar cuantas magnificencias se hallan distribuidas en toda la creacion, reasumir cuantas preciosidades atesora la naturaleza en su seno, multiplicar

cuanto hay de grande, de escelso, de admirable, de inmenso en las obras del Supremo Hacedor, por cuanto ella sola representa el prodigio de los prodigios, en cuya formacion quedó como agotada la Omnipotencia Divina, habiéndola hecho superior á los ángeles en pureza, á los arcángeles en santidad, á los querubines en sabiduría, á los serafines en amor, á los tronos en dignidad, á las dominaciones en poderío, y á todas las gerarquías celestiales en su grandeza incommunicable de Madre del mismo Dios. Solo éste es mayor que María; fuera de él nada hay que pueda competir con esa peregrina criatura. Tal viene siendo el lenguaje invariable de la tradicion y el sentimiento universal del mundo. Y en ambos estriba esa confianza ilimitada, esa ternura filial, esa seguridad inesplicable con que todos los hombres invocan el nombre de MARIA, como el que mas simpatiza con sus necesidades y con las aspiraciones de su alma.

Nada hay comparable á ese afectuoso sentimiento con que un hijo repite sin cesar el nombre de la que le dió el ser. Jamás se cansa de pronunciarle, siempre es nuevo para él, en todas ocasiones tiene para su alma encantos y delicias indefinibles. En sus infantiles alborozos no sabe decir otra cosa mas dulce que madre; en sus pesares, á nadie se dirige mas que á su madre; si el dolor le aflige, mezclado con sus lágrimas va el nombre de su madre; si algun peligro le amaga, de ninguna manera sabe espresar su conflicto que gritando: ¡madre! Dulce y consolador instinto que el autor de la naturaleza grabó en el corazon humano y que forma nuestro mas puro consuelo. Sin embargo, aun es mayor y mas fuerte el sentimiento de ternura y confianza que inspira al cristiano el nombre dulcísimo de MARIA, fundado en su cualidad de madre de todos los predestinados, robustecida en el Calvario con unos títulos tan respetables, con unas relaciones tan intimas cuales nos demuestra la fé católica. MARIA bajo este aspecto representa el amor mas heróico, la generosidad mas escesiva, la abnegacion mas profunda, la caridad mas ardiente en favor de la humanidad. Ese nombre oscurece todos los antiguos tipos que la simbolizaron. Nada es para el hombre recordar que esa Virgen vino anunciándose al mundo á través de las edades en el arca de Noé, en el iris de paz y confederacion, en el propiciatorio de oro, en la zarza

incombustible, en la vara de Jessé, en el tabernáculo de Sion, en la estrella de Jacob, cuando contemplándola doblemente madre por la parte que la cupo en la grande obra de la Encarnacion del Verbo, y por haber sido asociada á los inefables misterios de la redencion, encuentra en ella todo cuanto su corazon puede anhelar de dulce y embelesador. Y ved por qué no hay hombre afligido que en sus mas tristes momentos no invoque con fiadamente el nombre de MARIA; ni alma atribulada que en sus mas amargos conflictos no repita el nombre de MARIA; ni corazon herido que en sus mas acerbos padecimientos no mezele con sus suspiros el nombre de MARIA. El enfermo desde el lecho del dolor, el indigente en sus mas apremiantes necesidades, el cautivo desde el fondo de su calabozo, el encarcelado en la oscuridad de su prision, el navegante desde los abismos del océano, todos á una voz llaman á MARIA, en cuyo nombre está personificado el consuelo de todas las aflicciones, el socorro de todas las necesidades, el alivio de todos los infortunios, el remedio de todos los males y el manantial inagotable de todas las esperanzas. No hay un nombre tan eficaz para crear en el alma sentimientos de compasion, de ternura, de beneficencia y de todas las cristianas virtudes. Los rasgos mas sublimes de humanidad, las bellezas mas inefables del amor, los mas raros prodigios de caridad se han operado siempre bajo los auspicios de MARIA. El pobre no encuentra otro resorte mas activo para conmover las entrañas del rico, que dirigirse á él pronunciando el nombre de Maria; el desventurado huérfano no conoce otro medio mas oportuno de captarse las simpatías del público que apelar á su piedad en nombre de MARIA; la viuda desconsolada no halla un lenguaje mas elocuente para expresar la situacion, y atraerse la benevolencia y proteccion de las madres cristianas, que mostrarlas unos hijos estenuados pidiendo para ellos socorro en nombre de MARIA. Nada resiste á una invocacion tan tierna y simpática; y hasta la impiedad misma cesa á veces de ser indiferente y egoista, arrastrada por los invisibles encantos de ese nombre que ha sabido conquistarse el respeto, el amor y las adoraciones de todo el universo, sin que haya quien de intento se atreva á profanarle ó blasfemarle aun entre los que con frecuencia osan man-

cillar con sus impuros lábios el nombre sacrosanto de Dios.

¿Pero qué extraño es que así suceda, cuando ante Dios mismo no hay otro nombre que como el de MARIA doblegue su justicia, calme su cólera, detenga su brazo vengador, ahuyente su ira y haga descender sobre la tierra los tesoros de su misericordia? El justo en las mas peligrosas tentaciones, el pecador abandonado á sus excesos, el incrédulo en medio de sus dudas y perplejidades, el indiferente en su funesta apatia, el libertino en el seno de su brutal sensualismo, tienen siempre en MARIA una estrella que les ilumine, una áncora que les salve del naufragio, una medianera que interceda en su favor, una madre benéfica que interponga sus ruegos y plegarias ante el trono del eterno juez. Portentos mil de conversion y de gracia háanse visto verificados con sola la invocacion del nombre dulcísimo de MARIA. La tradicion viene celebrando y preconizando donde quiera las magnificencias de ese nombre tan eficaz, que San Anselmo se atrevió á asegurar que en ocasiones produce efectos mas maravillosos y pronto que el nombre de Jesus (1); tan irresistible, que en sentir de Ricardo de San Victor, no hay poder que no ceda ante el poder de María (2); tan fecundo, que es imposible pronunciarle, segun el Doctor Seráfico, sin experimentar alguna utilidad (3). Esto me conduce á considerar el nombre de María bajo el segundo aspecto que me propuse, á saber, de la universal proteccion que viene dispensando á todos los hombres y á todos los pueblos esa reina del universo influyendo maravillosamente en sus gloriosos destinos.

## SEGUNDA REFLEXION.

Cuán bien cuadre á María la denominacion de señora del mundo, cuyo significado envuelve su nombre segun dejamos observado, el

(1) De exc. Virg. C. 6.

(2) De Laud. Virg. p. 44.

(3) In Spec. C. 8.

orbe todo viene experimentándolo prácticamente y proclamándolo en voz alta á través de diez y ocho siglos. Donde quiera que la humanidad se ha encontrado amagada de algun riesgo inminente, siempre que los pueblos se han visto amenazados de graves desgracias, en sus luchas intestinas, en sus guerras con naciones estrañas, en las violentas crisis en que han peligrado sus mas caros intereses, el nombre de MARIA ha sido el norte que han invocado, el auxilio que han buscado, el escudo con que se han fortalecido, la torre invencible en que se han amurallado, el arma mas poderosa que han puesto en juego. ¿Y con qué éxito? ¡Ah! La historia, ese libro abierto á todos los que quieran leer, está llena de las glorias de este nombre de irresistible virtud, en donde encontraron amparo y proteccion cuantos con fé y esperanza confiaron á MARIA sus empresas y sus destinos. A semejanza del Dios de quien es madre, su dominio no ha tenido otro objeto que el de hacer todo el bien posible: y todo el valimiento que le dá su augusta dignidad, lo ha empleado incesantemente en derramar abundantes beneficios en toda la tierra. Recuérdese lo que la Grecia y el Oriente todo debieron en tiempos antiguos á su afectuosa confianza en la proteccion de MARIA. Pregúntese á la Europa á quién debe no gemir hoy dia bajo la cimitarra musulmana, ni ser víctima del brutal despotismo que pesa sobre esos paises, cuna en otro tiempo de la civilizacion y de las artes: y ella con sus tradiciones históricas en la mano, demostrará que solo pudo salvarla de tamaña degradacion el favor é influencia de MARIA.

Nadie ignora los colosales y desesperados esfuerzos que el poder musulmico hiciera un dia por entronizarse á todo trance en esta culta porcion del globo. Por mar y por tierra desplegó un formidable aparato de fuerza que hubiera bastado á acobardar á las naciones mas aguerridas. Todo lo invade, todo lo cerca con numerosos ejércitos y flotas invencibles. Aqui Rodas la inespugnable, cae bajo su cetro de hierro; allí Malta la opulenta vé próximo el momento de rendirse; mas allá la bella Sicilia se dispone á capitular. Pero en medio de tanto conflicto un brazo robusto, un poder irresistible que protege el suelo europeo, contiene el desbordamiento de la barbarie musulmana, marchita sus sangrientos laureles en lo mejor de sus

empresas, y en la víspera de un triunfo que hubiera sancionado la servidumbre de todo el universo, MARIA invocada por los guerreros cristianos deshace las falanges enemigas, ahuyenta las huestes infieles, y siembra los campos de cadáveres, haciendo resonar donde quiera un grito de libertad, allí do poco antes solo se oían los gritos de la desesperacion y del horror.

Buen testigo de esa proteccion fué, entre otras, Viena de Austria en aquella célebre jornada que dió ocasion á que el Papa Inocencio XI instituyese la presente festividad del Dulce nombre de MARIA. Sitiada por un ejército de tártaros que llevaban por do quiera la desolacion y el esterminio, ningun recurso en lo humano quedaba ya á aquella ciudad para resistir á enemigos tan invencibles. Todos sus habitantes se disponian á recibir el yugo del tirano y á ser víctimas de su ferocidad. Los insultos de los sitiadores hacian mas amarga y sensible la situacion de los sitiados. Solo restaba el golpe decisivo, y Viena dejaba de existir como pueblo libre, y Austria era presa de los turcos, y por consiguiente, una vez dueños de ese pais, poco ó nada les hubiera costado dominar el resto de la Europa. Pero el Angel del consuelo, el genio de la clemencia velaba por la cristiandad y preparaba su triunfo para el momento mas decisivo. El nombre de MARIA resuena repentinamente dentro de aquellos muros; su eco se repite en todas direcciones é infunde en los ánimos un aliento sobrenatural. Aquel grito marcial despierta en los corazones abatidos una confianza ilimitada, y los inflama en ardor guerrero. Llenos de entusiasmo entran á la carga invocando á MARIA; y á este nombre de victoria el espanto se introduce en las huestes musulmanas; su antiguo valor truécase en cobardía; sus pasados insultos ceden el lugar al desaliento; huyen precipitados en tanto que los cristianos los persiguen sin descanso; los que no caen bajo el golpe del acero, son reducidos á innoble servidumbre; el cristianismo vence, la civilizacion se salva, Europa queda libre de aquella raza infiel y bárbara; y en todos los ámbitos del orbe se oye un himno de triunfo que celebra las magnificencias del nombre de MARIA, quien desde entonces comenzó á llamarse Auxilio de los cristianos, porque élla habia sido la verdadera Judith que decapitára al soberbio Hófernes del

siglo, el genio esterminador que reprodujo en Europa lo que el ángel del Señor en los campamentos de Senaquerib.

¿Y á quién si no á la invocacion del nombre de MARIA se debe la célebre jornada de Lepanto, la accion mas gloriosa que vieron los siglos y la que decidió para siempre la decadencia de la media luna, puesto que allí, como las huestes del antiguo Faraon en el mar Bermejo, quedaron reducidos á la impotencia el orgullo y el poderio de la descendencia del indomable Ismael? ¿Quién si no el nombre de MARIA robusteció los pechos de los españoles, para sostener durante ochocientos años contra la infiel morisma aquella lucha tenaz y porfiada que ha pasado á la historia como un monumento de valor y heroismo nunca vistos? Desde Covadonga donde surgió nuestro primer grito de libertad, hasta Granada donde terminó nuestra opresion, ¿quién si no MARIA presidió á todos los prodigios de valor que inmortalizaron la memoria de nuestros mayores? A MARIA invocaban los hijos de Pelayo cuando salian de un rincón oscuro de Asturias para reconquistar las glorias de su patria perdidas en las márgenes del Guadalete. A MARIA llevaba en sus pendones un puñado de valientes, cuando celosos por el antiguo nombre de la Esperia, se propusieron domeñar el furor fanático de una nacion envanecida con sus conquistas. Al grito de MARIA se arrojaban cual leones sobre las falanges moriscas, y arrollaban y derrotaban á los sectarios de Mahoma, como el huracan hace desaparecer el polvo de la tierra. MARIA era el eco de triunfo de nuestros bravos en las Navas, Alarcos, Sevilla y en mil otros teatros de sus proezas, donde el pabellon español oscureció las glorias del poder mas colosal que jamás se presentó al combate. Las tradiciones de nuestro pais siempre heroico nos dicen que MARIA fué en todas ocasiones el arma invencible que esgrimieron los españoles, el escudo que les defendió en sus peligros, y el elemento poderoso que les condujo de victoria en victoria hasta lanzar del suelo Ibero á los fieros dominadores del mundo cristiano. ¿Quién ignora las proezas de Garcilaso de la Vega, cuyo brazo fortaleció MARIA en las pintorescas orillas del Genil? ¿Quién no ha sentido latir su pecho al oír las canciones populares que celebraban el triunfo del AVE MARIA? ¿Quién ha olvidado la toma importantísima de la córte

de San Fernando debida á la proteccion de MARIA cuya imágen empavesada en una de las naves que surcaban el Guadalquivir, y su nombre invocado en un momento de religioso entusiasmo, bastó á romper la fuerte cadena de hierro que impedia el paso del rio?

Asi es como en todas épocas y en todos los paises del mundo viene demostrándose ostensiblemente, que asi como no hay un nombre mas tierno y simpático que el de MARIA, puesto que es la expresion de la mas dulce confianza y del mas puro consuelo para la humanidad, tampoco hay otro mas benéfico y poderoso, como que á él está ligada la proteccion mas eficaz del mundo, y de él dependen los gloriosos destinos de los pueblos.

Salve, ¡oh nombre augusto y adorable! Dulce eres al corazon, dulce á los labios de quien te pronuncia, no menos que la suave brisa matutinal que al despuntar la aurora alegra la naturaleza y vivifica toda la creacion; fecundo como el rocío que refreseca las plantas agostadas y hace reverdecer los campos sedientos; grato como el murmullo del manso arrollo, que brotando de la montaña se desliza entre la yerba para llevar la abundancia á los surcos estériles; tierno como el canto del ave que al salir el sol celebra con sus trinos las magnificencias del Criador. De tí se ha dicho que eres una torre fortalecida á donde jamás llegan los tiros del infierno (1); la llave preciosa que franquea á los mortales las puertas del cielo (2); la salud de los que le invocan en sus dolencias, y el consuelo de cuantos á él recurren en sus necesidades (3); un unguento oloroso que exhala los mas esquisitos perfumes (4); un aceite prodigioso que derrama la calma y la paz en los corazones afligidos (5); la alegría del justo; la esperanza del culpable, el aliento del moribundo, el signo mas infalible de la eterna predestinacion (6), y la escala misteriosa por donde

(1) Rich. a S. Laur. de laud. Virg. L. 11.

(2) S. Ephren. in deprec. ad Virg.

(3) S. Bonav. ap. Lig. Glos. de Maria, T. 1. C. 10.

(4) S. Ambr. de Inst. Virg.

(5) B. Alan. In. Cant. C. I. v. 2.

(6) S. Germ. de Zon. Virg.

los mortales suben al seno de Dios (1). Una y mil veces te saludamos, oh nombre dulcísimo, como la áncora de nuestra salvacion, como la estrella de nuestra peregrinacion, como el norte fijo de nuestra navegacion por entre el borrascoso mar de este siglo. A tí recurriremos en todos nuestros peligros, te invocaremos en todos nuestros contratiempos, te llamaremos en los momentos del peligro; y de dia, y de noche, velando y soñando, repetiremos ese eco de vida, de gracia y de consuelo, á que el Señor ha vinculado sus mas ricos tesoros y sus mas preciosos carismas. Tú ahuyentarás nuestros pesares, tú calmarás nuestras inquietudes, tú dulcificarás nuestras amarguras, tú aplacarás nuestros dolores, tú suavizarás nuestras angustias. Invocándote nada temeremos, amándote nunca desconfiaremos, escudados contigo no seremos vencidos, protegidos por tí todo lo podremos, caminando en pos de tí nunca nos estraviaremos, y por tí guiados llegaremos al término de nuestra carrera, tocaremos la playa segura de la inmortalidad, y seremos felices eternamente en el seno de la gloria.

(1) S. Pet. Dam.

---

## DISCURSO II

PARA EL DIA DEL DULCE NOMBRE DE MARIA.

---

EN EL NOMBRE DE MARIA SE ENCUENTRAN SIMBOLIZADAS LAS MAS  
SUBLIMES PERFECCIONES DE ESA ESCELSA VIRGEN, Y TODA SU  
AFECTUOSA TERNURA HÁCIA EL HOMBRE.

---

*Oleum effusum nomen tuum.*

Tu nombre es como el bálsamo que derrama la suavidad en el corazón.

CANT. I. 2.

Con razon dijo un sabio y piadoso ingenio, que es tan difícil comprender las escelencias que encierra el solo nombre de MARIA, como empeñarse en agotar los inmensos abismos del océano: puesto que si en este ha querido darnos el Supremo Criador una imágen, aunque oscura, de las infinitas é inagotables perfecciones de su ser, en aquel plúgole manifestarnos las incomprensibles riquezas que atesoró en la destinada á ser Madre augusta del engendrado antes de los siglos; y á la manera que el primero surgió de su omnipotente *fiat* como un eternal monumento de la diestra creadora, el segundo fué una estraccion fenomenal de los tesoros de su divinidad, con que se complació en hacer gala de las magnificencias de su amor (1). Así que, despues del nombre de Dios, no es posible imaginar otro tan grande, tan magnífico, tan escelente, tan bello, tan piadoso, tan dulce

(1) *Mariæ nomen de thesauro divinitatis evolvitur.* Rich. a S. Laur. de laud. Virg.

é insinuante como el de María, ni que tan eficaz sea para llevar el consuelo y la dicha al seno de la tristeza y del infortunio.

No es mi ánimo entrar hoy en ese santuario oculto para sondear temerario sus inescrutables secretos. ¿A qué intentar lo que escede al menguado poder del hombre? ¿A qué empeñarse en descubrir lo que plugo á la sabiduría infinita del Altísimo velar á los ojos de los mortales? Prescindiendo, pues, de las múltiples y diversas versiones que los espositores católicos dan á ese nombre venerando, sin detenerme en abstracciones metafísicas, tan impropias del asunto como inconducentes al fin que la Iglesia se propone en la presente festividad, solo me ceñiré á considerar los efectos reales y positivos que su devocion y culto produce en las almas, las gracias que á él ha vinculado el Señor, y los beneficios que viene derramando en el mundo á través de los siglos. Dificil tarea, empresa árdua es por cierto encomiar debidamente un nombre que admira estático el cielo, venera profundamente la tierra, temen los poderes infernales, ensalzan los coros angélicos, y en el que Dios mismo ve reasumidas sus mayores glorias y encuentra sus mas puras delicias; nombre que ha oscurecido todos cuantos la historia conserva en sus anales desde la creacion del universo; nombre que deja muy atrás los de las grandes celebridades del antiguo testamento; nombre ante el cual quedan deslumbrados los de las ilustres heroínas con que se envaneciera la orgullosa Roma en los dias de su preponderancia como reina y señora del orbe; nombre, en suma, con el que nunca podrán competir los de cuantas mujeres célebres han pasado con gloria á la posteridad. Si los unos no representan mas que tipos y simbolos imperfectos de la mujer por escelencia, de la heroína sin semejante, de la Virgen prometida á una raza esclava para quebrantar los hierros de su innoble servidumbre, los otros solo ofrecen recuerdos repugnantes de orgullo, de vanidad, y acaso de crímenes justamente anatematizados por la nueva civilizacion cristiana.

Solo el nombre de MARIA simboliza cuanto de bello, encantador y positivamente digno de alabanza existe: por cuanto en él se hallan reasumidas las mas preciosas virtudes, los dones mas escelentes, la elevacion mas sublime, la mas incomprensible grandeza. MARIA es el

nombre de la Madre, de la Hija, de la Esposa del Todopoderoso, del tálamo virginal del Espiritu Divino, del augusto santuario de la Trinidad Beatísima. ¡Comprended, pues, si con tales precedentes es posible inventar un nombre mas admirable y simpático! Ambos caracteres brillan en un grado superior en el nombre de María. Por su excelencia escede á cuanto puede caber en lo humano: por su dulzura nada hay que como él haga brotar en el corazón la esperanza y el consuelo: *Oleum effusum nomen tuum*. Así que «si por una parte presupone en quien le lleva la dignidad y perfeccion mas sublimes, por otra es el símbolo de la mas afectuosa ternura y de la mas eficaz proteccion.» Tengo propuesto.

Dignaos, ¡oh Virgen Benditísima! os suplico con vuestro enamorado San Bernardo, concederme la inteligencia, la sabiduría y la elocuencia necesarias para anunciar á vuestros devotos las glorias de vuestro augusto nombre, no cual su excelencia se merece, que esto me es imposible en mi pequenez, sino cuanto me sea dado, á fin de inspirar en mis oyentes el mas tierno afecto y la mas cordial confianza en vuestras bondades. Para mejor obtener esta gracia, todos os saludamos reverentes con las palabras del celestial Mensajero:

AVE MARIA.

### REFLEXION UNICA.

Bajo diferentes aspectos reconocen los Padres de la Iglesia una excelencia sin segunda en el nombre dulcísimo de MARIA. Los unos, siguiendo á San Pedro Damiano, la derivan del supremo dominio que esta Señora obtuvo de Jesucristo sobre todo lo criado; los otros, á quienes preside el Doctor meliflúo, la fundan en su augusta é incommunicable cualidad de Madre del Verbo. «Regocijaos, mis hermanos, escribia el primero, justísimo es vuestro entusiasmo al pronunciar el nombre de esa Virgen soberana; nada en el mundo hay tan digno de vuestra admiracion y tan propio á escitar en vuestras almas afectos de verdadero júbilo, puesto que se trata de aquella criatura

privilegiadisima que viene ejerciendo un imperio universal en todo el orbe (1).» Y el segundo decia: «La madre de Dios no podia tener un nombre mas conveniente y que mejor espresase su elevada dignidad (2).»

Y en cuanto al imperio que compete á MARIA en virtud de su excelencia sobre humana, ¿quién duda que ella reasume en su persona una dignidad régia, una dignidad angélica, y una dignidad casi divina? No es una piadosa exageracion la que me inspira estas ideas. La revelacion de acuerdo con la razon misma, nos demuestran la verdad de mi aserto. MARIA es el nombre de la que con un derecho inalienable puede y debe denominarse reina del mundo, emperatriz del orbe y señora de todo lo criado. ¿A quién con mas justo título pertenecen estos dictados, que á la que encerró en su seno al monarca invisible é inmortal de los siglos, y dió á luz temporalmente al Supremo Artifice y Conservador de cuanto existe (3)? MARIA es el nombre de la que, no solamente fué émula en su inocencia, en su amor y en todas las virtudes que embellecieron su virginal corazon, de la santidad de los ángeles, sino que mereció ser por ellos visitada, honrada y glorificada. ¿Y qué extraño es, decia San Bernardo dirigiéndose á María, que tengas la dicha de ver á esos soberanos espíritus, tú cuya vida es eminentemente angélica? ¿Qué hay de particular en que honren tu morada, cuando encierras en tu seno al que es el origen de la vida y la fuente de la gracia? ¿Qué tiene de admirable que te saluden con reverencia á tí que eres conciudadana de los santos y doméstica de Dios (4)? Nada hay, concluye, tan maravilloso y magnífico como esa creacion inefable de la divina sabiduría, en la que á la par resplandece el mayor mérito, el don mas raro y la gracia mas incomprensible (5). MARIA es, por último, el nombre de esa mujer deífica, como la apellida unánimemente la tradicion católica, que por sus íntimas relaciones con el Verbo Eterno, hállase adornada

(1) S. Petr. Dam. Serm. 2. de Annunt.

(2) S. Bern. Serm. I. super Salve Regina.

(3) Ib.

(4) S. Bern. Hom. I. sup. Missus est.

(5) Serm. I. de Assumpt.

con un carácter casi divino. ¡Oh! Si los justos en la iglesia militante y los bienaventurados en la triunfante son llamados dioses en el lenguaje bíblico, observa oportunamente Tertuliano, ¿cón cuánta mas razon podrá atribuirse semejante denominacion, con las debidas salvedades, á la que escede en santidad y justicia á todas las criaturas, y mereció ser templo vivo y sagrario augusto de la Divinidad? Por eso, añade un sabio espositor, en la salucion del celestial emisario, primeramente es llamada llena de gracia, y despues MARIA, á fin de que mejor comprendiésemos las escelencias y prerogativas de este nombre, despues de haber visto que era como una consecuencia de aquel cúmulo de dones con que se hallaba enriquecida, y de los cuales debíamos participar un dia (1). Ved, pues, con cuán justo motivo saludaba San Metodio ese nombre dulcísimo como un abismo de gracias y un mar inmenso de perfecciones (2).

No es menor la escelencia que resulta al nombre de MARIA considerada su altísima dignidad de Madre de Dios. Tan elocuente y expresivo se muestra en este punto el lenguaje tradicional del catolicismo, que á primera vista pudiera considerarse dictado mas que por un convencimiento razonable, por un celo entusiasta é hiperbólico. En vista de las íntimas é inefables relaciones que existen entre la casta Virgen de Nazareth y su divino hijo Jesucristo, el alma queda estática y perpleja, en sentir del docto Abad de Clarabal, sin saber qué admirar mas, si la benignísima dignacion del que la hizo tan excelsa, ó la escelencia y la dignidad misma con que fué enaltecida en su divina maternidad (3). ¿Cómo te denominaré, esclamaba, oh Virgen sin par? ¿Qué alabanzas podrán corresponder á tu singular grandeza? ¿Qué podrán decir mis infantiles labios en elogio de tu magnífico nombre? Tus magnificencias elévanse sobre la altura de los mismos cielos, y la tierra es estrecha para contener la inmensidad de tu gloria; puesto que ni allí existe criatura alguna que pueda dignamente encomiar tus merecimientos, ni aquí entendimiento

(1) Alb. mag. in C. I. Luc.

(2) In. Hyp. pop.

(3) S. Bern. Hom. I. super Missus.

ninguno bastante á concebir tus perfecciones (1). Poco seria que todos nuestros miembros se hiciesen lenguas para preconizar las grandezas de esa Virgen, cuyo nombre representa una dignidad que solo reconoce por superior la del mismo Dios, en frase de San Gerónimo (2). Nombre escelso, del que dijo San Bernardino de Sena: «que asi como el Hijo de Dios se sienta á la diestra de su eterno Padre en las alturas, en un lugar tanto mas distinguido del de los coros angélicos, cuanto mas honroso y adorable es el nombre que heredó sobre ellos, del mismo modo MARIA madre de Jesus escede tanto mas en grandeza y majestad á esos soberanos espíritus, cuanto es mas inefable el nombre y la dignidad que obtuvo entre todas las criaturas (3).» Por eso desde que el rey de las eternidades se inclinó hasta descender al claustro virginal de MARIA, toda la creacion se inclina al oír pronunciar su nombre, dice Ricardo de San Lorenzo. Su eco bastaba en tiempos antiguos para que todos los fieles se arrodillasen y le adorasen reverentes. Y á esto parece aludir el sabio Idiota, cuando parodiando el lenguaje del Apóstol escribia: *Dedit tibi Sancta Trinitas nomen quod post nomen superbenedicti Filii tui, est super omne nomen: ut in nomine tuo omne genuflectatur caelestium terrestrium et infernorum, et omnis lingua confiteatur hujus Sanctissimi nominis gratiam, gloriam et virtutem* (4).

Ved, pues, como no ya de una vana supersticion, ni de un torpe fanatismo, como pretenden algunos, y sí de un convencimiento íntimo y tradicional de los glorias y escelencias que envuelve el nombre de MARIA, procede esa devocion tan tierna hácia él, que todavia conserva hondas raices en todo el orbe católico á pesar de los furiosos embates de la incredulidad y de los porfiados esfuerzos de la civilizacion material de los siglos modernos. Nuestros mayores, menos ilustrados que nosotros en la ciencia del vicio, sin esas pretensiones de saber ateo que hoy alimenta la actual generacion, comprendian mejor la

(1) Serm. 2. sup. Salve.

(2) Serm. de Assumpt.

(3) T. I. Serm. 61, á 2, c. 4.

(4) De cont. Deip. c. 5.

ciencia de la salvacion, hallábanse mas adelantados en la verdadera y positiva ilustracion católica; y de ahí su ferviente entusiasmo por honrar y venerar el nombre augusto de MARIA, pronunciándole á cada momento, sirviéndose de él como de un saludo popular, repitiéndole al entrar en una casa, al comenzar cualquiera accion, al emprender cualquiera tarea; porque ese nombre venerable era para ellos un objeto de veneracion, un símbolo de ventura y como un escudo protector en todas sus necesidades y tribulaciones.

Insensiblemente me encuentro en el segundo período de mi proposicion. No solo escede el nombre de MARIA á cuanto puede haber en lo humano por su escelencia y dignidad, sino que por su dulzura es tal, que nada es posible imaginar mas tierno, mas simpático y que mas consuelos y esperanzas haga brotar en el corazon. La estrella bonancible que dirige el rumbo de nuestra vida en el inmenso piélago de las pasiones; el norte que guia nuestros pasos á través de la oscura noche de las adversidades y de los peligros; la aurora celestial que proyecta la luz del divino sol en nuestras almas, cuando desacertadas y perdidas atraviesan los difíciles senderos del vicio; la áncora salvadora que nos salva del naufragio en el diluvio de la cólera divina provocado por nuestros crímenes; el faro luminoso que nos muestra en lontananza el puerto seguro, cuando azotados por los contrarios vientos de la suerte nos hallamos próximos á estrellarnos contra las rocas de la desesperacion; el iris precursor de la serenidad despues de la deshecha tormenta suscitada por el infierno; todos estos símbolos y otros no menos espresivos representa el dulce nombre de Maria. En todos tiempos y ocasiones él es para el hombre un tesoro de consuelos, una fuente inagotable de confianza, un manantial perenne de riquezas espirituales. De él brota la paz, la calma, la fortaleza, el valor, la resignacion, la esperanza, y todos cuantos elementos de dicha puede necesitar el triste mortal en esta tierra de desolacion y de quebranto. Pronunciado con fé, es de una eficacia inconcebible para ahuyentar todos los pesares; invocado con amor, vibra dulcemente en todas nuestras potencias y sentidos; repetido con fervor, convierte en suavidad todas las amarguras, trueca en alegria todas las aflicciones, cambia en placeres todos los sin-

sabores, y hasta los mas acerbos sufrimientos embotan su accion dolorosa y se hacen tolerables.

No es una teoria inventada por el entusiasmo religioso la que os presento, es una realidad que os invito á verificar por vuestra propia experiencia. Preguntad sino al marino, por qué en medio del enfurecido oceáno pronuncia instintivamente el nombre de MARIA, y le invoca en el momento del peligro; interrogad al náufrago por qué llama en su auxilio á MARIA; consultad al desvalido por qué implora la caridad de sus semejantes en nombre de MARIA; decid al enfermo, por qué desde el lecho de su dolor repite á gritos el nombre de MARIA; y por no cansaros con una larga induccion, investigad por qué todos los desgraciados en lo mas recio de su adversidad, todos cuantos padecen en lo mas acerbo de su afliccion, todos los menesterosos en lo mas cruel de su necesidad, y el cautivo desde su mazmorra, y el prisionero en su calabozo, y el moribundo en su agonía, no encuentran otra invocacion mas natural y simpática, mas tierna y afectuosa que la de ese nombre dulcísimo y protector. La razon misma fundada en la fé responde satisfactoriamente á esta cuestion. ¿Puede haber un objeto que inspire igual confianza al recuerdo de una criatura la mas grande, la mas agraciada, la mas amada de Dios, la mas favorecida del cielo, y que á un corazon benéfico sin semejante reune un poder que casi no reconoce limites, puesto que en ella y por ella plugo al Omnipotente derramar en el mundo sus bondades y misericordias? La que humilló la arrogancia de la serpiente antigua, la que venció al Leviatan soberbio que se señoreaba de toda la humanidad, la que despedazó los hierros que pesaban sobre el linage pecador, la que fué constituida Eva reparadora, madre de la vida, medianera de la salvacion, lazo de reconciliacion entre el hombre y Dios, arca de la alianza, tesorera de las riquezas del Todopoderoso, dispensadora de la gracia, y á la que fueron fiados los destinos del mundo y el porvenir de los siglos: ¿cómo no ha de despertar en el alma toda suerte de esperanzas y consuelos? ¡Ah! Imagínese cuanto de mas dulce puede haber para el paladar, de mas armonioso para el oido, de mas grato para el corazon, y todo ello será nada comparado con la dulzura, la suavidad

y la belleza del nombre de MARIA. Su encanto es indefinible, su atractivo no tiene igual, el embeleso que causa escede á toda ponderacion. Poco le pareció á San Ambrosio comparar ese nombre á un unguento oloroso que exhala los mas esquisitos perfumes (1). Poco fué que el Beato Alano le asemejase á un bálsamo celestial que sana todas las heridas y nutre y fomenta en el alma el amor divino (2). No satisfizo al docto Ricardo llamarle torre firmísima contra la cual se embotan todos los tiros del averno (3). Aun mas que esto han dicho los Padres en loor del dulcísimo nombre de MARIA. En sentir de San Efren es la llave misteriosa que abre á los hombres las puertas del cielo (4). En lenguaje de San Anselmo, su invocacion obtiene frecuentemente resultados mas eficaces que el de Jesus (5). Pero nada hay tan arrebatador como el siguiente pasage de San Bernardo (6), del que me serviré en conclusion para exhortaros á la devocion y amor del nombre dulcísimo de MARIA.

«¡Oh cristianos, que en el turbulento mar de este mundo os veis de continuo azotados por los furiosos vendabales de la adversidad, no aparteis nunca vuestros ojos de ese norte seguro, si no quereis perder el derrotero, y estrellaros contra los peñascos de que está sembrado ese abismo sin fondo. Si soplan los encontrados vientos de las pasiones, si zozobrais entre los escollos del vicio, si os veis amenazados de un inminente naufragio por los impetuosos vaivenes de la tribulacion, mirad á la estrella: invocad á MARIA: *Respice stellam, voca Mariam*. Cuando sintiéreis hervir en vuestro pecho el fuego de la ira, si os asaltaren los tumultuosos deseos de la ambicion, si la soberbia levanta en torno vuestro gigantestas olas, si los movimientos de la concupiscencia abren un abismo á vuestros pies, mirad fijos á MARIA: *Respice ad Mariam*. ¿Qué mas? ¿Acaso el enorme peso de vuestros pecados os abrumba, ó bien la reminiscencia de

- (1) De Inst. Virg. C. 43.
- (2) In Cant. C. I, v. 2.
- (3) De laud. Virg. L. 44.
- (4) In deprec. ad Virg.
- (5) De excel. Virg. c. 6.
- (6) Hom. II. sup. Missus est.

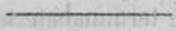
vuestras pasadas infidelidades, ó la consideracion de los inflexibles juicios de Dios os aterran, conduciéndoos á la resbaladiza pendiente de la desesperacion? Pues entonces pensad en MARIA: *Cogita Mariam*. En todos vuestros peligros, en vuestras mayores angustias, en vuestras mas graves incertidumbres, en todo trance apurado, fijad vuestros pensamientos en MARIA, invocad su nombre dulcísimo, ni un instante se separe de vuestros labios, more constantemente en vuestro corazon: *Non recedat ab ore, non recedat a corde*. Y vivid seguros de que siguiendo á esa estrella, jamás titubearéis; invocándola, nunca desesperaréis; pensando en ella, no errareis; sostenidos por ella, no caeréis; protejiéndoos ella, nada temeréis, y siéndoos propicia llegareis al puerto apetecido, y saludareis gozosos aquella patria celestial donde vivireis dichosos por toda la eternidad. »

# DISCURSO

## PARA EL DIA DE LA PRESENTACION DE MARIA SANTÍSIMA EN EL TEMPLO.



EN LA PRESENTACION DE MARIA SANTÍSIMA RESALTAN Á LA VEZ EL MÉRITO DE LA ESPONTANEIDAD CON QUE SE CONSAGRA Á DIOS DESDE LA AURORA DE SU VIDA, Y EL MÉRITO DE LA OFRENDA QUE LE PRESENTA.



*Audi filia.... Obliviscere populum tuum et domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum.*

Escucha, hija: Olvidate de tu pueblo y de la casa de tu padre, y el rey se enamorará de tu belleza.

PSALM. XLIV. 11.

Lo que mas habia ilustrado á todos los justos del antiguo testamento, lo que venia formando la verdadera y positiva grandeza de los patriarcas y profetas, lo que ennoblecia á los héroes que florecieron en los siglos de espectacion é inmortalizó sus nombres en los anales de la historia sagrada, era el haber sido otros tantos tipos del futuro Mesías y como unos emblemas escogidos para espresar anticipadamente los caracteres del Reparador de la humana raza. Del mismo modo la gloria esencial de las mujeres célebres de la Biblia, como las Saras, las Rebecas, las Esteres, las Judites, las Dévoras y otras mil mas que á manera de unas figuras gigantescas se levantaron en medio de la nacion hebrea, para ser las unas modelos de piedad, tipos elocuentes las otras de valor é intrepidez, éstas monumentos grandiosos de heroísmo, aquellas ejemplares vivos de magnanimidad, y todas á la vez testimonios brillantes de las magnificencias del Dios de Israel;

la gloria esencial, repito, de esas antiguas heroínas del pueblo escogido, no consistía tanto en la justa celebridad de sus hechos como en ser unos símbolos característicos de aquella Virgen sin par, de aquella mujer prodigiosa, de aquella venturosa criatura destinada á cumplir todas las profecías, á realizar todas las figuras, á consumir todas las promesas, á dar cima á todos los vaticinios, concibiendo en su seno al Verbo humanado, y dando á luz en tiempo al Salvador de la humanidad.

Era, pues, rigorosamente lógico que la mujer llamada á tan altos destinos escediese en grandeza y gloria á todas las que á través de las edades venían anunciándola; y á la manera que tanto en ellas como en los primitivos justos escogidos para revelar el advenimiento del Hombre-Dios, reflejaran rasgos tan marcados de semejanza con ese augusto modelo en que terminaban todas las alegorías bíblicas, así también, con mas poderoso motivo, debía resplandecer en toda la vida de María la mas perfecta asimilación con la del hijo que había de nacer de sus castas entrañas; y por lo tanto debían existir relaciones tan íntimas entre ambos, que las virtudes y perfecciones de María fuesen como un espejo límpido en que se retratasen anticipadamente las virtudes y perfecciones de Jesús: de suerte que fuese en ella mayor aun, si cabe, la gloria de haberle asemejado, que la de haberle concebido, cabiéndola un honor no menos positivo por la santidad de su alma, que la que la resultase de su inefable maternidad.

Pues bien, como quiera que se considere á María, en todas las fases de su vida santísima, desde la cuna hasta el sepulcro, ¿quién no admira en ella la semejanza mas perfecta con el Dios de las virtudes de quien mereció ser madre, con el autor de toda perfección á quien como en un sagrario encerró en su seno virginal? Yo me limito en este momento al misterio que hoy celebramos, considero á esa Virgen sin mancilla dando, digámoslo así, el primer paso en la larga carrera de sus sacrificios, ofreciendo al Señor las primicias de su alma en el templo de Jerusalén, consagrándole su virginidad é inmolándose como una víctima preciosa cuanto inocente ante las aras del amor mas sublime y puro, dedicándose en fin toda entera

á la gloria y al servicio de aquel que la criara, y á quien, por efecto de un prodigio inaudito, debia ella misma un dia llamar su hijo. ¿Y qué es lo que veo en esa oblacion inefable, en esa presentacion de María que hoy cautiva nuestras atenciones? ¡Ah! Quizás para los espíritus materializados, para las almas terrenas nada tendrá de particular ni digno de observarse el espectáculo de una niña de tierna edad que sin pompa ni aparato se dirige á la morada del Señor á sepultar en la oscuridad una vida sin brillo exterior, porque sus antecedentes históricos, aunque ilustres, hállanse olvidados en su misma patria. Sin embargo, yo encuentro un mérito extraordinario en esta accion con que la Virgen prometida inaugura su vida para cumplir los designios de la Providencia: « el mérito de la espontaneidad con que se consagra á Dios desde la aurora de su ser, y el mérito de la oblacion que le presenta: objetos ambos dignos de nuestra admiracion, puesto que nos revelan el heroismo y la escelencia de su alma, destinada á mostrar anticipadamente al mundo la perfeccion del cristianismo. »

Bajo este punto de vista voy á considerar el misterio que hoy solemnizamos; y ojalá que un ejemplo tan sublime tenga la eficacia suficiente para estimularnos á la imitacion de esa augusta Virgen, á cuya intercesion recurriremos ante todo, saludándola con las palabras del Angel:

**AVE MARÍA.**

### REFLEXION UNICA.

« No sin un profundo convencimiento, escribió el padre San Bernardo, que María habia sido desde su nacimiento un espejo del evangelio de Jesucristo y un milagro de la divina gracia. Todas las virtudes del gran modelo de los cristianos debieron resplandecer, y resplandecieron en efecto de una manera maravillosa en aquella Virgen singular, elegida entre todas las criaturas para concebirle primero en su mente, como se espresan algunos Padres, mediante

la imitacion perfecta de su vida, y disponerse así á ser digna morada suya, llegado que fuese el tiempo de la realizacion de los designios del cielo. Por eso, á la manera que el Salvador debia inaugurar su carrera por un acto de abnegacion espontánea á los decretos de su eterno Padre, haciéndole el sacrificio de su voluntad, y abandonándose completamente á sus altísimas disposiciones, de la misma suerte María, inspirada y dirigida por el Espiritu Divino, que la llama al servicio del Santuario, se lanza en las manos de Dios, abandona el hogar paterno, renuncia á las delicias y encantos de su familia, arráncase del seno de unos padres que la aman con ternura, y espontáneamente se decide á morar en el templo santo, deseosa únicamente de vivir para aquel á quien ha subordinado sus ulteriores destinos, y aspirando sobre todo á conquistar el corazon del Rey de la gloria. *Audi filia et vide: obliviscere populum tuum et domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum.*

En efecto, solo tres años contaba de edad aquella tierna criatura, y ya su corazon, dice San Ambrosio, hallábase tan enamorado de su Dios, que á él se dirigian todas sus aspiraciones, en él se refundian todos sus afectos, á él iban á terminar todos sus suspiros, con él soñaba de noche, de él se ocupaba de dia, y nada anhelaba con tanto ardor como merecer la dicha de unirse á aquel casto esposo con los indisolubles lazos de la virginidad. Sepultarse en la casa de Dios era toda su ambicion, formar coro con las vírgenes que moraban en el templo era su idea acariciada. Todo cuanto podia retardar este momento para ella el mas feliz, era para su alma un pesar insoportable. Es, dice el citado doctor, que la gracia no conoce dilaciones en el corazon de María. Ha oido la voz del esposo que la llama á las bodas celestiales, ha escuchado el acento del amor divino que la convida á abrevarse de sus inefables delicias; y fiel á ese llamamiento supremo, el siglo es para ella una cárcel que encadena los vuelos de su espíritu, las humanas grandezas no la presentan sino ilusiones vanas que ninguna simpatía encuentran en sus aspiraciones de un orden superior, las esperanzas lisonjeras que embellecen los dias de las jóvenes doncellas de Israel ningún encanto tienen para su corazon, sobre cuyo altar ha inmolado ya todo cuanto no es Dios, ilus-

trada como estaba desde su primer instante de una luz sobrenatural que la mostrara todas las magnificencias de aquel objeto adorado, y dotada de una razon tanto mas clara y perfecta cuanto menos dependia del organismo como en las demas hijas de Adan.

Los deseos de María se cumplen, sus ardientes suspiros se realizan. Llega el dia en que en compañía de sus virtuosos padres Joaquin y Ana se dirige á Jerusalem á ofrecer al Señor el holocausto mas puro que jamás vieran los siglos. Reunida la comitiva, y llevando consigo el cordero sin mancilla y la flor de harina segun costumbre de los hebreos, sube María al templo santo en medio de un coro de virgenes que honran su séquito, y rodeada de multitud de deudos y amigos que la acompañan en traje de fiesta, penetra por la puerta de metal que separaba á los profanos del recinto sagrado. ¡Espectáculo imponente! En aquella morada de Jehová, en donde todo revelaba ya la decadencia de su santidad primitiva, á pesar de los restos de su antigua magnificencia oriental, iba á lucir un dia de sublime gloria cuyo oriente empezaba á celebrarse. Inmolada la victima de prosperidad, y cuando todavía ardía el fuego del sacrificio, y resonaban los últimos ecos de las trompetas sacerdotales, Ana, seguida de Joaquin, y llevando en brazos á María, adelántase hácia el ministro del Altísimo, en cuyas manos pone aquel dón de inestimable precio. El sacrificador acepta aquel depósito que le confia la gratitud, en nombre del que fecunda el seno de las madres, bendice á los dos santos esposos, y estendiendo despues las manos hácia los concurrentes, inclinados para recibir la bendicion pontifical, esclama: «¡Oh Israel! El Señor dirija su luz hácia tí; hágate prosperar en todo, y te conceda la paz.» Un cántico de alegría y de accion de gracias acompañado armoniosamente por las harpas sacerdotales dá fin á aquella augusta ceremonia de la presentacion de María (1).

No ignoramos las controversias que sobre este punto se han suscitado entre varios autores tanto católicos como no católicos. Nada de extraño hay en que estos últimos se hayan permitido presentar como fabuloso un acontecimiento probado por una tradicion constan-

(1) Orsini, Hist. de la Madre de Dios, L. 4.

te que arranca desde los tiempos apostólicos: duélenos empero y mucho, que entre los primeros haya podido existir uno solo que ponga en duda lo que hasta los mismos escritores protestantes han admitido como un hecho auténtico (1), lo que desde San Evodio, contemporáneo de la Madre de Dios, vienen consignando en sus luminosos escritos todos ó la mayor parte de los Padres de la Iglesia. Mas no es esta la ocasión de entrar en una polémica inútil con los que se obstinan en negar esta circunstancia de la historia de María. Baste á nuestra piedad saber que está apoyada en los testimonios de mayor peso, que los genios mas ilustrados de todos los siglos la han aceptado y sostenido. Por lo demas, ¿qué importa que las inteligencias superficiales ó poco reflexivas no vean en la presentacion de la Virgen mas que un suceso ordinario, una costumbre de aquellos tiempos, una oblacion de una madre piadosa que como la antigua Elcana, consagra al servicio de Dios en el templo santo el fruto de sus ayunos y de sus lágrimas? ¡Oh! Sin duda alguna el cielo vió en aquel sacrificio espontáneo de la bella María un espectáculo que le colmó de regocijo. Era ella la Virgen de Isaias destinada á brotar el pimpollo mas hermoso que aromatizó los vergeles de Jericó; la esposa agraciada cuyo místico epitalamio celebrará Salomon en sus inmortales cánticos; la Eva celestial que venia á borrar la culpa que no bastó á lavar el llanto de la Eva pecadora; la hija predilecta del Dios fuerte; la que desde las sublimes alturas del paraíso primitivo vislumbrará el prototipo de la humanidad como la única tabla salvadora que debia libertar á su maldecida estirpe del naufragio de la cólera divina; la delicada planta de la raiz de Jessé, que iba á crecer al pié del altar del sacrificio para ser el olivo de la paz y de la alianza renovada; la aurora de la redencion que lucia entonces bajo las bóvedas del Santuario para anunciar al mundo entero el día del rescate y de la suprema felicidad que asomaba por el horizonte. Como tal fué saludada por los coros angélicos en aquel momento de su presentacion: y la magnificencia del eterno Padre que la contempló estático como á su hija muy querida, y el entusiasmo del Verbo in-

(1) Gibbon T. 4, p. 101. *Oratio, Hic lo la Madre de Dios*

creado que la aceptó por su futura madre, y el amor del Espíritu Santo que la adornó con sus inestimables carismas como á su vivo santuario, debieron indemnizarla superabundantemente de la indiferencia de un mundo que, desconociendo sus sublimes destinos, la abandonó al olvido en la oscuridad del sagrado recinto cual si fuese una de las muchas doncellas que alejadas de los ojos profanos crecían y se educaban á la sombra del altar.

Tampoco nosotros emprenderemos la difícil é imposible tarea de describir lo que debió pasar en aquellos momentos supremos en el corazón de una Virgen que era todo santidad, pureza y amor, como que se hallaba prevenida desde el primer instante de su ser con las bendiciones de dulzura que sobre ella derramó el que desde la eternidad la eligiera para verificar en ella el más inefable misterio de la omnipotencia, de la sabiduría y del amor. ¿Cómo sería dable comprender las comunicaciones íntimas, las estrechas relaciones, los vínculos sagrados con que María se unió á aquel Señor que, prefiriéndola á todas las vírgenes de Judá, y á las reinas todas del universo, había dispuesto encarnar en su seno y tomar de su misma sangre aquella sangre divina que debía ofrecer en rescate de la humanidad? Renunciemos á tan atrevido propósito, reconociendo nuestra pequeñez para abordar un abismo tan insondable, respetemos los secretos de la Providencia solo comprensibles para Dios y su futura Madre; y conviniendo en que hubo en la espontaneidad de la oblación de María un mérito extraordinario que no alcanzamos á calcular con nuestras menguadas luces, admiremos en cuanto nos sea dable el heroísmo de un sacrificio que reveló anticipadamente al mundo desde la aurora misma de su existencia toda la perfección del cristianismo.

Aquí quisiera, M. A. O., poder tomar prestado el lenguaje de los ángeles para pintaros aquel divino comercio que entre María y su celestial esposo se entabló en el retiro del Santuario. Mas, ¡ay! ¿Quién jamás pudo concebir cómo se complacía Dios en santificar aquel corazón joven y en derramar sobre él á manera de un benéfico rocío las abundantes bendiciones de la gracia? Tierna flor, según el lenguaje de la Escritura, que agitaba el suave céfiro del Espíritu Santo, y cuyo precioso tallo crecía fecundado por los dulces rayos

del sol de justicia, era aquella azucena odorífera, honor del jardín del celestial esposo, que cultivada por sus manos estaba llamada á derramar por do quiera el aroma de su fragancia. Por eso á la manera que Jesus debia un dia comenzar su mision augusta por el sublime sacrificio de la abnegacion mas completa de sí mismo en el retiro y la oscuridad, así María destinada á marchar al frente de ese ejército de anacoretas, de solitarios y de heroicas vírgenes que habian de embellecer la iglesia militante, inmólase completamente á sí propia en holocausto aceptable, consagrandó á Dios su virginidad perpétua, sacrificio que segun los Padres era respecto de Maria una renuncia universal de su gloria, de su fortuna, de su honor y aun de su reputacion, puesto que la esperanza de dar á luz al futuro Mesías, habia degradado el celibato y ligado un grande oprobio á la esterilidad en la nacion santa. ¡Qué heroismo envuelve semejante oblation! Mientras todas las jóvenes de la raza de David aspiraban á aquella honra incomparable, solamente Maria parece renunciar á ella, su única ambicion es vivir y morir virgen, y en consecuencia de esta resolucion generosa, vedla sepultada en el silencioso asilo del templo, olvidada en su misma nacion, sin consideracion alguna en su propia patria, sin honor en su tribu... Maria no existe para el mundo porque ninguna pretension abriga para el porvenir: su virginidad la abre la tumba, y la envuelve en la maldicion lanzada en el Deuteronomio: *Maledicta sterilis in Israel.*

Mas no, dice San Bernardo; aquí es justamente donde empieza á desplegarse lo que envuelven de misterioso en el órden de la gracia, las virtudes de Maria. Ella llega á complacer á Dios por el camino mismo que marcha para desagradar al mundo; su retiro la conduce á la gloria; y de su virginidad heroica hace la escala para subir á la sublime altura de la maternidad divina. ¿Y por qué? Para enseñarnos, continúa el santo Doctor, que todo iba á cambiar de aspecto en la ley de su santísimo Hijo, ley de abnegacion y de sacrificio, en la que el corazon mismo seria la victima y el sacrificador, en sustitucion de aquella otra ley cruel en que todo estaba subordinado al imperio del sensualismo; para mostrar al mundo en Maria el ejemplo de aquella virtud desconocida y proscripta hasta

entonces, que iba á formar el más bello ornamento del culto cristiano, dando á Jesus esposas dignas de su santidad despues de haberle dado una madre sin segunda. De suerte que en el corazon de esa Virgen pura é inocente hallábase ya como reasumido y compendiado todo el Evangelio, puesto que en él existian como en un precioso santuario cuantas virtudes y bellezas encerraba aquel código santificador que un dia debia transformar completamente la faz del universo. Plugo al Señor que en María comenzase esta estraña revolucion que iba á operarse en los destinos de la humanidad, y por eso dispone que ella camine al triunfo que le estaba preparado por donde al parecer debia alejarse mas de él: *Virginitate placuit.*

Espuestas ya estas razones de congruencia, justo seria decir algo acerca de las costumbres, hábitos y ocupaciones de María durante su permanencia en el templo. Mas desgraciadamente apenas se hallan documentos auténticos que puedan satisfacer nuestros deseos, habiendo desaparecido el único que existia citado por San Epifanio como muy antiguo, y que sin duda debia encerrar pormenores muy preciosos é interesantes. Solo, pues, nos resta recurrir á algunos pasages de los Padres de la Iglesia, que por mas autorizados que sean nunca alcanzarán á bosquejar satisfactoriamente el asunto que nos ocupa. San Anselmo admira los profundos conocimientos de Maria en el antiguo idioma de Moisés. San Ambrosio la atribuye una perfecta inteligencia de los libros sagrados, cuyo estudio formaba una de sus mas favoritas ocupaciones. San Sofronio la apellidó jardin de las delicias del Señor. Hasta en sus modestas miradas, y en su belleza encantadora, dice el sabio prelado de Milan, se reflejaba el alma mas noble y pura que existiera jamás despues de la de Jesucristo; de suerte que sus formas seductoras venian á ser como un velo trasparente por entre el cual se dejaban ver sus inimitables virtudes. «¡Cuántas bellezas, escribe, resplandecen en esa Virgen sin par! El secreto del candor, el tipo de la fé, el ejemplar de la piedad. ¿Quién podrá pintar la escesiva modestia de Maria, su silencio profundo, su esmero en el servicio de sus compañeras, su caridad insinuante, su tolerancia imperturbable, su solicitud en prevenir las necesidades ajenas, su ardor en complacer á cuantos

recurrian á su bondad innata? ¿Cómo ponderar la austeridad de sus ayunos, el rigor de sus vigiliass, el fervor de su oracion, los éxtasis de su alma inseparable de la divinidad, puesto que hasta en el corto sueño que concedia á sus tiernos y delicados miembros, su corazon velaba con el amado objeto de sus virginales delicias, por él suspiraba y con él conversaba en suavísimos coloquios (1)? Permittedme trascribir un bello pasage del célebre autor de la historia de la madre de Dios, en que ha epilogado cuanto puede decirse respecto de la vida de María en el templo. «Era, dice, bondadosa, afable y compasiva; la limosna de la doncella caia sin que se sintiese en el cepillo adherido á una columna del templo, donde en adelante vió caer Jesus el óbolo de la viuda. Hablaba poco, y siempre con oportunidad sin que jamás manchase sus labios la mentira... Era la primera en las vigiliass, la mas exacta en la divina ley, la mas profunda en la humildad, la mas perfecta en todas las virtudes. Aborrecia la vanidad; brillaba la sencillez en sus discursos y en sus modales; no pensaba en presentarse aunque hermosa, ni en ataviarse aunque jóven, ni en engrandecerse aunque noble, ni en enriquecerse aunque pobre, ocultando con esmero á los ojos del mundo los inapreciables tesoros de su inteligencia y de su corazon. A su lado todos se sentian mas puros y fervorosos, porque con la dulzura y tranquilidad de su presencia parecia santificar cuanto la rodeaba... Sus miradas revelaban la madre de las misericordias; la Virgen de quien se dijo despues: «pediria á Dios el perdon del mismo Lucifer, si Lucifer fuese capaz de implórarle (2).» De este modo, concluye el Damasceno, plantada María como el misterioso olivo en la casa del Señor, y regada con las puras aguas de la gracia, llega á echar las mas profundas raices, y á brotar los sazonados frutos de todas las virtudes con que un dia debia enriquecer el ameno vergel de la iglesia (3). Si cumplido el plazo prefijado en los designios del cielo, sale de su retiro y adopta un nuevo estado por disposicion divina, no será sino

(1) S. Ambros. de Virg. L. 2.

(2) Orsini, loc. cit. L. V.

(3) De fide ortod. L. IV, c. 45.

para contribuir á la realizacion del gran misterio que esperan los siglos, y para hacer mas admirable el triunfo de su virginidad recompensada con la incomunicable dignidad de madre del Reparador del mundo. El Dios á quien ella sirve ahora en el templo material de Jerusalem y á quien ha hecho el sacrificio de su cuerpo y de su alma, hará de ésta y de aquel un templo místico en donde habitará de una manera maravillosa para salir de allí á realizar la salvacion de todo el linage de Adan. «¡Oh trono augusto, esclamaré aqui con San Bernardino de Sena, elevado sobre los tronos de los espíritus celestiales (1)! Digna por cierto fué Maria, en sentir de San Epifanio, de llamar la atencion de los ángeles, de los arcángeles, de los querubines y serafines, al verla estáticos convertida en templo vivo y domicilio inefable del Dios cuya inmensidad escede á todo lo imaginable (2). Indudablemente superaste á todas las cosas criadas, dice dirigiéndose á Maria el Damasceno, puesto que de tí exclusivamente plugo al supremo artífice tomar las primicias de nuestra mortalidad para redimirnos con la misma sangre que le comunicaron tus entrañas virginales (3).»

No terminaríamos si nos propusiésemos recopilar los elogios que los Santos Padres han hecho de esa Virgen, que al despuntar la aurora de su vida se presenta al templo para hacer al Señor la oblation mas pura y la mas aceptable, tanto por la espontaneidad del sacrificio como por el heroismo con que le consumó. Procuremos, pues, imitar en cuanto nos sea dable ese ejemplo de abnegacion sublime, aspiremos como ella á ser totalmente de Dios, de quien depende nuestro ser y á quien debemos todo cuanto de él hubimos. Si hemos tenido la desgracia de no presentarle las primicias de nuestra existencia, como lo verificó esa escelsa criatura, suplamos al menos esa falta con nuestra constante fidelidad en consagrarle de hoy mas todos los momentos que nos restan, seguros de que no desechará nuestra ofrenda y que aceptará la sinceridad de nuestros deseos.

(1) Tom. III. Serm. 11. a. 3.

(2) Serm. de laud. Virg.

(3) Orat. de Nat. Dom.

20 Interceded por nosotros, oh Virgen purísima, interponed vuestros ruegos y merecimientos para que el sacrificio que hoy nos proponemos hacer de nuestra inteligencia y de nuestro corazón, sea grato á ese Dios que tanto se complació en vuestra inocencia virginal. No nos lisonjemos de merecer una acogida tan favorable como vos, porque distamos infinitamente de poseer vuestras virtudes y grandezas: pero tampoco dudamos de que mucho influirá vuestro valimiento para el buen éxito de nuestras aspiraciones. Presentadnos á vuestro divino hijo como vos lo fuiste por vuestros piadosos padres en el Santuario de Jerusalem; decidle que deseamos ser suyos y pertenecerle esclusivamente; invocad en nuestro favor sus auxilios y gracias para perseverar fieles en el cumplimiento de las promesas que hoy hacemos al pié de los altares; y de este modo esperamos ser un día presentados por vos misma en el templo augusto de la gloria.

(1) Teor. III. Serón. II. a. 3.

(2) Serón. de Isabel. 7.º

(3) Orat. de Nat. Dom.

## DISCURSO

PARA EL DÍA DE LOS DESPOSORIOS DE MARIA SANTÍSIMA.

SACRIFICIO SUBLIME DE MARIA EN ACEPTAR POR ESPOSO Á JOSEPH,  
INMOLÁNDOSE ANTE LAS ARAS DE LA FÉ PARA CONTRIBUIR Á LOS  
INESCRUTABLES DESIGNIOS DE DIOS SOBRE LA HUMANIDAD.

*Sponsabo te in fide.... Et erit in die illa: exaudiam cælos, et illi exau-  
dient terram.*

— Yo te desposaré en la fé de mis promesas. Y en aquel día escucharé benigno á los cielos, y estos escucharán á la tierra.

OSÉE II. 20, 21.

Lo que para el siglo de Salomon fuera un enigma inesplicable, dejó de serlo desde que en el horizonte se dejó ver la aurora mensajera del cristianismo. Buscaba afanoso aquel gran génio el bello ideal de la mujer heroica, de la mujer fuerte por escelerencia, de la mujer tipo que habia de legar á la posteridad el ejemplo de todas las virtudes propias de su sexo, y en ninguna parte encontraba ese ser fenomenal que deseaba. Complaciase sin embargo en bosquejar anticipadamente su retrato, agotando en él todas las riquezas de la elocuencia, toda la pompa de la poesia y toda la majestad del estilo, mostrándola como la obra maestra del Supremo Artífice, llamada á ser la admiracion y el embeleso de todas las generaciones, la honra de su nacion, la gloria de la humanidad, el digno espectáculo del cielo y de la tierra. Y trasportado en espiritu á los siglos por venir, contéplala en toda su magnificencia, y esclama en un momento de indefinible éxtasis: «Grandes riquezas han atesorado las hijas de

Israel; empero tú las has escudido á todas y has oscurecido su gloria (1).»

No era un mero ideal lo que soñaba aquel sabio monarca; la realidad de esta pintura, aunque distante, debía verificarse en toda su exactitud. Esta realidad la vió el mundo en María. A su presencia los velos se rasgan, las figuras desaparecen, los oráculos se cumplen. Ella sola reasume todo cuanto de grande y magnífico anunció Salomon, y mucho mas que no le fué dado prever acerca de ese sorprendente prodigio de la naturaleza y de la gracia. Una Virgen destinada á la maternidad divina, es un fenómeno ante el cual queda eclipsada la gloria de todas las edades que la precedieron, y causará el asombro de las que en pos de ella se sucederán. Oscuro es el mérito de todas las hijas de Israel, insignificante la virtud de los patriarcas y profetas de la antigua alianza, menguado el heroismo de las mujeres célebres de la Biblia, comparado con el de esa criatura, que desde su nacimiento se levanta radiante como la aurora, bella como la luna, escogida como el sol, para dar á todas las condiciones y edades ejemplos edificantes de una santidad nunca vista.

Preciso era en efecto que María santificase con sus virtudes todos los estados de la vida á fin de corresponder á la sublime mision para que estaba designada desde la eternidad. Aunque virgen siempre, y siempre inmaculada, entraba en la sabia economía de los designios providenciales que recibiese en tiempo un esposo mortal la que desde antes de los siglos fue elegida para esposa del Rey celestial y tálamo augusto del Espíritu Santo. Parece que de ella dijera el Señor aquellas palabras del profeta Oseas: «Yo te desposaré en la fé de mis promesas, y en aquel dia escucharé benigno á los cielos, y estos escucharán á la tierra:» *Sponsabo te in fide; et erit in die illa: exaudiam caelos, et illi exaudient terram;* porque los desposorios de la doncella de Nazareth, atendidos los incomprensibles designios de Dios sobre la humanidad, formaban una de las condiciones indispensables de sus ulteriores destinos. Era aquel suceso de la vida de María el preliminar, digámoslo así, del misterio de la Encarnacion

(1) Proverb. XXXI.

del Verbo en sus castas entrañas, misterio que, realizando los deseos del mundo, iba á obrar la reconciliacion de la tierra con el cielo, y á abrir á aquella los tesoros de este, segun el vaticinio del profeta. Pues si bien en la apariencia nada habia mas opuesto á las ideas del mundo que dar un esposo terreno á la que, sin mengua de su integridad virginal, debia dar á luz al Hijo del Eterno, no era así empero en las ideas del que sabía al par que suavemente encaminaba los acontecimientos á los altos fines de su grandeza, de su bondad y de su amor.

Entremos, pues, en ese santuario de riquezas y virtudes, elevémonos á contemplar lo que de asombroso y digno hay en ese prodigio de la gracia considerada en el misterio que hoy celebramos. Y en el sacrificio que Maria hace de sí misma, resignándose á aceptar por esposo al que el cielo la destina por compañero y custodio de su inocencia, admiraremos « el rasgo mas sublime de abnegacion con que se inmola ante las aras de la fé para contribuir á la realizacion de los inescrutables designios de Dios sobre la humanidad.» Hé aquí todo el asunto de mi discurso. Imploramos los divinos auxilios por su intercesion poderosísima, etc.

AVE MARÍA.

### REFLEXION UNICA.

Un nuevo dia iba á aparecer en el mundo: la humanidad esperaba zozobrosa una gran revolucion. Tiempo hacia que las columnas de Israel habian sido derruidas, el trono yacia por tierra, el templo y el altar se conmovian vacilantes, y los collados eternos disponianse á brotar al Justo por escelencia, que debia hacer surgir una nueva tierra y un cielo nuevo, sustituyendo el espiritu á la letra y reemplazando las figuras con la realidad. Una criatura fenomenal, escogida entre todas las doncellas de Judá y prevenida por Dios con todos los carismas de su amor, poseia el sublime destino de figurar en

aquella grande obra como el lazo misterioso que uniria lo divino con lo humano, lo terreno con lo celestial. Colocada María entre dos términos, á saber, entre la alianza antigua y la nueva, entre el nacimiento del cristianismo y la caída de la sinagoga, á ella estaba reservado inaugurar la revolucion moral del universo, como que era la futura madre del Dios de la ley de gracia. Antes de verificarse ese portentoso, preciso era que recorriese todas las fases de una vida digna de ser propuesta á los siglos venideros, como el modelo de las grandes virtudes que debian formar la gloria del nuevo Evangelio. Ya en sus tiernos años habia sido ofrecida al Señor en el templo de Jérusalen como una hostia pura y aceptable: ya en el silencioso retiro del santuario habia desarrollado las inmensas riquezas que atesoraba su alma, y dejado á su sexo ejemplos asombrosos que imitar. Acercábase la época en que segun costumbre de los pueblos hebreos debia recibir un esposo digno de sus prendas y cualidades. Confiada por fallecimiento de sus padres al cuidado de unos tutores que, segun la opinion más autorizada pertenecian á la clase sacerdotal, propusieronse estos llenar con el mayor celo aquella difícil mision aneja á su cargo. Hacen presente á la Virgen del templo esta resolusion: y al oirla María, su alma experimenta el mas vivo dolor, y queda como petrificada á la manera que el que subitáneamente acaba de ser herido por el rayo. ¡Aceptar un esposo terrenal la que desde el primer instante de su razon habiase unido á Dios con vínculos indisolubles! ¡Ser esposa de un hombre mortal la que habia consagrado su virginidad perpétua al inmortal esposo de las almas! ¿Cómo conciliar dos extremos tan distantes? ¿Cómo amalgamar dos cosas tan contradictorias? Inconcebible debió ser la sorpresa de María, profunda su amargura, grande su pesar. El sacrificio que se la exigia desconcertaba todas sus ideas, trastornaba todos sus planes, echaba por tierra todos sus bellos sueños, deshacia de un soplo todas sus aspiraciones, anublaba sus mas felices dias y comprometia su porvenir. Ella que en su inteligencia pura y sublime adivinára el Evangelio, no conocia estado mas perfecto, santo y honroso, que el de la virginidad. Poco era que en su patria se tuviesen ideas muy diversas acerca del celibato; en

nada la afectaba que la esterilidad fuese una nota oprobiosa y como un emblema de maldición entre las mujeres de su tribu; ninguna fuerza la hacía la opinión comun que calificaba hasta de impio el pensamiento de permanecer célibe, puesto que envolvía la renuncia formal de aspirar á la maternidad del Mesías prometido. No accederá pues María á una propuesta que tanto repugna á su alma cándida, sin haber hecho antes todos los esfuerzos posibles para obtener de los que disponen de su suerte una relevacion de tan cruel sacrificio. Mas ¡ay! Es en vano que intente escusarse con la mayor modestia, inútil que suplique humildemente, por demás que reitere sus ruegos y esfuerce sus razones para que se la permita continuar en el asilo de las vírgenes, haciendo una vida recogida y oscura, libre de todo vínculo humano. No serás escuchada, oh Virgen virtuosa. Contra tí tienes el mundo que cifra en tí sus esperanzas, tus deudos que jamás consentirán en lo que miran como la mas funesta desgracia de su raza, la ley que te somete á la voluntad omnimoda de tus tutores y anula todas tus promesas, y hasta el mismo Dios que en las secretas miras de su Providencia, envuelve la idea de tu desposorio con un hombre justo, para mejor llevar á cabo sus altísimos é incómprensibles designios.

Todo en efecto se armoniza maravillosamente en este misterio. El Señor que destinaba á María á la altísima dignidad de madre del Verbo, no podía ni debía abandonarla á los caprichos del mundo, ni dejarla espuesta á los envenenados tiros de la maledicencia. ¿Qué hubiera sido de su honra si un día la hubiesen visto concebir y dar á luz un hijo sin hallarse escudada con los santos vínculos del matrimonio? ¿Quién la hubiera protegido en los amargos dias de la tribulacion que debía atravesar, si no hubiese tenido una salvaguardia de su inocencia y virtud? ¿Quién hubiera prestado un techo hospitalario en tierra estraña á ella y á su divino hijo, si ambos hubiesen carecido de un título que les hiciese acreedores á las consideraciones debidas al infortunio? Tales son las razones en que fundan los Padres y Doctores la conveniencia del desposorio de María. Era de absoluta necesidad preservar el misterio de la Encarnacion de las indagaciones malévolas y de las perversas

conjeturas á que lo extraordinario mismo del prodigio hubiera dado un pretexto al parecer plausible (1). Hacíase preciso poner á cubierto la intachable reputacion de la Virgen, para que en ningun tiempo pudiera creérsela una mujer deshonrada, y sujeta al castigo que la ley mosaica designaba contra el adulterio (2). Convenia y no poco libertarla de las importunidades y solicitaciones de una juventud que se hubiese juzgado autorizada para pedir su mano hasta en el mismo templo (3). Por esto, y porque, como escribe San Bernardo, propusírase Dios ocultar al príncipe de las tinieblas este misterio infable, no porque temiese ser impedido por él en su ejecucion, sino porque así cumplia á su voluntad omnipotente y á su sapientísima prevision, dispuso que la que habia de ser su madre en tiempo recibiese por compañero y protector de su virginidad un varon virtuoso y digno de ella, con lo cual proveíase oportunamente de un testigo fidedigno á los ocultos secretos de la Providencia, se prevenian las asechanzas del enemigo comun que en su dia trabajaria por destruir la obra del cielo, y se conservaba intacta la fama de una virgen milagrosamente fecunda (4).»

A estas razones de alta conveniencia, fundadas en los futuros destinos de María, agregábase por parte del mundo otra no menos poderosa, y que dificultaba y hacia casi imposible la realizacion de los deseos de aquella inocente criatura. ¿Cómo! ¿Hubiera renunciado su familia á la esperanza de contar un dia en su árbol genealógico al futuro libertador de Israel? ¿Hubiera consentido en que permaneciese encerrada en la oscuridad del templo una flor de la raiz de Jessé, una nieta de David que acaso pudiera ser la venturosa mujer escogida para realizar la anhelante espectacion de tantos siglos? ¿Hubieran cambiado por todos los tesoros del gran rey la piadosa ambicion que venian alimentando y las aspiraciones tradicionales de su raza? Esta idea habia sostenido á sus padres en el cautiverio cuando la férrea mano del Asirio los trasplantára á las orillas del

(1) S. Joan. Chris. Serm. 3.

(2) S. Hyer. Com. in c. I. Matth.

(3) S. Aug. de S. Virg. c. 4.

(4) S. Bern. Hom. 2. super Missus est.

Eufrates. Este pensamiento habia robustecido sus almas en la desgracia y hécholes superiores á todos los contratiempos y vicisitudes de un destino siempre adverso. Esta esperanza habia encendido en los pechos de los hebreos el deseo de vengarse de un poder extraño que dominaba en el Asia, y les mostraba el día en que á presencia del rey Mesías, huirian las águilas romanas para hacer lugar á los pendones triunfantes del Macabeo. ¿Cómo, pues, permitir que una doncella de la real estirpe davídica hiciese cesion de sus derechos, cuando nunca se habia creído tan próximo como entonces el cumplimiento de los oráculos mesiánicos?

El desposorio de María era, pues, un negocio resuelto, y nada faltaba sino designar el hombre que habia de unir su suerte con la de aquella pura Virgen. ¿Quién será este? ¿Se escogerá alguno de los gallardos y apuestos jóvenes que han immortalizado sus nombres en los campos de batalla? ¿Se preferirá á alguno de los ricos traficantes de Tiro ó de Sidon? ¿Se pondrá los ojos en alguno de los aguerridos capitanes que han conducido á la victoria los ejércitos de Israel? Mas no; ni la elevada clase, ni el alto rango, ni la gloria de las armas, ni las ventajas de la fortuna entrarán por nada en la eleccion del esposo de María. El Señor, que preside á este suceso de tan inmensas consecuencias, inspirará á los tutores de la Virgen para que ante todo busquen la virtud como la única dote que conviene á la que está destinada á ser el dechado de la santidad. Un hombre pobre y de condicion al parecer oscura, un modesto artesano, un carpintero de Nazareth, de edad proveya pero de intachables costumbres, es el designado á dar su mano á la mas bella de las doncellas de Judá, á la virgen mas pudorosa de las que sirven á Dios en el templo, á la ilustre nieta de cien reyes, cuyos derechos al cetro de Israel nadie la disputó jamás. El mundo tal vez pudo sorprenderse de una preferencia que contrastaba notablemente con las prendas y cualidades de María, quien hubiera podido aspirar á los mas ventajosos partidos. Pero cuando se hace atencion á que todo en este suceso fué obra de la Providencia, puesto que muchos Padres con San Gerónimo, San Gregorio de Niza y Nicéforo aseguran que Joseph fué escogido por suerte y espresa manifestacion de

la divina voluntad (1); cuando esto mismo se halla consignado en antiguas tradiciones hebreas, que afirman haber depositado cada pretendiente la noche antes en el templo una rama de almendro, y que al siguiente día se encontró verde y florida la de Joseph, hijo de Jacob; ¿quién no admira la mano de Dios, que todo lo conducía sabiamente á la realizacion de sus adorables designios?

Esto no obstante, considérese cuán profunda debió ser la abnegacion de Maria para resolverse á aceptar la mano del que el cielo la destinaba por custodio de su virtud. Solo el saber por una inspiracion divina que aquel hombre no debia ser para ella sino un protector, un padre, un fiel guardian de su castidad, pudo decidirla á dar un paso que ella tanto repugnaba, y á que la obligaba un deber imperioso. Tenia ademas una fé vivísima en las promesas de aquel á quien se consagrara toda desde sus mas tiernos años, y esto la hizo resignarse humilde ante las aras de la más perfecta obediencia. Vedla ya unida al justo Joseph con los sagrados vínculos del matrimonio, y admirad el heroísmo de su virtud en el nuevo estado que por disposicion de la Providencia ha contraido. Contemplad á la admirable jóven, acostumbrada poco antes á las delicadas labores del templo, entregada á una vida oscura, á ocupaciones vulgares y á penosos cuidados bajo la humilde techumbre de un menestral. ¡Oh! Así convenia que fuese humillada la futura madre de un Dios humilde. Esposa de un pobre artesano, debia ser la que poco después habia de dar á luz al rey pobre y manso vaticinado por los profetas. Menester era que quien estaba destinada á mostrar anticipadamente las positivas magnificencias de Jesucristo, fundadas en el sublime sacrificio con que venia á consumir la redencion del mundo, sacase su verdadera gloria de su misma oscuridad, y cimentase sus mas ilustres triunfos sobre el fundamento de su nada. Por eso permite el Señor que antes de elevarse á la cumbre del mayor honor á que una criatura podia aspirar, átravesase todas las fases del abatimiento más profundo, y que hasta la gloria misma de descender de la san-

(1) S. Hier. in Dam. L. 4. c. 5. S. Greg. Nis. Hom. de S. Nat. Nicel. L. 2, c. 7.

gre real de David se convierta para ella en una desgracia. Así que, si bien es cierto que trae su origen de la tribu de Judá, de la cual debía nacer el Mesías, también lo es que nace al mundo en la época en que el brillo de esa tribu se halla oscurecido, su corona marchita y su cetro hecho pedazos. Cuenta entre sus ascendientes reyes, profetas y patriarcas: pero en la actualidad nada de esto existe, ni resuenan en Israel mas que los ecos de una nación oprimida. Su nacimiento es anunciado á través de cuarenta siglos, y sin embargo vive ignorada en su misma patria. Su cuna la acerca al trono y su pobreza la confunde con la plebe. Es virgen pura y sin mancilla, y se la dá un modesto artesano por esposo y custodio de su virtud. ¿Qué mayor sacrificio podia hacer María de sí misma? Todo en ella se halla oculto entre las sombras del misterio. El esplendor de su raza mirase eclipsado por la humillacion de su familia; la grandeza de su nombre por la pobreza de su estado; su virginidad por su matrimonio; su virtud por su retiro. ¿Qué importa que Joseph perteneciese á la familia de David, sintiese circular por sus venas la sangre de veinte reyes, y contase entre sus abuelos á aquel famoso Zorobabel que acaudillára al pueblo de Dios desde la tierra del destierro, si su pobreza habia hecho olvidar todos esos títulos de gloria, y su familia se hallaba confundida con la clase comun de la sociedad? Ciertamente, como observa el sábio Bossuet, «ser descendiente de Abraham era una distincion que naturalmente encumbraba hasta el mas alto puesto;» pero esto no quitaba que las preocupaciones alimentadas de largo tiempo no hubiesen introducido distinciones entre las diversas tribus, y que se diese la preferencia entre todas á aquella que debía conservar el cetro hasta la venida del Mesías. Y de poco servia que el esposo de María descendiese de ella por línea recta, cuando era totalmente ignorada su procedencia, lo cual bastó á dar lugar á que se tachase de inconveniente y desigual su matrimonio con la Santísima Virgen.

¡Pero cuán distintos son los designios de Dios, de los de los hombres! Este que sabia muy bien los futuros destinos de la doncella de Nazareth, y todo lo encaminaba con relacion á ellos, no la dá por esposo un hombre cuyo mérito consistiese en sus riquezas y posesio-

nes, sino un varon justo que fuese digno de ella por sus virtudes y eminentes cualidades. «Si el Señor escogió al humilde José para esposo de la reina de los ángeles, (dice el célebre autor de la historia de la madre de Dios, á quien frecuentemente me complazco en citar) y le designó para padre adoptivo del Mesías, fué porque poseía tesoros de gracia y de santidad bastantes á escitar la emulacion de las potencias celestiales; porque sus virtudes le habian hecho el primero de su nacion; porque ocupaba un lugar harto superior al de César en el libro de la vida, en los anales heráldicos de la eternidad. No se confió la Virgen al mas poderoso, sino al mas digno; á la manera que el arca santa á la cual no se atrevian á aproximarse los príncipes y los valientes de Israel teniendo ser heridos de muerte, atraía las bendiciones del cielo sobre la casa del modesto levita, bajo cuyo techo se albergaba (4).»

Admiremos, pues, los secretos impenetrables de la providencia en el augusto misterio que hoy solemnizamos; contemplemos la sabia economía del que dirige los destinos de María al fin que sobre ella se propusiera desde la eternidad. Llamada á tomar una parte tan esencial en la obra de la Encarnacion, justo era que recorriese anticipadamente el mismo camino, la misma senda de humillacion, abatimiento y abnegacion que despues recorrería Jesucristo su divino Hijo. El sacrificio, que es la primera condicion de la ley evangélica, debia formar el primero de los merecimientos de la madre del Dios del Evangelio. Si María hubiese sido una Judith, una Débora, una Ester, ó una de aquellas célebres heroínas que dejaron renombre en Israel, no hubiera sido apta para la divina maternidad; pues en sentir de San Agustín, su misma gloria temporal hubiera destruido toda relacion entre ella y su hijo; ni María hubiera anunciado á Jesus, ni Jesus hubiera sido reconocido en María. Ver el hijo en el oprobio, y la madre en la cumbre del honor, aquel en un pesebre, ésta en un trono, el primero en las privaciones, la segunda en el colmo de las delicias, hubiera sido una contradiccion chocante indigna de la sabiduria de un Dios. Y ved por qué la Vir-

(4) Orsini, loc. cit. Lib. VII.

gen es desposada con un simple artesano, y vive ignorada en el hogar doméstico entre tanto que se verifican los grandes misterios anunciados al mundo, á fin de que haya una perfecta armonía entre Nazareth y Belen, y para que las edades venideras admiren siempre y donde quiera en la Virgen desposada en Jerusalem el rasgo mas sublime de abnegación con que se inmoló ante las aras de la fé para contribuir á la realizacion de los inescrutables designios de Dios sobre la humanidad. *Sponsabo te in fide; et erit in die illa: exaudiam coelos, et illi exaudient terram.*

¡Virgen escelsa! La iglesia que con tanto entusiasmo solemniza hoy tus admirables desposorios, te saluda gozosa como la aurora de la libertad y de la ventura del Universo, como el motivo de su mas positiva alegría y la esperanza de su verdadera felicidad. Todos á una voz os aclamamos la protectora de nuestros dias y el encanto de nuestra existencia sobre la tierra. Haced, Señora, que al par que admiramos la fidelidad con que contribuisteis al cumplimiento de los supremos decretos del cielo relativos á nuestra redencion, nos estimulemos á imitar las virtudes con que habeis ilustrado la historia del cristianismo. ¡Y ojalá que así como vos merecisteis ser la única entre todas las criaturas que Dios halló digna de ser elevada á la alta dignidad de madre suya, consigamos nosotros merecer un dia por vuestra intercesion ser asociados á la recompensa que ese titulo augusto os proporcionó, y disfrutar á vuestro lado las eternas delicias de la inmortalidad!

## DISCURSO

### PARA EL DIA DE LA ANUNCIACION DE MARIA SANTISIMA.

GRANDEZAS QUE ENVUELVE LA COOPERACION DE LA SANTISIMA VIRGEN AL INEFABLE MISTERIO DE LA ENCARNACION, Y FELICES CONSECUENCIAS QUE EL MUNDO VIENE ESPERIMENTANDO DESDE QUE CON SU CONSENTIMIENTO AL MENSAJE CELESTIAL REALIZÓ LAS ESPERANZAS DE TODA LA TIERRA.

*Ecce ancilla Domini: fiat mihi secundum verbum tuum.*

Hé aquí la sierva del Señor: hágase en mí segun tu palabra.

LUC. I. 38.

Si hay un suceso que deba despertar en la humanidad entera sentimientos de regocijo y de gratitud; si hay un hecho en que deba tomar parte todo el mundo y celebrar su memoria como el aniversario de su verdadera felicidad; si hay un misterio, en fin, que el cristianismo deba solemnizar con toda la pompa y magnificencia que inspira la piedad mas sincera y cordial, es indudablemente el de la Anunciacion de María. ¡Qué ideas tan grandiosas renueva en la mente! ¡Qué afectos tan tiernos hace surgir en el corazon! ¡Qué reminiscencias tan bellas brotan espontáneamente en el fondo del alma! ¡Cómo se engrandece el espíritu y se eleva la humana naturaleza al contemplar en esa Virgen pura el origen de la verdadera vida del universo, el manantial de su dicha, el principio de su libertad, el instrumento de su reparacion, el ser privilegiado que agotó la fuente envenenada de sus miserias, la Eva regeneradora que puso fin á sus

desgracias, la nueva madre de los vivientes que enjugó su llanto y calmó sus pesares, condonó sus deudas y canceló el decreto de maldición que venia pesando sobre la infortunada raza de la Eva pecadora!

— Todo esto se realizó en el misterio que hoy solemnizamos. Los destinos de la humanidad estaban pendientes de la cooperacion de la doncella de Nazareth á los eternos decretos del cielo. Ella era el punto de mira á donde se dirigian todos los siglos, por ella venian suspirando las generaciones, tras su huella caminaban todos los antiguos pueblos; reyes, patriarcas, conquistadores, profetas, justos, mujeres célebres de la primitiva alianza, símbolos, figuras, tipos, vaticinios, promesas, alegorías, cuanto existió á través de mas de cuatro mil años, cuanto de extraordinario y magnífico se verificó desde el Paraiso en todos los puntos del globo, las grandes empresas, los arriesgados combates, los triunfos maravillosos del pueblo escogido, sus sacrificios, sus ofrendas, sus leyes, sus ceremonias, sus ritos, sus emigraciones, hasta el cambio de las dinastías, y la revolución de los imperios, y la decadencia de los tronos, y la division de las tribus, todo en una palabra encaminábase á preparar la Encarnacion del Verbo en el seno de la Virgen prometida, y por consiguiente tenia por objeto esclusivo y único término á esa mujer privilegiada, á esa criatura fenomenal, á esa hija de David predicha por Isaiás como un prodigio nuevo, que debia concebir y dar á luz al divino Emmanuel, anunciada por Balaan como la estrella de Jacob mensajera del día brillante de la redención, y mas ó menos claramente marcada en todos los mitos que precedieron al cumplimiento de los símbolos mesiánicos.

Llegó el tiempo prefijado, y Maria fué la que dió fin á las esperanzas de tantos siglos, la que satisfizo sus incesantes deseos, la que colmó sus aspiraciones, la que llenó los votos de cuantos cautivos venian suspirando por la libertad, de cuantos náufragos luchaban con la muerte, de cuantos desterrados anhelaban por la patria. El Verbo determinó humanarse en las castas entrañas de la doncella de Nazareth; despacha un celestial mensajero que la anuncia su elección para la sublime dignidad de madre de un Dios; Maria presta su con-

sentimiento; el portento se realiza; el Verbo encarna; una Virgen se hace fecunda; el eterno desciende á su seno, y es concebido en tiempo el que habita en el cielo entre los resplandores de la inmortalidad; *Et Verbum caro factum est...* ¡Hed ahí el mayor milagro de la omnipotencia! ¡Ved el rasgo mas sublime de la sabiduría increada! ¡Admirad el fenómeno mas sorprendente del amor de un Dios! Pero asómbrese á la par el mundo á vista de la grandeza y dignidad de esa Virgen en quien y por quien se verifica este misterio. Su consentimiento generoso pone término á la ansiedad de todas las edades pasadas, cuya dicha pende de sus labios; su resignación humilde abre un brillante porvenir á las futuras generaciones, para quienes hace lucir una nueva era de paz y de ventura. La muerte se ve despojada de su funesto imperio; el infierno queda aherrojado; Luzbel pierde su prepotente dominación; el cielo se regocija; la tierra saltó de júbilo; á la larga noche de desgracias que venia cubriendo el horizonte sucede una aurora bella y serena presaga del gran día de la reparación. Los ángeles entonan un himno de victoria; los habitantes del limbo saludan desde su tenebrosa cárcel á su insigne libertadora; todo el universo estático y maravillado contempla á la que en virtud de su inocencia y humildad, ha merecido ser escogida por cooperadora de los inefables designios de Dios en la consumación del mayor de todos los misterios. Tributemos nosotros un homenaje de admiración y de gratitud á Maria desarrollando en el presente discurso «la grandeza que envuelve respecto de su persona esa cooperacion maravillosa de la Santísima Virgen, y las felices consecuencias que el mundo viene experimentando desde que con su sublime consentimiento á los decretos celestiales realizó las esperanzas de la humanidad.»

«El ego el tiempo pasado y Maria»

Justo es, oh ser incomparable, oh dichosa criatura, que seas tú quien inspires todos nuestros pensamientos, bien así como fuiste el origen de nuestra eterna ventura. Justo que de ti esperemos las luces que deben ilustrar nuestra inteligencia, al modo que de ti brotaron los manantiales de gracia que fecundan nuestro corazón. A ti pues, recurro; y por tí confío recibir las que hoy necesito para celebrar tus magnificencias; y al efecto, ¡ninguna salutación

mas oportuna que la que el ángel del Señor te dirigió al anunciarte tu divina maternidad, etc.

**AVE MARIA.**

**REFLEXION UNICA.**

Secretos hay en las obras de Dios que inútilmente pretenderia el hombre penetrar con su menguada inteligencia. La elección de Maria para cooperadora de la Encarnacion del Verbo pertenece al número de esos prodigios que al miserable mortal solo cumple admirar humilde, no investigar presuntuoso. ¿Cómo comprender los altos merecimientos de una criatura que entre todas cuantas existieron en el largo periodo de cuarenta siglos, sola fué hallada digna de que el Eterno fijase en ella sus miradas y la predestinase para ser el tálamo donde resolviera humanarse para salvar al linage de Adan? ¿Cómo concebir que una simple hija de Adan, una tierna doncella de la tribu de Judá, sin títulos que en lo humano pudiesen darle el menor realce, antes bien envuelta en el velo de unas esterioridades que hasta su noble stirpe ocultaban, fuese la destinada á contribuir de una manera tan activa y eficaz al gran fenómeno de que dependia el porvenir del mundo? Y sin embargo ello es que desde la cuna misma de la creacion aparece ya la gran figura de Maria, como la heroína que debia aplastar con su firme planta la cabeza de la serpiente homicida; y desde entonces en una sucesion no interrumpida de generaciones esa misma figura descuella á través de todos los acontecimientos, sobrevive á las revoluciones de los pueblos, encuéntrase presidiendo á los funerales de las dinastías y á la creacion de nuevos imperios, se la vé marcada en todos los simbolos, marcha á la cabeza de todas las instituciones, y se conserva siempre fresca á pesar de las horrendas catástrofes que conmueven al universo y borran la memoria de los mas brillantes sucesos de la historia. Todo habla de la Virgen prometida á la desconsolada raza del hombre pecador; todo se refunde en ella como en el único objeto en

que debe terminar la espectacion universal de los siglos; todo se ocupa de ella y por ella se interesa, como que á su advenimiento se hallan vinculados los destinos del triste mortal que la mira cual astro precursor de su ventura. ¡Qué grandeza tan sorprendente! ¡qué gloria tan incomprendible!

Mas no es esto en lo que hoy fundo yo el mérito singularísimo de la Santísima Virgen: toda su grandeza la veo reasumida en su cooperacion maravillosa á los designios de Dios en el inefable misterio de la Encarnacion del Verbo, cooperacion que estriba principalmente en la fé prodigiosa con que Maria asintió al mensaje que la anunciaba su divina maternidad, y á la humilde abnegacion con que se sometió á las disposiciones del cielo.

Era llegado el momento de consumir la obra de los siglos. Todo estaba dispuesto para la realizacion de las misericordias del cielo. El Verbo habia aceptado la difícil mision de reparar las quiebras que el pecado causara en la humanidad. El último suspiro del mundo esclavo confundíase con la primera palabra de libertad; y cuando en la modesta vivienda de la Virgen de Nazareth acababa de resonar el postrimer eco de esperanza lanzado por los profetas, comenzaba á pronunciarse el anuncio feliz de salvacion con que iban á finalizar los largos dias del infortunio. Inclínada la cabeza hácia el punto del cielo do estaba el templo de Jerusalem, ofrecia la esposa de Joseph, la plegaria de la tarde al Dios de Jacob, cuando hé aquí que un ángel de los siete que asisten ante el trono del altísimo presentase á ella y la saluda en estos términos: «Dios te salve llena de gracia: el Señor es contigo; bendita eres entre todas las mujeres.» Al oír estas palabras, llénase de sobresalto la casta doncella; tal vez teme que lo que oyé sea una ilusion engañosa; acaso se alarma, dice San Ambrosio, su virginal pudor al ver aquel hijo del cielo que como un rayo de luz se introduce en su solitaria estancia donde jamás penetró mortal alguno; quizás en su profunda humildad recela de los magníficos elogios del celestial mensajero, ó bien sospecha que el sacrificio de su inmaculada virginidad no haya sido aceptable al Señor. Ello es que su alma experimenta una turbacion indefinible, y en la confusion que se apodera de todas sus potencias y sentidos no

acierta á darse cuenta de lo que á su alrededor pasa. Tanto, que notándolo Gabriel, procura calmar su inquietud diciéndola: «No temas, oh María, porque has hallado gracia delante de Dios. Concebirás en tu seno y parirás un hijo á quien darás el nombre de Jesús. Este será grande, y se llamará hijo del Altísimo. Dios le dará el trono de su padre David; reinará eternamente en la casa de Jacob, y su dominacion no tendrá fin.» María cada vez mas sorprendida, y no acertando á conciliar el título de Madre con el voto de perpétua virginidad que emitiéa en la morada de Dios, se anonada, se abisma, y responde sencillamente al ángel: «¿Cómo es posible esto, cuando jamás conocí varon? En cuya respuesta iba envuelta una idea sublime, un pensamiento generoso, una oblacion inefable como notan los Santos Padres; pues equivalia á decir: «Si la alta dignidad que se me anuncia puede depender del sacrificio de mi integridad virginal, yo renuncio á ella de buen grado. El Señor sabe que la inocencia fué la compañera inseparable de mis primeros pasos; que la flor de mis dias la he pasado en el silencioso asilo del Santuario, que allí presenté á mi Dios la ofrenda de mi alma y de mi cuerpo, y que jamás por ningun título consentiré en faltar á los solemnes compromisos con que me ligué al esposo de las vírgenes. Quédense, pues, para las mujeres de Israel esas bendiciones que vienen formando el objeto de sus deseos; salga de entre ellas la destinada á dar á luz al Mesías prometido; por lo que á mí toca, si los designios del cielo sobre la humanidad no pueden realizarse sin interesar una virtud que me es tan cara, prefiero vivir en la oscuridad y morir ignorada, antes que comprar la maternidad divina á precio de mi pureza.» En estas disposiciones contempla á María San Gerónimo, inmóvil como una roca en su generoso propósito ante la promesa del ángel que la anunciaba la grandeza mas augusta á que podia aspirar una mujer: *Inmovile virginitatis propositum, quod nec angelo, Filium Deum promittente, aliquatenus titubavit.*

¡Qué heroismo tan extraordinario! La cualidad de Madre de un Dios tiene menos atractivos para aquella grande alma que el tesoro de su inocencia. Preciso es que el celeste mensajero, para determinarla á aceptar este título, la asegure que permanecerá siempre

Virgen, y que su fecundidad prodigiosa será obra exclusiva del Espíritu Divino, no de comercio alguno humano. «El Espíritu Santo, » dice el ángel, descenderá sobre tí; la virtud del Altísimo te rodeará » con su sombra; y por eso el santo fruto que de tí ha de nacer será » llamado Hijo de Dios.» Y para mas esforzar su promesa y darla una prueba que confirmase sus palabras, añade: «Vé cómo tambien » tu prima Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y está en el sexto » mes de su embarazo la que se llamaba estéril, porque nada hay » imposible para Dios.» Entonces María, firme en la fé de los divinos misterios, no titubea, no vacila, no duda de la posibilidad de lo que se la anuncia. Desde luego en el fondo de su corazón oye una voz secreta que la llama á contribuir á las inefables miras de la Providencia. Ella lo desea como el que mas, porque anhela el momento de ver realizada la espectacion de todos los siglos. Pero el recio combate trabado entre su fé y su humildad profundísima la coloca en un estado de perplejidad, tanto mayor quanto mas indigna se cree de que se verifique en ella tal milagro. ¡Encontrarse repentinamente la designada por Dios en el primitivo Eden para quebrantar la cabeza de la serpiente infernal! ¡Ser ella la figurada en las grandes heroínas del antiguo mundo, la simbolizada en todos los tipos de la ley mosaica, la vaticinada en todos los sacrificios, la vírgen prometida para traer al universo la vida y la salvacion, la Eva reparadora, objeto de los suspiros y de las lágrimas de tantas generaciones, la deseada por los patriarcas, la que inspiró los bellos rasgos de los profetas, la aurora de la salvacion, la primera base de la esperanza humana, y el término de todos los grandes sucesos que venian vaticinando la ventura del linage proscrito! ¿Cómo no habia de quedar absorta y extática la Virgen de Nazareth en vista de una notificacion tan inesperada?

Pero ¿á qué esperas, oh venturosa criatura? ¿Por qué te detienes en dar un consentimiento que anhelante aguarda un Dios, que queriendo redimir al mundo ha resuelto hacerlo mediante tu cooperacion, y el mundo mismo que tanto necesita de esa redencion; pero que no podrá conseguirla sin que tú te prestes á dar al Verbo tu propia carne y sangre con que ha de espisar los crímenes de la hu-

manidad? De tu resolucion están pendientes los mas caros intereses de una raza pecadora. La eternidad, que desea franquearla sus puertas cerradas y selladas hace cuarenta siglos; el tiempo que ha corrido veloz para acelerar este momento tan suspirado; lo pasado, lo presente, el porvenir, todo cuelga, por decirlo así, de tus labios; ellos son los que están llamados á decidir de la suerte de tantas victimas como yacen en el limbo contando los instantes que las separan de su libertad; ellos son los que deben pronunciar la sentencia de vida ó de muerte para las generaciones existentes y para las que han de reemplazarlas, porque sin tu asentimiento á los divinos decretos no puede realizarse la grande obra de la reparacion. Apresúrate, pues, á desatar de una vez el nudo de nuestros destinos; no tardes en pronunciar ese FIAT prodigioso que debe operar la revolucion mas sorprendente que vieron los siglos; libertadora del mundo, rompe nuestras cadenas; reparadora augusta, consueta nuestros pesares; aurora celestial, haz amanecer el dia que ponga fin á nuestros infortunios; llave de David, ábrenos las puertas de la patria; Eva divina, rasga el decreto de nuestra maldicion. Así se verifica en efecto: Maria, anonadándose ante los divinos decretos, dice al celestial mensajero con la humildad mas sincera y profunda: «Hé aquí la esclava del Señor: hágase en mí segun tu palabra.»

Todo se ha consumado. El consentimiento de la Virgen ha realizado las esperanzas de la humanidad. El FIAT pronunciado por sus labios ha sido en su esfera tan omnipotente como el del Eterno en el primer dia de la creacion; y á la manera que allá brotaron de la nada los cielos, la tierra, el firmamento, los mares y todas las maravillas del universo, así tambien aquí con sola esa palabra se ha operado el prodigio de los prodigios, el rasgo mas brillante del poder, de la sabiduría y del amor de un Dios. El Verbo se hizo carne en las purísimas entrañas de María y habitó entre nosotros. Este misterio es profundísimo, dice San Juan Crisóstomo; no pasemos adelante, ni investiguemos cómo el Espíritu Santo pudo obrar tamaña maravilla. Esta generacion es un abismo absolutamente inaccesible; librenos Dios de intentar sondear sus inmensidades. ¿Pretenderíais por ventura comprender cómo una criatura mortal fué elevada re-

pentinamente á la alta dignidad de madre de Dios, y cómo una virgen madre confundió por efecto de un portentoso inaudito los estados mas opuestos y divinos de su sexo? No intenteis tal, esclama San Anselmo. Básteos saber que en el instante que Maria dió aquel consentimiento de que dependia la Encarnacion del Verbo, sus entrañas se fecundaron milagrosamente, el Eterno descendió á su seno virginal, y quedó hecho verdadero hombre sin dejar de ser verdadero Dios, y por consiguiente María fué desde aquel momento dignísima madre suya, que equivale á decir lo mas grande, lo mas elevado, lo mas sublime, lo mas incomprendible que puede escogitarse con la sola escepcion del que en ella se encarnó para nuestra dicha: *Hoc solum quod Dei mater est, excedit omnem altitudinem, quæ post Deum dici aut cogitari potest.*

Y si tanta es la grandeza personal que envuelve la cooperacion de la Santísima Virgen á los designios del cielo, ¿qué diremos de las felicisimas consecuencias que el mundo viene experimentando desde que con su consentimiento realizó las esperanzas de la humanidad? No haremos mas que tocar ligeramente este asunto, que por sí solo bastaria á llenar las dimensiones de un largo discurso, dar algunas pinceladas á ese cuadro, cuya formacion necesitaria mas tiempo del que nos es permitido. ¿Quién duda que del FIAT de Maria data la felicidad del universo? El cielo se regocijó al ver cumplidos los designios que venia meditando desde la eternidad; la tierra saltó de júbilo al ver satisfechos los votos de tantos siglos y realizadas las promesas que habian sostenido la prolongada esperanza del hombre sobre la tierra; toda la naturaleza se sintió renovada, y llena de entusiasmo respondió al himno triunfal de los ángeles, que celebraban en las alturas la gloria del Cordero dominador del orbe, y las magnificencias de la redencion. Desde aquel momento la venganza divina encontró la satisfaccion condigna que del hombre reclamaba; la misericordia se unió con los mas estrechos lazos á la justicia; el amor halló un objeto digno en quien complacerse. Todo fué reformado por la cooperacion de la segunda Eva, bien así como todo fuera trastornado por la Eva primitiva; si la desobediencia y el orgullo de esta introdujo en el mundo la perturbacion y el desorden, la obe-

diencia y la humildad de María restauraron el orden y la paz: y como por una mujer nos vino la maldicion y la muerte, por otra nos fué comunicada la vida y la bendicion. *Mortem quam sœmina intulit, hodie sœmina fugavit.*

No es esto solo: desde el consentimiento de María á la Encarnacion del Verbo data la reforma del linage humano, la modificacion en las ideas de la humanidad, la revolucion del mundo moral, y la positiva civilizacion de las sociedades. Allí comenzó á desenvolverse la luz misteriosa del Evangelio, llamada á ahuyentar las tinieblas del error; de allí arrancan los primeros destellos que alumbraron la humana inteligencia, sustituyendo en ella el conocimiento del verdadero Dios á los repugnantes absurdos del paganismo; allí empezó á rectificarse la voluntad, encorbada hasta entonces bajo el peso de un sensualismo degradante que la impedia elevarse al cielo; allí, en fin, brotaron los primeros gérmenes de vida social, que habian de desenvolverse despues y producir elementos de dicha y bienandanza positiva para los hombres y para los pueblos que se afiliasen bajo el estandarte de la cruz. Tan luego como la modesta Virgen de Nazaret desplegó sus labios para decir: «Hágase en mí segun tu palabra,» entablóse un nuevo y maravilloso comercio entre el cielo y la tierra; cambiaron las relaciones entre el mundo físico y el mundo moral; cayó por tierra la gran muralla que separaba la humanidad de la divinidad; en proporcion que la naturaleza divina descendió al seno de María, la naturaleza humana se encumbró maravillosamente á una altura incomprensible; Dios baja hasta hacerse hombre, y el hombre sube hasta identificarse casi con Dios; la criatura se enlaza con el Criador; la nada se une al ser; la muerte se estrecha apretadamente con la vida; el esclavo se hace señor; el reo se encuentra libre; ya no hay distincion de razas, ni division de tribus, ni diferencia de fortunas; el Judío es lo mismo que el Gentil; el Bárbaro tiene idénticos derechos que el Romano civilizado; el Griego y el Escita son hermanos; los hombres todos son herederos del reino de Jesucristo, que ha de nacer del seno de María, puesto que la realizacion del gran misterio que hoy celebramos es el origen de todas esas bellezas, de todos esos prodigios, de todas esas beneficiosas

consecuencias que la humanidad viene experimentando á través de las edades. ¡Dichosa fé de María, esclamaré con San Agustin, felicísima humildad, mil veces bendita virginidad que tantos bienes nos proporcionó; al propio tiempo que la mereció ser elevada á la mayor grandeza que cabe en humana criatura!

¡Sí, ¡oh María! Porque amaste la virginidad hasta el punto de preferirla á la maternidad divina; porque fuiste tan humilde que te creiste indigna de ser la cooperadora de la redencion; porque te turbaste en presencia del celestial mensajero que te notificó tu elevacion á esa altísima dignidad; porque, á pesar de tu modestia, consentiste en ser el instrumento de los designios de Dios, por eso el Señor te ensalzó y glorificó sobre todas las criaturas, haciéndote superior á los ángeles y demas coros celestes, colocándote á mayor altura que los mismos serafines, y sentándote en su mismo solio como reina de todo el universo. Por eso repitiendo el eco de Gabriel, que te saludó bendita y llena de gracia, los pueblos, los reinos, los siglos y las generaciones todas te aclaman á competencia bienaventurada y te hacen el objeto de sus perpétuas alabanzas. Tú te llamaste sierva, y el mundo te apellida emperatriz de todo lo eriado; tú te juzgaste la mas baja é indigna de todas las criaturas, y el orbe se extasia en tu presencia como lo mas grande y escelso que encieran los tesoros de la naturaleza y de la gracia. Haz, pues, Virgen Madre, que nuestras obras correspondan á nuestros sentimientos; que sepamos recoger los frutos de ese FIAT creador que nos trajo la vida y la salvacion; y que, como tu anunciacion fué la nueva de nuestra bienandanza, nuestra fidelidad en amar y servir al que encarnó en tu purísimo seno sea el feliz pronóstico de nuestra futura inmortalidad.

---

# DISCURSO

## PARA EL DIA DE LA ESPECTACION DEL PARTO DE MARIA SANTÍSIMA.

---

LA SORPRENDENTE UNIFORMIDAD DE TODAS LAS TRADICIONES SAGRADAS Y PROFANAS ACERCA DE LA ESPECTACION DEL PRODIGIOSO PARTO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN, PRUEBA EVIDENTEMENTE LA INFLUENCIA QUE ESTABA LLAMADO Á EJERCER EN LOS DESTINOS DE LA HUMANIDAD.

---

*Ecce virgo concipiet, et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel.*

Una virgen concebirá y parirá un hijo, cuyo nombre será Emmanuel.

ISAIE VIII. 44.

**E**L momento señalado para la realización de los grandes designios de Dios sobre la humanidad, acercábase ya para dicha de un mundo envejecido en el crimen. Una modificación sorprendente en sus ideas, en sus costumbres, en su culto, en su legislación, en sus hábitos, en sus futuros destinos iba á operarse muy en breve con la presencia del Mesías reparador suspirado por las generaciones. Todas ellas debían experimentar las inmensas consecuencias de este gran suceso, que, dando fin á todas las antiguas promesas, y realizando los vaticinios de los videntes y las alegorías de cuarenta siglos, iba á establecer un nuevo imperio sobre la tierra, á inaugurar una nueva civilización, la civilización del Evangelio, el imperio de la Cruz.

Harto habia gemido la humanidad bajo la dominación despótica del error, fruto funesto de la rebelion de un padre criminal; hartas

desgracias habian pesado sobre ella en espacion de la culpa primordial, cuyo sello marcaba las frentes de todos los descendientes de la Eva pecadora. Tiempo era de que la misericordia divina ejerciese sus derechos sobre un mundo desgraciado que hasta entonces solo viera relumbrar sobre su cabeza la espada ensangrentada de la inexorable justicia. El Señor prometiera por sus profetas verificar un prodigioso maridaje entre esos dos atributos de su ser, y ya en el seno de la eternidad habiase pactado una alianza de paz entre el cielo y la tierra; aquel iba á desenvolver los tesoros de un amor nunca visto: esta iba á entrar en las vias de una felicidad por largo tiempo suspirada.

Así estaba dispuesto en los decretos de la divina Providencia; y al efecto, una mujer, una Virgen era la designada á ser el medio de realizacion de ese gran pensamiento; la llamada á dar al mundo al Hombre-Dios, y por consiguiente la destinada á inaugurar la feliz revolucion que debia abrir el camino al gran principio civilizador. ¡Mision sublime! Cuatro mil años hacia que su nombre habia sido pronunciado en el Paraiso, si bien á través de sombras misteriosas; cuatro mil años que el hombre le recibiera como una prenda de esperanza para el porvenir. ¡Qué digo! No; mucho antes, desde la misma eternidad, desde antes que comenzase el curso de los tiempos, cuando todavia no existia la tierra ni el océano, cuando aun no se habia asentado la grandiosa mole de los montes, ni los collados, ni los valles, ni los rios herloseaban el globo; cuando ni la mano creadora habia colocado los ejes del mundo, ni estendido la estrellada alfombra de los cielos, ni encerrado los mares dentro de su ámbito, ni equilibrado los manantiales de las aguas, ya esa Virgen, que no existia mas que en la mente del Altisimo, asociábase á sus pensamientos, concurría con él á todos sus planes, figuraba en sus proyectos, y era, por decirlo así, el punto á donde iban á converger todas sus ideas; porque ya desde entonces, sabedor de que el mundo que se proponia crear debia sufrir una transformacion espantosa y lamentable; tenia designada en sus eternos consejos á la que debia ser el instrumento de la gran reparacion que meditaba, llegada que fuese la plenitud de los tiempos.

Esta mujer era Maria, la futura madre del Verbo, la que debia concebir un dia sin menoscabo de su integridad virginal al divino Emmanuel, y dar á luz de un modo maravilloso al engendrado antes de la aurora en la mente del Padre, la que debia encerrar en su castisimo seno al que no pueden contener los cielos, al Dios del tiempo y de la eternidad. La espectacion pues de su misterioso parto, era la grande idea, el pensamiento universal de todos los siglos, de todos los pueblos y de todos los hombres. El mundo entero no tenia otra esperanza, los individuos y las sociedades, las teogonías y las tradiciones, la mitología y la historia, la poesía y la literatura, las legislaciones y los cultos, todo estaba impregnado, digámoslo así, de este grandioso objeto; y al lado de la idea mesiánica, caminaba siempre y do quiera asociaba la idea de la Virgen cuyo alumbramiento misterioso debia traer á la humanidad la bienandanza, la libertad, la dicha y la salvacion que venia anhelando tras tantos siglos.

Hé aquí lo que hoy nos recuerda la iglesia al celebrar esta augusta festividad de la Espectacion del parto de la Santisima Virgen, y de lo que voy á ocuparme en este breve rato, manifestándoos «la sorprendente uniformidad de todas las tradiciones tanto sagradas como profanas respecto á este sublime acontecimiento, como una prueba evidente de la influencia que su realizacion debia ejercer en los destinos de la humanidad.»

AVE MARIA.

## REFLEXION UNICA.

---

Nada prueba de una manera tan concluyente la importancia del gran suceso que venia esperando el mundo, como las vivas ánsias que desde el génesis mismo de la creacion manifestáran todos los pueblos de ver realizada la idea reparadora que la misericordia divina dejó vislumbrar en el Paraiso en el acto mismo de fulminar su terrible anatema sobre la descendencia del hombre rebelde. Allí re-

sonó la primera promesa de un Salvador futuro ; allí lució el primer crepúsculo de esperanza para el desheredado hijo de ira ; allí al lado de la gran figura del Mesías libertador apareció juntamente la de la mujer divina destinada á luchar constantemente con el genio de la seducción, á hacer menudos pedazos su altiva cerviz, y á levantar la humanidad caída de su profunda postracion, mediante un parto prodigioso, origen fecundo de todos los bienes reservados al linaje de la Eva malaventurada. Desde entonces, esa figura, ese símbolo, esa idea virginal, lejos de amenguarse con el transcurso de los tiempos y con las revoluciones de los pueblos, adquiere por el contrario de dia en dia mayor consistencia, generalizase progresivamente conforme vá acercándose la época de su desarrollo ; y bajo la tienda del patriarca, y en la choza del pastor, y en los palacios de los reyes, y en el seno de la familia, donde quiera vive siempre fresca la esperanza de una Virgen llamada á dar á luz al Redentor divino que debe abrir al mundo un nuevo porvenir. Por eso se ven multiplicarse sucesivamente bajo distintas formas los símbolos virginales y los precedentes típicos de aquel alumbramiento nunca visto por lo maravilloso y fenomenal, al que estaban vinculados resultados de tan alta trascendencia. Así se explica ese grito universal que desde uno á otro confin del orbe óyese resonar pidiendo con instancia la pronta solucion del gran problema de la reparacion prometida en persona de una mujer misteriosa y anónima.

Todo en efecto hallábase como en cinta de la idea virginal, segun la atrevida frase de San Agustin. Ella se leia en todos los libros, encontrábase en todos los símbolos, y descollaba en todos los monumentos tradicionales del pueblo de Dios. « Cesen tus lábios de prorumpir en voces de llanto, habia dicho Jeremías, pues te está asegurada una grande esperanza. El Señor redimirá á Israel y á Jacob ; y libres estos de sus prepotentes enemigos, vendrán á alabarle al Monte de Sion : porque ha decretado obrar un prodigio nuevo y nunca visto... ; Una mujer virgen encerrará en su seno á un varon (1) ! « Brotará dijera Isaiás un retoño de la raiz de Jessé, y de ella saldrá

(1) Jerem. XXXI. 41. 42. 22.

una flor, y sobre ella posará el espíritu del Señor... Una Virgen concebirá y parirá un hijo cuyo nombre será EMMANUEL ó Dios con nosotros (1).»

¿Puede concebir la humana inteligencia ni inventar el genio un vaticinio mas sencillo, mas poético ni mas enérgico y brillante á la vez? Así es que cuando los profetas anuncian al deseado de las naciones, siempre es María á quien presentan como la aurora de ese sol de justicia que debia alumbrar al mundo. La idea de la Virgen y de su misterioso parto vá inseparablemente unida á la idea mesiánica; la promesa del Hijo envuelve la existencia de la Madre. En la esperanza de esta maternidad fundábase el horror del pueblo hebreo hácia el celibato y la ignominia que á la esterilidad era consiguiente; esa esperanza perdida lloraba inconsolable la hija de Jephthé sobre las cumbres de Galaad.

¿Y qué otra cosa fué la historia personal y viviente del pueblo judío, sino una preparacion virginal, una representacion típica del parto de María, mas aún que su misma historia racional? Desde que en el delicioso Eden se pronunció la promesa de la nueva Eva llamada á regenerar la raza maldecida y á devolverla sus perdidos derechos, esta tradicion sembrada en todas partes y confirmada por los descendientes de la Eva culpable en los diversos paises que habitaron, vivió inalterable en el seno de los pueblos juntamente con los dogmas de la religion primitiva. María era la que mostraban los patriarcas á sus hijos como la estrella del porvenir, mensajera de los dias gloriosos reservados al mundo. En María saludaban desde su lecho de muerte esa lejana esperanza, como prenda de las promesas que la hiciera Jehová. Y siempre y donde quiera la mujer vencedora de la serpiente antigua se levanta por entre todas las figuras bíblicas y se deja ver bajo mil misteriosos simbolos. Ora es una zarza incombustible en medio de las voraces llamas que abrasan la cumbre del Oreb, ó un vellocino de lana que vé Jedeon cubierto de un rocío celestial: ora es la vara de Aaron que florece á las puertas del tabernáculo. Aqui es una tierra prometida do corren en

(1) Isaie. VIII. 14.

abundancia rios de leche y miel: allí es la arca de la alianza donde plugo habitar al Señor. Y á la manera que los grandes personajes históricos del antiguo testamento, fueron otros tantos emblemas del Mesías venidero, así las heroínas de Israel anunciaron á su augusta madre. La fidelidad de Raquel, las victorias de Débora, la dulzura de Ester, la prudencia de Abigail, el celo intrépido de Judith, la fortaleza de la madre de los Macabeos prefiguraban las magnificencias de la Virgen única, de la Virgen por escelencia. Y Sára en cinta de Isaac, de una manera prodigiosa, y Rebeca bella entre las bellas y maravillosamente fecunda por los ruegos de su esposo, todo conspiraba á representar de antemano á aquella cuya celestial fecundidad debia dar al mundo en un parto misterioso el autor de su dicha y el origen de todos los bienes. Este parto anunciaba David cuando cantaba los suaves ósculos de la misericordia y de la justicia, y el pacto solemne que con él hiciera el Señor, prometiéndole un hijo que seria un dia jefe de su pueblo, y afianzaria para siempre su trono. Este portentoso alumbramiento era el objeto de sus inspiraciones, cuando celebraba las grandezas de una doncella de régia estirpe, cuyo nacimiento seria puro como el rocío de la aurora. Este prodigio admiraba el profeta del Carmelo, cuando descubria la Virgen prometida en aquella nube trasparente que surgia del fondo de las aguas. En todas partes encontramos á Maria hecha el objeto de una espectacion universal. En ella se reunieron como en un misterioso haz las promesas hechas á nuestros primeros padres, las esperanzas dadas á los patriarcas, los acontecimientos vaticinados por los profetas, los suspiros y deseos de la humanidad entera, y sus tradiciones bíblicas, y toda su historia. Y á medida que la figura del Mesías va agrandándose, en proporecion que se aproximan los tiempos designados á la realizacion del plan divino, tambien la idea de la Virgen madre va agigantándose, digámoslo así, y haciéndose cada vez mas visible, hasta llegar á revestirse en los tiempos de Daniel y de Ageo de una claridad y precision matemáticas. «De aquí á poco tiempo, decia este último, el Señor de los ejércitos moverá el cielo y la tierra, y la mar y el desierto, y aparecerá el deseado de todas las naciones.»

Mas no se crea que la idea virginal siempre unida á la idea mesiánica, se concretase á los estrechos limites de la Judea, ni á las tradiciones particularmente de aquel pueblo. Ella atravesó el Jordán, salvó el Eufrates, el Indo, el Mediterráneo, todos los océanos: y llevada en las alas invisibles de la Providencia, penetró en los pueblos mas diversos y remotos para crear en ellos una espectacion uniforme y un recuerdo universal. Consultad las tradiciones de todos los paises, compulsad los monumentos de los pueblos mas antiguos de Oriente y de Occidente, y desde luego os asombrará el ver una conformidad tan sorprendente acerca de la misma idea en hombres separados por tantos siglos y por distancias tan inmensas. En el Thibet lo mismo que en el Japon, en la China y en el Paraguay, entre las tribus del Norte de Europa como en los pueblos de las Galias, en las regiones del Asia no menos que en los bosques del nuevo mundo, hallareis la Virgen Madre de un Dios prometida, y la espectacion de su divino alumbramiento. Aquí es una Virgen pura que concibe á un Dios que se encarna para salvar al linage humano; allí es una Virgen fecundada al simple contacto de una flor; mas allá es una Virgen que, sin dejar de serlo, se hace madre de un gran principe, de un famoso legislador, de un hombre célebre por sus prodigios. La astronomía, la ciencia primordial, figuraba á María de un modo sorprendente. La esfera de los Magos y Caldeos representaba en los cielos un niño bellissimo en los brazos de la Virgen celeste, ó sea la Virgen de los signos. Sobre el famoso Zodiaco de los Egipcios se veía una Virgen amamantando á su hijo. Plutarco dice que Jano era una estrella que se levantaba á los piés de la Virgen, y esa estrella, dice un sabio, era la estrella de los Magos de Oriente que anunciaba el nacimiento de Jesucristo. Ciceron, el mas elocuente de los romanos, cantaba en hermosos versos la mas bella ficcion astronómica, la de la constelacion de la Virgen amable con una espiga en la mano al lado del brillante Arturo. ¡Y esto lo escribia el famoso orador en visperas de aparecer la Virgen María en cinta del Salvador de la humanidad!

La literatura y las artes, verdadera expresion del pensamiento público y de la sociedad, están de acuerdo en este punto con las cos-

tumbres, las leyes y las instituciones de todos los pueblos. La mitología, la literatura mas antigua del paganismo, no es en realidad mas que una larga y confusa teogonia virginal, y los poetas que son sus pintores, abundan en conceptos de esta naturaleza. Los libros sagrados de los Brahmas, dicen que cuando un Dios se encarna, nace del seno de una virgen. Nada hay tan frecuente en los libros chinos como una mujer virgen y madre á la vez. La santa madre, la madre de la perfecta inteligencia, era representada allí con su hijo sobre las rodillas, y adornada su cabeza con una aureola. Hesiodo, el mas antiguo poeta griego, anunciaba una virgen, hija del Dios mas grande del cielo. Arato la apellidaba hija de la aurora. ¿Y qué sábio hay que no haya admirado los bellos versos del Prometeo de Eschile, en donde dice: «En la region triangular bañada por el Nilo sagrado, es donde debe realizarse la palabra prodigiosa del oráculo, que poco há te llamó futura esposa de Dios; allí una mano divina no hará mas que tocarte, y quedarás hecha madre sin haber conocido hombre alguno, oh virgen de Inaco?» Preciso es confesar, señores, que todo esto es admirable. No he pretendido, al citar estos rasgos, hacer gala de una erudicion profana que no poseo, y soló los he recordado para que admireis la asombrosa conformidad de todas las teogonias y tradiciones sagradas de la antigüedad, y aun de los mismos mitos poéticos, respecto á la espectacion del parto de aquella Virgen misteriosa, Madre del Dios que debia destruir el mal, confundir al príncipe de las tinieblas, regenerar el linage humano y reinar en el universo. Y en esta idea el Occidenté no se hallaba menos preocupado que el Oriente. Sabido es que entre los germanos la Virgen recibia un culto especial. Nadie ignora que en las Galias se alzaban altares á la Virgen milagrosamente fecunda. Y no há mucho que, entre otros vestigios drúidicos, se descubrió una estátua de la Virgen, en cuyo pedestal se leia esta inscripcion: «A LA VIRGEN QUE HA DE PARIR:» los Druidas. *Virgini parituræ, Druides.*

Ahora bien, A. O., ¿á quién no admira la analogia de estas tradiciones con nuestros sagrados libros? ¿Cómo es posible que una misma creencia haya podido estenderse y conservarse entre pueblos tan diferentes en costumbres y en idiomas, y privados de toda co-

municacion? ¡ Ah! Esto prueba que los hombres, dependientes todos de un mismo origen, ramas de un mismo tronco, é hijos de un padre comun, llevaron una fé idéntica al dispersarse sobre la tierra. Si- quiera la religion primitiva fuese alterada y corrompida, el dogma virginal, la idea de la Virgen Madre, unida siempre á la idea me- siánica, sobrenadó, digámoslo así, por entre las ondas del tiempo y sobre las ruinas de las antiguas creencias. Y esas tradiciones, tan universales, tan antiguas, tan bien conservadas á pesar de las revo- luciones de los siglos, que han desfigurado ó matado tantas doctri- nas; esas tradiciones trasmitidas de edad en edad bajo la salvaguar- dia de un pueblo á quien Dios hiciera depositario especial de ellas, suponen un dogma cierto é incontestable. Rechazarle seria, dice un sábio, desgarrar todas las páginas de la historia, y esta no puede ser desgarrada, porque vive en todo el mundo, en ese pueblo que, á través de cuatro mil años, la llevó consigo de la Caldea á Egipto, de Egipto á Babilonia, de Babilonia á la Judea, conservándola en su marcha profunda de desierto en desierto, de campamento en campa- mento, en sus tradiciones, en sus leyes, en sus gefes, en su familia, avigorándose cada vez mas en proporcion de sus reveses é infortunios; vive en ese pueblo que, desheredado de su patria, y buscando en el comercio esa riqueza mueble, que se oculta mas pronto que la perse- cucion, se mezcla con todos los demás pueblos, y aunque sin gefes, sin templo, sin territorio, perseguido con frecuencia, pero temiendo la gloria única de poseer un pasado sobrehumano, conserva aun ino- culada en su misma sangre esa idea mesiánica, á la que va insepara- blemente unida la espectacion del parto virginal. Dios nos ha conser- vado ese testigo irrecusable: yo os le presento. ¡ Miradle! Ahí está junto con el pueblo que nació de la cruz: ambos, el pueblo judío y el pueblo cristiano, demuestran á la par la existencia de un hecho que aquel espera todavía, y que este cree ya realizado.» Además de que, sin el dogma de la Virgen Madre, la antigüedad seria un problema insoluble. ¿ Invocariase acaso un simbolismo no menos absurdo que monstruoso, que conduciría irremediamente al escepticismo y á la duda? Por ventura, ¿ no será mas que un mito, como pretende la escuela alemana, la promesa de la Virgen, su parto divino, y

todos los vaticinios y los acontecimientos todos que á él se refieren? ; Desgraciados los que así piensan! ; Insultais á Dios! ; Y no sabeis que cuando el hombre osa desafiar á Dios, la Providencia se ha reservado inevitablemente una respuesta? Y esa respuesta, respecto á la historia de Jesucristo y de su Madre, es la ignominia, la muerte intelectual del que atrevido pone en ella su mano profana.

Pero, ¿ cómo negar estos hechos, cuando los mismos racionalistas del último siglo han reconocido y respetado esa unanimidad de la espectacion mesiánica, encarnada, por decirlo así, en el sentimiento íntimo de los antiguos pueblos, y consignada en los libros sagrados y mitológicos? Voltaire lo ha confesado; Volney ha dicho que las tradiciones antiguas habian difundido en toda el Asia la creencia de un Salvador futuro, Rey, Dios, conquistador y legislador, hijo de una Virgen, que resucitaria la edad de oro en la tierra, y librería á los hombres del imperio del mal; y Boulanger de un modo aun mas universal ha consignado que todos los pueblos habian conservado una espectacion de esta especie, hasta el punto de decir que pudiera llamarse al Oriente el polo de la esperanza de todas las naciones. Es la espresion misma de Jacob en su lecho de muerte.

Entre tanto, señores, las setenta semanas de Daniel tocaban á su término; el hierro homicida habia vuelto á entrar en la vaina; cerrábanse las puertas de bronce del templo de Jano. Las enseñas de la república romana ondeaban pacíficas desde las islas del mar hasta los confines de la Mauritania, y desde las riberas lusitanas hasta las orillas del Eufrates. La paz tornaba al hogar doméstico, y devolvía á los humanos la fertilidad y la abundancia. Sus aldeas bendecían á los dioses, y en la ciudad eterna el proletario, saciado abundantemente de pan y de espectáculos, publicaba lleno de gozo la próxima llegada de la edad de oro. Las musas, hasta entonces asustadas por el continuo choque de las armas, descendian de nuevo al Capitolio. Las celebridades literarias reemplazaban á unos sangrientos renombres, y la lira habia ocupado el puesto de las proscipciones y de los puñales. En las perfumadas noches resonaban en los jardines de Mecenas ecos melodiosos. Ovidio y Tibulo templaban sus harpas voluptuosas. Propercio ilustraba á Cinthia. Y el cisne de Mántua dejaba

oir sus inmortales cantos. Pero en medio de estas horas dichosas una inmensa preocupacion se amparaba de todos los espíritus, un malestar contagioso ocupaba todos los pueblos. Jamás se había visto una paz mas bella, y sin embargo este gran presente no podia llenar las indefinibles necesidades de aquella generacion. Un rumor misterioso salia de las ciudades y circulaba por las aldeas: los jóvenes interrogaban á los ancianos, consultábanse los oráculos, desenterrábanse las mas antiguas poesías sibílticas, y con preferencia se hojeaban las tradiciones hebraicas. Bajo la choza de Dacio, como en los jardines de la Academia; bajo la tienda del árabe, no menos que en los pantanos de Betavia, cada cual en su idioma se interrogaba acerca del nuevo siglo. Todos los hombres se hallaban agitados de una espectacion unánime. Desde las dos estremidades del globo encontrábanse por primera vez las miradas del universo. Do quiera se hablaba de un Salvador que surgiria de la Judea y naceria del seno de una Virgen. Todos esperaban impacientes este acontecimiento inaudito: nunca se viera en la tierra una agitacion tan común ni una esperanza tan universal; y mientras la sábia Atenas levantaba un altar al Dios desconocido, Virgilio en Roma, en un transporte lírico, exclamaba: «Ved como todo el mundo se conmueve bajo el peso de su inmensa bóveda: todo el mundo se regocija en vista del niño que va á nacer... El niño gobernará el mundo ya pacífico, la serpiente perecerá...» Al propio tiempo Octavio Augusto, pacificador del orbe, hacia un empadronamiento general en todo su imperio. Los caminos hormigueaban de gente que iba á cumplir el edicto del César: entre la muchedumbre, un carpintero de Judea llegaba á la pequeña aldea de Belen en una noche fria y oscura, en compañía de su esposa que estaba en cinta; y no encontrando morada en ninguna parte, se refugiaba en un establo; y allí sobrecogida la esposa por los dolores del parto, daba á luz un niño bello como la aurora, y le recostaba en un pesebre.... ¶ Era María esposa de Joseph, que cumplia los oráculos de los patriarcas, los vaticinios de los profetas, las tradiciones de todos los cultos, las teogonías de todos los pueblos, los deseos de toda la humanidad, la espectacion de todos los siglos!!

Aquí, señores, mi mision concluye, y no debo hablaros de los

sucesos posteriores á este acontecimiento portentoso. Os he hecho ver la unanimidad de todas las tradiciones sagradas y profanas en esperar el parto milagroso de la Santísima Virgen María. Habeis admirado la conformidad de todos los cultos, de todas las historias, de todas las teogonías, de todos los mitos acerca de este punto. ¿Qué, pues, me resta sino concluir de aqui, que todo ello prueba evidentemente la feliz influencia que ese hecho debia ejercer en los futuros destinos de la humanidad? ¡Ah! No me detendré á desenvolver los beneficios que el parto de la Virgen ha traído al mundo. Todos saben que ella nos dió al Salvador y con él todos los bienes en el orden religioso y moral. Con él apareció en la tierra la verdadera edad de oro, se inauguró la positiva libertad, la civilizacion del Evangelio llamada á reemplazar todas las antiguas civilizaciones. María, cuyo divino alumbramiento anunciado por los patriarcas, vaticinado por los profetas, y esperado por todas las generaciones, fué el prodigio de los prodigios, el gran milagro predicho por Jeremías, fué el origen de esa transformacion universal operada en el universo. Todo él experimentó una reaccion feliz en las creencias, en los hábitos, en las costumbres, en las leyes, y en su constitucion moral. La humanidad se halló regenerada, y la esclavitud desapareció á la presencia del hijo de María, y el despotismo y la tiranía huyeron avergonzados ante el que venia á despedazar los hierros que oprimian el cuello de los descendientes del hombre culpable. Cesaron las sangrientas luchas del Circo, y el envilecimiento de unos pueblos que se arrastraban en la miseria y morian en la infancia. La fraternidad cristiana sucedió al egoismo mas feroz, y la raza humana dejó de ser una raza degradada, un enjambre de miserables mancipios arrojados en fétidas viviendas, encorbados siempre bajo el látigo de sus bárbaros verdugos, y dispuestos al menor capricho de estos á despedazarse mutuamente, ó á pelear con las fieras en los juegos olímpicos para solaz de los césares y recreo de las matronas romanas. Todo, en una palabra, lo renovó el parto de María, y de él data cuanto de bello y sublime, cuanto de útil y beneficioso, cuanto de grandioso y civilizador viene realizándose á través de diez y ocho siglos. No es, pues, de estrañar que fuese tan universal la

espectacion del parto de la Virgen, puesto que traia consigo la felicidad del mundo, y el porvenir de todas las sociedades. Por eso todas las miradas se dirigieron hácia la gruta de Belén, tan luego como resonó en los vastos ámbitos del globo la nueva feliz del alumbramiento de la doncella de Nazareth, y se estremeció de gozo el género humano, y mujeres y niños, y grandes y pequeños, y reyes y esclavos, saludaron con entusiasmo á la que habia realizado las esperanzas de todo el universo. ¡Ah! Aquel grito era la respuesta de la humanidad al llamamiento de la mujer divina que habia oido el gemido del hombre, y de do quiera que viniese, no podia menos de ser aceptado, por cuanto envolvía la reparacion de todo un mundo saturado de desgracias, y harto ya de abatimiento y de infamia.

Sí, Virgen admirable, el universo entero os aclamó su libertadora, reconociendo la feliz influencia que debia ejercer en sus futuros destinos vuestro parto milagroso, objeto de las esperanzas de toda la tierra á través de siglos y generaciones. Ese alumbramiento inefable, es y será siempre el objeto de nuestra positiva dicha. ¡Salud, oh madre escelsa del Verbo! Sedlo tambien de todos los redimidos con la sangre de vuestro unigénito: y haced que aprovechándonos de los dones que nos trajo vuestra augusta maternidad, merezcamos gozar un dia de la eterna recompensa de los predestinados en eternidades de gloria.

---

# DISCURSO

PARA EL DÍA DE LA VISITACION DE MARIA SANTISIMA.

---

EN LA VISITA DE MARIA Á SANTA ISABEL, INSPIRADA POR LA GRACIA, EMPRENDIDA POR LA HUMILDAD, Y CONSUMADA POR LA CARIDAD MAS HERÓICA, PLUGO AL SEÑOR REVELAR LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DEL REDENTOR, Y ANTICIPAR LOS EFECTOS DE LA REDENCION.

---

*Exurgens Maria abiit in montana cum festinatione in civitatem Juda, et intravit in domum Zachariæ, et salutavit Elisabeth.*

María se puso en camino, y atravesando las montañas, fué con presteza á una ciudad de Judea, entró en la casa de Zacarias, y saludó á Isabel.

LUC. I. 39, 40.

**E**L gran misterio de la Encarnacion habiase consumado en el seno de la humilde y virtuosa doncella de Nazareth. Nada en el mundo podia concebirse mas grande y escelso que aquella criatura convertida en santuario augusto de la divinidad humanada. Era María el trono del rey de las eternidades, de donde debia salir en su día á obrar la salvacion de toda la tierra en cumplimiento de los vaticinios proféticos. Era el arca preciosa que encerraba al autor de la nueva alianza llamado á restaurar las ruinas de Israel y á congregar los dispersos restos de Israel. Era el depósito que atesoraba todas las riquezas del cielo que en breve iban á derramarse en el mundo. Era el misterioso tálamo do reposaba el esposo divino para emprender desde allí cual gigante la larga carrera que le faltaba atravesar hasta dar cima al monte de la redencion. Y sin embargo, nada se vislumbra en derredor de María que revele la grandeza positiva con

que el Señor la ha distinguido entre todas las hijas de Sion , nada que dé á entender que ella es la que ha merecido oír de los lábios de un ángel el elogio mas magnífico que jamás se dirigió á un simple mortal. La bendita entre todas las mujeres, la llena de gracia, la amada del Espíritu Santo, la madre del Hijo del Altísimo, no muestra á los ojos de un siglo superficial é indiferente mas que un prodigio de modestia, un portento de virtud, un fenómeno de candor y de inocencia, un milagro de humildad.

Acercaos á Nazareth, penetrad en aquella rústica vivienda bajo la cual se alberga la mas dichosa pareja. Un trabajo mercenario proporciona el preciso sustento á la que con su sangre virginal nutre al Verbo de Dios en sus castísimas entrañas; sumisa y obediente sirve á un modesto artista aquella cuyos antepasados habian mandado á toda la Judea. Una pobre cabaña habita aquella cuyos padres ocuparon el trono de Israel. ¡Hed ahí la madre de un Dios! ¡Ved el templo de la divinidad y la cuna del cristianismo! ¡Ved, en fin, el Mesías y la noche profunda en que se hallan envueltas las maravillas de su omnipotencia y la próxima victoria que ha de reportar del mundo!

Pues bien, M. A. O., de esa misma oscuridad arranca el primer destello de luz que ilumina al orbe acerca de las esclencias de María y de las magnificencias del futuro Reparador. ¿Veis á esa Virgen milagrosamente fecunda, que, abandonando su habitual rétro, sale de su modesto hogar para rendir á su prima Isabel los primeros homenajes de reconocimiento y gratitud? ¿La veis cual se anticipa á cumplir con ella los deberes del parentesco que la inspira su caridad ardiente? ¿La veis emprender un largo y penoso viaje por ir á ofrecer sus servicios á la futura madre del Bautista, sin que á ello la obliguen otros motivos que los que espontáneamente nacen de un corazon profundamente benéfico y siempre propenso á servir á sus semejantes? Pues el Señor en los adorables arcanos de su Providencia ha dispuesto este viaje de María, no solamente para mostrar al mundo las grandes virtudes de esa criatura sin par, sí que tambien para realzar sus merecimientos, descubrir su oculta grandeza, dar á conocer su gloria incomunicable, y dar un brillante testimonio á su

maternidad divina. Ha querido tambien que la visita de María á su parienta Isabel sea el primer rasgo de la santidad del nuevo culto, la primera prueba de las bellezas del Evangelio, el primer monumento del poder de un Dios humanado, el ensayo digámoslo así de la redencion que viene á verificar en el mundo, bien así como el primer anuncio de la cooperacion que estaba llamada á ejercer la Virgen prometida en los destinos de la humanidad. ¡Qué série de prodigios no se obran en esta ocasion! A la presencia de ese incomparable fenómeno de la gracia, un anciano profetiza, y el fruto que lleva en su vientre salta de júbilo: Isabel se regocija, y aclama á María madre de Dios; María se extasia, y en medio de los sentimientos de la mas profunda humildad prorumpe en un cántico que reasume en el mas bello cuadro las grandezas de la redencion; un niño que todavía no ha salido á la luz es santificado en el claustro materno, por otro niño que es Dios de quien el primero debe ser el precursor que le muestre á los mortales.

No anticipemos empero las ideas, y limitémonos á esponer el asunto del presente discurso. «En la visita de María á Santa Isabel, inspirada por la gracia, emprendida con la mas profunda humildad, y consumada por la caridad mas heróica, plugo al Señor revelar las grandezas de la madre del Redentor, y anticipar los efectos de la redencion.» Hé aquí el pensamiento que me propongo desenvolver, despues de haber implorado los divinos auxilios, etc.

#### AVE MARIA.

#### REFLEXION UNICA.

Malamente han intentado algunas lenguas maldicientes empañar las glorias de María con relacion al misterio de su Visitacion. Diez siglos antes que el impío Calvino se atreviese á atribuirle los fines mas siniestros, tachando su determinacion en el viaje que emprendió á las montañas de la Judea, como efecto de una vana curiosidad, del deseo de ser conocida y admirada, ó de una punible des-

confianza al oráculo del ángel mensajero que el cielo la envió para anunciarla su divina maternidad, habíala vindicado victoriosamente San Ambrosio de tan duras como sacrílegas calificaciones. No porque dudase, dice el Santo Doctor, de la posibilidad de un acontecimiento que se desviaba de las leyes comunes de la naturaleza, ni porque pudiese sospechar engaño por parte del mensajero divino, ni porque quisiese asegurarse de lo que estaba íntimamente persuadida, se resolvió á abandonar su pacífica vivienda para visitar á su prima Isabel á través de las fragosidades de la Palestina: *Non quasi incrédula de oráculo, nec incerta de nuntio, nec dubitans de exemplo in montana perrexit*; sino porque «inspirada por el Espíritu Santo cuya caridad desconoce las dilaciones, y amante y benéfica de suyo como lo fué siempre esa Virgen admirable, tardábala, dice un sábio escritor, ir á llevar á unos parientes cuya proteccion habia amparado su infancia, y que por mucho tiempo la miráran como á hija, una parte de la santificacion y celestiales gracias, que inundaban en cierto modo su alma como inagotables torrentes de aguas vivas, desde que hospedaba en su seno al Criador del universo.» Así que, continúa San Ambrosio, nada hay en el viaje de María que no sea promovido por la gracia, impulsado por la humildad, y ejecutado por el amor: *Sed charitas sed humilitas, sed Dei Spiritus impulit ut cognatam inviseret.*»

Ved esa flor de Moab, como la apellidan los PP., cuál se apresura á dar principio á la gran mision de corredentora que viene á ejercer en el mundo; ved esa casta paloma, cual corre á llevar á los hombres el verde ramo de oliva, símbolo de la paz que el eterno mediador viene á establecer en la tierra. El Verbo que habita en su casto seno, anhelante por manifestar á los mortales su deseo de salvarlos, urge á su Madre Santísima para que vaya á derramar en la casa del Aarónida Zacarias los primeros gérmenes de la redencion, y á comunicar á toda su familia las primicias del gran misterio que en ella ha obrado la virtud del Altísimo. María ha escuchado en el fondo de su alma la voz del Espíritu divino, que la dice como á la esposa de los cánticos: «Levántate, amiga mia, paloma mia, hermosa mia, pues pasó ya el invierno, cesaron las lluvias, las

flores despuntan, el arrullo de la tórtola se ha oído ya en nuestros campos, esparcen su grato olor las florecientes viñas; marcha presurosa á anunciar la felicidad que ha amanecido para el universo:» y á este eco de la gracia corresponde la Virgen Madre emprendiendo un viaje incómodo y penoso por un terreno montuoso y quebrado, por cumplir la voluntad del cielo que se complace en mostrar la eminente dignidad de aquella criatura sin segunda, y en hacerla el instrumento visible de la primera santificación que se propone obrar en la persona de su futuro precursor, María es, pues, en esta ocasión el conducto por donde se comunican al hombre los dones de la divinidad encarnada, el canal por donde llegan á la tierra los raudales beneficiosos del cielo, la intermediaria por cuyo influjo se realiza el primer portento de aquella omnipotencia salvadora que muy en breve iba á desarrollarse en un campo mas vasto. ¡Así inauguraba la Madre del Verbo su sublime destino de madre de los hombres! Identificada desde entonces con los sentimientos de aquel Hijo que llevaba en sus puras entrañas, nada ansía tanto como hacer á sus semejantes partícipes de los preciosos frutos de la Encarnación. El tiempo le parece tarde para empezar la carrera de sus beneficios, no aguarda á que salga á luz el tesoro que encierra, no espera oportunidades, no consulta las ocasiones, sino que á manera de un volcan que rebienta por cien bocas, ó como un rio que engrosado con las continuas avenidas rompe los diques, salva el cauce que le aprisiona, y se estiende por do quiera llevando á todas partes la fertilidad y la abundancia, así María en cuyo corazon rebosa, en frase de Gilberto, aquella solicitud innata hácia la beneficencia con que la enriqueciera el Supremo Criador (1), y llena como está del espíritu santificador que ha hecho de ella su trono, como escribe el sábio Cartusiano, incapaz de contener su santo fervor, ni de resistir los celestiales ímpetus que experimenta, apresúrase á llegar á la casa de su prima Isabel para llenarla de los dones de Dios (2). Por eso, dice

(1) Gilbert. Porret. Serm. 16. in Cant.

(2) Quia jam plena fuit Spiritu Sancto, spiritualique gaudio, et sanctæ dulcedine devotionis, festinanter processit, etc. Hom. 7. in Luc.

Santo Tomás de Villanueva, se la vé volar con la celeridad de la paloma que hiende los aires, atravesar las altas montañas, salvar los hondos valles, vadear los ríos con gozo inesplicable, dándola fuerzas sobrehumanas aquel que en su virginal seno la impelia á comenzar la grande obra de los siglos (1).

¡Y cuánto no resplandece la humildad de la Santísima Virgen en este suceso! Propio es de las almas vulgares dejarse deslumbrar de su prestada grandeza, para creerse superiores á los que no gozan de iguales preeminencias, y exigir de ellos toda clase de consideraciones, cual si la menor concesion en esta parte pudiera humillarlas ó rebajar el alto concepto que de sí han formado. Harto frecuente es en la sociedad ese insoportable orgullo de los grandes del siglo, que, aspirando á gozar de todos los derechos de su rango, muéstranse ásperos, intratables, duros y exigentes con los demás, y regulando sus acciones por los caprichos de una falsa prudencia; apenas se dignan conceder una mirada benévola á los que, víctimas tal vez de su despotismo, gimen en la indigencia ó no han sido tan favorecidos por la suerte. No son estas las ideas de aquella Virgen que á las halagüeñas y lisonjeras palabras de un ángel responde con la confesion de la humildad mas profunda; no piensa de este modo la que proclamada por el celestial mensagero llena de gracia y bendita entre las mujeres, contesta protestando ser la menor sierva del Señor. No temais, pues, que se considere herida en su amor propio que no conoce, ni crea menoscabada su dignidad de madre del Verbo, por que se anticipe á ofrecer á su prima Isabel los obsequios y servicios de un amor sincero y cordial. Precisamente porque se reconoce sublimada á una altura superior á todas las demás de su sexo, júzgase mas obligada á ser la primera en mostrar al mundo el ejemplo de la virtud mas favorita del Hombre-Dios, sobre la cual debe asentarse el fundamento del nuevo culto. Justamente porque se ve hecha madre del Verbo sin ningun merecimiento suyo, es por lo que se considera ligada con deberes mas estrechos hácia las criaturas que la han sido puestas en la eleccion del cielo. Hé aqui el gran pen-

(1) S. Tom. de Villan. Conc. de Visit.

samiento de San Bernardo (1). ¿Y cómo no había de llevar al mas alto grado su modestia aquella que, en frase del Damiano, jamás hubiera llegado á la dignidad de Madre de Jesucristo, si no hubiese sido en ella innata la humildad de Cristo (2)? ¿Cómo no había de dar ejemplos heróicos de esa virtud, la que en fuerza de un milagro incomprensible, dice San Gregorio, al encarnar en ella el engendrado antes de los siglos, fué hecha sierva del hombre por la divinidad y madre de Dios por la humanidad (3)? ¡Oh admirable humildad de María, esclama San Buenaventura! La que acaba de merecer los mas magníficos elogios del emisario celestial, la que poco antes fuera encomiada con palabras que nunca llegaron á oídos humanos, la que ha sido antepuesta á todas las criaturas y colocada en un grado superior á cuanto existe, esceptuando solo á Dios, la que es ya de hecho y de derecho reina del empíreo y señora del orbe, no se desdeña de descender hasta lo mas profundo del abatimiento (4). Pero nó, rectifica San Ambrosio, no se rebaja María en ser la primera que se anticipe á visitar á su virtuosa parienta, en nada desmerece por dirigirla antes el saludo. Era muy conforme á las reglas de la urbanidad cristiana que la mas jóven tributase los honores debidos á la ancianidad, y sobre todo convenia y mucho al decoro de una Virgen pudorosa mostrarse bella con los adornos de una modestia angelical, ya que tan hermosa se ostentaba con las prerogativas de su prodigiosa maternidad (5).

Por último, si la gracia es la que inspira á María el pensamiento de visitar á Isabel, si la humildad es la que la impulsa á ejecutarlo, la caridad mas heróica consume este misterio. Sola la idea de poder ser útil á su virtuosa parienta en el interesante estado en que se hallaba, solo el deseo de ejercer con ella los oficios de una beneficencia insinuante y cariñosa, á no haber existido otras razones,

(1) Maria quanto major erat, humiliabat se in omnibus; certe humiliata est præ omnibus, quia major omnibus extitit. (Super. signum magnum.)

(2) In Virg. nat.

(3) In Lib. Reg.

(4) In Spec. Virg. c. 4.

(5) In C. 1. Luc.

hubiera bastado á determinar á María á emprender aquel largo y penoso viaje. Considerábase deudora de todas las consideraciones y cuidados á una prima que tanto la amaba, y que con un celo tan desinteresado habia velado por ella en los dias de su horfandad. Nada podia parecerla difícil y costoso, cuando se trataba de corresponder á los importantes servicios que ella recibiera en su infancia, y á los desvelos con que Isabel ejerciera con ella la mision de una segunda madre. Y ved por qué, dice el Crisóstomo, la Virgen de Nazareth sin cuidarse de la aspereza del camino, sin parar mientes en la crudeza de la estacion, sin siquiera pensar en los peligros de una marcha de seis jornadas, inflamada por la caridad, todo lo vence, por nada se acobarda, nada la intimida, atenta únicamente su imaginacion á llenar un deber sagrado á que la estimulaban á la vez los lazos de la sangre y la voz de la religion (1). Mucho era sacrificar su sosiego, renunciar á su retiro, abandonar las delicias de la contemplacion: no poco esponer su salud, arriesgar su vida y comprometer su libertad á través de la hostil Samaria: y sin embargo nada de eso basta á detenerla; porque impelida por la caridad, se deja llevar á donde ésta la conduce, olvidada de sí misma, y deseosa únicamente de ser útil á sus prójimos.

¡Cuán hermosos me parecen tus pasos, oh hija del príncipe celestial! ¡Cuán grande y admirable te ostentas en este primer rasgo de tu alta mision! Corre, vuela, oh sencilla paloma, á llevar el regocijo y la felicidad al hogar de la virtud. Allí ha dispuesto el cielo manifestar tus grandezas, é inaugurar las primicias de la redencion. Nada en efecto puede imaginarse tan tierno y maravilloso como la escena que pasó en casa de Zacarias. Prevenida Isabel de la llegada de su prima, la sale al encuentro con las mas cordiales demostraciones de gozo. María se inclina ruborosa y humilde, como la tierna flor sobre su delicado tallo, y saluda á su parienta con angelical dulzura. No bien ha herido los oidos de Isabel esta salutacion de la Virgen, cuando experimenta en su interior un no sé qué de inusitado y extraordinario. El fruto que lleva en su seno dá saltos de placer,

(1) S. Crys. Hom. 48.

y ella se siente llena del Espíritu Santo. Entonces todo cambia: Isabel retrocede un paso: la viva y animada espresion de su fisonomía, se trueca en un profundo respeto. De repente su rostro se enciende, su alma se extasia, é inspirada por un sobrenatural impulso, esclama: «Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tus entrañas. ¿Y de dónde á mí tanto bien que venga la madre de mi Dios á visitarme? Pues apenas he oído la voz de tu salutacion, saltado há de gozo el infante que llevo en mi vientre. ¡Dichosa tú que has creído, pues no podrá dejar de cumplirse lo que te se ha anunciado de parte del Señor (1).» A este rasgo profético de Isabel contesta María con aquella sublime improvisacion que ha pasado á los siglos como el mas bello cántico de cuantos encierran los sagrados libros, y como el trozo mas precioso de literatura cristiana:

«Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu está transportado de gozo en el Dios Salvador mio.

» Porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava: y por lo tanto me llamarán desde ahora bienaventurada todas las generaciones.

» Porque ha obrado en mí cosas grandes aquel que es Todopoderoso, cuyo nombre es santo, y cuya misericordia se derrama de generacion en generacion sobre los que le temen.

» Hizo alarde del poder de su brazo, deshizo las altivas miras del corazon soberbio, derribó de su sólio al poderoso, y ensalzó al pequeño y humilde.

» Colmó de bienes á los hambrientos, y á los ricos los dejó vacios y necesitados.

» Acordándose de su misericordia acogió á Israel, su siervo, segun la promesa que hizo á nuestros padres, á Abraham y su descendencia, por los siglos de los siglos (2).»

De este modo, dice un sábio, á favor de una luz sobrenatural la Virgen percibió de un golpe de vista las antiguas profecias y su perfectísimo cumplimiento. ¡Y qué série de prodigios no se verifi-

(1) Luc. I. 4. et seq.

(2) Luc. I. 46. et seq.

caron en aquella célebre entrevista! María é Isabel profetizan; el Bautista es santificado en el claustro maternal; el Salvador desde el seno de su madre comienza á derramar los dones de la gracia reparadora; las maravillas de la redencion son publicadas anticipadamente desde las elevadas montañas de la Judea, y la humanidad comienza á experimentar los efectos del gran sacrificio que treinta y tres años despues debe consumarse sobre la cima del Gólgota.

Renunciemos á espresar las bendiciones que debió llevar la visita de María á la casa y familia del sacerdote Zacarías en los tres meses que permaneció en ella. No es dado á nuestra menguada inteligencia comprender los dones celestiales que lloverian sobre aquel venturoso hogar, que mereció ser el albergue de tal madre y de tal hijo. Si el antiguo Obededon pudo escitar la envidia del mas opulento rey de Israel, porque su casa fué el asilo del arca de la alianza durante la lucha con los pueblos filisteos; si en virtud de aquel mero simbolo de salvacion toda la familia de aquel Israelita experimentó toda suerte de beneficios; ¿qué deberemos pensar de quien tuvo la incomparable dicha de albergar á la arca verdadera de la nueva alianza, al autor de la gracia y de la santidad, al Dios-Hombre Salvador del mundo?

¡Cuán cierto es, dice á este propósito San Bernardo, que habiendo dispuesto el Señor redimir al linage humano, parece que puso en las manos de María todo el precio de esta redencion, para que por ella se dispensase á los mortales! Ved sino, prosigue el mismo, cómo con sola su presencia comunica anticipadamente al Precursor, oculto todavía en el seno de Isabel, aquella gracia que habia de redimirle, infundiéndole antes de nacer el espíritu de santificacion y de vida. Es que, desde el instante mismo de la Encarnacion del Verbo en sus virginales entrañas, empezó á ejercer cierta especie de poder jurisdiccional en la sublime mision que aquel venia á ejercer temporalmente (1).» Tan eficaz fué la voz de María, escribe el Taumaturgo, que llenó del Espíritu Divino á Isabel, y trasmitió este mismo Espíritu con todos sus dones y carismas al futuro profeta del Altísimo

(1) S. Bern. de Aq.

designado á demostrar sus huellas (1). ¡Cosa admirable! ¡Sorprendente fenómeno! dice San Ambrosio. La madre es la primera en sentir la voz de la Virgen: el hijo el primero en experimentar los efectos de la gracia: en aquella la audicion fué conforme al orden de la naturaleza: en este la sensacion fué ocasionada por el misterio; Isabel responde al eco de María: Juan contesta á la voz del Redentor; lo que ambas madres hablan exteriormente, verificase interiormente por el recíproco comercio de los dos párvulos que llevan en sus senos (2).

Sírvanos, C. O., este misterio para estimularnos á imitar las grandes y heróicas virtudes que en él nos demuestra la Virgen Madre de Nazareth. Si la gracia, la humildad y la caridad fueron los móviles de esa visita que tantos bienes produjo, y tantas bendiciones atrajo sobre la casa y familia del sacerdote Zacarias, habiéndose propuesto el Señor manifestar en ella las escelencias de su Madre y anticipar los efectos de la redencion, deduzcamos de aquí cuánto no deberemos prometernos de esa Corredentora del mundo, si fieles á las inspiraciones del cielo, y humildes y llenos de ferviente amor, recurrimos á su mediacion poderosísima. Pero preciso es que al efecto renunciemos á todó cuanto pueda oponerse al desarrollo de su largueza y beneficencia, y que encuentre siempre nuestros corazones dispuestos á ser digna morada del Espiritu Santificador, al modo que lo fué la venturosa Isabel y su virtuosa familia. Cooperando dignamente á los deseos que Jesucristo tiene de salvarnos, es como podremos conseguir que, por el conducto de su divina Madre, se nos comuniquen los dones celestiales de que es depositaria y dispensadora. Quiera el Señor que así suceda, y que un dia podamos entonar como María un himno perpétuo de alabanza, y engrandecer las misericordias del que vino á visitarnos desde lo alto, viviendo y reinando con él por los siglos de los siglos.

(1) Serm. de Assumpt.

(2) S. Ambr. loc. cit.

---

# DISCURSO

## PARA EL DIA DE LA PURIFICACION DE MARIA SANTISIMA.

---

MARIA EN SU PURIFICACION CONDENA VISIBLEMENTE EL HUMANO ORGULLO,  
Y PONE DE RELIEVE LO INFUNDADO Y QUIMÉRICO DEL ESPÍRITU  
DE INDEPENDENCIA INDIVIDUAL.

---

*Postquam impleti sunt dies purgationis ejus secundum legem Moysi, tulerunt illum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.*

Cumplidos los dias de la Purificacion de María segun la ley de Moisés, llevaron á Jesus á Jerusalem para presentarle al Señor.

LUC. II. 22.

**T**AL VEZ, M. A. O., no habeis meditado jamás profundamente el gran misterio que hoy solemniza nuestra madre la iglesia. Nuestra innata indiferencia á todo lo que no hiere vivamente nuestros sentidos, nos conduce con harta frecuencia á dejar pasar desapercibidos los hechos mas notables que nos ofrece la historia del cristianismo. Entusiastas por todo lo que deslumbra con un pasajero brillo, arrastrados á admirar las bellezas superficiales del ingenio ó de la elocuencia, permanecemos impasibles y frios espectadores de las positivas bellezas de la religion. Y por cierto, que las que el misterio de este dia nos pone á la vista, merecen la pena de observarse con cuidado y de ser meditadas con toda reflexion. Para un siglo altamente orgulloso y egoista, para una generacion que tan fácilmente se exalta á la simple idea de una soñada independencia, para unas sociedades cuyas aspiraciones tienden á sacudir el yugo

de toda legislación que tiende á menoscabar esos instintos de libertad que es el sueño acariciado de la época actual, siquiera una funesta experiencia las muestre en el abuso de esa misma independencia, la fuente envenenada de todos sus reveses, conflictos y desgracias, ningun correctivo mas eficaz, ningun ejemplo mas visible y práctico pudiera hallarse que el que en el misterio de la Purificación de María Santísima, y en la Presentacion de su divino hijo en el templo, nos muestra el Evangelio que acaba de leerse.

¿Qué es en efecto lo que hoy vemos? ¿Qué es lo que nos recuerda la iglesia en esta solemnidad anual? ¡Oh! ¿Qué objetos tan dignos de ser estudiados con la mayor atencion! Por una parte el autor de todo lo criado, el supremo legislador de la humanidad, el hijo de Dios omnipotente y santo, que, nacido del seno de una mujer por un exceso de amorosa condescendencia hácia el mundo, se somete á las prescripciones de una ley humana, confundido con la multitud de los demás hijos de Adan; y comenzando desde su cuna el mas heróico abandono de todas las prerogativas, de todas las grandezas y de todas las magnificencias de su divina naturaleza, quiere ser presentado por el ministerio de su madre al ministro de la ley, é inscrito en sus tablas, ni mas ni menos que cualquiera otro niño de la Judea. Por otra parte se nos presenta una Virgen pura é inocente, que, por un milagro incomprensible, fué hecha madre de Dios, pero sin que su fecundidad prodigiosa, obra del Espiritu Santificador, alterase en nada su inmaculada virginidad; una criatura elevada á una altura sobrehumana y enriquecida con las mas sublimes prerogativas, y que sin embargo, renunciando espontáneamente á todos sus títulos de gloria, á todas sus grandezas manifiestas, y á todas las razones de excepcion que pudiera alegar como un derecho indisputable, vá asimismo al templo de Jerusalem á pagar el tributo de su purificacion cual otra cualquiera madre comun, y á ser inscrita en el catálogo de las demás mujeres inmundas.

Difícilmente, repito, pudiera hallarse un remedio tan eficaz y propio para ser aplicado á las dos encanceradas llagas que corroen el cuerpo social, como esa humildad y esa sumision de María y de

su divino hijo á la ley mosaica. El orgullo es el que de largo tiempo viene exagerando los pretendidos derechos del hombre contra las prescripciones de su Dios; el orgullo es el que viene creando en el corazon humano esas aspiraciones quiméricas que le arrastran á creerse superior á todas las leyes divinas y humanas; y ese espíritu de independencía, hijo legítimo de la soberbia que heredó de su primer padre á quien se lo inoculó en el Paraiso el ángel apóstata, es tambien el que aumentándose progresivamente á medida que van tomando vuelo las doctrinas de la moderna ciencia filosófica, y adquiriendo de día en día mayores proporciones, merced á las insensatas teorías sociales de los pretendidos regeneradores, mina sordamente los cimientos del órden, relaja todos los vínculos, fomenta la rebelion, promueve las facciones, ahuyenta de los pueblos la paz, seca las fuentes del bienestar y de la prosperidad pública, y empuja las sociedades á su inevitable decadencia. Verdades son estas de esperiencia que no necesitan demostrarse, siquiera los partidarios de ciertas teorías se afanen por sostener lo contrario. Buscar el remedio y aplicarle oportunamente es lo único que nos resta. Y hé aquí lo que voy á ensayar, esponiendo breve y sencillamente las sublimes enseñanzas que en el presente misterio nos dá la Santísima Virgen, «cuya humildad es la mas visible condenacion de nuestro orgullo, á la par que su sumision á la ley mosaica, es un hecho que pone de relieve lo infundado y quimérico de nuestra absurda independencía.» En el doble ejemplo de María, podemos aprender á evitar los incesantes conflictos que turban nuestro presente, resignándonos humildes á las leyes divinas y humanas, y á precaver las desgracias que amagan nuestro porvenir, reconociendo la necesaria dependencía que debemos á Dios, y á los que en su nombre rigen nuestros destinos. Hé aquí el interesante asunto que me propongo desenvolver, etc.

AVE MARÍA.

## REFLEXION UNICA.

---

No es nuevo en el mundo ese doble sentimiento que lucha en el hombre contra el deber y le rebela contra el principio de autoridad. Desde el Paraiso viene propagándose ese germen funesto que, inoculándose de padres á hijos con la sangre misma en la generacion, tantos males y tan graves perturbaciones ha ocasionado en el mundo. Abierta siempre aquella llaga que en la inteligencia y en el corazon del primer poder infirió el espíritu del orgullo y de la independencia individual, solo podia cerrarla el que, constituyéndose Reparador divino de la raza culpable, descendió hasta lo mas profundo del abatimiento desde la altura mas eminente de la gloria, eclipsando los rayos de su divinidad con las esterioridades de la misera y débil humanidad. En la Encarnacion del Verbo cumpliósese lo que muchos siglos antes venia deseando el Rey Profeta, cuando, visto el desorden que esos dos elementos de ruina introdujeran en la vida privada del hombre y en la existencia social de los pueblos, exclamaba: « Constituye sobre ellos un legislador soberano, para que así reconozcan que son hombres y no aspiren á alzarse contra Dios (1). »

Nada de hecho podia imaginarse tan propio á inspirar á los humanos un convencimiento exacto de su esencial miseria y por consiguiente á confundir su infundado é injustificable orgullo, como el espectáculo de un Dios humanado, sujetándose voluntariamente á las prescripciones de la ley mosáica, siendo él el autor de esa misma ley, y el ejemplo de una Madre Virgen, que, asociada á los designios reparadores de su divino Hijo, viene la primera al templo de Jerusalem á cumplir un deber que en manera alguna la obliga, purificándose de una mancha que no contrajera, y ofreciendo el rescate de los primogénitos por aquel que traia la augusta y sublime mision de rescatar á todos los hombres esclavos del pecado. ¿Qué habia en

(1) Psalm. IX. 24.

efecto de comun entre la impureza legal en que incurrian las mujeres hebreas concibiendo por la vía de la generacion carnal, y entre la inviolable virginidad de la que, por la mera inspiracion del Espiritu-Santo, concibiera al Hijo de Dios en sus entrañas, mas puras que el límpido cristal? Y sin embargo vedla que, sin pararse á discutir las prescripciones de Moisés, sin ocuparse de los altísimos privilegios que la eximian de su cumplimiento, sin siquiera hacer atención á lo que en someterse á ellas se rebajaba su dignidad incomparable, lejos de abrigar la menor pretension en favor de su maternidad prodigiosa, ni de querer hacer patente al mundo aquella preeminencia que la colocaba sobre todas las demas mujeres, solo aspira en su humildad profundísima á ocultar con un velo impenetrable sus altísimos privilegios, se confunde, se pierde entre la multitud de las mujeres de Judá, y olvidando lo que se debía á sí propia, como Madre de Dios, solo recuerda lo que á ese mismo Dios debe, como simple hija de Sion. Así se verificó en María lo que en su elogio dijera San Agustin: «Superior á la ley por la gracia, sujetóse á ella en virtud de su humildad.» Renuncia á lo que funda la escepcion y reclama lo que constituye el deber.

— Ejemplo admirable, que desconcierta de un solo golpe todas esas ideas de orgullo, todos esos titulos de superioridad en que fundan frecuentemente los mortales su resistencia al imperio de las divinas y humanas leyes. Cierto que contra las primeras no hay escepcion alguna; cualquiera que sea el rango que el hombre ocupe en la escala social, en vano intentaria sustraerse al deber imperioso en que está de obedecer y cumplir los preceptos que emanan de lo alto; porque no hay consejo, no hay ciencia, no hay poder en la tierra bastante á hacer frente á la autoridad del que rige los humanos destinos. La soberbia de los Antioeos, Nabucos y otros colosos que intentaron un dia sobreponerse al dominio del Dios del tiempo y de la eternidad, halló en la mas profunda humillacion el merecido castigo de tamaña altanería. Donde quiera ha hecho ver el Altísimo que él solo es el que reina en el cielo y en la tierra, que á él solo se debe acatar y obedecer, que ejerce un poder sin limites sobre todo lo criado, y que en su presencia las criaturas todas no son mas

que como unos puntos imperceptibles en el vasto horizonte, como si no existiesen, según la frase de un profeta. Y en cuanto á las segundas, esto es, en cuanto á las leyes humanas, dictadas por los que en nombre de Dios han sido constituidos para gobernar á los pueblos, ¿quién puede dispensarse de su cumplimiento sin incurrir en la animadversión de aquel por quien los monarcas reinan y los potentados administran justicia? Los mismos que intiman los preceptos y sancionan las humanas prescripciones, ¿no son los primeros á quienes incumbe el grave deber de marchar delante de los demás dando ejemplo de su mas esquisita observancia? ¿Qué importa que su autoridad les escude contra la responsabilidad temporal, toda vez que nunca podrán esquivar la responsabilidad eterna, puesto que súbditos son ellos del Supremo Legislador, á quien en su día habrán de responder del abuso de su poder? Bastára fijar la consideracion en lo que hoy nos recuerda el Evangelio, para deshacer todos los frívolos pretestos que el orgullo de los grandes del siglo pudiera oponer á esta obligacion inviolable. ¿Quién mas grande bajo todos conceptos que María? ¿No era ella la madre de Dios, y como tal investida de una autoridad legitima sobre el autor mismo de toda ley? ¿No estaba bien espresa la letra del Levítico, que la esceptuaba del cumplimiento de una ceremonia que, sobre ser para María altamente humillante y penosa, comprometia hasta cierto punto toda su dignidad, todos sus privilegios, todas sus inmunidades, su gloria, su honor, su reputacion, su presente y su porvenir? Claro es, pues, que nadie con mas justicia hubiera podido, y aun debido, invocar en su favor tantos y tan poderosos títulos de escepcion. Y sin embargo, no solamente no lo hace, sino que antes por el contrario en esos mismos títulos funda una obligacion de someterse y obedecer á la ley mosaica; no porque ella lo necesitase bajo ningun concepto, si empero porque el mundo lo necesitaba, y mucho, para aprender á dominar el insensato orgullo que le arrastraba á sacudir el yugo de la ley, para que no les quedase á los hombres la menor sombra de pretesto que oponer al cumplimiento de sus respectivos deberes en vista de un ejemplar de humildad y sumision tan perfecto y heróico.

¡Oh Virgen augusta! ¡Oh madre divina! ¡Cuán bella, cuán gran-

de, cuán admirable te muestras en ese primer rasgo de tu conducta maternal! ¡Qué elocuente es tu ejemplo, qué eficaz tu proceder para anonadar la soberbia del hombre! Si en el orden de la redención la madre de un Dios no se esceptua de pagar tributo á la ley, humi-llándose á cuanto puede haber de mas degradante y envilecedor para una criatura cuya pureza y santidad ensalcen los ángeles, y cuya grandeza y majestad admiran los mismos cielos: ¿quién osaria en adelante sostener delante de Dios la injusticia y temeridad de su orgullosa desobediencia? Ved aquí lo que inspiraba al P. San Bernardo aquellos rasgos de elocuencia sentimental que rebosa en sus escritos al ocuparse de la Santísima Virgen. Contemplaba en indefinible éxtasis á la madre del Verbo ofreciendo en el templo de Jerusalem la oblacion de los primogénitos, y no acertando á concordar en ella los altísimos privilegios de su maternidad divina, con los profundos abatimientos que envolvía su purificacion, exclamaba: «¿Cómo, Señora, y de dónde en vos tanta humildad? Sois la medianera de la salvacion, la restauradora de los siglos, la que halló para sí y para todos la fuente de la gracia: ¿y aún sois humilde? Sois la escala del paraiso, la puerta del cielo, la abogada del mundo y la medianera entre Dios y los hombres: ¿y aún sois humilde? Sois madre de vuestro mismo Salvador, reina del cielo y de la tierra, y soberana emperatriz del universo: ¿y aún sois humilde? *¿Unde tibi tanta humilitas?* Sí, M. A. O.; lo es María para que nosotros aprendamos á serlo; lo es para que con su ejemplo nos estimulemos á vencer ese espíritu de orgullo que nos saca fuera de nosotros mismos y nos lleva á una esfera distinta desde donde desvanecidos caemos frecuentemente en el abismo profundo de la degradacion mas repugnante, de los vicios mas vergonzosos, del mas brutal sensualismo, y de todas las malas pasiones que labran nuestra desdicha en el tiempo y nuestra condenacion en la eternidad. En el mundo vivimos subordinados al amor propio, somos esclavos de una exagerada susceptibilidad que engendra todos los desórdenes y crea todos los elementos de perturbacion. Si en la vida de la familia y en la organizacion social se agitan tantas pasiones, bullen tantas ideas disolventes, se multiplican los escándalos, cunden las discordias, foméntanse los

ódios, arden las animosidades, impera la calumnia, reina el escándalo, y el error adquiere proporciones gigantescas, y las nociones del bien desaparecen, y todo sale de quicio y pierde el equilibrio, y los pueblos son desgraciados, y los individuos viven en perpétua é incesante lucha, y falta la union, y con ella desaparecen todos los gérmenes de prosperidad pública, no se busque el origen de tamaños males, sino en el orgullo que aspirando á colocar el interés privado sobre el interés general, y á hacer de cada hombre un ser independiente y exclusivo, abre la fuente de todas las desorganizaciones y de todas las miserias que traen convulsa la sociedad.

— Pues bien, no menos que ese orgullo funesto, condena hoy María con su ejemplo el espíritu de independencia que malamente han intentado inocular á nuestro siglo las doctrinas deletéreas de la ciencia mundanal. ¡Independiente el hombre! ¿De quién? ¿y cómo? ¿Puede concebirse una aberracion mas insensata, un delirio mas estúpido, un sarcasmo mas sangriento contra la misma dignidad humana? Pero no creais que voy á desenvolver hoy cuanto de absurdo y erróneo hay en esa idea, que no obstante es en la actualidad el ídolo ante quien se postran los hombres, la divinidad que inciensan los pueblos, la sombra brillante tras la cual corren á porfía las sociedades modernas, el supremo bien á que aspiran ciertos espíritus preocupados, ciertas inteligencias obcecadas, ciertos talentos funestos para su propia desventura y desdicha no poca de los que se dejan deslumbrar por sus teorías. Bástame proponer el ejemplo de la Virgen madre en el templo, bástame pintar la bella escena de un Dios-Hombre que en los brazos de la que le dió á luz, apenas nacido se presenta á protestar rendido su sumision y dependencia de aquel que le enviára á la tierra á consumir la grande obra de los siglos. Convencida María de que á su mision augusta como cooperadora de la redencion, cumplia ser la primera en dar lecciones prácticas de esa virtud en que estriba la felicidad del hombre y el bienestar de las sociedades; conociendo que el origen de todos los desórdenes que afectan al presente y al porvenir de la humanidad, es ese sentimiento que arrastra al miserable mortal á creerse independiente de toda superioridad, de todo deber, de todo vínculo que tiende á

encadenar dentro de un corto círculo sus exagerados derechos imponiéndole graves obligaciones; no solamente se somete ella á una ley que no la comprendia, sino que somete á la vez á su cumplimiento á su divino hijo Jesus. Es decir, que en el misterio de este dia, no solo se nos muestra la virginidad resignándose á la prueba mas sensible y repugnante, la maternidad divina confundida y anonadada bajo las apariencias de la maternidad humana, la pureza mas inefable aceptando la purificacion consignada para las mujeres inmundas, en una palabra, la madre del Verbo Dios sujeta á la ley de las demás madres de los hombres, sino que vemos tambien á ese mismo Dios cumpliendo por el ministerio de Maria las prescripciones mosáicas; que equivale á decir, pagando tributo á la ley y confesando prácticamente su dependencia de la suprema autoridad como hombre, al que es la grandeza, la soberanía y la independencia esencial, al que hizo el cielo, crió la tierra, sostiene las bases del mundo, tiene en sus manos el imperio del orbe, dispone de los destinos de los pueblos, cambia cuando le place las dinastías, eleva ó anonada los imperios, y domina sobre toda la creación.

¡Qué prodigio de sumision! ¡Qué portento de anonadamiento! ¡Qué ejemplo de subordinacion tan eficaz y elocuente! Ved ahí el renuevo de David y la flor de Jessé, el deseado de los siglos y la mujer prometida para renovar la faz de la humanidad, el rey de las eternidades y la emperatriz soberana del mundo, el Oriente vaticinado por Isaías y la estrella anunciada por Jacob, ambos á la vez penetrando en el Santuario para dar fin á las alegorías del antiguo testamento, y consumir todos los tipos que precedieron á su venida. No importa que como en los tiempos del vidente de Senaar, no vacilen los muros de la ciudad santa al acercarse á ella el Altísimo, ni retiemble el altar, ni los querubines se oculten bajo sus alas; no importa que á los ojos carnales del judío indiferente, y del venal sacerdote pase desapercibido el sacrificio del que viene en nombre del Señor á presentar la ofrenda pura y sin mancha predicha por Malaquías. ¡Oh! No por eso es menos admirable y digna de la atencion de los ángeles la escena que se representa bajo las bóvedas del templo de Jerusalem. En este solemne momento vaticinado por Ageo, fijáronse

sobre Jesús y María las miradas de la corte celestial; la gloria del primer templo quedó eclipsada por la del segundo; las víctimas de Judá y de Israel desaparecieron ante las que vinieron á presentar el Dios pacífico y la Virgen pudorosa de Nazareth. Allí finalizaron los ritos de la primitiva alianza, y dió principio el sacrificio perpétuo de la alianza nueva; allí concluyó la misión de la sinagoga, y comenzó á imperar el Evangelio.

Si, Católicos, el Evangelio cuya esencial base se funda sobre la humildad y la sumisión á las divinas y humanas leyes, el Evangelio cuyo sistema doctrinal y de gobierno se refunde en esos dos altos principios de orden y de bienestar individual y social; el Evangelio que anatematiza el orgullo, reprueba la rebelión, condena el espíritu de independencia, y dá una sanción divina é inviolable á todos los poderes constituidos; el Evangelio que hace un deber sagrado de conciencia de la sumisión que al hombre impone respecto á las prescripciones de los que en la tierra ocupan el lugar de Dios; ese Evangelio, manantial perenne de todas las virtudes, de todos los deberes y de todas las bellezas que constituyen la armonía admirable de la humanidad, recibió una nueva fuerza, y adquirió una influencia incomparable en el porvenir de los pueblos, desde que Jesucristo y su divina madre dieron anticipadamente el ejemplo de esas virtudes que después debía proclamar donde quiera como los elementos culminantes de todo el sistema social. En vista de la humilde dependencia con que Jesús y María se sometieron al cumplimiento de la ley de la Purificación, cuantas teorías pueda inventar el humano orgullo, cuantos absurdos pueda apadrinar el libertinaje, cuantas quimeras sea capaz de abortar la ciencia socialista para alucinar las inteligencias y corromper los corazones, no son sino ideales mas ó menos seductores, mentiras mas ó menos sagazmente combinadas, ensueños producidos por la fiebre ardiente de las pasiones, delirios creados por aspiraciones indignas, armas en fin de desorden, de perturbación y de ruina puestas en las manos de pueblos fanatizados, para trastornar todo lo existente y comprometer el mas brillante porvenir. No creais, pues, M. A. O., á esos panegiristas del error, á esos eternos encomiadores del crimen, á esos utopistas ciegos que

os predicán una libertad insensata, fundada en una independencia quimérica. Os engañan con promesas que jamás podrán realizarse; exaltan vuestras pasiones con esperanzas que nunca conseguirán un resultado; os presentan en perspectiva una felicidad que es imposible llegar á obtener por el camino que os indican; y es que no contentos con perderse ellos solos, quieren arrastraros en su propia ruina.

Detestad, pues, esa filosofía degradante cuanto funesta que seca todos los manantiales de positiva ventura, reconociendo que no existe en la tierra esa independencia que os prometen, esa libertad que os presentan como el bello ideal de la felicidad humana. Solo Dios es independiente porque no tiene principio; de resto, los hombres todos forman los eslabones de esa misteriosa cadena que, uniéndolos recíprocamente, los hace depender unos de otros, sin que puedan dispensarse de esta constante subordinación, sin romper los vínculos misteriosos que constituyen la armoniosa unidad de que penden los destinos de los pueblos. ¿No veis cómo Dios mismo, en cuanto hombre, reconoce en el templo su dependencia del que le envió al mundo? ¿No os sorprende cómo la misma Madre del Verbo se somete á la ley de Moisés, olvidando sus preeminencias y privilegios ante la autoridad suprema del Señor de todo lo criado? ¿No admirais cómo ambos, pudiendo evocar los mas poderosos títulos de escepcion, no lo hacen, antes bien son los primeros en dar al hombre el ejemplo de la sumision y dependencia mas heróicas? ¡Y habrá todavía quien en su frenético delirio aspire á llamarse independiente y libre! ¡Y habrá quien se atreva á alimentar aspiraciones de orgullo y de vanidad! No, M. A. O. : aprendamos en la filosofía sublime que hoy nos enseña María y su divino infante, el modo de ser verdaderamente grandes, positivamente libres y dichosos. Seamos humildes, y no solamente adquiriremos merecimientos sólidos ante Dios, sino que habremos puesto la condicion mas esencial de nuestra paz y de nuestra bienandanza. Vivamos en una justa dependencia de Dios y de los que en su nombre rigen nuestros destinos, y veremos iluminarse á nuestros ojos el horizonte de la vida, tan cargado y tempestuoso en fuerza de las pasiones que nos dominan, El corazon que no compren-

de esta teoría sublime, no es verdaderamente cristiano, ni podrá jamás aspirar á la dicha positiva que envuelve la práctica del Evangelio. Observad todos esos sobresaltos políticos, que á cada momento amenazan echar á pique la nave del estado; contemplad esas pasiones turbulentas que tienen en incesante lucha á los hombres y á las sociedades; ved ese flujo y reflujo de ideas disolventes que perpetúan en nuestro derredor el desórden, la anarquía, la intranquilidad, trayendo en pos de sí todas las desgracias que nos afligen; subid al origen de tamaños males, y le hallareis indudablemente en esa embriaguez producida por el orgullo, que engendra la rebelion, y despierta todos los aviesos instintos de la humanidad.

Así lo reconocemos, oh escelsa Virgen, y por lo tanto solo en la práctica de las sublimes enseñanzas que nos disteis en el misterio de vuestra Purificacion, podemos hallar elementos eficaces para neutralizar las funestas consecuencias de tamaños desórdenes. Inspiradnos, pues, sentimientos de humildad y de abnegacion, de sumision y de obediencia, á fin de que caminando tras vuestras huellas, hallemos en el tiempo la paz que anhelantes buscamos, y despues de nuestra peregrinacion merezcamos disfrutar aquella bienandanza suprema que forma el encanto y la delicia de los justos en la region de la inmortalidad.

DISCURSO

DE LA REINA DE LOS REYES CATÓLICOS

## SEPTENARIO DOLOROSO

DE

# MARIA SANTÍSIMA.

SEPTENARIO DOLOROSO

MARIA SANTISSIMA.

# DISCURSO

## SOBRE EL PRIMER DOLOR DE MARIA SANTÍSIMA.

### LA PROFECÍA DE SIMEON.

*Ecce positus est hic.... in signum cui contradicetur. Et tuam ipsius animam pertransibit gladius.*

Hé aqui el que está destinado á ser el blanco de toda suerte de contradicciones. Y una aguda espada de dolor traspasará tu alma.

LUC. II. 34.

**P**UEBLO cristiano: ¿Qué objeto tan lúgubre es el que hoy te reúne bajo las sagradas bóvedas del Santuario? ¿Qué motivo tan interesante arranca de su hogar al anciano encorbado bajo el peso de los años, al niño que aun juguetea en el maternal regazo, á la joven esposa, gloria y delicia de una tierna prole, á la apuesta doncella en cuya imaginacion bullen las ilusiones del amor y las ideas del placer, y obliga al sábio á suspender sus profundos estudios, y hace que el artista y el menestral den tregua á sus tareas, é impele al magistrado y al funcionario público á abandonar sus graves ocupaciones por venir á tomar parte en la presente solemnidad? ¡Ah! Una misma es la idea, idéntico el sentimiento que hoy anima á todas las clases de la sociedad. Todas se creen obligadas á pagar un justo tributo de admiracion, de simpatía y de amorosa compasion á la escelsa criatura destinada por el cielo para ser el tipo del heroismo, de la fortaleza, de la generosidad y grandeza de alma; á la mujer sin semejante, á la Virgen por escelencia, á la reina de los mártires

cuyos dolores vienen siendo desde hace mas de diez y ocho siglos el tema inagotable de las mas profundas investigaciones, sin que hasta ahora ninguna lengua humana haya podido explicarlos, ni aun concebir siquiera sea dado su grandeza y estension á las mas altas capacidades.

Tal es M. A. O. el grandioso motivo que hoy como todos los años en igual época reúne al pueblo cristiano en torno de los altares de María. Do quier acuden á esta misma hora en todos los puntos del globo los hijos de la iglesia católica á ofrecer á la simpática madre de Jesus un homenaje de llanto y de ternura. No hay un alma sensible inspirada por la fé que no sienta latir en este momento su corazón en amor mezclado de amargura; amor santo, amargura sublime, cuanto sublime y santo es el objeto que ocasiona estos elevados afectos.

¡Mujer!... ¡Virgen!... ¡Madre! ¡Qué tres títulos tan dignos! Aun considerados en la simple esfera de lo humano bastarian por sí solos para interesar vivamente nuestros corazones hácia esa criatura privilegiada... Pero no: hay en ella caracteres sobrehumanos que realzan prodigiosamente su mérito y el interés que debe inspirarnos. Es una mujer casi divina por las íntimas relaciones que la estrechan con la divinidad que anidó en su seno; es una Virgen sin segunda, puesto que fué la única que pudo maridar con este honor la gloria de la maternidad; es una madre de un orden superior á todas las que la precedieron y vendrán en pos de ella, como que á ella sola fué dado concebir en sus entrañas sin el mas leve detrimento de su integridad virginal al Hijo eterno de Dios. Y sin embargo, ¡asómbrese el cielo! ¡pásmese la tierra! esa mujer sufre los mas acerbos tormentos que pueden caber en la humana inteligencia... Y esa Virgen apura gota á gota un cáliz de dolor incomparablemente mayor que el que bebieron todos los mártires... Y esa Madre ha visto pesar sobre su alma y aglomerarse en su corazón angustias, congojas, amarguras y padecimientos tales, que el menor hubiera bastado en el concepto de los genios mas eminentes á concluir con su existencia, á no haberla sostenido el mismo brazo del Omnipotente que vertía en ella toda la hiel de su indignación, no porque fuese culpable,

sino porque, asociada como estaba á la grande obra de la reparacion del linage humano, debia compartir con su hijo los sufrimientos destinados á expiar los crímenes de un mundo sobre quien pesaba la maldicion divina. ¡Victima preciosa! ¡Holoocausto admirable! ¡Dos veces mártir, pues, no solamente padeci6 con su unigénito en el alma lo que a aquel en su humanidad sacratísima, sino que le sobrevivi6 para prolongar despues hasta su muerte los eslabones de aquella larga cadena de martirio que comenzó casi al nacer!

Venid, pues, oh hijas de Sion; agrupáos almas cristianas en derredor del trono de María, y contemplad á vuestra reina á quien un dia loaban los astros de la mañana, admiraban el sol y la luna, y celebraban llenos de júbilo los hijos de Dios (1) convertida hoy en un mar de dolor (2), abrevada de agenjos (3), trocada en diadema de tribulacion (4) la corona de gloria con que ciñera sus sienes en el dia de sus desposorios el Salomon divino, cambiado en mortal palidez el carmin de sus virginales megillas, horadado por el llanto aquel semblante encantador en que un dia brotaba la sonrisa de la felicidad, hecha en fin el centro de todas las iras divinas y el objeto de todos los tormentos que sobre ella derram6 el que tiene en sus manos los tesoros de la venganza eterna, la que por su candor, inocencia y santidad mereciera enamorar el corazon de un Dios, y ser elegida para dar á luz al que habita en los cielos una luz inaccesible (5).

Venid á admirar la grandeza, la estension, la profundidad de los dolores de María en cuanto permitido es á la humana inteligencia penetrar lo incomprendible é infinito. Vamos á recorrer la larga serie de padecimientos de que estuvo sembrada la existencia de esa mujer fuerte, de esa Virgen heroica, de esa escelsa madre, gigante en el sufrir, generosa en el amar, imperturbable en la tribulacion, inm6vil en la lucha de los mas encontrados afectos, y siempre digna de sí misma, digna de Dios que presenciaba su heroismo, digna de

(1) Job. XXXVIII. 7.

(2) Thren. II. 13.

(3) Ib. III. 15.

(4) Isaie. XXII. 18.

(5) I. Timot. VI. 16.

un mundo por quien se inmolaba ante las aras de la mas sublime caridad. Nada mas justo que identificarnos con las ideas de esa madre dolorida. Ella por amor nuestro y por contribuir á salvarnos de la esclavitud de la culpa, apuró las amargas heces de la gran copa que el Eterno presentára á su hijo. Y la bebió gustosa porque sabia que de este modo quedaria rasgado para siempre el decreto de anatema fulminado en el paraiso contra la raza pecadora, y reconciliada la tierra con el cielo. ¿Qué medio, pues, ni mas oportuno ni mas eficaz para cicatrizar en lo posible las hondas heridas que nuestros delitos abrieron en su corazon maternal, que apropiarnos sus dolores, copiar en nuestras almas sus padecimientos, imitar su heroica fortaleza, y aprender de ella á sufrir cuanto plegue al cielo enviarnos en expiacion de nuestros desórdenes? Si algun consuelo, si algun lenitivo pudiéramos ofrecer á María en cambio de lo mucho que por amor nuestro toleró, cierto ninguno mas aceptable á sus ojos que la enmienda de nuestra vida, la correccion de nuestras viciosas costumbres, el cambio radical de una existencia consagrada hasta ahora al placer, al sensualismo, al orgullo y á la vanidad. Hed aquí el fin que me propongo en las exhortaciones que estoy llamado á dirigiros en el curso del presente Septenario. ¡Ojalá no sean estériles mis votos, ni defraudadas mis esperanzas!

Comenzemos, pues, por el primer dolor de María Santísima con el que preludió la larga série de padecimientos que constituyeron aquel prolongado martirio que coronó toda su vida. Trasladémonos á la morada del gran Sacerdote, á quien María presenta la ofrenda de su unigénito en cumplimiento de la ley mosaica. Las primeras palabras de aquel venerable anciano son un himno de gloria al recién nacido infante, un cántico de alabanza en el que rebosa el júbilo de que su alma se vé inundada al tener la dicha de ver con sus ojos al que debia ser la luz de las naciones y la gloria del pueblo de Israel. Pero apenas ha satisfecho aquellas primeras emociones de su alma entusiasmada, cuando tomando un tono grave y profético vuélvese hácia la madre y la dice: «Hé aquí un niño que ha nacido para ser el blanco de toda especie de contradicciones. Y una misma espada traspasará su corazon y el tuyo: *Ecce positus est hic in signum cui*

*contradicetur. Et tuam ipsius animam pertransibit gladius.* Procuremos penetrar el gran fondo de amargura que envuelve este solemne vaticinio para el corazon maternal de Maria, y no podremos menos de convenir en que «su dolor fué incomparable, ya se considere su intensidad por las íntimas relaciones que le unian con Jesucristo, ya su estension por cuanto se identificó con todos los actos ulteriores de su vida.» Saludemos ante todo á esa reina mártir dirigiéndola las palabras que la dedica la iglesia en la presente festividad:

AVE LACRYMIS PLENA.

### REFLEXION UNICA.

Imposible es concebir dolor semejante al que experimentó Maria Santísima al oír las proféticas palabras del anciano Simeon. Su intensidad escede á cuanto la imaginacion mas fecunda es capaz de crear. La posicion de aquella Madre Virgen y las circunstancias en que le fuera anunciado el porvenir del hijo querido de sus entrañas, contribuyen poderosamente á agravar casi infinitamente los tormentos de su alma.

Considerad una tierna doncella, cuyo seno, milagrosamente fecundado por obra y gracia del Espiritu Divino, acaba de dar á luz al que venian esperando todas las naciones del mundo, por el que habian suspirado los siglos, al que habian prefigurado todos los antiguos tipos, cuyo nombre se leia escrito en todas las teogonías paganas, cuya existencia se hallaba, digámoslo así, encarnada en los mitos y tradiciones de los pueblos mas remotos de la tierra. Maria era madre, mas no así como quiera: su maternidad nada tenia de comun con las demas mujeres, era una escepcion de la ley general que preside á la propagacion de la raza humana, una esclusion de todas esas miserias que desde el pecado de la primera Eva vienen pechando sobre todos sus descendientes. Ni dolor, ni angustia, ni pesar, ni ninguno de esos accidentes inseparables del parto desde

que Dios pronunció su maldición sobre aquella mujer delincuente, acompañó al alumbramiento prodigioso de María. El fruto de su castísimo seno, á la vez que hombre, era un Dios, y esta circunstancia que ella sola era capaz de comprender y apreciar dignamente, era para su corazón el origen de un amor que no podía tener rival ni semejante: amor purísimo, sin mezcla de ningún otro afecto terrenal; amor desinteresado, no sujeto como el de las demás madres á la repulsión de amores estraños; amor generoso, superior á la acción del placer, de la gloria, de la fortuna, de la honra, de la libertad, del reposo y demás aspiraciones que chocan de continuo en el humano corazón; amor que no necesitaba ser enfrenado por la razón, ni dominado por el deber, ni templado por la reflexión, ni purificado por la gracia; porque, reuniendo todas las inclinaciones, reasumiendo todos los afectos, y confundiendo todos los objetos en uno solo, que era su Hijo Santísimo, nada había que pudiese desviar de él por un solo instante su espíritu, ni distraer su alma de aquel con quien se hallaba perfectamente identificada por el sentimiento y por la razón, por inclinación y por deber, por un atractivo irresistible, y por un convencimiento profundo...

¡Ah! Bien podía gozar María de las delicias de una maternidad tan sublime y extraordinaria. Bien podía presentarse radiante de alegría en el templo de Jerusalem llevando en sus brazos aquel tierno infante, sobre cuya frente se leían impresos los caracteres gloriosos con que le saludaran cuarenta siglos. El Salvador de Judá, el Libertador de Israel, el Restaurador de Sion, el Hijo del Altísimo, el Príncipe de la paz, el Heredero del trono de David, el Rey grande sobre todos los reyes, cuyo imperio no debía tener fin, el Cordero dominador del orbe, el Mesías deseado de los collados eternos, tal era el que aquella débil doncella de Judá apretaba contra su regazo; hé ahí el presente que iba á ofrecer aquella Madre modesta, envidia y embeleso, orgullo y gloria de todas las mujeres de aquella nación escogida.

No es estraño que el sumo sacerdote, al recibir en sus manos aquel tesoro que encerraba la dicha y la esperanza de un mundo desgraciado, movido de una celestial inspiración, esclamase estático sin

poder dominar el entusiasmo de su alma : « Ahora sí que podeis, Señor, disponer de los días de vuestro siervo, y cortar el hilo de una existencia que tiempo há se inclina hácia el sepulcro. Gozoso iré á reposar entre las cenizas de mis padres, puesto que mis ojos han logrado ver al Salvador suspirado, que ha de iluminar á todas las naciones del orbe y glorificar al pueblo de Israel. » *Nunc dimittis servum tuum, Domine*, etc.

Pero ; ay ! ; Cuán breves son las horas del placer para el corazón maternal de María ! ; Cuántos años de amargura van á suceder á aquellos fugaces instantes de júbilo que inundan su alma ! Una sola palabra cambia momentáneamente los destinos de aquella criatura tan bella, tan santa, tan amada de Dios. El anciano Simeón la anuncia que aquel hijo de sus entrañas está destinado á ser el objeto de las persecuciones, del furor y de la venganza de un mundo ingrato é incrédulo ; presenta á su imaginacion la cortante espada que ha de dividir su alma juntamente con la de Jesus... Y al oír esto la Virgen de Judá, iluminada por una súbita claridad celeste, descubre el horrído porvenir que ante sus ojos se despliega, y el hondo abismo de sufrimientos que se abre á sus pies ; y en vez de las pasadas glorias del Mesías anunciado tan enfáticamente en los libros proféticos, solo ve las ignominias del hombre de dolores pintado con tan vivos colores en los mismos libros. ¡ Qué mudanza tan estraña ! ¡ Qué revolución tan triste se ha operado en la existencia de María ! Había ido al templo á presentar un Dios en toda la magnificencia, aunque oculta, de su soberanía, y recibe en cambio un hombre sellado con el anatema celestial y destinado á llevar el peso de todos los crímenes del mundo. Llevaba en sus brazos un hijo á cuyos piés no mucho antes había visto postrarse los monarcas de Oriente y ofrecerle el homenaje de su servidumbre, y recibe de los de Simeón una víctima sangrienta que debe conservar y cuidar para el día del fatal sacrificio. Saliera de su hogar henchida de gozo indefinible al considerarse madre de aquel cuyo nacimiento saludáran coros angélicos con himnos de gloria, y torna á él oprimida de angustia al ver ya en lontananza las blasfemias, los insultos, las befas y denuestos con que una raza impía rodeará su suplicio. ¡ Contraste singular ! ; Lucha horrorosa de opuestos

sentimientos ! Jamás mujer alguna se ha encontrado en una situación tan angustiada , ni experimentó dolor que pueda asemejarse al que aquella madre debió experimentar al oír las palabras del inspirado profeta. Que á un Jacob le anuncien la supuesta muerte de su hijo Joseph y le presenten su túnica manchada de sangre ; que á un David le sorprendan con la funesta nueva del fin trágico de su hijo Absalon ; que á Esther la hagan saber el decreto que condena á todos sus compatriotas á una venganza irrevocable... ¡ Leves imágenes ! ¿ Qué es nada de esto al lado de aquel fatídico vaticinio que anunciara á María las futuras contradicciones del amado de su corazón ? Medid , si podéis , el amor de esta madre única entre todas las nacidas de mujer ; comprended primero su dignidad por sus relaciones con aquel ser que dió á luz en la humilde gruta de Belén ; profundizad ese abismo incommensurable de grandeza que envolvía su maternidad divina ; tratad en una palabra de conocer ante todo quién era María , y quién Jesús fruto de su virginal seno ; deducid de aquí los sobrenaturales sentimientos que debían unir á ambos corazones , su afecto recíproco , su mútua identidad de voluntades , y entonces podreis concebir algo de lo que pasaria en el alma de la Virgen al ver en aquel hijo adorable el objeto de toda especie de contradicciones , la víctima destinada á espiar en su persona los delitos de toda la humanidad , aquel de quien habia dicho un profeta : « Yo soy un vil gusano y no un hombre , el oprobio del mundo y el desecho de la plebe (1) ; » vaticinio cuya realizacion no debían retardar los hechos , y que para María comenzó desde aquel mismo instante en que las palabras de Simeon hirieron sus oídos. Desde entonces sintió en su corazón maternal la acción de aquella espada punzadora. Acabáronse para ella los días serenos y tranquilos : cada instante que transcurre la proporciona un nuevo motivo de llanto y de alarma. Su dolor , inmenso por su intensidad , hácese casi infinito por su estension en cuanto se adhiere inseparablemente á todos los actos ulteriores de su vida.

En efecto ; ó María , observa un sábio , no comprendió toda la fuerza y todo el sentido de la prediccion que oyera en el templo , lo

(1) Psalm. XXI. 7.

cual no es posible en sentir del gran Bossuet, puesto que los términos en que estaba concebida no podían dar lugar á la menor duda, ó al menos prestaban la suficiente razon para temerlo todo respecto de aquel tierno infante sobre quien recayeran, ó bien si convenimos, como todo el mundo cree, en que aquella Madre Santísima tuvo desde entonces un claro conocimiento del porvenir, fuerza es confesar que su posicion no podia ser mas triste, ni mas horroroso el estado de su tierno corazon, ni mas terrible el combate interior de su espíritu. Ver de continuo ante sus ojos aquel adorable niño, bello sin segundo, puro mas que los ángeles, candoroso cual podia serlo quien participaba de todas las dotes de la divinidad, crecer y desarrollarse para el sacrificio, á manera del tierno corderillo que bala y retoza en torno de su madre en la víspera de la inmolation; contemplar aquel semblante encantador que causaba envidia al mismo cielo, aquellos labios de carmin abiertos con la sonrisa de la inocencia como el cáliz de la perfumada rosa, aquellas manos torneadas que acariciaban su virginal seno, aquellos pies de alabastro que saltaban sobre sus rodillas, y pensar que un dia no lejano un suplicio deshonoroso habia de desfigurar tanta beldad, é inhumanos verdugos debian saciar en él su torpe saña hasta contarle el último de sus huesos, segun el vaticinio de un profeta (1); verse, en fin, perseguida donde quiera por el fatidico anuncio de Simeon, y á través de treinta y tres años consecutivos tropezar á cada instante en todo lugar, ora velase, ora durmiese, ya en el hogar doméstico, ya en el templo, en las calles de Nazareth como en los caminos de la Judea, con aquella ensangrentada cruz que se le presentaba en lontananza, y á la que cada dia ibase acercando mas aquel hijo querido de su corazon por entre un largo y áspero camino de contrariedades y padecimientos... ¡ Ah! Menester era ser la misma Madre de Jesus para poder concebir lo que su alma angustiada sufriria bajo el peso de una imaginacion tan ardiente, de un espíritu tan perspicaz, de una inteligencia dotada de un conocimiento tan circunstanciado de las futuras ignominias de aquel á quien adoraba como á un Dios, y á

(1) Psalm. XXI, 18.

quien amaba como al único fruto de su purísimo seno. Pálidas y frías serian todas las descripciones que intentásemos hacer para pintar un cuadro tan interesante. Las plumas mas elocuentes no han sabido trazar mas que toscos bocetos y rasgos desaliñados de este dolor de María. Agar viendo sucumbir de sed á su querido Ismael en un árido desierto, Respba presenciando el tormento de sus siete hijos que mueren bajo la cuchilla de la ley, la madre de los Macabeos asistiendo al martirio de aquellos heroicos jóvenes, y arrojando ella misma al mas jóven á la pira comun para mezclar sus cenizas con la de sus hermanos, nada de esto, ni cuanto de semejante nos han legado las páginas de la historia, basta á dar la mas leve idea de una angustia que escede á todas las angustias, de un dolor que sobrepuja á todo dolor, habida consideracion á las cualidades de los personajes que figuran en este horrible drama y á las circunstancias que le acompañan. ¡Dista tanto María de todas las demas madres! ¡Hay un abismo tan inmenso entre Jesus y los demas hijos nacidos de mujer! ¡Existe una diferencia tan inapreciable entre el tormento de un dia y el terrible padecer de tantos años! Fuera de que, aun cuando Agar hubiese previsto la angustia de Ismael desde el momento que le dió á luz, siquiera Respba hubiese tenido un claro conocimiento del suplicio de sus hijos desde el instante de su alumbramiento, por mas que la ilustre Macabea hubiese sabido el fin desastroso de los suyos desde el dia primero que nacieron al mundo, todavía entre los sentimientos de una mujer comun y los de la mas privilegiada de las hijas de Adan, entre los afectos de una madre natural y los de una madre fecundada por el Espíritu Divino, entre el amor que la maternidad puede inspirar hácia un mero hombre, y el que en María tenia por objeto á un Hombre-Dios, media lo infinito: y de consiguiente, querer establecer comparaciones que caen por su propio peso, seria desvirtuar toda la importancia de un asunto de suyo incomprendible, sin lograr por eso formarse de él sino una idea imperfectisima.

Fuerza es pues, abandonar toda pretension que en el caso presente seria aventurada y atrevida, y renunciar al propósito de describir el dolor que á la Santísima Virgen debió causarle el vaticinio del gran sacerdote. Bástenos reconocer que si fué sobremanera in-

tenso en razon á las relaciones que la unian con aquella víctima sacrosanta, fué por su estension el mas agudo y pënantre por cuanto se identificó con su existencia, la acompañó donde quiera en todos los actos ulteriores de su vida, y no la abandonó hasta el sepulcro. Hasta allí la persiguió inclemente aquella idea sangrienta, cual verdugo que se complacia en atormentar sus harto borrascosos días. Hasta allí no cesó un momento de sorprenderla aun en su breve sueño el espectáculo del Calvario con todos los horrores que le precedieron. Hasta allí despedazó su alma maternal la vision intuitiva de la pasion de su hijo. Y oia los gritos blasfemos de un pueblo que pedia su sangre, las carcajadas sarcásticas de sus verdugos que le mofaban, los azotes con que despedazaban sus carnes sacratísimas, las bofetadas con que herian su rostro divino.... Y veia, dice San Bernardino de Sena, agonizar la fortaleza de los santos, afeada la hermosura del Cielo, aprisionado con cordeles el Señor del universo, acardenalado y herido el Criador de la naturaleza, sentenciado por inicuos jueces el juez eterno de vivos y muertos, coronado de espinas el rey inmortal de los siglos, vestido de andrajos de púrpura el Salomon divino que viste y embellece las flores del campo....» ¿Qué mas? ¡Oh dolor sobre todo dolor! El caliz de amargura presentado á María desde el instante en que hirió sus oidos la profecia del anciano Simeon, era inagotable: sus heces debian prolongarse mas allá del suplicio de su hijo. Así que, no solo vió desde entonces la Virgen de Nazareth las contradicciones de que el Redentor seria objeto en su persona durante el curso de su vida, sino que, para hacer mas penetrantes los golpes de aquella espada de dos filos, el cielo descubrió á su clarísima inteligencia las contradicciones mas sensibles aun que Jesus glorificado ya y libre de la muerte sufriría despues en su doctrina, en su evangelio, en su iglesia, en sus ministros... Las blasfemias del error, las persecuciones de la incredulidad, las luchas del libertinaje contra la moral cristiana, los combates de la filosofia racionalista contra la verdad invariable de los dogmas católicos, y los excesos de la corrupcion triunfando de las buenas costumbres, y las máximas del mundo ocupando el lugar de las virtudes evangélicas, y el vicio entronizado en todas partes, y el sofisma

abriéndose paso á través de las ruinas de las verdaderas creencias, y la desmoralizacion cundiendo en todas las clases, y la palabra de Dios escarnecida, y sus leyes menospreciadas, y su sangre pisoteada, y su cruz derribada por el suelo, y sus sacramentos vilipendiados, y su gracia prostituida por los malos cristianos... todo lo vió María desde el dia fatal en que se le anunció que su hijo debia ser el blanco de las contradicciones del mundo: *Ecce positus est hic in signum cui contradicetur*. No se le ocultó, A. O., ni nuestra resistencia á los divinos llamamientos, ni nuestra adhesion al mundo y á sus locos placeres, ni nuestra oposicion á cuanto aflige y mortifica, ni nuestra desmedida ambicion, ni nuestra torpe codicia, ni la envidia que nos devora, ni el orgullo que corroe nuestra alma, ni el interés que nos arrastra á traspasar la linea del deber, ni todas esas pasiones que nos dominan sin cesar. ¡Cuántos motivos de dolor pesaban ya sobre el corazon virginal de María! Nunca mejor que entonces pudo decirse que su angustia era semejante á un mar inmenso en el que sobrenadaba su alma á través del gran diluvio de las iniquidades del mundo (1).

¡Oh espada cruel! ¡Cómo hiendes el pecho de la mas pura y santa de las virgenes! ¡Cuál te complaces en herir sin compasion el seno de la mas digna de todas las madres! Mas ¡ay reina de los mártires! Nosotros somos los implacables verdugos que te atormentamos sin cesar; nuestras culpas son los verdaderos instrumentos de vuestro suplicio; nuestros desórdenes dan brio á ese acero que os divide de parte á parte. Nosotros en suma somos los que todavía continuamos realizando la profecia del anciano Simeon. Justo es, pues, que cesemos ya de prolongar vuestro martirio. Y lo haremos, Virgen dolorida de Sion, pese á nuestras pasiones, pese á nuestra sensualidad, y á nuestros malos hábitos. De hoy mas os protestamos contribuir á enjugar vuestro llanto, ya que hasta aquí tan insensibles hemos sido á vuestro amargo padecer. Si en algo podemos calmar vuestro dolor, cualquiera que sea el sacrificio que exijais, dispuestos estamos á renunciar desde luego á cuanto mas nos agrada, toda vez que con-

(1) Thren. II. 13.

sigamos verter sobre vuestro corazon maternal el dulce bálsamo del consuelo. Hednos aquí, Señora. ¡Dichosos nosotros si con una sin-cera enmienda de nuestra vida, logramos convertir esa corona de tribulacion que ciñe vuestras sienes en una diademâ de gloria, de la cual podamos participar un dia por los siglos de los siglos.

SOBRE EL SEPTIMO DOLOR DE MARIA SANTISIMA

LA HUIDA A EGIPTO

A la memoria que le ota del mar...  
sando gradatamente en profundidad que vive en el mundo...  
el estacion de la vida...  
lores y mangrutas...  
del...  
dolores...  
de...  
troustrastamente...  
mente...  
No han un hombre...  
riones...  
cualdo...  
vintio...  
voz...  
roziado...  
fou;...

---

---

# DISCURSO

## SOBRE EL SEGUNDO DOLOR DE MARIA SANTÍSIMA.

---

### LA HUIDA Á EGIPTO.

---

*Surge, et accipe puerum et matrem ejus, et fuge in Egyptum.... Futurum est enim ut Herodes quærat puerum ad perdendum eum.*

Levántate, toma el niño y su madre, y huye con ellos á Egipto: porque Herodes buscará al niño con ánimo de perderle.

MATH. II. 13.

A la manera que las olas del mar se suceden unas á otras engruesando gradualmente en proporcion que arrecia la tormenta, asi en el corazon de María Santísima debian sucederse unos á otros los dolores y amarguras que estaba llamada á sufrir en cualidad de Madre del Verbo y de Corredentora del mundo; y estas amarguras y estos dolores, lejos de ceder de su intensidad con el tiempo y con el hábito de padecer, iban tomando un carácter mas visible y creciendo extraordinariamente, segun que su santísimo hijo adelantaba lentamente en la via de sus futuros destinos.

No bien un hombre inspirado habíala anunciado las contradicciones de que Jesus debia de ser víctima en esta tierra ingrata, cuando los hechos vienen á confirmar la prediccion, y al fatídico vaticinio sucede la triste realidad. Todavía resonaba en sus oidos la voz de Simeon; aun no habia vuelto en sí de aquella especie de paroxismo que la causára el funesto pronóstico del templo de Jerusalem; brotando estaba aun sangre la reciente herida que recibiera su

corazon al golpe de aquella espada misteriosa, cuando un nuevo acontecimiento agrava sus pesares y hace cundir la alarma en su modesto hogar.

A la voz del sacerdote que descubre á los ojos de María el negro cuadro del porvenir de su hijo, no tarda en suceder la voz del mensajero celestial que avisa á Joseph que es llegado el tiempo de que empiecen á cumplirse los decretos providenciales. Un ángel se acerca á aquel varon justo y le dice: «Levántate, toma el niño y su madre, y huye presuroso á Egipto; porque Herodes se propone buscar con todo empeño al niño para perderle.» *Surge, et accipe puerum et matrem ejus, et fuge in Egyptum... Futurum est enim ut Herodes querat puerum ad perdendum eum.*

Héd aquí al Salvador y á su Santísima madre preluando la carrera de sus sufrimientos bajo el dominio de la mas furiosa de las pasiones, la pasion del despotismo político. ¿Por qué persigue Herodes al reciénnacido Jesus? ¿Qué ha visto en él que pueda escitar sus iras y encender su venganza? ¿Qué puede recelar de un niño balbuciente, nacido en humilde albergue, y cuyas exterioridades no anuncian sino pobreza, debilidad é impotencia? Pero, ¿qué no puede en la negra alma de un tirano suspicaz y sombrío el temor de verse suplantado por un rival mas poderoso! ¿De qué no es capaz en el corazon corrompido de un déspota ambicioso la sed del mando y el exclusivismo de la soberanía! Llena está la historia de ejemplos palpitantes que nos demuestran lo que es el egoismo y el orgullo de un príncipe opresor, cuando ó mal seguro de su legitimidad, ó poco satisfecho de la fidelidad de sus vasallos, llega á tener la menor presuncion, la mas leve sospecha de que otro trata de hacer valer sus derechos al trono que él ocupa. Nada hay que no sacrifique á su loca vanidad, nada que no esté dispuesto á inmolar ante las aras de su torpe codicia, nada que esté á cubierto de su venganza; leyes, costumbres, virtud, honor, justicia, derecho, tradiciones patrias, religion, creencias... por todo saltará si es necesario, y poco le importará comprometer su misma vida juntamente con la de millares de vasallos inocentes, á trueque de no ceder un ápice de sus dominios, siquiera un grito unánime de reprobacion se levante donde

quiera para protestar contra sus irritantes usurpaciones, ó para condenar su despótica dictadura.

Ved á Herodes monarca de la Judea á la época del nacimiento de Jesucristo. Apenas ha oído á los magos de Oriente preguntar por el nuevo rey de los judíos, cuando figurándosele ya que su trono vacilaba, que otro venía á arrancarle el cetro que empuñaban sus manos, y que la dominación que aspiraba á perpetuar exclusivamente en su rama debía pasar á otra dinastía estrangera, pónese en guardia, y adopta todas las precauciones que le sugiere su rabiosa envidia para sofocar en la cuna al presunto pretendiente á la corona que ciñen sus sienes. Poco es que los antiguos vaticinios anuncien al futuro monarca de Israel bajo los emblemas de la dulzura, de la paz y de la mansedumbre; por demás está que todas las profecías relativas al Rey-Mesías, convengan en que su reinado nada tendrá de comun con la prepotencia orgullosa de los demás reyes de la tierra, y que solo aspirará á dominar en los corazones por la caridad, no con el hierro y la esclavitud. Por mas que todo conspire á calmar sus sospechas y á desvanecer sus temores en este punto, ciego como está y frenético con la fiebre de un envidioso despecho, nada ve, nada oye, á nada atiende sino á su propia pasión. Es menester que desaparezca del mundo ese niño que le hace sombra; fuerza es que muera, y pronto, ese anunciado rey de los judíos; preciso es que á todo trance no quede en todos sus dominios quien pueda abrigar pretensiones al trono... Y al efecto, ya que no puede haber á las manos al que ha designado por víctima de su venganza, decreta de una plumada la muerte de todos los niños de dos años abajo existentes en los contornos de Belen.

Entonces fué cuando el cielo que reservaba á Jesus para mas altos fines, le sustrae del cuchillo de los sanguinarios agentes de Herodes mandando á Joseph que sin dilación huya de aquel suelo y corra á buscar un asilo en la tierra estraña de Egipto. Anuncio funesto, mandato terrible, cuya ejecución constituye uno de los mas acerbos dolores de Maria Santísima. Jesus entonces en su cualidad de niño, cuya debilidad y demás miserias dignárase aceptar por amor de los hombres, nada apercibia, nada sentia de este acontecimiento tan

triste; pero la angustia, el tormento, la amargura destilaban gota á gota sobre el corazon de su madre al verse obligada á buir con aquel divino tesoro, que en edad tan tierna empezaba ya á experimentar una persecucion tan cruel como immotivada, teniendo que salvar su existencia á espensas de un voluntario ostracismo. Procuremos profundizar cuanto hay de doloroso y sensible para la Santisima Virgen en esta página de su historia, y no podremos menos de admirar «en su resignacion al mandato divino un fondo de dignidad sin semejante, y en la firmeza con que toleró este golpe tan terrible, una prueba del mas sublime heroismo.» Dirijámonos ante todo al trono de esa angustiadisima Señora para impetrar las luces del cielo, y saludémosla con las palabras de la iglesia.

AVE LACRYMIS PLENA.

### REFLEXION UNICA.

—No hay cosa mas sensible para el que tiene la conciencia de su dignidad y el convencimiento de su inocencia, que el verse obligado á buscar en suelo extraño la tranquilidad y el reposo que le niega el suelo que le vió nacer. Preferible seria en ocasiones una muerte honrosa á una vida prestada, digámoslo así, y acibarada con las amarguras inseparables á una penosa emigracion. Nunca como en los momentos en que el hombre se vé separado violentamente de su cara patria, se desarrolla en él la mas esquisita sensibilidad. Entonces todos los objetos que debe abandonar adquieren á sus ojos un nuevo interés; las circunstancias mas insignificantes se revisten para él de una importancia extraordinaria; sus ideas se esclarecen, sus pensamientos se agigantan, agólpanse á su imaginacion recuerdos que acaso hubieran pasado para siempre desapercibidos; todo en fin contribuye á hacer mas duro el tormento del destierro, tanto mas, si este recae en personas que ocupan un alto puesto, ó disfrutaban de una posicion brillante en el mundo. Hemos visto reyes destronados sucumbir bajo el peso de su propia dignidad al conside-

rarse obligados á aceptar en tierra estrangera el pan de la desgracia. Hemos visto príncipes proscritos tan débiles en la adversa fortuna, como prepotentes y orgullosos fueran en la prosperidad, no poder sobrevivir al recuerdo de su pasada gloria, y bajar á la tumba empujados por el mismo despecho de haberla perdido. Hemos visto hombres animosos en el peligro, imperturbables en la guerra, impasibles en presencia de la muerte, perder su antiguo brio ante la idea del ostracismo, y finalizar sus tristes dias en una languidez lastimosa, sin poder dominar el sentimiento que les causára la memoria de la patria. Los Israelitas deportados á Babilonia cuelgan sus liras de los mustios sauces, y no saben sino gemir y llorar en las orillas de los rios al acordarse de su cara Sion (1). Jacob obligado á buscar en Mesopotamia un asilo seguro contra las persecuciones de un hermano, rival de su primogenitura, ni un instante cesa de dirigir sus suspiros hácia el paterno techo del que se halla violentamente arrancado (2). David huyendo del furor de Saul anda errante por los bosques, perseguido donde quiera del recuerdo amargo de su inseparable amigo Jonathás (3).

Todo esto, sin embargo, M. A. O., solo puede servir para facilitarnos algun tanto la comprension del dolor acerbisimo de Maria Santisima en su fuga á Egipto con su carisimo hijo Jesus, no empero en manera alguna para proporcionarnos un conocimiento claro y perfecto de él. ¿Quién es capaz de sondear el profundo abismo del corazon maternal de la augusta Virgen de Nazareth? Sola ella conocia perfectamente su propia grandeza á pesar de la profundisima humildad de su alma candorosa. Ella únicamente estaba en el caso de apreciar su alta dignidad de Madre del Verbo increado. A ella exclusivamente se le habia comunicado la luz clara de los divinos misterios, y en su consecuencia veia en el niño que amamantaban sus pechos el Dios eterno engendrado antes de la aurora en el esplendor de los santos, la sabiduría infinita sin principio ni término, la

(1) Psalm. CXXXVI. 2.

(2) Gen. XXVIII. 21.

(3) I. Reg. XXIII per tot.

magestad inmensa que adoran de continuo los ángeles y los serafines, la bondad por escelencia, la justicia perfecta, el amor esencial, el rey de las eternidades á quien obedecen los orbes, el monarca de los siglos á cuya voz cesan de existir los mundos, el soberano de la naturaleza ante quien todo tiembla y se estremece hasta en el hondo abismo, el ser que dice al hinchado mar: «detente» y á su mandato cede instantáneamente su pujanza.... ¡Y sin embargo, María madre de ese Dios se vé obligada por un decreto supremo á huir con él á tierra estrangera por no verle víctima de un rey terreno, de un hombre miserable, hijo del polvo como los demas descendientes de Adan á pesar de la brillante púrpura que encubre su nada! ¡Qué resignacion tan profunda necesitaba aquella Señora para sobrellevar tan rudo golpe! ¡Qué combate tan terrible no experimentaria su corazon, azotado, digámoslo así, á manera de un tierno arbusto, por el furioso vendabal de los mil afectos que se cruzarian en él para atormentarle sin piedad! Aquí el amor, allí el miedo, ora el dolor, ora la esperanza, de una parte la flaqueza de su sexo, de otra la natural debilidad del fruto de sus entrañas, ya las dificultades de un viaje largo y penoso, ya la inseguridad de un terreno quebrado desconocido, y la incertidumbre del porvenir, y la falta total de recursos, todo en fin, se agrupaba á la vez en derredor de María, todo se presentaba con los mas negros colores á su imaginacion ardiente, todo conspiraba á abatir su espíritu y á debilitar sus fuerzas, Mas no, nada de esto basta para triunfar de un corazon que ama tanto como María. En proporcion que arrecia el peligro, y cuanto mayor es la tribulacion de su angustiado pecho, tanto mas admirable y digna se muestra en la adversidad. «¡Pues qué!, se diria á sí misma aquella grande alma: ¿podré yo oponerme á los desigñios de la Providencia? ¿Habria de resistirme á ejecutar lo que el cielo dispone? ¿No soy yo la destinada á participar del cáliz amargo reservado al Hijo de mis entrañas? ¡Ah! No en vano he sido elegida madre del que ha de rescatar al mundo. Para padecer con él he venido, ya que una misma debe ser la suerte de ambós. Sea yo en buen hora la primera víctima de las iras del Omnipotente, emprenda yo desde luego el camino del Calvario que un dia recorrerá mi dulce Jesus. Pero entre tanto,

á mí cumple conservar y defender este tesoro : en mis brazos tengo al que ama mi alma, y ni un instante le soltaré. Huyamos, pues, querido mio, huyamos de una tierra que se abre á nuestros pies para tragarnos ; abandonemos ese dulce hogar en donde recibiste mis primeros ósculos maternos ; despidámonos de ese pobre pero venturoso albergue testigo de las primeras caricias que te prodigó una madre harto desventurada ; dejemos si es menester para siempre ese asilo que presenció las primeras sonrisas de tu divino semblante... Indecible es el tormento que sufre la que te dió el humano ser en estos instantes supremos y decisivos ; pero dispuesta está á hacer por tu amor y por el de la humanidad los mas dolorosos sacrificios. ¿Se hace preciso esponerse á todas las contingencias y peligros de una larga y difícil peregrinacion, sin norte, sin guia, sin conocimiento de los paises que hemos de atravesar, á riesgo de tropezar á cada instante con las fieras de los bosques ó con hordas de aventureros y foragidos? No importa : sálvese el hijo y padezca la madre. ¿Es forzoso ir mendigando por los caminos el necesario sustento, tolerando desprecios, experimentando desvíos, sufriendo repulsas, y apurando toda suerte de sinsabores? Sea en buen hora : mayor que todo eso es mi amor. Huyamos, hijo mio, caiga sobre mí con todo su peso la venganza celestial toda vez que tú puedas evitar la implacable saña de un monarca sanguinario. ¿Es menester que yo vaya á humillar mi frente á la puerta del poderoso para demandar hospitalidad, ó que trabaje sin descanso para proporcionarte el pedazo de pan que te niega tu ingrata nacion? A todo estoy pronta siempre que logre salvar tu preciosa existencia. Huyamos, y aunque todo en la tierra se conjure contra tí, jamás te faltará el apoyo de tu desconsolada madre.»

Con tan extraordinaria dignidad supo resignarse María á los decretos del Cielo. Tan grande se mostró en tan angustiosas circunstancias esa Virgen que aun no contaba mas que quince años de edad, y de cuya delicadeza y natural timidez solo hubiera debido esperarse el abatimiento mas profundo. ¡Tanto podian en ella la fé y el amor! Pero si admirable es la dignidad que María manifestó en la aceptacion de este dolor incomprensible, no lo es menos el heroismo con que de hecho toleró sus amargas consecuencias ; si lo primero

prueba en ella un alma sublime y generosa, lo segundo la presenta como el tipo de la fortaleza y de la magnanimidad.

En efecto, oido el celestial mensaje, ni un momento vacila María en su ejecución. Hedla caminando hácia Egipto acompañada de su casto esposo que la sirve de conductor, y llevando en su regazo el tierno infante Jesus. No me detendré á describir las penalidades que necesariamente debió sufrir en una travesía de cuatrocientas millas segun el cálculo de varios escritores (1), por sitios inhabitados, por caminos no concurridos, desprovista de todo recurso, falta de toda recomendacion, sin prevenciones de ningun género, y sin otros bienes que su fé en la providencia y su grande amor hácia Dios. En vista de esta consideracion exclamaba estático y lloroso el doctor Seráfico: «¡Oh madre, oh esposo, oh tierno infante! ¿A dónde os veo marchar á través de ese pais árido y escabroso? Quién os proporcionará el sustento en tan prolongado viaje? ¿En dónde reposarán vuestros fatigados miembros cuando la noche venga á desplegar sobre la naturaleza su negro manto? ¿Dónde esperais hallar un techo hospitalario que os albergue cuando la tempestad zumbe á vuestros oidos, ó el cansancio y el hambre no os permitan continuar vuestra jornada (2)? San Juan Crisóstomo no halla palabras suficientes para expresar el tormento y la angustia de la Santísima Virgen en aquellos dias para ella tan amargos. Mas no eran sus propias privaciones, las que atormentaban su corazon magnánimo. Heróica en el padecer, lo que menos la afectaba era la pobreza, el abandono, las fatigas, la soledad, el hambre y demas circunstancias inseparables de su triste posicion. Reconcentrados todos sus sentimientos en Jesus, este era el único objeto que reasumia los afectos de su alma; por él temia á cada instante, por él se alarmaba al menor ruido que aperci- bia á su alrededor, por él se angustiaba cada vez que creia correr el menor riesgo aquella bella porcion de su ser. Y si quizás el tiernecito infante con la sonrisa de la inocencia clavaba en María sus hechiceros ojos, si tal vez acosado por la necesidad dirigia sus la-

(1) Barrada, Lib. 40. C. 8.

(2) S. Bonavent. De vita Christi.

bios hácia los esprimidos pechos de una madre casi exánime, si acaso molestado por el frío en una estacion cruda buscaba en el regazo maternal un calor vivificante.... ¡ah! entonces era cuando el alma de la Virgen se sentia desgarrada por el mas agudo dolor; entonces sí que enardeciéndose sus ideas y elevándose sus pensamientos, comprendia todo el abismo de su propia desdicha y de la situacion de su querido hijo. «¿Es posible, se diría á sí misma, que haya de huir de los hombres el que por salvarlos se humanó en mi seno? ¿Habrà de temer las iras de un rey terrenal el que tiene su trono en lo mas alto de los cielos? ¿He de ver yo perseguido por un tirano ambicioso, tan débil é impotente como el lodo que huella su planta, al que desde el Empireo hace vibrar sus rayos sobre el orbe y pone en consternacion todos los imperios del mundo? ¿Ha de padecer hambre y frio y toda suerte de privaciones, por miedo á un vil gusano que viste púrpura, el que con un soplo de su divino aliento puede reducir á la nada cuanto crió su omnipotente diestra? ¡Hijo mio! ¡Amor de mis amores! ¡Vida de mi vida! ¿A dónde te arrastra tu caridad infinita por un mundo tan ingrato? ¿No eres tú el que alimentas al ave que gira en el aire y á la hormiga que habita en el fondo de la tierra? ¿No eres tú quien proporciona el nicho al hijo de la nómada golondrina, y viste de verdes hojas la desnuda rama del mas humilde arbusto? ¡Y tú solo en el mundo careces de un asilo seguro para sustraerte á las venganzas de un rival envidioso! ¡Tú solo andas errante y fugitivo por salvar tu vida de las asechanzas de un déspota inhumano! Rey cruel, cesa de perseguir á quien nada ambiciona de tu miserable dominacion; guarda para tí ese trono pe-recedero: mi hijo tiene el suyo sobre las nubes, y todo el globo le sirve de escabel. Conserva en buen hora ese cetro de frágil metal que tanto temes perder: el cetro de mi hijo es eterno y su dominio se estiende hasta los últimos confines del universo. Reina tranquilo en ese imperio de un dia: el reino de mi hijo sobrevivirá á todos los siglos. Deja en paz á quien solo busca en la tierra almas que salvar, hombres que convertir, corazones que consolar, miserias que remediar, llagas que curar y pueblos á quienes llevar la dicha del tiempo y la esperanza de la inmortalidad. Tales eran en

opinion del gran Alberto los sentimientos de María. En estas ideas la contempla abismada en su viaje, y experimentando en fuerza de ellas la amargura mas profunda, el tormento mas cruel, y el mas incomprendible dolor: pero sin desmentir ni un solo instante su heroica fortaleza, sin revelar el menor indicio de debilidad, sin ceder ni un punto de aquella grandeza de alma que la acompañó hasta el último momento de su largo martirio.

Ahora bien, prolongad ese dolor por espacio de siete años que duró segun los espositores católicos el ostracismo de la sagrada familia. Añadid á todo lo dicho las nuevas privaciones que en este tiempo debió acarrearles su pobreza estremada, su carencia total de recursos en un pais donde ni amigos, ni parientes, ni conocidos tenían á quienes dirigirse en sus necesidades, estrangeros en un pueblo idólatra, y como tales objetos de indiferencia y de desprecio, porque entre los paganos no eran conocidos esos sentimientos de humanidad que el cristianismo vino á inspirar á los mortales, y lejos de ser la pobreza un título de tierna compasion era por el contrario un motivo de honda repugnancia; y al propio tiempo que podreis concebir algo de lo mucho que padeció el alma de María Santisima en aquel triste destierro, os convencereis de que si para aceptar caliz tan amargo necesitó la Virgen de una prodigiosa resignacion que la hizo aparecer en toda la dignidad de su augusto carácter, para beberle gota á gota como lo hizo, necesario fué que el cielo la dotase de una fortaleza sobrehumana que puso de manifiesto su singular heroismo.

¡Oh! No sean para nosotros estériles estas lecciones. A la vez que contemplamos y compadecemos los tormentos de la Santisima Virgen Maria, aprendamos de ella á aceptar con resignacion y á tolerar con heroica fortaleza por amor suyo y de su Santisimo Hijo los reveses y adversidades que plegue al cielo reservarnos en esta vida. Aprendamos asimismo á huir presurosos de los peligros que nos cercan. Tambien nosotros tenemos enemigos poderosísimos que temer. Y no hablo aquí de esos hombres de perdicion que con sus malas doctrinas y perversos ejemplos amenazan corromper nuestra fé y nuestras creencias; no hablo de esos mensajeros del infierno que

haciendo de la política el instrumento de sus perversas maquinaciones, y convirtiendo en cuestiones de derecho público las cuestiones más abstractas del dogma ó de la disciplina, persiguen sin cesar á la iglesia y sus ministros, como persiguió Herodes al inocente Jesus; no hablo en fin de esos escritores licenciosos que con sus producciones envenenadas siembran por do quiera el ateísmo y la inmoralidad. Dentro de nosotros mismos tenemos otros perseguidores no menos peligrosos y temibles, nuestro orgullo, nuestra concupiscencia, nuestra ambición, nuestra sensualidad, todas esas malas pasiones que dejamos germinar y crecer en nuestro corazón y que de continuo nos amenazan con una irreparable ruina. Con ellas ofendemos á Jesucristo y ponemos en cruel tortura el alma de la Santísima Virgen María. Con ella renovamos los padecimientos del hijo según el sentir del Apóstol, y reproducimos las angustias de la madre. Con ellas obligamos al Señor á huir de nuestras almas criminales, y herimos hondamente el pecho virginal de la que le dió á luz para nuestra dicha. Con ellas, en suma, convertimos los méritos del Salvador en instrumentos de nuestra eterna perdición, y esterilizamos el fruto de las lágrimas de la que en nuestro obsequio tantas angustias toleró en su destierro. ¡Oh! No seamos insensibles á tanto sufrir; no olvidemos el llanto de una madre tan tierna y cariñosa. Contribuyamos á enjugarle en cuanto de nosotros pende. Y al efecto, huyamos con Jesus y María de un suelo enemigo; huyamos de nuestros hábitos viciosos, de nuestras pasiones desordenadas, de nuestros apetitos torpes, y de todas las ocasiones del pecado. Mejor será para nosotros vivir afligidos y angustiados en unión del Redentor y de su madre amorosa, que gozar lejos de ellos las delicias de un mundo réprobo. Un día llegará en que nuestra tristeza se convierta en gozo, nuestros pesares se cambiarán en alegría perdurable, nuestros sufrimientos en eternal descanso, y lo que hoy no es sino una tribulación leve y momentánea, nos proporcionará un inmenso peso de gloria y de inmortalidad.

---

---

# DISCURSO

SOBRE EL TERCER DOLOR DE MARIA SANTÍSIMA.

---

## EL NIÑO PERDIDO

---

*Fili, ¿quid fecisti nobis sic? Pater tuus et ego dolentes quærebamus te.*

Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Tu padre y yo te hemos buscado con el mas profundo dolor.

LUC. II. 48.

**D**ESGRACIAS hay en el curso de la vida humana, que, ya por las consecuencias que acarrean, ya por lo que afectan á los ulteriores destinos del individuo que las experimenta, no pueden menos de abrir una llaga profundísima en el corazón, llaga que á veces apenas basta á cicatrizar el tiempo, ni la reflexion, ni ninguno de los remedios adoptados al efecto. Raro es sin embargo el mal, por grave y sensible que sea, que tarde ó temprano no encuentre un lenitivo en este mundo; y cuando menos, la esperanza que nunca abandona al hombre hasta el borde de la tumba, es de suyo un bálsamo consolador que neutraliza, y no poco, la accion punzadora de la adversidad. Vemos diariamente á unos perder de un golpe una fortuna inmensa, atesorada á fuerza de años de constancia y de privaciones; vemos á otros caidos súbitamente de la cumbre del honor al mas profundo abismo de la degradacion; á estos arrancados en un momento de los brazos de un padre idolatrado, de una esposa querida, de un hijo en quien cifraban su gloria y su porvenir; á aquellos desposeidos en una hora menguada de todas las ilusiones de una larga vida con-

sagrada á perseguir una idea lisonjera... Reveses por cierto en estremo sensibles, bastantes á obrar una revolucion de inmensas consecuencias en la organizacion física y moral de la criatura. Pero al fin, como quiera que estas pérdidas nunca salen de la esfera de lo finito y limitado, pues que limitados y finitos son todos los sentimientos del hombre bien así como los objetos á que está ligada su existencia en la tierra, resulta que, aun en el caso de ser aquellas irreparables, no por eso puede decirse ser verdaderamente desgraciado el que es víctima de semejantes contrariedades, toda vez que ninguna relacion tienen con el único objeto que puede y está llamado á constituir su positiva felicidad.

Dios solo, M. A. O., es ese grandioso objeto cuya pérdida hace al hombre verdaderamente desgraciado, porque de nuestra union con él penden nuestros futuros destinos, nuestra vida inmortal, nuestra dicha imperecedera. ¿Y qué son todas las desventuras del tiempo, qué todos los reveses é infortunios que pueden amargar los cortos dias de nuestra peregrinacion, siempre que poseamos la amistad de ese ser perfectísimo y no perdamos su gracia? Piérdanse en buen hora esos bienes que tanto se ambicionan, piérdanse las honras tras las que ciegos corren los mortales, piérdanse los objetos mas caros y cuanto hay que perder en el mundo; teniendo á Dios se posee todo, porque él es el tesoro inagotable de unas riquezas que nunca se agotan, él la luz indeficiente que siempre alumbra, él la vida esencial que jamás se debilita, él la alegría suprema que constantemente inunda el alma; él, en fin, el centro de todas las gracias y el resúmen de todas las perfecciones.

Nadie como la Santísima Virgen María comprendia todo el fondo de ventura que encierra la posesion de Dios, y el abismo de desgracia que por el contrario va unido á la pérdida de ese bien infinito: y de aquí el dolor incomprensible que sintió su alma en aquellos tres dias funestos en que, por un designio providencial del cielo, se vió separada de él perdiéndole en el templo santo. «*Tenia Jesus doce años* (segun el relato del evangelista San Lucas), *y habiendo subido con sus padres á Jerusalem, segun costumbre en la solemnidad de la Pascua, concluidos aquellos dias, cuando ya regresá-*

ban, se quedó el niño Jesus en Jerusalem sin que sus padres lo advirtiesen. Y creyendo que iria con alguno de los de la comitiva, anduvieron una jornada entera buscándole entre los parientes y conocidos sin poder hallarle; por lo que tuvieron que volver á Jerusalem en su busca.» ¡Oh! Preciso era que la Virgen Mártir de Sion bebiese tambien este amarguísimo trago de la inagotable copa del dolor. Fuerza era que experimentase la pérdida de su Dios, situación para ella la mas angustiosa, la mas insoportable, la mas desgraciada de cuantas hasta entonces habian acibarado su harto lastimosa existencia. En ninguna ocasion con mayor oportunidad pudo decir María con el Profeta que pesaba sobre ella la mano huesuda del Omnipotente, que la circundaban por do quiera las angustias del infierno, y que los lazos de la muerte ahogaban cruelmente su alma (1); porque nunca el objeto de su dolor fue mas grave, ni mas justo el motivo de su llanto. María sabia lo que habia perdido, temia no volverlo á encontrar; y aquel conocimiento y este temor la constituian en un estado de indefinible desventura, víctima del mas cruel martirio, «no menos por la vehemencia del sentimiento ocasionado por tan sensible pérdida, que por los presentimientos fatidicos que la atormentaban sin cesar.»

Ensayemos describir algo de este tercer dolor de la Santisima Virgen, implorando ante todo su gracia, á cuyo efecto la saludaremos con las palabras de costumbre:

AVE LACRYMIS PLENA.

### REFLEXION UNICA.

¿Quién es Dios?... ¡Misterio inconcebible! Por mas que la imaginacion trate de remontar su vuelo á la esfera de lo infinito, aunque tome prestadas todas las galas de la elocuencia, y recurra á las bellezas de la pintura, y adopte las formas del mas sublime idealismo,

(1) Psalm. XVII. 5, 6.

jámás logrará penetrar ese arcano oscuro para los mismos ángeles, cuanto mas para el miserable hijo de la nada, cuya ciencia por profunda que sea no es mas que ignorancia y error, y su saber leve humo que desaparece al menor soplo, y su comprension limitadísima, y todo él un poco de polvo que hoy se mueve y mañana cesa de existir. ¿Quién es Dios?... Preguntádselo á los querubines que sostienen su invisible trono, interrogad á los coros seráficos que cubren con sus alas el tabernáculo del Eterno, demandad al mar en donde brilla su poderío, dirigíos al firmamento testigo perpétuo de su grandeza... No, no os canséis: siquiera los cielos cuenten con muda voz la gloria del Señor, y la tierra anuncie elocuentemente las obras de sus manos, segun el lenguaje profético (1), por demás será querer profundizar ese abismo sin fondo: su magnificencia os deslumbraría y quedaríais abrumados bajo el peso de su gloria.

Si pues deseais concebir algo de lo que en sí encierra ese ser sin principio ni término, ese criador increado, ese bien tipo de todos los bienes, esa vida origen fecundo de toda existencia, esa luz que siempre alumbrá, ese Dios, en una palabra, que es la ciencia esencial, la verdad sin mezcla de error, la justicia por excelencia, la suma bondad, la felicidad inagotable, la bienandanza suprema, acercaos á María, y ella que fué la madre dichosísima de ese mismo Dios humanado por nuestro amor podrá satisfacer vuestro deseo... Mas no; mejor que su lengua, os lo manifestará el dolor profundo en que se halló sumergida su alma cuando, aunque momentáneamente, hubo perdido ese tesoro de su amante corazón. Lo que quizá no comprenderíais de otro modo, lograréis comprenderlo, ó al menos formar una idea mas aproximada, contemplando el estado de aquella madre mártir durante los tres dias en que estuvo ausente de su divino hijo. La vehemencia del sentimiento que esta ausencia la ocasionó carece de todo término racional de comparacion. ¿A quién, pues, asemejaríamos esa desconsolada hija de Jerusalem (2)? Yo veo á Job maldiciendo el día que presidió á su nacimiento, conjurando al

(1) Psalm. XVIII. 4.

(2) Thren. II. 13.

cielo que le esconda en lo mas hondo del sepulcro, y deseando como único término de sus tormentos una eterna oscuridad, hasta tanto que plazca al Señor devolverle su presencia y fijarle el plazo en que deba tornar á verle, porque se juzga el mas desgraciado de los mortales privado de su posesion (1). Veo á David alimentándose de lágrimas, y pasando los dias y las noches en la mas cruel inquietud, al escuchar de continuo aquella voz que le pregunta: «¿Dónde está tu Dios (2)?» Veo á la esposa de los cánticos discurrir azorada de una parte á otra, cruzar las calles y los caminos de Jerusalem, llorar, gemir, desesperarse en busca de su amado, interrogando á cada paso á los viajeros: «decidme si por ventura habeis visto al que idolatra mi corazon (3).» Pero nada de esto basta á suministrarme una idea exacta del estado angustioso de María ausente de un hijo á quien amaba incomparablemente mas que á sí misma: puesto que su amor era proporcionado al conocimiento sobrenatural que tenia su inteligencia de las grandezas y perfecciones de aquel, que bajo las esterioridades de un niño abarcaba la inmensidad de los cielos y poseia todas las riquezas de la divinidad.

Exagerado parecerá tal vez el lenguaje de ciertos escritores piadosos cuando para encarecer este dolor de la Virgen no han dudado asegurar que padeció mayor ansiedad, tormentos mas atroces y angustias mas vehementes en la pérdida de su divino hijo, que cualquier mártir en el momento de separarse el alma del cuerpo. Yo, sin embargo, lejos de hallar exageración en semejante símil, creo que ni con mucho basta á darnos á conocer ni una pequeña parte del cruel martirio de aquel corazon maternal. Por mas que el hombre estime su vida; por adherido que esté á esta tierra en donde está llamado á morar breves dias, y esos cercados de miserias y sinsabores inevitables; por horrorosa que á su imaginacion se presente la idea del sepulcro y el espectáculo de la nada; ¿qué es en último término lo que pierde al morir? Un leve soplo de existencia

(1) Job. XIV. 43.

(2) Psalm XLI. 4.

(3) Cant. III. 2.

que mas tarde ó temprano ha de restituir al que se lo inspirára; un mundo en donde por entre algunos momentáneos goces, recoge incessantemente amarguras y pesares sin cuento; un hogar en donde solo vive de prestado como el viajero en tierra estraña; unos objetos que podrán inspirarle si se quiere hondo interés y sobrada ternura, pero que nunca pasarán de ser unas sombras de felicidad, una ilusiones engañosas destinadas á perecer como él en la podredumbre del polvo. María empero, perdiendo á su divino Jesus perdía la realidad del ser, el tipo de la verdadera grandeza, la fuente de la positiva alegría, el origen de la invariable felicidad; perdía un padre, un esposo, un hijo escogido entre millares y el mas bello entre los nacidos de mujer; perdía la luz de sus ojos, la vida de su vida, el encanto de sus nublados dias, el apoyo de sus esperanzas, el lenitivo de sus pesares, el bálsamo consolador de sus maternales angustias. Todo en una palabra lo perdía con aquel dulce pedazo de su corazon, puesto que en virtud de aquella union tan íntima que entre ambos constituyera el amor divino, de tal suerte se hallaba identificada con Jesus, que separada de él faltábala la razon de su existencia, y nada para ella podia en el mundo tener atractivo ni proporcionarla el mas leve placer.

Así es que tan luego como la Santísima Virgen advierte la ausencia de su Hijo en el camino de Jerusalem, su alma se turba, su corazon experimenta un agudísimo y penetrante dolor, ofúscase su inteligencia, oscurecese su vista, no acierta á dar un paso porque la falta el norte que la dirigia: y toda fuera de sí y en el delirio de un amor sin limites, comienza á errar de una parte á otra buscando con ojo avizor al extraviado infante, interrogando al deudo, preguntando al vecino, interpellando al transeunte, y lanzando hondos suspiros y derramando amargo llanto al ver la inutilidad de sus pesquisas. No la rinde el cansancio, no la abate la angustia, no la acobarda la oscuridad de la noche, ni la amedrenta la soledad ni el silencio de los sepulcros que reina á su alrededor. Cual la hija de las selvas herida por el certero cazador, corre, vuela tras la fuente de las aguas para apagar su ardiente sed, así María en su deseo de hallar al que únicamente podia apagar aquella sed abrasadora de amor que

agitaba su espíritu, discurre durante tres días sin descanso en pos del amado de su corazón. Figúraseme verla por aquellos caminos y encrucejadas gritando como la esposa de los cánticos: «¿Visteis por ventura al amor de mis amores? ¿Dónde estás hijo de mis entrañas? Resuene en mis oídos tu encantadora voz. Déjate ver de una madre que sin tí cesará de existir. Mis fuerzas renacerán con sola tu presencia: tu vista devolverá á mi alma agonizante el ser y la vida; porque tú eres la esperanza de mi existencia sobre la tierra, tú el blanco á donde se dirigen mis pensamientos, tú el cielo estrellado de mis sombrías noches, tú la llave que ha de abirme las puertas de la alegría en este lugar de peregrinación, tú en fin el único que puede en un momento hacerme olvidar todos mis males. Apresúrate, pues, á volver á los brazos de tu madre, sean tus pies tan ligeros como los del hijo de la cierva; no dilates ni un momento acudir en auxilio de la que en su ausencia desfallece de amor.»

Pero á los sentidos lamentos de María solo contesta el eco de su propia voz... En vano presta atento oído oyendo percibir la voz de su hijo... ¡Engañosa ilusión! Todo queda en silencio, y entre tanto su sobresalto crece por momentos, su dolor se agraba, su angustia se aumenta, su tormento llega á un grado indefinible; y en el abismo de desconsuelo en que se encuentra sumergida, paréceme oír la esclamar como el antiguo hijo de Jacob lamentando la pérdida de su hermano Joseph (1): El niño no parece; ¿dónde, pues, iré sin él yo la mas afligida de todas las madres? Mi Jesus se ha perdido; ¿qué hará la mas desgraciada de todas las mujeres? Mi Dios no está conmigo; ¿hacia dónde dirigirá sus pasos la mas infeliz de todas las criaturas?

Y aquí M. A. O., á la vehemencia del sentimiento que ocasiona á María la pérdida de su querido hijo, se reúnen para hacer mas sensible el dolor de su alma los fatídicos presentimientos que la agitan y atormentan del modo mas horrible.

De dos clases eran estos presentimientos: unos afectaban á la persona de su hijo santísimo, otros decían relación á la misma Virgen

(1) Puer non comparet, et ego quo ibo? (Gen. XXXVII. 30.)

Maria. Recelaba por una parte si acaso aquel divino tesoro habria caido en manos de algun agente del cruel Arquelao, sucesor en el trono del sanguinario Herodes y heredero á la vez de sus tiránicos instintos, ó si tal vez sorprendido en la oscuridad por alguna fiera habria sido víctima de su voracidad; y esta idea la acongojaba tanto, que en sentir de un piadoso escritor ni un solo instante pudo conciliar el sueño, ni gozar del mas leve reposo en aquellas noches que mediaron entre la pérdida y el hallazgo de Jesus, pasándolas en un cruel insomnio llorando de continuo, y pidiendo al cielo sin cesar que la devolviese su hijo (1). Temia por otra si tal vez su propia indignidad habria motivado la ausencia de su Dios; y este pensamiento atormentaba aun mas dolorosamente su corazon maternal. ¡Oh! Sin duda en su humildad profundisima se la figuraria haber cometido alguna falta ú omision punible en el servicio del Señor, dice Orígenes (2), y que era por lo tanto indigna de poseer aquel inestimable tesoro que se confiara á su custodia, segun el sentir del sabio Lanspergio; y este recelo de haber podido incurrir en el desagrado de su hijo, constituia un martirio infinitamente superior á todos sus pasados sufrimientos, puesto que ninguna desgracia conocia comparable á la de no merecer la amistad divina. Imagínese, pues, la tortura intolerable, el padecimiento sin igual que esto ocasionaria á una alma como la de la Virgen, que no aspiraba á otra cosa en la tierra mas que á amar á Dios, á complacerle y servirle, á sacrificarle todos sus pensamientos y deseos, y á consagrarle todo su ser.

No es estraño que cual otro Jeremías no admitiese el mas leve lenitivo á su dolor, ni pudiese cerrar sus párpados hinchados por el llanto que incesantemente derramarian sus ojos al considerarse lejos de aquel que solo podia consolarla con su presencia (3), ni que adoptando el lenguaje del anciano Tobias esclamase: «¿Qué gozo puedo yo esperar ya en la tierra, qué felicidad podrá proporcio-

(1) Pelbart. cit. a Sinisch.

(2) Apud Cornel. a Lap. in Luc. II.

(3) Idcirco ego plorans, et oculus meus deducens aquas, quia longe factus est a me consolator meus. (Thren. I. 46.)

narme todo cuanto existe, qué descanso, qué alegría será capaz de darme el mundo, sumergida como estoy en las horribidas tinieblas de una eternal noche y privada de la luz del cielo (1)?»

Circunstancia es esta M. A. O., que hace subir tanto de punto el presente dolor de María Santísima, que no ha faltado quien le haya calificado, y no sin razón, del más cruel y sensible de cuantos hasta entonces experimentara. Y de hecho no hay duda que el vaticinio del templo de Jerusalem fué para su corazón maternal un dardo envenenado, una espada de dos filos que la traspasó de parte á parte hasta herirla en la médula de sus huesos por hablar en lenguaje bíblico. Tampoco hay quien desconozca que el haber de huir á tierra extraña y comer el pan de la emigración por espacio de siete años devorando en este tiempo toda clase de amarguras y humillaciones por libertar la preciosa vida de Jesús amenazada por un tirano, golpe fué tan sensible para aquella madre, que necesitó para sobrevivir á él de todo el concurso de una fuerza sobrenatural. Pero al fin en medio de semejantes angustias, ¿qué consuelo no era para ella la posesión de aquel bello pedazo de sus entrañas! ¿Qué valor no la infundía la presencia de Jesús niño! ¿Qué bálsamo tan eficaz para neutralizar sus pesares no encontraba en las dulces miradas del fruto de su castísimo seno! Podía muy bien padecer hambre, sed, debilidad, fatigas, insomnios, incomodidades de toda especie; pero en medio de todo, todavía poseía á Jesús, aun podía estrecharle contra su seno, podía imprimir en su divino semblante ósculos amorosos, podía en suma llorar con él, alegrarse en sus infantiles goces, unir á los suyos sus tiernos sollozos; siempre y donde quiera estaba al lado de su hijo, y con él tenía cuanto podía desear, era rica con aquel tesoro en medio de su indigencia, era feliz poseyéndole porque fuera de él no había para ella dicha posible. No así cuando le hubo perdido en Jerusalem. Entonces cesó de lucir para ella la antorcha que antes guiaba sus pasos, dejó de existir el norte que marcaba su rumbo á través de un mar sembrado de horrendos escollos,

(1) *¿Quale gaudium erit mihi qui in tenebris sedeo, et lumen cæli non video?* (Tob. V. 11.)

abandonóla el apoyo que sostenia su debilidad en los rudos combates de su atribulado espíritu, encapotóse el horizonte con sombríos celajes, faltó en el cielo de su alma el gran planeta que la vivificaba con su calor benéfico, quedó en fin sin vislumbre alguno de esperanza en una tierra de quebranto, y sufría sola todo el peso de un dolor que nadie sino ella era capaz de apreciar dignamente, por cuanto su comprension, bien así como su amor, escedia al de todas las criaturas juntas segun la atrevida expresion de un sabio.

No insistamos en profundizar el cruel martirio de la Santísima Virgen en este suceso tan lamentable, y fijemos por un momento nuestra vista en la facilidad con que los hombres pierden á Dios y en lo poco que los afecta semejante pérdida. ¡Desgraciados! ¡Con cuánta frecuencia nos separamos de su presencia, le ahuyentamos de nuestras almas con nuestros criminales excesos, y sin embargo apenas nos apercebimos de las funestas consecuencias que su ausencia nos acarrea! Perdemos nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros bienes, todos esos frágiles objetos de nuestro cariño, y difícilmente conseguimos consolarnos de un golpe tan sensible á fuerza de tiempo y de reflexion: nuestro dolor les sigue mas allá de la tumba, y mientras dura nuestra existencia nos sentimos aguijados por un recuerdo punzador. Perdemos, empero á Dios, su amistad, su gracia, sus auxilios, y las esperanzas de la inmortalidad; perdemos la luz que ilustraba nuestra inteligencia, el calor que vivificaba nuestro corazón, el principio de nuestra verdadera existencia, la intuicion de todas las relaciones que nos unian con la divinidad... ¡Y no obstante ninguna señal muestra en nosotros el sentimiento de tamaña desgracia! ¡y no advertimos que estamos ciegos, miserables, impotentes para el bien, incapaces de merecer nada para la vida eterna, y que todo en derredor nuestro es oscuridad, sombras, delirios, errores, fantasmas seductores, y pasiones iguominiosas que nos arrastran á un abismo sin fondo abierto á nuestros piés! ¡y no sentimos vibrar sobre nuestras cabezas la espada vengadora de la divina justicia, y nos regocijamos, y reimos, y gozamos sin el menor remordimiento cual si fuésemos inmortales! ¡Lamentable extravío! ¡Ceguedad inaudita! ¡Insensibilidad funesta!

Cese desde hoy M. A. O., y aprendamos de la Santísima Virgen á apreciar en su justo valor esa pérdida, la mayor y mas grave de todas las pérdidas. Aprendamos de ella á buscar al Señor si en mal hora llegásemos á vernos privados de su presencia por la culpa. Aprendamos á no descansar dia y noche hasta haber recobrado ese tesoro de precio infinito. Y si de algun modo aspiramos á consolar á María en su martirio, si es que no queremos renovar las heridas de su corazon maternal, cesemos de pecar, cesemos de ofender á su hijo Santísimo, cesemos de ser ingratos á sus bondades, cesemos de ser indiferentes á sus llamamientos, cesemos de malograr sus auxilios, cesemos de menospreciar sus sufrimientos y su sangre. Identifiquémonos con los sentimientos de esa reina de los mártires, procuremos amar á Dios como se merece, ser dóciles á su ley y á sus inspiraciones, sacrificarle gustoso nuestras pasiones y malos hábitos, consagrarle todos los momentos de nuestra vida, no separarnos ni un punto de su presencia; y viviendo unidos á él por medio de la gracia, podremos confiar en gozar un dia de él por toda la eternidad.

---

---

# DISCURSO

## SOBRE EL CUARTO DOLOR DE MARIA SANTÍSIMA.

---

### LA CRUZ Á CUESTAS.

---

*Et bajulans sibi crucem, exivit in eum qui dicitur Calvarie locum.*

Jesucristo llevando á cuestras su cruz, fué caminando hácia el sitio llamado Calvario.

JOAN. XIX. 17.

¿**H**ABEIS visto alguna vez, M. A. O., en una horrible tormenta, encapotarse el cielo, desencadenarse el furioso Aquilon, zumar el trueno, brillar el relámpago, caer el rayo, y hendir aquí la robusta encina, y tronchar allí el añoso roble, y desgajar mas allá el gigantesco cedro, y abrir por do quiera anchurosos abismos sepultando en ellos los escombros de cien pueblos? ¿Habeis visto el torrente que engrosado con las aguas de un otoño lluvioso, cae de la montaña, descende al valle, se estiende por la llanura y arrastra en su impetuosa corriente los sembrados, las casas, los animales y cuanto encuentra á su paso, sin dejar trás de sí sino huellas de desolacion y de muerte? ¿Habeis visto al mar en un temporal tempestuoso, lanzar horribos bramidos semejantes á los de un leon en celos, formar elevados montes de espuma, azotar violentamente las rocas, sacar de quicio los cimientos de una ciudad murallada y abriéndose paso por entre la brecha inundarlo todo y causar los mas irreparables estragos? Pues no de otro modo el furioso huracan de la cólera divina, el torrente devastador de su venganza, y el pro-

celoso mar de su justicia combinando su accion poderosa, y teniendo por blanco el corazon virginal de María Santísima, reunian en él todos los dolores, todas las angustias y los tormentos todos que el hombre pecador debía experimentar en pena de su culpa y que Jesucristo venia á expiar á precio de su sangre. Es decir, que si bien este divino Redentor era quien con el mérito infinito de su pasion y muerte estaba llamado á salvar la humanidad condenada á un eternal suplicio, puesto que solo él uniendo á la cualidad de Dios la cualidad de hombre, era el único capaz de satisfacer condignamente la justicia del cielo, María tambien en su cualidad de madre del Hombre-Dios y de Corredentora del mundo, debía compartir con su divino hijo el cáliz inagotable de la amargura que le presentára el eterno Padre. La diferencia estaba únicamente en que Jesus debía sufrir corporalmente todos los dolores é ignominias de la redencion, en vez de que María, mediante un nuevo género de martirio, era la elegida para padecer en su alma lo que aquel en su santa humanidad. Por eso los escritores católicos y los piadosos contemplativos, adoptando un lenguaje figurado, y acomodando á la Santísima Virgen ciertas imágenes bíblicas adaptadas á su posicion, la han comparado en sus padecimientos, ya á un tierno arbusto azotado por el recio vendabal, ya á un leve esquife sepultado por las hinchadas olas del mar, unas veces á la roca arrastrada por un impetuoso torrente, otras á un océano sin fondo de tribulacion y de angustia, y siempre á una victima inocente del mas cruel y prolongado martirio.

Mucho era indudablemente lo que aquella alma virginal venia padeciendo desde el dia en que le fuera vaticinado el triste porvenir de su adorable hijo. No pocas amarguras habia apurado ya en los diversos periodos de la vida oculta de Jesucristo, cuyas fases recorriera con él sin separarse un momento de su lado. Faltábala, empero, recorrer otra carrera no menos espinosa hasta llegar á la cima del Calvario, y al fin llegó para ella la época marcada en los designios del cielo. El salvador en cumplimiento de los eternos decretos despues de llenar públicamente por espacio de tres años su mision regeneradora, iba á consumir el gran sacrificio expiatorio. Una cruz era el trono que le estaba señalado para dominar desde allí el

universo y someter á su cetro las naciones y los imperios todos de la tierra... ¡Una cruz! Sí, C. O., ella que hasta entonces fuera un padron de ignominia, un instrumento de vil suplicio, la bfa del judío, el escándalo del idólatra, iba á cambiarse en el trofeo mas augusto de las victorias del cielo, en una enseña gloriosa de conquista y de triunfo, en un signo venerable de salvacion y de ventura... Pero era menester antes que un Dios humanado la llevase sobre sus hombros, que el hijo de María cargase con ella, y en ella muriese como un criminal. ¡Condicion terrible! ¡Necesidad cruel! ¡Irresistible destino!... ¿Y no hay otro medio? Ninguno. O Jesucristo inclina su cuello bajo ese pesado leño, ó el mundo parece irremediabilmente. O un Dios acepta el peso enorme de nuestros pecados, ó el hombre es sin apelacion víctima de una perdicion eterna.

No lo será, no: Jesucristo ha aceptado ya tan grande sacrificio, y María ha tomado en él la parte que la corresponde como mediadora entre la tierra y el cielo. El hijo va caminando ya por la senda del Calvario llevando cual otro Isaac la leña del holocausto, y la madre se dispone á acompañarle como Abraam para cumplir á su lado la triste mision que la ha cabido en suerte. Hed aquí el espectáculo que hoy debemos contemplar, el cual constituye el cuarto dolor de María Santisima. Dolor veheméntísimo, cuanto vehementé era la llama de su amor hácia aquel querido fruto de sus entrañas: pues como dijo elocuentemente San Buenaventura, «así como es imposible fingir un hijo mas amable que Jesucristo, del mismo modo lo es hallar una madre que tanto padeciese como María al encontrarse con él en el camino del Calvario (4).» Tal es el pensamiento que me propongo desenvolver en el presente discurso etc.

#### AVE LACRYMIS PLENA.

(4) Nullus dolor amarior, quia nulla proles charior. (S. Bonav.)

## REFLEXION UNICA.

Hay escenas en que es forzoso renunciar al raciocinio para reemplazarle con el sentimiento. En la que hoy nos proponemos recordar, inútil seria fatigar la imaginacion y poner en tortura el entendimiento, cuando solo el corazon puede comprender cierto lenguaje, el lenguaje del amor. Aquí pues no cabe discurrir y sí solo el llorar.... ¡Y ay de aquel cuyos ojos permaneciesen secos y su alma fria é indiferente á un recuerdo tan desgarrador! ¿Qué es lo que la iglesia nos pone delante en este momento? ¿Qué nos muestra el catolicismo en esa imágen de la reina de los mártires? ¡Ah! Retrocedamos diez y ocho siglos en el curso de la historia. Trasladémonos en espíritu á la ciudad de Jerusalem bajo el gobierno de Poncio Pilato. Observemos lo que pasa en el recinto de aquella populosa ciudad en un viernes de Pascua. Rumores estraños, confusa gritería, incesante aglomeracion de gentes en direccion idéntica: y aquí correr en tropel jóvenes, ancianos y niños; y allí reir unos como en un dia de gran regocijo, llorar otros como en dia de luto universal, y andar los mas despavoridos cual si amagase un golpe funesto; y mas allá ordenadas cohortes de soldados cuyas alabardas relucen á lo lejos con el resplandor del sol, y en lontananza el agudo sonido de las bocinas y demás instrumentos bélicos.... ¿Qué acontece? ¿A dónde se dirigen esas turbas numerosas? ¿Qué es lo que van á ver esas masas en desorden? ¡Cielos! Cumplídose han vuestros designios sobre esa ciudad ingrata. Ya tocan á su término los vaticinios que anunciaron su destruccion. Jerusalem, Jerusalem, tú no te has satisfecho con beber á torrentes la sangre de los profetas que te brindaban con tu dicha, sino que quieres apurar hasta la última gota la sangre del justo enviado para salvarte. En efecto, católicos, una ejecucion sangrienta es lo que motiva el tumulto y la confusion de esa poblacion frenética. La envidia, el furor, la maledicencia, el encono, la venganza han

trunfado de la justicia, y Jesucristo Redentor del mundo vá á morir en un afrentoso patíbulo víctima de su amor infinito hácia la humanidad. Vedle caminando con lento paso, cargado con el enorme peso de su suplicio; y ved tambien á su Santísima Madre, que sabedora del suceso le sale al encuentro en una de las calles que conducen al lugar del sacrificio. Solo su amor sin ejemplo la suministra fuerzas bastantes para adoptar una resolucion tan heróica, solo su corazon abrasado por un incendio indefinible basta á sostenerla hasta llegar á la presencia de su hijo. ¡Encuentro cruel! El sol y la luna hánse oscurecido á la vez al presentar frente á frente su luminoso disco. ¿Qué ha visto Jesus que así palidece y tiembla? ¿Qué ha visto Maria que así vacila y cae desmayada? ¡Oh! No es posible pintar este espectáculo tan imponente á la par que tierno. De una parte Jesus vé á su divina madre toda demudada y pálida, á la manera de una tierna flor que agostára el ardiente ábrego; su mirar vivo y penetrante un dia como el de la paloma, ha perdido todo su atractivo y gruesas lágrimas surcan aquellas mejillas en que no mucho antes veíanse trazados por la mano del Criador los rasgos de una beldad sin semejante. Maria á su vez vé á su divino hijo todo denegrado y cárdeno, cubierto por do quiera de sudor y de sangre, demacrado su semblante, turbia su vista, descompuesto el cabello, y todo en tan lastimoso estado que apenas se apereiben en él las formas humanas, segun la prediccion de un profeta (1). ¿Cuál no seria su amargura al contemplar de aquella suerte al mas gallardo y hermoso de los nacidos de mujer? Preciso erá toda la perspicacia intuitiva de que estaba dotada su alma, para reconocer en aquel ser humillado hasta el extremo el Hombre-Dios que ella diera á luz en Belen entre los cánticos de gloria y de paz que entonaban los coros angélicos. Solo un amor como el de su corazon maternal, que penetrando á través de todas las exterioridades que la ocultaban la divinidad del fruto de su casto seno, la identificaban con él de un modo maravi-

(1) Et vidimus eum et non erat aspectus.... Putavimus eum quasi leprosum,.... et quari absconditus vultus ejus et despectus. (Isaiaë, LHI. 2 et seq.)

lloso, podía asegurarla que aquel que tenia delante de sí era el mismo de quien cosas tan magnificas se habian dicho, y á quien se refirieran las profecías, los tipos y las alegorias de mas de cuarenta siglos. Todo esto debía agruparse en aquellos momentos en la memoria de María, y no hay duda que semejante recuerdo debía hacer subir de punto el dolor y la angustia de su alma virginal. ¿Es este, diríase á sí misma, es este el Dios santo, el Dios fuerte, el Dios inmortal objeto un dia de la admiracion de un mundo que tenia fijas en él sus miradas, y escitaba sus mas ardientes votos, y reanimaba sus mas halagüeñas esperanzas? ¿Es este aquel Emmanuel suspirado por tanto tiempo, pedido por el clamoreo universal de cien y cien generaciones, á quien los unos conjuraban que se apresurase á aparecer en la tierra como el rocío matutinal, á quien los otros suplicaban descendiese del cielo como la lluvia benéfica de la primavera, y á quien todos deseaban ver brotar en un suelo desgraciado como el único que debía darles la libertad y la vida? Y aquel príncipe pacífico llamado á poner término á la cruel lucha de las pasiones humanas, y aquel aguerrido campeón designado para humillar la prepotencia de Edom y de Moab, y aquel monarca eterno que debía ver rendidos á sus pies los cetros de Amalec y de Ismael, y aquel guerrero invencible, destinado á sojuzgar la soberbia de los pueblos mas poderosos, y hacerse obedecer de todo el universo, desde donde nace el sol hasta donde se oculta; ¿es por ventura ese que cargado con un infame leño, y rodeado de una turba de verdugos repugnante, camina vacilante y trémulo hácia el lugar de su suplicio? ¡Ah! María no dudaba, no podia dudar un punto de la identidad de aquel personage divino á pesar de una transformacion tan súbita verificada en su humanidad Santísima. Si sabia las predicciones relativas á su grandeza, á su poderío y á su magestad infinita, tampoco ignoraba las que decian relacion á sus padecimientos, ignominias y humillaciones. ¿Podia empero esto privarla del sentimiento maternal, cambiar sus amorosos afectos, ó neutralizar ni aun ligeramente sus hondos pesares? No, M. A. O., no: aquel contraste cruel, aquella antítesis tan horrible, solo podia crear en ella un imponderable aumento de amargura proporcionada al amor inmenso y

casi infinito que tenia á su divino hijo. Ciertamente que este mismo amor junto con su fé ardentísima sostenian sus fuerzas, que de otro modo hubieran cedido al empuje violento de tanto padecer en el fiero combate que experimentaba su espíritu; mas ¿quién no concibe ese mismo aumento de vida, en cierto modo sobrehumana, un nuevo elemento de dolor, un nuevo principio de angustia indefinible para aquel corazón virginal?

Confieso, M. A. O., que al contemplar á la Madre de Jesús en el encuentro doloroso que con él tuvo al dirigirse éste al Calvario, experimento en mí una dificultad invencible para espresarme. Todas las figuras retóricas, todos los recursos de la elocuencia, los atavíos todos del arte oratorio parecen sobremedida débiles é ineficaces para pintar el estado angustioso de la Santísima Virgen María en aquel trance terrible. Si apelo á la tradicion, ó busco en los escritos luminosos de la antigüedad cristiana imágenes dignas de tan grandioso objeto, sucedeme lo mismo: nada me llena, nada me satisface, todo me parece frio, pálido, y sin energía comparado con tanto padecer, aun cuando oiga decir á San Bernardino de Sena que todos los dolores del mundo, y cuanto sufrieron en lo pasado y sufrirán en lo venidero las criaturas, si posible fuese haberlo reunido en el corazón de María, no hubiese llegado ni con mucho á igualar al tormento que experimentó en aquella escena inesplicable (1). San Lorenzo Justiniano con su acostumbrada ternura, nos representa el amoroso diálogo que en su concepto debió trabarse entre el hijo y la madre. «¿A dónde vais, madre mía? diria aquel. ¿Por qué habeis abandonado vuestro hogar para venir á presenciar un espectáculo que debe desgarrar vuestras entrañas? ¿Cómo os habeis atrevido á desafiar tantos peligros para llegar al lado de vuestro hijo? ¿Por qué habeis querido verle en una situacion tan triste y dolorosa, en un estado de abatimiento y humillacion tan repugnante? ¿Y es posible que hayais podido penetrar viva por entre las nutridas filas de soldados que me custodian, sin temer los insultos de esas turbas frenéticas que me

(1) Omnes dolores mundi si essent simul conjuncti, non essent tanti quantus dolor Beatæ Mariæ. (S. Bern. Sen. Tom. III. Serm. 15.)

siguen gozándose en mis desgracias? ¡Oh! ¡Cuánto me amais, madre mia! ¡A qué escesos os arrastra vuestro cariño maternal! ¿Y quereis tambien vos verme morir? ¿Y tendreis valor bastante para presenciar mi suplicio? ¿Y habreis de ser uno de los espectadores de tan horrible escena? ¡Madre! ¡Madre! Separaos de aqui; huid de un sitio que no conviene á vuestra inocencia y virtud; apresuraos á abandonar á vuestro hijo en manos de su destino. Muera yo en buen hora: pero no vayais á morir conmigo. Apure yo la copa del dolor hasta la última de sus heces: pero no os empeñeis en participar de ella, que es mas amarga que la hiel; sufra yo cuanto deben sufrir los hombres por sus pecados: pero no querais ser vos una nueva víctima de expiacion (1)...» Mas á esto María, escribe el abad Guillermo, solo contestaba con copioso llanto, siguiendo los pasos de su amado para ser crucificada con él en una cruz de una nueva especie, en un nuevo Calvario que era su propio corazon (2). Entre tanto en el fondo de su alma diria: «Nunca me separaré de tí, oh mi Dios y mi Rey! Donde quiera que vayas, allí irá en pos de tí tu madre, oh hijo de mi amor! Nada importa que la venganza humana haya desfigurado en tí la semejanza divina. A través de esa púrpura súcia y desgarrada, entreveo yo tu dignidad de monarca invisible é inmortal de los siglos. Por entre ese haz de espinas que á guisa de corona ciñe tus sienes punzándolas dolorosamente, veo yo la diadema de gloria con que al divino Salomon adornó el cielo en el dia de sus misticas bodas con la humanidad débil y desgraciada. A pesar de esa sangre que afea tu rostro, no se me oculta la beldad sin par que te hace el asombro de los ángeles y la envidia de los serafines. En esa cruz que abruma tus sagrados hombros, veo yo en fin el trono imperecedero que te preparó tu Padre celestial para que desde él domines el porvenir y avasalles los reinos todos de la tierra. ¡Oh! Ahora comprendo bien lo que significaba la leña del holocausto que el hijo del antiguo padre de los creyentes llevaba sobre sus hombros cuando tre-

(1) ¡Heu! ¿Quo properas? ¿Quo venis mater? Cruciatu meo cruciaberis, et ego tuo. (Laurent. Justin.)

(2) Tollebat et mater crucem suam, et sequebatur eum crucifigenda cum ipso. (In Cant. 7.)

paba la empinada cumbre del Moriah. Ahora concibo lo que era el cordero de la Pascua sacrificado por el pueblo hebreo con cuya sangre se señalaban las puertas de los que debían salvarse del esterminio decretado por Dios. Ahora veo lo que quería figurar el cabrito de la expiación arrojado de las tiendas de Israel cubierto con las imprecaciones de la muchedumbre. Ahora entiendo en fin á lo que aludian las mil víctimas sangrientas que ante el altar propiciatorio ofrecían las generaciones pasadas para obtener la clemencia divina. Sube, pues, á la cresta de ese nuevo monte cuajado de prodigios, oh divino Isaac, para cumplir las órdenes del Eterno. Camina, oh cordero immaculado, hácia el lugar del sacrificio, tú que has de borrar los crímenes del mundo y anular el pacto de muerte que sobre él pesa. Corre, oh cabritillo inocente, llevando sobre tí las maldiciones de la tierra y las iras del cielo, para que la humanidad pecadora quede libre de la cólera de un Dios ofendido. Vé, oh víctima preciosa, vé á consumir ese gran sacrificio que ha de franquear á los hombres las puertas de la inmortalidad. Contigo estará tu madre siquiera haya de experimentar tormentos indecibles; á tu lado permanecerá constante, aunque haya de costarla la vida el espectáculo de tu muerte. Ni un momento se separará de tu presencia, la que contigo está llamada á compartir los tormentos y la angustia sobre la montaña de la mirra, y á beber del mismo cáliz que tú debes apurar por la salud del mundo.»

¡Tanto fué el amor de María, tan profunda su abnegacion, tan ardiente su caridad en aquellos críticos momentos!... ¿Cuál sería, pues el tormento de su alma si se ha de calcular por la medida de su afecto hácia Jesus? Pero esto solo podria concebirlo quien fuese capaz de penetrar en aquel insondable abismo del corazon maternal de la Santísima Virgen. Y como quiera que ello es imposible, lo es tambien por consiguiente el formarse una idea ni aun remota de la vehemencia de semejante dolor. Bástenos, pues, creer con todos los padres y escritores católicos que fué intensísimo, violento, cruel en extremo, y tal que hubiera bastado para concluir instantáneamente con la existencia de María, á no haberla preservado el Señor para los altos fines de su providencia; para que continuase en la tierra su

mision de mediadora; para que tuviésemos en el mundo una madre á quien confiar nuestras desgracias, á quien recurrir en nuestras adversidades, á quien imitar en nuestros sufrimientos, y de quien esperar el consuelo en nuestras aflicciones.

Mal empero pudiéramos hacerlo, si en vez de tomar parte en los dolores de la Santísima Virgen, y de identificarnos con sus sentimientos, agravásemos con nuestros desórdenes el peso de la cruz de Jesucristo, y le hiciésemos cada vez mas intolerable añadiendo cada dia nuevas culpas á las que hasta aquí hemos cometido. Ellas fueron sin duda las que obligaron al hijo de Maria á cargar sobre sus hombros aquel leño ignominioso, puesto que desde entonces tenia previstos nuestros futuros crímenes; y ellas tambien son las que, en sentir de San Pablo, renuevan en cierta manera los padecimientos que aceptó por salvarnos de la grave responsabilidad que sobre nosotros pesaba. Nuestras manos puede decirse que fabricaron aquel cruel instrumento de su suplicio, pues que obra fué de nuestra ambicion, de nuestro orgullo, de nuestra incontinencia, de nuestra envidia y de todas nuestras malas pasiones la pasion del Redentor; y no menos responsables somos de las lágrimas, de las angustias y de los dolores de su madre, que por nosotros lloró, se angustió y toleró indecibles amarguras durante aquella escena sangrienta. ¿Y seria posible que, lejos de restañar la sangre de Jesus y de cicatrizar las heridas del corazon de Maria, abriésemos nuevamente estas é hiciésemos volver á brotar aquella, reproduciendo las causas que determinaron al Hijo á tomar sobre sí la expiacion que nosotros éramos incapaces de dar, y obligaron á la Madre á aceptar su no pequeña parte en este gran sacrificio? ¿Seríamos bastante osados para insultar todavia el dolor de ambos, continuando por las vías del vicio, siguiendo las sendas del placer mundanal, gozando, riendo y coronándonos con las flores de la lubricidad, ínterin un Dios-Hombre y una Virgen-Mártir atraviesan un camino herizado de punzantes abrojos, y se dirigen al Calvario á obtener á costa de sufrimientos y de sangre nuestra libertad y nuestra dicha? ¡Oh! No incurramos por Dios en tamaña crueldad. Presérvenos el cielo de semejante ingratitude. No seamos del número de los impíos, de quienes decia un pro-

feta que obligaban al Señor á agobiarse para saltar por cima de él, llevando en triunfo el vicio y ostentando los trofeos de sus iniquidades. Teman los que así obran el juicio tremendo que les espera. Teman que esa cruz que ahora agravan con el peso de sus culpas, no se levante un día para sellar el fallo de su condenacion. Teman que esas lágrimas que ahora hacen verter á Jesus y María, no se conviertan presto en gritos de indignacion y de anatema. Teman, en fin, que el que hoy yace en las calles de Jerusalem agobiado cual manso cordero, no se alce á su vez como leon rugiente, y trocándose en Juez inflexible el que en la actualidad se muestra Redentor misericordioso, pronuncie una maldicion irrevocable, cuyas consecuencias durarán eternamente. Temamos todos, M. A. O., y á fin de evitar tan lamentables efectos, identifiquémonos con María, participemos de su afliccion, dolámonos con ella, aceptemos la copa de amargura que la tocó en suerte, amemos como ella á Jesucristo; y este amor, y estos dolores, y estos padecimientos sufridos con heroica resignacion, nos proporcionarán en un término no lejano, una alegría sin mezcla de tristeza, una satisfaccion cumplida, un descanso eterno, un gozar perdurable y una gloriosa inmortalidad.

# DISCURSO

## SOBRE EL QUINTO DOLOR DE MARIA SANTÍSIMA.

### LA CRUCIFIXION DE SU DIVINO HIJO.

*Stabat juxta crucem Jesu mater ejus.*

Estaba junto á la cruz de Jesus, María su madre.

JOAN. XIX. 25.

RASGOS hay de inspiracion tan felices que pintan de una sola pincelada todo un gran cuadro. Las breves palabras con que el sagrado Evangelista describe el acontecimiento mas importante, la mas sublime escena que presenció el universo desde que la sombra viene marcando la duracion del tiempo, pertenecen á ese género de elocuencia que caracteriza la inspiracion divina. Para manifestar el acerbo dolor de la Madre de Jesus en la sangrienta crucifixion de su Hijo querido; para decir á las futuras generaciones lo que sobre la cima de la montaña santa padeció su corazon maternal en presencia del espectáculo mas horrendo y desgarrador; para perpetuar en el mundo la memoria del sublime sacrificio que su alma ofreció en el Calvario, su generosa resignacion, su inalterable dignidad, su heroismo sobrehumano, su martirio sin semejante, conténtase con escribir estas cortas palabras: «Al lado de la cruz de Jesus estaba de pié María, su madre.» *Stabat juxta crucem Jesu mater ejus.*

Bien sea que plazca á algunos atribuir este inusitado laconismo á la vehemencia del sentimiento que experimentára el amado discipulo

al describir aquella memorable catástrofe, bien se prefiera explicarle recurriendo á cualquiera otro motivo análogo y siempre respetable, ello es lo cierto que, dirigida su pluma por el Espiritu Divino, cuya accion reconoce la Iglesia católica en los escritos canónicos, trazó de un golpe, y con toda la sublimidad propia del asunto, la pintura mas acabada, el cuadro mas perfecto, la mas cabal historia de las angustias mortales, de los martirizadores sufrimientos y de la incomprendible lucha que sostuvo sobre la cumbre del Gólgotha la augusta madre del Salvador. ¿Cómo podía ponderarse mejor la heroica abnegacion de aquella Virgen destinada á ejercer la alta mision de Corredentora del mundo, sino diciendo que durante la cruenta oblation del Redentor se halló allí inmóvil resistiendo á las récias oleadas de la tribulacion, representando los intereses de la humanidad para recoger los frutos del sacrificio espiatorio? ¿Cómo era posible describir mas elocuentemente la grandeza de sus sentimientos, la nobleza de sus afectos, la ternura de su amor y el interés con que abogaba por los destinos del linage desheredado, que pintándola inseparable de aquel sitio en que se consumaba la grande obra de los siglos á favor de una doble crucifixion, material la una en la humanidad santisima de Jesucristo, espiritual la otra, pero no menos dolorosa y sensible en el alma de su augusta madre? *Stabat juxta crucem Jesu mater ejus.*

¡Oh! Allí era donde esperaban á María las generaciones; allí la habian visto cuatro mil años antes que se verificase el misterio de la cruz. Cuando la primera madre de los vivientes, huyendo de la cólera divina que provocára con su rebelion, buscaba asilo á la sombra de un árbol del primitivo Eden, prefiguraba ya á la segunda Eva, madre de los predestinados, ejerciendo las funciones de mediadora en el árbol de la redencion, y parapetando con él á la raza proscrita contra los fulminantes rayos del cielo. Desde entonces todas las grandes figuras de la antigüedad sagrada, las Noemis atribuladas, las Ruth adoloridas, las Resphas condenadas á presenciar la sangrienta ejecucion de sus hijos, las angustiadas Agares, las Estheres afectadas por la injusta proscripcion de inocentes víctimas, las Abigailles suplicantes, todas esas mujeres que, como otros tantos

recuerdos de ternura maternal ó de acerbos sufrimientos, nos ofrecen las sagradas páginas, no son mas que tipos imperfectos, imágenes pálidas, descoloridas sombras de la madre de Jesucristo en la crucifixion del hijo de sus entrañas. En esta escena cúmplenos contemplar hoy á María, y aquí es donde yo reconozco toda la impotencia y nulidad de los humanos recursos para interpretar tan sobrehumano asunto. «Ver padecer y morir crucificado á Jesus fué indudablemente para su amantísima madre un martirio tan inesplicable, como hondo era en ella el convencimiento de la inocencia de aquella víctima, y altísimo el concepto de su divina esclencia; así que solo pudo sostenerla en tan horrible trance el poder sobrenatural del que la asociara á la obra de la reparacion, y la idea de que á tan cruel sacrificio estaba ligado el porvenir del mundo.»

Trataré de desenvolver lo mejor que pueda un pensamiento tan interesante. Dirijámonos ante todo á esa Virgen angustiadísima, y saludémosla llenos de filial enternecimiento.

AVE LACRYMIS PLENA.

### REFLEXION UNICA.

El verdadero Isaac habia salvado la cresta del nuevo Moriah. El Córdero de la expiacion pisaba ya aquel fatal si bien sagrado terreno donde iba á satisfacer á la divina justicia irritada contra la raza pecadora, colocándose en su lugar, aceptando cuanto sufrir debia, haciéndose responsable de todos sus delitos, y muriendo en tiempo para que ella viviese eternamente. Las victimas de la antigua alianza habíanse refundido en una sola víctima inocente, pura, santa, intachable, y tan esclente, que bastaba por sí para espisar todos los delitos de los siglos pasados, presentes y por venir. Esa víctima era Jesus, el Nazareno condenado por la Sinagoga judáica á morir en una cruz como sedicioso y perturbador: pues convenia, como inspirado predijera uno de los alevos pontífices hebreos, que fuese sacrificado por el pueblo á fin de salvar á toda la nacion. ¡Tal era la

importancia que envolvía la muerte del justo por excelencia, revelada á través del ódio de sus encarnizados émulos, y á despecho de su febril exaltacion! Mal conocían empero aquellos sacrilegos deicidas que sin saberlo iban á ser el instrumento ciego de la salvacion universal decretada en los altísimos consejos de la Providencia; mal sabían que por sus manos íbase á consumir el sacrificio de Malaquías y Ageo, la obra magna profetizada por Abacuc, el prodigio vaticinado por Isaiás, la reparacion que comenzára con el pecado original en el paraíso, y que debía durar á través de las cosas futuras hasta la consumacion de los siglos. El altar se hallaba dispuesto, pronta estaba la víctima, y la reluciente espada del sacrificador brillaba sobre su cabeza esperando el momento decisivo de descargar el golpe que debía poner término á todos los vaticinios, realizar todos los tipos y verificar todas las alegorías, haciendo correr la sangre de la nueva alianza para la remision de los pecados, y renovar á toda la humanidad, anulando el fallo de muerte que sobre ella pesaba.

La hora iba á sonar, y los ejecutores de la eternal justicia apresúranse á llenar su funesta mision. Ya la cruz en que ha de ser clavado el Redentor del mundo está estendida en el suelo, y una inmensa muchedumbre ávida de contemplar el sangriento drama apíñase en torno de la montaña dilatando sus feroces miradas para saborear á su placer la ejecucion. Allí tambien confundida entre aquella turba feroz encuéntrase la Eva reparadora, que no podia faltar del sitio donde se iba á alzar el nuevo árbol de la vida, puesto que reemplazaba á la Eva rebelde que nos perdió junto al árbol de la muerte. Madre infeliz del mas bello y santo de los hijos de los hombres, mirábase destinada á ofrecer con él un sacrificio sublime de abnegacion y de heroísmo. Era preciso, dice San Buenaventura, que en todo se hiciese semejante á aquel Redentor adorable que se inmolvaba por la salud del mundo; que experimentase en su alma virginal las angustias y dolores que él debía sufrir en su humanidad; que se identificase con los sentimientos de su generoso corazón á la grande ofrenda á que estaba ligado nuestro rescate; puesto que á la manera que ambos sexos concurrieron en el primitivo Eden á consumir la ruina de toda la descendencia de Adán, ambos tambien

era justo que concurriesen á verificar su rehabilitacion. Y ved en sentir de San Pedro Crisólogo la razon por qué el nuevo Adan Jesu-  
cristo asocia á Maria al cruento sacrificio de la espiacion, y la hace  
gustar una parte no insignificante de sus acerbos padecimientos:  
*Ut uterque sexus adesset ad salutem, quia neuter ad ruinam  
defuisset.*

Sentado este principio, tratad de concebir si os es dado el marti-  
rio de aquella madre, sus agonias y sufrimientos durante la cruel  
escena de la crucifixion de su inocente hijo. Imaginad lo que sentiria  
al oir el redoblado golpe del martillo que traspasaba con agudos  
clavos las manos que tantos bienes derramáran, los piés que tan ve-  
loces corrieran para evangelizar la paz á los mortales. Olvidaos de  
la sierva de Abraham viendo perecer de sed á su unigénito en  
medio de un árido desierto sin poder aliviarle (1). No os acor-  
deis de aquella desventurada madre que tuvo el inconcebible des-  
consuelo de ver crucificados sus siete hijos sobre las alturas de  
Gabaá (2). Al fin estos, culpables de un delito que afectaba al bien-  
estar del pueblo de Israel, expiaban bajo la justa accion de la ley sus  
pasados desaciertos. Pero Jesus, ¿qué habia hecho? ¿En qué habia  
delinquido para que sobre él recayese una sentencia tan arbitraria  
y cruel? ¡Ah! Su crimen consistia únicamente en haber aspirado á  
formar de todos los hombres un pueblo de hermanos, llamándolos á  
todos á una gloria inmortal; habia prescrito grandes virtudes que él  
era el primero en practicar, y colmado de beneficios á toda la Judea.  
Hed ahí lo único de que podian acusarle. Por lo demás, ¿no era el  
mismo descendiente de David, de Salomon, y de Ezequías, el gran  
Profeta enviado de Dios á quien las turbas saludaban con entusiasmo  
la víspera, y le recibian en triunfo en las calles de Jerusalem? Todo  
esto renovándose en la memoria de Maria sobre la montaña del Cal-  
vario, contribuia á dar á su martirio proporciones gigantescas.  
Cuanto mas hondo era el convencimiento de la inocencia de la vícti-  
ma, tanto mayor era el dolor que sentia al ver al justo por escelen-

(1) Genes. XXI. 16.

(2) II. Reg. XXI. 8 et seq.

cia estendido sobre el sangriento lecho que la ingratitud y la perfidia humana le ofrecian en pago de su amor inmenso. ¿Y qué angustia no experimentaria su alma al herir sus oidos la tempestad de modadores gritos y horribles carcajadas con que aquel populacho de feroces instintos celebraba la ignominiosa cuanto repugnante escena de la crucifixion de Jesus? ¡Cómo se despedazarian sus entrañas al verle elevado en aquel leño infame á presencia de una muchedumbre embriagada por el ódio, entre las maldiciones de los verdugos, los denuestos de los fariseos, los insultos de los escribas y sacerdotes, las imprecaciones de los soldados, y los apóstrofes de uno de los ladrones crucificados con él para desacreditar mas su inocencia y hacer mas sensible é ignominioso su suplicio! ¡Qué ideas se cruzarian en aquella imaginacion tan fecunda y sublime, al contemplar la bárbara avidez con que los actores de aquel drama sangriento disputábanse á pocos pasos del árbol de infamia la posesion de la túnica inconsutil del Salvador que ella con sus propias manos habia hilado y tejido, y se repartian con estrepitosa contienda sus sagrados vestidos!

«En aquel momento, dice un escritor á quien frecuentemente venimos citando con sumo placer, María se vió trasportada á los dias felices en que, rica con solo el amor de Jesus y exenta de inquietudes próximas, trabajaba por la noche á su lado aquella delicada túnica de fiesta: y semejante recuerdo fué para ella como un puñal introducido lentamente por la ancha herida abierta en su corazon: porque esta especie de relámpago que la ofrecia á su vista los dias de su pasada dicha, no hizo mas que condensar las tinieblas de su desventura sin par. Levantó al cielo los ojos para implorar cual siempre solia fuerzas para el sufrimiento, y su mirada cruzóse con la del Dios crucificado. Ante este horrible espectáculo sus piés vacilantes fijáronse en el suelo; estupefacta y sobrecojida hasta un extremo indecible, permanece muda é inmóvil, cual si se hubiese transformado en una estatua de mármol. Cuanto hasta aquel momento sufriera, parecióla un triste sueño, una vision que la asustaba pero casi desvanecida, porque todo se absorvia en la cruz.» Hed aquí el gran pensamiento del Doctor Seráfico cuando esclama:

En vano busco á María en el Calvario. Do quiera que tiendo la vista nada encuentro sino clavos, espinas, sangre; puesto que en esto se halla convertida aquella madre martirizada por el amor (1). Nada, pues, hay que estrañar en el lenguaje de los Padres al ponderar el dolor de María en la crucifixion de su inocentísimo hijo. Bien puede asegurar San Basilio que la Virgen escedió en sufrimiento á todos los mártires, cuanto escede el sol en claridad á todos los demás planetas. Bien puede afirmar San Anselmo que todas las crueldades ejercidas por los tiranos con los confesores de Cristo fueron levisimas ó casi nada, comparadas con los sufrimientos de la madre del Salvador (2). No me admira que todos los grandes genios del cristianismo convengan en considerar á María al pié de la Cruz como una imágen viva, como una asimilacion perfecta de la víctima de nuestros pecados, y atormentada en fuerza de su maternal amor tanto y mas si cabe que aquel Redentor divino; puesto que los clavos que taladran materialmente las manos y los piés del hijo, rasgan y despedazan de una manera todavía mas sensible en sentir de San Gerónimo el corazon de la madre. Cuanto Jesus padece en su cuerpo santísimo, escribe San Bernardo, repítelo en el alma de María su afecto maternal imponderablemente mas cruel que los verdugos.

Mil veces, pues, debió sucumbir la Virgen á tan acerbos dolores: las fuerzas de una mujer tan amante y de una sensibilidad tan esquisita eran insuficientes para resistir tan rudos golpes; pero sosteníala en aquel trance terrible el mismo poder sobrenatural que la asociára de antemano á la sublime obra de la reparacion. No busqueis, no, otro principio, ni trateis de hallar otra esplicacion al sacrificio heróico y sobrehumano de María en el Calvario, sino la idea de que á la muerte de su amado Jesus hallábase vinculado el porvenir del mundo. Todo allí es digno de la víctima que se inmola y de los motivos por que es inmolada, dice San Ambrosio. Y á la manera que solo á un Hombre-Dios pertenecia morir como moria Jesus, solo á la madre de un Dios-Hombre cumplia asistir á su sacrificio

(1) S. Bonav. de Planctu Virg.

(2) S. Basil. de exc. Virg. c. 5.

como asistió María. Si á aquel se le ve sostener con impasible y sublime dignidad su gran carácter de Profeta y de Dios Salvador, y sellar silencioso con su sangre las altas doctrinas de la ley nueva, á esta se la admira dando un auténtico testimonio de la divinidad de la víctima, en su aptitud magestuosa, en su elevado continente, en la calma noble y sublime con que al pié del ensangrentado madero de la espiacion presencia el mas horrendo espectáculo, y asocia los martirios de su alma á los merecimientos de la pasion de su divino hijo. Así y no de otro modo se concibe, al decir del citado doctor, que la mas delicada y tierna de todas las vírgenes y la madre mas afligida y desconsolada, se muestre por la elevacion de sus sentimientos la mas fuerte y heroica de todas las mujeres (1). Jamás negaré, prosigue San Ambrosio, que María haya llorado por el hijo de su amor: quitar á sus ojos ese desahogo tan inherente á un corazon sensibilísimo, seria despojarla de una de las cualidades mas naturales de la maternidad; porque las lágrimas tienen encantos indefinibles y una sublimidad que no todos saben apreciar. Lo que nunca podré admitir, es que permaneciese al pié de la cruz como arrobada en un éxtasis de dolor. Lejos de temer el furor de los verdugos, ella le provoca y se entrega á él (2). ¡Dichosa mil veces, si ya que no le era dado morir en lugar de Jesus, hubiese podido al menos morir con él! Si por un momento aparta sus ojos de aquella escena tan desgarradora para el alma de una madre, bien presto torna á fijarlos en aquel cuerpo despedazado, contemplando con cierta complacencia aquella sangre y aquellas llagas de donde veia manar una fuente de gracia y de misericordia que debia lavar los crímenes de todos los siglos pasados, presentes y por venir (3). Y llega á tan alto punto el fervor de su caridad, añade otro Santo Doctor, que mira con una especie de gozo mezclado del mas profundo dolor la muerte de su unigénito, sabiendo que ella era una

(1) Stabat non degeneri spectaculo mater... Corpore excelsa, animo excelsior. (S. Ambros. de Inst. Virg. C. 7.)

(2) Pendebat in cruce filius: mater persecutoribus sese offerebat. (Ib.)

(3) Spectabat piis oculis Filii vulnera, ex quibus sciebat redemptionem hominibus futuram. (Ib.)

condicion necesaria é inevitable de la reparacion de todo el linage de Adan. Por eso desde que en los brazos del anciano Simeon, en quien estaba representada la humanidad envejecida en la miseria y en el pecado, le ofreció como una víctima de espiacion, ni un solo instante cesó de renovar en su interior esta oblacion sublime que consumó sobre la cumbre del Gólgota. Por eso acepta con la mas heroica resignacion el legado que su espirante Jesus la deja en la persona del discípulo amado, dándola por hijos á todos los hombres en sustitucion de aquel á quien ella concibiera y diera á luz en Belen para morir por un mundo réprobo; sustitucion dolorosísima que divide sus entrañas y pone el último sello á sus maternales angustias. Por eso le contempla en su agonía abrevado de hiel y vinagre, desamparado del cielo y de la tierra, y consumando cuanto de él escribieran los Profetas antes de lanzar su postrimer-suspiro. ¡Ah! la Virgen de los dolores asistia en el Calvario á la grande obra de los siglos, y asociada á ella de una manera maravillosa en su cualidad de corredentora del hombre caido, contemplaba absorta aquella hora solemne que daba fin á todos los oráculos, realizaba todos los vaticinios, abolia los antiguos sacrificios, rehabilitaba á todas las generaciones, é inauguraba una nueva era de ventura y felicidad para el universo. Allí parecía ver reunidas todas las naciones para recibir el nuevo Evangelio, y los pueblos diversos de la tierra apiñarse en derredor del estandarte de la Cruz y entonar las victorias de Cristo. Allí se adheria simpáticamente á la gran regeneracion social consiguiente al triunfo de la ley de gracia; pero entre tanto su alma padecia, su corazon experimentaba angustias indefinibles, ningun lenitivo aliviaba sus acerbos tormentos; estos por el contrario crecian sucesivamente como las oleadas del embravecido oceáno, sumergianla en lo mas profundo del abismo; y á no haber sido porque la omnipotente diestra la sostenia en su prolongada agonía, para que apurase á su modo la copa de la espiacion, ciertamente hubiera succumbido á tan estraños é inusitados dolores. Con ellos, dice San Amadeo, nos daba á luz María en aquellos solemnes momentos; con ellos adquiríamos los derechos de filiacion de que Jesucristo se despojára en favor nuestro: con ellos reconquistábamos los titulos

á la patria inmortal de que otra mujer nos despojó un día; con ellos en suma entrábamos á poseer las primicias de la redencion, mediante la generosidad de aquella que acogia bajo su amparo maternal á toda la raza del hombre pecador.

Hijos, pues, de una madre tan angustiada y adolorida, nacidos de su seno desgarrado por el mas cruel martirio, engendrados por su amor en los instantes mas críticos de su vida, no olvidemos jamás cuanto debemos á esa Virgen por la sublime resignacion con que nos adoptó en cambio del amado de su alma. Ni un solo dia dejemos de renovar la memoria de sus tormentos, y vibren incesantemente en nuestros cristianos pechos los gemidos de su corazon destrozado. Sepamos apreciar el heroísmo que envuelve el sacrificio de Maria en la crucificacion de su unigénito, puesto que por nosotros le ofreció á la muerte, y sola la idea de que así lo exigia nuestra salvacion pudo hacerla sobrevivir á la horrible lucha de su alma. Vosotras en especial, madres virtuosas, que por todos los tesoros de la tierra no cambiariais un hijo querido, y que mil veces prefeririais morir antes que verle entregado á la muerte; vosotras comprendereis algo de lo que en obsequio nuestro hizo la mejor y mas santa de todas las madres, inmolando heroica al mejor y mas inocente de todos los hijos, y asistiendo á su suplicio por cooperar á nuestra reparacion. Bien poco será lo que alcancemos á comprender, porque distamos infinitamente de las ideas y de la sensibilidad de esa escelsa criatura, y no nos es dado concebir las grandezas y excelencias que están ligadas al título de madre de un Dios; pero eso poco nos bastará para convencernos de que así como nada hay comparable al martirio que sobre el Calvario esperimentó esa Virgen sin par, tampoco hay cosa que iguale al mérito de su oblacion.

Plegue al cielo que persuadidos de esta verdad importantisima, procuremos identificarnos en lo posible con los sentimientos de nuestra dolorosa madre, amándola como ella amó á Jesus, honrándola y venerándola cual se merece la que por nosotros tan digna y generosa se mostró en el Calvario, y siguiendo fieles sus sangrientas huellas, á fin de poder un dia disfrutar de su perpétua bienandanza en la region de la inmortalidad.

---

---

# DISCURSO

## SOBRE EL SESTO DOLOR DE MARIA SANTÍSIMA.

---

### LA LANZADA, Y EL DESCENDIMIENTO DEL SEÑOR DE LA CRUZ.

*Unus militum lancea latus ejus aperuit, et continuo exivit sanguis et aqua.... Post hæc rogavit Pilatum Joseph ab Arimathæa ut tolleret corpus Jesu. Et permissit Pilatus. Venit ergo, et tulit corpus Jesu.*

Uno de los soldados abrió el costado de Jesus con una lanza, y al instante salió de él sangre y agua. Despues Joseph de Arimathea pidió licencia á Pilatos para recoger el cuerpo de Jesus, y Pilatos se lo permitió. Con lo cual vino y bajó el cuerpo de Jesus.

JOAN. XIX. 34, 38.

Topo en torno del Calvario yacia en sepulcral silencio. La naturaleza muda despues de haber espresado á su manera la parte que tomaba en el duelo universal ocasionado por la horrible tragedia que acababa de consumarse en la persona del Hijo de Dios, cesára de hacer sentir sus convulsiones y sacudimientos espantosos. La tierra, el mar, el firmamento, la creacion entera habia rendido homenaje á la dignidad de Jesucristo atropellada, y donde quiera se experimentaron los efectos de esta gran catástrofe. Las rocas hendiéndose con su choque reciproco, los sepulcros abriéndose y arrojando sus victimas, el rayo celestial cruzando en el horizonte en direcciones opuestas, las espesas tinieblas de un eclipse nunca visto cubriendo la claridad del sol, cuya moribunda luz coloraba con fúnebres matices aquel dilatado paisaje teatro del mas nefando crimen, el agudo graznido de las ayes nocturnas que corrian á buscar su albergue en

los vecinos bosques, el ahullido de los chacaes que iban á guarecerse á las márgenes del Cedron, todo contribuía á dar á aquel sitio, de suyo triste y melancólico un aspecto imponente y aterrador. Las estrellas, esas compañeras del solitario viajero que tanto le animan á través de la noche, solo proyectaban sobre el monte de las Calaveras una luz verdosa, semejante á la de las antorchas funerarias que guarnecen los féretros (1). Si de vez en cuando oíanse allá á lo lejos algunas voces aisladas, eran las de los fariseos y gefes de la Sinagoga que bajaban del monte maldiciendo al Nazareno. Por lo demas, nadie quedaba sobre aquel triste y ensangrentado pavés mas que el Salvador crucificado en medio de sus compañeros de infortunio, y cabe aquel cadáver exánime la noble y generosa Virgen de Nazareth, que contemplaba agostada y lánguida sobre su tallo la flor mas hermosa de los valles; la mujer varonil que abrevada de hiel y saturada de agenjos, devoraba en silencio la mas cruel angustia en presencia del autor de la vida muerto en el suplicio de los malhechores y bandidos; la Raquel sin gracia ni beldad, mártir de su amor maternal, que lloraba inconsolable la pérdida de su unigénito. ¡Oh! Los tormentos de Jesus cesáran, y á aquella víctima adorable había reemplazado otra reservada para apurar hasta la última hez del repugnante cáliz de la cólera celestial. Nuevos sufrimientos, nuevas angustias, y dolores nunca vistos esperaban todavía á Maria en aquel sitio funesto. La venganza de Dios no estaba satisfecha: hacíase preciso que las olas del gran océano de la justicia eterna abismasen aquella alma tan pura, tan santa y tan amante, para que se cumpliese en ella lo que vaticinára un profeta: *Magna est velut mare contritio tua* (2).

No bien Maria se había repuesto algun tanto del desfallecimiento producido en su corazón por las pasadas escenas, cuando ve prepararse otra no menos sensible y dolorosa. Los verdugos venidos para bajar de las cruces á los sentenciados, despues de haber despedazado con mazas de hierro las piernas de los ladrones, que aun no habian muerto, dirigense hácia Jesus para ejecutar otro tanto. A vista de

(1) Orsini. l. c. L. XVI.

(2) Jerem. Thren. II.

semejante injuria, la Virgen bañada en un sudor frio y agitada por un temblor convulsivo, mirase próxima á desfallecer. Jamás mártir alguno sufrió un tormento tan excesivo como el de María en aquel instante. Mas aunque débil y casi desvanecida, dándola fuerzas su amor maternal, lanza un agudo grito que consterna á los infames agentes de la Sinagoga, y logra contener su brazo para que no osen tocar á los huesos del Cordero de la expiacion. Pero si pudo evitar tamaño desafuero, tambien vió consternada enristrar un soldado su lanza y acometer al cadáver exánime de Jesus, dividiendo de parte á parte su santísimo costado.

En esta escena cruelísima, y en la del descendimiento del Cuerpo de Jesucristo de la Cruz cúmplenos contemplar hoy á nuestra angustiadísima Madre y Señora. Procuremos, pues, profundizar cuanto nos sea dable este nuevo dolor de María, que desde luego no dudaré en calificar de inmenso é inesplicable, «tanto por lo que el espectáculo que le motivaba tenia de injurioso para el hijo, como por lo que afectaba al corazon harto lacerado ya de la madre.»

Inspiradme, oh Reina de los mártires, para que pueda hablar dignamente de vuestras angustias y sufrimientos, etc.

AVE LACRYMIS PLENA.

### REFLEXION UNICA.

Siempre y con razon el respeto á los cadáveres fué mirado en todos los pueblos, sin esclusion de los mas bárbaros é incultos, como un deber sagrado é inviolable. Aun entre los horrores de la guerra jamás ley alguna sancionó ni pudo permitir que se hiciese el menor ultraje á los restos exánimes de los que perecieran en la batalla. Los ódios mas inveterados, las mas enconadas rivalidades, las antipatías mas envejecidas, han cedido ante el espectáculo de un enemigo sacrificado; la compasion ha reemplazado frecuentemente á la embriaguez de la venganza, y el deber de la humanidad ha preponderado donde quiera á los sentimientos que inspira el furor. Nadie mas se-

diento de esterminio que Tito contra la raza judáica: y al ver los cadáveres de sus rivales tendidos en el campo, no pudo contener el llanto. Nadie mas interesado que Caton en vengarse de los romanos conjurados contra él y sin embargo, al contemplar sus ensangrentados restos, su alma superior á todos los peligros se sintió conmovida ante aquella escena desgarradora. Vióse en fin al hombre que, segun el dicho de los sagrados libros, hizo enmudecer la tierra con el ruido de sus ilustres hechos de armas, cubrir con su propia púrpura el cadáver de Dario su mayor enemigo, y colmar de dones á su desconsolada familia; y cuando aquel mismo capitán fué víctima á su vez de una sedicion popular, bastó la presencia de su afligida viuda para hacer respetar sus mortales restos y evitar que padeciesen la mas leve profanacion.

Nada de esto se verifica respecto de Jesucristo ni de su angustiadisima Madre. Ella es la única mujer en el mundo para quien se olvidan todos los sentimientos de humanidad; ella la sola contra quien se traspasan las leyes mas sagradas de la naturaleza; para ella no hay ni compasion á su infortunio, ni respeto á su dolor, ni miramiento alguno á su cualidad de madre. En su misma presencia viene á satisfacer la pérfida Sinagoga la mas vergonzosa y repugnante venganza. ¡Oh pueblo deicida! ¡Oh nacion réproba! ¡Oh raza de vívoras como oportunamente te apellidó ese jóven Nazareno que tan injustamente sacrificaste! ¿No te bastaba haber saciado con él tu saña sacrilega, sino que aun quieres hacer participante á su inocente y casta Madre de un martirio que para el Hijo no tiene ya accion ni sensibilidad? ¿No estás contento con haberle hecho beber el cáliz colmado de tu furor, sino que te complaces en derramar sobre el corazon de la que le ha visto espirar en ese infame leño las últimas gotas de ese licor envenenado?

Nada en efecto puede compararse á la angustia que experimentó la Santisima Virgen al ver aparecer sobre el Calvario unas figuras siniestras que, en cumplimiento de una órden superior, comienzan á descoyuntar los huesos de los dos bandidos crucificados al lado de su Santisimo Hijo, que todavia no habian acabado de morir. ¡Cómo se alarmaria su espíritu al presentir que igual escena se iba á veri-

ficar con el cadáver de Jesus! ¡Cómo se estremecería de horror al ver aquellos bárbaros dirigirse hácia él para dar principio á su nefanda mision! El Doctor Seráfico escribe que, no pudiendo tolerar el amor maternal de María semejante ultraje, lanzó un sentido grito, y abalanzándose hácia los verdugos cual leona que ve arrebatár su cachorro, exclamó: «¡Deteneos! Mi Hijo está ya muerto: no le injuriéis, ni atormenteis mas á mí, su infeliz Madre.» Sea, pues, que efectivamente cediesen á un sentimiento irresistible, sea que un poder superior les impidiese llevar á cabo sus impíos proyectos, ello es que Jesucristo no sufrió tamaña injuria. Pero en cambio, ¡cuánto no hubo de sufrir la Virgen cuando uno de los soldados que custodiaban el sagrado cadáver, dirigiéndose hácia él lanza en ristre hendió el costado de Jesus, haciendo brotar de él algunas gotas de sangre y agua, últimos restos del precio de nuestro rescate! Cierto que aquel hierro no atormentó ya al Salvador: pero la injuria de una accion tan villana recayó toda entera sobre el corazon angustiado de su Madre. Ella que tan claramente conocia las grandezas y escelencias de aquella sacrosanta víctima; ella que ilustrada con las luces del Espíritu Santo, habia profundizado los abismos de santidad que encerraba aquel que como criminal se hallaba clavado en un infame leño; ella que estaba en el caso de apreciar los tesoros de gracia y las perfecciones infinitas que enriquecian á aquel Ser tan humillado y abyecto; ella, en fin, que en proporcion de este conocimiento le honraba y amaba como nunca fué capaz de hacerlo ninguna criatura, pudiera espresar lo que de amargo, de repugnante, de doloroso y desgarrador tuvo para su corazon aquel último rasgo de la venganza judáica. El baldon, dice el devoto Lanspergio, afectó directamente á Jesus; mas el sufrimiento fué esclusivamente para María. Esta era, en sentir de San Bernardo (1), aquella espada de dos filos que, segun vaticinára un dia el sacerdote del templo á la casta Virgen de Nazareth, debia traspasar su alma y dividir sus entrañas maternas de la manera mas cruel; espada, no de acero,

(1) Lancea quæ ipsius latus aperuit, animam Virginis pertransivit, quæ inde nequibat avelli. (S. Bern. de Lament. Virg.)

sino de dolor, que penetrando por el costado del Redentor hasta su corazón santísimo do habitaba inseparable su benditísima Madre, la hirió tan vivamente, que su vida solo pudo sostenerse por milagro, como esta misma Señora se dignó revelar á su sierva Santa Brígida (1). Nunca como entonces pudo repetir María lo que la antigua Noemi: «No me llameis graciosa, sino amarga: porque el Omnipotente ha desencadenado sobre mí todas las olas del inmenso océano de la aflicción (2).»

No será, empero, este el último golpe de aquella espada punzadora que esperimente la Santísima Virgen. El tiempo corre veloz; acércase el día festivo del sábado en el que según la legislación hebrea no pueden permanecer espuestos al público los cadáveres de los sentenciados. Ya los de los dos ladrones crucificados con Jesús han sido sepultados en cumplimiento de la ley, y solo el del Nazareno continúa pendiente del madero de la maldición. ¿No habrá quien rinda este último tributo de humanidad á la verdadera Raquel de la gracia, ya que no faltó ese liviano consuelo á la antigua en medio de su aflicción? ¿Ni siquiera podrá contarse en Jerusalem un David compasivo, que ofrezca á la mas dolorida Respha una mano auxiliadora para inhumar el cuerpo ensangrentado del hijo de su amor? Estas ideas punzadoras que indudablemente se cruzarian en la mente de María en aquellos críticos momentos, debieron ocasionarla una angustia indecible. Al verse allí en tan cruel desamparo, impotente por sí sola para tributar á Jesús aquel fúnebre obsequio, sin encontrar en su horrible aislamiento á quien inspirar el mas leve sentimiento de piedad, sin tener á quien dirigir sus ojos para interesarle en favor de su hijo; ¡cómo recordaria los días en que un nuncio celeste la saludaba llena de gracia y bendita entre todas las mujeres! ¡Cómo traeria á su memoria los himnos angélicos que resonaron en la humilde gruta de Belen, las felicitaciones de los pastores de Judea, las ofrendas de los monarcas de Oriente, la ovacion popular de Jerusalem, las demostraciones entusiastas de las turbas hebreas, y

(1) Revel. Lib. 11, C. 10.

(2) Ruth. I. 20.

otros sucesos no menos lisonjeros que en tiempos no remotos la colmaban de indefinible dicha! «¿Es posible, se diría, que tantos beneficios como la mano de ese adorable Mesías ha derramado en este suelo estéril, no hayan producido un solo ser generoso que se acuerde de él en el día de su infortunio? Entre tan innumerables personas que le son deudores de la salud ó de la vida: ¿ni una sola se interesará por su insigne bienhechor? Los que en ocasiones llevaban su entusiasmo hasta el punto de buscarle á través de los desiertos para proclamarle rey de los judíos y colocarle en un trono brillante: ¿se desdenarán ahora de bajarle de ese sòlio en que le colocó su amor? No era yo sin duda, oh profetas santos, la que inspiraba vuestras poéticas páginas cuando en ella me pintábais con tan bellas tintas: no debía ser yo la paloma querida del celestial esposo, la arca de la alianza, el tabernáculo del Altísimo, la madre del Dios poderoso y fuerte, cuando en tan angustiosa situacion me encuentro, sin obtener siquiera el triste consuelo que jamás se negó á la mas desgraciada de las madres, espuesta á todas las iras del cielo, víctima de un furor que no se sàcia de atormentarme, y sucumbiendo sin morir á los acerados golpes del alfange de la divina justicia, que se complace en renovar mis tormentos sin ofrecerme el mas leve lenitivo.»

Escenas hay, M. A. O., que, por mas que se agoten todos los recursos de la humana elocuencia, es imposible dar de ellas el mas tosco bosquejo: y tal es la que en este momento se nos presenta en el Calvario. El espectáculo de una Virgen madre de Dios inmóvil ante la cruz donde se halla pendiente su hijo, sin hallar quien le tribute los últimos obsequios debidos á la humanidad, escede á cuanto puede imaginar la inteligencia mas ardiente y poética, y á cuanto es capaz de sentir el corazon mas tierno y susceptible. Verse privada de lo que nunca se negó á la mujer mas miserable y desvalida; no encontrar la mas leve simpatía en el mundo en obsequio de un hijo el mas bueno y benéfico de cuantos nacieron; ver enmudecer para ella toda la naturaleza, sin encontrar siquiera eco sus plañidos en tantos como fueron objetos de su inagotable liberalidad... ¿hay quien pueda concebir semejante desamparo en una madre como María? ¡Horas crueles! ¡Momentos amarguísimos! ¡Instantes horribles! Yo

renuncio á describiros porque me considero incapaz de penetrar el abismo de afliccion que llevásteis al corazon lacerado de la madre mas amante, de la mujer mas santa, de la mas pura Virgen, de la mas sublime criatura. ¡Tierra deicida! La maldicion divina pesa sobre tí. Herida de esterilidad para siempre, ni siquiera brota de tus entrañas empapadas en la sangre del justo un sentimiento de compasion para la que le dió el ser. ¡Desventuradas hijas de Jerusalem! La conciencia de la maternidad no existe ya en vosotras, huyó de vuestro seno el gérmen del amor inherente á todas las mujeres; secádose han en vosotras las fuentes de ese afecto que forma las delicias de vuestro sexo, puesto que los gritos de la madre del Nazareno no llegan á vuestro corazon empedernido por el crimen.

Sin embargo, todavía hay en Jerusalem almas generosas en quienes vibra fuertemente la voz del dolor, porque no han sido contaminadas con el nefando crimen que pesa sobre la nacion sacrilega. Joseph y Nicodemus, ricos al par que virtuosos varones, despues de obtener de Pilatos la licencia para inhumar el cadáver de Jesus, trepan presurosos la pendiente del Gólgota, y llegados á su cima descuelgan de la Cruz aquel sagrado tesoro depositándolo en el regazo de su santísima madre. En medio del consuelo que esta accion piadosa derrama en el corazon de la Virgen, ¡cuántos y cuán agudos dolores se agruparon en él de tropel, esclama el Doctor Seráfico! ¡En qué estado tan diferente tornaba á sus brazos maternos aquel hijo querido! Contempla aquella frente espaciosa en donde posaba antes la infinita sabiduría del Verbo, ahora horadada por las espinas con que la Sinagoga coronó las sienes del divino Salomon. Repara aquellos ojos que deslumbraban á los rayos del sol, apagados por la muerte y sin brillo ni hermosura. Vé aquellos labios rubicundos como la escarlata, cárdenos ya y denegridos en fuerza de una prolongada agonía. Mira aquel semblante que embelesaba á los ángeles, afeado y demudado con la sangre y las salivas de sus verdugos. Nada, en fin, encuentra en aquel cadáver desencajado que le revele al divino Emmanuel cuya belleza envidiaban las hijas de Jerusalem. Solo se presenta á su vista la imágen de todos los dolores, de todos los oprobios, y de todas las humillaciones que habia vaticinado

Isaias: un ser abyecto, despreciable, el último de los esclavos, el más vil de los nacidos, el gusano de la tierra, sin forma ni apariencia humana, tal cual ochocientos años antes le viera aquel profeta inspirado. ¡A tal estado hallábase reducido el deseado de las naciones, el suspirado por los patriarcas, el esperado de los siglos, el Mesías libertador, el consejero de Dios, el Príncipe de la paz, el Padre de las generaciones venideras (1), el gran Rey de las eternidades, el Conquistador de las naciones, cuyo cetro debía estenderse de mar á mar, hasta los últimos confines del mundo (2)! ¡Qué ideas tan punzadoras no debía despertar en María semejante escena! Tratar de describirla sería acometer una empresa imposible. Menester era poder conocer como aquella Virgen, sentir como ella, y experimentar idénticos afectos que ella, para poder comprender algo de lo que en su atribulado espíritu pasó en aquellos instantes. Si Jacob al presentarle la ensangrentada túnica de Joseph no puede tolerar su vista, y pide ardientemente y desea con ansia bajar á la tumba para sepultar allí su profundo dolor (3); si Job al verse reducido á la situación lastimosa á que le arrastráran sus desgracias, maldice el día en que vió la luz, y prefiere mejor descender al abismo antes que continuar una existencia tan insoportable, sin admitir el más ligero consuelo de sus importunos amigos (4); ¿qué profundo no sería el dolor de María, cuán cruel su tormento, al estrechar contra su seno aquel cadáver que recordándola sus pasadas grandezas, no hacía sino agravar más su presente desventura?

Un devoto contemplativo pinta á la Santísima Madre hablando con su divino hijo en estos términos: «¿Eres tú el que con tanto gozo dí á luz en la humilde y modesta Ephrata? ¿Eres tú el que pegado inseparablemente á mi regazo atravesabas países desconocidos por salvar tu inocente vida de las asechanzas de un tirano? ¿Eres tú el que en mis brazos fuiste presentado en el templo de Jerusalem y proclamado allí luz de las naciones y gloria de Israel? ¿Eres tú en fin

(1) Isaiæ. IX. 6.

(2) Psalm. LXXI.

(3) Genes. XXXVII, 35.

(4) Job. III. 3.

el que bajo la pobre techumbre de Nazareth me prodigabas tus caricias y hacias las delicias de mi existencia? ¡Mas cómo! Tú eras blanco mas que la azuzena que crece en las márgenes del Jordan: y ahora tu semblante se halla denegrado mas que los tabernáculos de Cedar. Tus cabellos emulaban la suavidad de la seda: y ahora teñidos en sangrienta púrpura están ásperos como las hebras del abeto. Tu aspecto enamoraba mi alma y la sumergia en indefinibles éxtasis: ahora no esperimento al mirarle sino un involuntario estremecimiento. En suma, las esencias mas esquisitas de Oriente no eran para mí mas dulces que las palabras que brotaban de tus lábios; y ahora convertido en un manojito de amarga mirra yaces en mi seno, sin responder á la voz de tu madre que te llama, sin escuchar los gemidos de esta tórtola solitaria que lamenta su viudez.... No hay dolor semejante á mi dolor.»

¡De este modo consumaba la Corredentora del universo en aquellos fatales momentos la gran mision que recibiera del cielo, ofreciendo un sacrificio sublime en favor de la humanidad!!!

Gracias os sean dadas, alma generosa y noble, que tan heroicamente supisteis llenar en el Calvario el título de madre de todos los hombres que os fuera conferido por el agonizante Redentor. Los dolores con que allí nos engendrásteis á una nueva vida, serán una fuente perenne de misericordia para el desventurado mortal, que en sus angustias y sufrimientos jamás sabrá invocar otro nombre mas lisonjero que el vuestro, ni recurrir á otro asilo que le prometa mas seguridad. Las esperanzas del mundo hállanse vinculadas en vos, que aceptando con resignacion el cáliz amargo que plugo al cielo apuráseis hasta la última gota, nos conquistásteis derechos que no teniamos, nos devolvísteis títulos que habiamos perdido, y nos legásteis una herencia de que fuéramos despojados. Quiera el Señor que tanta angustia no sea estéril para nosotros; que no inutilizemos tantos y tan acerbos sufrimientos; y que cual cumple á hijos fieles sepamos aprovecharnos en el tiempo de los sacrificios que por nuestra salvacion hicisteis, para merecer la dulce recompensa de la eternidad.

---

# DISCURSO

## SOBRE EL SÉTIMO DOLOR DE MARIA SANTÍSIMA.

---

### EL ENTIERRO DE JESUCRISTO, Y LA SOLEDAD DE SU MADRE.

---

*— Et accepto corpore, Joseph involvit illud in sindone munda... et posuit illud in monumento.*

Joseph de Arimathea tomó el cuerpo de Jesus, le envolvió en una sábana limpia, y le colocó en un sepulcro.

MATH. XXVII. 59, 60.

**Q**UIEN no ha experimentado las fuertes impresiones del amor; quien jamás supo lo que hay de sublime y poético entre dos corazones unidos por los recíprocos vínculos de ese sentimiento, cuya acción en frase de la Escritura es mas fuerte que la de la muerte misma, no es posible pueda apreciar debidamente la intensidad del dolor, el destrozo y quebranto que causa una separacion motivada por la pérdida del objeto amado. Probad á arrancar una roca del sitio en que se crió; ensayad á contener el ímpetu de una piedra arrojada de una inmensa altura; intentad parar el curso de un torrente que se desprende rápido de la montaña hácia un profundo valle; tratad de impedir al fuego que suba veloz hácia el espacio como á su natural centro; y en la ruda resistencia que encontrareis en esos seres inanimados, podreis comprender algo de la violencia que sufren dos corazones simpáticos enlazados con los nudos del amor, cuando se trata de levantar entre ellos una muralla que les separe para siempre. Y este dolor, este sentimiento se aumenta considerablemente

segun las circunstancias de los sugetos sobre quienes recae, ó de la mayor ó menor esperanza de volverse á unir. Por fin la esposa que á consecuencia de imprevistos é inevitables compromisos, vé separarse al compañero de su existencia en un viaje largo y arriesgado, abraza siempre la idea de verle tornar á sus brazos á hacer la felicidad de su familia. El padre que pagando tributo á las exigencias sociales, mira abandonar el techo tutelar en que creció al hijo querido que formaba sus delicias y prometia ser el apoyo de sus ancianos dias, al verle desaparecer desde lo alto de una colina para ir á pelear en defensa de la patria, todavía se consuela con la esperanza de volver á abrazarle colmado de gloria, y sus trémulos lábios al dirigirle el último adios, pronuncian instintivamente estas palabras: «¡El cielo me deje verte cuanto antes!» La tierna doncella que desde la orilla del puerto saluda sin cesar el ligero bajel que la arrebató á su prometido para llevarle á desconocidas regiones, incierta del tiempo de su regreso y mas incierta aun de las contingencias de una navegacion peligrosa, no por eso renuncia á la grata ilusion de recobrar tan sensible pérdida, y esta ilusion la sostiene y anima durante largos años de ausencia. Pero la madre que idolatraba en el único fruto de un casto himeneo, y repentinamente le vé arrancado de su maternal regazo por la inexorable parca: ¿qué esperanza puede abrigar? ¿qué consuelo puede admitir? ¿qué alivio puede mitigar su pena? ¡Oh! No hay dolor comparable á éste, porque tampoco hay amor que pueda ponerse en parangon con el que nace de la maternidad. ¡Es un sentimiento tan indefinible! ¡Hay en él misterios tan incomprensibles! ¡Envuelve relaciones tan íntimas! No trataré de investigarlo, porque me considero incompetente para elevarme á tanta altura.

Y bien, M. A. O.: si esto es así en la simple esfera de lo humano, ¿cómo nos lisonjearíamos de llegar á iniciarnos siquiera en los secretos del amor de María, y por consiguiente de comprender el dolor intensísimo que esa madre fenomenal, única, sin semejante, debió experimentar en la separacion de su amado hijo Jesus? Ni en las relaciones que unen á esos dos objetos, ni en el principio de sus recíprocos sentimientos, ni en la sensibilidad de sus corazones, hay

nada de común ni que se parezca remotísimamente á los de los demás humanos. La madre es Virgen á la par que fecunda: el hijo es Dios á la vez que hombre; aquella es la criatura privilegiada que de los tesoros de su infinita sabiduría estrajo el omnipotente para realizar en ella el mayor prodigio de la naturaleza y de la gracia: este es el Verbo increado que encarnó en su casto seno para obrar el incomprensible misterio de la redencion; María ama á su unigénito cuanto y como se puede amar á un ser infinitamente digno de amor: Jesus ama á María cuanto cabe en un ser sumamente perfecto respecto de la que le dió á luz en tiempo para contribuir á la realizacion de los deseos de todos los siglos. ¡Y tal madre se vé separada de tal hijo por una sentencia injusta y cruel! ¿Quién pues podrá medir lo profundo é intenso de su dolor? ¿Quién calcular ni siquiera imaginar los efectos de semejante separacion?

Sé que acometo una empresa imposible; convencido estoy de que me sería mas fácil agotar las aguas del océano, que sondear ese abismo de amargura en que quedó sumergido el corazon de María. Sin embargo, en cumplimiento del triste deber que he aceptado, ensayaré presentaros un ligerísimo bosquejo de esta última escena que puso el sello á las angustias maternas de la Virgen dejándola abismada en la mas triste y espantosa soledad. Invoquemos ante todo los divinos auxilios etc.

AVE LACRYMIS PLENA.

### REFLEXION UNICA.

El que en su muerte no tubo donde reclinar su cabeza, el que todo lo habia dado á la humanidad, hasta su misma madre, iba á recibir la limosna de un sepulcro. ¡Trance apuradísimo y desgarrador para el corazon amante de María! Absorta en un indefinible éxtasis de dolor yacía aquella desventurada mujer, estrechando contra su seno el ensangrentado cadáver de su hijo. En medio de un espectáculo tan sensible y doloroso, la última dicha que podia anhelar, el

único consuelo que la quedaba en el mundo, era ver y abrazar aquel cuerpo exánime de Jesús y regarle con su precioso llanto, ya que ni podía hacerse escuchar de él, ni sus lamentos podían llegar á despertarle de su eterno sueño. Mas, ¡ay! que bien presto debía faltarle este liviano consuelo, porque iba á serle arrancado aquel tesoro con quien estaba identificada su alma!

Era llegado el momento de que se cumpliesen en María los decretos celestiales. La mística ciudad de Dios debía quedar solitaria en esta tierra de quebranto. La madre augusta del Verbo, la esposa inmaculada del Espíritu divino, la hija predilecta del Todopoderoso, estaba destinada á sufrir todos los horrores del mas cruel aislamiento, sobreviviendo al que era toda su vida, separándose para siempre del que sostenía sus amargos días, quedando de un golpe viuda sin esposo, huérfana sin padre, madre sin hijo, pues que todo lo era para ella Jesús y todo lo perdía con su ausencia. Urgiendo los instantes de dar sepultura al cadáver, y no pudiéndose ya prolongar mas esta fúnebre ceremonia, los piadosos varones á quienes cupiera la suerte de tributar al Salvador este postrer honor, preparáanse á cumplir su misión conduciendo á Jesús á su última morada.

¡Enmudezca aquí la elocuencia humana! ¿Quién es capaz de imaginar lo doloroso y cruel que debió ser para María aquel acto de desprenderse de su hijo? ¿Cómo interpretar los sentimientos de aquella madre al dejarse arrebatar aquel preciosísimo depósito? ¡Si al menos hubiese sido para ir á sepultarse con él bajo la fría losa de la tumba! ¡Si le hubiese sido concedido exhalar su último suspiro abrazada con aquel hijo amado!... Mas no era así, sino que para complemento de su desgracia debía morar todavía algunos años en un mundo que era para ella el mas horrible destierro. Había aceptado la cláusula solemne del testamento del nuevo Mediador, que la instituía madre, protectora y amparo de la humanidad desvalida. Había consentido en ser el refugio y apoyo de los que áquel viniera á redimir, continuando en su obsequio una vida de indefinibles tormentos, y apurando hasta la última gota del cáliz repugnante que venía gustando desde el día en que le fué anunciado que su hijo sería el blanco de toda contradicción. El mundo tenía pues, derechos in-

contestables á la vida de su corredentora, y en vano era que esta anhelase con ánsia una muerte que contrariaba los futuros destinos de los huérfanos hijos de Adán. Bien comprendía María cuán doloroso era tamaño sacrificio, pero tampoco ignoraba que era preciso resignarse á él por amor del hombre, bien así como Jesús se resignara en fuerza de este mismo amor á consumir la ofrenda de su preciosa vida sobre el árbol de la expiación. ¡Que antítesis tan sublime! ¡Un Hombre-Dios aceptando la muerte por rescatar á la humanidad, y una Madre Virgen consintiendo en vivir por continuar su misión reparadora en obsequio de esa misma humanidad! ¡Tan identificados se hallaban ambos corazones en un mismo amor! ¡Tan acordados estaban en los mismos generosos sentimientos!

Entonces fué cuando, al decir de un sabio, el sacrificio de María aceptando una vida que tan angustiosa le era por cumplir los sabios designios de la adorable Providencia, llegó casi á igualar en la esfera de lo humano al sacrificio de Jesús resignándose á una muerte cruelísima cuanto repugnante por obedecer los incomprensibles decretos de su eterno Padre. Entonces fué cuando penetrada la acongojada madre de que no le era permitido seguir á la tumba á su hijo, hubo de consentir en desprenderse de él para que fuese conducido al lugar de su reposo. ¡Momentos supremos é indescriptibles! Leves debieron ser todos los pasados sufrimientos de la Virgen comparados con la angustia que hubo de experimentar al separarse de aquel interesante pedazo de su alma para depositarle en los brazos de los piadosos varones Joseph y Nicodemus. ¡Con qué avidez le contemplaría durante el acto del embalsamamiento! ¡Cómo se derretiría su corazón en dulces monólogos, si es que el quebrantó de su espíritu la permitía articular algunas palabras! Y cuando no, ¡qué elocuente y tierno sería el lenguaje de su silencio! «¿A dónde vas, diría, oh amado de mi alma? ¿Cómo así abandonas triste y sin arrimo á la inseparable compañera de tu existencia? ¿Cómo dejas sola en este valle de lágrimas á la madre que solo por tí y en tí vivía? Tú eras el árbol corpulento y frondoso á cuyo tronco enlazábase y se fortificaba esta débil yedra. Sin tí espuesta al furioso aquilon, presto se verá arrastrada por tierra y pisoteada por el caminante que atraviesa este

desierto. Tú eras el apoyo de mi flaqueza, el báculo de mi vejez, la esperanza de mis días nublados, la aurora de mi salvacion, el bálsamo de mis heridas, todo en suma lo eras para mí, porque yo tambien era toda tuya. Mas ahora, ¿á quien recurriré en mis temores? ¿A quién me volveré en los peligros? ¿Quién me sostendrá en mis adversidades? ¿Con quién contaré en los momentos desgraciados? ¿Quien cicatrizará las hondas llagas que tu amor deja abiertas en mi corazon maternal? ¿Quién fortalecerá mi debilidad en ausencia del que constituia todo mi valor? Me diste al fiel y amante discípulo por apoyo y protector... ¡Triste consuelo! ¡Liviano recurso! ¿Acaso hay nada en la tierra que pueda reemplazar al hijo de mis entrañas? ¿Será capaz ningun mortal de llenar el gran vacío que deja en mi alma el que todo lo abarcaba con su inmensidad? Un hombre por privilegiado que sea, ¿llegará nunca á suplir la ausencia de un Dios? Nó, hijo querido, antes bien esa misma sustitucion será para mí un manantial inagotable de ideas punzadoras y de intolerables reminiscencias. Todo su esmero en complacerme, todos sus filiales obsequios, toda su esquisita diligencia en servirme, solo conseguirá acibarar mas y mas mi vida, al recordar tu amor sin semejante, tus atenciones y generoso proceder y cuanto por mí hiciste durante nuestra inseparable union en este mundo.» De esta suerte, al modo que la delicada flor exhala sus últimos perfumes al declinar la tarde, y evaporándose gradualmente torna á cerrar su lánguido caliz, así María se evaporaba en estos suavísimos deliquios de su alma angustiada ante el cadáver de aquel hijo, que como un Sol reflejaba sus últimos rayos sobre el horizonte para ocultarse en la sombría noche del sepulcro.

Entre tanto el último eco del reloj de la Providencia marcaba el instante decisivo de la separacion de aquel grupo interesante. La comitiva habia llegado al sitio de la sepultura; la losa funeraria iba á caer sobre la tumba de Jesus.... Un momento, y María quedaba reducida á la soledad mas espantosa. Deteneos, piadosos varones, conceded á esa madre una leve tregua, permitidla que dirija el postrer adios al hijo de sus entrañas. No arranqueis á esa inocente oveja del lado de su cordero, sin haber antes lanzado un balido

maternal. Suspende, oh sacrificador supremo, tu afilada cuchilla y no descargues el golpe decisivo que ha de consumir el sacrificio de esa víctima. En efecto, Maria asida á aquel monumento que iba á arrancarla lo único que en el mundo amaba, y sin poder separar sus ojos del adorable cadáver, le riega con su llanto y le dirige la mas afectuosa despedida. «Reposa en paz, le diría, ¡oh hijo de mi corazón! ¡Adios luz de mis ojos, vida de mi vida, esperanza única y tesoro inestimable de mi alma! De tí me separo corporalmente, pero mi espíritu jamás se apartará de tu lado. Fijas estarán en tí todas mis potencias, tuyos serán todos mis suspiros, en tí irán á terminar todos mis recuerdos. Do quiera que marche, tu sombra me acompañará; en mis sueños contemplaré tu bella imagen; al despertar te saludarán mis labios. Una piedra encierra tu humanidad: pero tu amor posará perpetuamente en mi seno. ¡Adios por última vez! Sola de tí en la tierra, no lo estaré empero de tus tormentos. Conmigo llevo la cruel espada que dividió tu corazón y el mio, clavadas tendré siempre las espinas que taladraron tus divinas sienes, fijos los clavos que traspasaron tus pies y manos, atravesada la lanza que hirió tu amantísimo costado, é inolvidables serán para mí tus humillaciones y denuestos, tus oprobios y heridas y cuanto por amor del hombre sufriste. Sé que á una disposición del Cielo debo el no morir contigo y quedar sepultada á tu lado, puesto que de lo contrario las fuerzas de una madre no alcanzarían á sobrellevar tan rudos golpes. Por eso me someto á tan sensible deber, por eso acepto tan sublime sacrificio, por eso me resigno á vivir muriendo, para que en todo se cumpla la voluntad de Dios en su sierva. Cual tórtola inconsolable cantaré en la soledad mi viudez y mi aislamiento; los vientos llevarán mis gemidos hasta los confines de la tierra; testigos serán de mis quejas las aguas de los torrentes, los árboles del desierto, y las rocas de las montañas: porque donde quiera resonarán los lamentos de la Raquel mas angustiada por la pérdida del mejor Hijo. ¡Adios! Tu madre desfallece.... ¡Cielos! Aceptad la ofrenda de esta víctima que se inmola ante las aras del mayor dolor.»

Dejemos á Maria, C. O., abismada en aquel éxtasis doloroso que no nos es dado comprender; renunciemos á describir la amargura

de aquella escena que escede á cuanto es capaz de crear la imaginacion mas fecunda; y acompañemos en espíritu á la desamparada Virgen de Sion en su regreso al cenáculo donde debia esperar el cumplimiento de las divinas promesas. Concedid si podeis su horror y estremecimiento al contemplar, á través de la espirante luz que despedian las estrellas en aquella funesta y sombría noche, el instrumento fatal del suplicio del gran profeta crucificado. ¡Cómo se despedazarían sus entrañas, qué convulsiones tan desgarradoras sentirian sus virginales miembros, cuando se presentó á su vista aquel árbol ensangrentado en que espirara su divino hijo! ¡Cómo retemblaria bajo sus vacilantes pasos aquel terreno sembrado de abismos y mostrando las recientes ruinas de la naturaleza! ¡Cuál vibraría en sus oidos el eco de las blasfemias, de los insultos, de las imprecaciones y ultrajes que la impiedad judáica hiciera resonar allí pocas horas antes contra el mas inocente y santo de los nacidos! ¡Con qué indefinible angustia recordaria los tormentos y prolongada agonía del Salvador, su sed abrasadora, su cruel desamparo, y las circunstancias todas de aquel horrendo drama! ¡Cuán hondamente se renovarían en su maternal corazon todas las heridas que en él abriera la aguda espada del Omnipotente! Preciso seria arrancarla con violencia de aquel sitio que no brotaba para María sino punzadores abrojos, espinas agudísimas, reminiscencias mas amargas que la hiel de dragones y el veneno de áspides, y recuerdos capaces de afectar hasta á los mismos peñascos del Gólgatha, si en ellos existiese el menor vislumbre de sensibilidad. Ello es que no solamente la piadosa comitiva que acompañaba á la Virgen hallábase enternecida en grado indecible, sino que, en opinion de San Bernardo, hubo personas de las mas comprometidas en la muerte del Salvador, de las mas enemigas del presunto reo, que no pudiendo resistir al espectáculo de una madre tan afligida, pagaron á su dolor un tributo de involuntario llanto (1).

¿Y seria posible que nosotros no rindiésemos ese homenaje de compasion á nuestra desconsoladísima madre María? Nosotros que

(1) Multos etiam invitos ad lacrymas provocabat. De lam. Virg.

fuiamos la causa ocasional de todas sus torturas; nosotros por quienes ella apuró hasta las heces el nauseabundo cáliz de la pasión de su unigénito; nosotros que con nuestras culpas provocamos la cólera de un Dios que recayó con todo su peso sobre esa víctima inocentísima del amor más puro; nosotros á quienes sobre aquella montaña de la mirra, nos concibió en su seno y nos dió á luz entre las agonias que jamás esperiméntó ningun sér humano: ¿no verteríamos lágrimas de reconocimiento y gratitud, de piedad y ternura hácia esa Virgen candorosa, origen de nuestra dicha, instrumento de las bondades del cielo, y centro de las misericordias de Dios para con la desvalida humanidad?

¡Oh! No sean ineficaces, M. A. O., los dolores de María para nuestras almas. Ya que en este piadoso septenario consagrado á su culto hemos renovado la memoria del sublime sacrificio que desde el templo de Jerusalem hasta la cima del Gólgota vino ofreciendo la augusta madre del Redentor como cooperadora de nuestro rescate, procuremos que tan precioso recuerdo quede indeleblemente grabado en el fondo de nuestros corazones, como un poderoso estímulo que nos aliente á seguir las ensangrentadas huellas de Jesús y á identificarnos con los sentimientos de María. Llevemos á nuestros hogares esos sentimientos de tierna simpatía que ha creado en nosotros el descolorido cuadro de tantas angustias que en estos dias os he trazado. Sean de hoy mas los sufrimientos de esa criatura tan sublime el tema incesante de nuestras meditaciones, seguros que de ese venero inagotable surgirán raudales abundantísimos de gracia y de santificación que fecundarán la tierra estéril de nuestros corazones.

Pero antes de separarnos de este sitio en donde queda sepultado nuestro tesoro, despidámonos de esos dos caros objetos, diciendo compungidos y cordialmente pesarosos de nuestras culpas: Adios Jesús amantísimo, víctima angusta de nuestros delitos, que á tan caro precio nos comprásteis el reino celestial de que nos hallábamos desheredados para siempre. Adios Salvador adorable, autor de nuestra libertad, fuente de nuestra dicha, y apoyo único de nuestros destinos. ¡Bendita eternamente esa sangre que por nosotros vertisteis! ¡Benditos esos tormentos que por nosotros tolerásteis! ¡Bendita

esa Cruz en que anulásteis el decreto de nuestra espatriacion! ¡Ben-  
dita tu muerte que nos proporcionó la vida eterna! Y vos madre  
dolorida, vida, dulzura, y esperanza del mundo, consuelo del triste,  
amparo del desvalido, protectora del huérfano, apoyo del débil,  
norte del desorientado mortal, aurora divina del sol de justicia.  
¡Adios! En vos reside el camino de la verdad, la senda que guia al  
paraiso, el principio de toda la virtud, el canal indefectible de to-  
das las gracias. Digna érais de ser la tesorera del cielo, la deposi-  
taria de los dones del Altísimo, y la dispensadora de la salvacion,  
pues que fuiste tambien la mujer mas atribulada, la madre mas an-  
gustiada, la Virgen mas desconsolada, la reina de los mártires, que  
á todos escediste en fortaleza, en generosidad, en valor, en dignidad,  
y en heroismo. Esto os valió ser proclamada emperatriz del universo  
y madre comun de todos los mortales: títulos preciosos que adqui-  
risteis á través de una larga série de dolores indefinibles, y consu-  
mando un sacrificio que, despues del de vuestro unigénito, no ha te-  
nido ni tendrá igual. Jamás, pues, olvidéis esto, ni los derechos que  
en el Calvario nos adquirísteis, ni el legado que entramos á poseer  
en fuerza del testamento del supremo mediador desde el instante de  
vuestra aceptacion. Con tales precedentes nunca vacilaremos recurrir  
á vos en nuestras necesidades, implorar vuestra proteccion en los  
peligros, apiñarnos en torno vuestro en los dias de la tribulacion,  
acogernos bajo vuestro manto en los momentos adversos; seguros  
de que vos que tanto llorásteis y padecísteis por nuestro amor, no  
nos negareis vuestros auxilios, y nos conduciréis por entre las es-  
cabrosas sendas de la presente vida, hasta colocarnos en la patria  
feliz de la bienaventuranza.

---

# DISCURSO

## SOBRE LOS DOLORES GOZOSOS DE MARIA SANTÍSIMA.

---

CONSUELO INDEFINIBLE QUE EL SEÑOR PROPORCIONÓ Á MARIA EN SUS  
MISMOS DOLORES, NEUTRALIZANDO SU ACCION CON EL CONOCIMIENTO  
DE LAS INMENSAS Y FELICES CONSECUENCIAS DEL SACRIFICIO  
DE SU DIVINO HIJO.

---

*Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuæ  
lætificaverunt animam meam.*

A proporcion de los muchos dolores que atormentaron mi corazón, los consuelos llenaron de alegría mi alma.

PSALM. XCHI. 49.

¡LEY terrible la que desde la cuna del mundo venia pesando sobre la desventurada raza de Adan! ¡Necesidad funesta al par que amarga! Privado el hombre de la justicia original, y despojado de todos los derechos que esta le daba, su único patrimonio fué el dolor, su único legado el sufrimiento. Nacer en el llanto, vivir en la miseria, morir en la angustia, hed la expiacion irrevocable que la criatura rebelde debia á la divinidad ofendida. Tornar al polvo de donde saliera, volver á la nada de donde fuera estraido, abismarse de nuevo en la profunda humillacion de donde le sacó la mano omnipotente, tal fué el destino del triste mortal desde el momento en que rompió el pacto de alianza hecho con su Criador. Si dócil á los preceptos del Altísimo hubiese perseverado en la inocencia, los goces hubieran hecho deliciosa su existencia, nada hubiera tenido que desear ni apetecer para ser feliz, porque la dicha era una condicion esencial de

la justicia; empero habiendo faltado á los principios constitutivos del órden establecido en sus relaciones ulteriores con Dios, caducaron todos los derechos, destruyéronse las bellas armonías que le unian con el Ser Supremo, prescribieron todos los privilegios que espontáneamente le fueron concedidos, cambi6 completamente su porvenir; y en adelante no le qued6 otro recurso que humillarse para enaltecerse, padecer para comprar la bienandanza, conquistar la gloria á fuerza de abatimientos, recorrer una larga y erizada senda de reveses é infortunios para llegar al descanso, y apurar un cáliz envenenado de amarguras y adversidades antes de entrar en el goce de las eternas delicias. ¡Transformacion instantánea y prodigiosa! En un momento todas las esperanzas del hombre habian salvado el espacio, y trasladádose á las lindes de la eternidad: porque solo allí podia encontrar gloria positiva, gozo verdadero, é inalterable bienestar.

Tan exacto es esto, M. A. O., que el mismo Mediador Divino, á pesar de ser el Santo de los santos, no obstante en su cualidad de hombre mortal, no quiso esceptuarse de esa ley rigurosa promulgada contra toda carne; antes bien compr6 á precio de los mas sensibles oprobios su infinita gloria, se prepar6 mediante el dolor para conquistar su perdurable dicha, y por el camino de los tormentos llegó á la cumbre del eternal gozo. ¿Cómo pues no habia de ser comprendida en ese fallo universal la augusta Madre de Dios, la bella y sin par María, unida como estaba con tan estrechos lazos al adorable Redentor del linage humano? Ciertó que despues de Jesus nada hubo en la tierra mas virtuoso, mas inocente, mas puro y de una santidad mas sublime; como que era la obra maestra del poder divino, el rasgo mas acabado de su sabiduría, la estraccion mas inefable de su amor, el compendio de todas sus magnificencias, el bello ideal de todas sus perfecciones. Ni la mas ligera mancha empañára la limpidez de ese brillante espejo de justicia, ni la sombra mas leve oscureciera la claridad de esa aurora celestial, ni el mas imperceptible átomo de culpa afeára la singular hermosura de esa predilecta Hija del Altísimo. No importa: era mujer, era mortal, era madre, y madre de un Hombre-Dios; y por lo mismo que estaba destinada á

ocupar un dia el primer sitio al lado de su Hijo en la mansion de la inmortalidad, por lo mismo que sus privilegios, prerogativas y virtudes debian colocarla en una gloria superior á todo lo criado; por lo mismo que debia ser mas que todas las criaturas feliz y bienaventurada, era preciso que fuese mas que todas ellas atribulada, y que sus padecimientos fuesen proporcionados á sus futuras delicias. Antes pues de embellecer sus virginales sienes con la diadema de las reinas, debia ser coronada con la aureola de los mártires; una corona de tribulacion debia prepararla á ceñir dignamente la corona de la gloria; un abismo de angustias debia preceder á otro abismo de felicidad: pues por una consecuencia lógica y necesaria, en proporcion de la acerbidad de sus dolores, la tenia el cielo reservados los mas puros é indefinibles consuelos: *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tue latificaverunt animam meam.*

Este extraño y fenomenal misterio de dolores y gozos, de abatimientos y elevacion, de martirio y de felicidad, es el que venimos á admirar hoy en la Santísima Virgen María. Tal vez mi débil voz no alcance á interpretarle segun vuestros deseos y los míos; pero si no logro satisfacer como quisiera vuestras esperanzas, procuraré al menos dejar satisfecha vuestra piedad y devocion. Voy pues á manifestar sencillamente que « Dios proporcionó á María en sus mismos dolores un consuelo indefinible que la indemnizó cumplidamente de sus sufrimientos, neutralizando su accion con un claro conocimiento de las inmensas y felices consecuencias del sacrificio de su Divino Hijo.» Tengo propuesto, etc.

AVE MARÍA.

### REFLEXION UNICA.

Nada hay tan elocuente para espresar la existencia y los efectos de esa terrible ley de la expiacion que, á pesar del sacrificio reparador del Calvario, continúa pesando sobre la humanidad, como el

espectáculo de los dolores y sufrimientos que experimentó durante su vida la augusta Madre del Verbo. Jamás la divina sabiduría hubiera podido proporcionar una lección mas eficaz al hombre carnal, que cifra toda su dicha en acumular á su alrededor la mayor suma posible de goces sensibles, de la nulidad de sus recursos y de lo vano de sus esperanzas. Ninguna criatura existió tan santa y digna de las complacencias del Criador; ninguna que atesorase tantas riquezas de virtud, tan bellos dones de gracia y de naturaleza; ninguna, en fin, que con fidelidad tanta hubiese correspondido á sus altos é inefables destinos. Y sin embargo, ¡oh adorables secretos de la Providencia! ¡oh insondables abismos de la infinita ciencia de Dios! en ella parecieron reunirse como las olas del mar todas las angustias, todos los tormentos, todos los martirios, cual si fuese la única victima destinada á ser inmolada sobre las aras de la eternal justicia.

Poco era que todos sus títulos de nobleza y de gloria quedasen sepultados en las sombrías regiones del olvido; poco que sus altísimos merecimientos y sublimes dotes fuesen eclipsados por esterioridades humillantes que la hacian aparecer como una de las mas pobres y oscuras hijas de Judá. Nacer en la indigencia, vivir en el ostracismo lejos de la patria de David y del suelo que ennoblecieron sus abuelos, habitar en un pueblo reputado por el mas vil y despreciable de la Judea, unir su suerte á la de un humilde artista, y ser conocida por el título de la mujer de un carpintero; todo esto, y cuanto de mas amargo y sensible hubo en la existencia de esa Virgen, en quien plugo al Altísimo derramar todos los tesoros de su magnificencia, nada afectaban el corazon magnánimo de la que cifraba su única y positiva grandeza en ser la sierva del Señor, y su mas puro gozo en servir y amar al que únicamente era digno de ser servido y amado. Pero María era madre, y bajo este concepto, identificada con el hijo de sus entrañas, por él vivia, por él se desvelaba, por él sufría, y cuanto respecto de él pudiera ser motivo de humillacion ó de pena, convertíase para su corazon maternal en un manantial envenenado de martirio y de cruel tribulacion. Hed ahí el origen de todas las angustias de esa mujer sin segunda y el objeto de sus mas

acerbos dolores. ¡Verle en su misma cuna privado de los recursos mas indispensables, sin simpatias en un suelo que venia á hacer feliz, rechazado de los suyos y obligado á albergarse en un abandonado establo entre animales estúpidos y entre sencillos aldeanos! ¡Verle apenas nacido vertiendo su sangre bajo el cuchillo de la Circuncision, y declarado allí mismo por una voz autorizada víctima de todo género de contrariedades y piedra de toque de las persecuciones mas crueles! ¡Verle poco despues condenado á andar fugitivo y errante por paises estraños huyendo de los lazos de la mas torpe venganza, y obligado á mendigar un asilo hospitalario por salvar su inocente vida del alfange homicida de un rey bárbaro y opresor! ¡Verle en su infancia perdido durante tres dias en una ciudad que conservaba recuerdos hostiles y antipatias mal apagadas contra su persona, espuesto al ódio de algun mal intencionado ó al puñal aleve de un vengativo asesino! ¡Verle en su vida pública despreciado por los unos, blasfemado por los otros, contrariado por estos, calumniado por aquellos, aqui sirviendo de pábulo á la maledicencia del venal sacerdote, allí acechado por la implacable envidia del hipócrita fariseo, mas allá desacreditado por el incrédulo escriba, y no pocas veces perseguido de muerte por los corrompidos pontífices del Sinedrio! ¡Verle, por último, vendido traidoramente á sus enemigos por un discípulo codicioso y apóstata, arrastrado á los tribunales como reo de estado, cargado de hierros y entre fuerza armada, condenado en ellos por jueces vendidos al ódio popular contra todas las prescripciones del código hebreo y sin salvar siquiera las formas de un proceso legal, pospuesto á un infame bandido terror del pais y azote de la humanidad, entregado al capricho de masas turbulentas que sácian en él toda su saña, sometido al castigo de los esclavos, denostado y ultrajado hasta donde puede llegar el refinamiento de la humana malicia, conducido con estrepitosa algazara al suplicio de los malhechores, y clavado entre dos de ellos en una cruz, donde muere por fin despues de una terrible y prolongadaagonia en medio de los insultos y de las maldiciones de aquel pueblo sobreescitado con la fiebre de la venganza! Todo esto sufrió la augusta Madre de Jesus, siendo su vida una larga cadena de do-

lores, amarguras y tormentos indefinibles que ninguna lengua humana ni angélica basta á ponderar suficientemente, y cuyos eslabones formaron esa diadema de tribulacion que la tenia reservada el cielo como á reina de los mártires y corredentora del universo.

Pero la Providencia divina no podia menos de indemnizar á esa sublime criatura de tantas adversidades como sobre ella hiciera pesar en cumplimiento de los decretos de la eterna sabiduria. Por efecto de un prodigio de omnipotencia y de amor inesplicable, la maternidad misma de María, origen de todos sus desconsuelos y penalidades, debia hacer brotar en ella una fuente abundantísima de consuelos y felicidad. Allí donde residia el manantial de los acerbos dolores que torturaron su purísimo espíritu, existia tambien el inagotable principio de donde arrancaban sus mas bellas esperanzas. Cierto que la escena de Belen fué para esa madre harto penosa y triste por el desamparo y estremada pobreza á que vió reducido á su querido hijo, siendo como era el Rey de las eternidades; empero ¡qué gozo tan puro, qué dicha tan incomparable no esperimentó al contemplarle en aquel pobre albergue ensalzado por los coros angélicos, festejado por los cándidos pastores, y reconocido y adorado por los mas opulentos monarcas de Oriente! Bien pudieron afligir su alma virginal las pajas del establo, los pañales y las lágrimas del recién nacido Jesus, y todo aquel aparato de privacion y de indigencia que rodeaba su entrada en el mundo. Mas ¿cuánto no debió regocijarla el ver que allí donde la humanidad del Verbo se mostraba mas despreciable y abyecta recibia no obstante los homenajes del Cielo y las ofrendas de la tierra, y atraía de los últimos confines del orbe las primicias de la naciente iglesia que venia á fundar, inaugurando así desde el pesebre el inmortal imperio de la verdad que debia constituir sobre las ruinas del error? Si su corazon se vió traspasado de la mas aguda espada bajo las bóvedas del templo, al escuchar el vaticinio que designaba á su hijo como el blanco de la aniversion de un mundo ciego instrumento de los designios providenciales: ¿quién puede calcular el gozo que la cupo al oír las magnificas alabanzas que de él se hacian, proclamándole Salvador del linage humano, esperanza de todos los pueblos, orgullo y gloria de Israel, antorcha

de las naciones sumergidas en la profunda noche del pecado, y principio de resurreccion para cuantos se adhiriesen á su doctrina? Si durísimo fué para su maternal corazon contemplar á Jesus prófugo como el fratricida Cain cuando venia justamente á fundar en la tierra un gran pueblo de hermanos basado sobre la idea de un amor celestial; huyendo de la sombra de un rey sanguinario y receloso al que traia la mision de conquistar el universo, no con la espada sino con la doctrina, no avasallando á sus semejantes con el hierro sino elevándolos con la caridad, no aspirando á un poder que se gasta con el tiempo y se desvirtua con el vicio, sino anhelando á la única preponderancia de los beneficios que se afianza con la virtud y dura hasta la eternidad; ¿qué satisfaccion no experimentaríá al ver que aquel débil infante que entonces tenia necesidad del apoyo de una madre mortal, mostraba ya entre las fajas ser el objeto de los temores del caduco Herodes, poniendo en consternacion su reino, haciendo temblar á la Sinagoga, y sembrando el terror y el espanto entre los sabios y doctores, entre los ancianos y miembros del gran consejo de Israel, hasta el punto de adoptarse medidas extraordinarias para contrarrestar la influencia del nuevo príncipe y precaver una invasion enemiga? Y si al perderle en Jerusalem su angustia no conoció límites, creyéndose ya para siempre separada del que formaba todo su encanto y tantas delicias sembraba en su pobre y modesta existencia; ¿á dónde no rayó su alegría y su gloria cuando le halló deslumbrando con su sabiduría á los doctos maestros de Israel, admirando con su doctrina á los genios mas eminentes de su época, desvaneciendo con sus enseñanzas las preocupaciones de la raza farisáica, y conquistando entre las lumbreras del pueblo escogido una reputacion inmensa, un renombre preclaro, y una veneracion profunda?

Pero pasemos de largo todas las demás escenas de tristeza y regocijo, de dolor y de gozo, de quebranto y de satisfaccion, de angustia y de placer que entretegieron la doble aureola de la madre-Virgen, para llegar á la mas importante y digna de nuestras meditaciones. Seguidla al Cedron, acompañaadla al Pretorio, corred tras ella por las calles de la turbulenta Jerusalem, trepad en pos de sus huellas la escarpada cima del Gólgotha.... ¡Al Calvario! Allí es donde

yo os convido á contemplar esa mezcla inesplicable de martirios sin término y de felicidad sin fin, ese océano sin fondo de desconciertos indefinibles y de inefable ventura en que se vió sumergida María. ¡Mas cómo! ¿Puede caber el menor vislumbre de gloria en medio de la mayor de las ignominias? ¿Es posible concebir el mas leve rayo de consuelo á través del destrozo mas completo que jamás experimentó el corazón de una madre? Donde no pudo ir mas adelante el sufrimiento, pues que en María se reunió cuanto la humanidad entera hubiese podido padecer de mas cruel y amargo; ¿es compatible ni sombra siquiera de dicha y bienandanza? ¡Misterio admirable! ¡Fenómeno singular! ¡Prodigio extraordinario! Si, católicos: yo concibo esa gloria que para vosotros es un problema sin solución, yo veo esa felicidad que no cabe en vuestras ideas, yo trasluzco esa ventura que se resiste á creer vuestra razón. Y la concibo en lo mas horrible de los tormentos del Hombre-Dios que desgarran el alma de la Virgen, y la veo en el abismo casi infinito de humillaciones y oprobios que desde la persona del Redentor cayeron como de golpe en la de su madre, y la trasluzco por entre esa nube inmensa de blasfemias, denuestos, improprios, maldiciones é insultos que hieren los oídos de la víctima del Calvario, y destrozan de rechazo el espíritu de la que le dió á luz. ¡Y qué! ¿No era María la Corredentora del linaje humano? ¿No habia aceptado la parte que la pertenecia en la grande obra de la reparación del mundo? ¿Ignoraba acaso que al sacrificio de su hijo estaba vinculado el porvenir de todos los pueblos de la tierra, y que de él pendian sus felices destinos? ¿Podia ocultársele que con la sangre de Jesus iba á sancionarse el nuevo pacto prometido tantos siglos antes, y á inaugurarse la gran revolución moral que debia operar la transformación mas sorprendente en todo el globo, modificando sus ideas, rectificando sus errores, cambiando sus costumbres, creando nuevos hábitos, formando nuevos pueblos y regenerándolo todo de una manera prodigiosa? Pues hed ahí, M. A. O., la resolución de ese indescifrable problema. María asociada á su hijo como cooperadora de la Redención, y conocedora de las felices consecuencias que aquel doloroso sacrificio debia acarrear á la humanidad culpable, no podia menos de gozarse en la futura felicidad de

la raza desheredada, y de consolarse en cierto modo en sus acerbos dolores con la idea de la salvacion que todo un mundo iba á conseguir á precio de la vida del Hombre-Dios. Por eso, dicen los padres y doctores, permaneció Maria cabe el suplicio de su unigénito con una fortaleza tan varonil; por eso resistió con tan asombrosa magnanimidad las furiosas oleadas de la tribulacion que azotaban la débil navecilla de su alma; por eso pudo escuchar sin morir las burlas sangrientas, las bárbaras carcajadas y los insultantes dieterios de la impiedad que acompañaban á la agonía del Salvador; por eso no desfalleció al oír de los labios de Jesus moribundo el nombre de mujer sustituido al de madre, en el que se encerraba la mas sensible traslacion de derechos y de deberes recíprocos; por eso en fin se hizo superior á sí misma durante aquella trágica escena, y devoró hasta la última hez del caliz del furor divino, y sobrevivió milagrosamente á tantos y tan crueles combates; porque la idea de la reparacion universal dominaba en ella todas las ideas de mujer y de madre: y en el pensamiento de la felicidad y ventura del mundo hallaba aquel corazón generoso la compensacion de todos los martirios de que era víctima inocentísima. Hallaba mas, y no dudará decirlo, hallaba un consuelo y un gozo indefinibles, pero no menos reales y positivos. No me tacheis de exageracion prejuzgando mis ideas. Culpad antes de inconsiderados á los padres de la Iglesia que han asegurado haber ofrecido Maria espontáneamente á su unigénito á la muerte por la salvacion de los hombres durante la sangrienta oblacion del Calvario; culpád á los que se atrevieron á decir que en aquellos instantes tan críticos, el amor de Maria hácia el linage pecador la hizo desear y anhelar la muerte de su hijo, ya que muriendo él debian vivir los desgraciados descendientes de Adán; culpád á los que no han vacilado en consignar que á trueque de que se verificase la redencion de la humanidad, ella misma hubiera tomado parte en la crucifixion de Jesus, á no haber habido quien llenase aquella mision horrible.... Y si estos genios ilustrados en los misterios del cristianismo han hablado de esta suerte, sin que á ninguno haya ocurrido impugnar proposiciones al parecer tan atrevidas: ¿no podré yo decir que en aquellas solemnes horas de la inmolation del Justo por esce-

lencia, cupo á María en medio de sus dolores un consuelo incomprendible tambien en sí mismo, pero harto demostrado en los motivos que le ocasionaban?

¡Horas memorables! ¡Momentos los mas fecundos en sucesos extraordinarios! Entonces triunfaba un Dios-Hombre del mundo, de la muerte, del infierno, y hasta de la misma justicia divina, reemplazando su imperio con el reinado de la misericordia. Entonces se cumplian los oráculos de cuarenta siglos, y en la imaginacion de la Virgen dolorida, dice un sabio escritor, «pasaban como en un delicioso panorama los patriarcas, los reyes, los profetas y demás justos del antiguo testamento, inclinándose delante del Crucificado, cual los haecillos de los hijos de Jacob ante el haz misterioso de Joseph. Parecía ver á Moisés y Aaron depositando al pié del nuevo árbol de la vida el arca de la alianza, el Ephod, el racional, la lámina de oro, y el ramo de almendro, símbolo del Sacerdocio hebreo cuya mision iba á espirar. Creyó apercibir á David colocando su harpa profética al lado de la espada de Finées, del sagrado cuchillo de Abraham y de la serpiente de metal... Por último, penetrando con su mirada de águila el inmenso horizonte del porvenir, presentáronse á su vista las naciones todas del mundo reunidas junto á la Cruz para recibir el Evangelio; la Etiopía y las Islas elevando hácia el Mesías triunfador sus manos suplicantes; el desierto regocijándose y floreciendo como la rosa; el conocimiento de Dios estendiéndose por toda la tierra como las crecientes aguas se dilatan por las arenosas márgenes del océano, y mil voces repetir en todos los idiomas: ¡Cristo ha triunfado: bendito sea!» (1) Entonces el corazon angustadísimo de María, dando leve tregua á sus pesares, entregábase todo á la influencia de estas ideas consoladoras, y parecia renacer á una nueva vida de amor y de esperanza. ¡Vida efimera que no tardaba en laguidecer bajo la accion de nuevos pensamientos desgarradores, á la manera de una débil flor agostada por los ardientes rayos de un sol abrasador!

Tal fué, Católicos, la lucha trabada en el alma de la Virgen durante

(1) Orsini. Hist. de la Madre de Dios. L. X.

la cruel escena del Gólgota: hed ahí las dos coronas de tribulacion y de gloria, de amargura y de consuelo, de quebranto y de esperanza que ciñeron las sienes de esa reina mientras vivió en la tierra. Ambas fueron fabricadas por el amor: una y otra las entretejieron las manos del hombre; porque el hombre desgraciado y pecador fué el principio y el término de todos los sufrimientos de la madre de un Dios que espiaba los delitos que aquel cometiera, bien así como el objeto de las satisfacciones que experimentaba en vista de los beneficiosos efectos que el gran sacrificio debía acarrear al mundo. A nosotros, pues, toca proporcionar á nuestra benditísima madre el verdadero solaz que como hijos fieles podemos y debemos prestarla. A nosotros cumple hacer por nuestra parte que el gozo de su alma maternal sea proporcionado á las amarguras que por nuestra causa hubo de devorar. Justo es que contribuyamos á consumir su ventura, ya que fuimos los instrumentos de sus desgracias. Presentémosla una corona de amor, en vez de aquella otra de espinas que nuestros pecados la prepararon; y ella nos dará en cambio una diadema de inmarcesible gloria que adornará nuestras sienes en la region de la inmortalidad.

## DISCURSO

### PARA EL DIA DEL FELIZ TRÁNSITO DE MARIA SANTÍSIMA.

EL TRÁNSITO DE MARIA CONSTITUYE EL TÉRMINO DE TODAS SUS ASPIRACIONES, EL COMPLEMENTO DE SUS ESPERANZAS, Y LA COMPENSACION DE SU INMENSO AMOR.

*Fulcite me floribus... quia amore languo.*

Adornarme con flores, porque muero de amor.

CANT. II. 5.

**E**N dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Qué se ha hecho de tus trofeos? Tú entraste en el mundo por el pecado: él te franqueó las puertas, y tu imperio homicida se extendió por todo el globo, sacrificando innumerables víctimas ante tus fúnebres altares regados con el llanto de los descendientes de la Eva rebelde. Hasta el mismo Hijo de Dios sucumbió bajo tu fiera guadaña, como responsable que era de los delitos de la humanidad, siquiera tu accion devastadora no alcanzase á triunfar completamente del que venia á destruir tu funesta dominacion. Tambien la mujer privilegiada, la única no comprendida en el anatema divino, la sola entre las criaturas que fué exenta de la mancha original te vió momentáneamente acercarse á su lecho: pero de ninguna manera fué presa de tu cortante hoz, no fuiste tú realmente la que terminaste una vida tan pura y santa, ni podia contarse en el número de tus despojos la que jamás participó de la herencia de una madre maldecida.

¡Quién es en efecto, M. A. O., ese ser fenomenal cuyos últimos momentos son tan deliciosos y risueños como los de la aurora que amanece en un bello día de primavera? ¿Quién es esa mujer que abandona la tierra entre trasportes del mas puro júbilo, cual desterrado que despues de un prolongado ostracismo toca la playa deseada do le esperan los objetos mas caros de su corazon? ¿Quién es esa criatura singular para quien el tránsito del tiempo á la eternidad es un triunfo, puesto que constituye el complemento de todos sus deseos y de sus únicas esperanzas? ¿Quién es en fin esa madre cuyos postrimeros acentos, melodiosos como los del enamorado cisne, vibran en los pechos de sus hijos con una armonía celestial, inspirándonos gozo en vez de pesar, delicia inefable mas bien que amargo llanto, alborozo y contento en lugar de suspiros? No es esto lo que generalmente sucede en el mundo: la naturaleza ha cambiado aquí sus leyes. Cuando perdemos á la que nos dió el ser, nuestra filial ternura se espresa con el sentimiento que brota espontáneamente en lágrimas de amargura. Su recuerdo acibara nuestros momentos mas felices, anubla nuestros dias mas serenos: y aquel en que celebramos la memoria de tan sensible pérdida, el único consuelo que resta á nuestro corazon es tomar unas livianas flores é ir á depositarlas junto con nuestros suspiros sobre la tumba que encierra unos restos tan preciosos. No asi en este dia aniversario del tránsito de la incomparable Virgen María. Ni el mas leve gemido viene á interrumpir su sueño celestial: ni la menor demostracion de pena viene á turbar el júbilo que inunda todos los corazones cristianos: ni una sola lágrima viene á verter la amargura en el seno de los hijos de esa madre amorosísima. ¿Y por qué? ¡Ah! Es que ella no ha sucumbido al peso de ese agente irresistible de la eternidad, que corta cuando le place el hilo de la vida de los miserables herederos del primer culpable. Es que ella no ha caido bajo el dominio de ese genio devastador cuyos inseparables compañeros son el dolor y la tristeza, y los ejecutores de sus decretos la corrupcion y los gusanos. No, Católicos, si Maria paga tributo á la humanidad viendo finalizar sus tristes dias sobre la tierra, ella muere de amor, como la esposa de los cánticos, bien asi como de amor viviera; su muerte es el sueño del ángel cuyo despertar es la in-

mensidad de una gloria sin término; su tránsito es el éxtasis de un alma enamorada, que pasa en breve para unirla inseparablemente al objeto de sus delicias: *Fulcite me floribus, quia amore langueo.*

Tal es la idea que nos ofrece la presente festividad, y de la que no pienso separarme en mi discurso. Presentaros el tránsito de la Santísima Virgen «como el término de todas sus aspiraciones, como el complemento de sus esperanzas, como la consumacion de su inmenso amor,» hé aquí todo el fondo de mi pensamiento. ¡Dichoso yo si consiguiésemos desenvolverle de un modo digno de tan elevado objeto y propio á escitar vuestra tierna piedad! Ayudadme, pues, á implorar los auxilios que necesito, interponiendo el valimiento de esa Virgen poderosísima, á cuyo efecto la saludaremos con las palabras del ángel:

AVE MARIA.

### REFLEXION UNICA.

Acostumbrados á considerar la muerte como la disolucion de nuestro ser material, y á no contemplar en ella sino lo que tiene de amargo y terrible, cuéstanos no poco formarnos una idea halagüena de esos postreros momentos que, trasladando al alma desde el tiempo á la eternidad, la ponen en inmediato contacto con su Criador, despojándola de todo lo que la servia de obstáculo para elevarse á su único principio y último fin. Adheridos á una tierra que nos dió un asilo prestado al entrar en el mundo, nuestras aspiraciones hácia el cielo son sumamente débiles y no alcanzan á dominar nuestros sentimientos puramente humanos. Nutridos con las quiméricas ideas de una felicidad transitoria, poco ó ningun encanto tienen para nosotros las positivas esperanzas de una ventura sin término. Enamorados locamente de unas bellezas que deslumbran nuestros sentidos, y de unos bienes que halagan nuestra baja ambicion, el amor divino no halla cabida en nuestros corazones materializados, muere en ellos como la flor temprana privada del calor vivificante del sol, y apenas

nós merecen un liviano recuerdo las inmortales delicias de la vida futura. Hé aquí los tres principales gérmenes que envenenan nuestra existencia, y hacen sobremanera tristes y desgraciados sus posteriores instantes. Si ellos no existiesen indudablemente desaparecería de nuestros ojos ese aspecto fúnebre de la muerte, y bien lejos de mirarla como un fantasma estremecedor ó como un mensajero de fatídicos destinos, contempláramosla como el ángel de la libertad, como al genio de la buena nueva, de cuyas manos penden las llaves del eternal Eden, y cuyos lábios se abren con la sonrisa de la paz y de la reconciliación perdurables.

Tal fué para María ese trance tan angustioso para los demás descendientes de Adán. Unica entre todas las criaturas en quien el Señor que hasta en los mismos ángeles encuentra manchas, no descubrió jamás sino inocencia, virtud y amor, aspiraciones celestiales, deseos puros, esperanzas eternas, la personificación exacta de la perfección y santidad mas sublimes en el seno de la corrupción universal, ni un solo instante abrigó en su virginal pecho ninguno de esos afectos que degradan al hombre arrastrándole en el fango de unas pasiones inherentes á su naturaleza. Cuando las verdaderas virtudes, desterradas por decirlo así del corazón humano en fuerza del pecado de origen, buscaban en vano un asilo, halláronle únicamente en el de esa Virgen privilegiada, y en él se refugiaron como en una arca de salvación. Merced á esa criatura sin tacha, nunca la humanidad perdió su belleza y dignidad primitivas, puesto que María permaneció constantemente tal cual el Omnipotente la hiciera en el día de su creación, siempre sublime, siempre heroica, siempre santa, siempre perfecta y digna de las eternas complacencias de la divinidad.

Desasida, pues, de todo objeto terrestre, sin afecciones hácia un mundo que para ella solo representaba una inmensa y triste soledad, viviendo únicamente de esperanzas inmortales, y sostenida en este lugar de destierro por el divino amor, ¿qué podía lisonjear su existencia en la tierra? ¿Tendrían el menor atractivo los deslumbradores bienes del tiempo para quien abrazada desde su cuna con la pobreza nunca abandonó á esa inseparable compañera de sus días? Los placeres momentáneos del mundo, ¿tendrían la mas leve acción sobre

la que designada como víctima sublime de la mas ardiente caridad, habia apurado el inmenso cáliz de la amargura preparado por la cólera de Dios contra la humanidad? ¿Y qué objeto criado fuera capaz de ilusionar un alma en donde el Criador del universo habitara como en su santuario? ¿Quién otro si no Jesus podia llenar el inmenso vacío que en su corazon dejó la ausencia de ese amado hijo? ¡Oh! Dad á María un Dios, ó no la deis nada; dadla lo infinito, lo inmenso, lo que nunca se acaba, dadla la eternidad, ó de lo contrario cesad de proponerla ningun otro bien, ninguna otra belleza, ningun otro tesoro. Eso es lo único que ansia, la sola gracia que anhela, la esclusiva dicha porque suspira, la única riqueza que ambiciona. Devolvedla al seno del que murió en la Cruz, dejadla que se lance á los brazos del que fué su vida y su éxtasis, haced que vuelva á unirse al que la legó al mundo como su apoyo y esperanza: allí terminarán sus gemidos, allí se satisfarán sus deseos, allí se consumará su amor!...

¡Amor, deseos, esperanzas de Maria! ¿Quién podrá explicarlas? Desde aquel dia en que su amado Jesus se remontó á los cielos, la tierra no fué para María mas que un árido desierto. A manera de viuda tortolilla, do quiera sus gemidos llamaban al ausente esposo, objeto único de su ternura, de sus sacrificios, y de las delicias de su corazon. Sin él la vida de la Virgen no hacia mas que prolongar el martirio cada vez mas intolerable de su alma sensibilisima. Donde el hijo no estaba, la madre no podia existir. Solo un milagro de amor fuera capaz de sostener sus dias despues del sacrificio del Calvario, aquel amor que la dió fuerzas bastantes para sobrevivir á la horrible tragedia de Jerusalem, aquel amor que la impidió sucumbir ante la vista de un Dios crucificado como un criminal, aquel amor que la prestó aliento para escuchar la voz de su muribundo hijo recomendándola el amparo y la proteccion de la desvalida humanidad! Sí, era preciso que María ejerciese su influencia regeneradora en el mundo; que fuese el apóstol de los apóstoles, el núcleo de los mártires, el apoyo de los confesores, el modelo de las vírgenes, la columna del naciente cristianismo, el sosten de la nueva iglesia, la propagadora del Evangelio. Debia inspirar á los Evangelistas, ilustrar á los doctores, enseñar á los primeros apologistas, fortalecer á

los operarios de la viña de Sabahot, y ser la maestra universal de todas las verdades llamadas á conquistar el universo. Ved por qué el cielo prolonga la preciosa vida de la Santísima Virgen. Ved por qué el mismo prodigio de celo y de caridad que la hizo cooperar con el sublime sacrificio de sus amarguras á la grande obra de la reparacion, la sostiene despues durante algunos años para que deje afianzado el edificio de la reorganizacion moral de todos los pueblos inaugurada en el Gólgótha. Por lo demás, su vida es prestada, su existencia es fenomenal, la tierra la vé pasar de un lado á otro llenando la sublime mision que la ha legado el cielo; pero el cielo es su única y verdadera mansion. Allí está con sus ardientes deseos, allí vive con sus continuos suspiros, allí reside con un no interrumpido éxtasis de amor, allí terminan todas sus aspiraciones, de allí la es imposible separar su corazon y sus ojos, porque allí está su dicha, su bien, su tesoro, su vida, su placer, su bienandanza, y aqui por el contrario su desdicha, su tormento, su muerte.

¡Cuánto me complazco en contemplar á Maria en sus peregrinaciones, en sus viajes, en sus trabajos apostólicos por la gloria de Dios, corriendo de aquí á allí donde la llamaba su deber, pero sin perder jamás de vista aquella idea, anhelando siempre á unirse con su amado, y enviando continuos suspiros al cielo como otras tantas saetas encendidas en el fuego del amor mas puro y sublime! Si marcha á Epheso con el amado discípulo obligada por la persecucion promovida contra los cristianos de Jerusalem; si visita las florecientes costas del Asia menor complaciéndose en los abundosos frutos que la semilla evangélica produce en aquellas regiones; si sentada tal vez en las riveras del mar de Icario al lado de la fiel Magdalena dirige su vista hácia la Siria evocando los recuerdos de la patria, donde quiera á manera de yedra arrancada del tronco sobre el cual se apoyaba y crecia su alma, fija siempre en su Dios y en la contemplacion de sus infinitas perfecciones, exclamaba: «¿Dónde está el hijo de mi corazon? ¿Qué se ha hecho del objeto de mis delicias? ¡Oh tú, encanto un dia de mi vida, y centro de todos mis deseos, muéstrame tu rostro, llévame al lugar de tu reposo y de tus eternos pastos! El ciervo herido por el cazador no desea con tanta vehemencia las

aguas del cristalino arroyo, como anhela mi alma volver á ti. ¿Quién me diera alas como á la paloma para volar al seno de mi amado? ¿No ha de llegar el día de mi dicha? ¿Cuándo veré acercarse el momento de unirme inseparablemente al Señor? «Y en su inefable enagenamiento, dirigiéndose al cielo, á la tierra, á los astros, á los árboles, y á todas las criaturas.» «Os conjuro, decia, indiqueis al objeto de mis suspiros que desfallezco y muero de amor.»

En efecto, Católicos, muerta María á todo lo que el tiempo encierra en su círculo, y mas unida á su hijo por las expansiones de un corazón que se elevaba incesantemente al cielo, que adherida á la tierra por los débiles lazos de la naturaleza, sucumbia todos los días bajo el inmenso peso de sus aspiraciones inmortales. Habia llenado ya su gran mision en el mundo; los sembradores de Cristo esparcieron el buen grano de la semilla evangélica en todos los puntos del imperio romano; la cosecha era abundante, y sus manos recibieran las primeras espigas del campo del padre de familias, como una ofrenda sublime que recompensaba todos sus afanes. Nada la restaba que desear en el mundo; sus destinos estaban cumplidos; la iglesia no necesitaba mas de su apoyo para continuar sus conquistas. «Entonces, dice un sabio escritor, bien asi como la espigadora cansada busca en medio del día un sitio sombrío para reposar de sus fatigas, María se puso á suspirar por la bella sombra del árbol de la vida que crece junto al trono del Señor, y por las aguas vivas y santificantes que le riegan. Y Dios que sondeaba los mas ocultos pliegues del corazón humano, sorprendió este deseo del alma de su madre, y aceptándole piadoso, envió su ángel á anunciarla que su plegaria habia sido escuchada.»

¡Nueva feliz! ¡Venturoso anuncio! ¡Mensaje dulce y consolador para María! Vuela, oh humilde hija de Sion, vuela á visitar por última vez aquellos sitios sagrados en donde todavía palpitan los recuerdos de la redencion. Vé á exhalar tu último aliento allí donde Jesús, tu vida y tu gloria se dignó morir por salvar al linage humano. Recojan tus postrimeros suspiros aquellas mismas rocas que oyeron resonar los acentos de tu agonizante hijo. Sea testigo de tu feliz tránsito ese mismo pueblo que presenció el triunfo del Mesías crucifica-

do! Viérais en efecto á María tornar presurosa á Jerusalem á disponerse para su última hora, recorriendo una y otra vez el camino doloroso de la pasión de su unigénito, desde el Cedron hasta el Calvario, ya sentándose á llorar bajo los olivos de Gethsemani, ya orando en el mismo lugar donde oró Jesús, ya visitando el pretorio, ya prosternándose sobre la cima del monte santo desde donde el Salvador se remontó á los cielos... Entre tanto el día suspirado se aproximaba, cercano estaba el momento en que María iba á abandonar su destierro. Vedla rodeada de una gran multitud de discípulos ávidos de contemplar aquella belleza sin par que había resistido á la acción destructora del tiempo como predestinada á una gloriosa inmortalidad. Posando sobre un modesto lecho, recibe con un semblante angelical y con una sonrisa celeste las visitas de innumerables cristianos que corren presurosos á tributarla un homenaje de respeto y de amor en sus últimos instantes. Todos los ojos vierten amargo llanto al considerar la próxima ausencia de la que es su madre, su Señora, su apoyo y su amparo. No hay un corazón que no palpite dolorosamente en presencia de aquella mujer divina que va á desaparecer para siempre dejando á los hombres en una horfandad angustiosa. Sola la Virgen permanece serena ante aquella escena desgarradora; sola ella sublime y digna siempre, y siempre cariñosa y tierna, dirige á los suyos palabras de consuelo y de esperanza, animándoles á continuar la grande obra de regeneración comenzada, y dulcificando sus pesares con la perspectiva de una eternidad feliz. Entonces fué cuando sintiendo acercarse la hora de su tránsito, estiende sus maternales brazos sobre sus huérfanos hijos; levanta sus ojos hácia el firmamento en donde se le presentó la faz radiante de su unigénito que la llama á las eternas bodas del cordero; su corazón inflamado no puede tolerar las avenidas de amor divino que le inundan; su semblante aparece sonrosado con el carmin del cielo; y en un momento de adoración estática, la Virgen de Nazareth cae dulcemente en el seno de Dios, sin pena, sin esfuerzos, sin ninguna de esas exteriores señales que imprimen el sello de la muerte en los demás humanos.

Tal fué el dichoso tránsito de la Virgen predestinada. El amor

fué quien la despojó del ropaje de la mortalidad, bien así como por el amor se elevára á las altas regiones de la divinidad. El amor comenzó el sublime sacrificio de su vida, y el amor consumó el prodigio de su muerte. Amando vivió en la tierra, y amando se trasladó al cielo. ¡Y qué! La arca de la nueva alianza podia experimentar la corrupcion del sepulcro? El santuario de Dios, el tabernáculo del Altísimo, la que encerró en su seno al Verbo humanado ¿debia quedar sujeta á las consecuencias de la muerte? ¿No era justo que estubiese exenta de las leyes de la disolucion la carne virginal de la madre de Jesucristo, divinizada en cierta manera y como identificada con la de su hijo? ¡Oh! No, jamás la podredumbre de una tumba podrá ejercer su accion en esa tierra santificada; nunca los gusanos podrán cebarse en la que prestó á un Dios su propia sustancia y la sangre misma con que salvó al mundo, dice San Agustin. Poco ó nada conocería dónde raya la ternura y el amor de Jesus hácia la que le dió el humano ser, quien se atreviese á imaginar que ese divino Salomon pudiese negar á la escelsa Bethsabé los mismos privilegios que se reservó para su adorable humanidad. Acercaos al sepulcro que recibió en depósito los restos mortales de María, abrid la losa que los cubrió.... ¿Qué veis? Flores todavía frescas y unos lienzos blancos como el armiño que sirvieron á adornar el cuerpo sacrosanto de la Virgen: pero ese cuerpo ya no existe allí. Buscadle en la region de los inmortales, donde unido á su alma ocupa el primer trono al lado del de Jesus. Sí, allí está María como en un altar de misericordia y de amor, gozando de las delicias eternas que conquistó á precio de incomparables sacrificios, y derramando sobre la tierra los inagotables raudales de su proteccion benéfica.

A ese altar recurriremos siempre oh dignísima Virgen; á ese trono que os levantáron vuestras escelsas virtudes, y que la piedad católica multiplica acá abajo para solaz y consuelo de sus desgracias iremos á postrarnos de continuo á implorar vuestras bondades, y á importunar vuestro maternal corazon. Ya que huérfanos nos dejaste en este suelo, lanzándoos al Empireo en pos de vuestro amado; ya que solo nos resta en este mundo la promesa de vuestro inagotable amor y la esperanza de vuestro invariable apoyo, no retireis de nosotros

vuestra mano auxiliadora, no nos negueis el consuelo que una madre debe prestar á sus desgraciados hijos. Sed donde quiera el paño que enjague nuestro llanto, el bálsamo que dulcifique nuestras amarguras, el antídoto que cure nuestras heridas, nuestro genio protector en los desiertos de la vida presente, y nuestro norte para llegar al puerto de la inmortalidad.

LA ACCION DE MALA ES EL CONSUMO, LA RECOMPENSA Y EL TRIUNFO DE LOS BUENOS. EL BUENO ES EL CONSUMO, LA RECOMPENSA Y EL TRIUNFO DE LOS MALOS.

Quien es ese que sube del desierto hablando en delicias y apoyado sobre su cayado?

Momentos hay de entusiasmo en que el alma muere de sí misma no sabe darse cuenta de las impresiones que experimenta. El alma tan fuerte, tan independiente nos dice el cristianismo, que no puede copiarse sino de una manera imperfecta, en trasladarse al terreno que en oscuro y mal trazado laberinto. Tal es sin duda, cuando sucede lo que hoy venimos a recordar en presencia de estos santos almas; tan fuerte de alma que triunfante de la corrupción de la vida se mira magníficamente sobre las nubes, rasga el firmamento, traspasa el espacio, y se pierde en cuerpo y alma en el seno de la inmensidad; y las criaturas que le rodeaban se le ven como si fueran apariciones hechas y radiantes como la aurora, disputando á la luz y claridad, rodeando los rayos del sol, y sublimándose sobre las celestes garbancas; y a colocarse a la diestra de Jesucristo para di-

---

---

# DISCURSO I

## PARA EL DIA DE LA ASUNCION DE MARIA SANTISIMA.

---

LA ASUNCION DE MARIA ES LA CONSUMACION, LA RECOMPENSA Y EL TRIUNFO DE LOS ALTISIMOS MERECEMIENTOS CON QUE FUE ENRIQUECIDA SU ALMA, Á LA PAR QUE UNA GARANTÍA SEGURA DE PROTECCION Y AMPARO EN FAVOR DE LA HUMANIDAD.

---

*Quæ est ista quæ ascendit de deserto deliciis affluens, innixa super dilectum suum?*

¿Quién es esa que sube del desierto nadando en delicias y apoyada sobre su amado?

CANT. VIII. 5.

**M**OMENTOS hay de entusiasmo en que el alma fuera de sí misma no sabe darse cuenta de las impresiones que experimenta. Escenas tan tiernas, tan arrebatadoras nos ofrece el cristianismo, que ni pueden copiarse sino de una manera imperfecta, ni trasladarse al lienzo mas que en oscuro y mal trazado boceto. Tal es sin duda, católico auditorio, la que hoy venimos á recordar en presencia de estos santos altares. ¡Una hija de Adan que triunfante de la corrupcion de la tumba se alza magestuosamente sobre las nubes, rasga el firmamento, traspasa el espacio, y se pierde en cuerpo y alma en el seno de la inmensidad! ¡Una ciatura que, arrebatando á la muerte sus trofeos, aparece bella y radiante como la aurora, disputando á la luna su claridad, eclipsando los rayos del sol, y sublimándose sobre las celestes gerarquías, va á colocarse á la diestra de Jesucristo para di-

vidir con él el supremo imperio del mundo! ;Una Virgen que, sin dejar en la tierra nada de cuanto en ella tomara, se ostenta en el cielo émula de los mismos serafines y forma el dulce embeleso del Dios de las eternidades, de quien recibe una diadema de inmarcesible gloria, con quien comparte los laureles de la mas ilustre victoria y las alabanzas y los homenajes del tiempo y de la eternidad! ;Una mujer cuya felicidad envidian los mas encumbrados tronos, cuyo poderío solo puede medirse con el del Omnipotente de quien participa sus inefables dones, cuya grandeza es inconmensurable, puesto que toda la Trinidad Beatísima se complace en derramar sobre ella sus tesoros, aclamándola el Padre Eterno por hija predilecta, el Verbo Increado por madre tierna, el Espiritu Santo por esposa agraciada y santuario augusto de la divinidad! ;Una reina, en fin, cuyo cetro es el amor, cuyo trono es la misericordia, cuyo imperio es el orbe, y los ángeles sus vasallos, y los arcángeles sus servidores, y los querubines sus ministros, y las potestades los ejecutores de sus mandatos, y las virtudes sus guardias de honor, y toda la milicia celeste su ejército, y la humanidad entera el eco de sus magnificencias y el objeto á la par de sus inagotables bondades!

¿Es esto un sueño, M. A. O., un fantasma, ó una ilusion? ;Cómo comprender tanta sublimidad en una descendiente del hombre que nos perdió? ;Cómo concebir tamaña gloria en un vástago de aquella Eva culpable que consumó la ruina del mundo con su infidelidad? ;Quién es entonces esa criatura, esa mujer, esa virgen, esa madre tan privilegiada, fenomenal, y única que cual varita de humo se eleva por los aires perfumando el ambiente con los mas esquisitos aromas? ;Quién es esa que abandonando este lugar desierto y sombrío, sube á la region de los inmortales nadando en delicias y dulcemente reclinada en el brazo de su amado? *Quæ est ista quæ ascendit de deserto deliciis affluens, innixa super dilectum suum?* Mas no hay por qué sorprenderse, responde San Anselmo, ella es María, la casta doncella de Nazareth, cuya virginidad mas pura que la luz la ha valido el privilegio de no participar de los horrores del sepulcro. Ella es, dice el Doctor Angélico, la augusta madre del Redentor, cuya cualidad la ha hecho triunfar de las consecuen-

cias de la muerte, ya que por breves instantes pagó tributo á su irresistible imperio. Ella es, añade San Ambrosio, la mas santa de todas las criaturas, el tipo de la mas sublime perfeccion, la obra maestra de la divinidad, el complemento de su omnipotencia, el bello ideal de sus complacencias, por lo que ha merecido ocupar al lado del Señor el lugar mas distinguido y preeminente. Ella es, repone San Bernardo, el milagro de la naturaleza, el portento de la gracia, cuya plenitud inmensa es la medida de la gloria á que hoy es enaltecida sobre todo cuanto existe bajo el s6lio de Dios: *Quantum gratiæ in terris adeptæ est præ ceteris, tantum in cælis obtinet gloriæ singularis.*

No pasemos adelante. Ciñámonos á esta bella idea del sábio y enamorado Abad de Claraval, y consideremos con él « la Asuncion de María Santísima como la consumacion, la recompensa y el triunfo de los altísimos dones con que fué enriquecida su alma, y á los que tan dignamente supo corresponder. » De esta consideracion brotará un doble pensamiento altamente consolador de entusiasmo por sus grandezas, de confianza por sus bondades; puesto que si ensalzada se muestra sobre todo lo criado esa Reina del universo, su mismo ensalzamiento es una poderosa garantia de su amor, una prenda segura de proteccion y amparo en favor de la humanidad. Dirijámonos al tr6no de esa escelsa Reina á pedirle las luces necesarias para encomiar dignamente sus grandezas, etc.

**AVE MARIA.**

### REFLEXION UNICA.

La gracia y la gloria dice el profeta, son dones sobrenaturales estrechamente unidos en los designios de Dios. La misma mano bienhechora que proporciona la una, proporciona tambien la otra. De sus inestimables favores forma coronas inmortales para ceñir las sienes del justo; y jamás concede un solo grado de gracia, sin decretar al propio tiempo un grado proporcionado de gloria.

Segun este principio, consideremos cuál debió ser la gloria de María atendidos los altísimos dones con que la enriqueció la liberalidad del Todopoderoso. No es menester detallarlos aqui minuciosamente para justificar los honores que en consecuencia de ellos la fueran tributados en su Asuncion gloriosa á los cielos. Bástanos remontarnos á su origen que es su cualidad augusta de Madre del Verbo. Y si en virtud de esta prerogativa admiramos en ella su concepcion inmaculada, su nacimiento santo, su virginidad fecunda, y su fecundidad siempre pura, nada nos sorprenderá verla, como consecuencia de estos milagros de la gracia, distinguida con otros tantos prodigios de gloria, permanecer incorruptible su carne virginal, su alma bienaventurada reunirse á su cuerpo glorioso, entrar victoriosa en la mansion de la inmortalidad, y ocupar un trono radiante sobre los mismos coros angélicos.

En efecto, sola esa cualidad de madre de Dios forma la mayor preeminencia que puede imaginarse, y envuelve la idea de una majestad y de una grandeza incomparables. Segun las reglas comunes admitidas generalmente en el mundo y reguladas por la sabiduria del mismo Dios, las personas investidas de un carácter eminente y singular, deben distinguirse entre las demás por el aparato exterior, no menos que por sus merecimientos. El brillo que las rodea, la morada en que habitan, el rango que ocupan, son los signos ordinarios que dan á conocer su dignidad. Y habria de exceptuar Dios de esta regla á su augusta madre? No, M. A. O.; ese brillo exterior le es concedido en su resurreccion; esa morada honrosa le es franqueada en su Asuncion; ese rango preeminente le es asegurado en su coronacion. Tres particularidades que la iglesia celebra en la presente festividad y que, como os dije al principio, constituyen la consumacion, la recompensa y el triunfo de los altísimos dones que atesoró su alma y á los que tan dignamente supo corresponder.

Y en cuanto á lo primero, cierto que nada hay que tanto brillo derrame sobre la augusta Virgen María como su cualidad de Madre del Salvador, cuando se la considera acompañada de esa inocencia original y sostenida por esa virginal pureza que forman su principal ornamento. Empero, ¿puede concebirse tampoco cosa mas oscura

que esa misma dignidad unida al fondo de humillacion y de abatimiento en que se vió envuelta á consecuencia de su participacion en los destinos de su divino hijo? ¡Oh! María viviera en la tierra como uno de esos personajes de ilustre alcurnia á quienes razones especiales y circunstancias adversas obligan á ocultar su rango. Ninguna señal sensible distinguiála de las demás mujeres comunes de su pais: y sin el apoyo de la fé, nadie hubiese sospechado que ella fuese la madre de un Dios. Mas llega un dia en que finalizado el plazo que la Providencia marcára á las duras pruebas por que debia pasar en el mundo, pueda gozar de los derechos vinculados á su dignidad y aparecer con toda la pompa conveniente á su condicion. Entonces sus despojos mortales revestidos de inmortalidad como los de su unigénito, la hacen resplandecer con un brillo casi igual al suyo, bien asi como idéntica fuera su oscuridad. La muerte haciéndola pagar el último tributo á la naturaleza, levanta todos los impedimentos que se oponían al desarrollo de los privilegios de la gracia, y la consumacion de sus dones fué completa y perfecta en María.

¿Y qué cosa mas conveniente y conforme á las reglas de la justicia que la glorificacion de un cuerpo que sirviera de morada y templo al Dios de las eternidades? ¿Era posible, esclama San Bernardo, que fuese dividida la humanidad de María, y que una porcion de esa humanidad permaneciese unida al Verbo divino en la gloria, mientras otra fuese presa de la corrupcion de un sepulcro? ¡Ah! No: ese sepulcro glorioso, bien asi como el de Jesucristo, serán los únicos que no tendrán nada que restituir al fin de los siglos segun la valiente frase de Chateaubriand. María, no ha hecho mas que atravesar, dice el Crisóstomo, los desiertos de la muerte que no pudieron retener sus preciosos despojos en las vastas soledades de la tumba. El vacío del eternal sueño no estaba hecho para la madre de un Dios. El cielo reclamaba aquella carne virginal que nunca conoció los tristes efectos de la concupiscencia, y que en un cuerpo mortal observára una vida mas angélica que humana. Al cielo pertenecia esclusivamente aquel cuerpo que por un privilegio especial jamás sirvió de instrumento al pecado, ni de obstáculo á la virtud, y que por una prerrogativa todavia mas gloriosa facilitára al cordero sin tacha la san-

gre preciosa con que lavó las iniquidades del mundo. Era ella la arca de la nueva alianza figurada por la del antiguo testamento, fabricada de una materia incorruptible y esmaltada del oro mas puro. Era la estracción mas singular, la obra maestra de la Omnipotencia, destinada á ocupar un trono distinguido cabe el sòlio del soberano monarca con toda la pompa y magnificencia de una reina. Era, en fin, aquel gran prodigio que apareció al discípulo amado en Pathmos, la mujer fenomenal que vió en las eternas cumbres del cielo á manera de un nuevo astro, circundada del sol, vestida de la luna y coronada de radiantes estrellas. Todas estas figuras proféticas se realizan en la gloriosa resurreccion de María, consumando los altísimos dones que enriquecieron su alma con un resplandor inefable correspondiente á su angusta dignidad. ¿Y cuán superabundante no fué tambien la recompensa?

Las personas de distincion exigen de rigurosa justicia una morada proporcionada á su grandeza. La Madre de un Dios viviera en la tierra privada de este honor. Convenia que esa arca de la alianza semejante en todo á la primitiva, habitase bajo las humildes y modestas tiendas de Israel en los dias del combate, y asi se verificó en cumplimiento de los eternos designios. Empero llegado el tiempo en que el nuevo Salomon, el rey invisible é inmortal de los siglos abrió en el cielo el templo de la verdadera paz, María es llevada en triunfo á la eternal Sion, no en manos de hombres sino en las de los mismos ángeles. Entonces fué cuando, segun el sentir de los Padres de la Iglesia, se cumplió aquel oráculo del profeta Rey: «Levantaos, Señor, y apresuraos á venir á la morada de vuestro descanso, vos y la arca de vuestra santificacion: *Surge Domine in requiem tuam, tu, et arca sanctificationis tue* (1): Oráculo que espresa admirablemente la idea de la gloriosa Asuncion de la Santísima Virgen, en la que nada hay que deba sorprendernos atendida su divina maternidad. ¿Y qué hay de extraño en que participe de la morada misma del Hombre-Dios la criatura privilegiada que tuvo la honra de aposentarle nueve meses en su seno virginal, y nutrirle de su propia

(1) Ps. CXXXI. 8.

sustancia? ¿Seria acaso demasiado dar por mansion el estrellado Empíreo á la que fué un cielo animado, un santuario vivo de la divinidad, mas puro que las inteligencias incorpóreas, mas santo que todos los justos? No: responde escelentemente un sabio Doctor. Si alguna cosa hay que debiera admirarnos, no seria por cierto que el Omnipotente la elevase en su Asuncion hasta su mismo sólio. Lo que el hijo de David hizo con su digna madre Bethsabé, bien podia y con mas justos títulos hacerlo Jesucristo con la que le dió el humano ser. Lo único que nunca acabaremos de admirar, es que el Señor la eligiese por palacio y por trono. Empero, despues de un privilegio tan inconmensurable, en vista de una prerogativa tan singular y única, nada me asombra oír entonar en loor de María aquel divino epitalamio: «Ven hermosa mia, paloma mia, enamorada mia, bello encanto de mi amor, objeto único de mis delicias; abandona para siempre los cedros del Libano, deja la triste mansion del llanto, pasó ya el invierno, la dulce primavera ha desarrollado todas sus galas, los campos reverdecen, el canto de la tórtola ha anunciado la estacion de las flores, la azucena matiza nuestros campos, la rosa empieza á abrir su perfumado cáliz; vén y serás coronada como reina, y honrada como soberana emperatriz de todo lo criado: *Veni de Libano, veni coronaberis.*»

Esta era la última circunstancia que debía completar la gloria de la Virgen, y la que de hecho constituye el triunfo de todos los dones con que la adornó la gracia del Señor. Justo era que la que en la tierra fué el templo mas digno de la Trinidad augusta, ó por hablar con un eminente ingenio, el complementó de esa misma Trinidad, puesto que participó de un modo inesfable de la grandeza incomunicable del Padre, de la escelencia esencial del Hijo, y de la santidad y del amor del Espíritu divino, fuese por todas tres personas coronada en el cielo con una triple diadema de inmortalidad, comunicándola el Padre su soberanía, el Hijo su poder, el Espíritu Santo su influencia benéfica. Y de hecho, el Señor llama á María á recibir la completa indemnizacion de sus sacrificios, de sus humillaciones y de sus virtudes, y á saciarse de aquel torrente de delicias que brotan de la vision beatífica y del amor incesante de la divinidad, en

compensacion de las amarguras y tristezas que devoró en el mundo. Nada hay comparable á esa escena de glorificacion y de triunfo. Impotente de todo punto es la humana elocuencia para bosquejar un cuadro tan embelesador. ¿Quién será capaz de imaginar ni menos de espresar la entrada majestuosa de María en el Empíreo? No se trata aquí de la ovacion de la antigua heroína de Bethulia vencedora de las huestes de Asiria; no de la pompa de la antigua Esther colocada sobre el trono del prepotente Asuero para compartir con él el dominio de un vasto imperio; no de los honores decretados á la impertérrita Jael por haber domeñado la pujanza de Sisara, y despedazado el yugo que oprimia á Israel... ¡Sombras débiles, desapareced! La que hoy recibe la ovacion de todos los moradores de la eternal Sion, la que hoy rasgando las nubes se sobrepone á todas las gerarquías celestes, la que hendiendo los aires va á tomar posesion del imperio universal del orbe, la que traspasando el espacio penetra en las regiones de la inmensidad para dividirse con el mismo Dios el poder, y regir desde allí los destinos del mundo moral, es María, la vencedora del dragon infernal, la que postró bajo sus plantas al infierno, la que salvó las reliquias de la humanidad agonizante dando á luz al redentor de la raza desheredada, la que inauguró la dicha y la libertad de todos los descendientes del hombre miserable y esclavo compartiendo con Jesus el sacrificio cruento del Calvario, la Corredentora de todos los siglos. ¿Mas qué escucho? Una melodía sobrenatural hiere mis oidos, una armonia celeste resuena por los ámbitos del Empíreo. No son voces humanas las que entonan: «¡Abrid principes vuestras puertas, elevaos puertas eternas y franquead el paso á la reina de la gloria!» *Atollite portas principes vestras, et elevamini portæ æternales.* ¿Y quién es esa reina, esclama la milicia celestial, que la tierra nos envia para aumentar nuestra felicidad y consumir nuestra bienandanza? ¡Oh! Es la madre del gran monarca que nadando en delicias viene recordada en el seno de su amado á tomar posesion de su reino. Preparad laureles, hacinad coronas, esparcid flores; María se acerca: ¡Gloria, honor, bendicion, prez y alabanza al Cordero, y honra, y magnificencia, y victoria á la que con él realizó las esperanzas del

mundo y triunfó de todos los poderes del abismo! ¡Póstrese el cielo ante esa grandeza incomparable! ¡Adore la tierra á esa belleza sin par!

Entre estos acentos de júbilo penetrá María en la gloria, y sentada en el trono que le estaba preparado á la diestra de su Unigénito recibe de sus manos aquella corona de inmarcesible verdor que la distingue como reina de todos los santos, emperatriz de todos los ángeles, soberana de todo lo criado, y árbitra del porvenir de toda la humanidad: puesto que en ella ha depositado toda la augusta Trinidad sus dones y magnificencias, para que por su conducto las reciba el mundo y sea ella la dispensadora de los tesoros de la salvacion. No es ya un emisario del Dios de las virtudes la que la saluda bendita y llena de gracia entre las mujeres como bajo la modesta techumbre de Nazareth; es toda la innumerable turba de angélicas inteligencias la que se precipita ante su trono á rendirla vasallage y á recibir sus órdenes. Desde entonces todas las gerarquías que asisten en presencia de Dios para llevar á la tierra sus mandatos hállanse á disposicion de María: porque en virtud de ese poder de mediacion que la ha sido comunicado, nada se decreta sin su cooperacion, á todo contribuye con su influencia, uno mismo es el reino del hijo y de la madre, idéntico el cetro de amor y de misericordia con que ambos rigen los destinos de la humanidad; y como escribe San Bernardo, ningun don, ninguna gracia recibe el hombre que no le venga por conducto de María. ¡Así quiso el Señor completar la gloria de la que eligió para Madre suya! ¡De este modo sancionó en el cielo la altísima dignidad con que plugo honrarla en la tierra!

Ved, pues, M. A. O., cómo la Asuncion de la Santísima Virgen á los cielos constituyé la consumacion, la recompensa y el triunfo de sus virtudes y de las inefables prerogativas que recibiera en virtud de su divina maternidad. Oid como epíloga este asunto el eloquentísimo Damasceno. «Hoy es, dice, el dia feliz y venturoso en que descansa pacífica en la region feliz de los inmortalés, en el templo verdadero del Señor, en la Jerusalem celeste no fabricada por manos humanas, la arca sagrada y animada que mereció concebir y aposentar en su seno al Dios de la eternidad. Hoy el anciano David ve colmada su dicha, y rebose en júbilo al contemplar á su

hija hecha el objeto de una gloria sin semejante: y á los acentos de este rey y profeta unen sus voces los ángeles, celebranla los arcángeles, la glorifican las virtudes, regocíjense los principados, las protestades la engrandecen, los tronos la festejan, apláudenla las dominaciones, extasiáanse los querubines, y los serafines entonan sus triunfos. Hoy el Eden delicioso recibe en su seno aquel paraíso del nuevo Adán, en el cual ha sido rasgada la sentencia de condenacion, plantado el árbol de la vida, y cubierta nuestra ignominiosa desnudez. Hoy esa Virgen inmaculada cuyo pecho purísimo jamás fué empañado con el mas ligero aliento de terrenales afecciones, y que siempre nutrió ideas celestiales, en vez de tornar al polvo de donde tomó su origen como los demás hijos de Adán, es colocada en los eternos tabernáculos. Si como hija del hombre debió descender momentáneamente á la tumba, como madre de Dios debía reinar eternamente en el cielo (1).»

¿Y á qué fin, con qué objeto ha sido sublimada María á una altura tan extraordinaria? ¡Oh! Dije, señores, que de este misterio inefable brota un doble pensamiento altamente consolador, de entusiasmo por las magnificencias de esa reina; de confianza por sus bondades; porque aquellas revelan en ella un poder casi ilimitado, y estas nos dan la mas segura prenda de su proteccion y amparó. Ambas verdades viene demostrándolas el mundo entero; los siglos todos son los ecos de esa influencia benéfica que desde el dia de su coronacion como soberana del universo ha ejercido en la muerte y en el porvenir de los pueblos y de los individuos; las generaciones unas en pos de otras vienen admirando esa omnipotencia suplicante, como la apellida la tradicion, de que fué investida María, y á la que nada en la tierra ni en el cielo se resiste. ¿Qué nacion, qué pais, qué provincia, qué ciudad, qué poblacion hay en el mundo cristiano que no la invoque como su mas poderosa y eficaz medianera para con el eterno mediador Jesus, como se espresa San Bernardo? Tantos templos, tantos altares, tantos y tan grandiosos monumentos erigidos en su honor, ¿no publican elocuentemente que donde quiera es re-

(1) S. Joan. Damasc. de Dormit. Virg.

conocida como la dispensadora de todos los tesoros del cielo, como el abismo en donde plugo al Altísimo aglomerar todas las riquezas de su bienhechora soberanía, como la fuente perenne y el acueducto por donde corren incesantemente los raudales de su misericordia? ¿Qué importa que no resida en María, sino en su divino Hijo, el origen esencial del poder, qué importa que ella tenga que recurrir á Jesús para obtener lo que desea en favor de la humanidad, si su crédito y su influjo llegan á tal punto que sus súplicas tienen la fuerza de un mandato segun la atrevida frase de San Antonino de Florencia? Y en cuanto á su anhelo de protegernos y ampararnos, ¿hay alguno que pueda abrigar la menor duda? ¡Ah! Si en algun punto existe la mas prodigiosa uniformidad de ideas y de convicciones, es indudablemente respecto á la inagotable beneficencia de ese corazon generoso y expansivo. Mal han estudiado los afectos de una madre tan cariñosa y tierna, mal han comprendido á dónde raya el amor de la que á costa de tantos martirios nos engendró en el Calvario, los que piensan que pueda olvidarse de la humanidad desgraciada en el alto puesto que hoy ocupa. ¡Ingratos! Ellos son los que se desentienden de las relaciones que les unen con María, cuando así se atreven á contristar su corazon maternal con pensamientos tan injuriosos. ¡Pues qué! ¿No somos siempre hijos suyos, siquiera ella more ya en la patria, y nosotros gimamos todavía en el destierro? ¿Dejaremos de ser frutos de su quebranto y de su dolor, porque ella haya recibido la recompensa de sus prolongados pesares, y nosotros marchemos aun por este suelo erizado de espinas? ¿No veis que esa misma circunstancia dá un valor inmenso á su ternura y aumenta incomparablemente los quilates de su amor? ¿Puede acaso una madre disfrutar de una felicidad completa mientras no vea en torno suyo los mas caros objetos de su delicia? ¿Puede olvidar en los dias del triunfo á los que ausentes de su lado no han podido participar de su misma dicha? ¡Ay! no, que la maternidad todo lo vé instintivamente, todo lo previene, á todo se estiende, y hay en ella un principio de expansion que no la permite probar verdadera ventura sino cuando esta es comun á todos los objetos que abraza. Creer, pues, que María por haber sido ensalzada sobre los coros angélicos en su Asuncion gloriosa,

y coronada por reina del universo haya podido desvanecerse en su elevacion y lanzar al olvido el encargo que su moribundo hijo la hiciera de proteger y amparar la humanidad, sobre ser sobradamente injusto, es altamente ofensivo para la augustísima madre de Dios. Por lo que á mí toca, no vacilaré en reproducir el sublime desafio que el devotísimo Abad de Claraval lanzaba á todo el mundo, diciendo: «Enmudezca en buen hora toda lengua, y nadie vuelva á celebrar las alabanzas de María ni á hablar de sus misericordiosas bondades, si uno solo hay que implorando debidamente su proteccion no haya experimentado sus efectos:» *Sileat misericordiam tuam, Virgo beata, si quis est qui invocatam te in necessitatibus suis, sibi meminerit defuisse.*

Pero el mundo mismo, oh reina y madre nuestra, se ha encargado de vindicar en esta parte vuestro honor. La humanidad entera rinde justo homenaje á vuestra inagotable munificencia. Los siglos todos son un eterno monumento de vuestra proteccion. Donde quiera se encuentran los mas bellos recuerdos de ese imperio de amor y de clemencia que venis ejerciendo en favor de los que adoptásteis por hijos. El brillo de vuestro trono no ha podido deslumbrar vuestros ojos siempre fijos sobre los que en la tierra os aclamamos reina, madre, vida, dulzura y única esperanza nuestra. Sabemos que vuestro incesante anhelo es compartir con nosotros esa felicidad que disfrutais en el Empireo; nos consta que nada ansiáis tanto como hacernos participantes de los laureles que ciñen vuestras sienes; Convencidos estamos de que el dia que nos veais reunidos en vuestro derredor á la mesa del Padre celestial, vuestra dicha será colmada y completo vuestro triunfo. Llegue, oh Virgen dulcísima, ese dia feliz. Apresuradle en cuanto de vos dependa. Cese ya nuestro llanto, concluya nuestro destierro, y logremos cuanto antes entrar en la patria de la inmortalidad para con vos vivir y reinar por siglos y siglos.

## DISCURSO II

**PARA EL DÍA DE LA ASUNCION DE MARIA SANTÍSIMA.**

**EN LA MUERTE PRECIOSA, EN LA RESURRECCION TRIUNFANTE, Y EN LA BRILLANTE CORONACION DE MARIA SANTÍSIMA, ADQUIERE EL HOMBRE UNA PRENDA INEQUÍVOCA DE SU INMORTALIDAD, DE SU TRIUNFO Y DE LA ETERNA RECOMPENSA QUE LE ESTÁ RESERVADA.**

*Astitit regina à dextris tuis in vestitu deaurato, circumdata varietate.*

Sentada está la reina á vuestra diestra, vestida de un ropage de oro, y coronadas sus sienas con una diadema de vistosa variedad.

PSALM. XLIV. 40.

**J**AMÁS salieron de los labios del hombre unos acentos tan suaves y poéticos como los que pronunció David inspirado por el cielo, celebrando el epitalamio profético de la Esposa del Cordero. Su entusiasmo llega al arrobamiento al describir la beldad de aquella reina del universo, sentada á la diestra del gran monarca de las eternidades vestida con un trage bordado de oro y de brocados, y cuyas sienas adorna una diadema esmaltada de una admirable variedad de piedras preciosas. *Astitit regina à dextris tuis in vestitu deaurato, circumdata varietate.* Y no pudiendo contener el regocijo que le inunda, esclama en un indefinible éxtasis: «Olvida tu pueblo y la casa de tu padre. El rey celestial se ha prendado de tu hermosura. Las hijas de Tiro vendrán á ofrecerte dones, y te presentarán humildes súplicas todos los poderosos del pueblo. A tu presencia serán traídas las virgenes que han de formar tu séquito. Hijos en abun-

dancia te nacerán á quienes constituirás príncipes sobre la tierra; ellos conservarán la memoria de tu nombre en todas las generaciones, y los pueblos cantarán eternamente tus alabanzas (1).»

¿Y á quién mejor cuadran estos elogios que á esa Virgen cuyo nombre mas suave que la sonrisa de un angel, y consolador como el pensamiento del cielo, constituye por sí solo en este lugar de tristes quebrantos una esperanza y un don inefable para la humanidad? ¿No es María la verdadera reina del mundo, que desde el seno de la eternidad, do está sentada á la diestra de su amado sobre toda la creacion en un trono de incommensurable gloria, domina el tiempo, recibe los homenajes de todas las criaturas, escucha las plegarias de todos los pueblos, y es el objeto de las adoraciones y de los inciensos que la ofrece el hombre por cuyos destinos vela incesantemente y por cuyas necesidades se interesa? ¿No es ella la soberana emperatriz del orbe, cuya diadema tejida de las mas preciosas virtudes deslumbra á los mismos ángeles, y cuyo corazon atesora las riquezas del cielo y de la tierra, del tiempo y de la eternidad?

¡Oh! ¡Cuán bello es para el cristiano poder hoy fijar sus miradas en aquella bienaventurada mansion donde entra triunfante la augusta Virgen de Nazareth, y decir: «Esa mujer bendita entre todas las criaturas, á quien un Dios llama madre suya y celebran entusiasmadas todas las generaciones, es tambien mi madre, mi reina, mi protectora, el origen de toda mi dicha y la esperanza de mi porvenir! Esta festividad que se consume en el cielo, deja no obstante llegar hasta la tierra una gota de eterna suavidad, un rayo de felicidad que regocija el alma y entusiasma el corazon. La bienandanza es común, y no solo participan de ella los que ya habitan en la region de la perpétua calma, sino que se estiende tambien á cuantos todavía gimen desterrados en este valle de quebranto.

¡La Asuncion de María! ¡Habeis meditado bien, M. A. O., esta espresion que tan velozmente pronuncian nuestros labios? ¿Habeis investigado los tesoros de gracia y de amor que envuelve este misterio con relacion á la humanidad? ¡Ah! Indudablemente no. Satis-

(1) Psalm. XLIV. pertot.

fechos con admirar en él el triunfo mas brillante de esa Virgen celestial y la magnífica recompensa con que Dios coronó sus altos merecimientos; no habreis descendido á examinar las felices consecuencias que de esta ovacion resultan al hombre, ni lo que le es dado esperar desde que esa madre, á nombre de una prole numerosa engendrada por ella en el Calvario, fué á tomar posesion del reino que nos adquirió su divino hijo. Y sin embargo, este misterio es una esperanza profética, y una garantía anticipada de los destinos que nos están reservados, eternos y divinos como los de María, por cuanto no menos que para ella nuestra muerte debe ser un beneficio, nuestra resurreccion un triunfo, y nuestra recompensa una corona de inmarcesible gloria.

«Muerte preciosa, resurreccion triunfante, coronacion augusta de María Santísima, prenda segura de nuestra inmortalidad, de nuestro triunfo y de nuestra recompensa.» héd ahí las tres circunstancias que abraza la presente solemnidad, y que van á formar el asunto de mi discurso. Dirijámonos al trono de la luz para implorar los auxilios divinos etc.

**AVE MARIA.**

### REFLEXION UNICA.

Los que no comprenden el lenguaje del espíritu, los que todo quieren subordinarlo á las menguadas ideas de una inteligencia pobre y materializada, acaso hallarán dificultad en concebir cómo la muerte que con imágenes tan lúgubres se presenta á nuestra imaginacion, y cuya sola idea basta á secar en el corazon humano el manantial de todos sus goces, pueda envolver una gracia ó un beneficio. Y sin embargo, nada mas exacto, nada mas incontestable en los sublimes principios de la revelacion. Ella nos demuestra que esa accion indispensable del hombre, esa triste necesidad que le legó el pecado, y que para el culpable es despues del infierno el mas terrible castigo de la divina justicia, no es para el justo sino un sueño

apacible cuyo despertar es la consumacion de una dicha inefable, una transformacion instantánea de lo terreno á lo celestial, un tránsito de la degradacion á la gloria, del dolor al gozo, de la miseria á la beatitud, del destierro á la patria, del tiempo á la eternidad.

¿Cuál pues debía ser en este concepto la muerte de una criatura que siempre conservó en su corazon su primitiva inocencia, cuya pureza virginal jamás padeció el mas leve eclipse, cuya virtud nunca tuvo sombras, cuya perfeccion la enaltecíó sobre cuanto en el cielo habita debajo de Dios, y cuya vida fué un tejido de merecimientos, y una encadenacion de actos heróicos que la hicieron el objeto mas digno de las divinas complacencias? ¡Oh! La que durante su destierro en una tierra de corrupcion solo abrigó pensamientos eternos y esperanzas celestiales; la que entre el lodo de las pasiones que manchaban á la humanidad, fué el único ser en quien la semejanza del Criador impresa en el hombre se conservó inalterable, siendo ella el tipo perfecto de aquella obra maestra cuyos rasgos borró el delito de Adán prevaricador; la que émula del sol en sus resplandores, compitiendo en claridad con la luna, y mas brillante que los astros del firmamento, segun la alegoría de los sagrados libros, pudo en todos tiempos presentarse delante de su Hacedor supremo, sin recelo de que su penetrante mirada pudiese descubrir en ella el mas imperceptible lunar; ¿cómo no debía mirar como la mayor de las gracias, como el complemento de los beneficios que venia recibiendo del cielo, aquel instante feliz que despedazando los lazos que la tenian aprisionada á un mundo en que de prestado vivia, debía trasladarla al seno de su amado para unirse á él inseparablemente? No es necesario que, cual en los demás descendientes de la Eva rebelde, vengan los dolores de la enfermedad á llamar á sus puertas, como precursores de la muerte; ni que la voz de la religion la aliente en aquel trance con la perspectiva de un galardón eterno, diciéndola: «Parte, oh alma cristiana, de este mundo; elévate hácia el que te crió para sí, y torna al seno de tu Dios y Señor!...» ¡Oh! No: tiempo hacia que ella no vivia ni respiraba sino para la eternidad. Allí estaban fijos sus pensamientos, allí iban á terminar sus aspiraciones, hácia allí se lanzaba su corazon henchido de amor. Morir era para ella la di-

cha mas inefable que podia caberla, la sancion de todos los dones de Dios, la suma y el sello de todos los beneficios que venia recibiendo del cielo. Asi que, llegado el instante deseado, su alma se entrega al mas inefable éxtasis, y salvando las lindes del tiempo, se encuentra al despertar de aquel dulce sueño en los brazos de Jesus inundada en un abismo de gloria incomprensible.

Tal es la muerte de María, preciosa á los ojos de Dios, consoladora y llena de encantos para la humanidad. Ordinariamente no es el regocijo sino el llanto el que rodea la tumba de aquellas personas que nos eran caras en la tierra. Se nos conduce al lugar de su reposo á esparcir flores y lágrimas sobre la fria losa que encierra sus restos mortales, y cayendo de hinojos ante aquel fúnebre monumento, pagamos un tributo de amargura á la memoria de los que ya no existen, mezclando nuestras plegarias con los suspiros de nuestro corazon. Pero cuando acercándonos al sepulcro de María le encontramos vacío, y únicamente percibimos el suave aroma de la inmortalidad, y un luminoso surco que nos indica el camino que ha seguido para remontarse al cielo, entonces comprendemos todo cuanto hay de bello en ese misterioso perfume de las antiguas tradiciones cristianas; entonces nuestro corazon se llena de esperanzas inmortales, sentimos en nuestras almas la necesidad de un porvenir mejor, de una patria que no existe acá abajo, de una dicha que no pertenece al tiempo; nos consideramos llamados á otros destinos mas sublimes, nos convencemos de que nuestra vida no debe ser únicamente una vegetacion subordinada á la ley del sensualismo, y nuestros deseos y nuestras aspiraciones nos arrebatan hácia el cielo, único y verdadero centro de un ser criado para lo inmenso é infinito. Ved como la muerte de María á la par que gloriosa para ella, es para el hombre una prenda segura de felicidad. Veamos pues como su resurreccion triunfante, constituye tambien una parte esencial de nuestro triunfo.

Desde la cuna del mundo todos los hombres venian pagando tributo á la muerte. El ángel que presidia á estos fúnebres destinos, habiales visto á todos bajar al fondo del sepulcro, para dormir allí hasta el último de los dias ese sueño que solo será interrumpido por la

trompeta del ángel. Existía, empero, una ley escepcional en favor de dos seres privilegiados. Jesus salvador del hombre y su madre Corredentora del universo no podían ni debían ser comprendidos en las consecuencias del pecado, si bien por un momento quedáran sujetos á la accion de la muerte. Jesucristo habia triunfado de ella resucitando glorioso de la tumba, y este triunfo estaba asimismo reservado para la que le habia llevado en su virginal seno, y en cuyo corazon atesorára todas las riquezas de su virtud y de su inocencia. Ved, en efecto, cuál triunfa de la corrupcion del sepulcro esa privilegiada hija de Adán, y se reviste de una nueva vida inmortal y eterna en el seno mismo de la mortalidad. Vedla cuál se despoja de todo lo terrestre y perecedero, y enriquecida su carne virginal con los dotes de impassibilidad, sutileza y agilidad, se remonta hácia la region de la eterna bienandanza, dejando atrás los astros, hendiendo las nubes, y penetrando el espacio hasta llegar al trono mismo de la divinidad. ¡Qué victoria tan ilustre! ¡Qué triunfo tan completo! Allá en el primitivo paraíso, el ángel del Señor armado con una espada de fuego lanzaba á nuestros padres desheredados de aquel delicioso recinto, y cerraba para siempre la entrada á sus descendientes privados instantáneamente de un inmenso porvenir. Hoy, empero, no un solo ángel sino todas las gerarquías celestes se apresuran á salir al encuentro á la Eva venturosa que ha reparado las pérdidas de la humanidad, y vá á tomar en su nombre posesion del nuevo paraíso de donde fuera arrojada por la Eva rebelde. Abrid principes vuestras puertas, haced paso á vuestra reina, jefes de la celestial milicia: hed ahí la que habiendo aplastado la cabeza de la serpiente homicida, y postrado al arrogante Luzbel, viene á tomar asiento al lado del rey de las eternidades, no solo para ella, sí que tambien para una numerosa familia de la cual es madre adoptiva.

Si, Católicos: el triunfo de María es nuestro triunfo. Con ella nos sentamos en el seno de la eternidad. Todo cuanto en el Empireo posée esa madre nos pertenece como herencia, y sus manos no están llenas de dones sino para derramarlos profusamente sobre los hijos de su amor. ¿Quién ignora que un corazon maternal es la más bella creacion de la omnipotente diestra? ¿Quién duda que una madre nada

tiene suyo, todo lo ambiciona para el hijo de sus entrañas, que se siente tanto mas dichosa cuanto mas puede darle, y que su único y verdadero gozo consiste en colmarle de cariños y bendiciones? ¡Y bien! ¿Seria menos bueno, menos afectuoso y tierno para sus hijos el corazon de María que sirvió de asilo á Jesucristo, y fué formado por Dios para ser el centro de la benevolencia, del amor, de la misericordia y de la piedad en su mas bello ideal? No: antes bien su triunfo seria incompleto, y su gloria pesaria sobre ella como una carga importuna é insoportable, si no pudiese darnos parte en ambas, y no abrigase la idea consoladora de ver un dia reunidos en torno suyo á sus numerosos hijos. Ya una porcion de ellos forma su delicia y se agitan á su alrededor; pero sus miradas buscan solícitas á otros muchos que están ausentes. Hay todavía en el cielo tronos vacíos, palmas que esperan las manos de los vencedores, coronas que no están decretadas. María es como una madre que sentada con parte de la familia á la mesa, espera impaciente á los que faltan para que participen del festin. Nosotros que aun gemimos en este lugar de destierro somos los objetos del anhelante deseo de esa madre tierna. De nosotros se habla allí incesantemente, nuestros nombres se pronuncian con interés por voces que no nos son desconocidas, cuyo acento no nos es extraño. ¡Ah! Tal vez al lado de aquella divina madre se encuentra la que nos llevó en su seno, la que tanto amábamos un dia en la tierra, la que nos enseñó á balbucear en nuestra infancia el nombre simpático de María, á amar á la madre que está en el cielo, á hacer un solo culto del de la iglesia y del del hogar doméstico, y á unir en un solo haz los recuerdos de la religion y de la familia. Quizás ambas madres, la terrestre y la celestial, piensan en nosotros hoy, y se ocupan de nuestros temores y de nuestras esperanzas. ¡Qué ideas tan consoladoras! ¿Cómo no aspiráramos á participar del triunfo de María que constituye parte del nuestro, puesto que nuestra presencia en el cielo es lo único que falta para completar el gozo de su maternal corazon?

Por último, si su resurreccion es la prenda anticipada de la inmortalidad á que aspiramos, su coronacion es el testimonio inequívoco de la recompensa que nos espera. María no habia llevado en la

tierra otra corona mas que la de su inocencia y de sus dolores. Jesucristo al menos viera un dia un pueblo entusiasmado que intentó decretarle los honores del trono; un rayo de gloria rodeára sus sienes sobre las cumbres del Thabor, y mas de una vez en vista de sus prodigios habiásele reconocido por Dios y tributado adoraciones.

Pero María... ¡ah! Jamás existió una criatura mas humillada, mas desconocida, mas oscura, y mas probada por Dios con todo linage de martirios. Su corazon fué siempre un Calvario donde se apiñaron todas las angustias, todos los tormentos, y todas las desgracias que puede concebir la imaginacion, y lo que no cabe en humana inteligencia, siendo como era ella la mas pura, la mas santa, la mas perfecta y amada esposa del rey celestial. Pues bien, en el dia de su gloriosa Asuncion, todo cambia, conclúyese el dolor, comienza el gozo perdurable, su diadema de espinas truécase en corona de gloria, y es proclamada reina del tiempo y de la eternidad! ¡Qué espectáculo tan embelesador el de un hijo ciñendo las sienes de su madre con una laureola de verdor inmarcesible! ¡Religion divina! Nada puede competir en bellezas con las escenas que tú nos presentas. En tu primera página nos ofreces un ángel saludando á una Virgen, y una Virgen arrodillada ante un ángel, escuchando de sus labios la nueva de la dicha del mundo pendiente de la aceptacion de la maternidad divina; y al cerrar el círculo de todas las solemnidades, nos pones ante los ojos una madre que entra en posesion de todos nuestros derechos, y un hijo que rebosando júbilo y bienandanza coloca en su frente virginal la corona de los escogidos, la eleva sobre todo cuanto es criado y mortal, y la rodea de una gloria y de una majestad tales, que casi se confunde entre los resplandores de la divinidad.

Tal es la coronacion de María. Ahora bien, si nuestra madre carnal estuviese sentada sobre un trono, ¿podríamos abrigar jamás la menor desconfianza para el porvenir? «Ah! no, diríamos, yo no me veré olvidado, mi dicha es cierta, mis destinos están asegurados, porque mi madre todo lo puede.» Pues esto mismo podemos repetirlo hoy sin la menor vacilacion, siendo nuestra suerte en este punto mejor todavía que la de Jesucristo respecto de la que le dió el

humano ser. María mientras vivió en la tierra no era mas que una humilde mujer de Judea, que solo podia mezclar su llanto y sus pesares con los pesares y el llanto de su unigénito. Pero ahora nuestra madre no es ya la madre del Crucificado, es sí la reina del cielo, la que impera á la muerte, y á quien obedece toda la naturaleza en virtud de los augustos privilegios de que ha sido investida. Y si como María sabemos conservar la inocencia y la virtud, idénticos serán nuestros destinos, uno mismo nuestro porvenir, igual nuestro triunfo, y tendremos como ella nuestra Asuncion y nuestra recompensa en el cielo. ¡Grandeza admirable del cristiano! ¡Incomparable dignidad de los hijos de María! Su suerte está ligada á la de esa augusta madre; el Dios que á ella se unió con lazos tan indisolubles, únese tambien á nosotros con los vínculos del amor divino, y deposita en nuestros corazones los gérmenes de su vida y de su inmortalidad, para asociarnos un dia á su propia gloria y consagrarnos reyes en su reino.

Entremos pues en estos grandiosos y sublimes pensamientos que hoy nos inspira la fé en el misterio de la Asuncion gloriosa de María. Anticipémonos en cierto modo á posesionarnos del trono que nos está reservado al lado de nuestra madre, suspendiendo todas las preocupaciones de la tierra, y fijando en el cielo nuestros deseos y esperanzas. Ningun motivo mas propio para elevarnos que la presente solemnidad. Ella es propiamente la fiesta de nuestra madre y por lo tanto la de todos sus hijos. ¡Cuánto no se complacen los padres en derramar sus dones sobre los caros objetos de su ternura en esos dias aniversarios de su nombre! Y no es hoy cuando todo el universo católico festeja el dia por excelencia de María, el dia de sus gracias, de su munificencia y de su liberalidad? Nunca como hoy pudiera yo decir, M. A. O., lo que segun San Bernardo dijera el Señor á su unigénito: «Vé hijo mio á salvar al mundo: amargo es el caliz que te está preparado; tu vida no será mas que una cadena no interrumpida de tribulaciones: empero en compensacion de todo eso, te he reservado el corazon de una madre cuyo amor bastará á indemnizar cumplidamente tus sufrimientos.» Tambien nosotros, A. O., tenemos acá en la tierra un caliz amargo que apurar, y un sacrificio doloroso

que consumir, sacrificio de todo tiempo, y que alcanza á todos los instantes de nuestra vida: pero en cambio poseemos una madre tierna, cariñosa, amante sin segunda, y enriquecida con un poder casi sin límites que por nosotros vela y se interesa. Recurramos á ella en todas nuestras necesidades, presentémosla todas nuestras llagas, confiemos en su protección en nuestros días tristes y nublados. Ella que ha cifrado su mayor gloria en asociarnos á su triunfo, nos bendecirá desde el trono en que está sentada como reina del universo, cuidará de nuestros intereses, se desvelará por nuestra felicidad, y sus ojos maternales no se apartarán de nosotros hasta habernos abrazado en la eterna patria, donde estamos llamados á compartir con ella sus laurales por los siglos de los siglos.

---

---

# DISCURSO

PARA EL DIA DE NUESTRA SEÑORA DE LA CARIDAD Y PAZ.

MARIA FUÉ EL PRIMER LAZO DE FRATERNIDAD Y RECONCILIACION EN QUIEN PLUGO AL SEÑOR DEPOSITAR LOS TESOROS DE LA CARIDAD MAS SUBLIME, PARA QUE EN ELLA Y POR ELLA HALLASEN LA VERDADERA PAZ TODOS LOS MORTALES.

---

*Ordinavit in me charitatem.*

El Señor me comunicó y ordenó en mí la caridad.

CANT. II. 4.

*Ex quo facta sum coram eo quasi pacem reperiens.*

Desde que tuve ser hallé la paz delante de Dios.

IBID. VIII. 4.

AL presentarme por tercera vez en este sitio (1) á ser el órgano é intérprete de los sentimientos de esta real y primitiva archicofradía, si bien me linsonjea altamente la inmerecida honra que me dispensa, confieso que esto mismo acrece en mí el embarazo y la dificultad de elegir el asunto de mi oracion. ¿Qué podré yo decir de nuevo ú original que no haya oido de mis lábios? ¿Desentrañaré su historia? ¿Evo-caré los monumentos que acreditan su venerable antigüedad? ¿Desen-volveré el largo catálogo de eminentes servicios que tras largos siglos viene prestando á la humanidad delincuente y desgraciada? ¿Repro-

(1) Pronunciaba el autor este discurso el dia 24 de enero de 1855, habiendo predicado ya á la misma real archicofradía en los años 1844 y 1854.

duciré los altos títulos que con su abnegacion y heroismo ha sabido conquistar á la gratitud y admiracion de nuestra patria? Pero no has menester, corporacion ilustre, que mi mano te brinde de nuevo con ese cáliz de gloria que vienes apurando gota á gota desde el dia de tu feliz institucion. Tu historia, mejor que en los bronce y en los pergaminos, está escrita con caractéres indelebles en los pechos de todos los españoles amantes de su patria y de sus tradiciones religiosas. Ni uno solo ignora que tu origen arranca de los primeros años del siglo XV; que los augustos y piadosos monarcas D. Juan II y doña María de Aragon fueron tus piadosos fundadores, los que con sus régias manos pusieron en 1424 la primera piedra de ese místico edificio, que cual cedro majestuoso se alzará cerca de su real alcázar bajo la advocacion de Nuestra Señora de la Caridad del Campo del Rey, para cobijar bajo su sombra benéfica la adversidad y el infortunio. Por encima de la accion destructora y corrosiva del tiempo, de ese agente formidable de la eternidad, cuya huesuda mano deslustra los hechos mas brillantes de la historia, envuelve en el polvo las dinastías, y hace desaparecer del mapa los mas colosales imperios; por entre las llamas que devoran los archivos, y á través de esas convulsiones sociales que imprimen su estigma sobre todas las obras del hombre, sobrenada una tradicion constante, nunca interrumpida, y apoyada en monumentos del mayor crédito, que te recuerda de continuo tus grandezas y perpetúa tus glorias en el mundo cristiano. Ella te dice en primer lugar (y me complazco en consignar este hecho que tiene un gran interés de actualidad), que habiendo fundado nuestros católicos monarcas antes citados cerca de su real palacio el primer templo dedicado á honrar y venerar la entonces piadosa creencia de la Concepcion immaculada de la Virgen María, tú fuiste la elegida para dar un culto especial á ese augusto misterio que acaba de ser elevado á dogma de fé con júbilo universal del catolicismo. Ella te muestra el entusiasmo con que desde tu fundacion vienen tus hijos ejerciendo, bajo los auspicios de esa Virgen purísima, la mas sublime caridad, la beneficencia mas heroica, la misericordia mas tierna con el desvalido, con el infortunado, con el criminal condenado á expiar en el último suplicio

sus errores ó estravios, abrazando en su inagotable amor toda clase de desgracias, sin economizar los mas costosos y repugnantes sacrificios en obsequio del hombre por grande que sea su degradacion moral. Ella te recuerda aquel maridage misterioso verificado en 1753 entre tí y la muy antigua y fervorosa cofradía de Nuestra Señora de la Paz, lazo precioso que unió á ambas bajo una misma idea, bajo un pensamiento idéntico, el mas humanitario y fecundo en acciones nobles y generosas. Desde entonces, llevando por enseña en tus pendones esos dos nombres de CARIDAD y PAZ asociados al de esa Virgen que es el ideal mas perfecto de la belleza y del amor, el tipo de la ternura maternal, el fiel trasunto de la compasion y de la piedad, vienes dando al mundo el espectáculo de la abnegacion mas profunda, del heroismo mas constante, del mas incansable celo en favor de una parte de la humanidad que sin tus servicios finaria sus dias en la desesperacion mas espantosa, abandonada, maldecida, desheredada, abatida, en fin, bajo el peso del anatema público.

Tal es la gran mision que en el largo espacio de mas de cuatro siglos no ha cesado de llenar esta real é ilustre archicofradía, cuyos relevantes hechos bastarian por sí solos para formar la mas brillante página de la religion católica, si otros muchos á cual mas preciosos no esmaltasen la vistosa diadema de esa reina del universo. Nunca pues con mas oportunidad que hoy pudiera yo realzar sus grandezas, evocar sus antiguas glorias, desenvolver la historia de sus inmortales triunfos, descorrer el velo que oculta los prodigios inauditos de civilizacion que vienen realizándose bajo su influencia, y dar un solemne mentís á los que envidiosos la impugnan, ú obstinados la calumnian sin criterio. Sin embargo, me ceñiré únicamente á dar una ligera pincelada del gran cuadro que el catolicismo nos presenta; y en este dia en que celebramos las conquistas de la CARIDAD y de la PAZ cristianas conseguidas bajo los auspicios de la Santísima Virgen María, de cuyo bendito seno brotaron, en frase de San Bernardo, pura dicha y consuelo de la humanidad, procuraré demostraros, no con deslumbradoras teorías sino con hechos tangibles y palpitantes, que solo en el elemento católico, cuyo origen arranca desde la aparicion de María en el mundo, se encuentran los gérme-

nes de la positiva CARIDAD que consagra los legítimos derechos del hombre, y de esa PAZ verdadera que forma la ventura de los pueblos. De lo cual resultará evidenciado que «esa augusta Virgen fué el primer lazo de fraternidad y reconciliación en quien el Señor plugo depositar los tesoros de la caridad, para que en ella y por ella encontrasen la paz todos los mortales:» *Ordinavit in me charitatem... Ex quo facta sum coram eo quasi pacem reperiens.* Hé aquí manifestada la idea de mi discurso, etc.

#### Ave María.

### REFLEXION UNICA.

— Cuando un viajero, dice un sábio orador contemporáneo, llega por primera vez á las fértiles llanuras de Egipto, entusiasmado y sorprendido al contemplar aquellas espigas que cual ramilletes de oro ondean en los surcos, pregunta cuál es la causa de una vegetación tan rica y abundante. Entonces el egipcio tomando de la mano al extranjero, y conduciéndole á la ribera del Nilo, le dice: ¿Veis ese rio? Todos los años en la estacion bendita, rompiendo los diques con que le aprisionó la Providencia, se desborda é inunda toda la campiña, y al retirarse deja un limo fecundante que produce toda nuestra riqueza y nuestro justo orgullo. Al oír esto el viajero inclinase respetuoso y no puede menos de exclamar: «¡Cuánto ha amado Dios á este pueblo!» Del mismo modo, cuando se nos pregunta á los católicos cuál es el origen de tantos prodigios de heroísmo y de abnegación como viene desarrollando la caridad en el seno de la verdadera iglesia, de dónde procede esa inmolación voluntaria, esos generosos sacrificios, ese amor fraternal que solo en ella se encuentra en toda su pureza, nosotros con un entusiasmo indefinible mostramos á nuestros interlocutores la imagen de María y les decimos: ¿Ignorais que esa criatura fué la que dió á luz al Hombre-Dios que murió en el Calvario, de donde á manera de un rio majestuoso arranca ese principio fecundante que derramándose por toda la tierra á través de

mas de diez y ocho siglos, hace brotar ópimos frutos de esa virtud celestial desconocida en el mundo hasta que el Hijo de Maria vino á inspirarla en el corazon humano henchido de orgullo y víctima del mas feroz egoismo? ¡Ved pues si el cielo ha amado á la tierra! ¡Ved si un Dios pudo hacer mas por el hombre!

Nada de hecho hay comparable al estado de degradacion y de miseria en que la humanidad gemia antes del advenimiento de esa aurora precursora del gran dia de la redencion. Sin patria, sin hogar, sin lazos comunes, sin derechos propios, sin la conciencia de sus deberes, el hombre vegetaba, por decirlo así, en un suelo maldonado, para ser el juguete del capricho de otro mas audaz ó mas afortunado, ó víctima de la mas despótica tiranía. Bien podia gemir el desgraciado, el enfermo devorar en silencio su mortal angustia, el menesteroso sobrellevar sin quejarse el peso de su desesperacion, el huérfano, la viuda y todos cuantos sufrían prolongar sus ayes lastimeros demandando inútilmente un liviano solaz. ¿Qué podían esperar esas tristes víctimas de un mundo cuyos poetas celebraban en cadenciosos versos el placer de la venganza, cuyos moralistas declamaban en las academias contra la tolerancia, única virtud, segun ellos, propia de la servidumbre, cuyos filósofos admitían como dogma inconcuso ser licito el regocijo en la desgracia de un rival, cuyos sábios, en suma, jamás fueron capaces de comprender el heroismo de un alma que simpatiza con el infortunio y hace propias las ajenas miserias para suavizarlas con el dulce bálsamo del consuelo? ¡Ah! Este sentimiento solo podia inspirarle el cielo. Reservado estaba al Hijo de una Virgen en cuyas entrañas depositara el Eterno todas las riquezas de la ternura y del amor maternal, cambiar los destinos del mundo y levantar al hombre del abatimiento en que venia arrastrándose á través de cuarenta siglos. Por eso todas las miradas, los suspiros y los votos de la humanidad dirigíanse desde el Paraiso hácia aquella mujer prometida en la cuna de la creacion, y anunciada en todos los monumentos tradicionales para engendrar y dar á luz en tiempo aquel Mesías, cuya mision era, no ya traer á los poderosos de la tierra el oro y los tesoros en que rebosaban, sino consolar al débil, socorrer al indigente, libertar al oprimido, eman-

cipar al esclavo y obrar la fusion de todas las razas, naciones y tribus bajo el principio universal de la caridad cristiana fundada en el amor divino.

Llegan los tiempos; espira el plazo designado en los decretos de la Providencia; en una pequeña aldea situada en los confines de la Judea, la Virgen de Nazareth dá al mundo al reparador del linage humano, é inaugura con su alumbramiento portentoso la dicha y el porvenir de los siglos venideros. Jesucristo se presenta al fin como el Hombre-Dios esperado por un gran pueblo, y heredero de sus promesas y esperanzas: y dirigiéndose indistintamente á todos los hombres sin exclusion de países ni de razas, les dice: «Todos sois hermanos: amaós recíprocamente.» Esta palabra constituye el orden de todo movimiento, y allí donde hasta entonces no se oía mas que la voz del egoísmo, no se oye en adelante sino el eco de la caridad. San Pablo, no pudiendo contener en su pecho el entusiasmo, entona el himno de la humanidad triunfante: «¡Ya no hay, esclama, judío ni griego, circunciso ni incircunciso, bárbaro ni escyta, siervo ni libre: Todos somos unos en Jesucristo!» En efecto, todo ha desaparecido á la primera palabra del hijo de Maria; el derecho helénico y quirintario, la ciudad y el templo: no hay mas que una ley, una civilizacion, un código, el Evangelio, que lleva á donde quiera la declaracion del derecho universal de la caridad cristiana, regla fundamental de todas las relaciones humanas, origen de la verdadera igualdad, y de la fraternidad positiva. Vedle cómo se derrama por todo el globo, creando en su magestuosa marcha asilos para el pobre y desvalido, proporcionando recursos al enfermo, enjugando las lágrimas del infortunio, multiplicándose bajo todas las formas posibles para ser util á la humanidad desgraciada y dejando á su paso gérmenes fecundísimos de consuelo y bienandanza. Dígasenos dónde hay un solo rincón que no conserve monumentos preciosos de su beneficosa influencia. Por demás estaria todo cuanto acerca de esto pudiera decirse. Los hechos hablan mas alto que las palabras: y allí donde mil testimonios de la mayor valia están diciendo al hombre lo que debe al principio civilizador del Catholicismo, poco ó nada deben llamar la atencion las insensatas teorías de sus apasionados enemigos.

Lo que no dejaré de observar es que en todos esos prodigios de caridad cristiana que el elemento católico viene desarrollando en el mundo, y al frente de esos grandiosos hechos que tanto honran á la religion, figura siempre como el alma que los dá vida el nombre dulcísimo de María. Asociada á Jesucristo con lazos tan íntimos, el culto de la madre nos arrastra al del hijo, imprimiendo mas profundamente con un doble sello su fé y su amor en nuestras almas. Cada dia que pasa lleva consigo una brillante página de su coraron maternal. ¡Es su corazon tan bueno! ¡Es su alma tan tierna y generosa! ¡Es su amor tan expansivo y dulce! ¿Dónde sino bajo los auspicios de esa mujer que reune en sí cuanto hay de mas puro en la virginidad, y cuanto la maternidad tiene de mas grandioso y bello, se han formado y forman todavía esas asociaciones modestas que en las ciudades, en las aldeas, y hasta en las mas apartadas playas, se levantan como otros tantos refugios para el desgraciado á quien abandona cruelmente la pretendida filantropía moderna? Decidme, pobres de Jesucristo, enfermos, afligidos, infortunados de toda especie, decidme por vuestra vida: ¿qué mano es la que os distribuye el pan de la limosna, cura vuestras heridas, vela vuestra agonía, y ruega por vosotros, cuando abatidos por el dolor ó la adversidad sucumbis bajo su enorme peso? ¡Oh estrella de esperanza y de amor! ¿Quién podrá referir los prodigios de tu maternal ternura? ¿Quién enumerar los beneficios de que te es deudora la humanidad? ¡Ah! La historia de María en este punto es fecundísima, inagotable; una brillante aureola de gloria ciñe las sienes de esa divina Virgen. Ella habla á nombre de la caridad en favor de unas razas envilecidas y salvajes, y al punto se levantan por do quiera apóstoles generosos que despreciando todos los peligros, vuelan á través del mas soberbio elemento á prodigar sus servicios á unos hermanos desheredados y á llevarlos juntamente con el evangelio los beneficios de un nuevo derecho, de una nueva civilizacion. Ella habla en favor del cautivo que gime en oscura mazmorra, y en el instante surgen las congregaciones redentoras, y mil héroes de la caridad se disputan el honor del martirio por ir á despedazar los hierros que pesan sobre las victimas de la tiranía, y á salvarlas de tan dura opresion á costa de su propia libertad. Ella

habla en favor del huérfano, del desvalido, del expósito, y á su voz las hijas de Vicente de Paul haciendo el sacrificio de su belleza y de su juventud se sepultan en la primavera de sus días en los asilos de la infeccion y del dolor, inmoldándose generosamente ante las aras de una caridad oscura é ignorada del mundo, por consolar y socorrer esa multitud de miserias humanas cuya sola vista tanto humilla nuestra sensualidad y nuestro orgullo. Ella habla en favor del delincuente que arrojado de la sociedad y odiado del mundo, se mira condenado á expiar en un suplicio los extravíos de una vida criminal, é incontinentemente una nueva generacion de almas grandes y generosas brota de esa raiz fecunda y bendita, y bajo la denominacion de hijos de MARIA DE LA CARIDAD Y PAZ, conságranse con un celo heróico á servir y solazar á los desgraciados condenados á la última pena, llevando á la triste estancia del criminal los consuelos y esperanzas de una religion que hasta en los trances mas desesperados sabe derramar encantos inefables. Tal es, señores, la grande obra del Catolicismo que tenéis delante: hed ahí el gran prodigio de la caridad inspirado por la madre del Redentor del mundo á esta real é ilustre Archicofradia. Pocos habrán medido debidamente el heroismo de esa abnegacion profunda que obliga á los individuos de esta corporacion respetable á hacer ante las aras del amor fraternal el sacrificio del amor propio, del orgullo, y de la repugnancia que naturalmente inspira la vista del crimen sobre quien las leyes hacen caer su terrible expiacion. Ellos sobreponiéndose á todas las preocupaciones del mundo y deseosos únicamente de imitar á aquel Dios-Hombre que fué el primero que vino á vulgarizar la virtud mas simpática al par que desconocida en el mundo, la clemencia con el delincuente, constitúyense voluntariamente protectores natos de esos seres deheredados á quienes la sociedad lanza de su seno por sus escesos y miserias morales, y corren á cobijar bajo el maternal manto de la religion á cuantos el rubor del delito hace plegar sus frentes estigmatizadas, proponiéndose curar las hondas heridas del corazon mucho mas dignas de interés que los padecimientos fisicos del cuerpo. Confieso señores que no encuentro cosa mas grande que esta en toda la historia del cristianismo. Yo he ojeado una y otra vez sus bellas páginas, y he visto

hombres proscritos, desterrados y cruelmente perseguidos, abrazar cordialmente á sus tiranos, sintiendo mayor placer en perdonar á los que los maltrataban, que el que estos experimentaban en vengarse de sus víctimas; he visto en el horror de los suplicios mártires cubiertos de sangre dar el ósculo de paz á sus propios verdugos y levantar al cielo en favor de ellos unas manos puras é inocentes; he visto gigantes de la caridad en medio de espantosas epidemias correr indistintamente al socorro del cristiano y del infiel, del amigo y del enemigo, y arrastrarse por el suelo medio muertos por tender una mano auxiliadora á los que necesitaban algun servicio; he visto todas esas bellezas inimitables, todos esos rasgos de amor fraternal de que tan fecunda se muestra donde quiera nuestra religion divina. Pero hombres que se confundan con el criminal sobre quien pesa la accion de la justicia humana; que den el cariñoso título de hermanos á unos seres envilecidos, degradados, cubiertos del oprobio público, y sobre cuyas frentes llevan el sello de la infamia; que hagan gala de servir y regalar en las horas supremas de la expiacion al reo destinado á servir en breve de escarmiento satisfaciendo la vindicta pública; que le velen en su angustiada agonía, trabajando por despertar en él el sentimiento de su dignidad personal estinguido por el crimen; que le acompañen hasta su último instante y subiendo á su lado las gradas de un afrentoso patíbulo y abrazándole con cordial ternura le muestren el cielo como la patria comun donde un día deben reunirse; y que despues de satisfecha la justicia, recojan con sus propias manos los restos mortales del criminal para darles honrosa sepultura sin que teman contagiarse con su contacto, y por último hagan por su eterno descanso fervorosas plegarias.... ¡Ah! esto solo lo encuentro en el seno de esa real ilustre Archicofradia, creacion sublime de la caridad mas heroica, inspiracion grandiosa debida al corazon sin par amante de aquella Virgen, llamada á iniciar toda idea benéfica, y á fomentar todo pensamiento humanitario en pró de la desgracia y del dolor.

Era este un derecho que Maria ejercia en uso de su segunda maternidad respecto del mundo. Era un legado que le dejara en sus postrimeros momentos su agonizante hijo. El perdon del delincuente,

salvo el castigo del delito, fuera una de las primeras y mas esenciales condiciones de la nueva civilizacion que venia á fundar el Evangelio. La esperanza de obtener el perdón en premio del arrepentimiento constituía una de las primeras necesidades del mundo, llamado á rehabilitarse mediante el sacrificio cruento del Calvario. Por eso Jesus cuya mision era salvar á la humanidad de la degradacion profunda en que incurriera y realzar su dignidad hollada por el pecado, no solo acoge durante su vida á los criminales, y se asocia con ellos, y los trata con la expansiva familiaridad de un amigo, y los abraza con la cordialidad de un padre, sino que muriendo él mismo á manera de criminal en un patibulo afrentoso y rodeado de las maldiciones de un pueblo rencoroso y vengativo, siendo el mas inocente y santo de los hijos de los hombres, consagra por decirlo así los derechos que el hombre culpable tiene, á pesar de su envilecimiento social, á la compasion y caridad de sus semejantes, y á recibir los auxilios del cielo cuando le faltan las esperanzas de la tierra. Y María que habia visto á su hijo espirar en un madero á consecuencia de una sentencia injusta, que habia visto salpicados sus vestidos con la sangre de aquella divina víctima, que habia velado su agonía y recogido sus últimos suspiros, que habia en fin recibido al pié de la cruz la gran mision de ser madre de la humanidad y muy particularmente de la humanidad desgraciada y dolorida, figura desde entonces al frente de toda inspiracion generosa, de todo proyecto humanitario, de toda institucion benéfica, de todo pensamiento que tienda á consolar al misero mortal en sus tristes horas de congojosa angustia. A ella, pues, esclusivamente se debe este sublime instituto, esta obra de heroica beneficencia y de generosa abnegacion que, fundada bajo su nombre y fomentada bajo los auspicios de tantos monarcas piadosos y de tantos pontífices pródigos en honrarla con sus privilegios, viene dando al mundo ejemplos brillantes de una caridad tan ardiente, tan ilustrada, tan heroica, tan elevada y nada comun; pues tiene por principal objeto la obra mas sublime de moralizacion social, cual es la de curar las llagas morales que aquejan á los hombres delincuentes, salvarles de su propio desprecio y del menosprecio del mundo, devolverles el sen-

timiento de su dignidad envilecida, poniendo en juego esa compasión que reclaman los grandes infortunios, esa benevolencia que se inclina hácia los corazones ulcerados, para darles la esperanza de la inmortalidad en cambio de una vida material que se hicieron indignos de disfrutar.

Y todo esto, M. A. O., ¿es posible hallarlo fuera del Catolicismo? No, y mil veces no. Por demás será buscar en las comuniones separadas de ese centro de unidad, ni en las frias doctrinas del filosofismo dogmático ese sentimiento tan sublime que arrastra al hombre á sacrificarse en las aras del amor por consolar las ajenas desgracias. Podrán, si se quiere, discurrir bellas teorías, describir sobre el papel brillantes proyectos de asociacion, inventar planes deslumbradores y declamar elocuentemente en favor de las clases menesterosas. ¿Pero crear la caridad? ¿Establecer en el mundo el verdadero amor del prójimo? Imposible. Ahí está su historia; ella nos basta. Búsquense en sus páginas los monumentos que el racionalismo ha legado á las generaciones por venir de su tan ensalzada filantropía; preséntenos los asilos que ha levantado á la miseria ó al dolor; señálenos sus congregaciones redentoras, sus religiosos de San Juan de Dios, sus hijas de Vicente de Paul, sus hermanos de la CARIDAD y PAZ... En vano. No es ese escepticismo glacial y sobradamente arrogante que acoge con sarcásticas sonrisas el nombre sacrosanto de Dios en el momento mismo en que se dice llamado á hacer la felicidad de los pueblos, quien puede encontrar en sus doctrinas disolventes los elementos de la positiva fraternidad. Solo en el principio católico es dable encontrar los verdaderos gérmenes de esa CARIDAD que consagra los legítimos derechos del hombre, y de la cual nace por consecuencia esa PAZ positiva que forma la bienandanza de los pueblos.

Preciso, es pues, insistir una y mil veces, y hoy con mas razon que nunca en esta verdad altamente importante. No hay verdadera CARIDAD sin el elemento católico, no hay PAZ estable y duradera si no está cimentada en ese principio. ¿Ignoran acaso los pueblos que lo que pretende el racionalismo científico, es monopolizar en provecho propio el racionalismo popular para disfrutar feudalmente de sus

ventajas? ¿Han olvidado que él fué quien á nombre de la libertad protejió un dia la esclavitud, fomentó el despotismo brutal de la fuerza, holló los mas sagrados derechos, encendió en el mundo la tea de la discordia, armó al padre contra el hijo, al hermano contra el hermano, y multiplicó los verdugos y las víctimas, y puso en inminente conflicto todo el equilibrio europeo? Si, pues, aspiramos á realizar ese bello ideal de la CARIDAD cristiana, si suspiramos por la positiva PAZ del corazon, cerca de nosotros tenemos la solución de ese problema. No necesitamos ir como Colon en busca de un mundo desconocido. Ese mundo está dentro de nosotros mismos. Solo es menester una mano divina que dirija nuestro rumbo; y esa mano es la del Catolicismo que no cesa de ofrecernos su concurso é influencia. ¿Se atreveria á rechazarla nuestro siglo en su ignorante altanería? Despréciela en buenhora: en ese caso la única respuesta que tiene que esperar de esa religion que altivo insulta, es la maldicion y el anatema. Tendrá egoismo en vez de CARIDAD; y en lugar de la PAZ, la guerra!!

No por eso, Ilustres Congregantes, ceséis vosotros de cantar ese himno triunfal que á la religion católica viene entonando el universo á través de tantos siglos. Mas de cuatrocientos años hace que bajo los auspicios de la reina de cielos y tierra venís tejiendo una aureola de gloria á esa religion divina cuyo prestigio se empeña hoy en menoscabar una generacion bastarda, que solo ha sabido desenterrar las añejas preocupaciones de un siglo que pasó á la posteridad estigmatizado con el anatema de impío. Despreciad altamente sus ridiculos sofismas, y continuad la grande obra de CARIDAD y PAZ que os fué inspirada por esa bendita Virgen en cuyo corazon arde la llama del amor mas puro. CARIDAD sea siempre vuestro glorioso lema: PAZ el distintivo de vuestra conducta. CARIDAD y PAZ el término de todas vuestras acciones. La humanidad que os es deudora de tantos servicios, bendecirá vuestra memoria, y perpetuará en sus fastos vuestros hechos ilustres; y la religion que nunca dejó sin recompensa el verdadero heroismo, escribirá vuestros nombres en el libro de los predestinados.

Y vos, Virgen admirable, que llevais por timbre y blason esos dos

nombres tan tiernos y simpáticos, escuchad hoy nuestros fervientes ruegos. CARIDAD y PAZ os pedimos para todo el mundo, pero muy particularmente para este suelo que tanto favorecisteis siempre con vuestra amorosa proteccion. CARIDAD que haga desaparecer toda rivalidad entre los hijos de una misma madre; PAZ que estreche los vinculos de union entre los diversos partidos que fraccionan nuestra sociedad. CARIDAD que en la tierra nos haga vivir como hermanos bajo la suave influencia del principio católico, para que así merezcamos después gozar de aquella PAZ perdurable que formó la bienandanza de los justos en la mansion de la inmortalidad.

es menester una mano divina que dirija nuestro rumbo, y esa mano es la del Catolicismo que no cesa de ofrecernos su concurso y su influencia. Se atreviera a rechazarla nuestro siglo en su ignorante intemperancia, Desprecia en su rebeldia; en ese caso la unica respuesta que tiene que esperar de esa religion que salvó a la humanidad y el salvamento. Tendria entonces en vez de CARIDAD y PAZ el tema de la Paz, la guerra!!

No por eso, Ilustres Congregantes, cesais vosotros de cantar ese himno triunfal que a la religion católica viene entonando el universo a través de tantos siglos. Mas de cuatrocientos años hace que bajo los auspicios de la reina de cielos y tierra venis tejendo un manto de gloria a esa religion divina cuyo prestigio se empuja hoy en nosotros una generacion pastora, que solo ha sabido desentenderse de las vanas preocupaciones de un siglo que pasó a la posteridad esquivado con el manto del tiempo. Desprecia altamente sus ridiculos sofismas, y continuad la grande obra de CARIDAD y PAZ que os ha inspirada por esa bendita Virgen en cuyo corazón arde la llama del amor mas puro. CARIDAD sea siempre nuestro glorioso tema: PAZ el distintivo de nuestra conducta. CARIDAD y PAZ el término de todas vuestras acciones. La humanidad que os es bendita en tantos servicios, bendicirá vuestra memoria, y perpetuara en sus fastos vuestros hechos ilustres; y la religion que muchísimo sin recompensa el verdadero heroismo, escribirá vuestros nombres en el libro de los predestinados.

Y vos, Virgen admirable, que llevais por timbre y blason esos dos

# DISCURSO

## PARA EL DIA DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN.

ROBUSTOS FUNDAMENTOS EN QUE DESCANSA EL CULTO DE MARIA SANTÍSIMA DEL CARMEN, Y PRECIOSAS PROMESAS VINCULADAS Á ÉL EN VIRTUD DE LA PARTICULARÍSIMA ADOPCION QUE ENVUELVE POR PARTE DE ESTA SEÑORA.

*Leva in circuitu oculos tuos, et vide: omnes isti congregati sunt, venerunt tibi: filii tui de longe venient, et filiae tuae de latere surgent.*

Tiende la vista á tu alrededor, y mira todos esos que se han congregado para venir á tí: de lejos vendrán tus hijos, y tus hijas acudirán de todas partes.

ISAIE. LX. 4.

Si hay un culto que tanto por la antigüedad de su origen como por su universalidad pueda competir con todos los demás, y reclamar derechos que ningun otro podrá jamás disputarle racionalmente, es sin duda el de la Santísima Virgen María. Todavía esa criatura fenomenal no existía sino en la idea de su Criador Supremo; muchos siglos debían trascurrir antes que en la tierra apareciese esa brillante aurora del mas luminoso sol; únicamente poseía la humanidad una promesa solemne, una esperanza lejana consignada en el paraiso acerca de la mujer reparadora que en su dia debía concurrir á realizar los designios de Dios sobre el mundo: y ya éste mirábala como el objeto predilecto de su veneracion, dirigiala sus fervientes votos, la consagraba sus suspiros, y la llamaba á grandes gritos como á la estrella bonancible de su porvenir. Todos los símbolos

de la antigüedad representaban á María; en todas las alegorías leíase su nombre; los patriarcas complacíanse en mostrarla á sus hijos; los profetas delineaban con delicados rasgos sus bellezas y magnificencias; y lo que todavía es mas admirable, sobre las altas cumbres del Carmelo, reuníanse los Videntes para rendir un homenaje de veneracion y de amor á la futura madre del Mesías prometido á la raza culpable.

Allí efectivamente viera el profeta Elías aquella nube trasparente que, levantándose del fondo del mar, hizo caer sobre una tierra estéril la fertilidad y la abundancia (1), tipo misterioso de la augusta Virgen que en tiempos todavía lejanos debia hacer correr las beneficiosas aguas de la gracia que fecundizarian los corazones esterilizados por la culpa primitiva. Allí, segun una tradicion constante y autorizada, comenzó el culto especial de aquella á quien fué dada, en frase de los divinos libros, la gala del Libano, y la belleza del Carmelo y de Saron (2). Allí, corriendo tras las huellas de Elías y Eliseo levantaban los discípulos de aquellos hombres inspirados el primer monumento consagrado á honrar la memoria de la madre de Dios, y echaban los cimientos de ese orden ilustre, de esa nobilísima familia que se envanece de descender de los profetas y contar entre sus progenitores á dos de ellos los mas celosos de Israel. De allí, en fin, arranca el origen de la presente solemnidad, y de esa devoción tan estendida y propagada por todo el orbe cristiano á la purísima Virgen del Carmen, cuyos templos se cuentan á millares, cuyos hijos no entran en guarismo, cuyas congregaciones hállanse do quiera hasta en las mas remotas é insignificantes aldeas, cuyo culto en suma es tan universal, que apenas se encontrará un católico fervoroso, un verdadero creyente que no se honre de vestir sus insignias y no lleve su santo escapulario como una librea preciosa de dependencia y de esclavitud á esa reina del Empíreo.

Bien puedo yo en vista de esto tomar prestados los acentos de

(1) III. Reg. XVIII. 44

(2) Isaías XXXV. 2.

Isaias y esclamar hoy entusiasmado: «Levanta tus ojos, oh Virgen augusta, lanza una mirada sobre ese bello espectáculo que se presenta á tu vista. Complácete en contemplar esa muchedumbre prodigiosa que se apiña en derredor de tu trono. De las regiones mas apartadas de Oriente vienen á millares los hijos de tu amor, y de todas partes corren hácia tí presurosas tus hijas entonando tus alabanzas y tributándote sus homenajes: Todos te pertenecen en virtud de una adopcion especial, porque desde muy antiguo vienen formando una generacion santa, una raza escogida, una estirpe inclita, un pueblo de adquisicion que tú misma engendraste antes de nacer al mundo, y que á través de los siglos ha estendido á manera de frondoso árbol sus robustas ramas por toda la redondez del globo:» *Leva in circuitu oculos tuos, et vide: omnes isti congregati sunt, venerunt tibi: filii tui de longe venient, et filiae tuae de latere surgent.*

Mas no se crea que intento hacer hoy una apologia del ilustré orden Carmelitano ni vindicar su antigüedad. Comprendo lo vidrioso y resbaladizo de ese terreno para entrar en él en un breve discurso; además de que, ni lo considero necesario á mi propósito, ni lo há menester tampoco esa nobilísima familia, harto vindicada ya por otras plumas mas elocuentes; y por el asentimiento de la iglesia católica que no ha vacilado en consignar en el oficio de la presente festividad las glorias de los hijos de los profetas, autorizando la creencia de su antiquísimo origen. Cúmpleme por lo tanto ceñirme únicamente á hablar de las magnificencias de esa augusta Virgen y madre del Carmelo, y de su especial predileccion hácia los que se glorian de pertenecer á ella bajo este título y vestir sus sagradas insignias. «Mostraros los robustos fundamentos en que descansa el culto de María Santísima del Carmen, bien así como las preciosas promesas á él vinculadas en virtud de la particularísima adopcion que envuelve,» será todo el asunto de este sencillo discurso. Ayudadme á implorar los divinos auxilios, etc.

AVE MARÍA.

## REFLEXION UNICA.

La impiedad, el indiferentismo, la incredulidad sistemática, inspiradas por las más repugnantes pasiones, han sido en todas épocas los enemigos natos del culto de María. De muy antiguo vienen mostrando ese sentimiento hostil hácia la agraciada Virgen de Nazareth; y si les hubiese sido dado llevar á cabo sus propósitos, mucho tiempo hace que yaceria deshojada por el suelo la aureola de esa augusta reina, y en ninguna parte se oirían resonar sus alabanzas. Por dicha nuestra no ha sucedido así, y á despecho de todos los errores, de todas las antipatías y de todos los esfuerzos del hombre, las generaciones todas repiten hoy el eco que resonó hace diez y ocho siglos en las montañas de la Judea, y aclaman grande y bienaventurada á la madre del Redentor. Pero una entre las demás es la que viene distinguiéndose de un modo especial en el culto de esa reina, y tegiéndola una guirnalda inmortal que, lejos de marchitarse, cada vez se ostenta mas verde y lozana. Ya habréis comprendido que aludo á la generacion Carmelitana, á ese instituto que nacido en Oriente bajo los auspicios de Elias y Eliseo, mucho antes que se dejase ver en la tierra el grandioso objeto de su veneracion y amor, robustecido despues con los descendientes de aquellos insignes varones y los discípulos del precursor (1), é introducido más tarde en Occidente, á pesar de los furiosos embates que se opusieron á su propagacion, logró no obstante estenderse de la manera mas rápida y prodigiosa para perpetuar donde quiera las grandezas de su insigne protectora, y los incalculables beneficios vinculados á su especial devocion.

No os hablaré de los violentos choques que en su misma cuna tuvo que resistir ese orden preclaro; nada os diré de los récios

(1) Véase la primera leccion del 2.º Nocturno del oficio de la presente festividad.

vientos que amenazaron arrancar de raíz ese magestuoso árbol plantado en las cumbres del Carmelo; pasará en silencio las pruebas terribles porque hubo de pasar, ya en fuerza de las continuas irrupciones de los sarracenos, ya á causa de la malevolencia de algunos espíritus turbulentos que á todo trance solicitaron la estincion de aquella stirpe santa de María. Muchos siglos hacia que arrastraba, por decirlo así, una existencia trabajosa y precaria, cuando plugo al Señor suscitar un nuevo Josué que defendiese con ardiente celo los intereses de aquel desmembrado Israel, víctima de poderosos émulos que por todos los medios imaginables se propusieran su total esterminio. Era este el bienaventurado Simon Stock general de ese órden insigne, quien viéndole acosado por las huestes de un nuevo Madian, recurre á la proteccion de aquella á quien fué dado triunfar de todos los errores y de todas las malas pasiones del mundo. Postrado ante sus altares invoca sus piedades, coloca bajo sus auspicios aquella familia religiosa próxima á sucumbir bajo la accion de la maledicencia, del ódio y de la persecucion mas encarnizada, y con amargas lágrimas suplicala defienda á sus siervos y tome á su cargo el porvenir de un instituto cuyo principal objeto es promover sus glorias y celebrar incesantemente sus magnificencias. ¡Oh! ¡Cuán poco se hace esperar el patrocinio de María! ¡Cómo se apresura á consolar á aquel celoso Carmelita y á enjugar su llanto! Hedla cual descende de su radiante sólio, y dejándose ver de Stock de una manera maravillosa, le alienta á llevar adelante sus trabajos y á no cejar en el camino que ha emprendido. «Aquí me tienes, le dice: has llamado á las puertas de mi corazon, y éste no ha podido resistirse á tus fervorosas plegarias. ¿Ignoras acaso que soy tu madre, bien así como de todos los que bajo tus estandartes militan en ese órden ilustre fundado en mi nombre ó inspirado por mí á los antiguos profetas del Carmelo? Lo soy, sí, y lo seré siempre: y en prueba de mi maternal ternura y proteccion, toma, hijo mio, recibe este escapulario con que de hoy mas deben distinguirse los afiliados en esa noble familia. Él será en todas ocasiones una señal de confederacion perpétua entre mí y vosotros, un simbolo de salvacion, y un broquel impenetrable que os defenderá en

toda clase de peligros:» *Ecce signum salutis, salus in periculis, fœdus pacis et pacti sempiterni.*

¡Oh día feliz aquel en que la amabilísima Virgen María renovó sus antiguas promesas de un modo tan singular y esplicito en favor de los hijos del Carmelo! ¿Qué tienen ya que temer estos de todos los embates del error ó de las pasiones, qué recelar del ódio y de las animosidades de un siglo enemigo de toda institucion religiosa, teniendo su existencia garantizada por la palabra indefectible de la augusta madre de Dios? Armense en buen hora contra el órden Carmelitano todos los poderes terrestres é infernales; hacine en torno suyo la impiedad cuantos elementos disponibles pueda reunir para hacer la guerra á los hijos de María. En vano será que en su horrible desesperacion agote la violencia sus recursos, multiplique el ódio sus torpes manejos, y haciendo el error fanático un llamamiento general á todos los aviesos instintos de la humanidad corrompida, ensaye nuevos sistemas de persecucion para salir airoso en la lucha: ¡Cómo! ¿Desmentir las palabras de María? ¿Anular sus solemnes promesas? Jamás. Los enemigos del Carmelo podrán prolongar sus ataques, reiterar sus amenazas, y hacer cada vez mas terrible el combate contra esa institucion sublime: pero todo ello solo servirá á hacer mas visible el triunfo de la divina Judith, y á poner de manifiesto la impotencia de los Holofernes que osan medir con ella sus fuerzas. Vedlos postrados bajo su espada vencedora; contempladlos llenos de ignominia y de despecho huyendo á ocultar su derrota, mientras la obra de María triunfa donde quiera, adquiere un prodigioso incremento en toda Europa, y sus hijos estendiéndose por la redondez del globo, se multiplican como los descendientes de Abraham, llenando la tierra y haciendo ondear hasta en los mas remotos paises el santo escapulario objeto de veneracion, señal de paz, simbolo de salud, divisa de alianza, prenda de adopcion, y garantia de inmortalidad.

Tan sólidos son los cimientos en que descansa el culto de la Santísima Virgen del Carmen. Sin necesidad de recurrir á buscar su origen antiquísimo que se pierde en la oscuridad de los tiempos proféticos, ni de entrar sobre este punto en discusiones inútiles con

los que le han impugnado (1), tenemos por garante la palabra de la reina del cielo, y sus promesas hechas al inmortal Stock, y esto nos basta para poder levantar muy alto nuestra voz, y no temer los gritos de la impiedad, y sus gastados argumentos contra una devocion que viene atravesando victoriosa los siglos por entre mil y mil combates, y cuya propagacion portentosa bastaria á sancionarla aun cuando faltasen otros testimonios que la autorizasen. Felizmente no sucede así; y á los que envidiosos ó preocupados insisten en declamar contra ese culto como producto de un fanatismo exagerado, nosotros solo responderemos lo que en su tiempo decia el primitivo fundador de este orden insigne á los falsos profetas de Baal: «Gritad en buen hora, esforzad cuanto podais vuestra voz; vuestro clamoréo será impotente para hacer enmudecer á la verdad, porque está apoyada en monumentos irrefragables. En favor de ella han hablado los representantes de Jesucristo en la tierra; han espèdido sus Bulas los Sumos Pontífices, y muy especialmente Gregorio XIII, y Juan XXII; los rescriptos del Vaticano han autorizado la creencia universal del catolicismo en el punto que nos ocupa, y de nada servirá oponer sofismas, y aglomerar especiosos argumentos para desvirtuarla. ¿Y qué es lo que pueden reprocharnos los émulos del Carmelo? ¿Que reclamamos una adopcion especial en

(1) Entre los principales impugnadores de la antigüedad del orden Carmelitano, cuéntase el P. Papebrochio, uno de los continuadores de los Bolandos, quien sostuvo no haber existido ermitaños en el monte Carmelo antes del siglo XII. Los religiosos de este orden trataron de vindicar las glorias de su instituto que creyeron atacado por aquel escritor. Mediaron serias contestaciones entre ambas partes, hasta el punto de llevarse el negocio ante los Sumos Pontífices Inocencio XI é Inocencio XII, quienes nada decidieron acerca de esta cuestion, y únicamente este último Papa prohibió que se volviese á agitar en lo sucesivo, por medio de un Breve dado en 29 de Noviembre de 1698. Cuando los diversos órdenes religiosos trataron de colocar en el Vaticano las estátuas de sus fundadores, los Carmelitas colocaron á San Elias, pero sin inscripcion ninguna. Mas posteriormente vencióronse los obstáculos que á ello se oponian, y en el dia se lee bajo la antedicha estátua: *Universus Carmelitarum ordo fundatori suo Elie.*

favor de los que pertenecen á esa generacion santa y visten sus insignias? ¡Singular argumento! Que todos los hombres son hijos de aquella madre divina que en las horas solemnes del sacrificio del Calvario aceptó con sublime resignacion ese título honroso, nadie lo ha puesto en duda. Que todos tienen derechos indisputables al amor de María en virtud de su universal maternidad, es incontestable. Que su proteccion se estiende á cuantos dignamente la invocan y llaman á las puertas de su corazon, ningun católico lo ha negado. Pero todo esto, ¿destruye acaso ese convencimiento íntimo en que estamos de la marcada predileccion con que la Santísima Virgen vela sobre los hijos del Carmelo? ¿No es una verdad inconcusa consignada en los monumentos tradicionales de mayor valia, que María distingue con particular afecto á los que de un modo especial se esmeran en manifestarla su amor (1)? ¿No lo es tambien que en proporcion que estos la dan mas visibles testimonios de adhesion y ternura filial, inscribiendo sus nombres en el catálogo de sus particulares servidores, y honrándose de ostentar públicamente su librea, ella á su vez se complace en mostrarles su correspondencia, sirviéndoles y protegiéndoles con mayor cariño y vigilancia (2)? Negar esto, equivaldria á desconocer los mas obvios principios de equidad, seria querer establecer una igualdad de derechos á todas luces injusta lo mismo para los que ingratos no saben corresponder al amor maternal, que para los que fieles comprenden y llenan sus deberes; lo cual chocaria hasta con el buen sentido racional, no menos que con los principios católicos. Y siendo indudable que los hijos del Carmelo, por una consagracion especial y en virtud de unos deberes mas graves y de unas promesas mas solemnes, forman una familia que se distingue por su acendrado amor y por sus incesantes obsequios hácia aquella madre universal de todos los redimidos con la sangre de Jesus: ¿no podrán invocar en su favor derechos no comunes, y

(1) Semper Maria cum amantibus amantior est. (S. Ign. mart. Ep. ad. Aur.)

(2) Ipsa diligit diligentes se, imo sibi servientibus servit. (Idiot. de Cont. Virg.)

lisonjarse con la idea de una predileccion mas tierna y afectuosa respecto de María?

Y aquí, M. A. O., se me presenta la ocasion oportuna de deshacer ciertas preocupaciones infundadas, y de rebatir ciertos sofismas estudiados en que los enemigos de este culto vienen encastillándose para desvirtuar su beneficosa influencia. Se nos acusa de inconsiderados porque, segun ellos, damos á la devocion del Santo Escapulario del Cármen una importancia que no tiene. Táchase nos de ilusos porque atribuimos, dicen, á las promesas de María un sentido erróneo y altamente contrario á los principios de la fé católica. Se llega hasta calificar de impias nuestras doctrinas, porque, en su opinion, á trueque de ensalzar demasiado las virtudes de esa santa insignia, rebajamos considerablemente los méritos de la redencion, ó ampliamos mas de lo que el dogma exige la confianza que aquellos deben inspirar al cristiano. Y todo ello porque, fundados en monumentos irrefragables, nos atrevemos á sostener que «la devocion de María del Carmelo envuelve una señal de predestinacion, que en ella y en su Santo Escapulario encuentra el hombre una esperanza cierta de proteccion y amparo contra el enemigo comun de su dicha, y un preservativo contra la muerte eterna.» ¿Y por acaso aventuramos alguna proposicion nueva y que no se apoye en los inconcusos principios de la fé? ¿Enseñamos tal vez una doctrina sospechosa que no se halle autorizada por el lenguaje de una constante tradicion? ¿Cuándo no fué considerado el culto de María como un signo infalible de salvacion? ¿Qué siglo hay que no haya reconocido y proclamado la eficaz influencia de ese culto altamente santificador en los eternos destinos del hombre? ¿Dónde está el genio católico, el escritor piadoso, el celoso apologista, el hombre de fé y de profundas convicciones, que no haya consignado esa verdad tan consoladora para el corazon humano, como fecunda en beneficosos resultados? Ilusos debieron ser sin duda los padres de la iglesia, las columnas del catolicismo, las glorias de la literatura cristiana, cuando proclamaban á María «arca misteriosa do encuentran la salvacion todos los pecadores que vogan en el gran diluvio de la culpa (1); iris bonancible en cuya presencia el cielo

(1) S. Ber. Serm. de B. Virg.

detiene sus rayos vengadores, y cesa de herir al delincuente (1); árbol frondoso bajo cuyas ramas se guarece este de los ardores de la divina justicia, y experimenta la suave frescura de la misericordia (2); ángel de consuelo pronto á acudir al grito de quien la invoca en los trances apurados y á tender sobre él su mano protectora (3); áncora firmísima de esperanza donde asido el criminal se salva del naufragio de la cólera del cielo y llega al puerto seguro de la eternidad (4).» Y si aquellos genios de la antigüedad católica nada dijeron que no estuviese en completa armonía con lo que el mundo viene creyendo del poder, de la bondad y del amor de esa Virgen sacratísima; y si nosotros no somos mas que meros ecos de su voz autorizada; ¿á qué lanzarnos tan duras como gratuitas calificaciones? ¿A qué declamar contra nuestro supuesto fanatismo? ¿A qué aturdirnos con el continuo clamoreo de nuestra supuesta ilusion? Concíbese muy bien que esto estuviese en su lugar toda vez que pretendiésemos hacer de la devocion del Carmelo un escudo para asegurar al hombre su salvacion sin mas que pertenecer á sus congregaciones, y llevar su Santo Escapulario; ó cuando, en virtud de ciertas prácticas piadosas superficialmente cumplidas, quisiésemos dar un salvo conducto á los pecadores para continuar en su vida criminal sin temor de la venganza divina. Pero ¡dista tanto esto de lo que enseñamos! ¡Hay una diferencia tan marcada entre nuestros principios y semejante absurdo! No: jamás fué esa nuestra creencia, nunca abrigamos tamaña aberracion; en ningun caso hemos intentado menoscabar los derechos de la justicia de Dios, ni menos autorizar el crimen bajo la salvaguardia de una devocion exterior. De esto á sostener que la verdadera devocion á María Santísima del Cármen es una señal cierta de predestinacion, hay un inmenso abismo. Decimos, sí, y nunca nos arrepentiremos de repetirlo, que en esa devocion practicada cual cumple á los legítimos hijos del Carmelo, en ese culto que supone una esquisita vigilancia sobre sí mismo, una vida mori-

(1) S. Bonav. in Spec. G. XII.

(2) B. Amad. Hom. VIII.

(3) Blos. in Can. Vit. spir. C. XVIII.

(4) S. Germ. in Encom. Deip.

gerada y conforme á los principios del Evangelio y un cumplimiento exacto de los preceptos divinos, halla el hombre una esperanza firme de salvacion, un escudo impenetrable para hacer frente á los tiros del infierno, y un poderoso medio de vencer las mas fogosas pasiones: porque así nos lo asegura una conviccion íntima de las piedades y de la proteccion de esa augusta madre, porque reconocemos su valimiento y poder ante su divino hijo, porque de ello nos garantiza la especial filiacion con que nos ha adoptado, porque tenemos por prenda de sus promesas su inagotable amor, porque no podemos nunca dudar de la palabra que empeñó á su fidelísimo siervo Simon Stock; y mas que todo porque esa devocion, ese culto que hace de nosotros una familia especial y privilegiada de su herencia, puesto que por un efecto de su maternal ternura plúgola arraigarse en este pueblo de honor descendiente de los profetas, lleva consigo los mas graves deberes, que cumplidos esactamente bastan á garantizar nuestro eterno porvenir.

No insistiré mas, hijos del Carmelo, en vindicar vuestras glorias y en defender vuestros derechos. Tampoco creo necesarios nuevos esfuerzos para impugnar á vuestros enemigos y alentar vuestras legítimas esperanzas. Las naciones todas del mundo católico vienen proclamando elocuentemente las magnificencias de esa Virgen-Madre de quien sois los Benjamines privilegiados. Do quiera existen monumentos innegables de lo que esa tierna Raquel viene haciendo en obsequio de sus desgraciados hijos. Los portentos de su proteccion, los prodigios de esa investidura celestial que ella misma colocó en las manos de vuestro inmortal caudillo, las estupendas maravillas que en todos sentidos ha obrado en la tierra, en el mar, en los campos de batalla, en los voraces incendios, y especialmente en la conversion de los corazones esa divisa de salvacion, son innumerables y consignados se hallan en los anales históricos de la Orden del Carmelo. ¿A qué reproducirlos? Solo interesa que sepais corresponder á esa adopcion particular con que os honró la augusta madre de Jesus; que como él sepais amarla, obsequiarla y servirla para merecer sus ternuras; que siguiendo las huellas de su Unigénito aspireis á identificaros con sus sentimientos, á fin de ser dignos de tan

santa madre. Haciéndolo así, nada temais; dejad que el infernal Senaquerib apreste sus falanges, que la impiedad se refuerce para recomenzar la lucha, que el racionalismo reproduzca sus gastados apóstrofes, y que el error levante una nueva cruzada contra ese culto que forma vuestra dicha y vuestra esperanza. No entrará, no por vida vuestra, ese enemigo prepotente en la bien murallada ciudad del Dios vivo; contra ella se embotarán sus envenenados dardos volviendo de rechazo contra los mismos que los disparan; asegurada está vuestra proteccion, y vuestro porvenir no correrá el menor riesgo mientras permanezcais fielmente adheridos á María con los lazos de la virtud y del amor.

Tan invulnerables nos consideramos, oh madre amantísima del Carmelo, bajo vuestro patrocinio y amparo. Tan honda es nuestra conviccion, y tan inalterable nuestra confianza en vuestras maternales piedades. ¡Ojalá nunca llegemos á desmerecerlas! ¡Plegue á vos que siempre sepamos conservarnos dignos de vuestra adopcion! Sea vuestra la gloria de nuestra perseverancia en el bien, ya que á vos pertenece el honor de haber plantado en el mundo esta viña misteriosa que tan sazonados frutos viene produciendo á través de las edades. Y pues que por vuestra dignacion fuimos elegidos para formar una parte privilegiada del legado que os dejó vuestro divino Hijo, seamos tambien por vuestra mano presentados á él en el eterno festin de la bienaventuranza.

## DISCURSO

PARA EL DIA DE NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES.

EL CULTO DE MARIA CONSIDERADO COMO UNA JUSTISIMA RECOMPENSA DE SUS MERECEMIENTOS, Y UN TRIUNFO DIGNO DE SUS ALTISIMAS VIRTUDES.

*In plenitudine Sanctorum detentio mea.*

Mi trono se halla colocado en la plenitud de todos los santos.

ECCI. XXIV. 46.

**D**E muy antiguo viene siendo el culto de la Santísima Virgen María el objeto predilecto de todos los pueblos del orbe cristiano. El ha sido siempre el distintivo de los verdaderos creyentes, él ha fijado digámoslo así la línea divisoria entre las naciones fieles y las que en su ciega obstinacion se negaron á aceptar la civilizacion del Evangelio. Donde quiera las primeras se dan á conocer por su tierna devocion hácia esa Virgen predestinada que anunció al mundo la buena nueva de su rescate, y que tanta parte tuvo en la regeneracion moral de la humanidad: y por el contrario en los segundos se vé marcado el tipo de su reprobacion en esa oposicion sistemática que siempre mostraron á esta devocion tan simpática, y que tan felizmente influye en los destinos del hombre viador. Entre los innumerables testimonios que acreditan la antigüedad del culto de la Madre de Dios, y cuán hondas raíces ha echado en el catolicismo, ofrécenos la historia del siglo IV el hecho prodigioso cuyo aniversario celebra hoy la iglesia.

No bien cesára el horrisono bramido de las persecuciones susci-

tadas contra los cristianos por aquel imperio designado en los libros santos bajo la alegoría del mónstruo de siete cabezas; humeante estaba aun el suelo romano con la sangre de tantos héroes que en el transcurso de tres siglos venían sellando con ella el testimonio de su fé, cuando aquella gran capital del mundo veía alzarse en su seno un monumento imperecedero á las glorias de María. Era este la magnífica y suntuosa Basilica Liberiana, denominada hoy Santa María la Mayor, asombro del arte, creacion sublime del genio, destinada á perpetuar á través de las generaciones la memoria de un suceso que la mas escrupulosa crítica ni la mas descontentadiza incredulidad han podido jamás desmentir. Dos opulentos consortes pertenecientes á la nobleza romana, y en quienes á la par de sus virtudes brillaba una piedad cordialísima hácia la bienaventurada Vírgen María, hallándose privados de sucesion, resolvieron instituir por heredera de sus cuantiosos bienes á la madre augusta del Verbo. Pero deseando que la inversion de sus caudales tuviese un objeto digno y aceptable á los ojos de la Santísima Vírgen, dirigénla fervientes plegarias para que se sirva significar de una manera ostensible su voluntad respecto de aquel negocio. Los deseos de los piadosos consortes no tardaron en verse realizados. El dia cinco de agosto, cuando mas ardientes son en Roma los calores del Estío, una parte del monte Exquilino se vió cubierta de nieve. En aquella misma noche aparécese María en sueños á ambos cónyuges separadamente, revelándoles su voluntad de que se erigiese un templo á su honor en el sitio que viesen nevado. Idéntica revelacion tuvo el Papa Liberio: y en su consecuencia dirigiéndose el siguiente dia al citado monte Exquilino en devota procesion el clero y el pueblo, y patentizado el prodigio, se trazó la área del nuevo templo que allí fué levantado, y que con diversas denominaciones ha llegado á nuestros dias y figura en la actualidad entre los primeros de la capital del mundo católico.

Tal es, M. A. O., el sentimiento que viene descollando en el cristianismo: en todas partes la piedad tierna y cordial hácia María se espresa de un modo visible consagrándola monumentos que eternizan su gloria y sus altos merecimientos. Porque no es únicamente los dones de gracia con que fué enriquecida esa emanacion de la divi-

nidad lo que se complace en celebrar la iglesia; es sí muy principalmente la fidelidad con que supo corresponder á la liberalidad del Omnipotente que tan grande y escelente la hiciera, en lo que funda esos testimonios de veneracion que donde quiera la dedica, y lo que hace que su nombre sea el objeto de un culto tan universal como bello y majestuoso. La humanidad reconociéndola por su protectora insigne, admira en ella al mismo tiempo un fondo de virtudes y perfecciones que jamás se encontraron en las demás criaturas, puesto que segun el oráculo divino, esa Virgen privilegiada se colocó en un grado de santidad superior al de todos los justos, reasumiendo en sí sola la plenitud de merecimientos que en todos ellos se hallan como diseminados: *In plenitudine Sanctorum detentio mea*. Y á esta plenitud de heróicas virtudes corresponde en María esa otra plenitud de gloria que al presente disfruta en el cielo, y motiva los homenajes de reverencia y de amor que se le tributan en la tierra.

Héd ya trazado el plan de mi discurso. «El culto de María considerado como una recompensa justísima de sus merecimientos y un triunfo digno de sus virtudes,» es la grandiosa idea que me inspira la presente solemnidad y el objeto de vuestra atencion. Supliquémosla ante todo se digne concederme las luces del cielo para llenar cumplidamente mi mision, etc.

#### AVE MARIA.

#### REFLEXION UNICA.

El señor que pesa con estricta justicia los méritos de los predestinados y decreta recompensas proporcionadas á sus servicios, no tanto atiende en la distribucion de su gloria á ese rico fondo de gracias que les comunicára y sobre el cual levantaron el edificio de su santidad, quanto al buen uso que hicieron de sus dones y á la fidelidad con que respondieron á sus altos designios. Sentado este principio, es evidente que la Santísima Virgen María, no solamente fué enriquecida desde sus primeros instantes con todas las gracias cor-

respondientes á la altísima dignidad á que estaba destinada y á las importantes funciones que debia llenar en la tierra, sino que cooperó tambien fidelísimamente á esas mismas gracias, acrecentándolas extraordinariamente y acumulando incesantemente otras nuevas, cual cumplia á una alma exenta de toda debilidad é incapaz de la menor relajacion en este punto. De aqui resulta, segun el testimonio de los sagrados espositores, esa plenitud de gloria que forma la recompensa de sus altísimos merecimientos, gloria universal, eminente, singular, proporcionada á los caractéres que en su santidad resplandecen; puesto que, como dice un ilustre Doctor, así como es imponderable lo que recibió é inefable lo que hizo, del mismo modo es incomprendible lo que obtuvo: *Sicut est inestimabile quod accepit, et ineffabile quod gessit, ita est incomprehensibile quod obtinuit.*

Lancemos efectivamente una mirada sobre esa prodigiosa estraccion de la divinidad, contemplemos los rayos de luz que parten de su seno proyectando maravillosamente en el mundo moral, y no podremos menos de sorprendernos al verla enriquecida con todo ese cúmulo de virtudes y magnificencias que la elevan sobre cuanto hay de mas santo y sublime en la celestial Sion. Desde muchos siglos antes de su advenimiento, es ya María el objeto de todas las figuras y de los diversos vaticinios que anunciaron á la humanidad sus futuros destinos. Los justos del antiguo testamento vivieron en una espectacion incesante de esta criatura privilegiada que debia dar á luz al Salvador prometido. Hacia ella dirijian sus votos y sus mas ardientes plegarias; y con sus portentosos hechos dibujaban anticipadamente el retrato de esa Virgen, legando á la posteridad un boceto de sus incomparables virtudes, en la fé de Abraham, en la obediencia de Isaac, en la paciencia de Jacob, en la castidad de Joseph, en la consagracion de la hermana de Moisés, en la fidelidad de Sara, en la piedad de Esther, en la firmeza de Judith, en el celo de Dévora y en las costumbres proféticas de tantos héroes é ilustres heroínas de la antigüedad sagrada. Figuras, es verdad, pero en las que brillan los rasgos de la conformidad mas sorprendente con su original, autorizadas por los mas eminentes geniós del cristianismo y sancionadas por la iglesia universal.

Mas no es esto solo: María ha sido el tipo de imitacion que se han propuesto siempre todos cuantos han aspirado á una santidad eminente. No son solamente las vírgenes las que la han reconocido por su reina y tomádola por modelo de esa virtud celestial y desconocida en el antiguo mundo, cuyo estandarte levantó la primera en Israel; sino que de ella han aprendido tambien los esposos como Joseph á depurar los mas castos sentimientos de la union conyugal, los corazones inocentes como Marta á consagrarse á la práctica de las buenas obras; las almas penitentes como Magdalena á adherirse á la cruz de Jesucristo; los evangelistas, los apóstoles y los mártires á sacrificarse por la gloria de Dios y por la propagacion de su iglesia. ¿Y qué mucho que así sea, cuando todos los santos son deudores á María de sus merecimientos y virtudes? Es una verdad reconocida y atestigüada por todos los doctores católicos, que la Santísima Virgen en virtud del consentimiento dado al misterio de la Encarnacion del Verbo, mereció incomparablemente mas que todos los justos con sus mas heroicas acciones. La razon de esto se funda en que debiendo ellos todo cuanto son en el órden de la gracia á Jesucristo autor y consumidor de todos los dones, y habiendo sido María la que nos dió ese mismo Salvador divino, resulta que por ese solo concepto se encuentra en posesion de una santidad cuya altura sobrepuja inmensamente á todo lo imaginable, colocada á la cabeza de todos los predestinados y constituida soberana de todos los escogidos, como que en su seno mereció concebir el gérmen de toda virtud y el origen de toda perfeccion.

Nada hay pues de sorprendente en que las mas eminentes capacidades y los mas sublimes ingenios hayan celebrado las magnificencias de esa Virgen en términos que pudieran parecer exagerados, haciendo de ella el mas bello y encantador espectáculo del cielo despues de la magestad de Dios, un perenne manantial de bienandanza y beatitud para los moradores de aquella feliz patria, el gozo mas cumplido de los patriarcas, el orgullo santo de los profetas, el embeleso de los ángeles, y el éxtasis de la divinidad que la contempla como su obra mas escelente y perfecta. ¿Y á quién debe estrañar ese coro incesante de alabanzas que la tierra la ofrece como un ho-

menage de admiracion á sus sublimes dones y como una justa recompensa de sus altísimos merecimientos? ¡Oh! ¡Cuán bella es esa armonía de sentimientos con que el tiempo responde á los ecos de la eternidad proclamando á María hermosa entre las hermosas, pura entre las puras, santa entre las santas, la única que mereció las complacencias del rey de los siglos, y como tal la sola digna de tener un trono en cada corazon católico! Tú misma, oh Virgen humilde, arrebatada por una inspiracion profética, vaticinaste que las generaciones todas debian llamarte un dia bienaventurada. La prediccion está cumplida. Desde la cumbre de aquella montaña que escuchó este oráculo arranca esa larga cadena de homenajes que viene tributando á tus virtudes el mundo entero. Allí comenzó esa ovacion universal que viene prolongándose á través de la edades. El entusiasmo que tu nombre inspira, lejos de perder nada de su fervor primitivo, acreciéntase progresivamente: y tú culto cada dia más tierno y simpático, mas sublime y brillante, forma las delicias del orbe cristiano, y el consuelo y la esperanza de la humanidad creyente. Contad si podeis, M. A. O., las lenguas que se han consagrado á celebrar las glorias de María; enumerad las páginas que se han escrito en su honor, los laureles que en torno suyo ha hacinado la piedad unida al genio, las coronas que la ha entretregido la poesía, los monumentos que la han dedicado las artes, y las festividades instituidas por la iglesia para solemnizar sus triunfos.

Y en efecto, el culto de María sobre ser una justa recompensa de los merecimientos de esa Virgen privilegiada, constituye á la vez el triunfo mas digno de sus virtudes. ¿En quién se halló jamás un heroismo tan admirable? ¿Quién como ella ejercitó virtudes tan eminentes? María adquirió el gran tesoro de sus casi infinitas perfecciones á precio de los mayores y mas amargos sacrificios. Su piedad la impulsó á abrazar la virginidad, cuando esta virtud no solo era desconocida en su nacion sino que se miraba como una mengua y un oprobio. Su pudor la hizo estremecerse á la vista de un angel y temblar ante los elogios que la dirigiera de parte de Dios. Su fidelidad inviolable la llevó al punto de no aceptar la maternidad divina que le era ofrecida, hasta asegurarse de que en nada perjudicaría á su virginal

pureza. Su consentimiento á tan inefable misterio fué acompañado por su parte del abatimiento mas profundo, declarándose la mas humilde sierva del Señor justamente cuando este la elegía por madre. Su obediencia perfectísima la arrastró á sujetarse á la ley de la purificación siendo mas pura que los ángeles, y á ofrecer en rescate del hijo de Dios el don de las mujeres inmundas. Su invencible paciencia la habituó á sufrir las frecuentes y dolorosas ausencias del amado de su corazón, despues de haber tolerado con él y por él las amarguras, sinsabores y privaciones del destierro. Su humildad sin reserva la impidió buscar á Jesus entre el brillo de sus milagros y las glorias del Thabor; y por el contrario su amor sin límites la hizo seguirle en el tiempo de sus humillaciones y tormentos, y crucificarse con él en el Calvario. Por último su caridad hácia los hombres la costó el sacrificio de cuanto habia para ella de mas caro en la tierra, y cuando hubo visto á su hijo remontarse al cielo, su celo por la iglesia la determinó á resignarse á vivir para bien de un mundo ingrato y malaventurado.

Ved el compendio de las grandes virtudes de María. ¿Hay en ella una sola accion que no justifique esa plenitud de gloria que constituye el doble triunfo que el cielo y la tierra vienen decretándola á través de los siglos? Contempladla allá en la region de la inmortalidad sublimada sobre todas las gerarquías angélicas, resplandeciente con una claridad que eclipsa los luminares celestes y deslumbra los astros del firmamento. Mirad como todos los bienaventurados espejos diáfanos en donde refleja la magestad de Dios se extasian en su presencia, y arrojan á los pies de su reina y Señora sus palmas y sus coronas, reconociendo la superioridad de sus merecimientos en la superabundancia de gloria con que se halla enriquecida. Y si del cielo apartais vuestra vista para fijarla en la tierra, ¿qué es lo que advertís, sino la reproduccion del triunfo que allí recibe María, la continuacion de ese eco perpétuo de alabanza y prez que sin cesar resuena en el seno de la eternidad? ¡Triunfo admirable! Jamás mortal alguno ha sido objeto de un entusiasmo tan universal. El orbe entero se disputa la honra de encomiar y ensalzar en todos conceptos á la humilde Virgen de Nazareth; los siglos á porfía vienen rivalizando en fervor,

y apurando cuanto la ciencia y la piedad pueden inspirar de mas tierno y poético, para ofrecer á la madre de Dios una corona digna de sus excelentes virtudes. No hay en el mundo un solo rincon que no conserve monumentos tradicionales de las grandezas de María; donde quiera se la reconoce y festeja como al mayor prodigio de la naturaleza y de la gracia, como á la obra maestra de la omnipotencia divina, y el rasgo mas acabado y perfecto de su amor. ¡Ah! Ella es la esperanza del hombre desgraciado, la estrella bonancible del porvenir, el tipo de la misericordia, el emblema de la ternura maternal, la fuente de la clemencia que refrigera el corazon culpable, el simbolo de reconciliacion entre la tierra y el cielo, la paloma mensajera de la paz, el puerto seguro que ofrece al náufrago la patria, la puerta misteriosa por donde el pródigo desheredado entra al festin del padre celestial, la escala por donde el miserable mortal sube al reino de la inmortalidad y de la gloria. ¿Cómo pues no habia de recibir María un culto sublime al par que tierno y magestuoso, reasumiendo en su persona cuanto hay de mas embelesador y conforme con los sentimientos del corazon humano?

Permitidme empero, M. A. O., os haga una observacion muy importante. Nunca me cansaré de elogiar vuestro justo entusiasmo hácia esa Virgen dignisima; siempre será poco cuanto en obsequio suyo hagais, puesto que sus merecimientos exceden en mucho á nuestros pobres homenajes. Mas conviene tener presente, que el verdadero culto de María, el que puede llenar sus deseos y corresponder debidamente á sus esperanzas, se funda principalmente en la imitacion de las virtudes que la proporcionaron tan alta gloria. Cuando al fin de los siglos, escribe San Ambrosio, sea llegada la hora de recibir cada cual la recompensa de sus obras, María aparecerá seguida de una brillante cohorte de santos que acaudillados por ella harán estremecer las legiones infernales. Allí se dejará ver á los ojos del universo como el modelo de los predestinados, como la reina de las virtudes, como el emblema inmortal de la justicia y de la santidad; y en presencia de tamaño portento, todas las lenguas celebrarán sus magnificencias, al propio tiempo que participarán del gozo de tan sublime triunfo. Pues bien, ese triunfo que será común á todos cuan-

tos hubieren caminado tras las huellas de la Virgen predestinada, se aumenta con cada acto de virtud practicado á su ejemplo, y la prepara nuevos objetos de alabanza. Y ved aquí explicado el origen de las blasfemias de la heregía y de las impugnaciones de la impiedad contra el culto de la madre de Dios. ¿A dónde pensais van dirigidos sus envenenados tiros, sus sátiras malignas, sus críticas indiscretas, y esos dictados de ilusion y fanatismo que lanzan sin cesar á los verdaderos devotos de la Santísima Virgen? ¡Ah! Es que saben muy bien que ese culto contraría sus costumbres, se opone á sus pasiones, condena sus principios y anatematiza sus desórdenes. Conciben perfectamente que la devocion sincera y cordial envuelve un empeño formal y un grave compromiso de practicar las virtudes que con su ejemplo nos enseñó esa criatura perfectísima, puesto que honrar lo que no se imita, sobre ser una contradiccion monstruosa sería tambien un sangriento sarcasmo. Por eso llevan á mal un culto que pone de relieve sus detestables vicios, y quisieran, si posible fuese, verle destruido del mundo para lanzarse mas libremente en las vias de la perdicion.

No conseguirá sus pérfidos designios la impiedad. El culto de María se perpetuará en la tierra á despecho de sus esfuerzos. Jamás faltarán imitadores fieles de esa Virgen celestial. Do quiera rodearán el trono que la verdadera piedad la elevára, almas castas, humildes, obedientes y resignadas, herederas de las virtudes de su reina y soberana. Su triunfo se prolongará á través de las edades, y las generaciones venideras se trasmitirán unas á otras los bellos ejemplos de perfeccion cuyo gérmen dejó en este suelo aquella Virgen que hoy disfruta en el cielo la recompensa de sus heróicos sacrificios.

Hacedlo así, oh María, para gloria vuestra y dicha de la humanidad. Promoved vos misma ese culto sincero y cordial que tanto os agrada, creando en nuestras almas nuevas virtudes que añadir á la inmortal diadema que ciñen vuestras sienas. Que los obsequios que aquí os ofrecemos sean inspirados por una devocion práctica y fecunda en buenas obras. De este modo os serán gratas nuestras ofrendas, aceptareis gustosa nuestros dones, os complacereis en

nuestra piedad; y llegará un día en que despues de haber llenado dignamente nuestra mision en el tiempo, mereceremos recibir de vuestras mismas manos la recompensa que para vuestros hijos teneis reservada, como madre amantísima, en la mansion del triunfo y de la inmortalidad.

contra el culto de la madre de Dios. A donde pesa  
sus convenidos hijos, sus sabias máximas, sus críticas indisciplinadas,  
y esos dictados de hipocresía y fanatismo que lanzan sin cesar a los ser-  
vadores devotos de la Santísima Virgen. Así es que saben muy bien  
que ese culto contrario sus costumbres, se opone a sus pasiones, con-  
debe sus principios / sus máximas sus deberes. Condenan perfec-  
tamente que la devoción sincera y cordial envuelva un tiempo for-  
mal y un error como el de practicar las virtudes que con su  
ejemplo nos enseñó esa cristiana perfectísima, puesto que honrar lo  
que no se mira, sobre ser una contradicción monstruosa sería también  
un sacrilegio sacratísimo. Por eso llevan a mal un culto que pongo de  
relieve sus desastrosas vicisitudes y que muestra el posible fin de la  
tercería del mundo para hacerse más libremente en las vías de la  
perdición.

No conseguirá sus peñidos designios el impedido. El culto de  
María se perpetuará en la tierra a despecho de sus estultos. Jamás  
faltarán mil millones fieles de esa Virgen celestial. De quien rodea-  
rán el trono que la verdadera piedad le eleva, ámas castas, hu-  
mildes, obedientes y resignadas, libertades de las virtudes de su  
reina y soberana. Su trono se prolongará a través de las edades, y  
las generaciones venideras se elevarán unas de otras los bellas  
ejemplos de perfección que gobernó en este suelo aquella Virgen  
que hoy asiste en el cielo a la recompensa de sus héroicos sacri-  
ficios.

Hacedlo así, oh María, para gloria vuestra y gloria de la huma-  
nidad. Promoved vos misma ese culto sincero y cordial que tanto  
os agrada, creando en vuestras almas nuevas virtudes que añadir  
a la inmemorial disciplina que rigen vuestras almas. Que los obsequios  
que aún os ofrecemos sean inspirados por una devoción pura y  
frecuente en buenas obras. De este modo os serán gratas vuestras  
oraciones, aceptaréis gustosa nuestros dones, os complaceréis en

## DISCURSO

### PARA EL DIA DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO.

EL ERROR NO PUEDE DOMINAR ALLÍ DONDE DOMINA EL CULTO DE MARIA,  
POR CUANTO SU DEVOCION, Y ESPECIALMENTE LA DE SU SANTÍSIMO ROSARIO,  
ES EL ARMA MAS EFICAZ Y PODEROSA PARA TRIUNFAR DE TODOS LOS  
ELEMENTOS QUE EL MUNDO OPONE Á LA VERDAD CATÓLICA.

*Benedicta es tu à Domino Deo excelso præ omnibus mulieribus super terram... quia hodie nomen tuum ita magnificavit, ut non recedat laus tua de ore hominum, qui memores fuerint virtutis Domini.*

Bendita eres del Señor Dios altísimo sobre todas las mujeres de la tierra: porque hoy se ha hecho tan célebre tu nombre, que no cesarán jamás de publicar tus alabanzas cuantos conservaren en los siglos venideros la memoria de los prodigios del Señor.

JUDITH. XIII, 23, 25.

¡VICTORIA á María! ¡Honra, prez y bendición á la augusta madre del Verbo! En ella se ven realizados los elogios que un día resonaron dentro de los muros de Bethulia en loor de la heroica Judith. Ella mucho mejor que la ilustre viuda de Manasés ha decapitado al infernal Holofernes, ha arrollado las huestes del error, ha humillado la pujanza de los enemigos de Dios, y libertado á su pueblo lanzando el oprobio que sobre él pesaba. A ella, pues, debe entonar el catolicismo un himno de triunfo, y esclamar como los habitantes de aquella ciudad libres ya del yugo de sus opresores: «Bendita eres del Señor Dios excelso sobre todas las mujeres de la tierra: porque hoy se ha hecho tan célebre tu nombre, que jamás cesarán de publicar tus alabanzas cuantos conserváren en los siglos veni-

deros la memoria de los prodigios que por tí ha obrado el Señor.» *Benedicta es tu à Domino Deo excelso præ omnibus mulieribus super terram*, etc.

Aun cuando en efecto careciese el catolicismo de otras pruebas en que fundar las glorias de esa augusta Virgen y su casi ilimitado poder, bastarian los portentosos hechos que recuerda la presente solemnidad, para no dudar de que ella fué la destinada por el cielo para luchar constantemente contra todos los elementos de ruina que el genio del mal debia oponer á la verdad, y postrar unos en pos de otros á todos los enemigos de la religion, llevando á cabo á través de los siglos la gloriosa mision que inauguró en su advenimiento al mundo, conforme á la gran promesa hecha en el paraiso á la estirpe de Adan.

Prodigios de doble carácter pero de inmensas consecuencias, triunfos materiales y morales, unos y otros de gran valia y altamente beneficiosos á la civilizacion cristiana, nos recuerda la festividad del Rosario de Nuestra Señora. Aquí la Europa arrojando de su seno la barbarie musulmana, y destrozando los pendones de la media luna que audaces recorrian nuestras costas ejerciendo el mas feroz despotismo y la mas repugnante pirateria; allí la cristiandad triunfando de los errores del Coran y obligando á sus sectarios á ocultar su derrota y su vergüenza en las playas africanas; mas allá el elemento católico plantando sus estandartes victoriosos sobre las ruinas de la heregía, y levantando á las glorias de la madre de Dios un monumento imperecedero llamado á sobrevivir á todos los siglos: hed ahí, M. A. O., los hechos insignes que se hallan ligados á la presente solemnidad. ¡Desgraciado el que hoy no siente latir su pecho poseido de dulces emociones! La religion y la sociedad nos hablan á la vez en este dia; los mas caros intereses de la fé y de la patria hállanse representados en la fiesta del Santisimo Rosario de María. Y no es una nacion, una ciudad, ó un pueblo solo el que debe á esa institucion eminentemente social sus timbres mas gloriosos; es, sí, el cristianismo entero, es la Europa en masa la que se encuentra obligada por los beneficios de esa mujer celestial. Toda ella luchó en nombre de María por su nacionalidad

y por sus creencias; toda ella triunfó bajo los auspicios de esa nueva Judith del error y de la tiranía; toda ella arrojó sus cadenas y respiró libre de un poder extraño que aspiraba al dominio universal del mundo, do intentára sembrar la barbarie y entronizar el imperio del alfanje; y por consiguiente, toda ella debe tomar una parte activa en esa ovacion que el Catolicismo consagra á su insigne protectora, celebrar sus glorias y cantar sus inmarcesibles triunfos.

Voy pues, á demostrar esta verdad, no relatando históricamente los hechos que se hallan ligados á la presente solemnidad; sino recordando los mas insignes, para deducir de ellos una consecuencia altamente interesante, á saber: que «el error no puede dominar allí donde domina el culto de María, por cuanto su devocion, y especialmente la de su Santísimo Rosario, es el arma mas eficaz y poderosa para triunfar de todos los elementos que el mundo opone á la verdad católica.»

Plegue á vos, Virgen Santísima, dar á mis lábios la uncion y la elecucencia necesarias para preconizar dignamente vuestras glorias, é infundir en los pechos de mis oyentes una devocion ardiente hácia vuestro Santísimo Rosario. De vuestra maternal ternura lo espero todo, pues no es posible dejéis de mostrarnos benigna en vista del afecto con que os dirigimos la sublime salutacion del ángel.

AVE MARIA.

### REFLEXION UNICA.

Tan cierto es que el error no puede fijar su dominacion do quiera que el culto de la Santísima Virgen haya echado hondas raices, que todos los grandes acontecimientos del mundo católico, todos los triunfos conseguidos de las sectas disidentes, todas las gloriosas empresas que contra los enemigos de la Cruz han sido coronadas de un brillante éxito, llevan impreso el sello, el carácter, el tipo de María, cuyo nombre figura siempre al frente de esas

sublimes conquistas de la civilizacion evangélica. Desde el Calvario donde recibió la mision augusta de velar por la humanidad creyente, y fué investida del protectorado universal en favor de las naciones que se adhriesen al nuevo código sancionado con la sangre de su divino hijo, en todas partes ha sido ella la que estimulando el fervor y la piedad, promoviendo los intereses de la religion, fomentando el entusiasmo de la fé, é inspirando sentimientos sublimes y generosos pensamientos, ha conservado intacto el precioso depósito de las creencias que nos legó el Salvador, y sostenido su iglesia contra los embates de la heregia empeñada en minar sus cimientos y en plantar sobre sus escombros el negro pendon que Luzbel enarboló un día en las cumbres del cielo. Trasportaos á Jerusalem, pasad á Epheso, volad á Roma, recorred todo el mundo antiguo de Oriente á Occidente, y ved: ¿quién humilla á los génios aviesos que inventan especiosos sofismas para introducir la escision en la primitiva iglesia? ¿Quién destruye los primeros gémenes del error que pululan entre los griegos? ¿Quién confunde á los Arrios, Nestorios, Eutiches y demas heresiarcas que manchan con sus lenguas maldicientes los dogmas respetables del catolicismo? ¿Quién hace enmudecer á toda esa caterva de inmundos reptiles que el infierno aborta para desmoronar el edificio de la unidad? ¿Quién escita ese grito unánime y universal que lleva sus ecos por toda la tierra, pronunciando maldicion y anatema sobre cuantos osaren amancillar las glorias de la divina maternidad de la augusta Virgen de Nazareth? ¿Quién...? Mas no hay necesidad de evocar aquí los innumerables monumentos históricos que proclaman la influencia de María y su irresistible poderío contra el error. Ella es siempre y donde quiera el génio tutelar que vela por la verdad, y allí donde se levanta un solo enemigo que intente vulnerarla ó disputarla sus derechos, allí donde brotó el menor gémen que pueda corromperla ó desvirtuarla, allí está la nueva Judith llena de intrepidez y generoso heroismo, dispuesta á luchar con el infierno, y á no levantar mano hasta haber hecho rodar por el suelo la altiva cerviz de su gefe y caudillo.

En la devocion y culto de esa Virgen admirable bebieron siempre, como en un perenne manantial, los apologistas del Catolicismo, los

egregios defensores de la fé, aquel fervor admirable y aquel celo intrépido que les hacia acometer las mas árduas empresas. Ella robustecia el brazo del invencible macabeo del siglo XII el inclito Domingo de Guzman, para combatir denodadamente contra la heregia Albigena que estendiéndose por el suelo francés sembraba en él los funestos gérmes de un error cuyas consecuencias afectaban á la vez á los intereses de la religion y al órden social. Nadie ignora el proselitismo de aquella secta audaz, sus porfiados esfuerzos por destruir los fundamentos del culto, abolir el uso de los sacramentos, corromper la disciplina y echar por tierra toda gerarquia eclesiástica. Sabidos son los diversos nombres que adoptaron, y los mil medios de que se valieron los adeptos de aquella escuela, para establecer sobre las ruinas de la fé y de la tradicion constante de los pasados siglos aquella especie de maniqueismo modificado á que venia á reducirse todo el fondo de su doctrina. Huellas sangrientas restan todavía de las guerras que suscitaron, de las violencias que ejercieron, y de las intestinas luchas promovidas por el genio inquieto y turbulento de aquellos hereges, que sostenidos por la influencia de algunos príncipes y bajo la salvaguardia de protectores poderosos, encendieron la tea incendiaria de la discordia en todo aquel pais, llevaron la devastacion y el vandalismo hasta el mas alto punto, y derramándose por los valles del Piamonte, é invadiendo la Provenza, el Delfinado y la Saboya pusieron en eminente riesgo el equilibrio social. Poco era que el Concilio de Albi celebrado en 1176 lanzase anatema sobre ellos; de nada sirviera que la santa asamblea de Letrán confirmase en 1179 la condenacion de sus errores fulminada en la anterior; ni porque el grito unánime de todas las iglesias se levantase en masa contra tamaños errores, ni porque una cruzada promovida por los sumos Pontífices para atajar tanta insolencia consiguiese sobre ellos las mas ilustres victorias; nada fué bastante para acabar con aquella secta, que desapareciendo de un punto no tardaba en reaparecer en otro con mayor cinismo, aumentando sus escesos en proporcion de las derrotas que sufría.

¡Ah! Reservado estaba el triunfo completo de la verdad sobre el error á aquella Virgen augusta á quien fué dado el poder de des-

truir todos los elementos de ruina inventados por el infierno contra la verdadera religion de Jesucristo. La Providencia que vela por los intereses del Catolicismo, y que si bien consiente ó permite que este sea objeto de contradicciones y pruebas terribles es para que de ellas salgan mas depurados sus sacrosantos dogmas, tenia designado al ilustré español Domingo de Guzman para ser el instrumento de los prodigios que en nombre de Maria iban á verificarse en el mundo. A ella recurre el nuevo Josué para salir á campaña contra las huestes del moderno Amalec. En su culto y amor se inspira y se robustece su alma heróica, para emprender la lucha mas difícil y comprometida en defensa de los santos fueros de la fé y de la iglesia. Instituye la devocion del Santo Rosario; predicala donde quiera con el mas ferviente celo; ella es el arma poderosa que pone en las manos de cuantos se unen á él para tomar parte en los combates del Señor; con ella se introduce hasta en los puntos infestados por la heregía; con ella invade intrépido los campamentos enemigos... ¡Y qué resultados tan felices no obtiene esa devocion tan simpática hácia la Santisima Virgen Maria! ¡Qué mies tan abundante no recoje el Santo fundador en el campo feraz del labrador divino! ¡Cómo triunfa la verdad católica allí donde el Santo Rosario es el dique que los fieles oponen al torrente devastador de la nuevas doctrinas! Mas que las trincheras levantadas por los guerreros para impedir el paso á los ejércitos capitaneados por los ambiciosos quanto impios condes de Tolosa; mas que las victorias de Simon de Monfort y otros bravos católicos que salieron á la demanda en defensa de sus tradiciones religiosas y patrias; mas que las hogueras y los suplicios á que la insolencia de los sectarios dió lugar se empleasen contra ellos; mas que todos los elementos puestos en juego con el fin de atajar los funestos progresos de unos errores tan trascendentales, contribuyó la devocion del Santo Rosario, maravillosamente propagada en todas partes por el incansable celo del de Guzman. El Rosario era la espada del ángel exterminador que humillaba la prepotencia de los nuevos Faraones empeñados en sostener contra el Dios de los ejércitos una lucha sacrílega. El Rosario era la lanza irresistible con que el religioso Macabeo ponía en precipitada fuga

las cohortes de los Antiocos del siglo. El Rosario era la vara prodigiosa con que el Moisés de la ley de gracia sembraba el terror en los campamentos del pertinaz egipcio. El Rosario, en fin, consumó á no dudarlo en los Campos Tolosanos aquella ilustre victoria reportada despues de diez y ocho años de sangrientas luchas contra los errores de Albi, y que fué el preludio de otros triunfos no menos importantes que le estaban reservados para el porvenir.

Recorred la historia, hojead las páginas que han inmortalizado la memoria de los hechos mas ilustres del mundo católico, evocad los recuerdos de la mas célebre jornada que conservan los fastos del siglo XVI, la jornada de Lepanto, y allí tambien vereis consignadas las glorias del Rosario de Maria, y la proteccion eficacisima de esa divina Judith ante quien tiemblan y quedan postrados todos los poderes enemigos del Dios del Calvario. Nunca como entonces se hallaron comprometidos los intereses de la religion junto con los de la nacionalidad europea. Jamás la audacia de los sectarios de Mahoma llegó á tan alto punto, ni fueron mas terribles sus esfuerzos para someter á su ignominioso yugo esta bella porcion del globo. Insultantes y atrevidos recorrían sus flotas el Mediterráneo, quemando cuantos buques cristianos podían apresar, destruyendo despues de saqueadas todas las posesiones de la altiva Venecia su rival, y amenazando con igual suerte á todas las demás naciones católicas. Preciso era que todas ellas hiciesen causa comun para humillar la pujanza de aquel formidable enemigo. Pero la parte principal de esta gloria estaba reservada á nuestra España. Ella es la que promovía aquella liga que se realizó entre nuestro gran Felipe II, el Papa Pio V, y la república de Venecia, para combatir á los Turcos vencedores en Farmagosta, y orgullosos con la preponderancia que venían ejerciendo en los mares. Al frente de una armada compuesta de doscientas diez galeras, veinte y ocho buques de alto bordo, y seis galeotas guarnecidas de artillería gruesa, figuraba D. Juan de Austria, hermano de nuestro inmortal Felipe é hijo de Carlos I de España. No era menor la flota turca, que al mando de Ali Pachá señoreábase tranquila en el golfo de Crissa, llamado hoy de Lepanto. Era el espectáculo mas sorprendente que hasta entonces presenciáran

los mares de Grecia. La flota cristiana acababa de doblar la isla de Ceppalonia. La de Selim II como adormida en las tranquilas aguas de aquel golfo, despierta de su sueño, é izando sus velas pónese en movimiento para esperar al enemigo, no sin creer que éste no se atrevería á embestirle vista la superioridad de sus fuerzas. Por fin amanece el día 7 de octubre de 1571, día en que debía decidirse la suerte de toda Europa, y á que estaba ligado el triunfo de la cristiandad contra el Mahometismo, ó el del Coran contra el Evangelio. Eran las cinco de la mañana cuando las dos flotas enemigas se encontraron frente á frente. La de los Turcos dispuesta en forma de media luna parecia próxima á envolver por su estension á la de los cristianos. En aquellos críticos instantes, el terror se apodera de algunos de estos, y el gran consejo de D. Juan de Austria es de parecer que se evite la batalla. Pero nuestro esforzado príncipe, confiado en Dios y en la proteccion de su Santísima Madre, resuelve desde luego acometer. Manda enarbolar la bandera de María bendecida por el Papa en el buque almirante; adorna su pabellon con el Santo Rosario emblema de valor y de victoria; y al grito de esa augusta Virgen, carga sobre la flota otomana con un denuedo extraordinario. Terrible es el choque, mortífero el fuego que entre ambas partes se cruza, tenaz la refriega, é indecisa la suerte del combate. Allí los hombres mas ilustres de España pelean como leones al lado de su régio caudillo; allí los Requesens, los Bazanes, los Juanes de Córdoba, y otros hacen prodigios de valor inaudito; allí el jóven Cervantes de Saavedra inmortaliza su nombre como militar, no menos que un día le inmortalizó como sábio escritor, perdiendo en obstinada lucha la mano izquierda; allí el heróico D. Juan á la cabeza de sus bravos soldados, despues de tres horas de desesperada resistencia, dá la terrible voz de abordaje, é invadiendo la galera de Ali Pachá trábese en aquel punto sangriento y estrecho una lucha de gigantes, que solo cesa con la muerte del jefe de los Osmanlis. Entonces derribado el estandarte de la media luna, déjase ver sobre el mástil de mesana el pendon de Cristo, que es saludado con un grito general de victoria. Todo ello es obra del cielo; María es quien ha triunfado de los enemigos de la Cruz: y el orbe cató-

lico reconocese deudor de tan insigne como inesperado triunfo á la proteccion de aquella cuyo Rosario ondeaba en las hinchadas velas de la flota aliada, y que justamente en aquel mismo dia se cantaba solemnemente en Roma por el buen éxito de las armas cristianas.

Poco importa que algunos escritores menos piadosos hayan pretendido menoscabar esta creencia, autorizada por la silla apostólica, atribuyendo esclusivamente al valor de las armas un suceso que humanamente considerado no podia menos de ser infausto y contrario. No, Católicos, la iglesia jamás sancionó meras conjeturas, ni acostumbró á poner el sello de su autoridad sino á hechos plenamente justificados. Ella es pues la que en memoria del triunfo mencionado, instituyó dos años despues la solemnidad del Rosario; ella la que por el órgano infalible de sus representantes ha fomentado esa creencia y promovido esta devocion, enriqueciendo con innumerables gracias á los que la practican; ella la que en el oficio de este dia ha mandado consignar la memoria de aquella célebre jornada, como debida á la influencia de la Santísima Virgen Maria en virtud de su Santísimo Rosario. Si allí la cristiandad respiró libre de aquel poder formidable que insultando su fé aspiraba á ahorrerarla bajo su cetro de hierro; si veinte mil esclavos cristianos vieron amanecer en aquel dia memorable el bello sol de la patria; si España se coronó de inmarcesibles laureles, é Italia y Venecia reconquistaron su vacilante nacionalidad; si las ensangrentadas olas del mar de Grecia vieron flotar sobre su superficie treinta mil cadáveres turcos, y los despedazados restos de mas de doscientas naves musulmanas, Maria que inspiró á nuestro inmortal Felipe II la idea de combatir la prepotencia otomana, Maria que en los momentos mas arriesgados infundió en el pecho del hijo de Carlos I un valor intrépido, Maria cuyo nombre fué el primer grito de batalla en la boca de nuestros guerreros, cuyo estandarte ondeaba en los buques, y cuyo rosario pendia de las hinchadas velas, fué quien les condujo á la victoria, y por quien reportaron aquel triunfo que á todas luces parecia imposible. ¡Loor pues á esa Jael intrépida que con el clavo de su Santísimo Rosario taladró las sienes del orgulloso Sisara! ¡Gloria y prez á esa Esther generosa que con sus ruegos desconcertó los planes y humi-

lló la soberbia del arrogante Aman! ¡Victoria á esa Judith esforzada que con su robusto brazo destruyó el colosal poderío del vengativo Holofernes. Bien puede repetir hoy el catolicismo el cántico de la antigua Bethulia: «El Señor ha derramado sobre tí sus bendiciones comunicándote su valor, con el cual has postrado y aniquilado á nuestros enemigos. Bendita serás de hoy mas en toda la descendencia de Jacob; y en todas las naciones que oyeren pronunciar tu nombre, será glorificado en tí el Dios de nuestros padres (1).» «Tú eres la gloria de Jerusalem, tú la alegría de Israel, tú la honra y el orgullo santo de nuestro pueblo (2).»

Tales son, M. A. O., los recuerdos que despierta la presente solemnidad, si gratos para España por la parte esencialísima que la cupo en tan célebres acontecimientos, mas satisfactorios aun para todo el cristianismo por los triunfos que reportó la verdad contra el error, y por la preponderancia que adquirió el elemento católico sobre las nefandas doctrinas que le han combatido. Solo esto basta para demostrar cuán imposible es que el infierno triunfe jamás de la iglesia, ni que la mentira y el error puedan dominar donde domine el culto de Maria. No: su devoción es incompatible con esos absurdos inventados por las inteligencias corrompidas de los enemigos de Jesucristo: su culto rechaza toda enseñanza que no esté en armonía con el Evangelio; y allí donde su amor es el principio y el fundamento de la verdadera y sincera piedad, tarde ó temprano deben desaparecer todos los elementos que la impiedad ó la heregia intenten poner en juego para desvirtuar las creencias católicas ó destruir los dogmas inconcusos de la fé. Maria es la estrella que ilumina los entendimientos bien dispuestos á recibir la luz de la revelacion; Maria es el hogar inextinguible donde se conserva siempre intacto el fuego de la caridad que inflama los corazones sinceros en el amor del bien; Maria es el centinela avanzado que vela incesantemente sobre los muros del cristiano Israel para dar la voz de alarma, y llenar de heroico valor á sus adormecidos defensores, á fin de rechazar de su recinto al in-

(1) Judith. XIII. 22, 31.

(2) Ib. XV. 40.

circunciso y al inmundo. ¡Cuántos portentos obrados por ella, cuántos prodigios de toda especie verificados en virtud de su Santísimo Rosario pudiera yo citar aquí en comprobacion de mi aserto! Pero no es este mi ánimo, ni aunque quisiese hacerlo me lo permitirían las dimensiones de un breve discurso. Bástenos admirar cuán general, cuán tierna y popular se ha hecho en todo el mundo católico esa devocion instituida por el inmortal Domingo de Guzman. Bástenos recordar el entusiasmo con que donde quiera se ofrece á María esa preciosa diadema, esmaltada de las mas brillantes perlas, para embellecer sus divinas sienes. Bástenos saber que apenas hay un pueblo donde no se levante algun altar á María Santísima con la advocacion del Rosario, ni aldea por insignificante que sea donde no se venera su imágen, ni hogar alguno donde esa devoción no constituya una parte importantísima del culto católico unido estrechamente al culto de la familia.

Fomentemos, pues, con el mayor fervor esa práctica piadosa en la que vá envuelto cuanto de mas sublime y enternecedor puede decirse en elogio de María. Ni un solo dia, si es posible, dejemos de dedicar á nuestra escelsa reina esa mística corona de las mas vistosas flores que tan gratas son á su corazon amante. Tengamos á grande honra rezar su Rosario, llevarle colgado de nuestro cuello, y conservarle con todo esmero, como una librea, un distintivo que nos haga reconocer donde quiera por vasallos de aquella á quien los ángeles rinden homenaje y ante cuyo trono se postran las mas elevadas inteligencias. Sirvámonos de él como de un arma poderosa para rechazar los combates del enemigo comun de nuestra salvacion; como de un escudo para hacer frente á los envenenados tiros de la impiedad; como de un baluarte inespugnable para resistir á las embestidas del error; como de un antemural robusto ante el cual no podrán menos de huir las huestes del infierno. Y seguros podemos estar de que practicando fervorosamente esa devocion santa, ella nos inspirara buenos pensamientos, afectos piadosos, deseos de virtud, acciones laudables, horror al vicio, valor bastante á vencer nuestras pasiones, facilitándonos así el camino para llegar á la patria celestial de la gloria.

---

---

# DISCURSO

PARA EL DÍA DEL PATROCINIO DE MARIA SANTÍSIMA.

---

PATROCINIO UNIVERSAL DE MARIA FUNDADO EN EL GRAN PODER QUE EL CIELO LA CONCEDIERA, Y EN UN AMOR CASI INFINITO QUE ABRAZA EN SUS ABISMOS Á TODA LA HUMANIDAD: CUÁN RAZONABLE SEA EL CONVENCIMIENTO QUE ACERCA DE LO PRIMERO VIENE DESARROLLÁNDOSE EN EL MUNDO CATÓLICO, Y CUÁN SÓLIDA LA CONFIANZA QUE LO SEGUNDO INSPIRA EN SUS MATERNALES PIEDADES.

*Memoria mea in generationes sæculorum.*

Mi memoria viene perpetuándose en todos los siglos y generaciones.

Ecci. xxiv. 28.

**E**N los males y contrariedades que agitan la existencia del hombre sobre la tierra, en medio de las pasiones y de los errores que le empujan sin cesar al precipicio, á través de esa incesante lucha que está destinado á sostener ya consigo mismo ya con los demas elementos de perturbacion y de ruina de que donde quiera se ve cercado, en sus momentos amargos, en las horas de tribulacion, en los nublados dias del infortunio, ¡cuán dulce es y cuán consolador para su alma saber que hay en el cielo un génio tutelar que se interesa por su suerte, un ángel protector que vela por él dia y noche, un ser pródigo y amante que nunca se olvida de sus miserias y estiende sobre él las alas de su benéfico patrocinio! Y no hablo en este instante de ese Dios misericordioso, cuya providencia rige nuestros destinos, cuya bondad está siempre pronta á favorecernos en la adversidad, y

cuyo ojo avizor espia nuestrás necesidades para anticiparse á ofrecernos el remedio de ellas, cual padre cariñoso á quien afectan hondamente los reveses de sus queridos hijos. No, C. O.: me refiero á aquella criatura privilegiada que habiendo merecido el sin par privilegio de la maternidad divina, añadió á los laureles que embellecian su diadema el título honroso de madre universal de todos los humanos, á aquella á quien cupo la parte mas importante y eficaz en la reparacion obrada por el Hombre-Dios en el Calvario, y recogió allí todos los tesoros de ese inefable sacrificio, y se apropió todos los merecimientos de la sangre de la adorable víctima, y reunió en su corazon, como en un inmenso receptáculo, las infinitas riquezas del amor y de la caridad de Jesucristo, no para sí, sino para distribuirlo todo largamente entre la gran familia que engendró al pié de la cruz, y hácia la cual contrajo allí el mas sagrado compromiso de favorecerla y patrocinarla.

¡Dichosa humanidad! Tú venias gimiendo tras largos siglos sin proteccion ni amparo; tu pasado era la culpa, tu presente la degradacion, tu porvenir la muerte y el infierno. Una encadenacion de desgracias á cual mas terribles eslabonaban los dias de tu prestada vida en este suelo, y mas allá nada veias sino un repugnante sepulcro. Pero tu suerte cambió desde que la nueva Eva cabe el árbol de la redencion aceptára con resignacion sublime el protectorado de toda la descendencia de aquella mujer culpable autora de tu ruina, desde que María recibió por hijos á los que la Eva primitiva tratára como desnaturalizada madrastra. ¡Hed ahí pues á vuestra verdadera madre, oh bienadados mortales! ¡Hed ahí vuestro ángel salvador! ¡Hed ahí vuestro génio tutelar! Pueblos y naciones todas del mundo, ahí tenéis á la que se ha constituido vuestro perpétuo y singular patrocínio, á la que están confiados vuestros mas caros intereses, la que debe presidir á vuestros progresos, la que está llamada á dirigir vuestros destinos y á conducirlos á la positiva felicidad.

Por desdicha no todos los hombres ni todos los pueblos han comprendido bien el singular don que el cielo les hiciera en María, y por lo tanto no han aceptado su patrocínio, rechazando las condiciones á que este estaba vinculado. El error, enemigo irreconciliable del

bienestar individual y social, elemento deletéreo que siembra en todas partes gérmenes funestos de disolucion y de muerte, ha trabajado por inocular en ciertos espíritus propensos de suyo á apadrinar toda clase de absurdos, el ponzoñoso virus de las antiguas heregías, impugnando el culto de la Virgen, menoscabando su prestigio, desacreditando su benéfica influencia, y arrancando de este modo del corazon humano lo que para él hay de mas dulce y simpático, lo que mayor consuelo le proporciona en sus infortunios, lo que mas poderosamente calma sus dolores, lo que mas ciertas esperanzas le inspira en sus terribles momentos de angustia, lo que el mismo Dios en su inagotable piedad le dejó en la tierra para ser su apoyo, su vida, su gloria y su éxtasis cuanto todo en su derredor le fáltase. ¡Homicidas crueles los que así pretenden quitar á la humanidad de un golpe el mas esencial elemento y la condicion indispensable de su existencia moral! No lo conseguirán empero, ¡vive Dios! mientras no logren primero destruir el poder del cielo. Ellos desaparecerán los enemigos de María, y como el humo serán arrastrados por el viento, y los siglos y las generaciones perpetuarán las glorias de esa escelsa Virgen y los monumentos de su universal patrocinio: *Memoria mea in generationes sæculorum.*

Vamos á ensayar en este breve rato la demostracion de este patrocinio de María, fundado en el gran poder que el cielo la concediera y en un amor casi infinito que abraza en sus abismos á toda la humanidad. « Lo primero bastará á justificar el universal convencimiento que acerca de su proteccion benéfica viene desarrollándose en el mundo católico; lo segundo contribuirá poderosamente á aumentar nuestra confianza en las piedades de esa tierna Madre como el mas eficaz recurso que puede buscar nuestro corazon en sus mayores infortunios.»

#### AVE MARÍA.

Por desdicha no todos los hombres ni todos los pueblos han comprendido bien el singular don que el cielo les hizo en María, y por lo tanto no han recibido su patrocinio, rechazando las condiciones á que este estubo vinculado. El error, enemigo irreconciliable del

### REFLEXION UNICA.

Siempre que hablamos del poder de María, nos es preciso hacer ciertas salvedades para esclarecer este punto, que de larga fecha viene siendo el objeto de los mas furiosos é inmotivados ataques por parte de los enemigos de su culto. ¡Imbéciles! Nos acusan sin criterio de que intentamos menoscabar la omnipotencia de Dios; complácense en decir que arrastrados por un entusiasmo fanático levantamos á una criatura altares profanos frente á frente de los altares del Criador; califican en fin de escándalo nuestra piedad, y de erróneas nuestras creencias porque atribuimos á la Madre del Verbo un poder sin limites. ¡Como si el que la hizo su sagrario y su templo no hubiese podido comunicarla junto con todas las perfecciones de su gracia, todos los tesoros de su omnipotencia! ¡Como si el que la colocó en su mismo trono y la coronó con sus propias manos como soberana emperatriz de cielo y tierra para que todo el orbe la rindiese homenaje y la ofreciese un tributo de reconocimiento y amor, hubiese sido impotente para confiarla el depósito de sus misericordias y la distribucion de sus divinos dones! ¡Como si el que la crió la mas bella entre las obras de su diestra, la mas agraciada y bendita entre las mujeres, la émula de los ángeles por su perfeccion y santidad, el prodigio de los prodigios, porque en su formacion cesaron de regir todas las leyes de la naturaleza y fué el producto del mas bello rasgo del poder de la ciencia y del amor de un Dios, no hubiese sido capaz de hacerla el conductor seguro y el vehículo indefectible de todas las magnificencias de la redencion!

Asi es como en los arranques de un orgullo infernal blasfeman los enemigos de María de lo que no quieren ó no aciertan á comprender, rechazando ese medio de comunicacion con la divinidad que en su inefable misericordia nos legó el Señor, desechando ese elemento de alianza y reconciliacion que nos dejó en la tierra para que pudiésemos elevarnos hasta él como una misteriosa escala, bien

así como á él plugo descender por María hasta nosotros encarnando en su virginal seno. ¿Y no advierten desacordados que habiendo tomado de ella esa humanidad que con la divinidad nos uniera, por ella indispensablemente nos es preciso acercarnos al trono de la gracia y de la misericordia? ¿No reparan ciegos que suprimiendo la mediacion de María y arrancándola su poderoso valimiento, despojan á la humanidad entera del único conducto que para hacer valer sus derechos ante Dios posee en la tierra, y la condenan á vivir aislada del cielo á donde es imposible lleguen sus votos, sus plegarias y su llanto, puesto que en el plan de la reparacion entró como condicion necesaria que María fuese el intérprete de nuestros sentimientos, el órgano de nuestras necesidades, el eco de nuestros deseos, y la que incesantemente abogase por nuestra felicidad?

Tal es el unánime sentir de la tradicion; tal el lenguaje unísono de todos los padres y doctores de la Iglesia; tal el convencimiento íntimo de todos los siglos; tal en fin la fé de todo el mundo católico. Donde quiera reina una creencia invariable y universal acerca del singular patrocinio de María, fundado en una especie de omnipotencia que la fué comunicada por el que se dignó ser su Hijo; quien al modo que en su seno recibió aquella carne y aquella sangre con que redimió al linaje humano y obró la reparacion del universo, se complació tambien en traspasarla todos sus derechos y en hacerla cesion de su poder, á fin de que en el porvenir el universo recibiese por su conducto la dicha y la bienandanza que con su sacrificio le conquistó, siendo él el manantial perenne de la gracia, y ella el límpido acueducto por donde sus raudales se estienden á toda la tierra; él el autor de todo bien, y ella la dispensadora de sus beneficios; él el origen de la salvacion, y ella el instrumento por donde se recibiesen sus efectos; él, en una palabra, omnipotente por naturaleza, ella á la vez omnipotente por derivacion. Al espresarme así, he reasumido el idioma de todos los siglos, de todos los paises y de todas las iglesias, y en mis palabras habeis oido la voz autorizada de los Irencos, Ephrenes, Crisóstomos, Bernardos, Agustinos, Buenaventuras, Ildefoncos, y demás innumerables génios que á través de mas de mil ochocientos años, vienen hablando del pa-

trocinio de María. Cierto que ella no es un Dios, dicen, y anatema á quien tal creyere!: empero es la Madre de Dios, y esto basta para reconocer en esa incomparable criatura un poder que solo puede ser limitado por su Hijo. Mas cuándo este no le ha puesto limite alguno, cuando por el contrario ha atesorado en sus manos todo cuanto posee por esencia, y complaciéndose en hacerla árbitra de todas sus riquezas, la dice como Salomon á Bethsabé: «Pedid, madre mia, todo está á vuestras órdenes, nada es posible dejar de otorgar á vuestros ruegos, dueña sois de disponer á vuestro beneplácito de las riquezas de vuestro Hijo cuyo trono compartís;» ¿quién osaría fijar la linde de sus derechos, ó poner coto á su soberano dominio? ¡Oh! Nadie: María es omnipotente con sus ruegos, asi como lo es Jesucristo por su autoridad. Si no tiene la omnipotencia que manda, posee empero la omnipotencia que suplica. Nada se resiste á sus plegarias y cuanto ella desea ejecútase al momento. Dios habla á la nada y á su voz impéiosa brota la creacion; llama á la luz, y la luz respondiendo á su eco irresistible llena los espacios; se dirige á los astros, y los astros giran sobre el firmamento en el círculo que se les ha trazado. ¡He ahí la omnipotencia del Supremo Criador! Pues bien: que María hable, que pronuncie una sola palabra ó espresese el menor deseo, y vereis en el instante surgir millares de mundos del seno de aquel Dios que nada puede denegar á las súplicas de su madre. ¡Tal es la omnipotencia de María! Omnipotencia de intercesion, omnipotencia de mediacion, omnipotencia de patrocinio...; Qué prodigio! Una gerarquía de gracia y de misericordia reina en el cielo ante Jesus y su madre benditísima. Junto al trono de aquel levántase el trono de esta; un mismo lazo de reconciliacion y de amor une á ambos para bien de la humanidad; un imperio idéntico ejercen los dos corazones, de los cuales mana sin cesar el consuelo de todos los males, y donde encuentra el mortal asilo seguro en los infortunios todos de la vida. Para hallar á Jesus preciso es buscarle en los brazos de María; para encontrar los preciosos frutos de la redencion, fuerza es dirigirse á la que fué constituida depositaria de todos sus tesoros: *Totum nos habere voluit per Mariam.*

Y no debe causarnos estrañeza este poder ilimitado de la Santísima Virgen, cuando vemos obrarse en ella y por ella los mas inauditos portentos, puesto que á su voz se muestra obediente el cielo, inclinase la tierra, y los abismos ejecutan sus mandatos. Ella habla, y en el momento el Eterno hace una señal á sus ángeles para que vuelen á postrarse á sus órdenes; pronuncia una espresion, y sin detenerse el Verbo se encarna en sus entrañas y hácese verdadero hombre; manifiesta un simple acto de su voluntad, y luego el Espiritu Santo la cubre con su sombra y se muestra rendido á los votos de su cara esposa. ¿Qué mas? ¿No es ella de quien el mismo Hijo de Dios esperó el consentimiento para realizar el gran misterio de la reparacion del linaje humano? ¿No es ella la que tuvo suspenso y en expectativa á toda la adorable Trinidad para verificar los deseos de todos los siglos? ¿No es ella, de cuyo misterioso FIAT estuvieron pendientes los destinos del universo? Y cierto que si esa humilde Hija de Judá no hubiese prestado su asenso á las palabras del celestial mensajero que la anunciára su eleccion para tan alta dignidad, si no hubiese accedido á concebir en su seno al engendrado antes de la aurora, si con sus plegarias no hubiese llamado al Redentor del mundo, el mundo no hubiera conseguido su salvacion; la descendencia de Adan todavia gemiria en su funesta esclavitud; el Mesías no hubiera descendido á la tierra, y todos seríamos hijos de ira, objetos de maldicion, víctimas del infierno. Pero no: María quiso que la reparacion se obrase, prestó su asentimiento, facilitó el medio dando su propia carne y sangre para que de ella tomase el Verbo lo que necesitaba para rescatar á la humanidad; y el misterio se cumplió, y el mundo consiguió su rescate, y el cielo se abrió á los desterrados hijos de la Eva rebelde, y ella fué el lazo misterioso de paz y reconciliacion que unió el tiempo con la eternidad.

¡Gloria á María! ¡victoria y prez á la Madre del Verbo! Los siglos la deben su dicha; la tierra toda le es deudora de su prodigiosa transformacion; suyo es el porvenir del universo; en adelante su patrocinio se estenderá á todas partes, porque donde quiera alcanzará su poder. Y tanto es mas seguro esto, cuanto que colocada ya á la diestra de Jesucristo glorificado, y triunfante del infierno y

de la muerte, investida de su autoridad, y árbitra de su imperio, como Hija, Madre y Esposa del Monarca Supremo, y en su consecuencia Reina tambien del emperio: ¿qué influencia no deberá ejercer en el corazon del que en la tierra vivió sometido á sus maternales preceptos? ¿cuánto no podrá ante aquel que un dia se complacia en ejecutar sus órdenes con la mas profunda sumision? Asunto es este que prestaria abundante tema para muchos discursos, y jamás conseguiríamos agotarle, siquiera estuviésemos hablando años enteros. ¡Ved, pues, en vista de lo dicho si es justo, si es fundado, si es racional é incontestable ese convencimiento íntimo y universal que acerca del poderosísimo patrocinio de Maria viene desarrollándose en el mundo católico á través de diez y ocho siglos! ¡Ved si puede oponerse alguna razon plausible á ese entusiasmo que do quiera eleva templos, consagra altares y dedica soberbios monumentos al culto de Maria, prendas de reconocimiento á sus beneficios, testimonios de amor y de gratitud á su intercesion maternal! Pese al error, Maria triunfa en todos los ámbitos del globo. La tierra está sembrada de gigantescas basílicas que parecen competir con el cielo, rasgos del arte y prodigios del génio que han querido eternizar las glorias de la Virgen agotando todas sus inspiraciones. Los mares publican las grandezas del poder de la Madre de Dios, mostrando sus imágenes empavesadas en los erguidos mástiles de los buques que surcan sus ondas, y en los dias borrascosos y en los momentos del peligro su patrocinio se invoca, su favor se implora, su auxilio se demanda en aquellos anchurosos abismos do vogan las tristes víctimas del encolerizado océano. En lo mas recóndito de los bosques el tañido del bronce anuncia al desorientado viajero que no lejos de allí existe la modesta capilla de la madre de Dios, asilo del desgraciado, refugio del desvalido, estrella bonancible del extraviado, protectora amante del hombre en todos sus conflictos. ¿Veis esos pobres aldeanos que trepando á través de descarnadas rocas, se dirigen anhelantes á la cima de la montaña? Van á implorar el patrocinio de Maria y á ofrecerla sus plegarias ante un modesto altar que allí la erigió en tiempos pasados la piedad de sus mayores, y del cual penden mil testimonios de su inagotable proteccion. ¿Veis aquellos que

corren presurosos llevando en sus manos los restos de una nave hecha pedazos, dejando vislumbrar en su semblante los afectos de un corazón agradecido? Son unos marineros que van á depositar ante las aras de la bella Virgen y á colgar de las murallas de su templo aquel piadoso recuerdo de su amor, puesto que á la divina estrella del mar que lució sobre sus cabezas debieron la salvacion en el momento del naufragio. Al templo de María va tambien el guerrero á inclinar su noble cerviz y á protestar rendido que á su patrocinio es deudor de los triunfos que acaba de conseguir en los campos de batalla y de los laureles que ciñe su frente. A María ofrecen los reyes sus coronas, los príncipes sus tesoros, los ejércitos sus gloriosos estandartes, porque donde quiera el nombre de esa Virgen inspira el valor, su patrocinio llama á la victoria, su proteccion atrae la gloria, y su amor....

¡Ah! ¡Qué espresion he pronunciado! El amor de María ¿quién le ignora? ¿Quién hay en el mundo que no le haya experimentado? ¿Quién puede decir que no conserva de él los mas tiernos recuerdos? ¿Ha dejado un solo instante de ser nuestra madre? Cuanto de grande y portentoso ha obrado en el mundo, ¿no lo ha consagrado en beneficio nuestro? En el ejercicio de su ilimitado poder, ¿no ha hecho resplandecer siempre esa bondad, esa misericordia, esa clemencia con que abrazó en su corazón á toda la humanidad en el día en que el Redentor nos declaró hijos de su dolor? Preciso sería haber olvidado cuánto sufrió esa Virgen generosísima para darnos á luz en el Calvario, cuántas angustias devoró por conquistarnos la adopcion que nos cupo en aquellas horas supremas de la agonía de su unigénito, y la resignacion sublime con que aceptó nuestras miserias para remediarlas, nuestros infortunios para consolarlos, nuestras necesidades para socorrerlas, nuestro llanto para enjugarle, y todos nuestros destinos para cambiarlos en un brillante porvenir; fuerza sería no tener presente que solo consintió en sobrevivir á Jesucristo porque en el mundouviésemos amparo, en la tribulacion un lenitivo, en la adversidad un escudo, en el peligro una defensa, en la angustia una esperanza, y en todos los males de la vida un asilo protector; todo esto, repito, sería necesario haber olvidado para dudar

del amor de María, para desconfiar de su ternura, para no estar íntimamente convencidos de su eficaz patrocinio. Mas si todo ello nos es conocido, si sabemos que al menor impulso de nuestro corazón que se eleva de la tierra para buscar en el cielo un alivio á sus pesares, un remedio á sus desgracias, ó el perdon de sus extravíos, ó la gracia para obrar el bien, ó cualquiera otro don que necesite para conseguir su dicha, esa reina inclina al momento su centro sobre nuestras cabezas en señal de confederacion y de paz, esa madre nos dirige una mirada de bondad y de ternura, y estiende hácia nosotros su manto, y nos anima con su celestial sonrisa, y tarda menos en acceder á nuestras súplicas que nosotros tardamos en formularlas, segun la espresion de un santo padre; ¿cómo vacilar ni un leve instante en recurrir con toda confianza á su trono que es trono de clemencia y de amor?

Diganlo si no cuantos han hecho la prueba, diganlo los que con fé viva, esperanza firme y filial ternura han implorado sus piedades, y si uno solo hay que no haya experimentado los beneficiosos efectos del patrocinio de María, calle en buenhora, y no vuelva á tomar en sus labios el nombre de esa Virgen para ensalzar sus misericordias. Yo le autorizo con el P. San Bernardo para que así lo haga, seguro como estoy de que jamás llegará ese caso: porque no hay gracia, dice, ni virtud, ni esperanza, ni bien que no se consiga por medio de María. Cada siglo que pasa es un nuevo monumento levantado á su gloria; cada acontecimiento que en el mundo se verifica es un nuevo triunfo de sus magnificencias; cada pueblo que se funda constituye un nuevo floron para adornar su diadema; cada adelanto en las vías de la positiva civilizacion, es una brillante página de su influencia benéfica; y en cada piedra de sus templos, y en cada letra de sus liturgias, y en cada pensamiento que brota de su memoria, hállanse grabados otros tantos rasgos característicos de su universal patrocinio.

¡Maldicion á quien no le implora! ¡Anatema á quien le impugna!  
¡Baldon y vergüenza á quien se desdeña de invocarle! ¿Y á dónde pudieran ir esos hombres de perdicion á buscar el remedio de sus males?  
¡Matricidas! Teneis un corazon amante que os llama, y le rechazais;

teneis una protectora omnipotente que os brinda con su proteccion, y tornais los ojos; teneis una madre afectuosísima que os muestra su seno, y huis de ella.... Pues caminad infelices á la ventura á través de ese mundo que adulais supersticiosos en busca de un bien que jamás podreis hallar. El despecho será vuestro inseparable compañero; la ignominia seguirá donde quiera vuestros pasos; sereis desgraciados en la vida; y cuando tal vez amedrantados por el terrible aspecto de una cercana muerte, invocareis á Dios en vuestro auxilio en aquellos críticos momentos, Dios no os escuchará, porque fuisteis enemigos de su madre, porque os burlásteis de su culto, porque renunciásteis á sus bondades y no aceptásteis su patrocinio.

Por eso nosotros, oh Virgen admirable, oh poderosa reina, le buscamos hoy solícitos, le invocamos confiados, y os suplicamos nos le dispenseis benigna. Sabemos que sois la tesorera de la redencion en quien se hallan reasumidas todas las riquezas del Omnipotente (1) que á vuestras manos ha confiado el cielo la distribucion de todas las gracias (2) que por vuestra mediacion decretó el Altísimo dispensar cuanto de grande y beneficioso encierran los abismos de su corazon (3); que sois en fin, como un nuevo sol que plugo al Señor colocar en el mundo para fecundizar con vuestros rayos la tierra sedienta de nuestras almas, de suerte que nadie deje de percibir vuestras celestiales influencias (4); y por lo tanto no cesaremos de clamar á vos en todos los instantes de nuestra vida, suplicándoos nos patrocineis con vuestra maternal bondad. ¿Qué no deberemos esperar de un corazon de madre? ¿Qué dudaremos obtener de quien tanto nos ama? Nada, Virgen Santa, nada podreis rehusar á nuestros ruegos; nada será posible denegueis á nuestras lágrimas. ¡Sois tan buena! Si; y porque lo sois nos atrevemos á esperar todo de vos, aunque hijos ingratos y desnaturalizados. Olvidad nuestra ingratitud, y acordaos solo de nuestra miseria. Tened

(1) Rich. á S. Laur. de Laud. Virg. l. 4.

(2) S. Bern. in Spec. C. 7.

(3) S. Ildef. in Coron. Virg. C. 45.

(4) Rich. ibid.

presente que jamás se retiró desconsolado de vuestros pies , quien compungido imploró vuestro patrocinio. Aquí pues nos teneis; testimonios de nuestro arrepentimiento es el llanto que surca nuestras mejillas; prendas de nuestra confianza son los ruegos con que os importunamos. Abrid los inmensos senos de vuestro corazón para recibirnos en él; á él nos lanzamos atrevidos; no nos arrojéis airada. Y haced que en él protegidos salvemos seguros el espacio que nos separa de la eternidad, y consigamos entrar en ella para gozar de las inefabes delicias de la gloria.

Y EL PEYO DE TODA LA HUMANIDAD.  
ESTIGLIME DE UN AMOR INVENO QUE LA CONSTITUT LA ESTANZA  
DONES QUE LA MEDICION EN ESPERA Y MADRE DE UN DIOS Y EL HOGAR  
EL CORAZON DE AMLA ES EL CENTRO DE TODAS LAS VIRTUDES Y VIRTUDES

PSALM. LXXXII. 6.  
mas lo que los para saber el lugar santo que la tierra destinada al Señor  
En su mente corazón después de haber en mi vida en este valle de la vida  
Acorde con la cordura de su discurso en que la ley de la vida en los años de su vida.

Las presencias del espectáculo embalsamador que hoy nos ofrece la  
iglesia en el dilatado corazón de la tierra, mas justo sería recomendar  
que hablar la elevación del silencio y presencia tal vez mejor nos  
las sentimientos que la aglomeración de unas palabras siempre  
focales é inaportantes para pensar lo que el ser se invisible, por  
mas que se estiman con todas las cosas del saber humano. Qué  
jamás puede olvidar la profesión arrogante de sonar así silano  
de particiones casi infinitas. Qué se desoyó de haber penetrado  
en el fondo de ese inmenso océano de virtudes y dones inenju-  
rables? Qué en las capas de profundizar en un centro inabarcable que  
alcanza todas las riquezas del cielo y de la tierra, lo mas elevado  
que hay en la humanidad. Y lo que nos se acerca la divinidad,  
qué no sería en él. A. D. quien me atraerá a abandonar en la  
partido sin saber ni a pronunciar una sola palabra en el cielo del  
Corazón de la Santísima Virgen! si no quisiese cuán ciertos son al oído

---

# DISCURSO

## PARA EL DIA DEL DULCÍSIMO CORAZON DE MARIA.

---

EL CORAZON DE MARIA ES EL CENTRO DE TODAS LAS VIRTUDES Y PERFECCIONES QUE LA MERECIERON SER ESPOSA Y MADRE DE UN DIOS, Y EL HOGAR INESTINGUIBLE DE UN AMOR INMENSO QUE LA CONSTITUYE LA ESPERANZA Y EL APOYO DE TODA LA HUMANIDAD.

---

*Ascensiones in corde suo disposuit in valle lacrymarum in loco quem posuit.*

En su mismo corazon dispuso durante su morada en este valle de lágrimas los grados para subir al lugar santo que la tenia destinada el Señor.

PSALM. LXXXIII. 6, 7.

**E**N presencia del espectáculo embelesador que hoy nos ofrece la iglesia en el dulcísimo Corazon de Maria, mas justo seria enmudecer que hablar: la elocuencia del silencio espresaria tal vez mejor nuestros sentimientos, que la aglomeracion de unas palabras siempre toscas é impotentes para pintar lo que de suyo es inesplicable, por mas que se engalanan con todos los atavíos del saber humano. ¿Quién jamás pudo abrigar la pretension arrogante de sondear ese abismo de perfecciones casi infinitas? ¿Quién se lisonjeó de haber penetrado en el fondo de ese inmenso océano de virtudes y dones incomparables? ¿Quién fué capaz de profundizar ese venero inagotable que atesora todas las riquezas del cielo y de la tierra, lo mas elevado que hay en la humanidad, y lo que mas se acerca á la divinidad? ¡Ah! No seria yo, M. A. O., quien me atreviese á abordar ese laberinto sin salida, ni á pronunciar una sola palabra en elogio del Corazon de la Santísima Virgen, si no supiese cuán gratos son al oido

de una madre los acentos de un hijo, siquiera no haga otra cosa que balbucir su nombre.

Y no es extraño que un simple mortal se encuentre desorientado ante un objeto tan superior á su menguada inteligencia, cuando el mismo Espíritu Santo, foco de luz y centro de la sabiduría increada, se muestra tan absorto á vista de las bellezas y magnificencias de esa mujer celestial, que parece vacilar dudoso al proponerse darnos una idea de tan singular fenómeno. Tan pronto busca en el cielo las imágenes mas grandiosas y sublimes, como toma prestados de la tierra los colores mas graciosos y encantadores. Ya la compára á la alborada de una risueña aurora, ya á la pura claridad de una luna despejada en el dia de su plenitud, ya al sol radiante y esplendoroso cuando asoma sus primeros rayos á través de un azulado horizonte. Aquí es la blanca azucena que derrama sus perfumes en las laderas del torrente, allí la rosa fragante que embellece los jardines de Jericó, mas allá la vid frondosa cuyos racimos encantan los ojos del viajero que cruza las viñas de Engaddi. Ora la apellida hermosa entre las hijas de Sion, ora la llama esposa idolatrada del rey celestial, ora canta su epitalamio como á la sin par Sulamitis que ha herido el corazon del Salomon divino con una mirada de sus ojos, con un solo cabello de su cuello nacarado. O bien es la criatura sin segunda en quien se han reunido todas las glorias del Líbano, todas las magnificencias del Carmelo, y los atractivos todos de Saron: bien el prodigio nunca visto, cuyo ropage es el sol, la luna su escabel, y las estrellas del firmamento su diadema.

Como quiera que sea, y dejando aparte todas esas bellisimas imágenes alegóricas con que plugo al Espíritu Santo darnos un bosquejo anticipado de María y de sus esenciales grandezas, es lo cierto, dice San Bernardo, que en ella se encuentran reunidas todas las prerogativas del cielo, todos los dones de la carne, y los carismas todos del corazon: ó de otra manera, que posee en un grado superior á cuanto puede imaginarse todas las perfecciones sobrenaturales y todas las bellezas exteriores é interiores que la constituyen el milagro de la naturaleza, el prodigio de la gracia, y la obra fenomenal de la divina Omnipotencia, que en su formación agotó en cierto modo

los recursos de su inagotable fecundidad. No me detendré á contemplar la magnificencia exterior de ese augusto suntuario de la divinidad. Por grandes que sean las preeminencias de su concepción immaculada, de su nacimiento santo, de su maternidad inefable y demás dones con que la enriqueció la bondad infinita de su criador, no me entusiasman tanto como la belleza interna de ese Corazon deífico en donde ella aglomeró todas las riquezas de virtud y perfección que enamoraron al rey de las eternidades, disponiendo en él, según la frase profética, durante su mansion en este valle de lágrimas, los grados para elevarse á la eminente altura que la tenia preparada el Señor: *Ascensiones in corde suo disposuit, in valle lacrymarum, in loco quem posuit.* Y ved en lo que voy á fundar toda la idea de mi discurso. «Presentaros el Corazon de María como el centro de todas las virtudes y perfecciones que la merecieron ser la esposa y la madre de un Dios, y como el hogar inextinguible de un amor inmenso que la constituye la esperanza y el apoyo de toda la humanidad,» es lo que voy á ensayar en este breve rato.

¡Oh reina, oh madre! Mostrad á vuestros hijos y vasallos ese Corazon que atesora todo género de riquezas, y un fondo inconmensurable de consuelos y esperanzas. Permitidme que me acerque á ese abismo insondable, no para observar temerario la gloria que encierra, sino para admirar humilde las grandezas que en él obró el Omnipotente. Descienda á mi inteligencia un rayo de vuestra celestial sabiduría, dad unción á mis labios para hablar dignamente de lo que no me es posible comprender. Mueva vuestra piedad el tierno afecto con que os saludamos adoptando las palabras de un ángel:

**Ave María.**

### REFLEXION UNICA.

¡Cuántos prodigios, qué de gracias, qué abismo tan inmensurable de virtudes, qué inagotable tesoro de perfección y santidad encierra el Corazon de María! ¡Quién jamás pudo contar los granos de arena

que se reunen en el fondo del mar? ¿Quién enumerar las gotas de agua que contiene en su vasto seno? ¿Quién calcular las estrellas que alfombran el firmamento? Pues no menos difícil encuentro yo el empeño de investigar las magnificencias de ese Corazon en quien plugo al Omnipotente derramar con largueza los mas inefables dones de su munificencia. El es aquel místico vaso de los divinos libros, esmaltado de piedras preciosísimas, del que rebosan los mas esquisitos perfumes; es un puro cielo en el que millares de soles á cual mas resplandecientes proyectan unos sobre otros una luz deslumbradora aumentando indefinidamente su brillo; es un espejo diáfano en el que el Dios de toda pureza y santidad vió con complacencia su propia imagen, su retrato mas acabado y perfecto, y los rasgos característicos de su semejanza tan bien trazados, que hubiera podido confundirse la copia con el original.

Cuarenta siglos habian pasado desde que el pecado del primer hombre arrojando una mancha indeleble sobre la obra maestra del supremo criador, desfiguró su imagen primitiva impresa en el ser humano de una manera inefable. Las huellas de la mas profunda degradacion marcaban en su frente los efectos del anatema divino fulminado en el paraíso; y las generaciones en su lenta marcha trasmítanse esa mancha hereditaria, perpetuando en el mundo el imperio de la muerte y de la culpa. ¡Triste humanidad! Ni uno solo de sus individuos esceptuábase de ese terrible tributo; todos nacian esclavos de Satanás; todos señalados con el sello de la reprobacion; en ninguno podia el Criador fijar sus miradas, porque todos eran objetos de aversion y de ira. Los hombres mas justos del antiguo mundo encontrábanse inficionados de la lepra original, y sentian circular por sus venas una sangre corrompida con el aliento envenenado de la infernal serpiente... ¿Qué extraño que el Señor llegase á arrepentirse de haber criado al hombre, y á concebir el designio de destruir su propia obra? Pero no lo hareis, Dios mio, porque en los tesoros de vuestra omnipotencia y de vuestro amor os habeis reservado un Corazon en que vereis renacer toda la belleza de vuestro primer diseño. Ese Corazon que nunca será manchado con el mas leve soplo del aspid homicida, ese Corazon que ni un solo instante

será tributario del ángel apóstata, ese Corazon que no entrará en el dominio de la esclavitud que pesa sobre los demás descendientes de Adan, ese Corazon en fin, puro, inocente, santo, inmaculado y libre del general contagio que desde los primeros dias viene estendiéndose sobre toda carne, es el Corazon de aquella mujer que vos mismo prometisteis oponer al dragon del averno para que sosteniendo con él una lucha incesante quebrantando su cabeza, pisoteando su lengua maldiciente, y aplastándole bajo su potente planta, regenerase la humanidad, y reparase todas sus pérdidas.

Y de hecho todo estaba previsto en los misericordiosos designios del cielo. Allá en la eternidad habíase pactado una alianza maravillosa entre Dios y el hombre. Este debía rehabilitarse y para ello era preciso que aquel descendiese de su alto solio. Entre la justicia y la misericordia quedaba concertada una paz, cuyo precio debía ser la humanacion del Verbo increado en el seno de una Virgen, como responsable de todos los delitos cometidos y por cometer. Los tiempos corren, el plazo se acerca, todo en la tierra anuncia la venida de la Virgen predestinada, y todo habla en su mudo lenguaje de sus bellezas y perfecciones. Isaías traza á grandes rasgos su historia anticipada, designa la época de la aparicion de ese gran fenómeno, y revela hasta las particularidades mas minuciosas de su divino alumbramiento. Ved por último que cumplidas ya las profecías relativas á tan importante suceso, la realidad sustituye á los antiguos tipos. La estrella de Jacob despunta en el Oriente, la vara de Israel brota en la tierra, la aurora precursora del sol de justicia derrama sus primeros albores sobre el horizonte, María es concebida en el seno de una hija de Adan pecador, pero sin contraer su mancha, sin participar de su culpa, libre de sus deudas y exenta de su maldicion. ¡Qué prodigio! La mano omnipotente que traza al gran planeta su diario curso y cuando le place le manda suspender su magestuosa marcha, el dedo irresistible que fija sus lindes al océano, y le dice: «de aquí no pasarás,» contiene las inmundas corrientes del pecado de origen en el instante crítico de la concepcion de la Virgen reparadora. Cual otro Moisés por entre las olas del mar rojo, pasa ella á través de la universal inundacion, sin que toque á su pié

la mas ligera sombra de corrupcion; y toda bella, toda pura, toda agraciada, se ostenta á los ojos de su Criador blanca azucena entre las espinas, rosa embalsamada con un perfume divino, fresco jazmin, nunca ajado ni marchito por el viento de la concupiscencia, limpido arroyo jamás enturbiado por el cieno del pecado. Entonces fué cuando el cielo vió por primera vez en la tierra un espectáculo digno de su atencion. Entonces fué cuando Jehová pudo complacerse en contemplar su imágen perfectísima renovada en todo su esplendor y magnificencia. Entonces fué cuando el que forma el embeleso de los ángeles, quedó prendado y tiernamente enamorado de una criatura cuyo Corazon mostraba á sus ojos todas las bellezas de la naturaleza, unidas á los mas inefables prodigios de la gracia. Nunca se habia visto en el mundo un Corazon tan inocente y puro, un Corazon tan simpático y dulce, un Corazon tan rico de virtudes y tan colmado de merecimientos. Era el traslado fiel del corazon del mismo Dios, la copia mas exacta de sus infinitas perfecciones, la imágen viva de su santidad, el boceto mejor concluido de su semejanza... ¡Con qué entusiasmo no debió complacerse en mirar y remirar aquel Corazon sin semejante en el que como en un trasparente cristal veia reproducidas todas las bellezas de la creacion! ¡Cuán satisfecho debió quedar de su obra! ¡Cómo debió gozar en presencia de aquel augusto santuario destinado á ser el depositario de la divinidad encarnada!

Tal era la gran mision que cupiera á María. En su seno debia verificarse el gran misterio que venian esperando los siglos. Como futura esposa de un Dios, su Corazon era el tálamo virginal en que debian realizarse las bodas del Cordero immaculado. Como madre prometida del engendrado antes de la aurora entre los resplandores de los santos, su Corazon era el trono destinado al rey de las eternidades. Bajo ambos conceptos, razones poderosísimas de conveniencia y de justicia exigian del Corazon de María prerogativas las mas sublimes, virtudes las mas heróicas, dones los mas altos, perfecciones casi divinas. La morada santa del Altísimo no podia, no debia desdecir de tan augusto morador: el templo de la divinidad humanada, de necesidad debia hallarse adornado de todas las riquezas correspondientes á quien en él iba á recibir homenajes dignos

de su soberanía. El altar donde el Verbo hecho carne iba á ofrecer las primicias de su sacrificio, bello y magestuoso debia ser sobre toda ponderacion para merecer tan alta honra.

Y lo era tanto, M. A. O. que, como se espresa un Santo Doctor, ni á María hubiera podido convenir otro hijo que Jesucristo, ni este hubiese podido encontrar una madre mas digna que María. Espresion atrevida pero esacta, y que envuelve cuanto en elogio de ese Corazon santísimo pudiera crear el mas fecundo ingenio. Imaginad sino un Corazon mas inocente y candoroso que el de esa Virgen privilegiada. ¡ Ah! Poseida de Dios desde el principio de sus caminos, segun la frase de los santos libros, rodeada de su gracia como de un escudo, protegida por su amor y prevenida con todas las bendiciones del cielo, ¡ con qué cuidado no vela sobre sí, qué precauciones tan esmeradas no adopta para conservarse pura, intachable, santa, y digna de su celestial Esposo! ¡ Cómo huye del bullicio del mundo y de sus vanos placeres, encerrándose desde su mas tierna infancia en el seguro asilo del templo! ¡ Cuál se estremece y tiembla á la vista de un enviado celestial que la trae la nueva de su divina maternidad! Y á tal grado llega su modestia y su angelical pudor, que turbada y confusa á la simple idea de ser esposa de un hombre, consiente en renunciar á la dignidad inefable de dar á luz al Verbo humanado, mas bien que aceptar tamaña honra si para lograrla hubiese de padecer menoscabo su limpieza virginal. Necesario es que el cielo la asegure y garantice solemnemente la conservacion de esta joya, para ella mas preciada que todos los tesoros que abriga el universo, para que María se resigne á los divinos decretos. Mas una vez tranquilo su Corazon en este punto, ¡ qué nuevas bellezas de virtud y perfeccion no desarrolla! ¡ Qué sentimientos tan nobles, qué afectos tan sublimes no despliega! Faltan espresiones para ponderar el heroismo de su humildad y lo profundo de su abnegacion. El emisario celeste la aclama llena de gracia y bendita entre las mujeres, y ella se denomina la esclava indigna del Señor. A las felicitaciones de Isabel responde con un cántico de alabanza al Dios á quien se reconoce deudora de toda su dicha. A las magnificencias divinas opone su miseria y su nada, y

solo se reserva para si las amargas sospechas de su esposo y la vergüenza de aparecer infiel, cuando con una sola palabra hubiera podido disipar todas las dudas, calmar todos los temores, y cambiar en veneracion hácia su persona, lo que en su sublime silencio era un motivo poderoso de fundados recelos. Bien lejos de prevalerse de sus inefables títulos y singulares prerogativas para sobreponerse á las leyes del pueblo en que vive, se somete por el contrario á las mas repugnantes y dolorosas, no vacila en sacrificar lo que hay de mas caro á su Corazon, y como una de tantas mujeres preséntase en el templo de Jerusalem á cumplir las prescripciones de la purificacion legal, ella que jamás contrajo la mas leve mancha y cuya pureza hubieran envidiado las mismas inteligencias celestiales!

¿Y qué decir de la fé de María? ¿qué de su esperanza? ¿qué de su celo por la gloria de Dios? ¿qué de su perfectísima sumision á la voluntad divina? Decidlo vosotros, si algo podeis comprender de semejantes prodigios, ángeles tutelares de esa criatura á quien rodeais de continuo y cuyos pasos seguís donde quiera. A nosotros hombres de tierra y de lodo no nos es dado penetrar en ese santuario, ni investigar las riquezas de ese Corazon, do habita el Omnipotente como en su mas augusto trono. Mucho menos intentaríamos sondear los abismos de caridad que encierra, cuando los mismos serafines no se hubieran desdenado de bajar del cielo para venir á aprender de María á amar á su Dios y Señor. María, dice San Pedro Damiano, es la águila real, cuyas miradas siempre están fijas en el brillante sol de justicia: y su Corazon el altar de propiciacion donde nunca se estingue y constantemente arde el fuego sagrado del divino amor. De resto, ¿quién abrigó jamás la pretension absurda de enumerar todas las bellezas, todas las magnificencias y las perfecciones todas de ese régio Corazon, en el que la Virgen predestinada preparó las gradas para elevarse á esa altura tan sublime desde donde descuella sobre los montes santos de Sion, segun la frase profética, puesto que todo lo domina en el cielo y bajo del cielo, salva la magestad del Supremo Criador? ¡Ah! No: en presencia de ese abismo casi infinito de maravillas, la voz del mortal no puede hacer otra cosa que balbucir como el tierno infante. Menester

seria poseer un corazon como el de María, sentir como ella, amar como ella, para poder explicar una pequeña parte de las grandezas que encierra. Todo cuanto hay de puro, de santo, de perfecto y sublime hállase reunido en ese Corazon como en un inmenso receptáculo. No hay un solo afecto noble, un sentimiento elevado, una aspiracion digna, un pensamiento generoso que no resplandezca en él en su mas alta perfeccion. Modesto en la elevacion, grande en el abatimiento, heróico en la adversidad, fuerte en la desgracia, resignado en la pobreza, invulnerable á los tiros de la persecucion, superior á los envenenados dardos de la calumnia, ni le deslumbran los honores, ni los desprecios le afligen, ni le afectan los elogios, ni los desvios le turban, ni le exalta el gozo, ni el dolor le acobarda, porque desprendido de todo cuanto dice relacion al tiempo, solo tiene fijas sus miras en la eternidad ese Corazon formado por Dios esclusivamente para su recreo, para su gloria, para su delicia y para su amor. Nada es para María la oscuridad en que vive unida á un sencillo artesano, y conocida únicamente como la esposa del carpintero de Judea, siendo hija de reyes y descendiente de la casa de David; nada el parir en un establo, siendo madre de un Dios monarca del universo; nada el emigrar á pais extraño y tolerar todas las privaciones de un largo ostracismo, llevando en sus brazos al soberano dueño de todo lo criado. Tan incapaz de dejarse dominar por la fuerza de las tribulaciones, como de ceder a la fascinacion del fausto deslumbrador de una posicion brillante, y no menos dueña de sí misma y de sus afectos en los dias amargos que en los momentos de felicidad, jamás desmiente la sublime resignacion con que ha aceptado los destinos del cielo, cumpliéndolos con la mas heróica constancia; porque su Corazon es todo de Dios y de la humanidad: de aquel para llenar en todo su divino querer, de esta para sacrificarse en su bien, y ser su apoyo y su esperanza en el porvenir.

Ved, pues, el gran prodigio de caridad que brota del Corazon de María. ¿Dudais acaso que ella nos ame? ¡Ah! Subid con ella al Calvario, contempladla en aquella misteriosa montaña donde se verificó nuestro rescate. Estudiad sus afectos durante aquella sangrienta escena. Leed en su Corazon identificado con el de la adorable víctima

los caracteres de amor con que escribió nuestros nombres en el gran libro de la redencion. ¡Cuánto sufren por darnos á luz sus entrañas maternales! ¡Cuántas angustias devora por adoptarnos! ¡Cuántos dolores no la cuesta el adquirirnos los derechos de filiacion! En tanto que su amado Jesus vertiendo su sangre desde el árbol de la vida repite sin cesar: «Señor, hágase tu voluntad,» María recogiendo aquel precioso licor le conserva en su Corazon para aplicarnos su valor infinito junto con sus propios merecimientos; y cuando aquel ya moribundo nos declara solemnemente hijos de la que le dió el humano ser, ella consintiendo en esta sustitucion dolorosa, nos abraza á todos en su seno, y repite con sublime resignacion: «¡Ved aquí á vuestra madre!» ¿Pudo amarnos mas el Corazon de María? No, dice un Santo Doctor: esa aceptacion envuelve el sacrificio mas grande, mas heroico y mas universal en favor de la humanidad desgraciada. Por este solo hecho se constituye en asilo comun de todas las miserias, en refugio de todos los infortunios, en alivio de todos los pesares, en receptáculo de todas las lágrimas, en centro de todas las miserias, en trono do son escuchadas todas las quejas, en propiciatorio de todos los dones, en fuente de todos los consuelos, en manantial perenne de todos los tesoros de gracia y de salvacion que el hombre há menester durante su peregrinacion en la tierra. ¡Qué dicha! Ser hijos de María, tener por madre á la madre de Jesucristo, poseer toda la ternura, todo el afecto y todo el amor de su Corazon maternal... ¿Es esto posible? Sí, M. A. O. Tan inefable es la ventura que alcanzamos sobre el Calvario. Allí consumó esa Virgen benditísima la oblation que comenzára en Nazareth. Allí dió cima á la mision regeneradora que aceptó juntamente con la divina maternidad. Allí ardiendo en la caridad que abrasaba á su divino Hijo, contribuyó con él á la obra magna de nuestra reparacion á que se hallaba asociada desde antes de los tiempos por un decreto divino. Allí, en fin, haciéndose madre de los hombres por efecto de un cambio de derechos irrevocable, trasladó á estos todo el amor, toda la bondad, toda la compasion, toda la ternura maternal que su Corazon atesoraba para Jesus. El desapareció, para que nosotros quedásemos en su lugar; él se trasladó al cielo, para que nosotros disfrutásemos de

sus privilegios en la tierra ; él hizo cesion de todos sus títulos, para que nosotros entrásemos á poseerlos. Despues de habernos dado su palabra, sus sudores, su sangre, su vida entera, lo único que le restaba era el Corazon de su Madre, el amor de la única criatura que le era cara en el mundo, y hasta de esto nos hizo donacion generosa. ¡Cómo se desborda la caridad de Jesus en el Calvario ! ¡Cómo se hinche tambien alli de amor el Corazon de Maria! Calculad cuánto no deberá amar á los hombres sabiendo que por ellos sacrificó el Eterno Padre á su unigénito, que por salvarlos descendió éste á la tierra y tomó carne en sus entrañas virginales. Concedid si podrá olvidar un instante, ni mirar con indiferencia á los que siendo hermanos, coerederos y miembros de Jesus, reunen á la vez el tierno, el simpático y afectuoso titulo de hijos de su dolor, y como tales dueños de su Corazon, y de todos los afectos que le embellecen.

¿Maria Madre mia? ¿Yo hijo de Maria? ¡Oh mundo! No me preguntes ya cuáles son los títulos de mi nobleza, no investigues mi origen, cesa de preguntarme por mis ascendientes. El seno virginal que llevó al rey de los reyes, me concibió tambien á mí en la cumbre del Gólgatha. La criatura sin par que mereció la honra de ser la hija, la madre, y la esposa del Dios de las eternidades, la que en cuerpo y alma reina hoy en lo mas alto del Empíreo, rodeada de ángeles que la adoran prosternados ante su refulgente sólio, esa es mi madre. No temeré daros ese nombre, oh Maria, ni adoptar el titulo de hijo vuestro, receloso de desagradaros. ¡Harto caro costé á vuestro Corazon, para que podais rechazarme de él! Sublimes inteligencias, querubines que velais en torno de nuestra soberana, inclináoos ante su sólio, quemad inciensos ante su altar, cubrid vuestros semblantes en señal de reverencia y veneracion. Por lo que á mí hace, tengo derechos que jamás podreis disputarme: es mi madre; y por lo tanto haced lugar al hijo de Maria, el sitio de un hijo es el seno de la que le dió el ser, sus brazos, su Corazon!

Esto mismo pueden repetir con confianza todos los rescatados con la sangre de Jesus. El Corazon de Maria les pertenece todo entero, y con él su amor, su generosidad, su dulzura, su piedad, su misericordia, su compasion y todos los sentimientos que creó el

cielo para bien de la humanidad. ¿Y podría negarnos nada de cuanto exijan nuestras necesidades? No: que jamás el Corazon de una madre pudo resistirse á las plegarias de un hijo, ni cupo en su ternura mirar imposible los infortunios del que dió á luz con dolor y crió con los mayores desvelos. ¡Y desgraciado el que no comprende la elocuencia muda de ese nombre! ¡Triste del que no siente latir su pecho al pronunciarle! Es un hijo desnaturalizado que no ha merecido gustar las dulzuras del amor maternal, ni experimentar los encantos que hay en la sonrisa afectuosa de una madre, en el ardiente beso de sus labios, y en los suaves amplexos de su Corazon.

En cuanto á nosotros, oh Virgen inmaculada, seguros estamos de hallar siempre en vuestro Corazon purísimo las simpatías que engendra el amor mas tierno y constante. Ni porqué nuestra indignidad nos separe infinitamente de vos dejaremos de recurrir confiados á ese asilo comun de todos los pecadores, á ese refugio universal de los miserables, á ese inextinguible hogar de la caridad mas sublime que abraza indistintamente al justo y al culpable. Antes bien por lo mismo que somos pobres, necesitados, débiles, y delincuentes, reclamaremos un lugar preferente en ese Corazon que por contribuir á nuestra salud se angustió, lloró, y brotó sangre en el Calvario, y en el cielo no cesa de interponer ante el trono de Jesus sus amarguras, sus dolores, sus quebrantos y su amor á fin de conseguirmos gracias de conversion y de arrepentimiento. Cuando nos falte esa arca salvadora, cuando deje de existir para nosotros ese puerto seguro, cuando vuestro Corazon, en fin, cese de franquearnos las puertas de su piedad, entonces podremos desconfiar de nuestra dicha y renunciar á toda esperanza. Pero mientras sepamos que ese Corazon es nuestro, que su amor nos pertenece, que su misericordia es el legado perpétuo que nos dejó el Redentor, que siempre subsisten nuestros derechos á la maternidad del Gólgotha, que vous sois nuestra madre, y nosotros vuestros hijos aunque ingratos y malaventurados... ¡ah! mientras esto sepamos, nada será capaz de infundirnos desaliento. Podremos ruborizarnos en vuestra presencia con el recuerdo de nuestras infidencias: podremos temer acercarnos á vuestro trono avergonzados de nuestra perfidia: ¿pero desesperar?... ¡Nun-

ca! Las reconvenciones de una madre son prendas de bondad y testimonios de amor. Cuanto es mayor la angustia de su Corazon, tanto mas vehementes son sus afectos; y en proporcion del dolor que experimentó al ver estraviarse unos hijos que amaba, crece en él el consuelo y la dicha de verlos tornar arrepentidos de sus errores. Aquí nos teneis, pues, ¡oh Corazon piadosísimo! Harto sentimos los dias que ausentes de vos hemos vivido. Franqueadnos la entrada, para que fijando en él nuestra mansion, permanezcamos de hoy mas inseparablemente adheridos á él, hasta lanzar el último suspiro que nos traslade al seno de la inmortalidad.

---

# DISCURSO

## DE MARIA SANTÍSIMA BAJO EL TÍTULO DE DIVINA PASTORA.

---

EN EL CELO Y GENEROSIDAD CON QUE MARIA CUAL PASTORA AMANTE HA  
VELADO SIEMPRE POR LOS INTERESES DE LA HUMANIDAD CONDUCIÉNDOLA Á  
SU DICHOSO PORVENIR, HALLAMOS MOTIVOS PODEROSÍSIMOS DE GRATITUD Y  
ESTÍMULOS EFICACES PARA CORRESPONDER Á SUS INCESANTES DESVELOS.

---

*Ego requiram oves meas, et liberabo eas de omnibus locis in quibus dispersae fuerant in die nubis et caliginis.*

Yo buscaré mis ovejas, y las recogeré de todos los lugares por donde se dispersaron en el día del nublado y de las tinieblas.

EZECH. XXXIV. 11, 12.

**E**L génio católico tan fecundo y sublime en sus ideas como tierno y piadoso en todas sus concepciones, se ha inspirado siempre de los grandiosos rasgos que amenizan los sagrados libros, y de ellos ha tomado ese lenguaje patético y lleno de inimitables bellezas que en solo ellos se encuentra, para espresar su afectuosa devocion á la augusta Virgen que fué desde la cuna de la creacion la esperanza de la tierra, y será siempre el mas dulce embeleso de toda la humanidad. Formando de las innumerables alegorías bíblicas un precioso ramillete para obsequiar á esa criatura sin segunda en quien plugo al Altísimo desplegar todas sus magnificencias, considérala bajo diversos títulos á cual mas tiernos y espresivos, pero todos ellos fundados en la realidad, llenos de verdad histórica, y sancionados por los hechos que vienen demostrando su benefíciosa influencia en los destinos del mundo.

Pocas denominaciones, entre las muchas con que el catolicismo viene honrando á María, despiertan ideas tan halagüeñas é inspiran tanta simpatía y confianza, como la de DIVINA PASTORA que hoy la atribuye la piedad cristiana. Solo el nombre de Madre pudiera competir con ese dictado: por lo demás, si este envuelve cuanto de mas indefinible y embelesador puede caber en el corazon de una mujer, aquel á su vez reasume en una sola espresion todo el fondo de generosidad, interés, celo, abnegacion y sacrificio que es posible suponer en una criatura respecto de los mas caros objetos de su amor. El mismo Jesucristo no halló otro mas á propósito para revelar al hombre su infinita misericordia, su clemencia inagotable, su compasion y piedad sin limites, su caridad inmensa y su incansable tolerancia hácia los que se propusiera salvar. Llamándose Pastor vigilante y bueno de las almas, delineó con un solo rasgo el gran cuadro de su mision, el objeto final de su venida al mundo y el término de la sublime oblacion que iba á ofrecer sobre un sanguiento Calvario. Denominando pues á María PASTORA amante de los hombres, no solamente reconocemos su participacion en aquel cruento sacrificio á que debemos toda nuestra dicha, y la consideramos como corredentora del linage humano, puesto que fué asociada á su unigénito en la realizacion de la grande obra de los siglos, sino que desde luego asaltan á nuestra mente las ideas mas lisonjeras y las mas dulces esperanzas respecto á la generosidad con que debe interesarse en nuestras miserias, tomar parte en nuestras desgracias, consagrarnos sus desvelos y procurar por todos los medios nuestra felicidad. Por eso no dudamos apropiarla todas las cualidades que bajo esta misma alegoria atribuyen á su divino Hijo los libros proféticos, y que se desprenden naturalmente de las ideas que acerca de su mision reparadora nos suministra la fé católica.

¡ María Pastora de nuestras almas! Sí, M. A. O.; lo es sin duda, y nadie podrá despojarla de ese titulo tan honroso para ella, como dulce para la humanidad; puesto que si Pastor fué Jesus, que corrió en pos de la oveja descarriada descendiendo del cielo á la tierra, para buscar á los que ciegos y desacertados vagaban á la ventura por los peligrosos senderos del vicio, y atraerlos á su divino apris-

co ¿cómo no había de continuar su madre esa misma mision respecto de los que en este suelo recomendó á sus maternales cuidados? ¿Cómo no había de velar sobre las almas que abandonadas á la merced de lobos sanguinarios, espuestas á los peligrosos combates de las pasiones, y sin defensa para hacer frente al error y al vicio, hubieran sucumbido victimas de su debilidad, y tornado á ser presas del infierno? ¡Ah! No podia, no debia tolerar semejante abandono el corazon amante de la Virgen. Desde que una sustitucion dolorosa la hizo entrar en posesion de una doble maternidad, desde que por efecto de una resignacion sublime aceptó el protectorado de todos los redimidos con la sangre del eterno Pastor, ya estos adquirieron derechos inalienables al amor de María, ella se constituyó Pastora vigilante de la nueva grey comprada á tan alto precio en el Calvario, suscribió al compromiso solemne de apacentarla con los suaves pastos de la doctrina evangélica, contrajo un formal empeño de buscar á las ovejas perdidas, de recoger á las extraviadas, de fortalecer á las débiles, de curar á las enfermas, de defenderlas cuando peligrasen y de conducir las á salvo á las apacibles llanuras de los montes de Israel. En aquel dia, pues, en que á María encomendó el moribundo Jesus su desamparado rebaño y ella le recibió por suyo, la humanidad pudo oír en el fondo de aquel corazon despedazado esta palabra consoladora: «Yo buscaré mis ovejas y las recojeré de todos los lugares por donde se dispersaron en el dia del nublado y de las tinieblas:» *Ego requiram oves meas, et liberabo eas de omnibus locis in quibus dispersæ fuerant in die nubis et caliginis.*

Consideremos cómo ha llenado Maria esta mision: «y en el celo y generosidad con que esa Pastora amante ha velado siempre por los intereses de la humanidad, rigiendo sus destinos y conduciéndola á su dichoso porvenir, hallaremos motivos poderosísimos de gratitud y estímulos eficaces para corresponder con fidelidad á sus incesantes desvelos.» Hé aquí todo el plan del presente discurso, etc.

AVE MARIA.

## REFLEXION UNICA.

¡ Cuán maravillosamente viene desempeñando María el oficio de pastora amante de las almas! Su mision comenzó sobre la cumbre del Gólgotha, y desde allí se ha extendido por todo el universo. No bien resonára el último grito de la adorable víctima que consumaba en un madero la grande obra de la reparacion esperada por las generaciones; apenas la sangre del Justo regando las desquiciadas rocas del monte de las calaveras dió fin á los antiguos ritos é inauguró el futuro imperio del Evangelio; cuando todavía andaban dispersas y fugitivas las ovejas del nuevo Israel, amedrentadas por la muerte de su pastor, segun él mismo se lo anunciára, ya la madre del inocente Cordero inmolado sobre las aras de la venganza judáica, la Pastora vigilantísima de las almas rescatadas por Jesus, reunia en torno suyo la tímida grey, alentábala con su presencia y la defendia de los voraces lobos que la amenazaban. En derredor de ella agrupábanse los apóstoles y discípulos del Salvador para esperar el cumplimiento de las promesas del cielo; á su lado inspirábanse de aquella fortaleza que les hacia invencibles en los combates; alentados por ella lanzábanse intrépidos á la conquista de las almas; ella dirigia sus trabajos apostólicos, presidia á todos sus consejos, marchaba delante de ellos en los momentos del peligro, sosteníalos con su presencia en los días de la adversidad, y ni un instante perdía de vista á aquellas ovejas atraídas por su celo al redil del eterno Pastor, para que no careciesen del saludable pasto de la doctrina evangélica.

Cierto que cuando su mision en el mundo hubo concluido y ya no fué necesaria su presencia en la tierra para llevar á cabo la obra de la regeneracion universal, María se lanzó al cielo á recibir la recompensa de sus fatigas. Empero ¿dejó por eso de continuar desde allí su incansable vigilancia sobre la grey que la fuera encomendada? ¿Ha cesado un solo dia de mostrarse Pastora amante y soli-

cita de las ovejas que su divino Hijo compró á precio de su vida y de su sangre? ; Ah! No: antes por el contrario nunca como entonces redobló sus cuidados en favor de unas almas tanto mas caras á su corazon, cuanto mayores eran los peligros á que quedaban expuestas con su ausencia. Desde aquella region de perpétua bienandanza do reina sobre el universo, ella es la segunda providencia del hombre en este valle de miserias, cuyos ojos espian solícitos todas sus necesidades, cuyo corazon se identifica con todos sus infortunios, cuyos oidos siempre están dispuestos á escuchar sus gemidos, y á quien nunca invoca en vano el desgraciado mortal: porque ella ha tomado á su cargo los destinos y el porvenir de la humanidad, por su bien se interesa vivamente, y el mayor gozo de su alma está cifrado en dispensar sus favores y en derramar sus beneficios sobre cuantos se acogen á su proteccion. ; Oh! ; Cuán bien convienen á María aquellas palabras del rey Salmista cuando hablando proféticamente del futuro Mesias en sus relaciones con los hombres que venia á redimir, decia: « Apacentólos en la inocencia de su corazon (1)! » ; Qué otro corazon se mostró jamás tan vigilante y solícito por la felicidad de los mortales como el de esa divina Pastora de las almas? ; Quién como ella ha trabajado y no cesa de trabajar por reunir en torno de la unidad católica á las ovejas extraviadas por el cisma ó la heregía? ; Quién ha influido é influye tan poderosamente en las maravillosas conversiones que frecuentemente se verifican en los paises donde no domina la religion verdadera de Jesucristo? ; Quién ha inspirado el celo apostólico de esos héroes que bajo sus auspicios abandonan el suelo que les vió nacer por ir á los mas apartados climas en busca de nuevas ovejas con que aumentar la grey del Crucificado, arrancándolas de las garras de la idolatría y llevándolas juntamente con los nuevos pastos del Evangelio las ventajas de la positiva civilizacion? ; No es María la que preside donde quiera á esas empresas gigantescas acometidas en provecho del verdadero progreso moral? ; No es su nombre el que figura siempre á la cabeza de esos proyectos de pacíficas conquistas

(1) Psalm. LXXVII, 72.

concebidos y llevados á feliz término por hombres de fé y de gran corazón, y que tan felices resultados han dado bajo todos conceptos en pró de los legítimos intereses de la humanidad? Consúltese la historia depositaria de los grandes acontecimientos verificados en el transcurso de diez y ocho siglos, y sus páginas darán un testimonio elocuente de lo que debe el mundo al catolicismo inspirado por María en sus mas prodigiosas concepciones. Aquí se verá surgir un nuevo mundo bajo la mano de Colon dirigido por esa Pastora amante, en derredor de la cual se reúne una grey numerosa de fervorosos cristianos que con el tiempo llegan á formar una porcion de las mas importantes de la católica nacion española: allí los bosques de la Oceania convertirse en poblaciones civilizadas por el Evangelio, y sus salvajes habitantes transformarse en ovejas fieles del aprisco de Jesus de quienes María es la conductora, porque su nombre y su imagen es la que ha amansado los feroces instintos de aquellas hordas, y dulcificado sus costumbres con el irresistible atractivo de la mujer y de la madre: mas allá... ¿Pero á qué reproducir lo que nadie ignora? Hoy mismo, cuando el egoismo del hombre ha rayado en su mas alto punto, y nadie se cuida sino de atesorar en torno suyo cuantos elementos puede de fruicion y bienestar material; ¿no vemos con asombro formarse en medio de nosotros una mision de operarios evangélicos que bajo los auspicios y proteccion de Maria Inmaculada, marchan á través de golfos casi desconocidos á crear en las insalubres islas del Occéano un nuevo rebaño que añadir á las innumerables conquistas de la fé católica? ¡Tan cierto es que esa amantísima Pastora no descansa un solo instante, ansiosa de realizar aquel vaticinio del Salvador: «Tengo otras ovejas que no son de mi redil, y conviene que tambien ellas sean conducidas á mi aprisco, á fin de que no haya en el mundo mas que un solo aprisco y un solo pastor!»

Esta verdad, M. A. O., se demuestra particularmente con el interés que María se toma en la conversion de los pecadores, y en el fomento de las virtudes de las almas justas. ¡Con qué amor no llama continuamente á los que ciegos se extravian del verdadero camino del deber! ¡Con cuánta solicitud los busca expiando las ocasiones

oportunas de insinuarse en sus corazones con la dulzura y la suavidad! ¡Cómo sigue en p6s de sus descarriadas ovejuelas á trav6s de montes y collados, arrojando á sus almas suspiros encendidos, silbidos de irresistible atraccion, para que tornen á los pastos deliciosos que desacertados abandonaron, sin cansarse de sus repulsas, ni irritarse por su indiferencia! ¡Y c6mo pudiera no hacerlo así cuando identificada con los sentimientos de su divino Hijo, no conoce otra dicha mayor que la de ver volver á su redil á las pobres ovejas que abuyentadas por los ahullidos del lobo infernal andan desorientadas por los peligrosos precipicios de las pasiones? ¡Ah! Su corazon abrasado en el fuego de una caridad sin límites, no puede tolerar la pérdida de una sola alma de las que Jesus vino á rescatar á precio de su vida de las garras de Lucifer; sus entrañas se conmueven con la idea de ver perecer á un solo cristiano víctima de su propia ceguera; los mas costosos sacrificios serian para esa Pastora amante sumamente suaves y tolerables á trueque de evitar la ruina de un solo pecador. Por eso despliega tanto celo y solicitud, y cuanto mas inminentes son los riesgos que amenazan á su caro rebaño, mayor es su anhelo por salvarle. «Yo misma, dice, iré en busca de mis ovejas, yo las recogeré doquiera que se hubieran dispersado en el día del nublado y de las tinieblas:» y diciendo, corre presurosa en p6s de sus huellas; y si enredadas en los espesos bosques de la vanidad, si trepando por los altas cumbres de la soberbia, ya las vea pastar en las engañosas praderas del deleite sensual, ya caidas en las hondas cimas de la desesperacion, bien que salvando ciegas los peligrosos despeñaderos de la iracundia, bien que divagando en la eterna noche de la incredulidad, donde quiera que las aperciba, allí el amor de Maria está obrando prodigios invisibles, pero no menos reales y positivos, para ganarlas á Dios y atraerlas á la virtud. ¡Y de cuán ingeniosos medios no se vale para conseguir su objeto, estudiando las necesidades de cada una de sus ovejas, y poniendo en movimiento los resortes mas adecuados á su respectivo estado! Díganlo por mí esas almas que en mas de una ocasion han experimentado los efectos de esa influencia amorosa cuanto eficaz que las salvó de sus mayores peligros. En los momentos en que una pasion

lisonjera amenazaba vuestra inocencia alucinando vuestro entendimiento y corrompiendo vuestro corazon para que os olvidáseis de lo que os debíais á vosotros mismos y á vuestra dignidad de cristianos; ¿quién hizo brillar aquella instantánea luz que descubriéndoos todo el horror de vuestra posicion, os dió valor bastante para triunfar de todos los atractivos del vicio? ¡Oh! Era María, la Pastora divina de los cristianos, que sensible á vuestra pérdida acudió en vuestro auxilio en el instante en que ibais á ser víctimas del lobo infernal. Cuando seducidos por las teorías de impíos panegiristas del racionalismo filosófico, os disponíais á beber la copa emponzoñada de sus errores; ¿quién os detuvo para que no consumáseis vuestra ruina, haciéndoos conocer el abismo en que ibais á caer? Nadie sino la Pastora solícita de vuestra alma, que atenta á prevenir vuestras necesidades os proporcionó los pastos saludables de la doctrina católica, y desplegando á vuestra inteligencia las bellezas del Evangelio, cambió repentinamente vuestras ideas y creó en vuestras almas una profunda conviccion acerca de los inalterables principios del dogma. Ella fué también quien con sus inspiraciones os apartó del terreno resbaladizo de la indiferencia religiosa á que os conducieran los pérfidos ejemplos de una generacion pervertida y materializada; ella la que con sus maternales silbidos os despertó del profundo sueño en que yacíais sumergidos bajo la accion de seductoras ilusiones creadas en vuestra imaginacion por la lectura de páginas emponzoñadas; ella, en fin, la que en todas ocasiones do viera comprometidos los intereses de vuestra eterna salud, os marcó con su dulce cayado el rumbo que debíais seguir para evitar vuestra condenacion. ¡Cuántas veces ha herido vuestros oidos el eco penetrante de aquella amable y cariñosa Pastora, que os repetía la voz del Señor dirigida un dia por su profeta al pueblo de Israel: ¿Por qué así, ovejas mías, correis precipitadas á buscar lejos de mí la muerte? Deteneos, no paseis adelante, tornad á mi aprisco y vivireis!

Todavía vá mas allá el amor y solicitud de esa divina Pastora. Su corazon inquieto y alarmado al menor vislumbre de peligro que amenaza á cualquiera de sus ovejas, no vacila en dejarlas todas á trueque de salvar á aquella cuya necesidad es mas apremiante, realizando la

sublime parábola del Evangelio que nos presenta al buen pastor corriendo tras la única oveja perdida de las ciento que componian su rebaño. En millares de ocasiones abandonando María á aquellas almas justas que á sus pies gustaban de las inefables delicias de la virtud, corrió solícita en pos del pecador que iba á precipitarse en el vicio. ¡Y con qué amor tan incomparable le tendió los dulces lazos de la caridad para atraerle al redil de la virtud! ¡Cómo halagó sus esperanzas con la bella perspectiva de las eternas recompensas! ¡Cómo alentó su debilidad con las promesas de un porvenir dichoso! ¡Cómo multiplicó los inagotables recursos de su corazón benéfico para arrancarle de las garras del lobo devorador! ¡Con qué gozo de su espíritu no le vió, en fin, volver al redil de Jesús, congratulándose de tan feliz hallazgo! Si dable fuese examinar minuciosamente los corazones que María ha convertido, las inteligencias que ha ilustrado con las luces de la verdad, las almas que ha libertado de los mas graves compromisos de perderse, las infinitas ocasiones en que ha hecho sensible su maternal ternura y su generosa solicitud hácia los pecadores extraviados, ¡cuánto no brillarian las ingeniosas invenciones de su corazón en el cumplimiento de la misión sublime que recibió en favor de la humanidad! Pero no es necesario esto, cuando no hay un solo rincón del globo que no conserve monumentos preciosos de su benéfica influencia, cuando donde quiera se levantan mil y mil voces que atestiguan la vigilancia incansable con que esa Pastora divina viene apacentando la grey de Jesucristo, y el interés con que ha mirado siempre á los que el supremo Pastor de los pastores confió á sus maternales cuidados. ¡Ojalá igualase nuestra gratitud á los sacrificios que por nuestra dicha renueva constantemente! ¡Pluguiese al cielo que nuestra docilidad en someternos á su dulce cayado correspondiese al deseo que ella tiene de conducirnos á los eternos pastos de la inmortalidad! Responda por nosotros nuestro corazón. ¿Hemos corrido tan presurosos al eco de sus dulcísimos silbidos, como anhelante corrió María en busca nuestra cuando nos vió separarnos de los rectos senderos de la virtud? ¿Nos mostramos tan hambrientos de verdad y sedientos de justicia, como incansable se manifestó ella en conducirnos por su propia mano á saciarnos de

las puras yerbas de la doctrina evangélica, y á abreváanos en los puros manantiales de la ley divina? ¿No hemos desoido por el contrario su voz y huído de su presencia, cuando mas tiernos eran los gemidos de su alma, y mayores las ansias con que nos tendia los brazos ofreciéndonos toda su clemencia y todo su amor? ¿Desnaturalizados! Esa Pastora amantísima jamás se cansó de solicitar nuestro corazon, no para recibir de él cosa alguna, puesto que nada podíamos dar capaz de satisfacerla, sino para dispensarnos los tesoros de su misericordia de que estábamos harto necesitados; ¡y sin embargo nosotros nos cansamos de oír sus clamores y los despreciamos con punible indiferencia! Ella nos esperó sin irritarse, dias, meses y años, redoblando su celo en proporcion de nuestra tardanza: ¡y nosotros, cual si en esperarnos nos ofendiese, llegamos al punto de abusar de su misma tolerancia para hacer mas visible nuestra obstinacion! Ella que sin nosotros es sumamente feliz, ni un momento descansó por facilitarnos nuestra dicha perdurable; ¡y nosotros que sin sus auxilios seríamos los seres mas desgraciados del mundo, vemos con impasibilidad inaudita pasar el tiempo sin siquiera afectarnos por nuestro porvenir!

No es esta la conducta que cumple observar á los que aspiran á formar parte del rebaño de esa Pastora amabilísima. Indignos seríamos de pertenecer á su aprisco, si no nos mostrásemos dóciles á sus maternales inspiraciones. ¿Y á dónde iríamos si ella no fuese nuestra guia? ¿Qué podríamos esperar si ella nos abandonase? ¿Quién nos protejeria si ella no nos sirviese de escudo? ¿Cómo escaparíamos de las garras del lobo infernal si ella no le ahuyentase con su cayado? Si su corazon no nos sirviese de asilo, ¿dónde nos refugiariamos en los dias tempestuosos de la tentacion? ¡Ah! No endurezcamos nuestros corazones, no seamos insensibles á tanto amor por parte de Maria, escuchemos sus dulcissimos silbidos, acudamos á su llamamiento, apinémonos en torno suyo como ovejas fieles y agradecidas. ¿Qué nos detiene? ¿Acaso el cansancio que nos ocasiona el marchar por los áridos desiertos de la vida espiritual? ¿Por ventura la reminiscencia de los pasados goces del siglo? ¿Quizás el temor de los combates que habremos de sostener para llegar á la tierra de

promisión? ¿Tal vez la incertidumbre de poder triunfar de nuestras pasiones? ¡Cobardes! Nada de esto debe arredrarnos cuando marcha delante de nosotros María. Ella sabrá dulcificar nuestras penalidades, haciendo llover sobre nuestras almas algunas gotas del rocío celestial; ella sabrá dominar nuestra sensualidad, proporcionándonos el maná delicioso que bastará á hacernos olvidar las superficiales dulzuras de Egipto; ella sabrá alentar nuestra pusilanimidad, comunicándonos la gracia y el valor necesarios para sobreponernos á todo cuanto se oponga á nuestra felicidad; ella, en fin, triunfará en nosotros de nosotros mismos, toda vez que sepamos corresponder á sus poderosos auxilios. Marchemos, pues, tras las huellas de nuestra amante Pastora, seguros de que cerca del Calvario se presentará á nuestra vista el Thabor, y que no lejos de esa árida montaña donde ahora no pisan nuestros pies sino abrojos punzadores y agudas espinas, hallaremos las amenas llanuras del Dios de Sa- baath, en donde seremos alimentados eternamente con los inefables pastos de la inmortalidad, gozando de una perdurable bienan- danza por siglos de siglos.

ESALE LX. 11.

Hoy me he acordado de un antiguo proverbio de una aplicación tan natural y oportuna, que parece escrito expresamente para dar á conocer al mundo los caracteres de JESÚS CRISTO, siempre sean de fecha muy anterior á la existencia de esa augusta Jureta. Habla el león de pasaje de las mas que acabo de citar, para lo reconocer en el una especie de predicción anticipada de uno de los mas preciosos derechos que esta Iglesia á ejercer la mujer por esclavitud, la re- ventura de la humanidad, la verdadera madre de todos los vi- vientes, el angel consolador de todos los afligidos, la segunda providencia que el Eterno dejó en la tierra á cuantos siguen bajo el peso de la adversidad. Habla el poeta de las magnificencias que en su día debían renunciar en torno de la nueva Jerusalén; con- placase en pintar el bello cuadro de los triunfos que á la Ciudad misma de Dios estaban reservadas para el porvenir; ven á lo lejos

# DISCURSO

## DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS.

SOLA MARIA POR HABER SIDO LA CRIATURA MAS PROBADA Y AFLIGIDA  
EN EL MUNDO, TIENE DERECHOS INDISPUTABLES AL PROTECTORADO  
UNIVERSAL DE CUANTOS SUFREN, Y Á SER EL ASILO COMUN  
DE TODOS LOS DESAMPARADOS.

*Pro eo quod fuisti derelicta.... ponam te in superbiam saeculorum, gaudium in generationem et generationem.*

Por lo mismo que tú te viste desamparada, haré yo que seas el orgullo de todos los siglos, y el gozo de las generaciones venideras.

ISALE LX. 15.

**H**AY ciertos rasgos proféticos de una aplicacion tan natural y oportuna, que parecen escritos espresamente para dar á conocer al mundo los caracteres de María Santísima, siquiera sean de fecha muy anterior á la existencia de esa augusta Virgen. Nadie al leer el pasaje de Isaías que acabo de citar, dejará de reconocer en él una especie de prediccion anticipada de uno de los mas preciosos derechos que estaba destinada á ejercer la mujer por escelencia, la cor-redentora de la humanidad, la verdadera madre de todos los vi-vientes, el ángel consolador de todos los infortunios, la segunda providencia que el Eterno deparó en la tierra á cuantos gimen bajo el peso de la adversidad. Hablaba el profeta de las magnificencias que en su día debian reunirse en torno de la nueva Jerusalem; com-placiase en pintar el bello cuadro de los triunfos que á la Ciudad mística de Dios estaban reservados para el porvenir; veia á lo lejos

acudir á rendirla vasallaje todos los pueblos del orbe, y á enriquecerla con sus ofrendas los príncipes mas opulentos del otro lado del mar; miraba hácinarse á su alrededor los mas preciosos productos del Libano para la construccion de su augusta morada, y trabajar como operarios en ella los hijos de los que en otro tiempo la despreciaron; y por último, adoptando el tono y la espresion de quien observa ya presentes tantas maravillas, esclama: «Serás llamada la ciudad del Señor y la Sion del Santo de Israel; nunca se cerrarán tus puertas de dia ni de noche, sino que estarás patente á todas horas para recibir los homenajes de tus adoradores; pues por lo mismo que te viste un dia sola y desamparada, quiero que seas en adelante el orgullo de todos los siglos y el gozo de las generaciones venideras: *Pro eo quod fuisti derelicta.... ponam te in superbiam scæculorum, gaudium in generationem et generationem.*

od Al escuchar este admirable vaticinio, el alma se eleva naturalmente hácia aquella criatura privilegiadisima que desde el génesis de la creacion venia siendo el objeto de todos los simbolos, el alma de todas las alegorias bíblicas, y el término de todas las esperanzas del universo. Cuando se hace atencion á los acontecimientos que despues se verificaron en ella, cuando se observan las bellas armonías que existen entre la figura y la realidad, imposible es dejar de admirar en la Virgen prometida la consumacion de todas aquellas magnificencias que á través de la oscura noche de los siglos vislumbraron los hombres inspirados. ¿Y á quien mejor que á María convienen todas las particularidades consignadas en la célebre inspiracion del hijo de Amós? ¿No fué ella la verdadera Ciudad del Dios vivo que encerró en su seno cuanto de mas grande y augusto conoció el cielo y la tierra? ¿No es ella la Sion misteriosa en cuya construccion la naturaleza y la gracia agotaron todos sus tesoros, haciéndola tal que jamás el mundo vió ni verá en lo sucesivo cosa mas prodigiosa y perfecta? ¿No es ella aquel templo animado de la divinidad, cuyas puertas siempre abiertas de dia y de noche para recibir los homenajes de toda la creacion, lo están asimismo para escuchar los ruegos del desvalido y dar asilo al desgraciado? Por último, ¿quién como María esperimentó en la tierra todos los azares de la adversi-

dad? ¿Quién más que ella se vió sola y desamparada en este valle de quebranto, habiendo sido en días mas felices la ciudad populosa, reina de las naciones, y Señora de todo el orbe? Pues hed ahí el origen de sus presentes glorias, el fundamento de sus gaandezas, y la justificacion mas incontestable de ese honroso título con que hoy la solemnizamos; denominándola MADRE, protectora, consuelo y asilo DE LOS DESAMPARADOS; verificándose en esa Virgen adorabilísima lo que en el tipo de la antigua Jerusalem de los profetas habia predicho el mas ilustrado de todos ellos: «Por lo mismo que tú fuiste un día la mas desamparada de todas las criaturas, haré yo que seas el justo orgullo de todos los siglos, y el gozo, la esperanza y el amparo de las futuras generaciones: *Pro eo quod fuisti derelicta... ponam te in superbiam sæculorum, gaudium in generationem et generationem.*

Si los hechos han justificado este vaticinio, no soy yo quien debo decirlo. La historia está encargada de celebrar los triunfos de María; los anales de los pueblos conservan la memoria de su universal proteccion; el mundo todo es un gran libro en cuyas páginas se leen los raros prodigios de su amor maternal. No es necesario mas que fijar la vista en cualquiera de esos innumerables monumentos con que tropezamos á cada paso, levantados por la gratitud cristiana en todas épocas, seguros de hallar en ellos algun sublime recuerdo de esa protectora insigne de la humanidad desamparada. Do quiera forma ella la gloria, el embeleso, el éxtasis y el gozo de las presentes y pasadas generaciones que vienen proclamándola bienaventurada á causa de sus inagotables beneficios no menos que por las grandezas que en ella obró el Omnipotente: *Gaudium in generationem et generationem.*

Con cuánta razon asi lo hagan no necesitaria yo demostrarlo. Comprometido no obstante, á formar hoy el elogio de María bajo la advocacion de MADRE DE LOS DESAMPARADOS, forzoso me es decir algo, no para consolidar vuestra fé y confianza, barto acreditadas en ese entusiasmo siempre creciente con que la tributais anualmente estos solemnes cultos, y si únicamente para fomentar vuestra edificante piedad. Por lo tanto, ciñéndome estrictamente al pensamiento

que he iniciado y que naturalmente se desprende de las palabras que me sirvieron de testo, os manifestaré cuán razonable y fundado sea ese sentimiento de ilimitada confianza que nos inspira María bajo la idea que representa ese título tan dulce y encantador: puesto que «siendo innegable que nadie como ella se vió en el mundo tan abandonada y afligida, nadie tampoco puede apreciar mejor los sufrimientos del corazon humano y simpatizar con sus desgracias; y por consiguiente ella esclusivamente tiene derecho á reclamar el protectorado de cuantos sufren victimas del abandono, y á ser el asilo universal de todos los desamparados.» Tengo propuesto etc.

AVE MARIA.

### REFLEXION UNICA.

La compasion es un sentimiento inherente á todas las almas tiernas y generosas. Se engendra por la caridad, nutrese con el sufrimiento, se fomenta al calor de la adversidad, y es tanto mas viva y penetrante su accion, cuanto mas rudas han sido las pruebas por que el alma ha tenido que pasar sometida al crisol del infortunio. Mal pudiera comprender los ocultos misterios de un corazon angustiado, quien nunca supo lo que es padecer. A quien siempre sonrió la suerte, en vano es hablarle de los males ajenos; su lenguaje es enigmático, incomprensible, porque no le ha estudiado prácticamente en la escuela del dolor. Dirigios por el contrario al que toda su vida tuvo delante el ceñudo aspecto de la desgracia: ese os comprenderá á la primera palabra, ese sabrá sentir, ese sabrá amar, ese sabrá compadecerse, porque entre su corazon y el de todos los infortunados existen sublimes armonias, relaciones estrechisimas, analogias admirables, y una correspondencia de afectos que les identifica maravillosamente.

Pero al fin los afectos del hombre son limitados como su existencia, y sujetos como todas sus ideas á la incesante volubilidad del tiempo. Fácilmente se modifican y cambian á la mas leve variacion

de su fortuna ; nada hay en él subsistente porque todo es precario y dependiente del movimiento que agita sus destinos. Solo un corazón hay que, libre de todas esas eventualidades y exento de esas variaciones que de continuo experimenta la humanidad, nutre afectos siempre idénticos de compasión y ternura, y un fondo de piedad tan inagotable, que lejos de disminuirse con su expansión continua, se enriquece cada vez más con un nuevo caudal de misericordia en proporción que acrecen las miserias que está llamado á socorrer y los infortunios que debe consolar. Así el océano por mucho que le roben las nubes, jamás ve disminuirse sus aguas: porque incesantemente ve afluir en sus vastos senos las riquezas de todos los ríos que le pagan tributo como á soberano. Tal es el corazón de María: inmenso como el mar, nunca ve agotarse su compasiva piedad para con el desamparado mortal; incesantemente experimenta las dulces avenidas de los caudalosos ríos que fluyen del amor divino y van á engruesar las riquezas de ese océano sin fondo de ternura maternal. Bien pueden aglomerarse en derredor de esa Virgen todas las desgracias, y acudir á ella todas las adversidades, todas hallarán cabida en un alma que apuró hasta las últimas heces la copa de la tribulación, y vivió solo para ser una víctima inocentísima de los más crueles martirios. ¿Quién como María padeció en el mundo? Hija, madre, esposa de un Dios, parecía tener derechos incontables á disfrutar de una imperturbable felicidad, y á gozar en la tierra cuantas delicias pudieran hacer de su existencia el bello ideal de la suprema bienandanza que debía coronar un día sus altísimos merecimientos. Y sin embargo, por un efecto incomprensible de los eternos decretos de la Providencia, su único legado aquí abajo fué el dolor, su herencia el infortunio, su trono un Calvario prolongado, su diadema una corona de espinas, y su recompensa el desamparo más indefinible. Hasta el mismo Hijo que era su único apoyo, su consuelo y su dicha, se convirtió para ella en un haz de amarguísima y repugnante mirra, según el lenguaje bíblico, y dejándola sola en el mundo, después de haber participado á su lado de su misma agonía y de su propia muerte, quiso que le sobreviviese para prolongar hasta un grado indefinible el martirio de su corazón.

— Dificil nos seria poder explicar este refinamiento de rigor con que el cielo tratára á la mas inocente y santa de las mujeres y á la mas digna de todas las madres, si nouviésemos delante la solucion de ese gran problema. Era ella la destinada á continuar respecto de la humanidad la sublime mision del Redentor; era ella la escogida para ser el asilo comun de todos los desventurados hijos de la Eva rebelde, el altar de propiciacion de todas las victimas del infortunio, la ciudad de refugio para todos los que gimiesen en el ostracismo, el amparo universal de todos los que careciesen de proteccion y apoyo. A ella debia recurrir en lo sucesivo el pobre en su mayor necesidad, el huérfano en su mas cruel aislamiento, el cautivo en los momentos de su mas triste situacion, el náufrago en las horas horribles de su agonía, el prisionero en su mas angustiosa desesperacion. Todas las grandes miserias, todos los grandes reveses, los males todos que en la tierra carecian de remedio, debian formar el legado de esa madre del bello amor y de la santa esperanza. Y ved cuán sábiamente dispuso Dios que antes de aceptar tan triste como dolorosa herencia, probase cuanto en el orden de la naturaleza hay de mas amargo y repugnante, cuanto de mas sensible é intolérable se conoce en el orden de la gracia, á fin de que, como de Jesucristo escribe San Pablo, supiese condolerse de sus hermanos, hacer suyas propias las desgracias de los que adoptó por hijos al pié de la cruz, y alimentar siempre viva la llama de la caridad y compasion hácia aquellos cuyo porvenir se confiára á sus maternales desvelos.

Nadie, pues, bajo este concepto podia mas justamente reclamar el protectorado universal de la humanidad desválida: ella sola habia adquirido derechos indisputables á ser la madre, la reina, el consuelo y la esperanza de todos los desamparados. Y de tal suerte viene siéndolo, y con tanta fidelidad ha cumplido siempre esta mision sublime, que el mundo no ha reconocido ni reconoce otro ser á quien con mas confianza pueda recurrir en busca de proteccion y amparo, que esa Virgen admirable cuyo corazon es todo piedad, todo ternura, todo compasion y amor para el que solicita sus bondades. A pesar de esa conviccion íntima que existe en el fondo de todo corazon católico, fundada en el dogma de que el origen de todo poder,

de toda gracia, reside en Jesucristo Salvador inefable de la humanidad, y de que solamente por participacion tiene Maria esa influencia benéfica que ejerce en los destinos del mundo, es de admirar como todo cuanto en él hay de penalidades, de desgracias, de dolores y miserias incurables, se dirige con preferencia al trono de la madre, y va á depositar á los pies de ese genio consolador sus gemidos y sus lágrimas seguro de encontrar alivio y solaz en todas las situaciones de la vida. ¿Y por qué? ¡Ah! No es que intente denegar al Mediador eterno sus indisputables derechos, no es que dude que él es el esencialmente poderoso y bueno de quien pende el porvenir de los redimidos con su sangre, no es en fin que atribuya á Maria mayor valimiento y virtud que á Jesus para obtener lo que reclaman sus necesidades; consiste únicamente en que, persuadido hasta la evidencia de cuánto se complace el Señor en ver á su escelsa Madre hecha la dispensadora de todos los tesoros del cielo, y correspondiendo instintivamente á este mismo pensamiento de amor, no sabe recurrir sino á ella en sus horas menguadas, en sus dias aciagos y en cuantos males aquejan su existencia, porque abraza la esperanza firmísima de conseguir por su mediacion el objeto de sus ardientes votos.

Y cierto que esta esperanza jamás salió defraudada. El universo entero atesora pruebas irrefragables del amor benéfico de Maria hácia todos los hombres y muy especialmente hácia los privados de todo recurso y amparo. ¿No es ella la que donde quiera ha presidido esos proyectos colosales llevados á feliz término bajo su inspiracion en favor de las innumerables victimas del humano egoismo? ¿No es ella la que ha iniciado toda idea sublime y regeneradora en obsequio de la humanidad menesterosa y abandonada? ¿No es en su nombre en el que se han creado esas instituciones altamente humanitarias para proteger la infancia y la juventud arrojadas por la crueldad de padres desnaturalizados en el seno de todas las privaciones y miserias? Recorred todos los asilos de mendicidad, visitad todos los establecimientos de beneficencia, buscad el origen de todas esas casas de refugio donde se alberga todo cuanto en el mundo vive privado de porvenir y de esperanzas, y donde quiera leereis el nom-

bre de María figurando en primera línea en las lápidas de su fundación; porque todo lo que de beneficioso y positivamente civilizador viene realizándose á través de los siglos, ha recibido de ella su impulso, su incremento y su consistencia. ¿Cuándo habria soñado el racionalismo filosófico la estincion de la esclavitud en que venia gimiendo una gran parte de la humanidad, si María no hubiese inspirado este bello pensamiento á los Valois y Nolascos? ¿Cuándo hubiese visto el mundo surgir esos ángeles de paz que se constituyen en madres del huérfano desamparado, y corren de un punto á otro del globo llevando el bálsamo del consuelo á todas las existencias ulceradas por la desgracia, á no haber creado María en el pecho de Vicente de Paul aquel fondo de caridad cristiana con que se propuso curar todas las dolencias físicas y morales del hombre? Y ese proselitismo civilizador que hizo fraternizar un día con la Europa á las hordas salvajes de América y á los pueblos remotos del Asia; ¿dónde hubo principio, quién le impulsó, por quién fué consumado sino por María? Sin necesidad de recurrir á otras pruebas, esa tierna devocion, esa sencilla piedad con que los pueblos neófitos la invocan y se acogen á su amparo, es una demostracion palpitante y sufficientísima de que á María legó su Unigénito, juntamente con el protectorado universal de todas las naciones sometidas al Evangelio, los destinos de la humanidad desvalida y desamparada.

La historia sagrada entre otros muchos monumentos, nos ofrece uno sumamente análogo al asunto que nos ocupa. El Señor para probar la fidelidad de su siervo Abraham, exijérale el doloroso sacrificio de su querido hijo Isaac, mandándole que se le ofreciese en holocausto sobre la cumbre del monte Moriah. El Santo Patriarca ni un solo momento vacila en dar cumplimiento á las órdenes del cielo. Apréstalo todo al efecto, toma consigo la inocente víctima, pone sobre sus hombros la leña que debia servir para consumirla, embraza el hacha, dirijese al lugar designado, y con la mas sublime resignacion iba ya á descargar el golpe, cuando deteniéndole Dios el brazo, le dice: «Bástame esta prueba para conocer cuánta es tu fé en mis promesas: de hoy mas, por cuanto no titubeaste en cumplir mis mandatos, y á tu propio hijo no perdonaste por mi causa, yo te bendeciré en toda

la tierra, y haré surgir de tí una nueva descendencia que se multiplicará donde quiera como las estrellas del cielo (1).» Ved, pues, lo que hizo el Señor con María de una manera todavía mas prodigiosa. Habiéndola designado en sus eternos decretos para ser la madre universal de todos los hombres y el asilo comun de todos los desamparados, plúgole primero someterla á una prueba la mas amarga y costosa: y no satisfecho con derramar en torno de ella todas las penalidades y sufrimientos mas sensibles, exijió de su corazon maternal el sacrificio de su unigénito, que equivalia á pedirla cuanto mas caro habia para ella. Lo que de doloroso y cruel envolvía esta exigencia no tengo yo para que demostrarlo. Ello es que María, desposeyéndose con indefinible generosidad de aquel hijo que atesoraba toda su dicha y en quien estaba vinculada toda su existencia, le ofreció á la muerte por la salvacion del linage humano, asistió á la cruenta oblaçion del Calvario, vió sus propios vestidos manchados con la sangre de la inocente víctima, y á su lado consumió todo cuanto de ella estaba escrito por los profetas. Pues bien, entonces tuvo efecto en María la gran promesa anticipada en Abraham muchos siglos antes; entonces en recompensa de una resignacion tan sublime obtuvo ella la sancion de todos los derechos que de largo tiempo venia disfrutando con respecto á la humanidad; entonces se la dió una descendencia tan numerosa como las estrellas que alfombran el firmamento; porque desde aquel punto, abarcando los tiempos pasados, presentes y por venir, todo la pertenció esclusivamente, todo quedó subordinado á su influencia regeneradora, á todo debió presidir con su poder y con su amor, puesto que con sus angustias y martirios habia contribuido al gran sacrificio expiatorio del Redentor.

Así vienen creyéndolo y consignándolo todos los Padres de la iglesia; esta es la conviccion universal del catolicismo, y en ese mismo principio descansa el protectorado de María respectó de todos los desamparados. Es este un derecho que por vía de conquista viene ejerciendo desde el Calvario, y que constituye una especie de indemnizacion del desamparo cruel que sufrió en la muerte de su Uni-

(1) Genes. XXII. 16 et seq.

génito. ¡Derecho inefable y altamente consolador para el mundo! ¿Quién es el que desde entonces ha dejado de experimentar sus resultados? ¿Quién recurrió á María en su mas cruel desesperacion sin que viese nacer inmediatamente la esperanza y la paz en su tenebroso pecho? ¿Quién hallándose abandonado de todo humano auxilio llamó inútilmente á las puertas de su piedad? ¿Quién lloró á los piés de esa Virgen y se retiró de allí desconsolado? La tradicion de diez y ocho siglos responde unánimemente por boca de San Bernardo, que ni un solo ser por estrema que haya sido su desdicha, por honda que haya sido su afliccion, por cruel que haya sido su abandono dejó de ser amparado por María. Y esa tenaz adhesion de todos los pueblos y en especial de algunos al culto de esa mujer divina, ese entusiasmo que á despecho de todas las revoluciones y de todos los trastornos sociales cunde prodigiosamente y se acrece de dia en dia: ¿no es la demostracion mas evidente y palpable de la creencia universal en las bondades de la madre de Dios y de su influencia beneficosa en todos los reveses de la vida? Digase lo que se quiera, los pueblos, bien así que los individuos, no se aficionan con facilidad sino á lo que real y efectivamente les es útil y provechoso, y jamás se entusiasman de una manera estable y permanente mas que por aquellas cosas de que reportan ventajas positivas y tangibles. Podrán tal vez en momentos de ilusion enamorarse de bellas quimeras y dejarse seducir de teorías deslumbradoras; pero bien presto pasa ese instantáneo vértigo, y reconocen el gran vacío que deja todo lo que no es verdadero y efectivo. Pues bien, cuando en vez de que todos ellos se cansan sucesivamente de tantas y tan decantadas promesas de ventura y bienestar mil veces repetidas y otras tantas defraudadas, se les vé por el contrario abrazar espontáneamente, sostener con creciente entusiasmo, y fomentar cada dia con mayor fervor el culto de María; ¿qué otra cosa indica esto sino que en él han encontrado algo de mas valía que todo cuanto el mundo puede dar? Este es un hecho contra el que vanamente se emplearian las ya gastadas frases de supersticion y fanatismo. Por mas que la incredulidad moderna intentase desenterrar semejantes recursos, de que en otro tiempo se sirvió aunque sin éxito, para envolver al catolicismo en

funestos estravíos, los resultados harían ver que nada hay bastante para matar en los corazones cristianos ese sentimiento de amor y ternura que es innato en ellos hácia la augusta Virgen que representa los mas caros intereses del mundo moral, y que tan visiblemente viene acreditando su influjo benéfico en el consuelo y alivio de todos los infortunios de la humanidad. A los gritos del error y de la impiedad sistemática responderían los gritos mucho mas fuertes de la piedad y de la fé de diez y ocho siglos, que fundándose, no ya en vanas teorías, sino en hechos luminosos, viene proclamando á Maria orgullo santo del catolicismo, gozo universal de toda la descendencia del hombre pecador, asilo comun de todos los desamparados, y esperanza indeficiente de las venideras generaciones: *Pro eo quod fuisti derelicta, ponam te in superbiam sæculorum, gaudium in generationem et generationem.*

Este mismo es, oh madre Santísima, nuestro sentir, esta misma nuestra conviccion y nuestra inalterable creencia. Si alguna cosa tenemos que desear, es que la confianza en vuestras piedades se acreciente aun mas, que el entusiasmo católico hácia vuestra proteccion tome todavía mayor fomento, que no haya pueblo, ni aldea, ni rincón alguno en todo el mundo que no os invoque y bendiga. Por lo demás, antes se olvide de nosotros nuestra diestra, primero nuestra lengua quede adherida á nuestro paladar, que olvidemos vuestras misericordias ó dejemos de recurrir á vuestro amparo y proteccion. Sed pues aquí, Virgen Santísima, nuestro refugio, nuestra esperanza y nuestra defensa, para ser un dia nuestro júbilo, nuestra dicha, y nuestra perdurable bienandanza en la mansión de la inmortalidad.

## DISCURSO

### DE NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT.

EN EL PRODIGIOSO ORIGEN DEL CULTO QUE ESPAÑA VIENE TRIBUTANDO  
Á MARÍA SANTÍSIMA EN MONTSERRAT, Y EN SUS ADMIRABLES PROGRESOS,  
HALLAMOS UNA PRENDA DE LA PREDILECCION ESPECIAL DE ESA SEÑORA,  
Y UN ESTÍMULO PODEROSO PARA CORRESPONDER FIELMENTE  
Á SUS MATERNALES BONDADES.

*Filios advenæ qui adherent Domino, ut colant eum et diligant nomen ejus... adducam eos in montem sanctum meum, et lætificabo eos in domo orationis meæ... et victimæ eorum placebunt mihi super altari meo.*

A los hijos del extranjero que se unen al Señor para honrarle y amar su santo nombre, los conduciré á mi santo monte, y los llenaré de gozo en la casa de mi oración, y me serán agradables las víctimas que ofrecieren sobre mi altar.

ISAÏE LVI. 6, 7.

¿Qué monte es ese de que con tanto énfasis habla el profeta Isaías en uno de los mas notables capítulos de su libro, convidando á todos los pueblos de la tierra á reunirse en él para admirar sus maravillas y experimentar las celestiales bendiciones vinculadas á los que allí acuden para honrar á Dios y glorificar su santo nombre? Dignas son de observarse las espresiones de aquel hombre inspirado, no solamente por lo que literalmente significan, sino tambien por lo que en un sentido acomodaticio pueden relacionarse con la presente solemnidad. «Mirad, decía el Señor por su profeta, que está ya para llegar la salvacion que yo envío, y vá á manifestarse en breve mi justicia. A cuantos observáren mis preceptos y se mantuvieren

» firmes en mi alianza, les daré un lugar distinguido en mi casa, y  
» un nombre mas honroso que el que pudiera darles una larga des-  
» cendencia. Y á los hijos del extranjero que se adhieren á Dios para  
» engrandecerle y amarle, los conduciré á mi Santo Monte, donde  
» les llenaré de alegría, y me serán gratas las ofrendas que allí me  
» hicieren sobre el altar; porque allí estará mi morada y será llama-  
» da casa de oracion para todos los pueblos.»

No pretendo ni remotamente, señores, haceros creer que este pasage profético tuviese en su origen la menor relacion directa con ese prodigioso monte que hoy cautiva nuestras atenciones, como depositario de tantas bellezas históricas, de tantas riquezas tradicionales que forman justamente el orgullo de nuestra patria. Cierto que en aquel lugar distinguido y misterioso hallábase simbolizada la futura iglesia de Jesucristo, cuyas magnificencias preveia de antemano el Vidente de Jerusalem, describiendo con la lucidez propia de su elocuencia los prodigios de su establecimiento y propagacion en todos los pueblos de la tierra, que en el Salvador prometido debian ser un dia benditos y rehabilitados mediante el gran sacrificio del Calvario. Empero, cuando detenidamente se estudian las admirables analogías que existen entre aquel monte místico destinado á ser el punto de reunion de los afiliados al nuevo culto del Evangelio, y éste otro monte real y positivo que la augusta Madre del Verbo se dignó elegir para morada suya especialísima; cuando se observa que aquí no menos que allí está la Casa de la oracion donde de todos los puntos del globo afluyen gentes estrañas á ofrecer dones al Señor por las manos de la Santísima Virgen Maria, y que á través de diez siglos vienen quemándose sin interrupcion olorosos incienso á la divinidad para obsequiar á la que fué su sagrario y su templo animado; ¿cómo es posible dejar de reconocer algo de misterioso y providencial en esa armoniosa identidad de pensamiento, de accion y de resultados entre ambos lugares?

Sea no obstante lo que se quiera respecto de esto, y sin aspirar á introducir novedades, que por mas piadosas que sean nunca dejan de ser arriesgadas, bástanos recordar la antigüedad del culto que Maria Santísima viene recibiendo sobre las quebradas laderas de

Montserrat, el extraordinario fomento que ha adquirido de día en día su devocion en el largo trascurso de mas de mil años, la celebridad europea que entre los muchos Santuarios dedicados á nuestra Señora disfruta este que hoy nos ocupa, los prodigios que acompañaron y sucedieron á la aparicion de ese venerando simulacro, objeto de un entusiasmo siempre creciente entre los hijos de la noble Cataluña y el resto de nuestra España, y por último su existencia no menos portentosa á pesar de las revoluciones que han trabajado á ese pais, y de las convulsiones sociales que tantas ruinas han hacinado en torno suyo, bástanos, repito, esto para reconocer un órden de decretos especialísimos en favor de esta obra de Dios; pues tal se manifiesta á nuestra fé el culto secular de Maria Santísima de Montserrat, atendidas las circunstancias que á él presidieron, y las que á su propagacion y fomento han concurrido.

A esto pienso limitar hoy mi discurso, y ello solo será suficiente para reanimar la piedad de los fieles, promover el fervor de los tibios, afianzar las convicciones del verdadero creyente, disipar las preocupaciones del incrédulo, y crear en todos los corazones cristianos una confianza inalterable en las piedades de esa Virgen, que al asentar sus reales sobre las cumbres de Montserrat, quiso constituirse centinela incansable de esta porcion predilecta del legado de su divino Hijo, para velar desde allí por sus destinos y fecundarla con el celestial riego de sus gracias. «Consideremos, pues, el origen de ese culto grandioso que España viene tributando á Maria en su milagrosa imágen, descendamos despues á estudiar sus felices consecuencias, y en ambos hechos hallaremos una prenda de la predileccion particularísima de esa Señora hácia nuestra patria, al par que un estímulo poderoso para corresponder fielmente á sus maternales bondades.» Para el mejor desempeño de mi mision imploremos los divinos auxilios, etc.

AVE MARÍA.

## REFLEXION UNICA.

El culto de la Santísima Virgen propiamente dicho comenzó en el mismo sepulcro que encerró aunque por breve espacio sus preciosos restos mortales. Allí se la consagraron los primeros obsequios de una fé rendida y humilde y de una tierna y sincera piedad, por los que un día fueran los admiradores de sus virtudes y los testigos oculares de sus grandezas. Si algunos vestigios de un culto anterior á esta fecha existen en el mundo católico, y muy particularmente en el seno de nuestra patria, deben considerarse como escepciones respetabilísimas, sí, pero que pertenecen á un orden de decretos que no nos toca investigar en este momento. Lo que está fuera de toda duda es que desde el origen del cristianismo el nombre de Maria fué donde quiera invocado y venerado, y que su culto propagándose maravillosamente á la par de las doctrinas regeneradoras del Evangelio, formaba en todas partes una de las esenciales condiciones de la nueva civilizacion inaugurada en el Calvario. A él iba unido el progreso moral de la humanidad, con él se incrustaba digámoslo así el espíritu de asociacion, á su sombra reunianse las tribus nomadas del desierto, él presidia á la formacion de los pueblos, y en todo cuanto de útil y beneficioso verificábase á través de los mil elementos de discordia y disolucion que pululaban en medio de un mundo, cuya reorganizacion debia ser lenta y trabajosa, puesto que se trataba de modificar y cambiar la obra de las pasiones y de los errores de muchos siglos, siempre figuraba el interesante culto de la mujer bella y simpática por escelencia, descollando en primer lugar cabe el trono del legislador ó del monarca el altar de la Virgen de Nazareth llamada á sancionar y conservar con su influencia las conquistas del poder ó del genio.

No seguiremos las huellas de ese culto tierno y sencillo á la vez en sus principios, en la magestuosa marcha que emprendió por entre paises guerreros unos, medio salvajes otros, idólatras todos, y tanto

mas enemigos del naciente Evangelio, cuanto mayor era en alguno el refinamiento de su cultura inspirada por el sensualismo. Ello es que los altares de María se multiplicaban prodigiosamente en todos los sitios destinados poco antes al culto de las falsas divinidades; que sus templos echaban á pique los que el error pagano consagrara á perpetuar la memoria de aquellos seres reales ó mitológicos cuya apoteosis formara el vicio; que el pensamiento virginal espresado de mil maneras diversas, señalaba los progresos de la revolucion moral operada por la cruz; y que allí donde la idea cristiana llegaba á triunfar de las antiguas preocupaciones del error, y á modificar los envejecidos hábitos creados por la barbárie, veíase como por encanto desaparecer el culto de los árboles, de las piedras y de las fuentes, para ser sustituido con el de la Madre de Dios á cuya graciosa imágen se dedicaba cuanto de mas rico atesoraba la naturaleza y cuanto podia hallar de mas precioso el arte. ¡Espectáculo sublime! En las laderas de los ríos, en las crestas de las montañas, en las profundas concavidades de los peñascos, en los huecos de las encinas, entre las enramadas de los bosques, en todo el reino vegetal y animal encontrábase la imágen de María recibiendo los homenajes de una devocion tan íntima y cordial, quanto inocentes y benignas eran las inclinaciones de sus primeros adoradores. Quizás era un campesino que al conducir su ganado á abrevarse en las corrientes de un arroyo, veia proyectar en sus limpidas aguas la sombra de la Virgen hermosa, cuyo altar formado por el verde cesped cubrianlo vistosas guirnaldas de yedra. Tal vez era un anciano druida que al atravesar el recinto de sus padres practicaban sus supersticiosos ritos, tropezaba con la fuente venerada en la que en lugar de las antiguas *Hadas*, mostrábase adornada de flores la Virgen madre del Cristo. Acaso era un pastor que llevando su grey á merodear en las faldas de un monte escarpado, descubria entre las grietas de un terreno quebradizo una pequeña efigie de María ante la cual se arrodillaba profundamente conmovido creyendo apereibir en ella algo de misterioso y divino.

Tal fué, M. A. O., el origen de ese grandioso culto que el venerando simulacro de la Santísima Virgen de Montserrat viene recibien-

do á través de mas de diez siglos. Sensible es por cierto, que carezcamos de monumentos auténticos de tan precioso hallazgo, si bien nos quedan todavía los bastantes para reconocer la obra de Dios, su pensamiento y sus altísimos designios en tan portentosa aparición. Era el año 808, época en que el conde Wifredo denominado el Velloso, reinaba feudalmente en Barcelona. Ciertos pastores de Monistrol conducian sus ganados por unos sitios que en otro tiempo marcaban las lindes del condado de Manresa, junto á las pintorescas márgenes del Llobregat; y dirigiéndose hácia la parte Sur, comienzan á subir unos enormes despeñaderos cortados perpendicularmente en la montaña, de donde toma su denominacion Montserrat, equivalente á Monte cortado. En sus laderas y casi al principio de donde empiezan á descolgarse dichos despeñaderos, mirando hácia el Este bajo una altísima peña colocada entre dos cerros que se levantan á manera de gigantescas pirámides, abriase una ancha cueva, en donde bien impulsados por una curiosidad natural, ó lo que es mas creíble movidos de una inspiracion superior intentan penetrar. Mas ¡oh prodigio! No bien habian dado algunos pasos, cuando se presenta á su vista una imágen de gran tamaño de la Santísima Virgen, de cuerpo entero, y de graciosas formas, en estado de perfecta conservacion. Sentada en un gran sillón mostraba en su mano derecha un globo de cuyo centro salía una azucena, y con su siniestra sostenia un niño Jesus apoyado sobre sus rodillas y en actitud de bendecir.

Figúrese cada cual el asombro, la admiracion, el pasmo de aquellos rústicos pastores al encontrarse con tan precioso tesoro. Con la rapidez del rayo propágase por do quiera la nueva de esta aparición. Reúnese el Clero y el pueblo, á cuyo frente marcha el piadoso Wifredo, llegan al sitio designado por los pastores, reconocen la autenticidad del milagro, y desde el mismo punto resuélvese levantar cerca de aquel lugar un templo magestuoso para depositar la imágen de María, un monumento digno de tan grande hallazgo, y que perpetue su memoria en las futuras edades.

Ahí teneis, M. A. O., el testimonio visible de la piedad del ferroso conde de Barcelona. A su celo y generosidad se debió la

creacion de ese insigne monasterio de Montserrat cuya magnificencia correspondiente al objeto á que fué consagrado, viene formando la admiracion de cuantos le visitan. Indigenas y extranjeros, todos los que por mera curiosidad ó por efecto de su devocion han subido á ese monte cuajado de maravillas, han podido observar hasta dónde raya el entusiasmo de los católicos españoles en la veneracion y culto de la que para dicha de esta nacion eminentemente religiosa dignárase manifestarla de una manera tan insólita su predileccion desde tiempos antiguos. Los que dudan de la fé de nuestros mayores, los que se atreven á invocar épocas remotas para sancionar el despojo mas injustificable que hoy vemos llevado á cabo por el génio de una revolucion devastadora, suban al origen del culto de Montserrat; admiren el desprendimiento y celo de los Wifredos y Borrells; observen al primero enriqueciendo con sus donativos ese augusto santuario y confiándole al cuidado de las religiosas Benedictinas de las Puellas de Barcelona, cuya primera abadesa fué su hija Richilda; contemplen al segundo haciendo considerables reformas, y sustituyendo á sus antiguas moradoras una numerosa comunidad de monjes de Ripoll; traigan á la memoria la munificencia con que nuestros católicos monarcas se han esmerado en todas épocas en contribuir al mayor ornato y lustre de ese templo, derramando con profusion sus dones y haciendo cuantiosos gastos para realzar el culto magestuoso que siempre se tributó en él á la Reina de los ángeles; consulten los empolvados archivos en donde consta el entusiasmo universal con que desde los primeros tiempos de su fundacion acudian en romeria á venerar la santa imágen, príncipes, condes, altos barones, señores feudales, personajes de la primera nobleza españoles y extranjeros, y una muchedumbre inmensa del pueblo, atraidos por los milagros que allí se multiplicaban sin cesar, y ansiosos de rendir sus homenajes á la mujer celestial que desde las elevadas cumbres de Montserrat se complacia en derramar abundantemente los inagotables tesoros de su bondadoso corazon; y digannos despues de esto si todavía hay razon plausible para envolver ese monumento á todas luces respetabilísimo en esa medida general que condena al empobrecimiento y á la miseria el culto católico en un pais que siempre

se distinguió por su acendrada piedad y sus robustas creencias.  
¡Mas ay! ¡Qué ideas tan melancólicas, qué recuerdos tan tristes brotan en el alma en este momento! ¡Cómo vienen á acibarar las dulces emociones que inspira la presente solemnidad las últimas páginas de nuestra historia! Yo me traslado con mi imaginación á ese insigne santuario, subo en espíritu á través de las escabrosidades de ese monte, centro un día de las delicias de nuestra religión y encanto de todos los corazones católicos, busco en vano algun leve vestigio de lo que fué en tiempos mejores, y á los suspiros de mi alma angustiada solo responden los gemidos de la soledad, el silencio eterno de los sepulcros. Las rocas descarnadas de los desfiladeros, las musgosas murallas del monasterio, las desnudas paredes del santuario, los ruinosos cláustros de la antigua abadía, cuanto á mi vista se ofrece en aquel sitio por tantos conceptos respetable, no me presenta ya sino la huella de una mano sacrílega, la acción destructora de una política codiciosa, el sello de la impiedad, que á trueque de acabar con las tradiciones católicas, no vacila en mostrarse enemiga mortal del génio y de las artes en nombre de una civilización de sangre y de esterminio. ¿Dónde están, me pregunto, aquellos inofensivos lijos del gran Benito que durante tantos siglos fueron en Montserrat á la vez que unos ángeles de paz que entonaban de continuo himnos de alabanza á la madre augusta del Dios de Sabaoth, los protectores natos del desvalido, los consoladores de la desgracia, los paños de lágrimas del pordiosero, los fomentadores de la agricultura, los depositarios de la ciencia, que en sus cláustros vino á buscar asilo huyendo de la barbarie de las hordas del norte, unos seres, en fin, que donde quiera eran conocidos y estimados por los beneficios de su caridad inagotable? ¿Qué se ha hecho de aquella suntuosidad con que allí se celebraban los divinos oficios pudiendo competir en este punto con las primeras catedrales del orbe cristiano? ¡Ah! Todo ha desaparecido, y apenas queda el mas leve recuerdo de las antiguas glorias de ese monte, que en tiempos no muy lejanos todavía podia considerarse como un trasunto de aquel otro que el Profeta Isaías pintaba con tan bellos coloridos, cuando decia: «Alegrárase el desierto, la soledad saltará de gozo y florecerá como

«una vasta alfombra de lirios. Copiosos serán los frutos que en su  
«seno brotarán, y el alma se sentirá llena de alborozo contemplando  
«sus bellezas. Allí resonarán de continuo los armoniosos ecos de una  
«celestial melodía, y sus moradores verán la gloria del Señor y las  
«grandezas de nuestro Dios. Los ciegos abrirán sus ojos á los res-  
«plandores de la luz, quedarán espeditos los oídos de los sordos,  
«hablarán los mudos, saltarán como el cervatillo los impedidos, re-  
«bosarán por do quiera las aguas allí donde antes no se pisaba sino  
«una tierra sedienta y abrasada por el sol, convertiránse en verjeles  
«deliciosos las cavernas en que se guarecía el áspid y el dragon, se  
«abrirá un camino para llegar á la cumbre, el cual será denominado  
«camino Santo, pues jamás lo pisará el profano y el inmundo, y  
«por él volverán los redimidos del Señor cantando alabanzas y re-  
«bosando gozo sempiterno (1).» ¿Quién al leer esta prediccion no ve  
trazado por una mano maestra el mas perfecto retrato de Montserrat  
en el origen de sus glorias y en los progresos de su culto civiliza-  
dor? Mirad aquellos picachos sobre los cuales se ven aun algunos  
escombros de las antiguas ermitas construidas por los primeros mo-  
radores de ese sitio solitario. Allí vivieron muchos varones venera-  
bles en virtud y santidad que entregados á las austeridades de la pe-  
nitencia y al ejercicio continuo de la oracion, eran como unos centi-  
nelas avanzados de la mística Sion de la gracia, Maria, cuyo culto  
formaba sus mas puras delicias. Ved ese vallado denominado de  
Fuentesecca situado al pié de unos disformes peñascos que parece  
van á desplomarse. Allí al sonido de las campanas repetido por el  
eco en las sinuosidades de la montaña, reuníanse á la hora de la  
plegaria centenares de personas de todos sexos y condiciones para  
ir á ofrecer á la Virgen el tributo de sus corazones piadosos, y ja-  
más tornaban á sus hogares sin haber experimentado algun consuelo  
en sus necesidades. Subid algo mas hasta dar cima á la esplanada  
titulada de Santa Maria, cercada y guarnecida con seis esbeltas tor-  
res de antigua arquitectura. ¡Oh! Detened vuestros pasos. Hed ahí  
la casa de Dios y la puerta del cielo. Allí mora hace mas de mil

(1) Isaie XXXV per tot.

años la efigie veneranda de la que es la gala del Líbano y las delicias de Saron. Adorad reverentes ese lugar que santificó con sus huellas; admirad entusiasmados el magnífico palacio que la erigió la fé y la piedad de vuestros antepasados; reparad la riqueza artistica de ese santuario, obra del génio inspirado por la religion; entrad, por fin, en aquel sagrado recinto donde bajo la vigilancia y custodia de los antiguos monjes á que se confiára, veíase antes arder de continuo numerosas lámparas de plata, celebrarse las horas canónicas con una gravedad y un esplendor incomparables, y darse á la Madre de Dios un culto brillante y digno de tan grandioso objeto. El empobrecimiento, la soledad, el abandono han reemplazado ya á la profusion, al movimiento, y á la vida que en dias mejores se notaba en ese sitio encantador. Ya no se oyen los melodiosos acordes de un coro de jóvenes músicos que incesantemente celebraba las magnificencias de Maria elevando el alma hácia el cielo y haciéndola olvidar todas las esperanzas de la tierra. Ya no repiten las góticas bóvedas el eco unísono de aquella grave salmodia con que los hijos de Benito invocaban las bendiciones del Altísimo sobre los desacordados mortales que entre el bullicio del mundo vivian olvidados de su eterno porvenir. En vez de las nubes de humo que desde el altar de propiciacion subian al trono de la Reina de los ángeles juntamente con la ofrenda immaculada para solicitar sus maternales bondades, ya no se quema ante sus aras mas que el incienso invisible de la oracion del justo, ya no se la ofrecen mas que los gemidos y las lágrimas del desgraciado, ni se la presentan otros dones que los de la gratitud de algun infortunado que ha debido su salud, su libertad, su vida ó algun otro beneficio á la invocacion de la Santísima Virgen de Montserrat. Pero en cambio, mil y mil recuerdos de su poderosa proteccion penden todavia de los vetustos muros de ese templo, monumentos insignes de las maravillas que en todas épocas se realizaron en él. Aquí estaba la verdadera piscina de Siloe donde encontraban alivio todas las dolencias; aquí la fuente perenne de Jacob de donde manaban las aguas cristalinas de la gracia que corren hasta la vida eterna; aquí los caudalosos rios del paraíso que llevaban á todas partes la fertilidad y la abundancia; aquí, en

fin, el desierto poco antes descrito por el hijo de Amós do plugo al Omnipotente desplegar todos sus prodigios, y hacer rebosar todas sus riquezas. ¡Cuántas dolencias fueron instantáneamente curadas! ¡Cuántas necesidades se vieron socorridas! ¡Cuántos pesares se calmaron! ¡Cuántas desgracias tuvieron término! ¿Cómo es posible contar los que invocando á María de Montserrat recibieron el uso de sus miembros paralizados? ¿Cómo enumerar los que por su intercesion salieron ilesos de los mas arriesgados combates? ¿Cómo recordar los que pronunciando su nombre se vieron libres del naufragio? ¿Cómo decir las víctimas que esa Virgen arrancó del sepulcro? ¿Cómo... Mas no es necesario tampoco hacer mencion especial de lo que tan público es y notorio, que apenas se hallará un solo habitante de esas comarcas que no conserve la memoria de algun insigne favor obrado en el santuario de Montserrat. Así se explica que jamás se le nombre sino con la mas profunda veneracion; así se concibe que hayan sido tantos y de paises tan diversos los personajes que han afluido siempre á ese santuario, atraídos por los portentos que de él se referian; así se comprende que muchos génios hayan venido á él á inspirarse no tanto en los raros y caprichosos objetos naturales y artísticos de esa célebre montaña, y en las pintorescas vistas que desde allí se descubren en un dilatado horizonte, cuanto en las dulces y poéticas emociones que el alma experimenta en presencia de tantas bellezas morales y religiosas. Por eso los Sumos Pontífices y especialmente Benedicto XII, Martino V, y Eugenio IV, enriquecieron á Montserrat con tantos privilegios, inmunidades y preeminencias; por eso han rivalizado tanto nuestros reyes en celo por promover el culto de la Santa imágen, subiendo varios de ellos la escarpada y difícil sierra por tener el singular placer de adorar á María y depositar ante su trono sus preciosos donativos; por eso el augusto padre de nuestra piadosa reina se esmeró tanto en contribuir á la reparacion del edificio, sobre el que se dejara sentir la accion destructora de los siglos.

Envaneceos en buenhora, oh nobles hijos de Cataluña; bien podeis hacerlo sin temor, poseyendo un tesoro tan preciado é inestimable. Montserrat entre todas vuestras glorias históricas ocupa un lugar

harto preferente para que pueda ser nunca mirado con indiferencia. Los bellos recuerdos que á él están vinculados, formarán una página de oro que leerán entusiasmados cuantos sientan latir en sus pechos algun resto de fé, y no hayan renunciado á sus tradiciones religiosas. Hasta el hijo del advenedizo y extranjero que llegare á este santuario á ofrecer sus votos á la madre de Dios, reconocerá en la aparicion providencial de su Santa imágen, y en los felices resultados que en el órden religioso y social viene experimentando España del culto que la tributa, una prenda de predileccion singularísima en favor de nuestro patrio suelo, y cuán agradables son á su corazon maternal las ofrendas presentadas ante sus arás por la piedad cristiana: *Filios advenæ qui adherent Domino ut colant eum et diligant nomen ejus..... adducam eos in montem sanctum meum, et lætificabo eos in domo orationis meæ, et victimæ eorum placebunt mihi super altari meo.*

Solo, pues, nos resta que sepamos corresponder dignamente á las bondades de María, y que nuestro fervor se estimule tanto mas á obsequiarla y venerarla en su preciosísima imágen, cuanto es mayor el empeño que una generacion bastarda manifiesta por acabar con su culto, consumando el total despojo que no há muchos años comenzaron sus descreidos padres. Mas ¿qué importa esto para nosotros, que conservamos intacto el tesoro de nuestras creencias y de nuestra devocion con que ofrecer á la Santísima Virgen el homenaje de un culto sencillo, pobre, sí, pero sublime y siempre grato á sus divinos ojos? ¿Acaso los que ahora despojan á María de las riquezas con que la adornaron nuestros antepasados, pueden ni podrán jamás arrebatarla su proteccion, privarla de su poder, desposeerla de su influencia benéfica y robarla su amor? No, Católicos, que todo esto se halla mucho mas alto de donde puede tocar la mano atrevida del hombre. Que llegue un día en que no haya en Montserrat quien dé culto á la Madre del Verbo, que falten allí hasta los mas precisos utensilios para celebrar los divinos oficios; lloraremos, es justo, la pérdida de tanto tesoro, el eclipse de tanto esplendor, la ausencia de tanta gloria; empero no por eso se menoscabará nuestra piedad. Mientras exista

una ruina, mientras quede un escombros, una piedra, una columna de ese venerando Santuario, allí podremos ir á orar, allí corremos á derramar amargo llanto, allí acudiremos á desahogar en ardientes suspiros nuestra pena, allí levantaremos en nuestros corazones nuevos templos y nuevos altares á María, y en ellos la rogaremos que conserve nuestras antiguas tradiciones, fomente nuestras creencias y haga triunfar nuestra religion de los que ignorantes y preocupados la desconocen, ó bien incrédulos é indiferentes la desprecian.

Y triunfará, Virgen poderosísima, triunfará á despecho de cuanto contra ella intentare el error, porque desde las cumbres de Montserrat os habeis constituido vos misma la protectora de nuestros destinos, y la esperanza de nuestro porvenir. No en vano os arraigásteis en este pueblo de honor y fijásteis vuestra mansion en ese monte santo para velar de continuo sobre los que escogisteis por vuestra especial herencia. Prendas segurísimas tenemos de vuestro poder, y nos sobran testimonios de vuestra influencia feliz en la conservacion de la fé española. De ahí vimos salir un dia á los primeros compañeros del gran Loyola para inaugurar la mas gloriosa empresa que vieron los siglos. De ahí partieron los mas fervorosos apóstoles del catolicismo para llevar la luz del Evangelio á todas las regiones del globo. Bajo las bóvedas de vuestro santuario contrajeron el heroico empeño de civilizar á una parte del mundo que todavía yacia envuelta en la eterna noche del error. A vuestros pies se enardecieron los pechos de los mas brillantes ornamentos de nuestra historia nacional para marchar á la conquista moral de unos países incivilizados y salvajes. ¿Y sereis menos poderosa é influyente hoy para contener los progresos de la impiedad? No, Virgen augusta; la misma sois que en las pasadas edades, idéntico vuestro valimiento é igual en todo vuestro amor á España. Miradla, pues, compasiva, condoleos de sus estravios, poned coto á sus aberraciones, y hacéd que llegue el dia en que agrupados todos á la sombra del árbol tutelar de la unidad católica, merezcamos aqui vuestra ternura maternal, y nos hagamos dignos de ceñir despues en el cielo la diadema de la inmortalidad.

# DISCURSO

## DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE DE ESPAÑA.

SI MARIA POR SUS ESCELENCIAS PERSONALES MERECE SER HONRADA CON UN CULTO DIGNO DE LA QUE REPRESENTA TODAS LAS BELLEZAS DE LA REPARACION, NO ES MENOS JUSTO Y LEGÍTIMO EL QUE ESPAÑA VIENE CONSAGRÁNDOLA EN SU VENERANDA EFIGIE QUE ENVUELVE UNO DE SUS MAS PRECIOSOS RECUERDOS HISTÓRICOS.

*Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi in sempiternum, et permaneant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus.*

Elegi y santifiqué este lugar para que mi nombre sea siempre invocado en él, y sobre él estarán fijos mis ojos y mi corazón en todo tiempo.

II. PARAL. VII. 46.

LA imágen mas bella, la mas simpática y tierna que puede ofrecerse al hombre durante su destierro en este valle de miserias, la que despues de la del Salvador del mundo merece toda nuestra veneracion, nuestro respeto y nuestros homenajes, es sin duda alguna la que nos representa á la siempre virgen María madre de Dios y de toda la humanidad. Ella es la que ejerce mayor influencia y una accion mas beneficosa sobre el alma, la que inspira sentimientos mas dignos é ideas mas sublimes, la que despierta pensamientos mas puros y afectos mas castos, la que mas fuertemente aprisiona el corazón, cautiva el alma y eleva el espíritu hácia el cielo, por cuanto esa imágen lleva impreso el sello de cuanto hay de mas preciado en los tesoros de la divina gracia, de cuanto la inocencia tiene de mas embelesador, y de cuanto mas admirable puede crear la vir-

tud. Enriquecida con los mas insignes dones del Espiritu Santo, ella fué el tabernáculo de la divinidad, el instrumento de la obra mas portentosa que vieron los siglos, la que contribuyó de una manera mas eficaz á la reparacion del linage humano realizada por el Hombre-Dios. Así es que si las generaciones que precedieron su advenimiento la esperaron como la prenda mas segura de sus sublimes esperanzas, las que despues de ella se han sucedido no han cesado de bendecirla como el manantial perenne y fecundo de todos los consuelos y de todas las gracias celestiales.

Muchas son las denominaciones con que la piedad católica viene espresando su tierno afecto y su confianza inalterable hácia esa Virgen augusta. Sus imágenes se han multiplicado prodigiosamente en todas partes, sus santuarios han llenado la tierra, donde quiera tiené altares y templos, y aunque una misma siempre en su esencia y en su personalidad indivisible, cada pueblo se ha complacido en atribuirle aquella advocacion que mejor cumplia á su tierna piedad, bien fuese para perpetuar la memoria de alguna insigne aparicion, bien para consignar el recuerdo de algun especial beneficio, porque en todas ocasiones se ha observado que esos diversos títulos con que se honra y venera á María envuelven algun hecho histórico, ó llevan vinculado algun prodigio de su poder y de su amor.

Siquiera no todas las tradiciones relativas á la portentosa imagen de Nuestra Señora que motiva la presente festividad se hallen tan contestes y uniformes como fuera de desear, sábase no obstante por monumentos harto respetables, que ya en el reinado de D. Alfonso XI existia en la cueva de Guadalupe, situada en los confines de Castilla la Nueva con Estremadura, una modesta capilla en que se daba culto á dicha imagen, cuyo origen se ignoraba, y en cuyo descubrimiento se han interesado no pocos historiadores nacionales. La version mas autorizada y la que descansa en mas sólidos fundamentos, es que siendo ya célebre por sus milagros en el siglo VI, fué enviada por el Papa San Gregorio el Grande al ilustre arzobispo de Sevilla San Leandro; que habiendo sido ocultada por los fieles á consecuencia de la invasion Sarracena en nuestra España, permaneció ignorada por espacio de seiscientos años hasta la época en que se

verificó su aparición en la referida cueva, motivo por el cual se la dió la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe. Hed ahí por qué designio providencial plugo á la Santísima Virgen elegir este lugar y santificarle con la presencia de su portentosa imágen, para tener siempre fijos sus ojos y derramar los dones de su corazón maternal sobre cuantos van á invocar allí su nombre y á implorar sus beneficios: *Elegi, et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi in sempiternum, et permaneant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus.* Si la piedad católica ha sabido corresponder á ese designio amoroso no hay por qué decirlo, cuando tan público es el entusiasmo con que de todas partes se hacen continuas peregrinaciones á ese milagroso santuario. Solo, pues, cumple hoy á mi propósito promover y afianzar ese culto de María en su preciosa imágen de Guadalupe, desenvolviendo brevemente los principales motivos en que se apoya. Dos razones poderosísimas le autorizan: la primera de fé, la segunda tradicional. «Si María por su escelencia personal merece ser venerada con un culto digno de la que representa todas las bellezas de la reparación, no es menos legítimo y justo el que España viene consagrándola en esa veneranda efigie que envuelve una de sus bellezas históricas en el orden religioso.» Ved ahí todo el asunto de mi discurso, etc.

AVE MARIA.

PRIMERA REFLEXION.

El culto de la Santísima Virgen, bien así como el de todos los Santos, á quienes escede inmensurablemente en escelencia y dignidad, es un culto de honor fundado en la grandeza de sus virtudes y perfecciones, en la inmensidad de dones sobrenaturales con que la adornó el Criador, y principalmente en la preeminencia de su divina maternidad, bajo cuyo concepto muéstrase, al decir de San Anselmo, superior á cuánto despues de Dios puede alcanzar la humana inteligencia. Malamente ha pretendido el error confundir ese

culto con la adoracion que solo al Sér supremo debe rendir toda criatura en el cielo y en la tierra. Mintió la heregía cuando para desprestigiar las creencias católicas atrevióse á acusar de idólatras á los hijos de la verdadera Iglesia, porque reconociendo en María la obra mas perfecta del Criador, la Virgen mas pura entre las puras, la mas santa entre las santas, la única immaculada, intachable y digna de las complacencias de la divinidad, la honran como á su soberana, la ofrecen dones como á su reina, la aman como á su madre, la invocan como á su bienhechora insigne, y recurren á ella como á su benévola mediadora. ¡Y qué! ¿Es esta una adoracion propiamente dicha? ¿Es este un culto indebido? ¿No arranca desde el mismo paraíso y se enlaza con la primera página del mundo? Tan luego como el hombre cayó por la culpa en el abismo de la degradacion, y se hizo enemigo de Dios y objeto de su cólera, Dios mismo en su infinita misericordia le prometió suscitar una nueva Eva que en su dia regeneraria la raza desheredada devolviéndola sus privilegios, sus derechos y su porvenir. Desde entonces fué general en todos los paises la tradicion de la mujer reparadora, y vivió en el seno de todos los pueblos al lado de los dogmas primitivos como un pensamiento de felicidad, como un símbolo de esperanza. Desde entonces su imagen se halló en todos los objetos de su mayor aprecio, se vió impresa en todos los ritos legales, se admiró en todos los monumentos históricos; veneráronla los patriarcas, consagráronla los profetas sus mas bellas inspiraciones, celebraron sus futuras grandezas los reyes de Israel y de Judá; las tribus nómadas la conservaron á través de sus emigraciones, en el cautiverio consolábanse con ella los hijos de Jacob, y hasta la aparicion de esa brillante aurora de la libertad prometida al mundo, el mundo todo no cesó de dirigirse hácia ella como al astro mensajero de sus futuros destinos. ¡Ved, M. A. O., si el culto de María es nuevo! ¡Imaginad una cosa que cuente una antigüedad tan sorprendente! No es posible pues impugnar ese culto secular sin echar por tierra toda la historia primitiva; él nos ayuda á remontarnos á las primeras edades de la creacion, con él podemos interpretar los oráculos y descifrar los grandes misterios de lo pasado; sin él lo presente y lo porvenir no seria mas

que un libro sellado, una letra muerta, un simbolismo tan absurdo como incomprensible, si indigno de la razon no menos repugnante al buen sentido.

Tras de las figuras muéstrase la realidad. Llegan los tiempos destinados al desenvolvimiento de los grandes misterios. El Salvador de la humanidad nace de una Virgen, conforme lo tenia predicho Isaias. Esta Virgen Madre asóciase á él en todas las fases de su mision reparadora, con él sube á la montaña del gran sacrificio, á su lado consume todos los vaticinios de cuarenta siglos, le vé morir como víctima expiatoria de todos los pecados, recoge su legado precioso, continúa despues de él afianzando la obra de la redencion durante algunos años, y por último, uniéndose á él en su gloria, su culto se liga estrechamente al de Jesus en el grado correspondiente á su dignidad, á sus merecimientos y á la parte que la cupiera en la rehabilitacion del linage humano. Desde entonces ese culto se hace universal. Donde quiera se honra á María como madre del Verbo humanado, se la venera como modelo de toda virtud, se ensalzan sus privilegios, se preconizan sus escelencias, se cantan sus glorias, y su amor hácia la humanidad es el tema incesante de todas las lenguas. ¡Y ay del osado que intentare empañar el brillo de su maternidad divina ó negarla los homenages de la piedad cristiana! No bien se eleva una voz contra esa augusta Virgen, cuando ya otras mil salen á la arena á defenderla. En Efeso, Calcedonia, Letran, Trento, quedan confundidos y anonadados los génios de perdicion que en su necio orgullo disputan á María sus laureles. La Iglesia en masa pronuncia maldicion contra esos abortos del infierno, y no solamente sanciona el culto interno que en el santuario de sus corazones la tributan los fieles, sino que autoriza y dispone que se la honre con un culto público y solemne. Conságrala templos, dedícala altares, lleva en triunfo sus imágenes en las grandes festividades, mezcla su nombre con el de Jesus en las liturgias, muestra al lado del Redentor muriendo en una cruz á su Madre llorando y rogando por el mundo pecador. ¿Y esta conducta sábia de la Iglesia no bastaria á merecer la adhesion de todos sus hijos? Pero aun prescindiendo de esto, ¿cuántos y cuán preciosos derechos no tiene María

á nuestros homenajes y á nuestro amor? ¡Eh! El hombre inclina servilmente su cerviz ante esos ídolos de tierra, cuyo polvo se mezclará en breve al de su humilde adorador; se arrastra á los pies de esas grandezas de un día, viles juguetes de la tempestad que frecuentemente las dispersa como las hojas agostadas del árbol: ¡y no sería permitido al cristiano manifestar un sentimiento de respetuosa veneracion hácia la que engendró de su sangre purísima un Hombre-Dios, y fué el trono de la divinidad y su mas augusto tabernáculo! Si adoramos á Jesus porque fué nuestro Salvador, justo es que honremos tambien á María, no solo por cuanto la gloria del Hijo proyecta de lleno sobre la Madre, sino por lo que ella cooperó á nuestra redencion. Tambien esa Madre Virgen bebió la amarga copa en que el cielo destiló todas las heces de su inflexible justicia. Tambien ella marchó por la espinosa senda del Calvario, y asistió en el monte de la mirra á la desgarradora escena de la crucifixion. Tambien su corazon fué clavado en aquel mismo leño en que pendió la vida del universo. Tambien ofreció sus dolores y sus martirios en expiacion de nuestros delitos, mezclando sus lágrimas con la sangre de la adorable victima. Y tanta abnegacion, y tan extraordinario heroismo, y amor tan encendido, ¿no mereceria reconocimiento alguno por nuestra parte? El mundo tiene estátuas y monumentos para sus héroes, ¿y no podríamos nosotros depositar nuestras coronas á los pies de quien tanto nos amó? ¡Oh! No: jamás los cristianos se avergonzarán de tributar á María un culto que les es tan caro, ni de abrazar en un amor idéntico al Hijo y á la Madre. Si la hermana ó el hermano de un amigo tiene derecho á nuestros respetos; si tanto apreciamos cualquier objeto que despierta en nuestras almas algun grato recuerdo; si el retrato de un padre ó de una madre querida es una prenda de inestimable valor que nos complacemos en llevar siempre en nuestros pechos; ¿qué no deberá ser para el cristiano la imágen de la que mas que una hermana, mas que una amiga, mas que una madre natural, adquirió en el Calvario títulos los mas sublimes á nuestro reconocimiento, puesto que allí nos enjendró á todos entre las angustias de su destrozado corazon? Ella no nos dió una existencia efimera de algunos dias, ni nos conquistó un

legado perecedero como el que nos dejan comunmente nuestros progenitores. Ella no nos engendró únicamente para el mundo, en donde la vida del hombre no es mas que un juguete de los azares de la fortuna. Renovándonos para la gracia nos puso en posesion de nuestra dignidad menoscabada, de nuestra libertad perdida y de nuestra pasada felicidad. Por ella quedaron borrados los caracteres de nuestra caida y nos levantamos á ser hijos de Dios; éramos siervos, y fuimos hechos reyes; gemiamos agoviados bajo el peso de vergonzosas pasiones, y repentinamente vimos brillar en nuestras sienes una corona de inmortalidad. ¿ Quereis mas pruebas justificantes del culto de la Madre del Verbo? ¿ No basta lo dicho para demostrar cuán acreedora es á recibir los homenajes de nuestra sincera piedad por sus escelencias personales, esa criatura única en el mundo que representa de un modo tan admirable todas las bellezas de la redencion? Pues inferid de tales precedentes si puede ser mas justo y legítimo el culto secular que España viene tributándola en esa veneranda efigie de Guadalupe, que envuelve una de sus bellezas históricas en el órden religioso. Es lo que me resta demostraros en mi

## SEGUNDA REFLEXION.

Asunto de una interesantísima historia serian los innumerables beneficios que el cristianismo viene experimentando desde la mas remota antigüedad á consecuencia de las prodigiosas apariciones de las imágenes de la Santísima Virgen. Do quiera esos acontecimientos, al parecer de escasísimo interés, y verificados casi siempre de la manera mas sencilla, pero marcados con un sello providencial, han ejercido una influencia mágica en los destinos de los pueblos. Muchos de ellos deben su fundacion á algun hecho de esta índole; no pocos levantaron los cimientos de su vida social al lado de alguna ermita, donde al tañido de la campana reuníanse los restos dispersos de algunas tribus nómadas para guarecerse de la tempestad y

recibir un asilo hospitalario. El nocturno canto del solitario atraía quizás hácia el oculto monasterio algunos caminantes desorientados que, prendados de la afabilidad de sus huéspedes y de las bellezas naturales del sitio, fijaban allí su residencia, y sembraban los primeros gérmenes de donde con el tiempo surgía una poblacion laboriosa é industrial. ¡Cuántos monumentos pudiéramos presentar en comprobacion de esta verdad registrando los anales de nuestra patria! ¡Qué de pruebas no nos ofrecería el estudio de nuestras antiguas tradiciones nacionales de la accion civilizadora y altamente social que el culto católico, y en especial el de María, ejerció siempre en este suelo fecundo en prodigiosos acontecimientos! Pero en la imposibilidad de acometer un trabajo tan prolijo como irrealizable, bástenos fijar en este momento nuestra consideracion en ese santuario de Guadalupe, una de nuestras primeras glorias religiosas y objeto preferente de mi discurso. ¿Qué fué en su origen mas que una pobre y abandonada ermita, en donde la devocion de algunos piadosos habitantes de aquellos contornos se complacia en ofrecer á la Santísima Virgen María sus rústicas ofrendas y los sencillos homenajes de unos corazones agradecidos? Allí habia fijado su mansion la Reina de los Angeles, y su trono solo consistia en un altar sin adorno ninguno exterior; pero la que tan providencialmente dignárase elegir una cueva por palacio, tenia ideas muy elevadas y abrigaba grandes designios en bien del pueblo español, que con el tiempo debia poseer allí uno de sus mas preciosos tesoros. La nacion guerrera por excelencia, la nacion conquistadora de sus libertades pátrias, la nacion heróica que á precio de ocho siglos de constante lucha supo sacudir el yugo agareno y salvar su religion juntamente con su honra, no podia mostrarse indiferente á la predileccion marcada con que María la protegiera en todos sus conflictos. Libre ya de los azares de la guerra pudo dedicarse á promover y fomentar sus mas caros intereses, y estos hallábanse íntimamente ligados á su fé y á sus tradiciones religiosas. Así es que su primer cuidado fué corresponder, cual cumplia á su acendrado catolicismo, á las bondades de aquella que fué su escudo en los campos de batalla, su defensa en los dias del peligro, su núcleo contra las huestes de la media luna, y su

insigne protectora do quiera que se vió comprometido el honor de las armas cristianas. Las imágenes de la Virgen bella y candorosa sustraídas prodigiosamente de las profanaciones del furor sarraceno, merecieron entonces una veneracion especial, y comenzaron á ser objeto de un culto digno de la noble nacion que le ofrecia, y no menos digno del original á quien se consagraba. Vióse entre otros santuarios el de Guadalupe enriquecido en 1340 por el rey D. Alonso con cuantiosos donativos, agregado á su real patrimonio, y dotado de un numeroso personal de capellanes que celebrasen los divinos oficios con la solemnidad correspondiente. Vióse poco despues levantarse allí los fundamentos de una poblacion que en su dia estaba llamada á figurar en el mapa de España como legado especial de la Santísima Virgen, á cuya sombra y bajo cuyos auspicios se fundaba. Vióse no muy tarde venir á tomar posesion de aquel santuario una comunidad de hijos de San Gerónimo, á quienes D. Juan I hizo donacion de él, otorgándoles generoso el señorío del pueblo, y mediante la cesion que de sus respectivos derechos hicieran el Arzobispo y Cabildo de Toledo, quedar constituido el nuevo monasterio en abadía con jurisdiccion exenta, lo cual fué el origen del extraordinario incremento que sucesivamente tomó Guadalupe, con no pocas ventajas para la naciente civilizacion de nuestra patria. ¡ Así es como el catolicismo español espresaba en aquellos siglos su ferviente devocion hácia Maria! ¡ Tan liberal y pródigo se mostraba el trono y el pueblo con aquella Reina celestial, á quien hoy disputa nuestra generacion avara hasta los mas insignificantes objetos de su culto!

¶ Cuando recuerdo, señores, el entusiasmo con que nuestros abuelos emprendian la obra colosal del monasterio y templo de Guadalupe, en la que nada se escaseó de cuantas bellezas artísticas pudieron reunirse, siendo de admirar la profusion de esquisitos mármoles en ella empleados, el esquisito trabajo de los tallados é incrustaciones, la elegancia de sus esbeltas columnas, el gusto de sus pilares góticos, sin contar otras mil preciosidades que darian materia á una descripción interesantísima y curiosa; cuando pienso en aquellas cien lámparas de plata que en otro tiempo ardian continuamente delante del altar de la Santísima Virgen, y traigo á la memoria aquella magní-

fica custodia del mismo metal de peso de doscientos cuarenta marcos, y asalta á mi imaginacion la idea de aquella riqueza casi fabulosa que en objetos de oro y pedrería bacinó allí la munificencia de nuestros reyes y la piedad del católico pueblo español, y lo comparo con la pobreza á que en estos últimos años ha quedado reducido el culto de la madre de Dios, cuéstame trabajo persuadirme de la realidad, lo creo un sueño, pretendo hacerme una grata ilusion para alejar unas ideas tan desconsoladoras. Mas ¡ay! La ilusion pasa, y la triste verdad se presenta á mis ojos ofreciéndome amargos desengaños. Entonces mi corazon angustiado solo encuentra consuelo en las lágrimas; y sentándome cual otro Jeremías sobre las ruinas de la ciudad santa á lamentar los males de mi patria, me digo á mi mismo: *¿Hæccine est urbs perfecti decoris* (1)? ¿Es esta la ciudad de estremada belleza que poco há escitaba la envidia de todo el mundo? ¿Es esta aquella nacion católica que en dias no muy lejanos figuraba al frente del progreso europeo, y era por su religiosidad un objeto de respeto y veneracion en todo el mundo? ¿Es este el pais de los Recaredos, Fernandos é Isabeles, donde jamás se ponía el sol, porque do quiera tenia posesiones conquistadas con su fé y su heroico celo? ¿Es este el pueblo cuyo culto hácia Maria fué siempre proverbial, y que tanto trabajó en promover y fomentar sus glorias? *¿Hæccine est urbs?* ¡Desgraciada nacion! ¡Infortunada patria! Sobre tí pesa la mano de Dios, y ya comienzas á experimentar los efectos de tu funesta ingratitud. Ciega seguirás por la tortuosa senda que emprendiste, guiada por conductores mas ciegos que tú, que prometiéndote ventura abrieron á tus pies un ancho abismo. Anda, misera, progresa en buenhora en esa nueva vía de lo que llamas civilizacion del siglo. Eso desean tus enemigos para mofarse despues de tu credulidad; á eso aspiran de largo tiempo los que te odian para levantar sobre tus escombros los cimientos de su pujanza. *Fecit Dominus quæ cogitavit... destruxit, et non pepercit; lætificavit super te inimicum, et exaltavit cornu hostium tuorum* (2). Cuando hayas

(1) Thren. II. 15.

(2) Ib. 17.

consumado la obra de tu propia destruccion precipitada con tu impiedad, entonces otros pueblos mas impíos que tú, y cuyas lecciones pusiste en práctica, celebrarán tu desgracia, batirán palmas y te silbarán insultantes, gritando: ¡la hemos devorado; llegó el dia que esperábamos; hemos presenciado su esterminio, nada nos resta que apetecer! *Devorabimus: en ista est dies quam expectabamus: invenimus, vidimus* (1).

Mas ¿qué digo? ¿Habria de perecer España? ¿Habria de abandonar María al pueblo de su predileccion? Por la incredulidad de un número insignificante de inteligencias ciegas y de corazones bastardos, ¿seria posible que todo el resto de los hijos de esta nacion católica hubiesen de ser víctimas de un castigo mas temible mil veces que todas las calamidades que tiempo há vienen pesando sobre ella? ¡Pues qué! ¿No hay todavía en España almas profundamente religiosas que jamás se adhirieron á los proyectos del error, dispuestas á defender los privilegios de la Madre de Dios, á sostener su culto, siquiera sea á espensas de sus propios intereses, y á sacrificar en su obsequio cuanto en el mundo puede serles mas caro? ¡Ah! España será siempre lo que fué, salvo escasas escepciones. Tan imposible es desposeerla de esa devocion entrañable hácia la Santísima Virgen, como matar su fé y despojarla de sus creencias. Estas como aquella se hallan encarnadas en sus hábitos, en sus costumbres, en sus recuerdos de familia, en su historia, en su misma existencia nacional, y por consiguiente para lograr descatolizarla, preciso seria destruirla; porque no puede vivir sin conservar el principio esencial y constitutivo de su vida moral y social que es el catolicismo, y con él el culto de María.

Fomentadle, pues, hoy mas que nunca, M. A. O., seguros de evitar con él los males que amenazan á nuestro patrio suelo. Sean vuestros corazones otros tantos santuarios que reemplacen á los que el hacha devastadora del genio destructor hace caer por tierra. Levantad en vuestros pechos nuevos altares á María en sustitucion de los que van desapareciendo á impulso de la impiedad triunfante.

(1) Thren. II. 46.

Cuando empobrecidos hasta el estremo esos antiguos templos en que antes se rendian á la Santísima Virgen los mas magestuosos homenages, no haya ya en ellos mas que un leve recuerdo de su pasada gloria, vosotros los enriquecereis con los dones de vuestra piedad, vuestras virtudes suplirán lo que en ellos falte de ornato esterior; vuestras lenguas entonarán un himno incesante de alabanza que resonará armoniosamente en el corazon de esa augusta Madre. Su culto vivirá eternamente en vuestro amor, y sus beneficios se perpetuarán de siglo en siglo hasta la posteridad mas remota. Aquí mismo en la tierra comenzareis á obtener el premio de vuestra fé y de vuestra devocion, y despues llegará un dia en que al lado de vuestra Reina y soberana amantísima disfruteis eternamente las recompensas inmortales que os tiene reseryadas en la gloria.

## DISCURSO

### DE MARIA SANTÍSIMA BAJO EL TÍTULO DE MADRE DEL AMOR HERMOSO.

---

SI BELLO SE MUESTRA EL AMOR DE MARIA POR LA GENEROSIDAD SIN IGUAL CON QUE Á TODOS LOS HOMBRES ADOPTÓ EN LOS MOMENTOS MAS CRÍTICOS DE SU EXISTENCIA , NO DESCUBRE MENORES BELLEZAS LA CONSTANCIA CON QUE VIENE PRODIGÁNDOLES LOS TESOROS DE SU CORAZON MATERNAL.

---

*Ego mater pulchræ dilectionis.*

Yo soy la madre del hermoso amor.

ECCI. XXIV. 24.

DE cuanto en loor de esa augusta Virgen que hoy forma el mas bello objeto de nuestro entusiasmo viene proclamando la fé católica; de cuantas magnificencias ha reconocido y admirado en ella la tradicion constante de tantos siglos; de cuantos elogios la han prodigado los mas elocuentes ingenios del mundo cristiano, nada alcanza á igualar lo que hay de tierno y embelesador en ese dictado que en el tipo de la sabiduria se apropia María en los divinos libros, diciendo: «YO SOY LA MADRE DEL HERMOSO AMOR:» *Ego mater pulchræ dilectionis*. Este solo título reasume en dos palabras cuanto puede decirse de esa excelsa criatura la mas pura, la mas santa, la más agraciada, el compendio de las maravillas de Dios, el rasgo mas perfecto de su poder y de su bondad, el fenómeno mas extraordinario de su diestra. Que el genio agote todos sus recursos, que la poesia desarrolle todo el caudal de sus inspiraciones, que el pincel reuna

todas sus bellezas para ofrecer á María un tributo de admiracion y de gratitud: nada podrá presentar que no sea pálido y descolorido ante esa sola expresion, que epiloga cuanto de mas sublime es capaz de crear la inteligencia, cuanto el alma puede apetecer de mas embelesador, cuanto mas dulcemente vibra en el corazon humano, cuanto mas propio hay para producir el arrobamiento y el éxtasis. ¿Quién ha podido adunar tan admirablemente esos dos nombres, tan simpático el uno, tan tierno el otro, y ambos á la vez tan armoniosos y suaves? ¡MADRE! ¿No es esta la única palabra que en todos los idiomas conocidos no tiene semejante, ya por lo que expresa, ya por las sensaciones que causa, si mucho por lo que dice á quien es capaz de comprenderle, no menos por los afectos que instantáneamente inspira? ¡Amor! ¿Hay un solo ser á quien esta palabra no conmueva, no entusiasme, no saque fuera de su centro? ¿No es el amor el alimento de nuestro corazon, la primera necesidad de nuestro espíritu, la pasion innata de nuestra alma, la condicion esencial de nuestra existencia, el principio de nuestra vida, el término de nuestras aspiraciones, y el bello ideal por que sin cesar suspiramos? Pues bien, contemplad personificados en María esos dos bellisimos nombres; consideradla como MADRE DEL AMOR, y del amor HERMOSO por aditamento, y decidme si semejante coesion puede ser producto del hombre, si este fué jamás capaz de crear una cosa tan sorprendente y nunca vista. No, M. A. O., no: sola la sabiduría infinita de Dios podia unir en un solo ser esos dos títulos tan preciosos comunicándole á la vez sus propiedades, bien asi como solamente María entre todas las demás mujeres reunia las condiciones necesarias para realizarlos cumplidamente en obsequio de la humanidad.

— No sin una conviccion profunda de esta verdad consoladora hablaban los grandes genios de los pasados siglos, cuando se complacian en denominar á María la única criatura que supo herir el corazon de Dios, enamorarle perdidamente, y robarle todos los tesoros de su amor (1); el vehiculo del fuego divino por donde se comuni-

(1) S. Bern. Sen. Serm. 64. c. 1.

ca al mundo la llama inextinguible de su caridad (1); la mas amable, la mas amada, y la mas amante de todas las madres (2); el horno siempre encendido donde nunca dejó de alimentarse el amor de la divinidad (3). Pero todo esto nada añade á lo dicho, siendo únicamente la amplificación de ese bellissimo dictado bajo el cual ofrecemos hoy nuestros obsequios á la siempre Virgen María. Cúmplenos, pues, considerar cuánto envuelve de dulce y tierno para nosotros sus hijos, y cuán grande confianza debe inspirarnos su maternal ternura, toda vez que la llamamos MADRE DEL AMOR HERMOSO. Voy á procurar en este breve rato interpretar del mejor modo posible este titulo, no tanto para justificarle respecto de María, puesto que lo considero innecesario, cuanto para demostrar sus consecuencias en orden á nosotros. Decir que esa escelsa Virgen es la Madre del hermoso amor, equivale en mi concepto á afirmar que no hay otro que en su universalidad, en su estension, en su generosidad, en su desinterés y en todas las demás propiedades de ese afecto del alma, pueda competir con el de María: puesto que «si bello es su amor por la ternura sin igual con que á todos los humanos nos adoptó en los momentos mas criticos de su existencia, bello es no menos por la constancia con que viene prodigándonos los tesoros de su corazon maternal:» *Ego Mater pulchræ dilectionis.*

¡Madre piadosísima! A nadie mejor que á vos puede recurrir mi ignorancia y debilidad en este dia, á solicitar las luces necesarias para llenar el compromiso que he contraido. ¡Debo hablar de vuestro amor! ¿Y cómo me seria posible decir una sola palabra digna de tan grande objeto, si vos no me inspiráseis? Vos sereis, pues, quien por mis labios hable. Yo no haré sino repetir lo que os pluguiere dictarme. Hacedlo así, Templo de la Sabiduría increada, Esposa del Espíritu divino, Madre de la luz y de la divina gracia, movida por los ruegos de los que afectuosamente te saludamos con las palabras del ángel:

AVE MARIA.

(1) S. Bonav. l. c.

(2) S. Franc. Sales. ep.

(3) S. Bern. Sen. Sermon. 51. c. 3.

### REFLEXION UNICA.

Para comprender las bellezas del amor maternal, sería preciso poseer un corazón de madre. Ellas solas, las que han conocido los inefables encantos de la maternidad, serian jueces competentes en este punto: porque á nadie sino á ellas es dado apreciar lo que tiene de tierno, de arrebatador, de incomunicable é imposible de expresar ese nombre que con tanta frecuencia pronunciamos, y que por lo mismo familiarizados con él nos es casi indiferente. ¡Cuánto mas si pretendiésemos comprender lo que significa en María! Nada mas comun que repetir ese dictado tan expresivo y tierno; nada mas frecuente que apellidarla Madre nuestra. En todas nuestras plegarias, en todos nuestros suspiros, en todas las oraciones que dirigimos á esa criatura que el cielo nos deparó como el genio consolador de nuestra triste horfandad, no cesamos de reproducir esa misma idea. Y sin embargo, ¿hemos penetrado bien el fondo de amor que envuelve hácia la humanidad ese nombre tan simpático? ¿Nos lisonjearemos de haber descubierto las bellezas que en él se reúnen? ¡Oh! ¡Cuán hermoso es el amor maternal de María cuando se considera en su verdadero origen, ó sea en la aceptación sublime que en el Calvario hiciera de aquella augusta maternidad que la confiaba los destinos del mundo moral! Poco sería decir que desde el primer instante de su ser comenzó á amar al hombre, la que nacia para regenerarle dándole un divino Reparador. Por demás estaria asegurar que consagró á la humanidad las primicias de su corazón afectuoso y amante; la que luchando con los más caros intereses de su alma, consintió en ser el instrumento de la reconciliación de Dios con el linaje desheredado, prestando su carne y sangre virginales para que con ellas realizase el Verbo humanado los designios de su misericordia. ¿Y pudiérase jamás dudar del amor constante, generoso y heroico de la que por contribuir al cumplimiento de los eternos decretos del cielo en favor de los miseros descendientes de la culpable

Eva, se asoció voluntariamente á todas las fases de la vida del Hombre-Dios, y con él toleró las privaciones mas sensibles, corrió los mas inminentes riesgos, se espuso á las mas amargas contradicciones, comió el pan del destierro en tierra estraña, y le acompañó hasta consumir á su lado el gran sacrificio de nuestra reparacion?

¡Ah! Allí en aquel fúnebre monte donde Jesucristo cumplió la gran mision que trajera del cielo, sobre aquel terreno fatal do el Hombre-Dios, dando el mas rudo combate á todos los poderes terrestres é infernales, triunfó del pecado y anuló el decreto de nuestra reprobacion eterna, en aquellas horas de indefinible agonía en que el Hijo del Altísimo dió fin á todos los vaticinios verificando el gran prodigio de los siglos, fué tambien donde María se mostró la Madre del mas bello amor, puesto que entonces como nunca descubrió todos los quilates de su caridad casi infinita, y desarrolló los inmensos tesoros de su corazon benéfico hácia la desvalida humanidad. Iba esta á quedar huérfana por la muerte de su mejor padre; dentro de breves momentos debía desaparecer de la tierra el que á costa de su vida habíala libertado de la servidumbre mas funesta. Su redencion quedaba realizada, su rescate pagado, sus deudas satisfechas, sus derechos solemnemente sancionados, su presente asegurado, pero su porvenir era incierto como pendiente de su correspondencia personal á tan inestimable beneficio. Y el hombre era tan débil, tan pobre, tan miserable, que indudablemente todo lo hubiese perdido con la misma facilidad que lo adquiriera. ¡Triste de él á no quedarle un poderoso apoyo, á no contar con un auxilio efficacísimo para hacer frente á los mil elementos que se conjurarian contra su futura dicha! Pero Jesus que todo esto lo tenia previsto, se habia reservado un ser digno de continuar en el mundo su mision regeneradora. Era su misma Madre, única que podia llenar el gran vacío que su ausencia dejaba en el mundo, la sola capaz de representarle y llevar á cabo sus misericordiosas ideas con relacion á la humanidad á quien esclusivamente podia confiar el porvenir de los redimidos con su sangre, y la que con su amor maternal haria olvidar la gran pérdida que habian sufrido, puesto que quedaba compensada con una adquisicion de inestimable precio.

Así se verifica de hecho: En los momentos mas solemnes, cuando las lágrimas de la mujer mas angustiada que vieron los siglos se mezclaban á los torrentes de sangre que manaban de los miembros de un Dios-Hombre, cuando la Madre mas amante abismada en el mas penetrante dolor que jamás esperiméntó criatura alguna confundíase y se identificaba con el Hijo mas amado compartiendo con él los tormentos de su pasion para cooperar á la felicidad del linage proscripto, hé aquí que de repente el moribundo Nazareno fijando sus anublados ojos en aquella que le dió el humano ser, y moviendo trabajosamente sus cárdenos labios la dice designándola á un jóven discípulo: «Mujer; ¡vé ahí á tu hijo!» y tornándose á aquel: «¡Mira, le dice: ahí tienes á tu madre!» Y María, al escuchar esta palabra que envolvía un misterio de adopción universal en favor de la humanidad, y la transmision de los derechos de su Unigénito en obsequio de todas las generaciones presentes y venideras, comprende perfectamente los nuevos deberes que le impone aquella nueva maternidad, acéptalos generosa y resignada, hace suyos desde entonces los destinos del mundo, y apartando la vista de aquella cruz de donde pende el que por efecto de un amor incomprensible acaba de renunciar en cierto modo al corazón de su madre, por dar cabida en él á los que ya ha declarado hijos de su dolor, abraza con una mirada sublime de ternura y compasión al universo entero, que desde aquel punto entre en posesion del mayor de los tesoros, el corazón de María, y queda confiado á su amparo y protección, á sus desvelos y cuidados. ¡Oh dicha inesplicable! ¿Quién jamás vió un amor tan héroeico y sublime? ¿Quién pudo imaginar un amor tan generoso y bello? Todas las madres juntas no podrian, no sabrian amar á sus hijos, como esa sola madre nos amó en aquellos instantes críticos. Nos amó sin la menor idea de repugnancia, á pesar de nuestra suma miseria é indignidad; nos amó sin el mas leve vislumbre de violencia, sin embargo de ser nosotros los autores de la horrenda muerte que la privaba del fruto de sus castísimas entrañas; nos amó con toda la éfusión de que era capaz, aun cuando preveía ya nuestra torpe ingratitud y aleve deslealtad; nos amó á cada uno en particular, cual si no tuviese otro objeto con quien dividir su corazón, por-

que este no era limitado en sus afectos como los de las demás madres, y podia consagrarse todo á cada cual de sus hijos, sin que los demás perdiesen nada en ello; nos amó en fin tanto, que si por salvarnos la hubiese sido necesario sacrificarse tantas veces cuantos eran los hombres recomendados á su proteccion, ni un momento hubiera vacilado en aceptar tan dolorosa prueba.

¡Ved si pudo ser mas grande, mas heróico, mas sublime y bello el amor de María en nuestra adopcion! Ofreced á cualquiera otra madre comun la compensacion que os plazca imaginar en cambio del fruto de sus entrañas; dadla por él todos los tesoros que abriga en su seno la naturaleza; presentadla una corona de reina, mostradla un trono deslumbrador, poned á su vista un vasto imperio, decidla que el mundo se postrará á sus plantas solo con que os ceda su hijo. Inútil propuesta. Al escucharos despreciaria indignada todas vuestras ofertas, y estrechando contra su seno á aquella dulce porcion de su alma, os diria: «guardad en buenhora vuestros tesoros, conservad vuestros cetros y coronas, dad á otra esos reinos con que me brindais: donde está mi hijo todo lo poseo; sin él nada puede ambicionar su madre.» No la pidais pues tanto, proponedla únicamente que sin desprenderse de su hijo adopte otro extraño, y le consagre toda su ternura maternal... ¡Pretension imposible! ¿Cómo podria ella dejar de distinguir con un afecto especial al que ocasionó todos sus desvelos, al que crió con tantos trabajos, y en el que vé cifrada toda su felicidad? Pues bien, María no solamente hizo esto, adoptando á todos los hombres en lugar de su Unigénito, y concentrando en ellos sin la menor reserva todo el amor maternal que para aquel tenia reservado, sino que consintió en dar á Jesus para que muriese en una cruz, y recibió en cambio de él á aquellos por quienes muriera, amándoles tanto como ellos eran capaces de ser amados; y todo ello sin vislumbrar otra recompensa que una corona de tribulacion, sin aspirar á otro porvenir que á ser reina de todos los mártires, sin mas esperanza que la de contribuir al bien de la humanidad culpable, ni objeto alguno ulterior sino el de continuar en el mundo la oblation dolorosa del Calvario.

Y en efecto, M. A. O., ¡con qué constancia no viene prodigán-

donos María las bellezas de su amor maternal! ¿Quién preserva nuestro corazón de las pasiones que le corrompen? ¿Quién ilustra nuestra inteligencia para que no se estravie víctima de las ilusiones que la rodean? ¿Quién alimenta nuestra alma con el nectar dulcísimo de las divinas inspiraciones? ¿Quién vela en torno nuestro en los días de la tormenta? ¿Quién nos protege con su escudo en los momentos del combate? ¿Quién dirige nuestros pasos por los escabrosos senderos de la vida presente hasta conducirnos al seno de la eternidad? ¿No vemos continuamente cabe nosotros á esa Madre del hermoso amor, aconsejándonos con su prudencia lo que debemos practicar ó huir, separándonos de los sitios en que puede peligrar nuestra virtud, mostrándonos cariñosa los escollos en que vamos á precipitarnos, curando nuestras heridas si por desdicha nos dejamos sorprender del enemigo que nos asesta sus tiros, alentándonos para que no desconfiemos aun cuando hayamos incurrido en alguna falta punible, consolando nuestras desgracias, previniendo nuestros infortunios, y manifestándose en todo una madre pródiga y solícita de nuestro mayor bien? Si hay alguno que osare negar estos hechos diciendo que no ha experimentado esas bellezas del amor maternal de María, yo me atrevo desde luego á desmentirle, yo le desafío á que puesta la mano en su corazón confiese ingenuamente la verdad. ¿Acaso nunca ha necesitado de sus auxilios? ¿Por ventura ni una sola vez ha recurrido á su protección? ¿Ni en una ocasión siquiera se ha visto precisado á llamar á las puertas de su clemencia? ¿No ha experimentado jamás lo que es verse sorprendido por un inesperado infortunio, asaltado por un peligro subitáneo, amagado de una muerte cercana, ó amenazado de una pérdida de consideracion? Y en esos momentos de terror y de alarma, ¿nunca sus labios pronunciaron el nombre de María? Desde ahora no tengo la menor dificultad en asegurar que no hay un solo cristiano por pervertido é indiferente que se halle, cuyos labios no hayan invocado ese nombre dulcísimo. Podrá ser que en su funesta ceguedad no haya hecho atencion á los efectos maravillosos de esa invocacion involuntaria; empero si recuerda que después de ella su corazón vió renacer la calma, los nublados de su espíritu se disiparon, cesó la alarma, y entró de

nuevo en un estado normal su antes agitada existencia; ¿á quien deberá atribuir este triunfo sino á la influencia de aquella Madre que á nadie rehusa su proteccion, y do quiera se halla dispuesta á desarrollar en obsequio de quien la necesita los tesoros de su hermoso amor?

Nunca empero el amor de esa Madre despliega tanta generosidad y ternura tanta, como en los grandes peligros que amenazan la vida espiritual de sus hijos. Si en su corazon siempre invariable cabe alguna modificacion ó alguna preferencia, es únicamente en favor de los mas pobres, de los mas necesitados, de los mas miserables. Y en esto Maria no hace sino reproducir un sentimiento que la naturaleza misma ha grabado en la conciencia y en el corazon de todas las madres. A veces vereis una mujer que rodeada de una prole numerosa se contempla feliz en medio de aquellos hijos que forman en torno suyo una corona de gloria. Su satisfaccion se aumenta proporcionalmente á los testimonios de filial ternura que de ellos recibe. Atenta á prodigarles sus caricias, ni remotamente piensa en ningun incidente funesto que pueda turbar su dicha. Mas de repente ved que toda pálida y demudada como la muerte, se levanta, abandona aquellos caros objetos, corre precipitada á través de ellos, y desaparece como el rayo... ¿Qué se ha hecho? ¿Dónde va? ¡Ah! Es que su corazon ha sido herido por un grito desgarrador, ha conocido la voz de uno de sus hijos que sufre, que se muere tal vez, y vuela á socorrerle. Ella le toma en sus brazos, le estrecha contra su seno, enjuga su llanto, cura sus heridas, restaña su sangre, lucha heroicamente contra la muerte de aquel bello pedazo de su alma, y cual si fuese solo, reconcentra en él todo su interés, toda su solicitud, todo su celo y su amor de madre... ¡Ved una leve imágen del amor hermosísimo de María! Tan luego como sus oidos escuchan un gemido de cualquiera desgraciado pecador que pelagra, de cualquiera necesitado que sufre, este grito resuena en el corazon amantísimo de aquella Madre, y sin detenerse abandona en cierta manera á todos los demas que forman su delicia para volar al socorro del que implora su maternal amparo. Allí está desde luego María defendiéndole, protegiéndole, consolándole, curando las llagas de su

alma angustiada, vertiendo en su corazón vulnerado el suave bálsamo de la confianza, y ofreciéndole todas las riquezas de una clemencia sin límites y de un amor inagotable. Amor ingeniosísimo al par que bello, que resplandece más prodigiosamente cuanto es mayor la necesidad de los que á él recurren confiados. ¡Oh! ¿No habeis visto alguna vez brillar súbitamente un rayo de celestial claridad en medio de las tinieblas del error que ofuscaban vuestra inteligencia? Era la mirada de María que cayendo sobre un hijo espuesto á perder en un momento de delirante vértigo el fruto de sus amorosos cuidados abjurando sus creencias, le devolvía la posesion de la verdad que le hacía feliz y venturoso. ¿No oísteis en medio del tumulto de las pasiones levantarse una voz más poderosa que todas ellas, que os llamaba al deber y os recordaba vuestras promesas? Era un grito, una queja, un eco del amor hermoso de María, que vibrando fuertemente en vuestros corazones como la repentina detonacion del trueno en una noche tempestuosa, os ofrecia sus auxilios y os brindaba con su apoyo para triunfar de vuestra propia obstinacion. No hay trance apurado, ni situacion peligrosa, ni desgracia imprevista, donde la Madre del bello amor no esté ejerciendo su tierna solicitud en obsequio de los que adoptó por hijos en la cumbre del Calvario. ¿Y por qué ama tanto á los hombres frecuentemente ingratos á sus desvelos? ¿Por qué así se interesa por unos seres que no la dan en cambio de su cariño sino olvidos, desvíos y crueles desengaños? No importa. Ella ve en todos los mortales la imágen viva de su verdadero Hijo Jesus. Los justos la recuerdan á ese dulce objeto de su amor, cuando lleno de gracia y radiante de belleza crecía en su regazo y la colmaba de indefinibles caricias. Los pecadores á su vez pónenla delante aquel mismo objeto, si bien desfigurado, pálido, ensangrentado y cárdeno, cual un día le vió bajo la vara de los sayones y entre las manos de sus verdugos. Y al modo que María no amó menos á su divino Hijo cuando en el Calvario le contemplaba hecho un varón de dolores y presenciaba el horrible destrozo que en él hiciera la muerte, que cuando en los días de su transitoria felicidad veía en él el más agraciado y bello de los hijos de los hombres, así también no manifiesta menos ternura hácia el hombre criminal que

hacia el virtuoso: porque por ambos lloraron sus ojos en aquel día de su segunda maternidad, por ambos se angustió y oró al pié del afrentoso patíbulo del inocente Jesus, por ambos ofreció sus dolores y martirios, é igualmente abrazó en los anchurosos senos de su corazón al uno que al otro. Si el justo tiene derechos adquiridos á su amor, no los tiene menores el pecador: aquel podrá necesitar de sus cuidados para perseverar en el bien, pero este necesita mucho mas de su vigilancia para no perderse en el abismo del mal. Si respecto del primero reconoce en sí un deber de justicia en asistirle, para con el segundo un deber de compasion la obliga á no abandonarle un solo instante y á velar á su lado día y noche. Invocada por el virtuoso, su amor no tarda en devolverle una sonrisa de satisfaccion y de alegría; llamada por el culpable, ese mismo amor se apresura á enviarle una mirada de paz y de esperanza. ¡Fingid un amor mas hermoso que el de esa Madre, ya le considereis bajo el punto de vista de la adopcion que de todos los hombres hiciera en los momentos mas críticos de su existencia, ó ya por la generosidad con que viene prodigándonos las riquezas de su corazón maternal!

No es posible, oh Virgen augustísima, encontrar una madre que sepa amar como vos, puesto que en ninguna parte es dado hallar otra que como vos mereciese el alto privilegio y la dignidad sin segunda con que fuisteis honrada por el cielo. Por eso á vos exclusivamente se confiaron los destinos de la humanidad, porque solo en vuestro corazón habia expansion suficiente para abarcar á todos los siglos, á todos los hombres y á todos los pueblos del universo. Todos caben en él y á él recurren en sus necesidades y angustias, y ved por qué con razon os proclaman Madre del mas hermoso amor. Nadie hay que no haya probado sus dulzuras y experimentado sus bellezas, pues jamás se verificó que uno solo se refugiase á ese asilo comun de todas las miserias y de todos los infortunios, y saliese de él desconsolado. En esto funda la humanidad su inalterable confianza. Confirmad, Señora, este sentimiento general de todos los corazones católicos. Aceptad la expresion de nuestro íntimo convencimiento como una prenda de la fé que nos inspiran vuestras bondades. Amadnos siempre, Madre tiernísima, amadnos con constan-

cia, amados á pesar de nuestra indignidad é ingratitud. Vuestro amor nos hará dóciles á las inspiraciones de la gracia; vuestro amor nos devolverá nuestra dignidad perdida por la culpa; en vuestro amor encontraremos un aliciente poderoso para practicar la virtud; con vuestro amor sabremos resistir á los violentos embates del vicio: y protegidos por vuestro amor atravesaremos incólumes el desierto del mundo, y llegaremos á la verdadera tierra de promisión, á la feliz y perdurable inmortalidad.

---

# DISCURSO

## PARA LA APERTURA DEL MES DE MARIA.

---

OBJETO DE ESTE PIADOSO CULTO, Y CÓMO DEBE PRACTICARSE PARA  
OBTENER LOS FELICES RESULTADOS QUE AL SANCIONARLE SE PROPUSO  
LA IGLESIA CATÓLICA.

---

*Ego quasi vitis fructificavi suavitatem odoris; et flores mei fructus  
honoris et honestatis.*

Yo á manera de vid broté pimpollos de suave olor; y mis flores dan  
frutos de gloria y honor.

ECCI. XXIV. 23.

**C**UANTO hay de bello y encantador en las obras del Omnipotente, cuanto de mas sublime y simpático encierra el inmensurable abismo de la creacion, cuanto el firmamento presenta de mas prodigioso y sorprendente, cuanto la tierra ofrece de mas poético y admirable, todo se reune para tributar á Maria un culto de esperanza y de amor. Poco es que el cielo la aclame su reina, porque sentada á la diestra de Jesucristo domina desde allí lo pasado, vela por lo presente, preside al porvenir, y recibe los homenajes de toda aquella augusta córte de espíritus bienaventurados que rodean su trono. Poco que el mundo la aplauda y festeje como su soberana, repitiendo aqui incessantemente los himnos de gloria y prez que resuenan en las celestes bóvedas, confiando á su próspera y maternal vigilancia todos sus intereses y esperando de ella el éxito de sus destinos. El culto de esa Virgen benditísima y sin par amante, revístese de las formas mas caprichosas, adopta las mas tiernas imágenes, inspírase de los

objetos mas embelesadores, pide á la poesia sus mas brillantes rasgos, busca en el arte las concepciones mas elevadas, evoca al genio para tejer la aureola con que quiere ceñir sus regias sienes, y hasta á la misma vejetacion tan rica, fecunda y variada pide sus encantos y bellezas á fin de ofrecer á la Madre de Dios un tributo de alabanza, digno de la que supo reunir en su persona todas las magnificencias de la naturaleza y de la gracia, del tiempo y de la eternidad.

¿Qué otro objeto tiene ese culto que anualmente ofrecemos á María, consagrándola el mes mas hermoso del año, la estacion de las flores, la época en que la naturaleza ostenta por do quiera todos sus embelesos, cuando los prados reverdecen, los vergeles presentan un matiz de infinitos colores, los valles risueños se engalanan de perfumadas rosas, las laderas del murmurante arroyo embalsaman el ambiente con el aroma de las azucenas, las cumbres de las montañas muestran de lejos su amenidad y lozanía, y toda la tierra aparece como un vasto jardin convidando al hombre á disfrutar solaz y á gozarse en las obras del supremo Criador? ¡Oh! El catolicismo siempre sublime en el culto que consagra á la extraccion mas preciosa del Omnipotente, al símbolo del amor mas puro, al tipo de la mas alta perfeccion, á la imágen mas acabada de la divinidad, ha creído justo dedicarla este Mes de Mayo como el mas propio á los fines que se propone, y el mas en armonía con los sentimientos que desea inspirar á los fieles hácia su santísima y amantísima Madre. Considerándola como la realidad de todas las alegorias que la prefiguraron á través de cuarenta siglos, admirando en ella el bello ideal de todas las virtudes y la personificacion de todos los carismas del Espíritu divino que en su alma como en un inmenso abismo atesoró el Todopoderoso, y tomando por punto de partida aquellas palabras que en boca de esa escelsa Virgen pone la iglesia: «Yo á manera de frondosa vid broté pimpollos de suave olor, y mis flores dan frutos de gloria y de honor,» propónese ofrecerla una vistosa guirnalda de hermosas virtudes, simbolizadas en las flores de la estacion amena, cuya fragancia subiendo hasta el cielo atraiga sobre la tierra las bendiciones de esa augusta reina.

¡Qué homenaje tan sencillo! ¡Qué culto tan puro! ¡Qué devocion

tan simpática y tierna! ¿Cómo podría dejar de ser grato á María este testimonio de nuestra piedad y de nuestro amor? Ella que en el tipo de la sabiduría ha adoptado las propiedades simbólicas de las mas bellas producciones de la naturaleza, asemejándose al corpulento Cedro del Líbano, y al erguido Ciprés de Sion, á la gallarda Palma de Cades, y á la Rosa purpurina de Jericó, al Plátano frondoso que crece junto á la corriente de las aguas, y al verde Olivo que engalana los campos, al sombrío Terebinto, al árbol del incienso, al Cynamomo oloroso, al estoraque, al gálbano y demás especies de plantas aromáticas (1); ¿no se complacerá en verse obsequiada por sus amantes hijos con una devocion que tomando de todas esas producciones el ideal de cuanto hay de mas bello en las virtudes, la presenta como en un ramillete misterioso la ofrenda de un corazon sin mancha?

«Tal debe ser, M. A. O., el pensamiento culminante que presida á esta práctica piadosa; con estos sentimientos debemos acercarnos al trono de nuestra Reina y Madre amantísima, si deseamos que le sean agradables nuestros obsequios; hed aquí la genuina idea, y el grandioso fin que envuelve el Mes de María. Sin intentar hacer un limado discurso, solo me ceñiré hoy á ofreceros algunas sencillas consideraciones «sobre los fundamentos de este piadoso culto, y sobre lo que debemos practicar para lograr el objeto que la iglesia se propuso al sancionarle: lo primero justificará plenamente nuestros homenajes como dirigidos principalmente á celebrar las escelencias de la Madre de Dios, y de los hombres; lo segundo nos demostrará que el pensamiento dominante de esta piadosa práctica, debe ser la imitacion de sus virtudes.»

Dichoso yo si acierto á interpretar dignamente tan interesante asunto! Corramos, pues, á implorar los divinos auxilios, postrándonos ante el trono de la Santísima Virgen, y dirigiéndola la salutación angélica.

AVE MARÍA.

(1) Eccí. XXIV. 17 et seq.

## REFLEXIÓN UNICA.

El tiempo está dividido en períodos que llevan nombres diferentes, á saber, en horas, dias, semanas, meses, años y siglos. De todos estos períodos que marcan la marcha lenta pero progresiva de la creacion hasta confundirla en el inmenso abismo de la eternidad, ninguno hay que no haya sido consagrado de un modo especial al culto de la Virgen-Madre. Los siglos vienen repitiendo incesantemente un himno de perpétua alabanza á esa Mujer escelsa desde que á manera de aurora brillante se dejó ver en el horizonte para anunciar al divino Sol de justicia que venia á iluminar al mundo. Ni uno solo ha dejado de contribuir con alguna piedra para levantar el magestuoso edificio de su gloria, justificando lo que ella misma vaticinó en su profético cántico, cuando dijo que las generaciones venideras la llamarian bienaventurada á causa de las magnificencias con que la enriqueció el Omnipotente. Los años recuerdan periódicamente la memoria de sus triunfos en innumerables festividades dedicadas á celebrar los misterios de su santa vida, los títulos sublimes con que la ha honrado la piedad católica, y los grandiosos rasgos de su poderosa y benéfica proteccion. Los dias forman unos en pos de otros una preciosa encadenacion de homenajes tributados á las altísimas perfecciones de esa criatura sin segunda, y en cada uno de ellos hay horas consagradas á repetir la salutacion sublime con que el celestial mensajero la anunció el misterio de nuestra reparacion, bien así como hay un dia en la semana, que una tradicion constante y universal viene dedicando esclusivamente á su culto y devocion. ¿Por qué, pues, no habia de dedicarse tambien un mes especial, á honrar y venerar á la bella hija del Dios de Israel, á la Virgen por escelencia, á la Madre del Amor Hermoso, á la Corredentora del universo?

Ved ahí lo que la cristiana piedad se propuso hacer en obsequio de María, y lo que tiempo há viene practicándose en el seno del ca-

tolicismo con el mas laudable y general entusiasmo. ¡Oh! ¡Cuán bello es, y cuán enternecedor ver á los hijos de esa divina Madre, correr á sus templos en una época fija del año, rodear sus altares, apiñarse en derredor de su trono como ramas de esa frondosa vid, estasiarse en la contemplacion de sus casi infinitas perfecciones, demandar su poderosa proteccion, y reanimar en presencia de tan embelesador espectáculo y de un modelo tan sublime, juntamente con las mas fervorosas resoluciones de obrar el bien en el tiempo, las mas dulces esperanzas de la eternidad! ¿Y no es justísimo y altamente razonable á la vez honrar con un culto especial á la que Dios mismo consideró digna del mayor honor que puede reservarse á una pura criatura? La que no solamente mereció por la pureza é inocencia de su alma ser escogida para templo y sagrario de la divinidad encarnada, sino que reunió además en su persona cuantas virtudes, dones y carismas enriquecieron á todos los demás justos de la antigüedad; castidad absoluta, humildad prodigiosa, pobreza voluntaria, desprendimiento total de todo lo terrestre, resignacion incomparable, paciencia suma, tolerancia heroica de los mas crueles martirios, asociacion sublime á los dolores y abatimientos de Jesucristo, dominando por su perfeccion á todos los ángeles y bienaventurados, á la manera que el sol se sobrepone á todos los planetas por su claridad y resplandor; ¿no mereceria que la tierra la distinguiese entre todos ellos en los obsequios y adoraciones que la tributa, bien así como en el cielo es objeto de una ovacion especial, de un triunfo exclusivamente suyo, y de un amor que no tiene semejante? ¡Ah! El no hacerlo así envolveria seguramente un absurdo, un contrasentido, y una especie de ingratitud punible. Solo los que no están conformes con los principios del dogma católico pudieran tachar de exagerado ese sentimiento; por eso los pretendidos reformadores de la verdad se han propuesto reformar el culto de Maria.

No así los fieles hijos de la iglesia católica, no así los verdaderos servidores de esa escelsa Reina. Considerando al contrario, la gran parte que la cupo en el misterio de la redencion, ya en virtud de su generoso y heroico consentimiento, ya por lo que á causa de nuestro amor sufriera al pié de la Cruz, y antes y despues de la cruel

escena del Calvario, juzgan un deber de gratitud y reconocimiento ofrecerla un culto de honor, de respeto y de ternura filial; puesto que ella es, en frase de San Gerónimo, aquel genio benéfico de quien todo el linage de Adán necesitó para verse libre del anatema en que se hallaba envuelto; ella la arca mística do se salvaron las reliquias de una raza proscripta y maldecida; ella el asilo comun donde se refugiaron todos los miserables esclavos de la culpa primitiva para reconquistar su libertad; ella en fin la bienhechora universal en cuyo corazón encontraron cabida todos los descendientes de un padre rebelde, que errantes y vagamundos huían del azote del ángel exterminador que les lanzó del paraíso.

Si: lo sois, Virgen augusta, y por eso la Iglesia os consagra con tan indefinible júbilo un mes del año, el mas bello, el mas ameno, el que mas embelesos ofrece al alma y mayores encantos presta á los sentidos, para solemnizar las inmensas prerogativas con que os enriqueció la gracia, las incomparables dotes con que os adornó la naturaleza, las maravillas que en vuestra alma atesoró el cielo, y los beneficios que por vuestra mediación fluyen en la tierra. ¡Ved, M. A. O., cómo esa Virgen Madre es colocada en el corazón y en el espíritu de los verdaderos fieles sobre todas las magnificencias de la creación! ¿Hay una criatura que haya recibido jamás obsequios tan cordiales, tan puros, tan brillantes y tan numerosos como María? ¿Qué rey, qué emperador, qué genio, qué conquistador fué en ningún tiempo objeto de una ovación tan universal? ¿Contad si es posible los palacios de esa Reina del universo, enumerad los tronos que ocupa, calculad los vasallos que se postran á sus pies! ¡Ah! ¿Cómo, si hasta en los mas remotos países tiene á millares templos, altares, y corazones que se le rinden humildes ofreciéndola una adoración incesante? Cómo, si su imperio es el orbe entero, y no está limitado por los mares ni por las cordilleras de las montañas? ¿Cómo, si donde quiera que el nombre de Jesucristo es conocido y reverenciado se entonan himnos de alabanza á su escelsa Madre?

No es pues un culto muerto, como quisieran los émulos de esa divina criatura, ni un culto histórico que solo exista en lo pasado el que recibe María, sino un culto vivó, real, positivo, de actuali-

dad, existente hoy como ayer, y como hace diez y ocho siglos; un culto que donde quiera tiene la misma eficacia, idéntica fuerza, igual poder y una influencia invariable. Decidme, ¿quién os ha traído á este augusto templo? ¿Qué poder invisible os ha reunido bajo estas sagradas bóvedas á celebrar el Mes de María? ¿No es su idea, su pensamiento, su amor, la que os arrastra en cierto modo á solemnizar en esa Mujer celestial la reparacion de lo que otra mujer terrena destruyó para nuestra desdicha? ¿No es ella la que domina vuestros afectos, dirige vuestras aspiraciones, inspira vuestra piedad, y cual Reina y Soberana de vuestras almas os aprisiona, digámoslo así, con los dulces lazos de su irresistible encanto, para que vengais á tributarla vuestros sinceros homenajes? Así es sin duda, Católicos, y de esta manera dáis un relevante testimonio de vuestra fé, de vuestras creencias, y de la infalibilidad de las doctrinas que profesais, cuando en virtud de un sentimiento unánime venís á ofrecer este culto especial á la que fué elegida por Dios para ser el instrumento de nuestra rehabilitacion. Y tanto es esto mas incontestable, cuanto que no solamente aquí, sino en todo el mundo católico reina igual entusiasmo, y se aclama hoy á la Santísima Virgen Emperatriz de cielos y tierra, y se la ofrecen los mismos obsequios, y se esparcen flores ante sus altares. Seguro estoy de que mas allá del océano, en los mas remotos bosques de la Oceania, en cualquier rincon del globo donde exista una cruz, un misionero y algunos adoradores de Jesucristo, se inaugura á esta hora el bello y simpático Mes de Mayo, y se oyen resonar esos melodiosos acentos que tantos encantos tienen para el alma:

«Venid, y vamos todos

Con flores á porfia,

Con flores á María

Que Madre nuestra es.»

Y bien, M. A. O., justificado ya suficientemente este culto especial que ofrecemos á nuestra tierna Madre, ¿qué nos resta sino persuadirnos de lo que es en la realidad, y de lo que de nosotros exige para ser grato y aceptable á sus divinos ojos? He aquí la parte mas interesante de mi discurso. No es únicamente el objeto de esta de-

voción admirar y celebrar los inauditos privilegios y eminentes prerogativas con que el Señor adornó á la que fué su templo y santuario viviente. Sabido es que nada hay tan grande, tan excelente, tan santo en el cielo y bajo del cielo, á escepcion del mismo Dios, como esa prodigiosa emanacion de la omnipotencia, que al Señor plugo crear en tiempo para realizar en ella y por ella sus altísimos é inescrutables designios. Sabido es que María es un abismo de gracias, un mar de perfecciones, un océano de virtudes, lo que el ángel mas admira, lo que el hombre mas venera, lo que el infierno mas teme, lo que el Señor mas ama, en quien los justos hallaron el origen de su justificacion, los pecadores el principio de su dicha, el mundo la aurora de su libertad, los siglos todos la reparacion de los males que venian aquejando á las pasadas generaciones. Empero, ¿saben todos que Dios dió á la humanidad en esa Virgen admirable el tipo de toda verdad, el espejo de toda justicia, el ideal de toda virtud y el compendio de toda perfeccion, á fin de que imitándola mereciése un dia gozar de sus mismas recompensas? Pues ved aquí, Católicos, el pensamiento culminante que debe presidir á la devocion del Mes de María, y el fin principal y esencialísimo que al sancionar estas piadosas prácticas dominó en nuestra madre la Iglesia. Ella, que conoce cuánto necesita el hombre de un modelo que le estimule poderosamente á obrar el bien, de un ejemplar que le anime á arrostrar todas las dificultades y obstáculos que en esta tierra de corrupcion se oponen á su felicidad eterna, de un eficaz remedio á tantos errores como oscurecen su inteligencia y á tantas pasiones como agitan su corazon, nos propone á María como el norte fijo de nuestro rumbo en la peregrinacion, como nuestra estrella conductora durante el destierro, como el luminoso faro que debe guiarnos al puerto seguro de la inmortalidad á través de los escollos del vicio, animándonos con su ejemplo, enseñándonos con su conducta, mostrándonos con sus obras lo que debemos practicar ó lo que es preciso huir, siempre solicita de nuestra dicha y atenta siempre á impedir nuestra perdicion. Muy errado anda quien quiera que se haya formado una idea distinta del Mes de María. Este constituye esencialmente una exhortacion práctica á la imitacion de sus virtudes, un

estudio sério de su conducta para retratarla con la perfeccion posible en nuestras almas, una renovacion anual de nuestras costumbres modeladas por las de esa Virgen augusta á quien solemnizamos. Admirar sus grandezas y no aceptar sus deberes, celebrar sus privilegios y rechazar sus sacrificios, celebrar teóricamente los prodigios de virtud y perfeccion que la enriquecieron y no aspirar á ser fieles imitadores de lo que gloria tanta la proporcionó, llamarla Madre y no llenar las condiciones que de nosotros exige nuestra dichosa filiacion, esto mas bien que un culto digno de María seria una injuria, un sarcasmo sensibilísimo lanzado á su corazon maternal. Por lo mismo que es nuestra Madre, porque efectivamente somos sus hijos, cúmplenos identificarnos con ella, pensar como ella, obrar como ella, y mostrarnos donde quiera dignos de su divina maternidad. Ved por qué al exhortarnos á rodear su trono como las ramas de una vid, nos dice que sus flores, esto es, las flores que de ella brotan, son frutos de gloria y honor; porque poco importa que un árbol se engalane en la primavera del variado matiz que tanto le embellece, si secado por el cierzo no fructifica despues en tiempo oportuno. Por eso llama únicamente á los que en realidad se hallan inspirados de su amor (1), á los que ansian con hambre gustar de sus deliciosos frutos (2), á los que desean ilustrarse con su luz y obtener la vida eterna (3).

Si pues nos hallamos deseosos de luz, hambrientos de verdad, sedientos de virtud y anhelantes de amor, nunca mejor que ahora, en este mes florido, en esta estacion bendita, en estos dias consagrados al culto especial de la Santísima Virgen, podremos satisfacer nuestros deseos y ver cumplidas nuestras esperanzas. Recoged flores del ameno vergel del Espiritu Santo, y ceñid con ellas las sienes de esa augusta Reina.

«Venid, y vamos todos

Con flores á porfia,

Con flores á María

Que Madre nuestra es.»

(1) *Ecci.* XXIV. 26.

(2) *ib.* 25.

(3) *ib.* 34.

No son esas flores que por la mañana se ostentan llenas de vida y lozania, y al declinar el sol inclinan marchitas su lánguido tallo, las que deben formar la guirnalda de nuestra escelsa Emperatriz. Bueno que en testimonio de nuestro tierno afecto la consagremos esos simbolos místicos, esparciendo sobre sus altares las mas bellas producciones de este fecundo suelo, pero solamente como una representacion de esas otras flores que brotan del corazon, que conservan siempre su aroma, su belleza y su grato olor hasta la eternidad. Virtudes que constantemente reverdecen con el riego de la divina gracia, actos meritorios que sin cesar se aumentan con el cultivo de una vigilancia esquisita, hé aquí lo que nos pide nuestra Madre en prenda de nuestro filial amor, prometiéndonos en cambio esas otras flores inmarcesibles de gloria é inmortalidad que crecen en el eterno vergel de su Santísimo Hijo, y con las cuales entreteje las diademas con que un dia debe coronarnos en su reino. Corramos, pues, á ofrecerla la azucena del candor, la rosa de la caridad, el lirio de la mortificacion, el jazmin de la castidad, la violeta del sufrimiento, y todas esas flores espirituales simbolizadas en las materiales con que adornamos sus altares y el pavimento de nuestros templos:

«Venid, y vamos todos  
Con flores á porfia,  
Con flores á María  
Que Madre nuestra es.»

No la presentemos votos estériles, deseos infecundos, propósitos ineficaces, flores agostadas y marchitas que no pueden serla gratas: hacinemos, sí, sobre sus aras todo género de acciones virtuosas inspiradas por una fé viva, por una esperanza inalterable, por un amor ardiente, por un convencimiento íntimo de nuestro deber y de nuestra gratitud hácia quien tanto nos ama, con tanto interés vela por nosotros, y tan generosamente nos dispensa su maternal proteccion.

Sí, ¡oh María! porque sois nuestra Reina, porque sois nuestra Madre, porque todo lo esperamos de vos, porque sois la única criatura en quien nuestros corazones encuentran consuelo y felicidad, venimos hoy á inaugurar los cultos que os consagramos en este

Mes de las flores. Aceptad benigna nuestra ofrenda, no desecheis nuestros homenajes, mirad placentera estos débiles testimonios de nuestra devoción y de nuestro entusiasmo. Bendecid, Virgen amantísima, á vuestros hijos, bendecid sus dones, dones del alma, que aunque insignificantes de suyo, serán preciosos con vuestra bendición. ¡Y ojalá que al terminar estos dias de expansion filial nos hallemos tan enriquecidos de merecimientos y virtudes, que seamos dignos de ser trasladados con vos al eterno jardin de la gloria!

## DISCURSO

### PARA EL ÚLTIMO DIA DEL MES DE MARIA.

DEBER DE CORRESPONDENCIA QUE NOS OBLIGA A OFRECER A LA SANTÍSIMA VÍRGEN NUESTROS CORAZONES ENRIQUECIDOS CON LOS MAS SAZONADOS FRUTOS DE VIRTUD, EN CAMBIO DE LA GENEROSIDAD CON QUE ELLA NOS PRODIGA LOS TESOROS DE SU CORAZON AMANTE.

*Mane surgamus...., videamus si floruit vinea, si flores fructus parturunt.... ibi dabo tibi ubera mea.*

Levantémonos de mañana para ver si ha florecido la viña, y si las flores brotan ya tempranos frutos: allí te daré todo mi corazón.

CANT. VII. 12.

Con qué júbilo de mi alma vengo hoy, M. A. O., á hablaros en nombre de la religion de la que por espacio de un mes ha sido el objeto constante de vuestros obsequios, de vuestro gozo y de vuestro amor! ¡Qué bellas me parecen tus tiendas, oh nuevo Israel de la gracia! ¡Cuánto entusiasmo mi espíritu el espectáculo que ofrecen los hijos de María apiñados en derredor de su tiernísima Madre para ratificar solemnemente todas las promesas que han hecho, todos los buenos propósitos que han formado, todas las santas inspiraciones que han concebido durante estos dias consagrados á su culto, ofreciéndola por último sus corazones como el más precioso don que debe completar la guirnalda de místicas flores con que han adornado las divinas sienas de esa augusta Reina!

Tal es, en efecto, el grandioso objeto de la presente solemnidad.

Al cerrar esta série de obsequios que bajo la denominacion de Flores de Mayo venimos tributando á María, el pensamiento culminante, la gran idea que debe ocuparnos, es examinar si efectivamente nuestro culto ha sido tan fecundo como era de esperar, si nuestras flores han producido ya los frutos de honor y de virtud que al plantar esta misteriosa viña se propuso el divino labrador, si no han sido estériles las prácticas piadosas que hemos egercitado, si nuestra devoción ha sido eficaz y no superficial é inactiva, si nuestros corazones, en suma, pertenecen de hecho á María, y se hallan dispuestos á inmolarsé enteramente ante sus aras, y á ser de hoy mas su mas bella conquista. Héid ahí, M. A. O., lo que en el tipo de la Esposa de los Cánticos, dice hoy á su divino Esposo Jesus esa amante y enamorada beldad: «Levantémonos muy de mañana, vamos á visitar nuestra viña, veamos si están ya en cierne las vides, si las flores brotan tempranos frutos, y allí te manifestaré sin reserva mi encendido afecto y te daré todo mi corazon:» *Mane surgamus... videamus si floruit vinea, si flores fructus parturiunt... Ibi dabo tibi ubera mea.*

Yo no puedo abrigar la menor duda acerca de este punto. Persuadido estoy de que muy pocos serán los que en mi auditorio no se hallen dispuestos á sostener este exámen, y á dar las pruebas mas positivas de los sazonados frutos que en sus almas ha producido la semilla católica en estos días de salvacion. Adheridos á ese robusto tronco, y regados con las abundantes aguas de la gracia que brotan del seno de la que es llamada en los santos libros rio caudaloso del Paraiso, y benefícosa nube del cielo, indudablemente habrán experimentado sus benignas influencias y participado de su fecundidad. ¿A qué, pues, promover discusion sobre un hecho que debe suponerse realizado, tal cual lo exigen imperiosamente nuestro deber y nuestra gratitud? Prescindamos pues de esto, y dejando á cada cual que entrando en el fondo de su propia conciencia se interrogue acerca del modo con que ha correspondido á los deseos y esperanzas de esa Madre amantísima que tan vivamente se interesa por nuestra felicidad, limitemos nuestras observaciones al afianzamiento de nuestros buenos propósitos, insistiendo por última vez en

las poderosas razones que nos obligan á continuar constantes en el servicio y amor de María, procurando que el culto que la tributamos en este mes suyo por escelencia, produzca en nuestros ulteriores destinos los efectos que al instituirle y promoverle se propone el catolicismo. La reforma de nuestras viciadas costumbres, la rectificacion de nuestros envejecidos errores, el enfrenamiento de nuestras pasiones inmortificadas, la modificacion de nuestras ideas mundanales, la exactitud en el cumplimiento de nuestros respectivos deberes, en una palabra, el cambio radical de nuestra vida, instituyéndola en un todo conforme á las reglas de la moral evangélica, á los principios de la fé y á las prescripciones de su órgano infalible la Iglesia; ved todo lo que de nosotros exige María, las flores que nos pide, los frutos que del místico jardin de nuestras almas aspira á recoger, á fin de que seamos totalmente suyos, mediante una perfecta identidad de pensamiento y de acción que debe operar un cambio reciproco de corazones, dándonos ella todo el afecto de su encendido pecho y toda su ternura maternal en compensacion de nuestro pobre y limitado amor: *Mane surgamus, videamus si floruit vinea, si flores fructus parturiunt... ibi dabo tibi ubera mea.* Creo haber descubierto suficientemente el plan de mi discurso. «Deber de correspondencia por nuestra parte hácia María en ofrecerla nuestros corazones enriquecidos con los mas sazonados frutos de virtud: compromiso de fidelidad respecto de María hácia nosotros en prodigarnos todos los tesoros de su corazon amante.» Ved ahí la importante idea que se desprende de la presente solemnidad y hácia la cual reclamo toda vuestra atencion, etc.

AVE MARÍA.

### REFLEXION UNICA.

Nada mas conforme á las ideas que inspira esa misteriosa alegoría bajo la cual venimos considerando á la Santísima Virgen en este mes de Mayo, y ofreciéndola nuestros homenajes y obsequios, que

ese deber de correspondencia que nos liga á ella, obligándonos á manifestarla nuestro reconocimiento mediante una donacion total de nuestros corazones. Si María representa el bello ideal de un jardin ameno donde florecen y fructifican toda clase de plantas aromáticas y de arbustos de inestimable precio, puesto que es el huerto cerrado de los divinos libros embellecido con las mas raras virtudes que forman el embeleso del divino Esposo, y abundante en aguas cristalinas que brotan sin cesar del que es la fuente perenne de toda santidad y perfeccion, es consiguiente que los que se honran con el privilegio de poder entrar en ese místico vergel participen del suave perfume que exhalan sus flores, y lleven consigo algun recuerdo, alguna muestra de tan deliciosa mansion. Lo que acontece en el órden natural de las cosas humanas, no es sino una imágen de lo que en el órden sobrenatural debe verificarse en este punto. Cuando habeis visitado un jardin y aspirado su embalsamado ambiente, os queda durante algun tiempo cierta impresion sumamente grata que llama la atencion de cuantos os rodean. Vuestras manos, vuestro seno, vuestros vestidos, todo se halla impregnado del variado perfume de las flores, y do quiera que os presentais, al momento se os pregunta: «¿De dónde venis? ¿dónde habeis estado? ¡qué olor tan suave arroja!» Pues bien, ¿qué cosa mas natural en nuestro caso, que conservar en vuestras almas los preciosos recuerdos, el dulce perfume, y el grato olor de santidad que debeis haber percibido durante un mes en que á vuestro placer os habeis paseado por el misterioso jardin de las virtudes y esceleacias de María? Cuando saltando, digámoslo así, de flor en flor, y entreteniéndoos agradablemente en contemplar y admirar una por una las raras bellezas de su alma virginal, habeis aspirado su inocencia prodigiosa semejante á la candidez de la Azucena, su caridad ardiente simbolizada en la encendida Rosa, su fé admirable representada en la lozana Siempreviva, su humildad profunda personificada en el flexible Jazmin, su heróico sufrimiento manifestado en el amoratado Lirio, su union inviolable con la divinidad de que es bello tipo la enamorada Yedra, y todo ese cúmulo de perfecciones interiores que aromatizan con su fragancia celestial la régia estancia del divino Esposo, ¿no seria un

fenómeno inexplicable que nada en vuestra conducta manifestase los efectos de vuestra permanencia en aquel Eden encantador, do todo respira virtud, todo huele á santidad y todo está impregnado de un aroma celestial?

Lo seria efectivamente, y tanto mas punible en este punto vuestra falta, cuanto es sabido que en María se halla todo el caudal de la divina gracia, como depositaria que es de las riquezas del divino Salomon; que en ella reside por participacion la fuente de toda virtud y el camino indefectible de toda verdad; que la vida espiritual del alma está vinculada á la adhesion sincera y constante á esa Madre del mas puro amor; y que su corazon solo espera percibir un deseo, un suspiro, el mas leve gemido del alma enamorada de sus bellezas, para derramar sobre ella sin reserva los preciosos frutos de su inagotable liberalidad (1). ¿Y qué es lo que de nosotros exige esa divina criatura? ¿qué nos pide en prueba de nuestra sincera adhesion esa Reina del Empíreo? ¡Ah! Ella no solicita de los hombres esas riquezas que tanto halagan su ambicion, esos tesoros que amontonan á costa de ímprobos trabajos, de largas vigiliass y de incesantes desvelos, esos bienes á cuya adquisicion consagran su paz, su reposo, y á veces su propia existencia, cuya conservacion les proporciona los mas amargos sinsabores y les acarrea peligros sin cuento. Nada de esto quiere María, puesto que ninguno de esos viles objetos de nuestra miseria, y de nuestra nada podria satisfacer á la que posee cuanto el cielo tiene de maspreciado, cuanto la tierra atesora de mas bello, cuanto de mas escelente abarca el orbe. Lo único capaz de satisfacerla, lo que ambiciona y aspira á poseer completamente, es el corazon de todos los humanos, sus afectos, sus ideas, sus pensamientos, su amor. Y no porque esto pueda hacer esencialmente mas feliz, ni añadir nada á las escelencias y grandezas de la que entre todas las criaturas es la única á quien Dios ha hecho una total donacion de todo su amor, en quien se complace y tiene todas sus delicias; sino porque como Madre universal de todos los redimidos con la sangre de su Unigénito, es tan encendida su caridad y tan

(1) Eccl. XXIV. 25, 26.

excesiva su ternura hácia ellos, que parece haber cifrado toda su dicha en identificarlos consigo misma, y no se consideraria en el colmo de su bienandanza suprema faltándola el cariño de los que á precio de tantas congojas y dolores engendró en un Calvario. ¿Y qué cosa mas natural en una Madre como María? La que tan costosos y repugnantes sacrificios supo hacer en favor de la humanidad; la que no titubeó en apurar la copa envenenada de la cólera divina á trueque de que sus hijos no tuviesen que acercar á ella sus labios; la que por proporcionarles una vida perdurable se sometió á todos los rigores de una agonía que mil veces la hubiese hecho sucumbir, á no sostenerla la omnipotente diestra para que con su martirio prolongase indefinidamente sus merecimientos en pro de una raza desheredada y maldita; la que en cierto modo amó mas al mundo que á su mismo hijo Jesus, ya que antepuso la salvacion del linage humano á la vida de aquel Redentor adorable, consintiendo con sublime heroismo en que muriese como reo bajo la accion de la justicia del cielo y de la venganza de la tierra; la que todo esto hizo por satisfacer su ardiente caridad hácia unos seres miserables é ingratos; ¿no tendria un derecho indisputable á poseer sola y exclusivamente sus corazones y á reclamar todo su amor? ¡Ah! Lo que constituiria ciertamente una anomalia inesplicable, seria que los hombres abrigasen la menor duda acerca de ese derecho, teniendo pruebas tan palpitantes y tangibles del amor de esa Madre sin segunda. ¿Disputarla la posesion de lo que es suyo! ¿Denegarla lo que por tantos títulos la pertenece! ¿Robarla lo que ella conquistó por precio de una lucha la mas cruel y dolorosa! ¿No se os resiste, M. A. O., semejante idea? ¿No os hace estremecer tamaña ingratitud? Entonces cesad de llamarla Madre, no la insulteis denominándoos sus hijos, huid de su presencia y renunciad para siempre á sus bondades. ¿Mas qué digo? ¿No advertís que tan imposible es que vosotros os despojeis de esa filiacion, como que ella se desentienda de su maternidad? Bien pudiérais llevar vuestra infidelidad hasta el mas alto punto: que María jamás se olvidaria de que en su corazon fuisteis reengendrados en el gran dia de la expiacion. Bien pudiérais llenarla de amargura convirtiéndoos en enemigos suyos, siéndolo de aquel que ella inmoló por

vosotros en la Cruz: no por eso os amaria menos quien tanto lloró y se angustió por alcanzaros la misericordia y el perdon, anulando la sentencia de muerte eterna que contra vosotros se pronunciara. Por escesiva que fuese vuestra maldad, nunca conseguiria apagar el fuego inestinguible que arde en su pecho, siempre seriais objetos de su compasion, ya que de su amor os hiciéseis indignos; do quiera os seguirian sollicitos sus ojos, en todas partes su corazon os brindaria con la clemencia, á todas horas estenderia hácia vosotros sus brazos y con sus gemidos y con su llanto, y con sus ruegos trataria de evitar vuestra ruina.

Así lo exige el formal compromiso que María ha contraido de prodigarnos los tesoros de su corazon amante, y notorio es el celo con que á través de siglos y siglos viene llenando ese deber que voluntariamente se impuso al aceptar la triste herencia que Jesucristo la legó al morir. Desde entonces nadie ha amado tanto á los hombres como María; porque ningun otro corazon ha sufrido tan sensiblemente, ni ha experimentado tantos quebrantos, ni devorado tan amargas hieles, ni hecho tan generosos sacrificios, ni desveládose con tanto interés por la felicidad del mundo como esa Madre universal. Y ahora que incapaz de sufrimientos propiamente dichos, disfruta de la felicidad suprema que la conquistaron sus merecimientos, ¿no nos consagra todos sus pensamientos, no nos dedica toda su vigilancia, no nos presta toda su proteccion, no ejerce sobre nuestros destinos toda su influencia? O por decirlo todo en una sola palabra, ¿ha dejado de ser nuestro todo su corazon? ¿Nos ha retirado la mas leve porcion de su amor? ¿No poseemos completamente su cariño? ¿Abriga otra idea que mas la afecte que nuestra eterna dicha? ¿Conoce otra delicia mayor que la de vernos reunidos en torno suyo en el festin del gran padre de familias? ¿Aspira á otra cosa mas que á ceñir un dia nuestras sienas con la aureola de la inmortalidad? Y entre tanto nosotros, ¿qué hacemos para corresponder á tan inmenso amor? ¿A quién consagramos nuestros pensamientos, nuestros afectos, y nuestras esperanzas? ¿Cuyo es nuestro corazon? ¿A quién pertenece? ¿Quién lo posee? ¿Podemos responder á esta pregunta sin que el rubor asome á nuestros semblantes? ¿No le hemos dejado consu-

mirse estérilmente en el loco amor de unas criaturas que jamás han podido llenarle, harto pequeñas para satisfacer sus aspiraciones casi infinitas? ¿No hemos preferido la vil materia que hollamos con nuestras plantas á las positivas riquezas del espíritu que atesora la práctica de la virtud?

Pues bien, M. A. O., tiempo es aun de que reconozcamos nuestros errores é ilusiones; y ya que en vano hemos buscado hasta ahora un objeto digno de nuestro amor, ya que inútilmente hemos corrido tras de un corazón capaz de apagar la sed ardiente que abrasaba el nuestro, ya que tanto tiempo hemos malgastado en solicitar sin éxito la satisfacción de una necesidad que forma la primera condición de nuestra vida moral, nunca mejor que hoy podemos realizar nuestros deseos. Cerca tenemos un corazón el mas puro, el mas inocente, el mas perfecto, el mas generoso y amante, el mas simpático y tierno que Dios crió en la tierra, el corazón de su misma Madre, en el que atesoró todos los dones del Espíritu Santo, todos los carismas y bellezas de la gracia, todas las magnificencias humanas y angélicas, haciéndole el abismo inagotable de la piedad, de la misericordia y del amor. Si, pues, en este mes consagrado á su culto hemos ofrecido á María las mas peregrinas flores del ameno vergel de la religion, si persuadidos de que nadie como ella merece nuestros homenajes y obsequios, nos hemos complacido en tejerla una vistosa guirnalda de virtudes y prácticas sublimes: ¿dejaremos incompleta nuestra obra reservándonos lo único que puede llenar los deseos de la Santísima Virgen, y colmar su dicha y la nuestra? No lo haremos, no por nuestra vida. ¿Para qué queremos un corazón que no puede ser feliz sin disfrutar de los encantos del amor divino? ¿Dónde mejor podrá estar que identificado con el de aquella que mereció ser el templo vivo de la divinidad y el santuario de todas las perfecciones? ¿Qué puede esperar en una tierra estéril que solo produce espinas que le ensangrientan, pasiones que le agitan, afectos que le corrompen, sensaciones ilegítimas que le envilecen, deseos y aspiraciones locas que le precipitan y pierden?

Hijos de María, ni un momento vacilemos; á ella acudamos sin demora, esperando está la ofrenda de nuestros corazones, y ya tiene

en sus manos el suyo para dárnosle en cambio de tan corto don. ¿No la veis cual se presenta radiosa de gloria, engalanada con toda la pompa y magestad de una Reina, y embellecida con toda la ternura de una Madre, trayendo en sus brazos á su dulcísimo Hijo Jesus? ¡Oh! Ambos vienen á honrar con su presencia augusta este místico jardin que nuestra piedad les preparó; con idéntica avidez desean visitarle y complacerse en contemplar los frutos de virtud que brotan de esta posesion suya que plantaron con sus manos y regaron con las puras aguas de su gracia. ¿No ois cómo Maria invita á su amado á levantarse de mañana para venir á visitar su viña y tomar parte en las delicias que espera disfrutar en ella? *Mane surgamus... videamus si floruit vinea, si flores fructus parturiunt.* ¿No escuchais cómo promete descubrir todos los senos de su amante pecho, y desplegar todos los tesoros de su corazon? *Ibi dabo tibi ubera mea.* Pues anticipémonos nosotros á entregarla los nuestros, depositándolos sobre ese altar puros, castos, desprendidos de toda afeccion terrenal, libres de todo vínculo humano, abrasado en el amor divino, y dispuestos á sacrificarse completamente en bien de nuestros prójimos: Entonces se verificará ese cambio misterioso que debe formar nuestra dicha, y será una verdad lo que tantas veces hemos repetido entre los melodiosos acentos que han resonado bajo estas augustas bóvedas:

«Tambien te presentamos

Como mas gratos dones,

Rendidos corazones,

Que tú ya los posees.»

Sea así, Madre amabilísima; poseed para siempre estos corazones que hoy te ofrecemos con la mayor sinceridad, como testimonio público de nuestra gratitud, y prenda eterna de nuestra constante adhesion. Presentadlos vos misma á Jesus vuestro santísimo Hijo para que por vuestra mano le sean gratos y aceptables, ya que de suyo tan pobre es el don, y tan limitados y mezquinos nuestros afectos. No ignoramos que son indignos de tanta honra; que solo una bondad suma por vuestra parte puede decidirlos á recibir lo

que tantas veces os hemos rehusado; y que obraríais con justicia en rechazarlos ahora que, despues de haberlos dedicado al mundo y á sus livianos goces, venimos á traéroslos marchitos ya y ajados por el envenenado soplo da las pasiones. Mas de que no lo bareis así nos garantizan tambien vuestra piedad, vuestra clemencia, y vuestro amor harto acreditados en mil ocasiones en que nos llamásteis cuando huíamos, nos esperásteis cuando vagábamos á la ventura en los tortuosos senderos del vicio, nos brindásteis con vuestro corazon cuando desacertados le heríamos con nuestros pecados, y nos reiterásteis vuestras promesas cuando mas indiferentes nos mostrábamos á ellas. Si tan buena y amable fuísteis entonces, ¿qué no deberemos esperar hoy que reconocidos os hemos buscado, y detestando nuestra pasada ingratitud venimos á solicitar vuestra misericordia mediante estos obsequios que nuestra devocion nos inspira? No os haremos la injuria de creeros esquiva é inflexible á vos que sois el bello ideal de la dulzura y de la suavidad, y que tanto os complaceis en ver correr por las megillas del culpable una lágrima de verdadero arrepentimiento. Sabemos que un simple ruego, un leve suspiro del alma basta para alcanzar de vos las mas inestimables gracias, los dones de mayor valia; ¿cómo podríamos dudar de vuestra benevolencia en este dia en que tan pródiga os manifestais de las riquezas de vuestro corazon maternal?

Ea pues, Reina, madre, abogada, protectora, vida y esperanza nuestra, ahí teneis lo que nos habeis pedido, vuestros son nuestros corazones, de hoy mas á vos y á vuestro divino Hijo pertenecen sin reserva. De vos nos despedimos llenos de júbilo, de vos nos separamos henchidos de celestial consuelo. Al tornar á nuestros hogares ricos con los dones que en este mes nos ha dispensado vuestra bondad, ni un momento olvidaremos las santas inspiraciones que hemos recibido, los buenos propósitos que hemos formado, los deseos de virtud y perfeccion que hemos concebido, las protestas de fidelidad que hemos hecho, las palabras que hemos empeñado de ser constantes en vuestro servicio. ¡Cuán dulce y embelesador será para nosotros pensar que nuestros corazones se hallan identificados con el vuestro, y que por consiguiente en vos vivimos, en vos respiramos.



---

---

# DISCURSO

SOBRE LA DEVOCION Y CULTO DE MARIA SANTÍSIMA,  
APLICABLE Á CUALQUIERA TÍTULO Ó FESTIVIDAD.

---

GLORIAS DE MARÍA EN SUS RELACIONES CON LA HUMANIDAD, DE QUIEN  
VIENE RECIBIENDO UN CULTO EL MAS ANTIGUO, EL MAS UNIVERSAL,  
EL MAS ALTAMENTE SOCIAL Y CIVILIZADOR, EL MAS POPULAR  
Y SIMPÁTICO QUE HAN PRESENCIADO LOS SIGLOS.

---

*Ecce.... beatam me dicent omnes generationes.*

Ved que todas las generaciones me aclamarán bienaventurada.

LUC. I. 48.

¿QUIÉN es ese ser fenomenal que hoy arrebatada las atenciones del mundo cristiano y recibe los homenajes del culto mas sublime y del mas entusiasta amor? ¡Ah! Una mujer que viene siendo á través de mas de cuarenta siglos el tipo de todas las figuras bíblicas, el centro de todas las teogonías de los antiguos pueblos, el término de todos los vaticinios y de las esperanzas todas de la humanidad envilecida y humillada. Una Virgen que reasume todas las bellezas de su sexo y reúne en torno suyo todas las magnificencias de la tradicion y de la historia, todas las concepciones del genio, las grandes inspiraciones del arte, los melodiosos acentos de la poesía y cuanto de mas preciado encierra el mundo en su vasto seno. Una criatura la mas excelente de todas en el orden de la gracia y de la santidad, discernida entre todos los santos como el sol

entre todos los astros que tachonan la bóveda celeste; la primera en toda la humanidad que pronunció el nombre de salvacion; la que gustó en este suelo la felicidad de los ángeles, y los transportes del cielo en el camino del sepulcro. Una Madre cuyas entrañas fueron benditas por el Eterno que la infundió su Espíritu y la dió un hijo que es el milagro del universo; á la cual fué dado engendrar á su mismo Criador; la que no reconocé superior alguno fuera del Omnipotente, y á quien las generaciones todas vienen aclamando bienaventurada en razon de las grandezas que en ella obró el Altísimo: *Ecce... beatam me dicent omnes generationes.*

Hed abí la que hoy honramos y veneramos como á Reina de todos los Santos y consuelo único de todos los mortales, título que con justicia la ha decretado el catolicismo, y que tanto embellece su preciosa diadema; puesto que ella fué el gran fenómeno estraído, digámoslo así, por el Supremo Criador de los tesoros de su omnipotencia, para restaurar las ruinas de Israel y enjugar el llanto del oprimido Jacob, para consolar la amargura de Sion, y ser el suave bálsamo que cicatrizase las heridas que en el corazon de la humanidad abriera el orgullo y la soñada independencía de una mujer que aspiró ciega á los honores de la divinidad. Asociada desde el génesis de la creacion á los futuros destinos del mundo, destinada á contribuir de una manera maravillosa al pensamiento mas grande que pudo concebir un Dios infinitamente sábio en favor de los mortales, elegida para ser el instrumento de la reparacion del linage humano caido por la culpa en el envilecimiento mas profundo, dotada de todo cuanto de mas bello encierra la pureza, de cuanto hay de mas noble en la virtud, de cuanto la inocencia reconoce de mas tierno y simpático, enriquecida, en una palabra, de los mas preciosos dones de la naturaleza y de la gracia, por su medio se realizó la obra mas maravillosa que jamás se verificó en la tierra. Angel de paz y de consuelo, su nombre es invocado do quiera que hay un dolor ó aqueja una desgracia. El infortunio la llama en su auxilio desde el abismo de su amargura; la adversidad tiene puestos en ella sus ojos como en el único polo de su esperanza; su simple invocacion es un manantial fecundo de bendiciones y consuelos.

Por eso María ha vivido siempre en el corazón de todos los pueblos como un pensamiento de gloria y de amor: por eso todos la han bendecido como el origen más fecundo de esas gracias que calman el alma angustiada y derraman la paz donde quiera que es llamada á tomar parte en los acontecimientos del mundo moral. Por eso viene siendo el objeto de un culto el más antiguo, puesto que remonta hasta la cuna misma de la creación; el más universal, puesto que se le tributa en todas partes y hasta en los más remotos confines del globo; el más altamente social, puesto que bajo su sombra se reúnen las tribus, fórmanse las sociedades, y se fundan los pueblos aun en mundos desconocidos; el más civilizador, puesto que en su nombre se acometen las empresas más colosales y los más gigantescos proyectos, y el genio la dedica sus más bellas inspiraciones, y la ciencia la consagra sus más preciosos trabajos, y se desarrollan y toman vida las artes; el más popular, en fin, puesto que no hay clase ni condición que no haya llevado alguna piedra para levantar el majestuoso templo de su gloria, ó contribuido con alguna flor para entretejer esa aureola de inmortalidad que ciñen sus sienes: *Ecce... beatam me dicent omnes generationes.*

Hé aquí lo que vá á formar el asunto de mi discurso, en el que os presentaré como en un lienzo, si bien descolorido, «el gran cuadro de las glorias de María en sus relaciones con la humanidad, y recibiendo de ésta un culto el más antiguo, el más universal, el más altamente social, el más eminentemente civilizador, y el más popular y simpático que ha presenciado el mundo.»

Aceptad, 'oh reina celestial, esta perla con que me propongo embellecer vuestra diadema; recibid esta flor que os consagro para adornar vuestra preciosa aureola. Pobre es el don, más pobre el que le ofrece; pero en cambio, Señora, el afecto que le inspira es grande y cordial, etc.

AVE MARIA.

## REFLEXION UNICA.

---

Desde luego, M. A. O., habrá ocurrido á vuestra penetracion y buen criterio que no intento desenvolver en toda su estension el vasto asunto que me he propuesto tratar. Para desarrollar ese gran cuadro necesitaria de mucho tiempo, tendria que recorrer inmensos espacios, evocar uno por uno todos los datos de la historia del mundo antiguo y moderno, citar á toda la humanidad para que viniese á esponer todas sus teogonías tradicionales; en una palabra, seríame preciso desentrañar todo el globo y consultar sus infinitos monumentos, lo cual ya veis que es imposible en un breve discurso. No haré pues mas que recorrer por la superficie ese inmenso campo de las magnificencias de María: y si de hecho no os presento una pintura acabada y una obra de mérito, no dudo admirareis un cuadro vistoso y de grande efecto, bastante á enardecer vuestra piedad y á escitar vuestro asombro hácia esa Reina inmortal del universo.

No me detendré en probar la prodigiosa antigüedad del culto de María. Todavía lanzaba el mundo, si así puedo espresarme, los primeros vagidos de la infancia; aun estaban frescas y recientes las huellas de la creacion; Dios no habia apenas concluido su obra, y su obra estaba ya manchada, y la maldicion pesaba sobre una tierra virgen, y la ignominia cubria la frente de los dos únicos seres racionales en que se hallaba reasumido el linage humano, y la humanidad envilecida, degradada, agobiada bajo el peso de un atatema divino, sin consuelo, sin paz, sin esperanza ni porvenir, invocaba ya el génio de una criatura celestial cuyo nombre ignoraba, y buscaba el consuelo de su afliccion y el alivio de sus infortunios en la mujer divina destinada á traer la salvacion al universo. Una mujer fuera la que trastornó toda la economía de la creacion envolviendo al mundo en la desgracia y la muerte: y otra mujer debia ser la que, aplastando la cabeza de la serpiente homicida, reparase las ruinas que la primera Eva habia ocasionado: *Ipsa conte-*

*ret caput tuum*. Esta era María, y desde entonces comenzó su culto. A ella se volvieron todos los ojos, hácia ella se dirigieron todas las aspiraciones, á ella se consagraron todos los suspiros de la humanidad: y los tipos, y los símbolos, y las teogonías de los pueblos, y los vaticinios de los hombres inspirados, y las tradiciones patriarcales, y las alegorías bíblicas hablaban de María sin nombrarla; hásta los mitos paganos representaban de mil maneras á la *Virgen celeste* en quien estaba depositado el consuelo y la felicidad de una raza maldecida y desgraciada. Desde entonces no se vió interrumpido un solo día ese culto que ha encarnado en todos los pueblos, en todas las tradiciones y en todas las creencias, y en el que ha tomado parte todo el mundo, haciéndose á la vez que el mas antiguo, el mas universal de todos los cultos.

Buscad un solo rincón del globo en donde no se pronuncie el nombre de María, en donde no se la tributen honores y alabanzas. En vano. Donde quiera que haya seres humanos, aun en los eternos bosques y en las espantosas soledades del trópico bien así como en las heladas regiones del polo, en el fondo de los mares lo mismo que en la cresta de las montañas, vereis impresa la huella de ese culto tierno y simpático hácia la Virgen Madre que vino á traer al mundo el consuelo y la paz. Remontaos al origen del cristianismo y sobre el sepulcro mismo de esa Mujer misteriosa, vereis alzarse un modesto santuario erigido en su honor y regado con la sangre heroica de mas de cien mártires sacrificados por la Sinagoga, victimas de su piadoso amor á la Madre del Redentor. Pasad á la Grecia, y admirareis bajo aquel bello cielo esa devoción graciosa y tan análoga al génio especial de aquellos pueblos, y vereis las vírgenes griegas cubiertas con anchos velos de blanca gasa correr entusiasmadas á adornar con guirnaldas de flores la imágen reverenciada de la *Toda Santa*. Acercaos á Roma, y ya en en el siglo III encontrareis en el barrio mas concurrido de aquella populosa capital del orbe un oratorio consagrado á su culto. Y en las gargantas del Apenino, en las neveras de los Alpes, lo mismo que en los sombríos valles de la Galia y en las vistosas riberas del Ebro, en los áridos matorrales de los abruzos igualmente que en las risueñas laderas de Ba-

yas, sobre las encinas sagradas de la Gran-Bretaña como en las enramadas de los bosques y junto á la corriente de los arroyos, en todas partes esa piedad sencilla á la par que sublime hácia la Mujer divina levanta humildes altares y espresa esa poesia inocente del corazon, que tan bien se ajusta al objeto de un culto en que domina la ternura y el amor. Todos los pueblos de Asia, Africa y Europa abrazan con unánime entusiasmo ese culto. Los reyes consagran á María sus imperios; las reinas se despojan de sus adornos de oro y de plata para ir á depositarlos á los pies de la Señora del mundo y embellecer con ellos sus imágenes; los guerreros deponen sus armas y corren á ofrecerla los despojos de sus victorias. Toda la edad media, esa época de una fé tan activa y ardiente, no es mas que un largo himno de gloria y amor á la Madre del Redentor. En las cortes como en los campos de batalla, en los soberbios castillos feudales no menos que bajo la modesta techumbre del infeliz vasallo, el nombre de la Virgen mezclábase en todos los cantos populares. Cuando alguno de aquellos santuarios haciase célebre por los milagros que en él se obraban, atravesábanse largas distancias por ir á visitarle: y los altos varones, y los reyes, y el pueblo, todos acudían allí á solicitar sus favores y á buscar el consuelo en sus aflicciones. Y aun ahora, que tanto distamos de aquella edad feliz, á pesar de las pasiones y de los sistemas que agitan á la sociedad actual, el culto de María nada ha perdido de su pureza y fervor primitivos. En los dorados palacios de los grandes, como en la pobre vivienda del artesano y del labrador, se la paga un tributo universal de reconocimiento y de amor. Su imagen adorna á las vírgenes cristianas: por ella la casta esposa se despoja de su corona, y á su altar va á presentar la ofrenda de su primogénito; y cuando le mece en la cuna, el nombre de María repite á los oídos del tierno infante, con él le arrulla amorosa y le hace dormir el sueño de la inocencia y de la paz. Mil veces hemos visto su efigie hasta en el asilo del crimen; el impío mismo la venera; el mas indiferente la invoca, la llama en sus momentos amargos, y busca en ella el consuelo cuando todo á su alrededor le abandona y maldice.

¿Y qué diremos del culto de María considerado bajo el aspecto social

y civilizador? Ninguno lo fué en tan alto grado como él: nada contribuyó mas poderosamente á suavizar las costumbres feroces, á cambiar los hábitos belicosos y á dulcificar los instintos bárbaros de las razas del Norte: nada influyó tanto para estirpar la idolatría, encarnacion viva de la ignorancia y del error, de los bosques de la Germania, de las Galias y de la Bretaña. En vano las virtudes de los anacoretas y la voz de los obispos atraian las poblaciones: la idolatría no tardaba en renacer con sus prácticas supersticiosas. Entonces la ingeniosa caridad de los apóstoles santificó lo que no habia podido abolir: en la copa y en los troncos de las encinas colocaron la imágen de María: y bien presto las ofrendas de las falsas divinidades solo sirvieron para adornar los altares de la Virgen jóven y hermosa, y apagáronse las teas de los druidas para reemplazarlas con la lámpara misteriosa. De este modo el pensamiento cristiano incrustándose digámoslo así en todos los objetos, acomodándose en lo posible á las diversas inclinaciones de los pueblos, y siguiendo el curso de los siglos, iba asociando y civilizando á la humanidad, sirviéndose del culto de María como de un poderoso elemento para conquistar con la dulzura de una vírgen y los santos atractivos de una mujer divina unos corazones indomables. Y cuando ocupada la Europa por esas hordas salvajes desprendidas de las regiones del polo y de los pantanosos bosques de los Palus-Meotidas, ni siquiera quedaban vestigios de las ciencias, de las artes, de las instituciones civiles y políticas del poderoso pueblo de Rómulo; cuando todo lo invadiera y aniquilara la barbárie de los dominadores, y nada se veia sino cambios instantáneos en las formas de gobierno, y sustitucion de unos códigos á otros, y variacion y movilidad perpétua en las costumbres, y el choque incesante del acero en los campos de batalla, y sangre, y carnicería, y luto, y ruinas; el cristianismo que habia resistido á esa violenta transformacion, recogia los mutilados restos de los pueblos vencidos, y volvía á unirlos de nuevo á nombre y bajo los auspicios de María, y humanizaba los pueblos vencedores con el ejemplo de la Virgen caritativa y amante, y reunia en torno de sus altares los sacrificadores y las víctimas, á aquellos para inspirarles la clemencia y la humanidad, á éstas para proporcionarlas el con-

suelo y la esperanza. En otro tiempo el paganismo imponiendo sus creencias á las naciones sojuzgadas, solo erigia sus altares en medio de pueblos degollados ó cargados de cadenas. El cristianismo por el contrario, dulce y compasivo siempre y altamente humanitario, no estableció su imperio sino con imágenes de paz y de amor, proclamando donde quiera junto con el nombre de Jesucristo el nombre de María, estrella bonancible, símbolo de esperanza, y garantía segura de verdadera libertad y de positiva civilizacion.

¿Qué extraño, pues, que un culto revestido de las formas mas poéticas, y que en la persona de la Madre augusta del Redentor simbolizaba cuanto de mas tierno y bello hay en el mundo, viniese á hacerse el mas popular, y secundando el impulso progresivo del movimiento civilizador, llegase á considerarse como el elemento mas necesario de las sociedades regeneradas por el catolicismo? Pero, señores, ya veis que, como os lo advertí en un principio, el campo que se abre á mi vista es tan vasto, que solo me es dado pasar con rapidez por la superficie; así es que en todo mi discurso no vengo haciendo otra cosa sino deshojar algunas rosas de las innumerables que esmaltan la diadema de esa Virgen singular. Para reasumir en breves palabras cuanto de ese culto el mas antiguo, el mas universal, el mas altamente social y civilizador vengo diciendo, y suplir en algun modo lo que no me es posible decir en tan corto tiempo, voy á reducir mi pensamiento á los mas estrechos limites, á fin de presentaros en un solo golpe de vista sus magnificencias y su inmensa popularidad.

Las tres razones en que se halla reasumida la razon universal de la humanidad se alzaron un dia contra el culto de María. La razon de estado, la razon científica y la razon popular, ó sea el poder, el genio y la ignorancia, todas ellas tomaron armas en la lucha emprendida para despojar á esa criatura celestial de sus mas bellos títulos y de sus mas preciosas prerogativas. Por una parte surge el Nestorianismo en Constantinopla disputándola el privilegio de su divina maternidad; por otra los sectarios de Leon Isáurico y Constantino Copronimo huellan sus imágenes, incendian sus templos, y degüellan y arrojan al Bósforo de Tracia á multitud de cristianos por haber

honrado sus efigies aun en la oscuridad del hogar doméstico. Aquí los novadores derraman la blasfemia contra su integridad virginal; allí el protestantismo se desencadena furioso, y no menos enemigo de la verdadera piedad que de la verdadera civilizacion, no contento con demoler sus altares, llega hasta el extremo de arrojar al mar sus preciosas reliquias. ¡Ah! El culto de María debía seguir las mismas fases que el culto del Salvador; y á la manera que el catolicismo estaba llamado á luchar y resistir el embate de todas las pasiones, de todos los poderes y de todos los elementos humanos reunidos para esterminarle, así tambien aquel estaba destinado á combatir los mismos enemigos y á triunfar de las mismas persecuciones. Y triunfó de hecho, señores. No pocas manos intentaron derribar á María de su trono y hacer pedazos su brillante diadema: pero la impotencia del error no hizo sino confirmar mas su gloria, dar un caracter mas popular á su culto, y estenderle cada vez mas en el mundo. Cuando mas fermentaba en las inteligencias y bullia en los espíritus el pensamiento de anonadarle para siempre, entonces fué justamente cuando se obró una feliz reaccion religioso-social, y las tres razones que habian concurrido á disputar á María los homenages de la humanidad, únense de consuno para reconquistarla su imperio; y la razon de los hombres de estado, y la razon de los hombres de génio, y la razon popular, cambiándose de antagonistas en apologistas de la Madre de Dios, corren presurosas á llevar cada cual una piedra para levantarla un templo inmortal. Y cuando se la creia por tierra, el mundo la admira en pié, tranquila, serena, triunfadora, coronada del sol, teniendo á los pies la luna, ceñidas sus sienes de una diadema de estrellas, y la humanidad entera postrada y aclamándola bienaventurada: *Beatam me dicent*, etc. Los concilios pronuncian anatema contra sus blasfemos perseguidores. Los Padres de la Iglesia levantan su elocuente voz, y á la par que vindican el honor ultrajado y los privilegios de esa Mujer celestial celebran en todos los tonos sus triunfos y sus magnificencias. Donde quiera su nombre resuena con entusiasmo, levántanse templos, erigense altares á su gloria, fórmanse nuevos pueblos bajo sus auspicios, y su culto llevado hasta mas allá del océano por los fervorosos apóstoles del catolicismo, der-

rama en todas partes juntamente con los mas preciosos dones de gracia y santidad los mas fecundos gérmenes de civilizacion. El poder, el génio, las ciencias, la literatura y las artes van á tomar de María sus mas bellas inspiraciones en cada siglo, y todos ellos forman á la vez una corona misteriosa de alabanza y de amor que eterniza su nombre en las generaciones venideras.

Y desde luego ¿quién no ve el poder, ó sea los hombres de estado, asociarse al movimiento regenerador y dedicar á María sus mas grandiosas empresas? Sin hablar de esa multitud de ilustres monarcas que desde el hijo de Constancio Cloro vienen distinguiéndose por su acendrada piedad hácia la Virgen; sin hacer mencion de los Clodoveos, Carlomagnos, Capetos, Recaredos, Luises, Fernandos, Alfonsos de Castilla, Isabeles, y otros cien y cien reyes que la han consagrado sus reinos y puesto bajo sus auspicios sus dinastias, y reportado las mas insignes victorias con su invocacion; prescindiendo de los fundadores de las casas mas ilustres de Lorena, Saboya, Austria, Alemania, España y otras, que seria largo enumerar, hallareis en el catálogo de los apasionados de María los mas insignes capitanes y los guerreros de mas renombre. Los caballeros de Malta la invocaban al recibir la espada; los Teutónicos tomaban el nombre de caballeros de la Virgen; las tierras conquistadas á los infieles del norte de Europa denominábanse tierras de María, y no pudiendo tener cabida en las leyes de la caballeria el culto de las damas, este culto fué representado por una tierna devocion á la Dama celestial, la Dama de todo el mundo. Roberto de Francia llamaba á María la Estrella de su reino; Ricardo, Corazon de Leon, llevaba camisas tocadas á la de la imágen de Nuestra Señora de Chartres; René, vencedor de Carlos el Temerario, levantó un templo á Nuestra Señora del Auxilio; Guillermo, fundador de la marina inglesa, ofreció suntuosos dones en su honor; Duguesclin hacia prodigios de valor al grito de Nuestra Señora; Jaime de Aragon lanzaba las huestes agarenas de su reino y las hacia huir ante los estandartes de María; Alfonso de Castilla derrotaba 200,000 moros auxiliado por ella; el gran Colon la invocaba como á su consuelo en todos sus conflictos, y legaba al morir á la república de Génova sus *Horas de*

*la Virgen*: y Pizarro fundaba la magnífica ciudad de Lima bajo su advocacion, y Jimenez de Cisneros, y Mendoza, y Richelieu, y Beauvillier, y los mas ilustres hombres de estado, lo mismo que los guerreros, los marinos y los principes, sábese que fueron siempre los mas adictos al culto de María.

Tambien el génio lleva impreso en sus obras el sello virginal. Sin hablar de los Padres de la Iglesia, cuyos nombres son otros testimonios irrecusables del amor que todos los siglos han profesado á la Madre del Verbo, ¿quién no sabe que el Petrarca, absorcion inmensa de la grande época del renacimiento, mandaba escribir sobre su tumba: «Oh Virgen Madre, acojedme bajo vuestro amparo?» ¿Quién ignora que Justo Lipsio, restaurador de la buena literatura en Europa en el siglo XVI, regalaba al morir su pluma de plata á la Virgen á quien viviendo consagrara sus mas bellas producciones? Y el hombre mas sabio del siglo XVIII, el célebre Grou, y el gran maestro de la literatura alemana Guillermo Schlegel, y todos los sabios propiamente tales, ¿no bebieron sus mas ricas y nobles concepciones en el fecundo manantial del culto de María? Hasta el mismo Erasmo ha dejado dos himnos-plegarias á la Virgen consoladora de los afligidos.

¿Y qué diremos de la poesía? ¡Ah! Aquí es ciertamente donde el hombre observador no puede menos de admirar esa preciosa corona con que todas las ciencias embellecen las sienes de la Virgen Madre de Dios. La poesía no podia hallar un tema mas rico y fecundo para inspirar su lira en todos los idiomas y en todas las épocas. Dante la consagra el canto 33 de su Paraíso, y llama á María la rosa en donde encarnó el Verbo divino; el Tasso, que tan admirablemente cantó la Jerusalem libertada, quiso tambien cantar en sus preciosos versos las lágrimas de la Virgen, y á los pies de su venerada imágen de Loreto, componia un himno virginal considerado por los sábios como su obra maestra. Y Sannazar, y Silvio Pellico, y Manzoni han immortalizado sus plumas hablando de María. Corneille, el mas ilustre poeta del siglo de Luis el Grande, no se desdeñó de dedicar sus mejores años á traducir en prosa y verso las «*Alabanzas de la Virgen* de San Buenaventura.» Racine versificó admirablemente el

*Stabat juxta crucem* del Evangelio. Chateaubriand la ha dedicado las más sublimes páginas de su *Génio* y de sus *Mártires*; y Rosselli de Lorgues los más preciosos trozos de *La muerte delante del hombre*. Lamartine, Soumet, Turquets, Reboul, Giraud, Clopstock, y Novalis, y Pope, y Labater y la mayor parte de los poetas contemporáneos de todas las naciones han compuesto en su honor meditaciones ó cantos. Nada diré de España. Ni un solo poeta se citará en esta nación altamente entusiasta por el culto virginal, que no la haya consagrado su génio y empleado su lira en cantar sus alabanzas, desde Luis de Leon creador del género lírico, y Lope de Vega del arte dramático, hasta Ovalides llamado el Chateaubriand español, hasta el elegante cantor de las glorias de Granada.

¿Y las artes? ¡Ah! Las artes, que no son menos que las letras la escritura de la sociedad, parecen no haber triunfado sino haciendo triunfar á la Mujer única por excelencia. Los progresos de la pintura están ligados al culto de María: su imagen ha sido el tema favorito en donde el pincel ha hecho lucir las riquezas de la imaginacion y las bellezas del génio. Cimaboue, el Giotto, Juan de Fiezolet, Leonardo de Vinci, el Peruginio, Corregio, y Rafael, y Michel-Angelo, y Murillo, y Herrera, y esa multitud de célebres artistas cuyos lienzos son el asombro del mundo civilizado, han dedicado á María sus obras maestras y adquirido con ellas un renombre inmortal.

La obra más grandiosa y admirable de la escultura del siglo de Luis XIV es debida al dogma de la Virgen Madre.

La arquitectura, la más sublime en mi concepto de las artes liberales, puesto que las encierra todas formando de ellas una especie de haz misterioso para elevarlas hasta el cielo, se ha escedido á sí misma en la construccion de los templos dedicados á María. Hablen sino esas majestuosas basílicas, esas gigantescas catedrales que en todo el mundo cristiano ha sabido crear el génio, lo mismo en Roma que en París, en Florencia que en Chartres, bien así como en Strasburgo, Sevilla, Burgos, Toledo.... y donde quiera que esa bella arte ha sido inspirada por el pensamiento virginal.

Hasta la música ha ofrecido sus más preciosas flores para tejer la diadema de la Virgen. Y Mozard, y Haydn, y Beethoven, y Viotti,

y cien otros grandes maestros, han bebido á los pies de María sus mas armoniosos acentos, sus mas sorprendentes y tiernas inspiraciones.

Pero ya, señores, me es preciso concluir, pues vengo abusando demasiado de vuestra atencion. Reasumamos pues lo dicho. Hay una mujer que desde el origen de la creacion viene siendo el objeto de todas las teogonías, el centro de todas las esperanzas de la humanidad, el fin de todas las figuras de la Biblia y de los tipos mitológicos, y por consiguiente su culto es el mas antiguo de todos los cultos. Hay una Virgen que ha reasumido en sí las adoraciones de todos los siglos y de todos los pueblos, que la han considerado siempre como el genio consolador de todas las aflicciones y el ángel de paz en todos los infortunios de la vida, habiendo merecido por lo tanto un culto universal. Hay una criatura cuyo nombre ha recorrido todos los ámbitos del globo, ha reunido bajo su sombra millares de poblaciones, ha dulcificado las costumbres y los hábitos belicosos, ha marchado junto con el nombre de Jesucristo al frente de las mas colosales empresas, y ha presidido á las mas gigantescas concepciones, y por consiguiente su culto ha sido el mas altamente social y civilizador. Hay, en fin, una mujer á quien el poder, el genio, las ciencias y las artes han consagrado un culto el mas simpático, el mas encantador, el mas popular, puesto que tomando de ella sus mas bellas inspiraciones, y dedicándola sus mas preciosos trabajos, han contribuido dignamente á levantar el magestuoso templo de su gloria y á tejer esa guirnalda de inmortalidad que ciñen sus sienes: y esa mujer cuya imágen produce en el alma un sentimiento de amor indefinible, y esa madre cuyo culto al cabo de tantos siglos lejos de resfriarse renace cada dia en el corazon de toda la humanidad, y esa Virgen cuyas palabras pronunciadas hace mas de 1800 años sobre las cumbres de la Judea vibran todavía en el seno de todos los pueblos y producen los mas bellos prodigios de amor y de virtud, y esa criatura, en fin, ante quien todo el universo se prosterna y adora, á quien invoca en sus reveses y pide consuelo en sus amarguras, y llama en su auxilio en sus desgracias, es María, á quien, como ella misma predijo, aclaman bienaven-

turada todas las generaciones, y los siglos todos vienen tejiendo una corona de gloria y de honor, y la humanidad entera contemplándola como su genio tutelar, la eleva monumentos imperecederos de amor y de adoración en todo el orbe.

Anillos de esa cadena misteriosa de homenajes y alabanzas sois vosotros, piadosos congregantes. Testimonio de vuestra acendrada piedad al par que de vuestra mas tierna gratitud hacia Maria, es este culto grandioso y sublime que hoy la tributáis correspondiendo al prolongado eco de los pasados siglos, que vienen proclamándola reina del mundo y soberana de todo lo criado. Arrojad á sus pies las vistosas flores de una piedad sincera, cordial y nunca desmentida con las obras, pues los frutos que la agradan son frutos de honor y de honestidad. Tejed una corona de las mas puras virtudes á esa Virgen que reúne la belleza de los cedros del Libano á la frondosidad de las viñas de Engaddi, y la frescura de la rosa del Carmelo al suave perfume de los mirtos de Saron.

Por lo que á mí hace, oh Maria, á quien un mero compromiso de reconocimiento me obligó á abrir mis labios sellados por tantos años, (1) justo era que despues de tan prolongado silencio, vos fuéseis el objeto á quien consagrarse mis débiles y mal formados acentos. Si ellos no os son gratos por lo toscos y desaliñados, séan os aceptables por la parte que en ellos tiene mi corazon. Os los consagro como un débil testimonio de mi amor; y para engastar el último brillante de la mística diadema que hoy os ofrecemos, permitidme os dirija los inspirados acentos de uno de los genios de nuestros días que mas se han señalado por su piadoso afecto hacia vos. «Bella es la tierra, bellos son los centelleantes rayos del noble astro que fecunda su seno; y el aire, y las ondas, y el día, y la noche, y las flores de la primavera. Mas ¡ay! tus bellezas, oh tierra, no me satisfacen. ¡Sombras encantadoras que arrebatan un soplo! Entre todas las criaturas, la mas bella, la mas llena de gracia, en la que mas resplandece la imagen de Dios, la que mas habla al corazon, eres

(1) Cuando el autor pronunció este discurso en 1854, hacia ocho años que se habia retirado de la predicacion á causa de sus padecimientos, y á esta circunstancia alude en el pasaje citado.

tú, María, Virgen hija del hombre, coronada en el cielo por reina de tus hermanos; tú, en quien brilla la ternura de una mujer unida á la misericordia de un Dios; tú, cuyo nombre es la gloria de tu sexo, y cuya alma es tan bella que Dios mismo quiso confiarse á tus maternales cuidados. ¡Salud, oh María! Juntamente con Jesus estrechaste en tus brazos á todo el linagè humano, y distenos por hermano á nuestro mismo Redentor. Tus celestiales pupilas han dejado caer sobre nosotros una mirada de maternal consuelo. En los dias mas desgraciados tu invisible mano enjuga nuestro llanto; jamás el infortunio se separó de tus pies desconsolado, ni el remordimiento te encontró inexorable. Despues de Dios que encarnó en tu seno, tú eres el sér mas benéfico del universo, tú la grande Eva en quien no hay la menor tacha, tú el único corazon humano que ha complacido al Rey del cielo, porque ha sido el que mas ha amado; tú, en fin, la mujer en su mas perfecta elevacion, el gozo de los ángeles y del mismo Dios. A los que te miran y se rien con desden de nuestros cultos, nosotros les responderemos en alta voz que tú fuiste la que consolaste á nuestros padres, la que enjuga nuestro llanto, y de quien esperamos la paz en el tiempo y la verdadera bienandanza en el seno de la inmortalidad.

---

---

# DISCURSO

## DE ROGATIVA A MARIA SANTÍSIMA EN LAS CALAMIDADES PÚBLICAS.

---

CUÁN JUSTA Y SÓLIDA SEA NUESTRA CONFIANZA EN LAS PIEDADES DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARIA, CUANDO LA ELEGIMOS POR MEDIANERA EN LAS CALAMIDADES QUE NOS AFLIGEN, Y EFICACIA DE SU PROTECCION CUANDO NUESTROS RUEGOS SON SINCEROS É INSPIRADOS POR LOS SENTIMIENTOS DE UN CORAZON CONTRITO Y HUMILLADO.

---

*In me gratia omnis viæ et veritatis, in me omnis spes vitæ et virtutis....  
Qui audit me non confundetur.... Qui elucidant me vitam æternam habebunt.*

En mí está toda la gracia y el camino de la verdad, en mí toda esperanza de vida y de virtud. El que me escucha no quedará confundido, los que me honran y buscan conseguirán la vida eterna.

ECCI. XXIV. 25, 30, 31.

**P**UEBLO católico: llegados son los días de prueba y de aflicción. El cielo encapotado nos presenta la faz airada del Omnipotente, y el rayo vengador de la divina justicia relumbra sobre nuestras cabezas amenazándonos con sus castigos. ¿Qué digo? No es ya una amenaza, no es un amago, es la realidad la que por desdicha nuestra experimentamos. Tiempo hace que venimos gimiendo bajo el enorme peso de esa mano invisible que nos hiere para sanarnos, que nos abate para despertarnos de nuestro funesto sueño, que nos castiga para hacernos tornar á él, y que de mil maneras nos llama, sirviéndose de la desgracia como del agente mas eficaz para darnos á conocer el origen de nuestros males, y el gran remedio que puede curar tantas y tan encanceradas llagas como el pecado abriera en

nuestro corazon. Porque, no hay que disimularlo. ¿Qué otra es la causa de todas las calamidades públicas que nos afligen, sino el olvido total de nuestros deberes para con Dios, nuestra inmoralidad, nuestra relajacion, nuestra indiferencia, con que á cada paso provocamos la cólera del Eterno? Si creemos que existe un Ser Supremo cuya providencia rije los destinos de la humanidad y de cuya voluntad pende la dicha ó la desventura de los pueblos y de los individuos, porque todo en la tierra está subordinado á su accion omnipotente, si abrigamos la conviccion de que ese Ser, si bien misericordioso y benéfico, es al propio tiempo justo y rectísimo en la apreciacion de las acciones del hombre, y no puede dejar impunes los delitos del que le escarnece é insulta; ¿cómo es posible dudar de que él es quien cansado ya de tolerar nuestra osadía y procacidad en resistir á sus reiterados llamamientos, ha tomado en sus manos la emponzoñada copa de su furor para derramarla sobre nosotros y hacernos conocer de una manera ostensible cuán vanamente nos empeñamos en luchar con su poder soberano? ¡Ah! Harto lo sabeis, M. A. O.; demasiado persuadidos estais de que todos vuestros reveses é infortunios radican en ese principio funesto, y que para conjurar el azote, preciso es recurrir al mismo de quien nos viene, y desarmar su brazo con el arrepentimiento y las lágrimas, pues todo otro medio seria ineficaz para conseguirlo.

Y bien, católicos; ¿no habrá un genio benéfico que pueda servirnos de mediador para acercarnos á la divinidad ofendida? ¿No habrá un ser misericordioso que tome á su cargo defender nuestra causa ante el juez supremo para arrancar en nuestro favor un fallo de indulgencia? Para calmar la cólera de David irritado contra un vasallo infiel, hubo una mujer generosa llamada Abigail, que con su llanto y sus plegarias supo ablandar el corazon del monarca é inclinarle á la misericordia. Para revocar el decreto de muerte fulminado por Asuero contra toda la raza judía, no faltó una Esther compasiva que con sus gracias y dulzura consiguió burlar los planes de un favorito insolente y vengativo, y dar la libertad y la vida á un pueblo infortunado. Para salvar la nacion hebrea de la prepotencia de un rey infiel que se propusiera someterla á su cetro de

hierro, bastó que la esforzada hija de Merari se presentase en el campamento del tirano, cuyos designios desconcertó con su sagacidad y heróico valor. Pues en el caso presente, cuando el rey de los cielos y el Dios de las eternidades se muestra dispuesto á acabar con una generacion perversa y criminal que mil veces ha menospreciado sus promesas y burládose de sus amenazas, ¿á quién mejor pudiéramos confiar la defensa de nuestros intereses y el éxito de nuestros destinos, que á la mujer divina á quien las Abigailles, Estheres y Judithes no hicieron mas que vislumbrar de antemano como otros tantos símbolos misteriosos de su futura grandeza, de sus irresistibles encantos, y de su eficacísima influencia?

¡Idea feliz! ¡Gran pensamiento! Nada mas oportuno hubiéramos podido escogitar en las actuales circunstancias, que elegir por abogada y medianera ante Dios á la que él mismo escogió por Madre, á la que legó al mundo por protectora insigne, á la que recibió la alta mision de velar por el porvenir de la humanidad, á la que dejó como garantía infalible de sus promesas, confiándola los tesoros de su misericordia y de su amor. Ella es la verdadera escala de Jacob por donde el hombre se pone en contacto con la divinidad, y suben al cielo las plegarias y los gemidos de la tierra; ella el altar de propiciacion en donde las víctimas ofrecidas por el corazon humano son aceptables á los ojos del Señor; ella el iris bonancible á cuya presencia calma la tempestad, enmudece el trueno, disipanse los nublados, retirase el rayo, y el hermoso y despejado horizonte anuncia al aterrado mortal la cesacion del gran diluvio de la cólera divina; ella, en suma, el verde ramo de oliva mensajero de la paz y de la alianza del Dios de Jacob con su pueblo. Y prescindiendo de símbolos alegóricos, ¿quién no sabe que María es el genio benéfico y tutelar de todos los cristianos, su norte, su guia, su proteccion, su defensa, su consuelo, su esperanza, y el remedio de todos sus males? Así lo ha consignado la iglesia católica, acomodando á la Santísima Virgen las palabras del libro del Eclesiástico que puse por testo. «En mí está toda la gracia y el camino de la verdad; en mí reside toda esperanza de vida y de virtud. El que me escucha no quedará confundido; los que me honran y buscan

«conseguirán la vida eterna:» *In me gratia omnis viæ et veritatis, in me omnis spes vitæ et virtutis... Qui audit me non confundetur... Qui elucidant me vitam æternam habebunt.* Esta creencia forma uno de los principales fundamentos de nuestra fé, y por lo tanto, escusado sería insistir en su demostracion. Solo, pues, voy á manifestaros en mi discurso, «cuán justa y sólida sea nuestra confianza en las piedades de la Santísima Virgen María, cuando la elegimos por medianera en las calamidades que nos afligen, puesto que imposible es dejemos de obtener el éxito de nuestros ruegos siempre que estos sean sinceros, eficaces, é inspirados por los sentimientos de un corazon contrito y humillado.»

Iluminadme, vos misma, Virgen sapientísima, y haced que sea yo digno intérprete de vuestras misericordias. Con el llanto en los ojos y con la amargura en el alma recurro á vuestra maternal bondad, pues en medio de las desgracias que pesan sobre vuestro pueblo, mi lengua no acierta á articular palabra, y solo me es dado gemir y sollozar, etc.

AVE MARÍA.

### REFLEXION UNICA.

---

Si para demostrar los sólidos fundamentos en que se apoya la confianza del cristiano en la proteccion poderosísima de María, fuese necesario desplegar un gran lujo de erudicion histórica y bíblica, nada me seria hoy mas fácil, M. A. O., siendo como son tantos y de tanta valía los monumentos en que abunda la tradicion de mas de diez y ocho siglos. Con solo recoger los innumerables testimonios que de esta verdad nos han legado en sus inmortales escritos los Padres de la Iglesia, tendria un caudal mas que suficiente para llenar mi mision con bien poco trabajo y con no escasa gloria. Pero ¿á qué reproducir lo que todos saben, lo que ningun católico ha dudado jamás, lo que está, digámoslo así, entrañado en las creencias de todos los hombres de fé y de profundas convicciones?

Para estos, decir que Dios ensalzó á su Madre hasta el punto de que nada hay para ella imposible, atendida la cesion que en obsequio suyo hiciera de todos sus privilegios y prerogativas (1); consignar que todo en el cielo y en la tierra está subordinado al imperio de esa Virgen, y que hasta su propio hijo se complace en mostrarse rendido á sus omnipotentes súplicas (2); repetir que idéntico poder, la misma autoridad, igual soberanía ejerce esa Reina por participacion, que Jesucristo por naturaleza (3); proclamar que su influencia es de tanta valía ante el trono de la divinidad, que sus ruegos tienen la fuerza de mandatos, por lo que nunca pueden dejar de obtener su efecto (4); todo esto y cuanto respecto del valimiento de María Santísima, han dicho los mas eminentes génios del catolicismo, no seria mas que el eco prolongado de una voz que desde el gran dia de la reparacion viene gritando á la humanidad: ¡VÉ AHÍ Á TU MADRE!

Todo en efecto pende de ese legado precioso que el moribundo Salvador dejó al mundo desde la Cruz. De ese título arrancan todas las magnificencias de María en sus relaciones con el hombre. En él descansa ese sentimiento universal de confianza con que los pueblos todos de la tierra recurren á ella en todos sus conflictos y desgracias. ¡Y cuán justo y fundado es ese sentimiento! Decid á un hijo que su madre no le ama: decidle que no corra á lanzarse en sus brazos siempre que le amaga algun peligro; decidle que no la llame en su auxilio cuando su existencia corre el menor riesgo. En vano: preciso os seria trastornar todas las leyes de la naturaleza y cambiar la constante marcha de las causas y de los efectos, para arrancar de él ese instintivo movimiento de su corazon que le arrastra á buscar en la que le dió el ser el alivio de todos sus males y la satisfaccion de todas sus necesidades. Cuanto con mayor empeño intentáreis separarle de ella, tanto mas fuertemente se asiria á su regazo, y sus lágrimas, y sus gemidos, y su indignacion protestarian contra

(1) S. Ans. de Conc. Virg.

(2) S. Bern. Sen. Serm. 46.

(3) P. Bonav. in Spec. 48.

(4) S. Petr. Dam. Serm. I. de Nat. Deip.

tamaña violencia. Ahora bien, á nuestro propósito. ¿Qué razones valederas podrian oponerse al sentimiento profundo del cristiano que cifra en María toda su esperanza, la invoca en todos sus trances apurados, corre é ella en los dias de tribulacion, la confia sus destinos en los momentos de mayor desdicha, y no sabe pronunciar otro nombre mas tierno y expansivo, y que mas seguridad le inspire? ¿Pretenderíase hacerle dudar del amor de esa Madre? ¿Se intentaría persuadirle con estudiados sofismas que su ternura hácia el hombre concluyó en la fria losa de un sepulcro? ¿Se querria hacerle creer que glorificada ya en el cielo se desentiende de las miserias que afligen á los que moran en la tierra? ¿Maldicion á quien tal enseñase! No, María ahora como durante su vida mortal en el mundo, y mas aun si cabe, se interesa por nuestra suerte, vela por nuestro porvenir, y tiene siempre fijos sus ojos sobre los que con heroismo incomprendible se dignó adoptar por hijos al pié del infame madero en que Jesus consumó la obra de nuestra Redencion. Para probar lo contrario, demostrad antes que el legado de su Unigénito fué ilusorio; que su sacrificio no alcanzó mas que á los tiempos anteriores á él y no se estendió á los siglos venideros; que los martirios y quebrantos del corazon virginal de su Madre fueron superfluos, su llanto inútil, sus angustias de ningun valor, su abnegacion infecunda, estéril su oblacion, y sin resultados positivos los fervientes ruegos con que allí oró por la salud del linage humano. Mas contra semejantes bostezos del infierno, alzarían enérgicamente el grito los siglos todos; y una tradicion constante, y una fé idéntica, y un convencimiento universal de las piedades de esa Madre comun, protestarian de una doctrina que tendería á destruir de un solo golpe las esperanzas de toda la humanidad.

Por dicha sabe ésta muy bien que su fé es invulnerable, porque está fundada en testimonios sobrehumanos; no ignora que María en su doble cualidad de Madre de Dios y de los hombres, goza los mas sublimes privilegios en favor de los que engendró en el Gólgota; que tiene el poder y la sobra la voluntad de favorecer á cuantos á ella recurren confiados; que nadie imploró en vano su proteccion; que nunca dejó defraudadas las esperanzas del que solicitó sus mi-

sericordias; y que su deseo de patrocinar al desgraciado que en su corazón busca asilo en los días de la adversidad, excede tanto mas ahora en el cielo á los tiernos afectos que por nuestra ventura manifestó en la tierra, cuanto es mayor la claridad del sol comparada con la de los demás planetas del firmamento. Este símil es del Seráfico Doctor, y fundado en esta prueba, no vacila en hacer un desafío sublime á la humanidad entera diciendo: «¿Quién es el que puede decir con verdad que no ha visto brillar en sí mismo las bondades de María (1)?» Hable uno solo, exclamaba á su vez San Bernardo, demuestre que ha invocado inútilmente el apoyo de esa Virgen Madre, y siendo así, desde luego consentiré en que se borren todas las páginas de su historia, en que se anule cuanto de ella viene proclamando el universo, en que desaparezcan todos los monumentos que á su culto han levantado los siglos, y en que nadie vuelva á hacer mencion de ella jamás (2).» Mas no; que lejos de ser así, concurre á demostrar esa verdad altamente consoladora, todo cuanto es capaz de crear en el hombre las mas profundas convicciones. La tradicion, la teología, la historia, la esperiencia y el instinto mismo de la humanidad, testifican de un modo admirable que en María encuentra el mundo cuanto há menester para dominar todas las situaciones difíciles, para ahuyentar las mas horrorosas calamidades, y para conjurar esa nube de desgracias que sobre él condensa á veces el cielo para castigar sus infidencias. No hay pecador que no encuentre asilo en ese augusto Tabernáculo de la divinidad; no hay culpable á quien esa mística Arca de la alianza no defienda de la cólera del cielo.

Y aquí, M. A. O., me ocurre una idea oportunísima tomada del libro tercero de los Reyes que nos demuestra por medio de un símil lo que vale en las públicas calamidades la proteccion de esa Virgen poderosísima. El ambicioso Adonías, muerto el Rey David, conspira contra Salomon su sucesor, é intenta arrebatarle el trono. Descubierta su trama, Salomon jura vengarse de él haciéndole expiar

(1) S. Bonav. in Spec. B. V. c. 8.

(2) S. Bern. Serm. 4. de Assun.

públicamente su delito. En vano solicita el culpable la mediación de Bethsabé; inútilmente interesa esta sus ruegos y su valimiento para con su hijo en favor del conspirador: Adonías muere en cumplimiento de un mandato del Soberano, y la justicia queda satisfecha. Igual suerte merecía Abiathar por haberse unido á los planes de los conjurados: pero Salomon se acuerda que este sacerdote fué uno de los que llevarán el Arca Santa, y tornándose á él le dice: «Tambien tú eras acreedor á sufrir el castigo de Adonías: mas no morirás, por cuanto llevaste el Arca del Señor delante de mi padre David: *Equidem vir mortis es; sed hodie non te interficiam quia portasti Arcam Domini coram David patre meo* (1).

Ved ahí, M. A. O., una alegoría sublime de lo que en realidad acontece todos los dias en el seno del catolicismo. ¡Cuántas veces el cielo irritado amenaza descargar sus rudos golpes sobre la humanidad pecadora! ¡Cuántas veces vemos relumbrar la espada del Omnipotente dispuesto á vengar las iniquidades de un mundo que temerario se atreve á disputarle su soberanía y á hacer frente á su poder! Y en medio de tantos estragos como la ira divina multiplica en derredor nuestro, cuando tantas víctimas sacrifica ante las aras de su justa venganza, cuando á tantos otros vemos expiar visiblemente los crímenes que han provocado su indignacion, ¿cómo es que no llega á nosotros el azote? ¿Por qué pasa de largo su ángel exterminador? ¿Por qué no somos envueltos en la misma sentencia siendo idéntico nuestro delito? ¡Ah! Paréceme oír la voz de Dios que como al sacerdote Abiathar nos dice: Dignos érais de aumentar el número de mis víctimas, merecido teniais el castigo que otros han experimentado; empero mi brazo robusto se detiene ante una idea que desconcierta mis designios. Veo la Arca verdadera de la nueva alianza, María, y al recordar que estais por ella protegidos, y que con su escudo os defiende la que en su seno me llevó un dia, cae de mis manos la espada, y no me es posible tocaros. No morireis, puesto que habeis llevado esa Arca, asilo inviolable de cuantos en ella se guarecen; no sucumbireis bajo la acción de mi ven-

(1) III. Reg. II. 26.

ganza, porque habeis buscado asilo en la que me dió el humano ser; su piedad os salva, su poder os garantiza, á su amor debeis la vida: *Non te interficiam quia portasti Arcam Domini.*

Tan eficaz es la influencia de Maria en favor de la humanidad; tanto es su poder para ahuyentar los males, y hacer cesar las calamidades que afligen á los pueblos y á los individuos. Con razon la llamó San Juan Damasceno Ciudad de refugio para todos los que á ella recurren en sus conflictos. Esta sola idea envuelve cuanto de mas grato y embelesador puede haber para el corazon humano. Ella nos ofrece una imágen bellissima de las piedades de la Santísima Virgen, y robustece nuestra confianza en su valimiento de una manera indefinible. Ella nos presenta la realidad de lo que en tiempo de Josué dispuso el Señor en favor de su pueblo. Designáronse seis ciudades en diversos puntos, destinadas á servir como de un sagrado para los que hubiesen incurrido en ciertos delitos. Los que en ellas buscaban asilo indígenas ó extranjeros, eran declarados inviolables, y aunque por algun tiempo veíanse obligados á vivir ocultos, podian despues de un plazo prefijado tornar á sus hogares bajo la salvaguardia de las leyes. ¿Quién no vé en este hecho una especie de prediccion anticipada de lo que habia de verificarse en su dia en el seno del cristianismo? ¿No es Maria la verdadera ciudad de refugio en donde los delinquentes hijos de Adan encuentran seguro asilo en todas sus desgracias, y donde quiera que la justicia del cielo les amenaza con sus castigos? ¿No es en su maternal corazon do se hallan protegidos contra toda suerte de calamidades, y de donde salen victoriosos en los mas inminentes peligros? ¿No es dentro de ese recinto bien murado donde los pueblos que por sus excesos se hicieron dignos de una espiacion terrible, consiguen anular los decretos del cielo, y experimentar los dulces efectos de la divina misericordia? Pues entonces; ¿qué hacemos? os diré con el profeta Jeremías; ¿á qué esperamos? Cuando tan cerca está de nosotros el azote, cuando ya invade nuestros hogares, y todo nos dice que el dia grande del Señor ha llegado, cuando por do quiera no vemos mas que amagos siniestros de ruina y esterminio, y hieren ya nuestros oidos los gemidos de las victimas, y avanza á pasos agigantados el ángel de la

devastacion, ¿será posible que permanezcamos inactivos y no adoptemos ninguna medida de precaucion para hacer frente á tamaña desventura? *¿Quare sedemus?* Levántate, pueblo adormecido, despierta del funesto sueño que te tiene aletargado al borde del abismo. Derrama como agua tu corazon en presencia del Señor, eleva hácia él tus manos suplicantes, llora arrepentido tus extravíos, duelete de tu infidelidad, interpon los ruegos de tus inocentes hijos que yacen arrojados por las calles, confundidos con las cadáveres del jóven y del anciano. *Consurge.... effunde sicut aqua cor tuum ante conspectum Domini; leva ad eum manus tuas pro anima parvulorum tuorum* (1). ¿No ves como parece que el Señor embriagado de furor ha querido convidar á todos los pueblos extranjeros cual si fuese á un festin, para complacerse en tu ruina y celebrar tu perdicion? *Vocasti quasi ad diem solemnem qui terrent me de circuitu, et non fuit in die furoris Domini qui effugeret* (2). ¿Mas á quién recurriríamos en tan grave conflicto? ¿Dónde hallaríamos un asilo seguro contra una calamidad tan horrible? ¡Ah! Cerca está la que es llamada por escelencia Ciudad Santa, Refugio de los pecadores, Auxilio de los cristianos, Torre firmísima é impenetrable á las envenenadas saetas lanzadas por la aljaba del Omnipotente. Corramos, pues, apresurémonos á entrar en el corazon piadosísimo de María, acojámonos á su maternal proteccion, pongámonos bajo sus auspicios, llevémosla nuestras lágrimas, nuestros gemidos, nuestras fervientes plegarias: *Convenite et ingrediamur civitatem munitam* (3). Esa Virgen augusta es toda bondad, toda dulzura, toda misericordia para los que compungidos la invocan; á nadie desdeña, con ninguno se muestra esquiva, á todos franquea los senos de su clemencia. ¿A quién dió el Criador un corazon mas tierno? ¿A quién infundió un alma mas compasiva? ¿A quién dotó de sentimientos mas sublimes y generosos? ¿En quién depositó tantos tesoros de caridad? ¿A quién hizo tan rica de afabilidad y amor? Si es cierto que ella

(1) Thren. II. 19.

(2) Ib. 22.

(3) S. Bonav. in Spec. Lect. 6, 7.

es la mas poderosa de todos los santos, ¿no lo es tambien que es la madre mas solícita y deseosa de nuestro bien (1)?

Gravísima es sin duda la situacion que atravesamos, inminente el peligro, grande el caudal de ira que hemos amontonado sobre nuestras cabezas, y difícil sobremanera el poder conjurar tan funesto azote. Mas ¿qué no pueden los ruegos de María? ¿De qué no es capaz su valimiento? No desconfiemos jamás. Aun cuando por efecto de nuestras culpas nos estuviesen reservados los tristes días que experimentó la ingrata Jerusalem en justa espacion de sus infidelidades; siquiera hayamos merecido como ella ver por do quiera los vestigios de la eternal venganza, convertidas nuestras ciudades en vastos sepulcros, hacinados en los campos los cadáveres del potentado, del sacerdote, del anciano, del niño, del rico y del pordiosero, y la tierra sedienta, y el cielo negándola sus benéficas influencias, y los campos agostados, y el hambre sacrificando victimas sin cuento, y la guerra llevando á todas partes la devastacion y las ruinas, y la peste paseando en todas direcciones su triunfante carroza; aunque todo esto veamos y nos parezca que no hay remedio alguno á tanta desgracia, no por eso perdamos la esperanza. Mucho pueden las lágrimas del corazon contrito, nadie ha calculado lo que es capaz de conseguir el arrepentimiento de un pueblo que asido al manto de María corre á implorar las piedades del cielo. Corramos, pues, presurosos á buscar asilo en esa mística ciudad de Dios, recurramos á la insigne protectora de nuestra patria, cuyas puertas amó mas que los tabernáculos de Jacob, y en la cual plúgola arraigarse como en su peculiar herencia. *Convenite et ingrediamur civitatem munitam*. Ella que en tantas otras ocasiones nos ha mostrado su proteccion visible en trances harto apurados; ella que, cuando irritado el cielo por los crímenes de los Witizas y Rodrigos permitió que España fuese probada con todo linage de desgracias hasta el punto de sufrir por espacio de ocho siglos el pesado yugo de la dominacion agarena, fué el genio pacificador que desarmó la omnipotente diestra, la aurora que anunció el día feliz de la libertad y de la salva-

(1) S. Bonav. loc. cit.

cion de este pais magnánimo, el iris bonancible que se interpuso en el cielo y la tierra para que esta no fuese consumida con el fuego de su furor; ella que en todas las grandes crisis por que ha pasado esta nacion no tan fiel como debiera á su vocacion y sublimes destinos, se mostró llena de solicitud é interés por su porvenir y la sacó siempre á salvo, aun en aquellos momentos en que su ruina parecia inevitable; ¿pensais desoirá ahora nuestros ruegos, y menospreciará nuestras lágrimas, si estas como aquellos nacen de un profundo convencimiento de nuestra culpabilidad, y de un deseo sincero de reconciliarnos con el padre de las misericordias y Dios de todo consuelo? No, M. A. O: Ante el altar de María el mudo idioma de nuestro amargo llanto será mas elocuente y eficaz que nuestra lengua; los gemidos de nuestra compuncion tendrán mas influencia en su corazon escesivamente sensible y compasivo que el ruido de nuestras palabras. Mas conseguirá de ella el dolor de nuestros corazones, que cuantas frases pudiéramos emplear para obtener su mediacion. ¿Y no sabeis, dice San Buenaventura, que su pensamiento culminante, su idea fija, su constante deseo es proteger y consolar á los que ponen en ella su esperanza (1)? Nada, pues, nos detenga; corramos repito á encastillarnos en esa Ciudad Santa del Dios vivo; seguros de parar desde allí todos los golpes de su justa indignacion: *Convenite et ingrediamur civitatem munitam*. Cuanto mas grayes son las necesidades y mayores las desgracias, mas se complace María en hacer ostencion de su poder y de su bondad. ¿Nos arredra el temor porque somos pecadores? Ella es madre de todos; hasta por los mismos verdugos que sacrificaron á su Unigénito ofreció en el Calvario sus fervorosos ruegos; hasta por los que en la Cruz le blasfemaron, derramaron perlas de inestimable precio sus virginales ojos; ¿cuánto mejor lo hará por nosotros que aunque miserables y débiles, conservamos la fé y no hemos renunciado á nuestras creencias?

Hé aquí Virgen Santísima, lo único que en favor nuestro podemos alegar. Por lo demás, Señora, harto conocemos cuán justamente nos

(1) S. Bonav. Super Salve reg.

aflice la divina Providencia; demasiado convencidos estamos de que hemos merecido los castigos que pesan sobre nuestras cabezas: *Merito hæc patimur*. Mil veces hemos provocado la ira del Señor, otras tantas hemos menospreciado sus amenazas; parece que nos complaciamos en hacer alarde de nuestra osadía, en proporcion que aumentaba su benignidad y tolerancia. Pero al fin llegó el dia anunciado, y ya experimentamos á nuestro despecho cuán triste, amargo y funesto es el insultar al que habita en los cielos. El se complace ahora justamente en nuestra ruina, y celebra nuestra humillacion: *Merito hæc patimur*. A vos, pues, recurrimos Madre de piedad y de misericordia, vuestro auxilio imploramos en estos dias de angustia, oh genio celestial que tanto puedes delante del que nos hiere y abate. Cesen ya las calamidades que han sobrevenido á vuestro pueblo; levántese el decreto que contra nosotros fulminó el Omnipotente. Bastante hemos apurado el nauseabundo cáliz de la indignacion divina; sus amargas heces rebosan ya en nuestro corazon, y no es posible sufrir mas. Si el Señor no se dá aun por satisfecho, presentadle, Madre mia, vuestras plegarias, vuestro llanto, vuestros pechos maternales, vuestras compensaciones, vuestras virtudes, vuestro amor. Rogadle, importunadle, no le dejéis hasta haber arrancado de su diestra el azote. Veamos ya lucir el dia de la misericordia; amanezca la aurora mensagera de la paz; traednos el verde ramo signo de nuestra alianza con el cielo; id, cándida paloma, y tornad presto á decirnos que las aguas del diluvio se han retirado de la tierra. Entre tanto al pié de vuestros altares permaneceremos esperando el consuelo que tanto ansian nuestros corazones. Cuando el ángel esterminador pase por delante de vuestras aras teñidas con la sangre del Cordero, no osará acercarse á ellas, y vuestros hijos vivirán. Hacedlo así, oh María, para que de este modo continuemos bendiciendo en la tierra vuestro nombre y celebrando vuestras piedades, y despues podamos cantar eternamente vuestros triunfos en la gloria.

---

# DISCURSO

## DE ACCION DE GRACIAS A MARIA SANTISIMA DESPUES DE UNA CALAMIDAD PÚBLICA.

---

PÓDEROSOS MOTIVOS QUE NOS OBLIGAN Á AGRADECER Á MARIA ESTE NUEVO  
RASGO DE SU PROTECCION, PROCURANDO NO DESMEREZERLA EN LO SUCESIVO  
CON NUESTRAS INFIDELIDADES.

---

*Tu gloria Jerusalem, tu lætitia Israel, tu honorificentia populi nostri.*

Tú eres la gloria de Jerusalem, tú la alegría de Israel, tú la honra de  
nuestra nacion.

JUDITH XV. 10.

¡Qué diferente espectáculo presenta hoy este templo augusto del que poco há ofrecia á nuestra vista! Todo se ha transformado completamente. A los acentos de tristeza, han sucedido himnos de general alegría; el entusiasmo se vé pintado en los semblantes de los que antes abatidos y angustiados no sabian mas que lamentar su desgracia; los descendientes de Aaron engalanados con las vestiduras de fiesta, suben al ara santa á ofrecer un sacrificio de accion de gracias; las enlutadas murallas del Santuario se ven hoy adornadas con los mas vistosos colores; por do quiera se respira un ambiente grato y consolador, y cuanto nos rodea en esta solemnidad, dicenos con mudo pero elocuente lenguaje, que nuestros males han pasado, que nuestros infortunios han tenido fin, que el ángel del esterminio ha abandonado nuestros hogares, y que la cólera celestial ha cesado ya de afligirnos. ¿No es esto efectivamente lo

que en este día venimos á celebrar? ¿No es este el grandioso objeto de esta pública demostracion? ¿Y á quién somos deudores de tanta dicha? ¿Quién ha sido el géneo bienhechor que nos proporcionó tanta ventura? Inútil es preguntarlo, M. A. O., cuando tenemos delante elevada sobre un trono de gloria y majestad á la Reina de los ángeles, á la Madre del bello amor, al consuelo de los corazones afligidos, á la protectora universal de todos los desgraciados. Salud, ángel de paz y de concordia, dulce embeleso del alma, encanto indefinible de nuestra existencia, remedio de nuestras dolencias, bálsamo de nuestras heridas, y abogada clemente de la humanidad pecadora. Salud, aurora radiante del divino Sol que anuncias al mundo el día de su libertad, nube misteriosa que con tu suave rocío fecundas la tierra sedienta de nuestros pechos agostados por el llanto, antorcha radiante que con tu luz alumbras las tinieblas de nuestras tenebrosas inteligencias, iris celestial que ahuyentas las tempestades y derramas por do quiera la esperanza y la vida. Salud, Virgen inmaculada, defensora constante del hombre atribulado, su escudo en los peligros, su apoyo en la adversidad. Tú eres la gloria de la nueva Jerusalem, la alegría del cristiano Israel y la honra de nuestro pueblo: *Tu gloria Jerusalem, tu lætitia Israel, tu honorificentia populi nostri.*

Estas últimas palabras que los habitantes de la antigua Bethulia dirigian á la esforzada mujer que á riesgo de su propia vida supo salvar la libertad, los intereses y el porvenir de un pueblo amenazado de una próxima é inevitable ruina, podemos dedicar hoy con mas fausto motivo á la nueva Judith del catolicismo, Maria, á quien debemos la salvacion en los dias de nuestra mayor desventura. A ella recurrimos cuando en medio de una calamidad espantosa carecíamos de todo humano recurso para ahuyentarla de nuestro suelo, porque ante el poder de un Dios que visiblemente nos hacia expiar nuestros desacuerdos y extravios, todo era inútil, impotente, ineficaz para dominar tan azarosa situacion. A ella invocamos, cuando nuestro esterminio era ya un hecho decretado por el cielo, y nada en la tierra bastaba para revocar tan terrible fallo. A ella no dirigimos, cuando las aguas de la indignacion divina llegaban ya á nuestra

boca, y veíamos cercano el momento de un naufragio universal. A ella, en fin, confiamos nuestros destinos cuando ya parecia desesperada nuestra salvacion, y nuestra muerte inevitable. Pero María, cuyos ruegos son omnipotentes, cuyas lágrimas todo lo consiguen, cuya influencia para con Dios es tal que no puede negarse á sus súplicas, se acercó á su trono, se interesó vivamente en nuestro favor, logró desarmar su diestra, le arrancó un decreto de clemencia; y hénos hoy libres del azote y respirando júbilo indefinible merced á la mediacion de esa augusta Virgen que nos ha consolado por un mero efecto de su bondad y de su amor. Nuestra gloria, pues, nuestro gozo, nuestro orgullo, el honor de nuestro pueblo, y el objeto de nuestro reconocimiento, es María: *Tu gloria Jerusalem, tu lætitia Israel, tu honorificentia populi nostri.*

¿Puede estar mas justificado ese sentimiento de gratitud que hoy venimos á hacer ostensible ante el trono de nuestra divina protectora? No creo haya un solo habitante de esta poblacion que abrigue la menor duda respecto de esto. El beneficio que acabamos de experimentar, es harto visible para que nadie pueda oponer la menor contradiccion á ese convencimiento en que estamos de que María ha sido quien nos ha dado tan insigne victoria. Y si desgraciadamente existiese todavia algun corazon incrédulo que atribuyese á causas naturales lo que por ellas es imposible explicar, la unanimidad de creencias con que la generalidad se presenta hoy en este sitio á proclamar las magnificencias de la Santísima Virgen, protestaria altamente contra semejantes ideas. No será pues mi discurso en la presente solemnidad un trabajo de imaginacion para robustecer las pruebas de un hecho que está suficientemente demostrado; será mas bien una expansion de afectos, una oracion eucarística ó de accion de gracias propiamente tal; puesto que solamente me propongo manifestaros «cuán poderosos motivos nos obligan á agradecer á María este nuevo rasgo de su proteccion, y á no desmerecerla en lo sucesivo con nuestras infidelidades.» Ayudadme á implorar las Luces del cielo por medio de esa augusta Virgen, etc.

AVE MARÍA.

### REFLEXION UNICA.

— Cuanto son mayores las desgracias y mas terribles las calamidades que afligen á los pueblos, tanto mas se demuestra la bondad y el amor de la que ha tomado por su cuenta la proteccion y defensa de los que la confian sus destinos. No intentaré hacer en este momento una pintura de nuestra pasada situacion, ni recordaros esos dias amargos durante los cuales hemos bebido lentamente el ancho cáliz de la cólera celestial. ¿A qué acibarar con tristes reminiscencias las alegrías de la actual festividad? No he hecho mas que indicarlo, y ya oigo reproducirse los gemidos de los que en tan horrible crisis han perdido los mas caros y tiernos objetos de su corazon; apenas mis lábios han pronunciado una espresion involuntaria, y ya veo en los semblantes pintada la imágen del dolor, y correr por las mejillas lágrimas inconsolables que brotan del fondo de unas almas hondamente ulceradas. No, pueblo cristiano, respira; dá tregua al sentimiento; olvida tus antiguos infortunios; no te ocupes sino de tu presente dicha; gózate en el grato recuerdo de lo que debes á la piedad y ternura de aquella Madre, que fué para tí la fuente perenne de un consuelo que no esperabas y el origen de una felicidad que estabas muy lejos de creer posible.

— Y de hecho, M. A. O., ¿teneis presente aquel dia en que todos unánimes, y animados de una idea idéntica, vinimos á este templo á depositar ante los altares de María nuestras plegarias para interesarla en nuestro favor? ¿Recordais como tan luego que los acontecimientos nos demostraron que nuestras desgracias no eran el efecto casual de ciertas leyes físicas, sino una consecuencia inmediata de nuestras culpas que habian irritado la justicia divina, nos asaltó á todos el pensamiento de buscar en la Santísima Virgen un abogado poderoso, un defensor influyente para con Dios, nuestro Juez inexorable? Pues bien: María aceptó generosa este encargo; nuestras súplicas y nuestro llanto conmovieron sus entrañas maternas; inmediatamente se

interpuso entre el brazo airado del vengador y sus tristes víctimas, y juntamente con sus propios merecimientos le recordó nuestra miseria y debilidad. Paréceme verla, cual otra Esther compasiva, prostrada delante del celestial Asuero influyendo con sus gracias de mujer, con su valimiento de Reina y con sus derechos de Madre en aquel corazón que, rebosando justísima cólera, luchaba entre el deber de no dejar impunes nuestras iniquidades y el deseo de no dejar desairada á quien tanto amaba. Figúraseme contemplar á María defendiendo nuestra causa con aquel calor y elocuencia propios de quien tiene un interés decidido en salvar á sus clientes. Mas, ¿qué podría decir en favor de un pueblo desacordado y altamente criminal? ¿En qué fundaría la defensa de los que con la mayor osadía y avilantez menospreciaron sus amenazas? ¿Le recordaría acaso nuestra antigua fidelidad y el fervor con que nuestros antepasados la honraron y veneraron? ¿Le diría que España fué la nación mas entusiasta por sus glorias, la que con celo mas ardiente promovió su culto, la que con mayor empeño fomentó su devoción, la que desde los tiempos mas remotos la erigió templos, la consagró altares, la dedicó soberbios monumentos y se colocó bajo sus auspicios? ¿Le representaría que cuando embriagada la ciudad de los Césares con la sangre de los discípulos del Crucificado, solo en la oscuridad de las catacumbas resonaba el nombre adorable de Dios, y los sepulcros de los mártires eran los únicos sitios donde se cantaban alabanzas á María, ya la Iberia, heredera del legado precioso que la dejó su insigne protectora, mostraba á los enemigos de su fé un suntuoso edificio que inauguró en el universo el culto de la Madre del Verbo, sirviendo de tipo á todas las iglesias del catolicismo? ¿Le pondría delante el heroismo con que los hijos de esta nación siempre magnánima marchaban gozosos al martirio despues de haber colgado sus trofeos en los altares de la Virgen, cómo los pueblos en masa ofrecían sus cuellos á la cuchilla de los tiranos antes que desmentir sus creencias y abjurar sus profundas convicciones, cómo al grito de la religion, y llevando delante el estandarte de María, se lanzaban al combate, empeñábanse en una lucha de ocho siglos por defender sus tradiciones religiosas, y no satisfechos con arrojar de su suelo las huestes

enemigas de Cristo, atravesaban los mares y buscaban en mundos desconocidos nuevos teatros de sus gloriosas conquistas plantando donde quiera junto al árbol civilizador de la Cruz el pendon triunfante de la Reina de los ángeles?

Yo no me atreveré á asegurar, M. A. O., que estos hayan sido los recuerdos que en nuestro favor haya alegado María ante el trono del Señor irritado por nuestros actuales escesos. Pero me inclino á creerlo así, por cuanto no hallo otras razones mas poderosas y eficaces para desarmar la cólera del Omnipotente. Vosotros no ignorais de cuánto peso sean en el ánimo de un padre ofendido y justamente enojado con unos hijos ingratos y desleales, las palabras de una madre que para calmar sus iras y obtener su indulgencia le refiere la antigua fidelidad de aquellos mismos hijos, su conducta pasada, sus irreprehensibles costumbres, su esmero en complacer y servir á los autores de su existencia, su cordial cariño demostrado en mil maneras, en circunstancias especiales. ¡Cuántas veces al escuchar este relato, las lágrimas reemplazaron á la espantosa mirada de unos ojos centelleantes de furor, la ternura paternal vino á ocupar el sitio de la venganza, y se vió caer de las manos el funesto azote que estaba para descargar el golpe decisivo sobre unas víctimas desgraciadas! Y si esto sucede frecuentemente en la esfera de lo humano, imaginad cuánto no influirá en el corazón de un Dios que aunque juez inflexible no deja de ser amoroso padre, la presencia de la que ocupa en él el lugar mas distinguido y preferente, cuando con lágrimas arrancadas por la compasion y ternura maternal, aboga en pró de unos hijos extraviados, solicita para ellos una palabra de indulgencia, y para obtenerla pone en juego los bellos recuerdos que en dias no lejanos formaban su dicha y la colmaban de indefinible satisfaccion. Y á no haberlo hecho así María, ¿cómo era posible que no hubiésemos sufrido la suerte de otros muchos pueblos que han desaparecido del mapa bajo la accion de sus propios crímenes? Decir que no hemos merecido igual castigo, seria una presuncion funestísima que lejos de hacernos acreedores á la misericordia de Dios, aumentaria considerablemente nuestra punible culpabilidad. Tal vez menos criminales que nosotros perecieron víctimas del fuego cele-

tial aquellas ciudades de Pentápolis, cuya espiacion ha quedado consignada en la historia como un terrible ejemplar de la indignacion divina. Quizás no fueron tan culpables esos pueblos de Oriente que hoy gimen bajo el peso de la barbarie del despotismo y de la servidumbre mas tiránica, habiendo florecido en ellos en tiempos mas felices la civilizacion, las artes, la industria, el comercio, la libertad y toda suerte de prosperidades. No seré yo quien me atreva á investigar los inescrutables designios de la Providencia, ni á buscar la razon de esa conducta tan diferente que con nosotros ha usado. Al hombre solo le toca adorar los decretos del cielo y bendecir la mano misericordiosa del que tan indulgente se ha mostrado con los que solo merecieran una terrible venganza. Lo único que osaré decir, es que á no recurrir á nuestros antecedentes históricos, á no tener presente la fé, el heroismo religioso, el fervor probervial de nuestros abuelos, y su distinguido celo en promover y fomentar las glorias del catolicismo y las magnificencias de la Santísima Virgen, en lo cual se colocó siempre á una altura á que jamás pudo llegar pueblo alguno del universo, para mí es un fenómeno inesplicable, un problema sin solucion, un prodigio incomprendible que el Señor se haya mostrado tan benigno y compasivo con nosotros. Solo recojiendo las bellas páginas que forman nuestra historia, y viendo que desde el ilustre español Teodosio el grande, que fué el primer emperador cristiano que sobre el sepulcro de la Santísima Virgen erigió un monumento digno de su piedad y devocion á aquella escelsa criatura, hasta el último de nuestros monarcas que tan entusiasta se manifestó por el augusto privilegio de su inmunidad original, no ha habido siglo alguno que no conserve recuerdos los mas preciosos de nuestra constante y sincera adhesion al culto de María; únicamente teniendo á la vista que de España salió el primer grito que la proclamó pura, limpia, inmaculada, y exenta de todo reato de culpa desde el primer instante de su ser, anticipándose al fallo de la iglesia, y no esperando la sancion dogmática para celebrar públicamente y confesar á la faz del mundo una creencia que siempre vivió en ella inalterable; no de otra manera que trayendo á la memoria tantos y tan relevantes testimonios de amor y celo que do quiera deja-

ron nuestros padres en Covadonga, Montserrat, Zaragoza, Guadalupe, Valencia, Toledo, y mil otros teatros de su innata piedad, sin contar lo que en Tolosa, Lepanto, el Salado, San Quintin, Granada y Sevilla, hicieran por defender al par de sus libertades pátrias, sus creencias tradicionales; solo así, repito, puede esplicarse esa preferencia con que en todos tiempos ha mirado el Señor á este pais, y las misericordias que con él ha desplegado en las grandes calamidades que le han afligido. Si todavía vive á pesar de unas crisis tan violentas; si aun existe como nacion despues de tantas y tan intestinas luchas; si á despecho de la ingratitud con que, olvidando sus altos destinos y la gran mision que estaba llamada á llenar, se ha dejado seducir y corromper por funestas doctrinas, y sobrepujando en cinismo é incredulidad á sus maestros ha colmado la medida del furor divino, no ha sucumbido víctima de sus propias iniquidades, todo lo debe á esa Virgen amabilísima que con el mas decidido empeño abogó por ella, interpuso su mediacion, hizo valer su influencia, y triunfó por nosotros de la justicia de su Hijo, cuando nuestros crímenes conspiraban mas procazmente á encenderla.

Ved, M. A. O., si pueden ser mas poderosos los motivos que nos obligan á agradecer á María Santísima este nuevo rasgo de su maternal proteccion que acabamos de experimentar. Gracias, pues, á la celestial Judith que tan generosamente tomó á su cargo la defensa de un pueblo culpable próximo á ser envuelto en una maldicion terrible por haber provocado la indignacion de Dios. Gracias á la Mujer heróica y compasiva que cuando nos amenazaba un juicio de sangre y estaba decretado nuestro completo esterminio, supo revocar la sentencia, ahuyentar el azote, y darnos dias de prez y de ventura en cambio de los dias amargos y funestos que atravesamos. Gracias á la Reina clemente y bondadosa que al oír la voz de Jesús enfurecido llamando á la venganza á los ministros ejecutores de sus órdenes, gritó á su vez: ¡Paz! y arrojándose á los pies del monarca supremo, y tocando su divino cetro mereció obtener en favor nuestro una suspension de los tremendos castigos que iban á caer sobre nuestras cabezas. Empero si por el momento hemos conseguido tan ilustre triunfo, ¿podremos prometernos igual suerte para el porvenir

si no procuramos merecer siempre la proteccion de Maria con nuestra inviolable fidelidad en el servicio del Señor? ¡Tristes de nosotros si así no lo hiciésemos! Bien pudiera suceder que tornando á reproducir las causas que motivaron las calamidades que acabamos de experimentar, se renovasen tambien estas, y que entonces ya fuese ineficaz la influencia de la Santísima Virgen. Tengamos presente que si el divino Salomon ha prometido no negar cosa alguna á los ruegos de su Madre, pueden llegar momentos en que haya una escepcion terrible de esa regla universal. Tambien la antigua Bethsabé abogó un dia en favor del infame Adonias sorprendida por sus ocultos manejos, y sin embargo no fué escuchada su súplica, y el criminal fué sacrificado á la justa venganza del monarca (1). Tambien el malvado Joab se refugió al asilo del templo asiéndose del ara sagrada creyendo evitar el castigo á que le hicieran acreedor sus delitos: y no obstante allí mismo lavó con su sangre la mancha que hiciera recaer sobre su vida (2). ¿Y no pudiera acontecer que irritado el Señor con nuestras continuas provocaciones cesase de escuchar los ruegos de su Santísima Madre, ó que ésta en vista de nuestra ingratitud nos retirase su proteccion y dejase obrar la justicia divina? ¡Oh! Entonces en vano correríamos á implorar la mediacion de esa celestial Bethsabé; inútil seria que nos refugiásemos á esa Arca de la nueva alianza; por demás intentaríamos asirnos á ese altar misterioso de propiciacion y de clemencia; los decretos eternos cumplirianse en nosotros sin apelacion, y no habria medio de contener el brazo airado del Omnipotente.

En nuestras manos está precaver tamaña desventura, procurando perseverar constantes en el servicio de Dios, cumpliendo con fidelidad las promesas que le hemos hecho en nombre de nuestra insigne protectora. Aquí al pié de estos altares en los momentos de tribulacion y de angustia, protestámos nuestro arrepentimiento, y juramos no volver á provocar con nuestros excesos la cólera de Dios; aquí en presencia de los ángeles que invisiblemente rodean el trono del Rey de las eternidades, pronunciamos las mas solemnes promesas

(1) III. Reg. II. 20 et seq.

(2) Ib. 29. et seq.

de enmendar nuestra vida, de rectificar nuestras costumbres, y de ser en lo sucesivo cual cumple á nuestro carácter de cristianos. María recojió estas promesas, aceptó estos juramentos, y en virtud de ellos se constituyó nuestra abogada y nos reconcilió con su divino Hijo. ¿Seríamos, pues, perjuros? ¿Nos atreveríamos á faltar á tan sagrado compromiso? ¿Olvidaríamos en la prosperidad lo que en la adversidad hicimos? ¡Ah! Consideremos que nuestras palabras han sido escritas en el gran libro de los eternos decretos; tengamos presente que con las lágrimas de la Virgen han sido grabadas por el dedo de Dios de una manera indeleble; no dudemos que tiene por testigos de ellas á toda la corte de celestiales espíritus que las oyeron; y que hasta este mismo pavimento que regamos con nuestro llanto, y esas bóvedas sagradas que repitieron los acentos de nuestra compuncion, y las murallas de este templo que recibió nuestros suspiros, depondrían en su dia de nuestra ingratitud, clamarian contra nuestra perfidia, y pedirian venganza de tamaña alevosía.

No será así, espero, oh Madre de bondad y de misericordia, y de ello responde hoy el fervor con que este pueblo reconocido viene á tributaros las mas sinceras y cordiales gracias por el inestimable beneficio que acaba de recibir. En su nombre y como intérprete de sus sentimientos me atrevo á asegurar que nunca olvidará lo que debe á vuestra maternal proteccion, y que la memoria de este dia quedará eternamente grabada en sus corazones como un monumento imperecedero de vuestras glorias, y de su mayor dicha. La generacion actual trasmirá como un precioso legado á las generaciones venideras esta página brillante de su historia. De padres á hijos pasará con gloria el recuerdo de la piedad con que nos consolásteis en nuestra mayor tribulacion librándonos del azote cruel que sobre nosotros pesaba. Los siglos todos sabrán que vos fuisteis nuestra gloria, nuestro gozo, el orgullo de un pueblo afligido que os invocó cuando angustiado no vislumbraba el menor remedio á sus males, y cuyos clamores hallaron eco en vuestro corazon generoso. Donde quiera se leerá escrito con los caractéres indelebles de nuestro amor que á vos exclusivamente pertenece la honra de ser la autora de un prodigio tan inesperado y de tan felices consecuencias. Bendita

seais, oh Virgen heroica en todos los tabernáculos del Dios de Jacob, pues en vos será glorificado el Señor hasta la mas remota posteridad á causa de las maravillas que vuestra proteccion ha obrado en nuestro suelo. Bendita seais, oh Reina amabilisima, porque con los atractivos de vuestra celestial belleza supisteis enamorar al rey de los cielos, y conseguir de él con vuestras virginales súplicas se apiadase de nosotros y perdonase nuestras iniquidades. Bendita seais, oh génio de paz y de consuelo, porque interponiendo vuestro valimiento ante nuestro juez cuando nada podiamos ni debiamos esperar sino ser tristes víctimas de su indignacion, nos trajisteis la dulce promesa de un porvenir mejor, y la esperanza de una dicha que no mereciamos. Bendita seais, oh María, ahora y siempre; alaben vuestro nombre los ángeles, ensalcen los hombres vuestras misericordias, pregonen la tierra entera vuestros triunfos; no haya lengua alguna que no celebre vuestras magnificencias; porque vos fuisteis la aurora celestial que hizo amanecer sobre este pueblo el día mas bello y feliz, en el que suspirando libres de los males sin cuento que veniamos sufriendo, la calma volvió á nuestros angustiados pechos, y vimos asegurados nuestros futuros destinos.

Y por cuanto vos, Señor, rendido á los ruegos de vuestra augusta Madre os dignásteis hacer resplandecer en nosotros vuestra infinita bondad, y no desplegásteis vuestra indignacion contra unas cañas cascadas, contra unos séres impotentes y miserables, si bien criminales y dignos de experimentar vuestros rigores, recibid tambien los testimonios de nuestra gratitud, aceptad los sentimientos de nuestros corazones reconocidos, y sean gratos á vuestros oidos los acentos de cristiano entusiasmo con que nos complacemos en confesar públicamente vuestras piedades. Todos á la vez unimos nuestras voces á las de la Iglesia Santa, y entonamos ese cántico de gloria y bendicion que tan sublimes afectos escita: A ti Dios alabamos, á ti Señor confesamos: *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur*, etc.

(Prosigue el coro este himno, y al llegar al verso *Salvum fac*, el orador puede hacer una plegaria alusiva al objeto que motiva la solemnidad).

*Salvum fac populum tuum Domine, et benedic hereditati tuæ.*  
Consumad, Señor, vuestra obra, y poned el último sello á vuestras bondades. Ya que por la intercesion de vuestra augustísima Madre logramos evitar el azote que pendia sobre nuestras cabezas, salvad de hoy mas á este pueblo que quiere y desea vivir fiel á sus promesas, y bendecid esta porcion de vuestra herencia haciendo germinar en ella los mas sazonados frutos de virtud. Si, Dios misericordioso, salvad nuestra fé, salvad nuestras creencias, salvad nuestras tradiciones, salvad nuestro proverbial catolicismo, y no permitais que jamás desmintamos lo que á precio de tan heróicos esfuerzos nos legaron nuestros mayores. Sed vos mismo nuestro guia á través de los precipicios que rodean nuestra vida religiosa y social, y haced que lejos de desmerecer en nada ese dictado honroso que viene distinguiéndonos entre todas las naciones cristianas, sepamos conservarle intacto, y nos hagamos de día en día mas dignos de llevarle. Y ójala que viviendo en la tierra firmemente adheridos á vuestra doctrina, á vuestros dogmas, y á vuestros preceptos sacrosantos, podamos abrigar siempre la esperanza de veros un día en vuestro reino celestial, lanzando nuestro último suspiro en esta dulce conviccion, y cantando al salir de esta region de quebranto: *In te, Domine, speravi: non confundar in æternam.*

FIN DEL TOMO SÉTIMO.

## ADVERTENCIA.

Para las demás festividades de la Santísima Virgen propias de España, como el Pilar, Covadonga, Paz, Mercedes, etc., véase nuestra obra titulada **GLORIAS Y TRIUNFOS DE LA IGLESIA DE ESPAÑA**, que está destinada á formar una parte complementaria de la **NOVÍSIMA BIBLIOTECA DE PREDICADORES**.

# ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO SÉTIMO.

	Páginas.
I. <i>Discurso I para el día de la inmaculada Concepcion de María Santísima.</i> Sentimiento universal y uniforme de todos los siglos respecto á la Concepcion inmaculada de María. Sancion irrevocable de esta creencia en virtud de la definicion dogmática que ha recaido sobre ella, é influencia que está llamada á ejercer en el porvenir de todos los pueblos católicos. . . . .	5
II. <i>Discurso II para el día de la inmaculada Concepcion de María Santísima.</i> Ninguna otra nacion posee titulos tan especiales como España para congratularse por la declaracion dogmática de la Concepcion inmaculada de María Santísima, puesto que ninguna puede disputarla la gloria de haber sido la primera en celebrar este misterio y la mas celosa en promover su canónica decision. . . . .	22
III. <i>Discurso I para el día de la Natividad de María Santísima.</i> El nacimiento temporal de María, como complemento de los eternos decretos que la destinaron á ser asociada á la grande obra de la reparacion, realizó todos los designios de Dios sobre el hombre y todas las esperanzas de la humanidad en Dios. . . . .	38
IV. <i>Discurso II para el día de la Natividad de María Santísima.</i> María en su nacimiento se ostenta enriquecida con un tesoro de magnificencias que causa la admiracion del cielo, y con un poder de mediacion que colma las esperanzas de la tierra. . . . .	50
V. <i>Discurso I para el día del dulce nombre de María.</i> El nombre de María es el mas tierno y simpático, puesto que inspira á la humanidad la mas dulce confianza; al par que	

- el mas poderoso y benéfico , por cuanto representa la influencia que esta augusta Señora viene ejerciendo en los destinos del mundo. . . . . 60
- VI. *Discurso II para el dia del dulce nombre de María.* En el nombre de María se encuentran simbolizadas las mas sublimes perfecciones de esa escelsa Virgen , y toda su afectuosa ternura hácia el hombre. . . . . 73
- VII. *Discurso para el dia de la Presentacion de María Santísima en el templo.* En la Presentacion de María Santísima resaltan á la vez el mérito de la espontaneidad con que se consagra á Dios desde la aurora de su vida y el mérito de la ofrenda que le presenta. . . . . 83
- VIII. *Discurso para el dia de los Desposorios de María Santísima.* Sacrificio sublime de Maria en aceptar por esposo á Joseph , inmoldándose ante las aras de la fé para contribuir á los inescrutables designios de Dios sobre la humanidad. . . . . 95
- IX. *Discurso para el dia de la Anunciacion de María Santísima.* Grandezas que envuelve la cooperacion de la Santísima Virgen al inefable misterio de la Encarnacion , y felices consecuencias que el mundo viene experimentando desde que con su consentimiento al mensaje celestial realizó las esperanzas de toda la tierra. . . . . 106
- X. *Discurso para el dia de la Espectacion del parto de María Santísima.* La sorprendente uniformidad de todas las tradiciones sagradas y profanas acerca de la Espectacion del prodigioso parto de la Santísima Virgen , prueba evidentemente la influencia que estaba llamado á ejercer en los destinos de la humanidad. . . . . 117
- XI. *Discurso para el dia de la Visitacion de María Santísima.* En la Visitacion de María á Santa Isabel , inspirada por la gracia , emprendida por la humildad y consumada por la caridad mas heróica , plugo al Señor revelar las grandezas de la Madre del Redentor y anticipar los efectos de la redencion. . . . . 130
- XII. *Discurso para el dia de la Purificacion de María Santísima.* María en su Purificacion condena visiblemente el humano orgullo , y pone de relieve lo infundado y quimérico del espíritu de independencia individual. . . . . 141

- XIII. SEPTENARIO DOLOROSO DE MARÍA SANTÍSIMA. *Discurso sobre el primer dolor de María Santísima.* La profecía de Simeon. . . . . 155
- XIV. *Discurso sobre el segundo dolor de María Santísima.* La Huida á Egipto. . . . . 168
- XV. *Discurso sobre el tercer dolor de María Santísima.* El Niño perdido. . . . . 179
- XVI. *Discurso sobre el cuarto dolor de María Santísima.* La Cruz á cuestras. . . . . 190
- XVII. *Discurso sobre el quinto dolor de María Santísima.* La Crucifixion de su divino Hijo. . . . . 201
- XVIII. *Discurso sobre el sexto dolor de María Santísima.* La Lanzada y el Descendimiento del Señor de la cruz. . . . . 211
- XIX. *Discurso sobre el sétimo dolor de María Santísima.* El Entierro de Jesucristo y la Soledad de su Madre. . . . . 221
- XX. *Discurso sobre los dolores gozosos de María Santísima.* Consuelo indefinible que el Señor proporcionó á María en sus mismos dolores, neutralizando su accion con el conocimiento de las inmensas y felices consecuencias del sacrificio de su divino Hijo. . . . . 231
- XXI. *Discurso para el dia del feliz Tránsito de María Santísima.* El tránsito de María constituye el término de todas sus aspiraciones, el complemento de sus esperanzas y la compensacion de su inmenso amor. . . . . 242
- XXII. *Discurso I para el dia de la Asuncion de María Santísima.* La Asuncion de María es la consumacion, la recompensa y el triunfo de los altísimos merecimientos con que fué enriquecida su alma, á la par que una garantía segura de proteccion y amparo en favor de la humanidad. . . . . 252
- XXIII. *Discurso II para el dia de la Asuncion de María Santísima.* En la muerte preciosa, en la resurreccion triunfante, y en la brillante coronacion de María Santísima, adquiere el hombre una prenda inequívoca de su inmortalidad, de su triunfo, y de la eterna recompensa que le está reservada. . . . . 264
- XXIV. *Discurso para el dia de Nuestra Señora de la Caridad y Paz.* María fué el primer lazo de fraternidad y reconciliacion en quien plugo al Señor depositar los tesoros de la caridad mas sublime, para que en ella y por ella hallasen la

- verdadera paz todos los mortales. . . . . 274
- XXV. Discurso para el dia de Nuestra Señora del Carmen.** Robustos fundamentos en que descansa el culto de María Santísima del Carmen, y preciosas promesas vinculadas á él en virtud de la particularísima adopción que envuelve por parte de esta Señora. . . . . 287
- XXVI. Discurso para el dia de Nuestra Señora de las Nieves.** El culto de María considerado como una justísima recompensa de sus merecimientos y un triunfo digno de sus altísimas virtudes. . . . . 299
- XXVII. Discurso para el dia de Nuestra Señora del Rosario.** El error no puede dominar allí donde domina el culto de María; por cuanto su devoción, y especialmente la de su Santísimo Rosario, es el arma mas eficaz y poderosa para triunfar de todos los elementos que el mundo opone á la verdad católica. . . . . 309
- XXVIII. Discurso para el dia del Patrocinio de María Santísima.** Patrocinio universal de María fundado en el gran poder que el cielo la concediera, y en un amor casi infinito que abraza en sus abismos á toda la humanidad: cuán razonable sea el convencimiento que acerca de lo primero viene desarrollándose en el mundo católico, y cuán sólida la confianza que lo segundo inspira en sus maternales piedadades. . . . . 320
- XXIX. Discurso para el dia del dulcísimo Corazon de María.** El Corazon de María es el centro de todas las virtudes y perfecciones que la merecieron ser Esposa y Madre de un Dios, y el hogar inextinguible de un amor inmenso que la constituye la esperanza y el apoyo de toda la humanidad. . . . . 332
- XXX. Discurso de María Santísima bajo el titulo de Divina Pastora.** En el celo y generosidad con que María cual Pastora amante ha velado siempre por los intereses de la humanidad conduciéndola á su dichoso porvenir, hallamos motivos poderosísimos de gratitud y estímulos eficaces para corresponder á sus incesantes desvelos. . . . . 345
- XXXI. Discurso de Nuestra Señora de los Desamparados.** Sola María, por haber sido la criatura mas probada y afligida en el mundo, tiene derechos indisputables al protectorado universal de cuantos sufren, y á ser el asilo comun de todos

- los desamparados. . . . . 356
- XXXII. *Discurso de Nuestra Señora de Montserrat.* En el prodigioso origen del culto que España viene tributando á María en Montserrat, y en sus admirables progresos hallamos una prenda de la predileccion especial de esa Señora, y un estímulo poderoso para corresponder fielmente á sus maternales bondades. . . . . 367
- XXXIII. *Discurso de Nuestra Señora de Guadalupe de España.* Si María por sus escelencias personales merece ser honrada con un culto digno de la que representa todas las bellezas de la reparacion, no es menos justo y legitimo el que España viene consagrándola en su veneranda efigie, que envuelve uno de sus mas preciosos recuerdos históricos. . . . . 380
- XXXIV. *Discurso de María Santisima bajo el titulo de Madre del amor hermoso.* Si bello se muestra el amor de Maria por la generosidad sin igual con que á todos los hombres adoptó en los momentos mas críticos de su existencia, no descubre menores bellezas la constancia con que viene prodigándoles los tesoros de su corazon maternal. . . . . 392
- XXXV. *Discurso para la apertura del Mes de Maria.* Objeto de este piadoso culto, y cómo debe practicarse para obtener los felices resultados que al sancionarle se propuso la Iglesia católica. . . . . 404
- XXXVI. *Discurso para el último dia del Mes de Maria.* Deber de correspondencia que nos obliga á ofrecer á la Santisima Virgen nuestros corazones enriquecidos con los mas sazonados frutos de virtud, en cambio de la generosidad con que ella nos prodiga los tesoros de su corazon amante. . . . . 415
- XXXVII. *Discurso sobre la devocion y culto de María Santisima, aplicable á cualquiera titulo ó festividad.* Glorias de María en sus relaciones con la humanidad, de quien viene recibiendo un culto el mas antiguo, el mas universal, el mas altamente social y civilizador, el mas popular y simpático que han presenciado los siglos. . . . . 426
- XXXVIII. *Discurso de rogativa á María Santisima en las calamidades públicas.* Cuán justa y sólida sea nuestra confianza en las piedades de la Santisima Virgen María, cuando la elegimos por medianera en las calamidades que nos afligen,

y eficacia de su proteccion cuando nuestros ruegos son sinceros é inspirados por los sentimientos de un corazon contrito y humillado. . . . . 441

XXXIX. *Discurso de accion de gracias á Maria Santisima despues de una calamidad pública.* Poderosos motivos que nos obligan á agradecer á Maria este nuevo rasgo de su proteccion, procurando no desmerecerla en lo sucesivo con nuestras infidelidades. . . . . 454









TRONCOSO

SERMONES

7

1158

